

**CUANDO COMIENZAS**

**A**

**BRILLAR**

**KEREN VERNA**

Cuando  
comiences  
a  
**BRILLAR**



Keren Verna

## SINOPSIS

¿Qué existe arriba si solo hay abajo? ¿Qué vive más allá de la última puerta si solo hay un adentro? ¿Puedo comprender lo que nunca he visto? ¿Cómo sabré su nombre?

Años después de la Última Guerra, las dudas empujan a un joven nacido en una de las colonias especializadas, Colonia Neón, convertidas en refugio de la humanidad, a los territorios prohibidos luego de hallar un objeto extraño. Con la ayuda de un hombre, que nunca se muestra en público, marcado como un afectado por el encierro, intentará descubrir de qué se trata para comprender.

¿Puede algo tan pequeño como una semilla destruir un mundo?

Título: Cuando comiences a brillar

Copyright © Keren Verna, 2018

Publicado por Keren Verna

keren.verna@gmail.com

Imagen de portada: Mads Schmidt Rasmussen (Unsplash)

Diseño de portada: K.V.

Fuentes de portada: Radicalblock de Woodcutter

ISBN-13: 978-1976186202

Primera edición: mayo de 2018

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes y sucesos provienen de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con la realidad es casual.

# ÍNDICE

## SINOPSIS

### PARTE I

AÑO 171 DESPUÉS DEL DESCENSO (DD) /

SEMANA 34

AÑO 182 DD / jornada 233

Año 182 DD / jornada 234

Año 182 DD / jornada 235

Año 182 DD / jornada 241

Año 182 DD / jornada 244

Año 182 DD / jornadas 250-255

Año 182 DD / jornadas 256-258

Año 182 DD / jornada 265

Año 182 DD / jornada 296

Año 182 DD / jornada 300

Año 182 DD / jornada 307

Año 182 DD / jornada 310

Año 174 DD / jornada 100

AÑO 174 DD / jornada 139

Año 175 DD / jornada 15

AÑO 161 DD / jornada INCIERTA

AÑO 182 DD / jornada 314

Año 182 DD / JORNADA 315

AÑO 177 DD / JORNADA 22

AÑO 182 DD / jornada 322

AÑO 182 DD / jornadas 340-350

AÑO 182 DD / jornadaS 359-360

[AÑO 0 / jornada 0](#)  
[AÑO 183 DD / jornadas 7-21](#)  
[AÑO 183 DD / jornadas 35-36](#)  
[AÑO 183 DD / jornada 42](#)  
[AÑO 183 DD / JORNADAS 61-66](#)  
[AÑO 183 DD / jornadas 70-78](#)  
[AÑO 183 DD / JORNADA 83](#)  
[AÑO 183 DD / JORNADA 87](#)  
[AÑO 164 DD](#)  
[AÑO 183 DD / JORNADA 90](#)  
[AÑO 183 DD / jornadas 337-345](#)  
[AÑO 183 DD / jornada 350](#)  
[AÑO 183 DD / jornada 355](#)  
[AÑO 183 DD / jornada 359](#)  
[AÑO 184 DD / jornada 34](#)  
[AÑO 184 DD / jornada 40](#)  
[AÑO 184 DD / jornada 50](#)  
[AÑO 184 DD / jornadas 101-132](#)  
[AÑO 184 DD / jornadas 311-320](#)  
[AÑO 185 DD / jornada 3](#)  
[AÑO 185 DD / jornada 100](#)  
[AÑO 185 DD / jornada 107](#)  
[AÑO 185 DD / jornada 120](#)  
[AÑO 185 DD / jornada 135](#)  
[AÑO 185 DD / jornada 136](#)  
[AÑO 185 DD / jornada 150](#)  
[AÑO 185 DD / jornada 152](#)

[Año 185 DD / jornada 153](#)  
[AÑO 185 DD / jornada 160](#)  
[AÑO 185 DD / jornadas 164-167](#)  
[AÑO 185 DD / jornada 180](#)  
[AÑO 185 DD / jornada 200-205](#)  
[AÑO 185 DD / jornadas 212-216](#)  
[AÑO 185 DD / jornada 228](#)  
[AÑO 185 DD / jornada 233](#)

## PARTE II

[AÑO 197 DD / jornada 170](#)  
[AÑO 197 DD / jornada 195](#)  
[AÑO 197 DD / jornada 201](#)  
[AÑO 197 DD / jornada 202](#)  
[AÑO 197 DD / jornada 206](#)  
[AÑO 197 DD / jornada 223](#)  
[AÑO 197 DD / jornada 230](#)  
[AÑO 197 DD / jornada 237](#)  
[AÑO 197 DD / JORNADA 242](#)  
[AÑO 197 DD / jornada 250](#)  
[AÑO 197 DD / jornada 255](#)  
[AÑO 197 DD / jornada 261](#)  
[AÑO 197 / JORNADA 262](#)  
[AÑO 197 DD / jornada 263](#)  
[AÑO 197 DD / jornada incierta](#)  
[AÑO 197 DD / JORNADA INCIERTA](#)  
[AÑO 197 DD / jornada 300](#)  
[AÑO 197 DD / jornada 302](#)

AÑO 197 DD / jornada 303

AÑO 197 DD / jornada 305

AÑO 197 DD / jornada 322

AÑO 197 DD / jornada 328

AÑO 197 DD / jornada 332

AÑO 197 DD / jornada 338

año 160 dd

AÑO 197 DD / jornada 345

AÑO 197 DD / jornada 349

AÑO 197 DD / jornada 354

AÑO 198 DD / jornada 37

AÑO 198 DD / jornada 43

AGRADECIMIENTOS



# PARTE I

# Calendario Universal

MES 1	D	L	M	MI	J	V	S	MES 2	D	L	M	MI	J	V	S	MES 3	D	L	M	MI	J	V	S
Semana 1	1	2	3	4	5	6	7	Semana 5	29	30	31	32	33	34	35	Semana 9	57	58	59	60	61	62	63
Semana 2	8	9	10	11	12	13	14	Semana 6	36	37	38	39	40	41	42	Semana 10	64	65	66	67	68	69	70
Semana 3	15	16	17	18	19	20	21	Semana 7	43	44	45	46	47	48	49	Semana 11	71	72	73	74	75	76	77
Semana 4	22	23	24	25	26	27	28	Semana 8	50	51	52	53	54	55	56	Semana 12	78	79	80	81	82	83	84
MES 4	D	L	M	MI	J	V	S	MES 5	D	L	M	MI	J	V	S	MES 6	D	L	M	MI	J	V	S
Semana 13	85	86	87	88	89	90	91	Semana 17	113	114	115	116	117	118	119	Semana 21	141	142	143	144	145	146	147
Semana 14	92	93	94	95	96	97	98	Semana 18	120	121	122	123	124	125	126	Semana 22	148	149	150	151	152	153	154
Semana 15	99	100	101	102	103	104	105	Semana 19	127	128	129	130	131	132	133	Semana 23	155	156	157	158	159	160	161
Semana 16	106	107	108	109	110	111	112	Semana 20	134	135	136	137	138	139	140	Semana 24	162	163	164	165	166	167	168
MES 7	D	L	M	MI	J	V	S	MES 8	D	L	M	MI	J	V	S	MES 9	D	L	M	MI	J	V	S
Semana 25	169	170	171	172	173	174	175	Semana 29	197	198	199	200	201	202	203	Semana 33	225	226	227	228	229	230	231
Semana 26	176	177	178	179	180	181	182	Semana 30	204	205	206	207	208	209	210	Semana 34	232	233	234	235	236	237	238
Semana 27	183	184	185	186	187	188	189	Semana 31	211	212	213	214	215	216	217	Semana 35	239	240	241	242	243	244	245
Semana 28	190	191	192	193	194	195	196	Semana 32	218	219	220	221	222	223	224	Semana 36	246	247	248	249	250	251	252
MES 10	D	L	M	MI	J	V	S	MES 11	D	L	M	MI	J	V	S	MES 12	D	L	M	MI	J	V	S
Semana 37	253	254	255	256	257	258	259	Semana 41	281	282	283	284	285	286	287	Semana 45	309	310	311	312	313	314	315
Semana 38	260	261	262	263	264	265	266	Semana 42	288	289	290	291	292	293	294	Semana 46	316	317	318	319	320	321	322
Semana 39	267	268	269	270	271	272	273	Semana 43	295	296	297	298	299	300	301	Semana 47	323	324	325	326	327	328	329
Semana 40	274	275	276	277	278	279	280	Semana 44	302	303	304	305	306	307	308	Semana 48	330	331	332	333	334	335	336
MES 13	D	L	M	MI	J	V	S																
Semana 49	337	338	339	340	341	342	343																
Semana 50	344	345	346	347	348	349	350																
Semana 51	351	352	353	354	355	356	357																
Semana 52	358	359	360																				



# **EN CASO DE EMERGENCIA**



**PERMANEZCA EN SU MODULO**



**MINIMICE EL CONSUMO DE AGUA**



**MANTENGA LOS DESECHOS  
SELLADOS EN RECIPIENTES**



**NO PIERDA LA CALMA**



**NO COLPEE LAS PAREDES**



**SOLO SI HAY UN HERIDO  
PASE LA TARJETA POR  
DEBAJO DE LA PUERTA**



**NO OLVIDE EJERCITARSE**

**RECUERDE: LOS CONECTORES  
TRABAJAN PARA TODOS**

## AÑO 171 DESPUÉS DEL DESCENSO (DD) / SEMANA 34

Según mi abuelo Ollie, existen muchas maneras de morir: de llanto por arrepentidos, con serenidad cuando se cierran los ojos con una mansedumbre insólita. Pero también están quienes se despiden con los puños cerrados, con la boca abierta, con la voz paralizada, sin poder decir lo que no se atrevieron, como si se pudiera leer en la intermitencia de sus ojos una señal de desesperación, el secreto que siempre será silencio. “No te mueras así”, le supliqué al abuelo. “Tranquilo”, me contestó, “ya he dicho todo lo que tenía que decir. Pero lo forma de morir no es importante, Devin. Lo importante es nuestro último pensamiento”.

## AÑO 182 DD / JORNADA 233

### I

Durante la jornada laboral, en tanto separaba las maquinarias que habrían llegado a la chatarrera en la hora oscura, una de ellas atrajo mi atención porque nunca había visto nada similar. Le dije al abuelo Ollie que la llevaría a nuestro módulo para revisarla luego del final de la jornada. Ivo se acercó. Los tres la miramos con detenimiento: estaba desgastada, le faltaban algunos tornillos y se veían muescas, como si alguien hubiera intentado abrirla por el sitio incorrecto. “Seguro es de antes”, dijo Ivo. Observar los objetos que habían estado afuera nos conmovía ya que un hilo invisible nos ataba a ellos y a su lugar de procedencia. Tocar ese elemento inerte era estar donde jamás pisamos, el afuera que nunca vimos, pero que todos nos imaginábamos en silencio, una tela extendida más allá de la última compuerta. ¿Cómo sería dejar la vista clavada en la inmensidad? ¿Cómo era esa inmensidad sin compuertas? Este era el motivo por el cual quería transportar ese objeto a mi módulo habitacional, desarmarlo y remontar al uso anterior que otros chatarreros habían asignado a esa máquina. Ivo dijo que él creía que era algo para girar; para el abuelo, en cambio, era una pieza de un artilugio incompleto. No me importaba que estuviera incompleta porque no perdía la sustancia de haber estado afuera.

Todas esas piezas compartían el primer nombre: maquinaria o máquina. Como desconocíamos su función, le inventábamos una nueva. Lo que más nos gustaba era asignarle un nombre. Por lo general, ese objeto se negaba a revelarnos su verdadero uso y terminaba descuartizado para ingeniería. A veces, observaba en una puerta el pedazo de una maquinaria que había ayudado a desarmar. Idéntica trayectoria afectaba a la ropa. Había visto a un hombre llevar mis antiguos zapatos remendados por mi esposa, pero le quedaban grandes y, a cada paso, el pie se asomaba y se volvía a esconder, de manera que el hombre avanzaba tan lento y con tanto ruido, que uno no podía evitar girarse para mirarlo en la proeza de caminar sin perder ningún zapato.

Cuando nos despedimos de nuestro grupo de chatarreros, al finalizar la

jornada laboral, como cargadores de los pasillos de la intercolonial, con el abuelo transportamos la maquinaria hacia el módulo donde vivíamos, el N2D. La arrastramos mediante una tela de nailon algo roída. Nuestro módulo estaba cercano al pasillo principal en el cual se abrían las puertas de las zonas más importantes.

A medida que avanzábamos, la tela se rasgaba sobre el suelo de metal. Algunos, de salida de las otras zonas de trabajo o de la Zona de Aprendizaje con sus niños, nos miraron con intriga. Siempre nos observaban de la misma manera, atentos a nuestro trabajo, a la llegada de nuevas máquinas; se preguntarían qué desarmábamos, si poseían un valor suficiente como para conseguir moléculas extra de agua y de luz. “¿Y eso qué es?”, nos preguntó el padre de Shiri que salía de la Zona de Limpieza. “Un cachivache”, le respondió el abuelo sin detenerse.

Cuando entramos al módulo, observé a Sasa, mi madre, acomodar unos tarros sobre una estantería. Organizar en un espacio tan diminuto todas las cosas que acumulábamos no era tarea simple. Ella movía los objetos de un lado hacia otro, le molestaba la chatarra que, mi abuelo y yo, amontonábamos en la zona más alejada de la puerta. Lo sabía porque ella, de paso, pateaba algún objeto como si esa cosa pudiera desaparecer e irse más allá de la pared de metal. Pero ella lo único que lograba era un clanc que vibraba en todo el módulo.

Yo dormía en el rincón más alejado de la entrada junto a Frances, mi esposa. Con el abuelo, a los pies de mi cama, habíamos instalado una mesa donde, luego de la jornada laboral e incluso en la hora oscura, desarmábamos objetos, los agrupábamos por función. Lo inservible, las piezas pequeñas, eran depositadas en tarros, sobre los estantes, en cajas de aluminio. Algún día, creíamos, podríamos necesitarlo. A veces, hurgábamos hasta hallar el tornillo justo para sujetar la rosca de una lámpara de un vecino, que arreglábamos a cambio de alguna otra cosa. Otras veces, eso quedaba allí y era movido, de un lado a otro, por mi madre.

Ni bien abrimos la puerta de nuestro módulo, mamá dejó el tarro sobre el estante y nos miró con seriedad, amonestándonos: “No hay más lugar”. El abuelo pasó a su lado, continuó con el arrastre de la tela y dejó la maquinaria junto al aseo. Luego, se sentó en su cama, pegada junto a la pared y en perpendicular a la mía. Desde allí, el abuelo contemplaría la abertura del aseo cerrada con una cortina de nailon trenzada por mamá.

Lo peor para mi madre era ignorarla, aunque no era la intención de mi

abuelo, sino que la borraba porque ya no sabía cómo hablarle. Pero no era fácil con la persona allí, apenas a unos pocos pasos.

—No quiero eso. Esto no es la chatarrera. ¿No te das cuenta que no nos podemos ni mover?

—Mamá, lo desarmamos y lo llevamos de vuelta —le respondí aún de pie junto a la abertura del aseo.

—Sí, como todas estas cosas que hay tiradas por todo el módulo. Mira esa parva de ahí. Lo mismo dijiste y ahí está todavía.

—Es nuestro trabajo.

—Si estuviéramos en ingeniería no tendríamos que vivir rodeados de chatarra ni vivir en este módulo si el abuelo no hubiera sido tan egoísta. Ahora estaríamos en el mercado o usando el comedor. No como ahora que por estar en esta zona tenemos que estar encerrados tanto tiempo. Podríamos acomodar mejor las camas, disponer de más espacio. El módulo N23B era casi el doble que este de ahora.

—Ya, pero ahora estamos acá —dije.

—Tú ni te acuerdas. Si te acordaras, verías la diferencia.

Ese era el tema favorito de mamá. A mí me daba lo mismo: todos los espacios eran una réplica, un sitio clasificado a la perfección, los tránsitos ordenados, pautados por horarios. En el módulo, al menos, podía hacer lo que quisiera. Mamá, al contrario, necesitaba salir, socializar. Ella, pendiente a los sonidos del afuera, creía escuchar que los Garrett movían algo, que alguien caminaba por el pasillo durante la hora oscura. Infería si era un joven o un anciano por el espacio entre un sonido y otro, por el arrastre. Aunque sin confirmarlo nunca, a la jornada siguiente, intentaba averiguar si había acertado hablando en el comedor con los vecinos.

## II

Luego de dejar junto a la mesa de la chatarra la nueva maquinaria, nos recostamos para ahorrar en moléculas de luz y por el cansancio. Mamá era la primera en levantarse. Frances nos despertaba con el olor al líquido espeso y marrón que hervía en el calentador de biogás y al que llamamos “café” en honor a la bebida popular del antes. Luego, cada uno se abocaba a sus labores. Con el abuelo nos sentábamos junto a la mesa de la chatarra. Mamá y Frances

destejían o tejían, remendaban u organizaban las clases para el día siguiente, en la otra mesa ubicada junto de la entrada al módulo, donde cenábamos antes de acostarnos.

Al levantarme, recordé la maquinaria jalada desde la chatarrera esa misma jornada y aún pendiente de ser desarmada. Me senté junto a mi mesa. El abuelo continuó en su cama, con la cara oculta detrás de su mano, acomodó un pie sobre el otro para darse calor. Rechazó una manta: “Es una colección de agujeros”. Otras veces, se sentaba con la cabeza baja y los ojos cerrados. Él siempre respondía que estaba bien; quizás, inmóvil en su pasado, en la época en que papá era ingeniero, la abuela Helena era su esposa y nosotros, los Green, prosperábamos.

Mamá se encerró en el aseo. Luego escuché unos golpes metálicos, el arrastre de algún objeto. Durante horas, ella revolvería todo. En voz alta contaba la cantidad de latas, de tornillos, las moléculas de luz vacías para reciclar, los hilos que confeccionaba con el nailon, las moléculas de agua. Amontonaba objetos en los estantes que rodeaban casi todas las paredes del módulo, colgaba las mantas de la cama para quitarles el olor, como si eso fuera posible. El abuelo se quejaba porque “tapas la rejilla del tubo de aire para asfixiarnos a todos”, pero mamá contestaba que quitaba el olor a viejo.

Me propuse ignorarla para concentrarme en la maquinaria. Ese momento era uno de los que más disfrutaba: las abría despacio e intentaba hallar el uso posible. En ocasiones, era una inscripción, como “Altaria Cía”, o un año, como “2245”. Con el abuelo registrábamos estos lugares en papeles pequeños. Creíamos que podríamos conocerlos en caso de que sea nuestra generación la afortunada en ascender. ¿Cómo era Altaria Cía? ¿Y 2245? Frances me explicó que ese sería un año del antes. Para mí era la dirección de un espacio tal cual nuestro módulo, el N2D de la Colonia Neón, conjunto habitacional CN34. Entonces, “2245” sería la puerta de una de las habitaciones de esas viviendas de antes, tan enorme como para tener más de dos mil espacios y que solo sobrevivió como inscripción en una maquinaria. Es más fácil pensar en un lugar que pensar en que no hay más nada arriba y afuera. Es imposible imaginar solo abajo y adentro. Siempre un adentro se esconde de un afuera del afuera de otro afuera, más allá de lo negro de la hora oscura, cuando suena la sirena y las compuertas se cierran y todo se vuelve denso, aceitoso. Yo prefiero pensar que aún queda una puerta, en algún lugar, con el nombre de



2245, y que hay un sitio que se llama Altaria Cía, arriba de algún abajo.

Separé un primer cilindro de la maquinaria. Luego, otro idéntico. Adentro, se enredaban un cúmulo de hilos de cobre. Un sonido me indicó algo suelto, quizás roto por el arrastre. Con lentitud, continué quitando las piezas hasta llegar al corazón del aparato. Acerqué la lámpara. Algo se movió. Lo sacudí con cuidado. Cayeron tres esferas con púas que apenas si rodaron. Era la primera vez que veía algo por el estilo y temí tocarlas. Quizás eran microbombas, o algo así. Por suerte, mi madre y mi esposa no me veían desde la otra mesa. Solo sabía que ellas estaban allí porque las escuchaba murmurar.

Las esferas tenían algunas púas rotas. No estaban frías ni calientes. No parecían vivas. No eran de metal, al menos no uno que yo conociese, ni de nailon, ni de cápsulas de moléculas de agua o de luz.

Me acerqué al abuelo que permanecía recostado en la misma posición. Pude ver que mi madre ovillaba hilo de nailon para tejer, mientras Frances cortaba bolsas.

Llamé al abuelo y le dije que quería mostrarle algo. Él me respondió que estaba cansado y que necesitaba dormir, pero se sentó en la cama con lentitud cuando le expliqué que era sobre la máquina. Mi madre levantó la cabeza y me miró. El abuelo buscó las pantuflas moviendo el pie para todos lados. No le gustaba pisar el metal. Me agaché, busqué las pantuflas que estaban debajo de la cama y se las puse. Se levantó luego de acomodarse el gorro.

Nos sentamos junto a la mesa de la chatarra. Mi madre quedó detrás de las paredes del aseo con su hilado.

—¿Qué será esto? —le dije a mi abuelo señalándole las esferas con una varilla.

—¿Esto? —dijo el abuelo y estiró su barba. Luego me hizo una señal para que mamá no escuchase, aunque sería inútil.

—Estaba dentro de la máquina.

—Raro. Muy raro. Debe ser una pieza suelta —me dijo el abuelo mientras me hizo una señal de silencio y buscó una lata. Él estiró la mano para agarrar las esferas, pero la recogió enseguida, quizás pensó, como yo, que eran bombas o que esas púas podían lastimarlo. Luego, me quitó la varilla y empujó las esferas adentro de la lata. No fue el sonido de un tornillo que rebotaba en una lata: las esferas eran livianas.

El abuelo guardó la lata debajo de la mesa junto a las otras. Me golpeó el hombro y se metió en el aseo. Cuando salió, me extendió una lámina magnética donde había escrito con tinta de herrumbre: “Mañana hablamos sobre las

bolas raras”. Por su expresión más enérgica supe que él, con más de setenta años, jamás había visto algo parecido. El abuelo se rascaba la mejilla y sonreía. Lo que fueran las esferas, lo habían jalado al presente.

### III

A pesar del café con la dosis obligatoria de jarabe D, no pude dormir; supuse que tampoco el abuelo porque se movía de manera constante en su camastro.

Despierto, de cara a la oscuridad que vaciaba mi cabeza y la suspendía en la nada, compartía la misma sombra que ocultaba a las esferas. ¿Eran fragmentos de alguna maquinaria de más de doscientos años? ¿Bombas de vapor? Era imposible que algo sobreviviese al Dispositivo Inferno.

El arriba, el mundo de lo vivo, solo existía en la memoria de algunos de nosotros; el resto, incinerado. Pero las esferas, salvo por ciertas púas rotas, parecían intactas, no estaban quemadas. Quizás gracias a un material experimental e ignífugo, en el tiempo de la Última Guerra, fueron construidas para sobrevivir; eran bombas resistentes a las bombas. Hasta podrían guardar un mensaje, algo así como un sonido. Esta idea de una voz ya extinta me produjo tal emoción que mi pecho comenzó a golpetear como una llama.

El bienestar del calor dilataba mis piernas. ¿Qué nos contarían esas esferas? Sabíamos que existían artefactos que guardaban los sonidos para luego reproducirlos a la perfección. Deseaba discutir con el abuelo estas posibilidades, pero mamá podría escucharnos. A pesar de que a ella le molestaban mis preguntas, desde niño habían sido mi pasatiempo favorito. ¿Qué colonia sería la elegida para ascender en primer lugar? ¿Qué sobrevivió a la oscuridad? ¿Cómo haremos para poblar el afuera? ¿Nos construirán réplicas a estos módulos o nos abandonarán? ¿Quién nos dirigirá? ¿Tendremos representantes? ¿De dónde sacaremos el agua? ¿Continuaremos purificándola aquí abajo? Eran demasiadas preguntas, pero con el abuelo inventábamos respuestas que luego creíamos ciertas. Mamá, en cambio, solo hablaba de las próximas celebraciones, de sus vecinos. Evitaba decir hasta la palabra “arriba”. Para ella existían los costados: su amiga Lidia Garrett que vivía frente a nuestro módulo, la zona de trabajo a la derecha de nuestro pasillo. Para mí, en cambio, solo existía un arriba y abajo, siempre ese arriba que era

un techo de sombra, un agujero sin fondo, la asfixia de una manta de nailon que nos tapaba la cabeza. Si en ese instante hubiera poseído la habilidad de mirar a través del techo, hubiera elegido mirar.

Nunca comprendí la forma en que mi madre anudaba las jornadas, una procesión idéntica de muertos hacia la Zona Médica. Su momento feliz consistía en recorrer el mercado para intercambiar algunas chucherías que almacenaba en nuestro módulo. Solo se mostraba satisfecha cuando la cantidad era holgada, nunca era el caso de las moléculas de agua y de luz. Pero el suceso más feliz afloraba al obtener el saludo de alguien de ingeniería.

Me distrajo un repiqueteo. Alguien golpeaba la chapa con el dedo o con un objeto: “Frío” vibró en la oscuridad de todo el módulo. Aunque quien golpeaba pudiera hacerlo varios módulos más allá, lo percibía desde el costado de mi cabeza. ¿Llegaba el sonido hasta arriba? ¿Por qué el arriba siempre era silencio?

## AÑO 182 DD / JORNADA 234

### I

Luego del timbre que anunciaba el comienzo de la jornada de luz, Ollie acaparó el aseo. Cuando fue mi turno, me lavé con rapidez porque el agua de la palangana de hierro ya estaba turbia y no llegaba ni a la mitad. El tarro donde arrojábamos los desperdicios y orinábamos estaba lleno casi hasta el borde. Lo cerré con la tapa hermética y lo transporté hasta la Zona de Limpieza. Shiri y su madre separaban los desechos para los tanques de reciclado. El olor allí era nauseabundo: una mezcla de orín, materia fecal y comida podrida. Al entrar, el aire se podía palpar. El olor se pegaba a mi cuerpo como ropa grasosa que otro había usado y que yo me la ponía. Cuando observé a Shiri revolver la materia fecal, ella con su cabello rojizo como un foco de oled, fue cuando hubiera aceptado el cambio de oficio a ingeniería tan solo para no tener que verla cada mañana en esa tarea. Ella siempre se enorgullecía del valor de su trabajo para la supervivencia de la colonia. En el fondo, era cierto, pero no deseaba que fuera ella.

Cuando salí de la Zona de Limpieza me choqué con Arden que también llevaba su tarro. Lo esperé junto a la puerta. Luego, caminamos hasta el comedor para tomar la comida principal. El pasillo estaba atestado. En tanto aguardamos para ingresar, Arden aprovechó para preguntarle a un muchacho sobre su abuela y sobre la comida de la jornada. Más allá, Ivo y su padre empujaban para sentarse ya con sus platos repletos.

En la fila de espera, dejé que Arden hablase con los demás sobre la importancia de registrar la información que guardan los ancianos. Solo sonreí para ofrecer mi consentimiento, aunque no había escuchado más de la mitad de sus palabras.

Ya en el primer lugar, alguien de la cocina dejó caer sobre mi plato una plasta amarillenta con olor a rancio. Llené mi vaso con un líquido ambarino y me senté junto a Ivo. Shiri, su esposa, se sumó a los pocos minutos.

—Se te ha ido la mano con la broma —dijo Shiri a Arden.

—Tendrías que haber visto la cara del estúpido ese cuando fue y no había nadie. Sentí revivir la chispa de mis momentos de aprendizaje. Se habrá meado cuando vio al conector Tylor. Y justo el Tylor —dijo Arden enfatizando con el movimiento de la cuchara.

—Algún día, Arden, te van a moler como cuando eras joven —dijo Shiri.

—Aún tengo juventud. Algo me resta. Si es tonto ese del Brock creerse que lo iban a mudar a una módulo más grande. Hasta se había lavado el cabello —dijo Arden.

—¿Cuándo nos ibas a dar la noticia? —interrumpió Ivo.

—¿Qué noticia? Ah, sí, me mudo al módulo de ingeniería.

—¡Mentira! ¿Te casas con la hija de algún ingeniero? —preguntó Shiri.

—Si se casa con la hija de un ingeniero, ella debería mudarse con Arden. No creo que esto le haga gracia a la familia de ella —dije a Shiri.

—Es cierto. ¿Y el padre ya aceptó? —preguntó Shiri a Arden.

—No me mudo, era una broma —dijo Arden riendo en tanto los demás permanecemos serios.

—Ya sabía que era una broma. Nunca hablas en serio —dijo Ivo y bebió de un golpe el vaso con el líquido amarillento.

—Jugo de primera. Así me gusta. De un golpe así no se siente. Gracias a los amigos de los criaderos, jugo de gusanos —dijo Arden y bebió de su vaso.

—Prefiero no pensar qué estoy comiendo —dijo Shiri.

—O jugo de aladas. Las exprimen con una prensa —continuó Arden.

—Paso. Prefiero el jugo verde. Tiene mejor sabor —dijo Shiri.

—¿No vas a tomar ese? —dijo Arden quitándole el vaso.

—No. Este me cae mal.

—Deberías tomarlo, es líquido —le dije a Shiri.

—A mi nada me cae mal. Tengo un estómago metálico. —Arden volcó el contenido del vaso de Shiri en el suyo.

—¿Y al final? ¿Quién es la afortunada que se sumará a los Benson? —preguntó Shiri.

—Margareth Quinn —dijo Arden y sonrió. Todos nos giramos para mirar hacia la mesa donde los Quinn se sentaban.

—Una sorpresa. Creí que deseabas una muchacha fuera del CN34 —dije.

—Algo así, pero al final prefiero una conocida que una desconocida. Estén atentos a la invitación del matrimonio.

—Te felicitamos, Arden —dijo Shiri.

—¿No será una broma? —dijo Ivo aún mirando hacia la mesa de los Quinn.

—No. Si quieren llamo a Allen Quinn para que te diga del acuerdo.

—No es necesario, yo te creo —dijo Shiri.

—¿Y qué pasó con la máquina de ayer? —me preguntó Ivo.

—Nada. La desarmé. Creo que algunas piezas nos podrían servir.

—¿Y no nos dará unos extras? —preguntó Arden.

—¿Alguna idea de qué era? —dijo Ivo.

—No. Voy a estirar las piernas un poco —dije y salí del comedor.

Me interné en el pasillo secundario que desembocaba en la sección de los tanques de reciclaje. Antes de encerrarme en mi trabajo, me gustaba ejercitar las piernas. Aquellos que habitaban la Zona de Ingeniería, ya despiertos, se movían dentro de sus módulos a la espera del timbre que los libere recién cuando la Zona 1 y la Zona 2 ingresaban a los espacios laborales. Ellos utilizaban el comedor y los pasillos en tanto nosotros trabajábamos. Esa medida, me había contando el abuelo, fue tomada ante la mayor población y para evitar el hacinamiento. De esa manera, la Zona 3 y la Zona 4 casi nunca se cruzaba con gente como nosotros.

Doblé por el pasillo hacia el mercado. Me apoyé en una pared. No había lugar donde esconderse, pero la soledad me acompañaba. Esa jornada ni la luz de un pequeño oled me brindaba calor. De nuevo, pensé en las esferas.

Ni bien escuché el timbre, vibró el metal que nos envolvía: los pasos de toda la colonia moviéndose al unísono. Al cruzar los módulos de reciclaje, el abuelo me interceptó para darme una lata: “No la sacudas”. Caminamos juntos hasta la chatarrera.

## II

Comenzábamos cada jornada laboral con la clasificación de las maquinarias que la Colonia Geo enviaba mediante el transporte de los pasantes de los pasillos intercoloniales. Además, los conectores solían acercarnos, para reparar, calentadores de biogás, pizarras magnéticas, tanques rotos, lámparas. Sobre una mesa, observé una bacinilla agujereada con un cartelito que decía “N4B”. De los Volker, me dijo el abuelo. Más allá se arrinconaba una silla con una pata rota del módulo N31C.

—De ingeniería —le dije al abuelo Ollie.

—Así es, me alegra saber que a los ingenieros aún se les rompen las cosas y que no saben reparar ni una silla —dijo y me sonrió.

—Y esto es del N23B. —Los dos miramos la lámpara de gas rota. Ni él ni yo queríamos tocarla.

—Conozco esta lámpara —me dijo.

—¿Era nuestra?

—Sí. Pero bueno. Acá uno tira algo y vuelve a los años —dijo y puso la

lámpara a un costado.

—Se la paso a Ivo para que la repare. Vamos a la mesa del fondo. Tenemos que hablar ya sabes de qué —dije al abuelo mostrándole la lata que él me había dado antes.

—No creas que me olvidé.

Acumulamos chatarra sobre la mesa para bloquear la vista de los demás y que nadie pudiera ver a las esferas. Al abrir la lata, no rodaron, sino que se permanecieron clavadas por las púas.

—No es metal —dijo el abuelo muy bajito y casi sin abrir la boca.

—No es plástico, ni nailon, ni nada parecido que haya visto. Anoche se me ocurrió que debe ser algo intacto de antes. Podría ser mortífera. ¿Un arma biológica?

—¿Sería posible? Uno de esos aparatos que pudo haber fallado y no terminó de liberar lo que llevaba.

—Esas bombas de vapor que matan lo vivo.

—Bombas biológicas —me corrigió el abuelo.

—O una pieza de ese dispositivo —le dije al abuelo y él apoyó una de las esferas en la palma de su mano.

—Tiene algo suelto adentro. —El abuelo movió, con suavidad, una de las esfera.

—¿Y si tiene un mensaje? —pregunté con entusiasmo.

—¿Mensaje? ¿Cómo? ¿De quién?

—De alguien de antes.

—No es un dispositivo de hologramas como esos que existían. He visto uno cuando tendría tu edad.

—¿Funcionaba?

—No, pero mi abuelo me dijo lo que era y que ellos habían hallado uno que funcionó solo una vez, y se rompió.

—¿Y qué vieron?

—Nada importante. Alguien que enviaba unos saludos. Pero esto no es de material conocido. ¿Pensaste en mostrárselo a Ivo?

—Sí, pero no estoy seguro. Por otro lado quiero saber qué es, si es algo de antes —dije y guardé el resto de las esferas en la lata.

—Es algo de antes, de eso no hay dudas. Vino adentro de una maquinaria que por el deterioro es muy antigua, pero nunca vi nada igual a estas pelotitas. Algo tienen adentro. No vamos a abrirlo hasta estar seguros. Me da miedo que libere un humo que nos enferme. Piensa que si esto es el resto de una bomba

biológica, podemos morir todos. No estoy seguro que debamos quedarnos con estas cosas.

—Las dejaré dentro de la lata. Es hermética, ¿no? —dije al final dudando si era posible que una enfermedad saliera de allí.

—Si el líquido no se derrama, es hermética.

Guardamos todas las esferas en la lata y continuamos con nuestra labor sin hablar más que de trabajo, aunque yo pensaba en las esferas. Algo me empujaba, una necesidad como la sed. Quería saber qué eran, dónde habían estado, para qué servían, quién las había diseñado. Esas esferas eran perfectas, de una belleza mortífera.

### III

Después de la jornada laboral, ya en mi módulo, volqué las esferas en mi espacio de trabajo. Mi madre y Frances habían salido en su hora de permiso para tratar unos asuntos de la Zona de Aprendizaje donde trabajaban.

El abuelo, al aparecer desde aseo, se acercó a la mesa.

—Me acabo de dar cuenta de algo —le dije al abuelo.

—¿Descubriste qué son?

—No, pero sí que no son idénticas. A simple vista, uno diría que son iguales, pero mirándolas mejor poseen detalles diferentes. Esta de acá tiene algunas púas más pequeñas, pero no son las mismas púas que las otras esferas. ¿Sabes que significa esto?

—Una esfera es toda parecida en su superficie. ¿Cómo sabes qué púa comparar? Una esfera no tiene principio ni fin.

—De todas maneras, la púa de esta esfera no tiene ninguna parecida en las otras. Mira, abuelo. —Desparramé unos tornillos sobre la mesa—. Este tornillo es muy distinto a este de acá por su tamaño, pero estos son iguales. Tampoco tienen inicio ni fin como las esferas.

—Hay tornillos grandes y pequeños —me dijo riéndose sin captar aún lo que quería decirle.

—Son iguales porque los hacen con el mismo molde, como los receptáculos de las moléculas de luz. ¿Te acuerdas cuando fallaron el molde y las moléculas tenían una muesca? —dije y mi abuelo levantó la cabeza.

—Me acuerdo. Te lo conté. Yo armaba esas moléculas. Entonces, estas esferas no son de molde. No fueron fabricadas como los tornillos. ¿Y?

—Entonces fueron hechas a mano. Una por una.

—¿Un adorno? Quizás como están prohibidos los adornos, alguien de la



intercolonial las escondió dentro de la máquina. Así podría ser. ¿Qué vamos a hacer con estos adornos? —dijo mi abuelo.

—Podríamos tenerlos.

—No, Devin. Nada de adornos. Los adornos separan a la gente. Ya ves cómo terminamos por separarnos. Guardar un adorno no tiene sentido si no se usa.

—Acá guardamos muchas cosas que no usamos.

—Pero podríamos usarlas. En cambio, nunca podremos usar estos adornos. Quizás las púas eran para eso, para colgarlos en la ropa. Déjame ver —dijo el abuelo en tanto intentó en vano que las púas sostengan a la esfera pegada a su abrigo.

—No. No era un adorno. Estuve pensando que quizás sea de un material que no se incinere.

—Podría ser.

Apoyé una de las esferas sobre una varilla metálica y la acerqué al calor. Al comienzo, chisporroteó; luego, arrojé la varilla con la bola de fuego en que se había convertido la esfera. Cayó sobre la manta de la cama y el abuelo, con celeridad, agarró la bola de fuego, en tanto gritaba por la quemazón, y la arrojó en el tarro del agua.

La palma del abuelo se había quemado. Pronto aparecería una ampolla. Le dije que se sentara junto a la mesa de entrada. Rogué que mi madre o mi esposa no aparecieran. La quemadura era leve, pero la piel del abuelo era muy fina. Extendí sobre la mancha roja la crema que los Mannix elaboraban para curar las lastimaduras. Ellos nunca quisieron compartir el secreto porque era parte de uno de los recuerdos de su familia. Sospechaba que usaban algún ingrediente robado de la cocina para fabricar el ungüento. Algunas veces, evitaba las infecciones; otras, era necesario solicitar a un conector la consulta en la Zona Médica.

—No es nada, abuelo. Va a pasar.

—Ahora sabemos que es inflamable. ¡Vaya cómo prendió! Podríamos reemplazar las lámparas por esferas de fuego —dijo y comenzó a reír hasta terminar con tos.

—Tenemos que pensar qué hacer con las esferas que restan. Mañana se la muestro a Ivo. ¿No te acuerdas de algo parecido en ingeniería?

—No. Ahí solo armábamos las moléculas de luz. ¿No será un recipiente? Te dije que adentro hay algo. Un recipiente como una molécula de luz —dijo mi abuelo.

—Los recipientes de las moléculas de luz son todos iguales. Estas no. Voy a dibujarlas aprovechando que mamá no vendrá por un rato. No muevas la mano así no se sale la crema. Ni siquiera muevas los dedos.

—No acerques esas pelotas a la lámpara. No queremos incendiar el módulo. Sería un desastre. El fuego se come el aire, por eso está prohibido. Vuelve a poner la protección de la lámpara. Está cerca de los papeles.

—No pasa nada, abuelo. La esfera se incendió porque la apoyé sobre el filamento en rojo. Voy a dibujar.

—No te hagas ilusiones. En un rato cae tu madre y te va a pedir que quites toda esta chatarra del piso. Deja. Voy a meter estas cosas pequeñas en los estantes de allí.

Con su paciencia, el abuelo comenzó a mover piezas sueltas a pesar de que aún le dolía la quemadura.

## AÑO 182 DD / JORNADA 235

A la jornada siguiente, durante mi turno laboral, llamé a Ivo a la mesa de los Green. Mi abuelo nos dejó el espacio libre y aprovechó para tomar café en el rincón de descanso. No era bien visto susurrar en las espaldas, así que fingí mostrar una hendedora a Ivo. Conozco a Ivo desde que era niño. Es la persona, luego del abuelo, en quien más confío, pero dudaba de mostrarle las esferas. Él permaneció con la vista fija en tanto yo abría la lata y dejaba caer las esferas sobre la mesa tapada de tarros y chatarra. Él me miró con el seño fruncido.

—¿Qué es esto?

—Unas cosas que estaban en la máquina que me llevé el otro día.

—¿Son de la máquina? ¿Engranajes?

—No. Mira, son diferentes. Fíjate el material —dije e Ivo agarró una de ellas—. Es liviana, tiene algo adentro, y son muy inflamables.

—¿Cómo lo sabes?

—La pusimos en el rojo de la lámpara y se incendió. Por eso el abuelo se quemó la mano.

—Está bien tenerlas dentro de una lata, por las dudas. Recuerdo cuando Arden anduvo con un pedazo de caparazón de un animal antiguo. Parece que alguien lo donó a aprendizaje y un niño se lo robó y se lo regaló a Stella. Papá me contó que abrieron una investigación sobre la procedencia del caparazón. Dijeron que era de un catán. Metieron el caparazón en una bolsa y lo despacharon hacia Colonia Bórax. Por los gestos de los conectores papá supo que no era de catán. ¿Una investigación por un animal que criamos en los tanques? No creo que sea posible.

—Esta esfera pudiera ser hasta lo que resta de algo quemado.

—No parece quemado. El color puede deberse a un tipo especial de procesamiento. ¿Un juguete para niños? Y sin olor...

—¿Con púas?

—No. Tienes razón. ¿La has abierto? —preguntó Ivo.

—No. Podría ser una parte de un Dispositivo Inferno. Quizás algo que falló y no fue liberado. O algo que estuvo en contacto con eso y aún es peligroso.

—No creo. Esos eran de metal, se abrían y liberaban el material por derretimiento. Mi abuelo dijo que el primer Chapman había visto uno en la guerra cuando era ingeniero militar.

—¿Cómo es que no estás en ingeniería? Sabes más que todos esos idiotas.

—Mi abuelo le contó a mi papá que nuestra familia era una vergüenza. El primer Chapman se mató por la culpa de haber ayudado a armar tantos artefactos de guerra. Hasta le habían otorgado una recomendación porque mejoró los dispositivos. Lo enviaron para que se fijara en los daños que eran capaz de hacer. Se quedó de hierro. Después se ató el cuello con una soga y se asfixió.

Permanecemos en silencio con la vista sobre las esferas. Al fin, él me dijo que hablaríamos luego, y se retiró para continuar con la reparación de la lámpara del N23B.

Guardé las esferas y, cuando el abuelo se acercó, le conté lo que Ivo me había dicho. Concluimos que eran de la guerra y que traían todo el dolor de esa época, nos contagiaban el espanto de la gente derritiéndose, de los árboles bañados en fuego, el escape de los animales que no comprendían el fuego líquido. Lo sabíamos porque era aún nuestra memoria, la de la humanidad que sobrevivía abajo. Levanté la mirada para observar uno de los tantos carteles que colgaba de las paredes: “Sobrevive: haz la esperanza real”. Mi abuelo creía que había que sobrevivir lo suficiente, hasta que un hijo se convirtiese en el centro de una nueva generación.

## AÑO 182 DD / JORNADA 241

En el comedor, mientras comíamos antes de ir al trabajo, Ivo me dijo que quería hablarme. Y así fue que, al terminar de comer, nos dirigimos hacia un lugar menos transitado. Atravesamos los pasillos de ingeniería y nos refugiamos en la oscuridad del mercado. Él me dijo:

—Estuve pensando cada hora oscura. No puedo dormir.

—Yo tampoco duermo muy bien.

—Si le mostramos a Arden, él quizás pueda buscar datos en los archivos de la sala de información —propuso Ivo.

—Confío en él, pero es muy boca floja.

—Lo sé. Pero solo él puede acceder a esos datos porque su familia es de información. Si encuentra algo sobre las esferas, podríamos dormir de nuevo.

—Tenemos que aprovechar el viernes, el Día del Trueque. Antes es imposible.

—El Día del Trueque metes una de esas cosas en una lata y le dices que la mire en privado.

—No estoy seguro de deshacerme de... —dije y justo pasó alguien; disimulamos discutir sobre el trueque de unas piezas de ropa. Reanudamos la charla cuando el muchacho se había alejado lo suficiente.

—Tienes unas jornadas para pensar. Quizás se te ocurra algo —dijo y escuché el timbre que anunciaba el inicio del trabajo y el arribo de los niños y jóvenes menores de catorce años a la Zona de Aprendizaje.

## AÑO 182 DD / JORNADA 244

### I

Frances, mientras ayudaba a mi madre en la organización del Día del Trueque, me preguntó si firmaría la planilla de exclusión. Mi madre, que rebuscaba en los estantes, me miró de reojo. Le dije que no era el mejor momento, excusa que había utilizado varias veces. Frances miró al abuelo, pero él se perdió tras la cortina del aseo. Repetí que no era el mejor momento. Ella dijo que ahora es el mejor momento para intentarlo. Deseaba, desde hacía unos dos años, tener un bebé. Pero antes debíamos ahorrar en moléculas de luz y de agua y reacomodar el módulo para un nuevo integrante de la familia Green. Ella insistía con el mismo asunto: enseñaba a los hijos de los demás, pero no al nuestro. Mi madre dejó sobre la mesa un cepillo con las cerdas tan desgastadas que daba pena. Frances me obligó a agarrar el papel de la solicitud y me dijo: “Firma ahora mismo, Devin”. Dudé si firmarlo o no. No podía ocultarme en el aseo, como otras veces. Quizás era un buen momento para pensar en las esferas, hasta para disfrutar de un tiempo a solas, ya que mi madre y mi abuelo se trasladarían a otro módulo en tanto no se levantase la exclusión. Frances jamás se inmiscuía en mis asuntos porque le aburrían las máquinas, así como hablar sobre la chatarra.

Apoyé la planilla sobre la mesa y tomé el tubo de grafito que Frances sostenía delante de mi cara. Firmé. Al entregarle el papel, se le perfiló la misma sonrisa que a mi madre. Mi abuelo, que ya había salido del aseo, me observó desde la puerta, apartando la cortina. Él acababa de enterarse que, por un período, viviría en otro módulo, pero no le faltaban conocidos para solicitar una estadía por exclusión, aunque en la mayoría de los módulos el espacio era muy reducido.

Frances dobló la solicitud y abrió la puerta. Desde afuera llegaron los sonidos de nuestra zona abriéndose para iniciar el Día del Trueque. Era uno de los momentos más esperados porque, sin la rutina de la jornada laboral, podríamos andar por los pasillos, visitar a nuestros conocidos, comer en el mercado y conseguir algún objeto distinto. A veces, los conectores abrían una tienda para la venta de objetos de procedencia de otras colonias. No lo sabíamos hasta no estar en el mercado. Mi madre y Frances, luego de ofrecer nuestras cosas, solían recorrer juntas los puestos que se improvisaban hasta en

los pasillos.

Mi madre colocó el cepillo en una caja, junto a otros objetos, y la manta de nailon que había tejido a dedo los días anteriores. Aproveché que ellas permanecerían un rato en el pasillo, y guardé una de las esferas en una lata mientras mi abuelo me observaba sin entrometerse. A los minutos, cuando estaba listo para salir, se acercó uno de los vecinos en búsqueda de mi abuelo. Siempre salían juntos porque él le ayudaba a elegir objetos en buen estado. En el Día del Trueque cada uno era liberado de la presencia de la familia; en mi caso, lo pasaba junto a mis amigos.

Al salir al pasillo, Frances me detuvo del brazo para decirme que iría al módulo de los Chapman a entregarle la planilla a nuestro representante, el padre de Ivo. El módulo de Ivo se ubicaba en el pasillo paralelo al nuestro. Ya era tarde para romper la planilla. Frances aceptó mi silencio con cierto agrado.

Mi madre ofreció nuestro cepillo a Rob Gene que transitaba hacia el pasillo general. “Está desastroso”, le dijo en tanto lo devolvió a la caja. Mi madre, al observar que él había puesto la mirada sobre la manta, apuró a explicarle que la había tejido el día anterior gracias al nailon conseguido en un trueque mucho tiempo atrás. Eva Brock, la vecina del N5A, le mostró un collar de arandelas con la intención de cambiarlo por la manta. Rob se retiró con una protesta contra los Brock que siempre arruinaban las transacciones. Tiempo atrás, Rob y Roger Brock habían peleado por una lámpara con tal ferocidad que debieron intervenir los conectores.

Mi madre rechazó el collar de arandelas porque no estaba permitido colgarse adornos. “Para el módulo, nadie te ve”, insistió Eva. “Que no”, dijo mi madre. Luego le preguntó qué más ofrecía por la manta. Eva abrió la bolsa, guardó el collar y extrajo botones que su marido había canjeado y que eran de un material de antes. Ni bien dijo “antes”, me separé de la pared donde me apoyaba y agarré los botones. “Plástico”, le dije. “Podrían ser útiles para ti, Sasa, que te gusta hacer estos tejidos”, dijo Eva. Después, Eva sumó unas pantuflas desflecadas que ella misma había arreglado. Mamá comenzó su exposición como si estuviera en un acto de aprendizaje y dijo que aún le dolían los dedos de tanto trenzar el nailon, que hay que hacer los hilos, que es mucho trabajo. Mientras mamá se quejaba, llegó el hijo de Eva, un niño de unos seis años, saltando en un pie. Nos gritó como el timbre que marca el inicio de la hora oscura. “A dormir”, le gritó a Eva y le propinó una patada. Después corrió hasta la pared del final del pasillo. Imaginé cómo sería la vida

en nuestro módulo con un niño tan pequeño. Luego, el hijo de Eva se tiró al piso, entre las piernas de su madre. Eva lo levantó de un tirón en tanto le decía que lo iba a llevar a la Zona Médica para que lo hicieran dormir para siempre. El niño manoteó los botones y volvió a correr, pero ahora, hacia la otra dirección, hacia el pasillo principal. Eva lo alcanzó y le propinó un cachetazo. El niño se lo devolvió. Eva le tiró el cabello. El niño le mordió el brazo y se fue. Al volver, Eva contó los botones recuperados y nos dijo que su hijo se había encariñado porque jugaba con ellos. Observé su rostro enrojecido del esfuerzo por correr al niño, o de la vergüenza.

Me arrepentí de haber firmado la solicitud. No era que no deseara niños. Debía, además, asegurar que ascendiera alguna generación de Green. En tanto, los niños chocarían contra las paredes metálicas sin saber qué restaba afuera o qué era el afuera del afuera. Un pasillo era el afuera del módulo. Ese pasillo debía tener un afuera: otro pasillo y otro módulo. ¿Y afuera de todo? No estábamos contruidos para vivir abajo. Nos lo decían las ganas de correr, la falta de aire, el deseo de romper las paredes. Cuando niño, mi abuelo me había descubierto rascando la pared con un punzón. “No hay nada”, me dijo, “hay una sombra oscura, una pared interminable”. “¿Y el afuera de la pared interminable?”, le pregunté. “Nada. Ya no hay nada”.

## II

Me despedí de mi madre y le dije que recorrería la zona. Me recomendó que consiguiera dos moléculas de agua mientras se levantó para alcanzarme el cepillo. Le respondí que no valía ni media molécula de agua. Ella agregó los botones que recién había conseguido. “Ni una molécula”, le dije. “Eres un inservible”, y acto seguido ofreció el cepillo a quien pasaba.

Me llevé los botones para evitar que me obligara a intercambiar la manta. Al llegar al pasillo principal, saludé a varios vecinos y caminé hacia el primer módulo, el de Arden. La puerta estaba abierta y, tres módulos más allá, Frances le entregaba la planilla al padre de Ivo, nuestro representante.

Al golpear sobre el umbral de la puerta de Arden, se asomó su padre. “No tengo nada para ofrecer”, me dijo. Le aclaré que solo buscaba a mi amigo.

—Andamos secos, como la mayoría —dijo Arden.

—Tengo algo para intercambiar —le dije mientras le mostré la lata.

—Algo me dijo Ivo. Ya vengo —me respondió antes de desaparecer dentro del módulo.

Escuché a mi esposa reírse, quizás el padre de Ivo le había dicho algo.



Luego de insistir durante meses, ella había logrado la exclusión y, feliz, hasta su forma de moverse derrochaba energía. Evitaba mirarme, tal vez por temor a mi arrepentimiento y la anulación del pedido. Recién la reunión de representantes y conectores sería el lunes, momento de la presentación formal de las exclusiones. Las jornadas restantes, Frances adoptaría una postura de sombra, evitaría el contacto y los choques. En nuestras zonas laborales, aguantaríamos las bromas relativas a la exclusión, esos dichos soeces que me molestaban tanto.

El abuelo pasó por mi lado y me dijo que le pediría a los Chapman un sitio durante la exclusión; luego, se sumó a la charla con Frances y al padre de Ivo. No era la primera vez que el abuelo compartía el módulo con los Chapman.

Arden salió del módulo y me dijo extendiéndome la pinza:

—Acá está. Me la devuelves luego.

—Por favor, de esto a nadie —susurré al acercarme a Arden para entregarle la lata y agarrar la pinza.

—Esta noche tengo para entretenerme, yo que estaba aburrido. ¿Nos vemos en el comedor?

Frances se acercó y se colgó de mi brazo. Caminamos por el pasillo principal mientras aguardábamos el timbre que nos señalaba la hora de comer.

Cuando entré al comedor con Frances, observé a unas veinte personas en la cola para recibir la comida. Frances me dijo que prefería caminar y comprar unos conos de catán en el mercado.

Con mi plato repleto y mi vaso rebosante de jugo, me senté junto a Ivo y a Shiri.

—Siempre se esmeran con el trueque. Al menos los panes están crujientes —dijo Shiri.

—Olson estuvo dando un discurso de lo bien que están haciendo las cosas ahora que papá es representante y que la harina de catán viene mejor.

—¿Has visto un catán vivo? —le pregunté a Ivo.

—Olson tiene un dibujo en la cocina. Lo vi cuando estuve arreglando el dispositivo de calor. ¿Tú lo has visto?

—Frances le mostró a los niños una lámina que yo ayudé a dibujar. Luego aparecieron los de cría y dijeron que era bastante parecido, pero que había errores aunque no me quisieron decir. Lo dibujé de memoria de un dibujo que recordaba de mi aprendizaje.

—Un dibujo no es vivo. Ni siquiera es un catán muerto. Pobres niños. ¿No

habrán llevado a esas cosas? —dijo Shiri.

—A los niños les encanta. Ayer Sandor me dijo que deberíamos tener un tanque para criar nuestros propios gusanos —dijo Ivo.

—¿Qué le respondiste?

—Que no teníamos lugar. Nos imaginamos a los gusanos criándose en nuestra cama y dejó el tema. Hablando de cama, papá me contó que solicitaron la exclusión.

—¡Venga! Que nuestro hijo está creciendo y ustedes aún no tienen los suyos —agregó Shiri.

—No estoy preparado —dije de mala gana y mordí el pan crocante y sabroso.

—Ya vas a ver cómo cambia la vida. Uno nunca se aburre si hay niños cerca —dijo Shiri cuando observamos que Arden se acercaba para sentarse.

—Comenzaron sin mí. Estos sí que son amigos. Ahora me dan el resto de los panes en disculpas—. Él manoteó mi pan para darle una mordida y arrojarlo de nuevo en mi plato.

—Hablábamos del bebé que tendrá pronto Devin. Hoy pidieron la exclusión —dijo Shiri.

—No podrán dormir con la cabecera de la cama de Devin pegada a la pared del Ivo —dijo Arden riéndose.

—Y tu cama da hacia mi pared —agregó Ivo.

—Y la tuya, Ivo, da contra la mía —dije y las mejillas de Shiri se tornaron rojizas.

—Bueno, tenemos que asegurarnos que la humanidad sobreviva. “Vivimos por el mañana” —dijo Arden enderezándose e imitando el tono de representante. Algunos se giraron y aplaudieron. Arden se levantó y volvió a decir lo mismo para el resto. Cuando se sentó, le dije:

—Yo no diría “vivimos”. —Arden me miró y respondió, aún de pie:

—“Sacudimos la cama por el mañana”. —Quienes estaban en la mesa cercana, volvieron a aplaudir. Alguien preguntó quién era el afortunado de la exclusión y Arden me señaló con el tenedor sobre mi cabeza.

—No quise decir eso, quise decir “sobrevivimos” —agregué a lo que Arden movió la boca para responderme, pero solo resopló.

—Siempre tan serio, Devin —me dijo Shiri.

—Pienso en mis cosas.

—Hablando de eso, sobre lo del trueque. Estoy desconcertado —dijo Arden y miré a Shiri.

—Ya lo sé. Me contó Ivo ayer.

—¿Alguna idea? —preguntó Ivo.

—Nada. Yo sé menos que ustedes sobre piezas de maquinaria, pero voy a solicitar información al archivo. Pensé que como se acerca el Día del Descenso... —dijo Arden.

—“Salvación” —corregí.

—Eso mismo. Podemos decir que armaremos algo para la celebración. Tú, Ivo, puedes pedirle a tu papá que firme la solicitud y nos autorice liderar los actos de nuestra zona.

—No es posible. Él ya tiene todo preparado. Este año les toca a los Brock —dijo Ivo.

—Los Brock son unos torpes para eso —dijo Arden.

—Lo sé, pero hace rato que fueron sorteados y papá los postergó para otros años, y el año es este.

—Frances está preparando algo para la escuela. Podemos ofrecernos a dar una charla. Con el abuelo Ollie tenemos planeado asistir para hablar de los oficios.

—No falta mucho. Estarán los de ingeniería, como siempre. Yo no me lo pierdo —dijo Arden.

—Pensamos con el abuelo dejar en aprendizaje una especie de artilugio que muestre algo del antes.

—¿Te parece buena idea mostrarle eso a los niños? —acotó Shiri.

—Hay que prepararlos por si son ellos quienes subirán para recomenzar afuera —dije mientras me recosté en la silla y terminé de tomar mi bebida.

—Podemos aprovechar y pedir información al respecto sobre cómo era la tecnología, los aparatos de lo que fueran las casas, quizás encontramos algo similar —dijo Arden.

—No es un aparato. No es fabricado en masa. Está hecho a mano, a medida, y nunca observé ese material. Hace años el abuelo recordó haber recibido un aparato que tenía perillas parecidas. Era así blando, pero duro. No sé cómo decirlo.

—Bueno, pidamos archivos de estilos de vida en las casas de antes. El tema va a ser engancharlo con el Día del Oficio si no es posible justificarlo con el Día de la Supervivencia—dijo Arden.

—“Salvación”, Arden —le dije.

—Da lo mismo.

—Luego hablaré con papá sobre la planilla del pedido. Cuanto antes la

entreguemos, mejor. Y por la justificación, algo se nos ocurrirá —dijo Ivo.

—¿Y cuándo es la próxima reunión? —pregunté a Ivo.

—El día 247. Papá presentará el pedido de Arden y tu pedido de exclusión, entre tantas cosas.

—¿Qué sabes de los Preston? ¿Será verdad que Vera Preston quiere dimitir y hasta ha propuesto a su amiga para que tome su lugar en el matrimonio? —preguntó Arden a Ivo.

—No puedo hablar de eso, Arden. Papá deja escapar varias cosas, pero es secreto de representante.

—Solo tienes que mover la cabeza. Listo. La moviste. La respuesta es “sí” —dijo Arden agarrando el pan que Ivo apenas había mordido.

—Te callas. Si papá te escucha tengo un reto como si fuera un crío —dijo Ivo y se fue acompañado de Shiri.

—Estoy emocionado con esto. Sabes, podríamos armar un espacio con cosas de antes. Estuve pensando el proyecto con mamá y Stella. Tendríamos que disponer de un lugar. Incluso, podemos armar un rincón especial, tal cual antes. Pedir a todos que donen solo cosas lindas. Podríamos hacer una especie de pared con una ventana como del afuera; y el afuera, una espacio abierto con luz —dijo Arden.

—¿Adónde? Siempre falta lugar. Todo esto es de antes, el nailon, las láminas. El metal es reciclado de las ciudades destruidas. Esta pared antes fue algo de una ciudad. Este vaso, este plato, este cuchillo. Todo viene de arriba. Todo gracias a Geo.

—Yo digo cosas importantes. No pedazos de cosas recicladas o rotas. Cosas lindas. No hablo de chatarra.

—Lo veo imposible por el lugar. Después, de qué “cosas lindas” hablas.

—Cosas lindas. Quiero decir que algo distinto, bonito, colorido, tiene que quedar de antes. ¿Te acuerdas de esos vasos altos y con colores que había conseguido el conector Leroy? No pude sacarme de encima esos dibujos con tantos rojos y amarillos tan fuertes. Acá no hay de esos colores.

—Y eso terminó mal.

—Con el pobre Leroy siendo retado como un niño por el Blech. ¿Cuántas moléculas pidió el Leroy por esos vasos altos?

—¿Y piensas que alguien perderá sus moléculas de luz y de agua tan solo para donar un objeto bonito para una muestra del Día de los Oficios?

—¿Los conectores? Ellos podrían conseguir algo, estoy casi seguro —dijo Arden atacando los restos de comida de mi plato.

—¿Tú crees que te dejarán armar un rincón del antes?

—Vamos a salir de acá, hasta nos enseñan en la escuela sobre la guerra y todo eso —dijo Arden ya sin la sonrisa.

—Una cosa es aprender sobre el antes, tener algunos objetos; otra es recordar todo lo que perdimos. Además, esta nostalgia por algo que ni siquiera conocemos, la nostalgia que arrastramos de nuestros abuelos de abuelos, del primero que descendió, sería insoportable. Yo también pienso cómo sería vivir en esas casas del arriba. Te conozco, Arden, planificas cosas imposibles, como la radio de la zona.

—Era una buena idea. Imagina que podríamos invitar al viejo Peyton para que nos cuente esas historias y escucharlas en tanto trabajamos.

—Arden...

—Tú siempre piensas en lo malo. Yo pienso en lo bueno. En mejorar la vida aquí abajo. En pasarla bien y en lo que ganaremos al salir.

—¿Y no piensas en lo que perdimos al bajar?

### III

Al despedirme de Arden, me dirigí al mercado y me crucé con Frances. Ella observaba una mesa con zapatos. Le puse la mano en el hombro; ella se giró y me besó en la mejilla. Compramos conos de crema y dos masas de catán untadas con una sustancia agria y de color blanco. Comimos con lentitud, sentados junto a una de las paredes desde donde podíamos observar casi todo el mercado. El abuelo Ollie se probaba una gorra nueva y un saco de trencilla a cambio de una molécula de luz. Frances meneó la cabeza y dijo:

—Tienes que hablar con el abuelo. No puede seguir derrochando las moléculas. No necesita ropa y ya tiene dos gorras más.

—Luego hablo con él, pero hoy está contento. Dejémoslo así.

—Tiene que pensar en los nietos que tendrá pronto. Vamos a necesitar muchas moléculas de agua, también. Si algo pasara, como un cierre de compuertas, no tendríamos moléculas. Por eso con Sasa nunca dejamos que bajen de cierta cantidad y las contamos cada jornada.

—Después hablo con él.

—Si Sasa se entera, ya sabes cómo se pondrá —dijo suavizando el tono, quizás pensaba en la planilla de exclusión aún no aprobada.

—¿Le vas a contar? —dije ofreciéndole mi cono de crema porque había

perdido el apetito.

—No diré nada. Quiero un poco de tranquilidad. Nos vendrá bien la exclusión. El padre de Ivo aceptó dar hospitalidad al abuelo. Sasa dijo que solicitaría de nuevo ser acogida por los Garret. Disfrutaremos estar juntos, como ahora —dijo y al observar a mi madre ingresar al mercado, salió a su encuentro. Desde lejos me saludó con la mano. Las dos caminaron entre las mesas repletas de todo tipo de objetos. La mesa de los conectores ya casi estaba vacía bajo el control del conector Leroy. Cada tanto, gritaba que esa jornada, solo recibía moléculas, nada de objetos inservibles.

Permanecí sentado. Pensé en el aburrimiento que me esperaba, en el tiempo de la exclusión, en los pocos ánimos que tenía de estar con Frances, en lo inútil que todo me resultaba, eso de estirar la existencia como un cable hacia el mañana. “Sobrevive: haz la esperanza real”. Yo solo leía “sobrevive” como una fuerza foránea que me golpeaba el rostro para que despierte, tire a mis hijos hacia otro módulo para que ellos hagan lo mismo. Sobrevivir una vez más. ¿Qué sucedería si se acababa el aire y nos dejaban de llegar las moléculas de agua de la Colonia Axa? ¿Tendríamos que tomarnos el orín? ¿Beberíamos el orín del orín sin parar hasta que nuestros nietos crean que tomar el orín es una costumbre que siempre ha existido? ¿Cuánto de lo que nosotros hacemos proviene de un estado de desesperación? ¿Acaso lo es esta comida que consiste en lo mismo con distinto color para fingir que es diferente? ¿Qué tiene en el fondo esta crema del cono? ¿Criar catán no forma parte de un acto desesperado? Antes comían plantas, frutos con jugo y pulpa que se escurrían por la lengua y caían por la garganta en un agua limpia. En cambio, está el olor de esta crema que adoramos comer en nuestros ratos libres, una mezcla de sustancia corrosiva y agua sucia; rodeados de pasillos que recorremos infinidad de veces por obligación a no volvernos fofos o mimetizarnos con gusanos. ¿Sería nuestra elección comer crema de cono si no nos hubieran enseñado a adorarla? ¿Caminaríamos si no nos obligaran?

Los niños pueden correr. Los adultos caminan. Los viejos se sientan y esperan. El abuelo Ollie camina hacia atrás, hasta alcanzar a papá antes del accidente, antes de que su cuerpo fuese secado al quitarle todo el aire.

El timbre me sobresaltó. Comencé a dirigirme hacia el módulo, arrastrando un cansancio repentino. Cuando se abrió una puerta de ingeniería, me frené, nos miramos unos segundos, curiosos y asustados, hasta que alguien dijo: “Aún no salgan que el pasillo no está vacío”. Apresuré el paso para entrar rápido a mi módulo.

## IV

Esperé a la hora oscura para hablar con Frances, como si fuese posible que la oscuridad apagara nuestras voces. El sueño de mi madre y de mi abuelo creaba nuestro espacio de intimidad.

Al rato de que mi madre apagara la lámpara, me giré en la cama y le dije a Frances que había cambiado de idea y que participaría en el Día de los Oficios. Ella me besó la mejilla.

—¿Luego no te arrepentirás?

—Está decidido. Con Arden pensamos que es importante que los niños conozcan el afuera y el antes de la guerra. No quisiera que las generaciones que llegan se perdieran la posibilidad de conocer cómo fue el pasado.

—Es más importante concentrarnos en el presente. El mañana llegará y ellos estarán preparados. Además, falta mucho. “Vivimos por el mañana”, como dicen. ¿Y qué relación tiene eso con los oficios?

—En la chatarrera usamos maquinaria del afuera que traen los de Geo. Además, con la muestra ayudaremos a que no se repita el pasado.

—Por eso festejamos el Día de la Salvación. Para recordar que tuvimos que vivir bajo tierra para sobrevivir con la esperanza de subir —dijo Frances.

—Entonces, podemos hablar de cómo era vivir en las casas.

—No era eso lo que quería decir. Una cosa es hablar de la historia, de cómo han muerto billones de seres humanos por los errores y por vivir separados por sus creencias. Otra es mostrarles lo que no pueden tener. Es cruel. Si les enseñamos lo mínimo y luego les contamos que la guerra no es buena opción, que no debemos apelar a la violencia jamás, ellos aprenderán y no volverán a cometer nuestros errores. Se borrará de sus mentes. Si no lo piensan, no lo actúan.

—Si hablan de guerra, no se borrará de sus mentes.

—Quise decir que no sabrán cómo eran ciertas cosas, entonces, ya no tendrán que pelear por ellas.

—Ni siquiera han visto un catán vivo. ¿Cómo se supone que sobrevivirán afuera?

—Eso no es importante. Lo importante es aprender a vivir todos juntos, como humanidad, sin distinciones. Es cruel hablarles de todo eso que ya no existe. Se pondrán tristes. Es así cómo funcionamos. Deseamos lo que

tenemos. Si no sabemos que existe, no lo deseamos.

—Es lo que fuimos y lo que seremos. Esto es provisorio. La humanidad no va a permanecer bajo tierra para siempre. Estuve pensando en el tiempo que les llevará a los Dispositivos Inferno en desconectarse.

—¿Y qué sucederá cuando comiencen a desear salir? ¿Cuándo imaginen todas esas cosas y comparen con esto? Si no les mostramos todo, no pueden imaginar. No se puede imaginar lo desconocido. ¿Entiendes? —dijo Frances y me acarició el cabello.

—No. Hagamos una cosa. Tú firmas la solicitud para acceder a los archivos como miembro de aprendizaje y te muestro lo que preparo con Arden. Si no te parece, lo modificamos —dije y me giré de costado dándole la espalda.

—Está bien. No te enojas. No quiero que los niños sufran. Y voy a dormir. Mañana tengo mucho trabajo con los festejos. Los niños cantarán una canción que aún escribimos. No es fácil hablar de supervivencia. No quiero que sea un acto triste. Tiene que ser un acto de esperanza.

—Está bien. Durmamos.



## AÑO 182 DD / JORNADAS 250-255

### I

Gracias a la influencia del padre de Ivo, el permiso para consultar parte del archivo había sido aprobado con el tema de “los oficios de antes y de ahora”. Según Ivo, no había sido fácil convencer a los conectores presentes en la reunión semanal ni al representante de la Zona 4 para el acceso a parte de los registros resguardados en la Colonia Bórax. Se acordó la consulta en la Zona de Información durante nuestro horario restringido al módulo, y no durante el horario de nuestra jornada laboral.

En el comedor, discutimos con Arden, Ivo y Shiri sobre el rescate de la información de los archivos que podríamos guardarla como recuerdo para alguno de nuestros hijos, para la generación siguiente. No sabíamos cuándo podríamos volver a solicitar el acceso a esos papeles ni si el permiso sería concedido. Que el padre de Ivo sea el conector, también ayudó en el asunto.

Arden no dormía más que con dosis extra de jarabe D. La emoción por tocar esos archivos, observar la letra de quien ahora estaba muerto y afuera, quizás, una imagen de una casa, había propiciado un nerviosismo contagioso. En mi caso, sin apetito ni sueño, sin poder pensar más que en aquello que pervivía un tramo más arriba, sobre mi cabeza. “Un agujero”, “una sombra”, “restos calcinados”, todas esas imágenes que nos consolaban no poseían la fuerza necesaria como para encerrar en una lata a mi mente, en esa lata que era el complejo habitacional CN34 de la Colonia Neón. Ni siquiera conocía otro sector de la colonia ni a otras colonias. Mi imaginación producía una imagen de espejo, un complejo igual a este en una colonia idéntica a esta, repetida hasta agotarme, sin poder resolver ese espacio donde la sucesión de lo idéntico se acababa.

Cinco días después y en la chatarrera, mientras con mi abuelo intentábamos desarmar una maquinaria estropeada para salvar algunas piezas, el conector Leroy me informó que habían llegado los archivos y que esa misma jornada podría acceder a la L3, la Zona de Información. Le agradecí y miré al abuelo en tanto era consciente de mi sonrisa. Hacía tiempo que no lo hacía. Ya ni las bromas de Arden me producían ni sorpresa ni una pizca de humor.

Ivo me miró y me hizo una señal de aprobación con la mano. El padre de Ivo levantó el pulgar. Nadie se había dado cuenta que estaba transpirando, que respiraba demasiado rápido. El abuelo me dijo que sigamos con lo nuestro,

pero no pude concentrarme. Quería llegar al L3 y comenzar a leer los archivos. Quizás hasta los de Colonia Bórax habrían enviado un objeto de antes. No sabía si Arden tendría el mismo horario. Quizás le hubieron ofrecido un tiempo más tarde.

Luego del fin de la jornada laboral, ya en el módulo, me encerré en el aseo. Frances y mamá armaban hilos a partir de unas prendas ya inservibles. Volqué un vasito de agua en la palangana y me desnudé. Comencé a lavarme como si fuera la ceremonia de mi matrimonio. Frances entró al aseo y se agachó para orinar en el tarro. Me preguntó por qué no me aseaba después de dormir un rato. Le dije que tenía el permiso. Frances salió del aseo, pero volvió a mi lado para agregar que aún no le dijeron nada sobre la visita a los archivos. No me imaginé que podrían rechazarla y la consolé diciéndole que los de Colonia Bórax habrán pensando que éramos solo Arden y yo quienes preparábamos la charla para los niños. No me respondió y volvió a salir del aseo. Me agaché hacia el recipiente con el agua que ya estaba turbia y me mojé la cara. Si hubiera sido más agua, habría metido la cabeza dentro para evitar sentir el olor del orín recién echado al tarro, mezclado con el orín que se iría acumulando hasta la jornada siguiente, momento de dejar el tarro en limpieza.

Me mojé el cabello tirándolo hacia atrás. Con un filo me quité la barba. Refregué con ceniza mis dientes y me froté la piel con la barra de ecol hasta remover la suciedad restante. Al salir del aseo, ya con la ropa limpia, mi madre me observó desde su cama.

—¿Hay celebración?

—Voy al L3 a consultar unos archivos —dije mientras ella se sentaba en la cama para mirar a Frances que guardaba los hilos en un estante.

—Es por la charla para los niños. Por la celebración del Día de los Oficios —dijo Frances.

—¿No era por el Día de la Salvación? —dijo mi madre.

—Era por eso. Pero se decidió presentarlo para los oficios y no para la salvación —dije.

—¿Y no me iban a avisar? Yo también soy educadora. ¿Cuándo se resolvió?

—Hace poco. Nos dijo el conector Leroy que el Día de la Salvación era organizado por los Brock y que podíamos celebrar un acto previo en aprendizaje para los oficios.

—Si es por el Día de los Oficios, que vaya Frances. Este año no me toca

participar en la organización, les toca a los pequeños de ella. No te preocupes por el hilado, hoy pensaba dedicarme a acomodar esos estantes —dijo mi madre ya junto a mi esposa.

—Yo no voy, Sasa.

—¿Y eso por qué?

—Porque solo autorizaron a Devin y a Arden —dijo y las dos me miraron con desaprobación.

—¿Y no pediste por ella, Devin?

—Fue idea de Devin y Arden. Y es por los oficios. Déjalos de en paz que hagan su trabajo y anda de una vez, Devin, que llegas tarde —dijo el abuelo desde su cama donde estaba recostado.

Permanecí esquivando la mirada de Frances, sin saber qué hacer. No me interesaban los archivos por los niños ni por el Día de los Oficios. Ni siquiera me interesaba la ceremonia de la salvación. Lo único que deseaba en ese momento eran las esferas encerradas en una lata, debajo de la mesa. Preferí el silencio, a la espera que mi abuelo me empujara fuera del módulo. Pero Frances dijo que ella ya tenía bastante con ser educadora como para ponerse a preparar la presentación de los chatarreros, y agregó que me fuera, que no debía llegar tarde. La besé en la mejilla y salí. Al darme vuelta para cerrar la puerta del módulo, el rostro de mi madre se hundió en la oscuridad tras el gesto de Frances de apagar la lámpara.

Nunca pensé que poder leer los archivos me pusiera en una situación donde me resultaba difícil contenerme. Quizás había estado tanto tiempo bajo el influjo de un estado único y monótono que ahora era como si todo el conjunto habitacional se encendiera o se rajara para abrirse a una luz jamás vista. Hubiera podido correr por horas, abrir las paredes con mis golpes.

Al llegar al pasillo principal, escuché a Arden canturrear. Al verme, levantó la mano para saludarme y le devolví el gesto. A mi izquierda, observé a los que serían de la Zona 3 entrar en el pasillo del comedor. Me apresuré ya que no quería cruzarme con los de ingeniería.

## II

Arden abrió la puerta de información donde él y su familia trabajaban, buscó la lámpara y me dijo que esa molécula de luz era donación de su familia; después, me preguntó si el conector me había informado que los Green

deberíamos hacer lo mismo por el tiempo que usaríamos esa luz para leer. Le respondí que no sabía y que lo hablaría con el abuelo Ollie, pero que mi familia estaba escasa de moléculas. Como todos en estos días, me contestó Arden.

Al encender la lámpara, Arden me llamó para que me acercase a la mesa principal en el centro de la sala. Creímos que los archivos estarían empaquetados sobre la mesa. Busqué sobre el escritorio mientras Arden revolvía los estantes. Luego, me acerqué a la antigua radio que solo emitía para toda la colonia los comunicados de los conectores en los eventos especiales o durante las emergencias.

—Una pena tener estos equipos abandonados —le dije a Arden mientras buscábamos en la penumbra.

—Así es. Pero gastan demasiado si quisiéramos usarlos de manera continua. Hace meses presenté un proyecto de emisión aprovechando el Día del Trueque, pero me lo negaron. Hasta se nos ocurrió con papá anunciar por radio algunos objetos especiales para intercambiar. Por ejemplo, un Día del Trueque informar de los objetos en intercambio de los módulo N1A a N3A, y así. Después pensamos que estaría sonando todo el tiempo. Entonces, podríamos solo informar de los puestos que abren en el mercado, si los conectores cuentan con ciertos objetos especiales, compartir alguna anécdota, un nacimiento, algún suceso importante. Dora Ward nos podría cantar esas canciones —dijo Arden mientras rebuscaba en otra estantería.

—¿No te ayudó el padre de Ivo?

—Sí, pero los conectores se negaron por el tema del ahorro. En realidad, obligaron a los representantes a elegir entre el mantenimiento de los tanques de cría o la radio. Ya te imaginarás qué eligieron.

—La supervivencia —dije observando un montículo de papeles.

—Exacto. Si vamos a pensar así, en el fondo, es cierto. Mira, leer estos archivos consumirá más de dos moléculas. Quizás tengamos que poner tres moléculas cada uno —dijo Arden cuando escuchamos el sonido de la puerta.

El conector Leroy entró tras abrir la puerta de una patada porque traía una caja metálica que apoyó sobre la mesa. Se secó la frente con la manga y suspiró.

—Estoy retrasado —dijo y empujó la caja hacia nosotros.

—¿Es esto? —pregunté.

—Llegó hace un rato. Los pasantes tuvieron un retraso por un accidente en el pasillo intercolonial hacia el conjunto CN33.

—¿Algo grave? —preguntó Arden.

—Lo de siempre. Se rompió el carro de transporte y como debían darle a la manija que estaba muy trabada, se negaron a seguir y se frenaron todos los carros. Tuvieron que intervenir los guardias y Tylor debió asistir a los conectores de la intercolonial.

—¿Y qué hicieron los guardias? —preguntó Arden.

—¡Nada! No es asunto suyo. Querían consultar los archivos, ahí están. Debieron transportar esta caja, que pesa como una viga, varias personas desde que salió de Bórax. Ahí lo tienen. Espero que valga la pena tanto esfuerzo.

Al abrir la caja noté que el mayor peso era por ser de metal ya que contenía unas carpetas con hojas amarillentas.

—Con cuidado. Las hojas están muy arruinadas —dijo el conector Leroy y se sentó. Arden y yo miramos al conector, luego nos miramos como diciéndonos: “Creíamos que estaríamos solos”.

—¿Se va a quedar a ayudarnos a leer? Nos vendría bien otra luz —bromeó Arden.

—Voy a quedarme para asegurar que los papeles se guardan como estaban. No tengo que decirles lo importante que son estos archivos para lo que resta de la humanidad. Y las moléculas corren por su cuenta —dijo estirándose en la silla.

—Se aburrirá un poco, pero bueno, ¿comenzamos? —dijo Arden con entusiasmo mientras yo sentía que perdía el mío.

Arden y yo nos sentamos uno al lado de otro, frente al conector Leroy. Vaciamos el contenido de la caja metálica y lo acomodamos en el medio de la mesa. Corrimos la caja a un costado porque nos tapaba la poca luz. Con cuidado, sostuve la primera carpeta que me pareció que crujía. Un olor extraño se difundió cuando la abrí. No pude evitar oler esos papeles: una mezcla a quemado y a cabello seco, una rugosidad que se evaporaba al contacto y emitía el último vestigio de voz.

Arden y el conector Leroy desaparecieron de mi conciencia. La emoción por observar esos papeles que habían sobrevivido a la guerra, a la muerte de mi padre, al día en que nos enteramos de que se habían extinguido casi todos los animales y las plantas para habitar una geografía tan diminuta, de cara a esta soledad.

Lo primero que observé fue la letra prolija y bastante legible, a pesar de cierto cuarteado que recorría la hoja. Comencé a leer.

“Ingredientes. Ocho huevos. Un kilogramo de harina. Un litro de leche.

Quinientos gramos de mantequilla. Una cucharadita de vainilla. Una cucharadita de Ron. Un kilogramo de azúcar. Preparado. Verter la mantequilla con el azúcar. Agregar el resto de los ingredientes. Cocinar al horno unos cuarenta minutos”.

Observé los dibujos que acompañaban al texto. Los huevos eran más grandes de lo esperado si los comparaba con el vaso que habían dibujado al lado del huevo; aun eran más grandes que los huevos de catanes, según recordaba de una lámina que había visto durante mi aprendizaje. Esos huevos del afuera serían de un insecto enorme. La que se llamaba mantequilla se parecía a la barra de ecol. Pero nada semejante a las esferas.

Dejé de lado el papel anterior y seguí con el siguiente, grisáceo, muy delicado, roto en la parte de arriba.

“En el día de la fecha fueron encontrados muertos dos hombres aún no identificados. Los cuerpos, según cuenta el oficial de policía de la seccional quinta, estaban colgando de la viga. A pesar del hermetismo policial, según nuestra fuente, habrían sido víctimas de un ajuste de cuenta. Debajo de la primera víctima, fue hallado un sobre vacío. Las hipótesis apuntan al accionar de un sicario y a la actividad de tráfico de manseína de las dos víctimas.

”A las ocho de la noche, se hicieron presentes en el lugar el comisario local y la Brigada de Delitos del Cuerpo de Seguridad y el Jefe de Gobierno de la Megarregión. Permanecieron durante toda la noche dentro del departamento e impidieron colocar las cámaras de emisión a la prensa local, hecho que generó el repudio de la comunidad. Entre los dichos recabados entre la multitud que se congregaba en los alrededores, señalamos el más difundido: ‘Estaban armando la escena para fingir un suicidio’, incluso mencionado por la Señoría de Garantías. Y la pregunta más señalada: ¿Por qué estuvo el Jefe Policial toda la noche encerrado en la escena del crimen, con su gente y sin dar aviso a las autoridades regionales?”.

En la misma hoja, pero separado en un recuadro al costado, leí:

“Columna Consejera Corazón. Hoy les traigo, queridos lectores, la respuesta a la duda de nuestra querida Mariel. No es su nombre real ya que deseo resguardar la seguridad de nuestra lectora. Mariel nos cuenta que su marido la obliga a estar siempre vestida de fiesta. En caso de negarse, recibe amenazas. Su cabello, como la moda dice, ya le llega a las rodillas. No desea perder su matrimonio, pero quiere cortarse la cabellera. ¿Qué le digo a Mariel? Querida, en estos tiempos que corren hay que conservar lo que uno tiene. Pensemos en los desafortunados que lo han perdido todo, incluso el

cabello, cuando fueron expuestos al virus Porux y se derritieron. Deberías disfrutar de ese precioso pelo y de tu marido. Hay que disfrutar la vida. Les digo a todas, la vida es una fiesta”.

Dejé el papel de lado y me recosté en la silla. Arden había perdido la sonrisa y me observaba con la mano apoyada en la mandíbula.

—¿Qué es esto? —le pregunté al conector.

—Los archivos —me respondió.

—¿Es todo?

—Es parte.

—¿Y el resto?

—Bajo custodia en Colonia Bórax.

—¿Los libros?

—Casi no restan. Al comienzo, la gente los usó para reciclarlos. Eran épocas desesperadas. Después, Colonia Bórax prohibió el reciclado de todo material impreso. Es Bórax la encargada de decidir aquello que se recicla. Algunos libros, ya inservibles, fueron procesados. Otros, son guardados en custodia para cuando subamos de nuevo —dijo mientras escarbaba con un cuchillo debajo de sus uñas.

—¿Qué es un “ajuste de cuenta”? —pregunté al conector Leroy.

—No lo sé. Hay eruditos que estudian estos archivos. La próxima vez le digo a uno que venga así habla con los chatarreros y les informan de lo que quieren.

—Hacían morir a alguien por eso que era un “ajuste de una cuenta”. No entiendo cómo se ajustaban las cuentas con la muerte.

—Así era antes. A veces me pregunto si no estamos mejor acá abajo —dijo el conector Leroy.

—¿Qué le diremos a los niños el Día del Oficio? ¿Qué antes mataban a alguien por algo que no sé que es, pero que se llama manseína, había algo que se hacía con huevos, que ni sabemos de qué son, y que las mujeres se quejaban por el cabello que no podían cortarse y que te decían que la vida es una fiesta?

—Esos son los archivos —recalcó el conector Leroy sin apartar la mirada de sus uñas y suspirando con tal fuerza que podía sentir su aliento.

—No es mejor que esto, Devin. La costumbre de sacar lustre a los zapatos, alguien se queja que el cuero no es como antes. Dos enanos que cuentan chistes. Escucha el chiste: “En qué se parecen los huevos a los dedos: a que tienen yema”.

—¿Los “huevos”? Acá también habla de “huevos”. ¿De qué huevos hablan?

—le pregunté al conector Leroy.

—De los huevos de catán o de mis huevos. ¡Cómo voy a saberlo!

—¿Y qué significa que tienen yema? —le pregunté a Arden.

—¿Qué tienen dedos? —dijo Arden entre risas.

—Deberíamos preguntar a un criador si tienen dedos, pero estoy seguro que no.

—Debe ser que adentro del huevo está el bebé catán y tiene dedos con yema, esto —dijo Arden y señala la mano.

—Los catanes no tienen yemas en los dedos, tienen patas con pinches —aclaró el conector Leroy.

—¿Ha visto un catán de cerca? —pregunté.

—Los he visto en los tanques y he visto cómo fabrican la harina. Los ponen a tostar y luego los pisan hasta que se hace un polvo finito como las pelusas.

—Mejor no saberlo —dijo Arden.

—Deberíamos saberlo si es lo que comemos. No sé por qué no lo cuentan en la Zona de Aprendizaje.

—Les recuerdo que el permiso es para la consulta de archivos, no es un debate sobre las normativas de las colonias —dijo el conector Leroy con el mismo tono de voz que cuando hablaban por la radio para informarnos.

—Está bien, sigamos leyendo —dijo Arden.

Al rato de haber comenzado a leer, los ojos me picaban y comencé a sentir dolor en mi cabeza, un dolor que hacía que el corazón subiera y latiera bien arriba, como un gorro que te apretaba o una mano que te pegaba sin parar. Arden tampoco tenía mejor aspecto. Cada tanto, decía que nada, nada. En cambio, el conector Leroy dormitaba.

Los siguientes papeles ofrecían información de la “moda de otoño”, de las “precauciones ante un ataque del virus”, las “estadísticas del ganado que se perdió por un incendio de un malezal”.

—¿Qué es el “ganado”? —pregunté a Arden.

—Algo que se ganó —dijo el conector Leroy, enderezándose.

—Acá dice “ganado que se perdió”.

—¿Cómo va a ser algo ganado y luego perdido? Sería lo “perdido”, ya no lo “ganado” —dijo el conector Leroy.

—Quizás quiere decir que primero se ganó, para perderlo luego —dijo Arden.

—Les recuerdo que estamos acá abajo por la gente del antes. Si fueron capaces de destruir nuestro mundo, también fueron capaces de escribir estas



idioteces. Según mi punto de vista, habría que enviar a los tanques de biogás hasta el último vestigio del afuera. Si ellos fueron capaces de hundirnos acá, nosotros somos capaces de borrarlos de la historia y comenzar de nuevo. No sé cómo pueden tocar esos papeles de esos que fabricaron los dispositivos que se cargaron billones de vidas.

—Dicho así, no es errado —dijo Arden.

—No todo debió de ser igual. Algo importante tiene que existir en todo esto —dije y pensé en las esferas.

—Sí, como lo “ganado” y lo “perdido” y los “huevos” —dijo el conector Leroy y comenzó a reírse.

—¿Qué es el “otoño”? —pregunté.

—Un moño pequeño —me dijo Leroy.

—“Moda de otoño”. —Y volví a leer el papel.

—Es la moda del moño.

—¿Y qué es “moda”?

—Ya me está dando dolor de cabeza y me duelen las rodillas—dijo el conector Leroy y se levantó para dar unas vueltas por el módulo.

Me alejé de la hoja, tiré la cabeza hacia atrás y cerré los ojos. Escuchaba a Arden hacer ruido al mover los papeles. Esperaba encontrarme algún dato sobre las esferas, pero sobre todo, algo que me permitiera pensar en el antes de una manera hermosa, como si estuviese allí, como si fuese mi recuerdo, para vivir en ese instante. La mitad de las palabras estaban vacías. El conector Leroy me tocó el hombro y me dijo: “Esas palabras eran del antes y el antes ya no existe”. Luego, retornó a su silla y a su costumbre de limpiarse las uñas.

“Ya no existe”. Fue como una trompada en el estómago. Disimulé, lo mejor que pude, las ganas de llorar que nacían de mi pecho como cuando era niño y me entristecían las palabras del abuelo contándome que luego de una pared solo había oscuridad. Quizás, pensé, debía tirar las esferas y tener tres hijos, enseñarles el oficio de la chatarra y morir: el resto de mi vida.

Retomé la lectura de las hojas. No me detuve en las palabras que desconocía.

Cuando escuchamos el timbre grueso que anunciaba que la Zona 3 debía dirigirse a sus módulos, el conector nos dijo que guardemos los papeles en la caja, que volvería en la jornada siguiente. Intenté hablar con Arden, pero el conector nos ordenó apagar la luz y cerrar la puerta. Mañana, me dijo Arden,

tienes que traer una molécula de luz. Cuando salimos al pasillo, el conector nos miró y supimos que debíamos ir directo a nuestro lugar hasta la jornada siguiente.

A medida que caminaba con lentitud hacia mi módulo, observé el reflejo de los nombres de nuestros muertos hendidos en el metal de las paredes. Tantos nombres. Muchos niños que no pasaban los primeros años. Solo los más fuertes, con pulmones más amplios, sobrevivían. “Sobrevivir”. “Sobrevivir”. ¿Cuántas veces por jornada mencionaba o escuchaba esa palabra? Cuando dentro de generaciones lean lo que dejemos escrito, dirán que era la palabra más importante. Y al final, lo era.

Me detuve ante la puerta cerrada del módulo N3G, el de los Eddie. Cada vez que salía Jude Eddie hacia el comedor, remarcaba el tallado del nombre de su hijo pequeño. Toqué las hendiduras que inscribían el nombre de “Frank”. Eran hondas. Las limpié con la uña.

Los pasillos de la Zona 1 estaban vacíos. Desde hacía unas horas las puertas se habían cerrado, pero los sonidos traspasaban el metal, llegaban de lejos y se mezclaban: un grito, un golpe, pasos de alguien que corría, algo que raspaba el suelo. Cuando nos acostábamos, luego del fin de la jornada laboral, me concentraba en los sonidos que provenían de los módulos de alrededor: era lo que me anunciaba que aún todos estaban vivos. Me gustaba imaginar la acción que se anudaba a ese sonido. Era un juego que me había enseñado mi madre para obligarme a permanecer en la cama. Un sonido a raspado podía ser alguien que estuviera rayando el metal de la pared para dibujar o escribir una palabra. ¿Qué palabra? Un sonido de arrastre me podía indicar que uno de mis vecinos limpiaba. ¿Arrastraría algo pesado hasta dejarlo cerca de la puerta para el Día del Trueque? Pocas veces escuché cantar. En el módulo del costado izquierdo, en el N2C, solía vivir una mujer que cantaba, la hermana de Padem, muerta muy joven. Ella inventaba palabras, entretenía a sus hijos pequeños porque los vecinos del N2B se habían quejado por los ruidos. A veces, los escuchaba cantar a todos juntos. El canto traspasaba la pared y entraba a mi módulo donde estábamos callados. Era como si de afuera llegase una luz que se apagaba al contacto de nuestra oscuridad.

Ya en la puerta de mi módulo, me detuve a escuchar los sonidos. Mi madre y mi esposa hablaban de algo que no se entendía. Abrí la puerta y las observé sentadas junto a la mesa. Mi abuelo también estaba con ellas, lo cual me sorprendió. Frances me dijo que había preparado una comida especial. No era común comer tanto como en nuestra comida principal antes de la jornada

laboral. Por lo habitual, en el módulo, solo comíamos un poco de pan, bollos o tortillas que guardamos en un tarro, y bebíamos café caliente. Además, el Día del Trueque conseguíamos hogazas de algas, tubitos tostados de narí o alguna otra comida pequeña, pero nutritiva, junto con el jarabe D, el que nos ayudaba a sobrevivir a la poca luz. Cada tanto, nos acercábamos al módulo de los Lowe a intercambiar fermento de algas, una bebida picante que te mareaba y te hacía perder la cabeza y, a pesar de su prohibición, discurría de mano en mano, camuflado dentro las botellas de café o en los tarros.

Cerré la puerta y los tres me miraron con seriedad. Observé que en la parte de la mesa, donde me sentaba siempre, habían acomodado raciones de hogazas de algas y de tubitos tostados. Mi madre calentó mi bebida en el calentador y la sirvió mientras me sentaba. Nadie hablaba, pero continuaban mirándome como si fuera un extraño o un recién llegado de otra colonia.

—¿Y? ¿Qué decían los archivos? Hace mucho que te estamos esperando. Yo me tomé ya tres tazas de café y me comí dos hogazas de algas —dijo Frances.

Respiré hondo. No deseaba hablar.

—Recién llego. Necesito acomodar mis ideas.

Mi abuelo agachó la cabeza. Mi madre y Frances comenzaron a hablar entre ellas en tanto yo tomaba un poco de café y comía unos tubitos. Al fin, dijo mi madre:

—No creo que sea buena idea que los niños sepan que hemos accedido a los archivos del afuera.

—Depende, Sasa. No sabemos qué decían. ¿Qué decían los archivos? —me preguntó Frances, pero seguí bebiendo.

—La vida en las familias de antes. Solo nos vamos a concentrar en cómo vivían sin ahondar mucho en algunas cuestiones, solo vamos a hablar de los trabajos, de la importancia de los oficios. Todo lo que sabemos de los oficios proviene del antes, es el legado de los primeros que descendieron —dijo mi madre que en algún momento de mi ausencia había decidido participar en el Día de los Oficios a través de Frances.

—¿Habría otros oficios? —preguntó Frances.

—Seguramente, oficios que ahora son inútiles.

—Sería emocionante poder saber alguno de esos oficios. Quizás nazcan nuevos oficios aquí abajo. En otra jornada, hablamos con los niños sobre la posibilidad de que ciertas actividades se conviertan en oficios. Fue idea de uno de ellos.

—¿Quién? —dijo mi madre.

—Del hijo menor de los Gale. Según el niño, hilar es muy importante, así como tejer mantas. Por eso, propuso que se convirtiera en un nuevo oficio: tejedores. Entonces, así como existen chatarrereros, existirán tejedores encargados de armar mantas, ropa, cortinas.

—¿Qué haríamos con el tiempo libre? —dijo mi abuelo—. Esas pequeñas cosas nos entretienen. ¿Qué cambiaríamos en el Día del Trueque? Si ya no puedes elaborar mantas o cortinas, ¿qué harías, Sasa?

—No fue mi idea, fue la de Frances.

—No fue mi idea. Fue la del hijo de los Gale. Si la colonia crece, llegará un año que deberemos pensar en nuevos oficios.

—¿Qué otros oficios propusieron los niños? —preguntó el abuelo.

—Propusieron separar los oficios de la Zona de Limpieza en dos oficios diferentes: uno de limpieza de ropa y de los módulos comunes; y otro, separación de desechos del aseo.

—Y fue un hijo de alguien de limpieza —dijo el abuelo.

—¿Cómo lo sabes?

—Habrá escuchado de sus padres quejarse del trabajo. Ahora, ya le han impuesto una jornada casi doble por la misma cantidad de moléculas. Cada vez somos más en la colonia y se necesita más reciclado.

—¿Y quién fue? ¿Nos dejarás con la intriga? —preguntó mi madre.

—El hijo de Ivo.

—Lo escuchó de su madre, seguro. Se la pasa quejando. Esa mujer es una catana —dijo mi madre.

—¿Y tú qué sabes lo que es trabajar en limpieza, mamá? Has tenido suerte. Te habías quedado sola y te han casado con alguien de ingeniería, como siempre deseaste, “salir del hoyo”.

—Bueno, bueno. No volvamos a eso —dijo el abuelo.

—Si por suerte te referís a que me quedé sola luego de que tu padre muriese en ese accidente —dijo mamá y los cuatro nos callamos. Pero el abuelo agregó al rato:

—Volvamos a lo de los oficios. ¿No nos reunimos por eso?

—¿Mencionaban algún otro oficio, Devin? —preguntó Frances.

—Los archivos son hojas sueltas. Entendíamos unas pocas palabras. Ni el conector Leroy sabía qué eran.

—Son una pérdida de tiempo —dijo mi madre

—Creímos que diría algo más.

—¿Y qué decía? —volvió a preguntar Frances.

—Sobre unos huevos con yema, la costumbres de las mujeres de usar el cabello hasta la rodilla.

—Es que antes había mucha agua. La gente se sumergía para lavarse. Imaginen como si fuese este módulo lleno de agua. El agua no faltaba nunca —dijo el abuelo.

—Me gustaría llevar el cabello largo, pero sin agua... —dijo Frances.

—Sin agua está así —dijo mi madre y señaló su cabello parado de tan reseco y agregó—: por esto te dije que no es bueno entusiasmar tanto a los niños. Ahora todos pensamos en el agua que no tenemos.

—Mataban por algo de las cuentas. No había nada más.

—¿Nada más? —preguntó Frances.

—Nos restan dos días para seguir leyendo. Buscaré información para los niños —dije y observé al abuelo.

—No te hagas ilusiones, pero hay que intentarlo —dijo el abuelo.

—Debo decirte algo, abuelo, en un rincón.

—Dilo delante de tu familia, no hay secretos. ¿O sí? —dijo mi madre.

—Es entre el abuelo y yo.

—Lo de la familia, es de la familia —dijo mi madre.

—Es por la chatarrera, hablemos mejor en la mesa de la chatarra —dijo mi abuelo.

—Si es por la chatarrera, pueden hablarlo acá mismo. No hay secretos —insistió mi madre.

—Es por la consulta de archivos. Debo llevar una molécula de luz —dije con rapidez ya que sabía que mi madre no dejaría de indagar.

—¿Una molécula de luz para leer esos archivos que nadie entiende? Me opongo —dijo ella en tanto Frances guardaba las sobras de la comida en los tarros.

—No debería ni preguntar. Soy la cabeza de la generación.

—Esas moléculas las ganamos todos.

—¡La cabeza de la generación soy yo! —Pegué con el puño sobre la mesa. Se volcó el resto del café que comenzó a gotear sobre el piso de metal. Frances se agachó y apoyó el vaso, ya vacío, para que el líquido cayera adentro.

Me encerré en el aseo. Todas esas cosas me molestaban. Los cientos de tarros, la ropa colgando que se te pegaba en la cara al caminar por el módulo. Fue un solo tarro el que se estrelló contra la pared del aseo. Ese desató algo dentro de mi pecho, hacia los brazos. Arrojé tarros, ropa, la palangana, por

arriba de la pared baja que separaba el aseo del resto del módulo. No escuchaba más que mis gritos y el estruendo del metal al golpear contra el metal. Hubiera escarbado el piso, derribado las paredes con mis puños. Algo me impulsaba a destruir. El calor de mi cuerpo me agitaba como una llama amarilla.

Me calmaron las manos del abuelo apretándome los hombros y el temor a empujarlo y que se lastimase. No podía respirar.

El abuelo me llevó hasta la cama y me recostó. “Está bien, hay que sacar todo esto afuera. Hay que dejarlo salir”. Oculté el rostro bajo la mano de mi abuelo. Hubiera desaparecido. Jamás la vergüenza me había convertido en algo tan enorme y horrendo.

## AÑO 182 DD / JORNADAS 256-258

### I

Debí esperar al turno de la comida principal para hablar con Arden. Llegué temprano. Me senté en la mesa de siempre desde donde podía observar el pasillo amplio que desembocaba en la entrada al comedor. Ivo, al verme, me saludó y se sentó a mi lado luego de retirar su refrigerio de la barra de la cocina. No estaba sonriente. Alrededor de sus ojos se habían formado pequeños surcos.

—¿Sigues sin dormir por el tema de las esferas? —le dije a Ivo.

—Es Sandor. No se encuentra bien de nuevo. Por eso Shiri no vendrá a comer. Papá habló con el conector Leroy para solicitar un permiso especial para Shiri, pero le fue negado. Le indicaron que mamá se retire de limpieza porque ya no puede hacer mucho y cuide de Sandor.

—¿Por qué no lo llevan a la Zona Médica?

—Papá lo propuso, pero será tratado en la próxima reunión. Si lo rechazan, autorizarán a la abuela de los Brand a que cuide de Sandor. Ella se queda sola en el módulo durante la jornada laboral por su retiro. Aunque es raro eso de que alguien afectado cuide a un niño enfermo.

—Quizás podría hablar con Frances para que lo cuiden las educadoras durante el aprendizaje —dije sin tocar mi comida.

—No es posible. No puede caminar. Cuando está bien, Shiri y yo le hacemos hacer ejercicios para sus piernas. No sé por qué tiene las piernas tan finas. Le cuesta caminar hasta en sus mejores jornadas. Estoy seguro de que papá conseguirá que le den tratamiento.

—Habrá que esperar, entonces. ¿Necesitas alguna molécula de agua?

—Venimos bastante bien. Por suerte papá seguirá siendo representante para rato.

—Eso tiene que contar. Es el nieto del representante.

—Espero que sí. Shiri lo sobreprotege demasiado. Si él se levanta para buscar algo, ella le pregunta qué necesita y se lo busca. A veces creo que tanto cuidado no es bueno.

—Quizás puedas hablar con el médico que lo evaluó la otra vez. Ya lo conoce.

—Esperamos tanto para que nos atienda y para que solo nos diga que es un

niño enfermizo. Y dijo adelante de él que algunos no lo logran. Cuando llegamos al módulo, Sandor le preguntó a Shiri si se iba a morir pronto —dijo Ivo y se tapó los ojos.

—Nadie puede saber eso. Haremos lo posible para que esté bien —le dije sin saber qué más agregar. Nunca fui bueno para consolar a nadie.

—A veces, pienso si no debí seguir tu ejemplo y no tener hijos.

—Si todos pensáramos igual, la humanidad desaparecería en unos años. Quizás sea menos cruel. Seríamos los adultos quienes tendríamos que soportar el peso de ver nuestro fin y no tener que verlo en los niños. Perdón, estoy afectado y no estoy ayudando en nada. Soy un inútil.

—No te preocupes. A veces también pienso igual —dijo y saludamos a Arden.

—¡Qué caras! ¿Qué se cuentan de los “huevos con yemas” y demás? —dijo Arden sonriendo y empujando a Ivo cuando pasó a su lado antes de sentarse.

—¿De qué hablan? —dijo Ivo.

—De lo que leímos ayer con Devin. Pura cosa que no nos dice nada. Pero eso sí, nos hemos reído con eso de las “yemas”.

—¿Nada sobre lo que buscábamos? —preguntó Ivo.

—Nada —dije.

—Terminaremos hablando sobre los aparatos más raros que los chatarreros tuvimos que desarmar —dijo Ivo.

—El abuelo se ofreció para hablar del tema. Dice que se acuerda más de lo que vivió hace años que de lo que hizo unas horas atrás.

—Tu abuelo es el más viejo de la colonia. ¿Cuántos tiene?

—Setenta y siete, según dice. A veces cree que dos años menos. No está seguro.

—Se saca edad. ¿Se enteraron del hijo de Len? Ellos dijeron que tenía trece años; al otro año, que cumplió trece. Todo para que no sea él la cabeza de generación y sea su hermano. A estas alturas debe tener dieciocho. Y lo será por lo peludo que se ha puesto. Será que no quiere casarse. Yo también diría lo mismo si mis padres quisieran casarme con la hija de los Finley. Bueno, me fui de tema. El abuelo debería decir unas palabras el Día de la Salvación —dijo Arden.

—No quiere. Ayer me dijo que más que recordar desea olvidar.

—Quizás sepa dónde encontrar información sobre lo que estamos buscando —interrumpió Arden.

—¿Otros archivos? —preguntó Ivo.



—No más archivos. Mi padre estuvo charlando con los Presco. Ya saben que son criadores como el primer Presco que descendió. Pensé que podríamos mostrarle eso.

—¿Son de confianza? —le pregunté.

—Claro. Mi padre y él eran buenos amigos.

—¿Eran? —volví a preguntarle.

—Se hicieron amigos en aprendizaje. Algunas veces se cruzan en el trueque porque el padre de Peter pide cambio de turno tan solo para pasar el día con papá. El hijo, Peter, trabaja en la Zona de Cría. Se encarga de los tanques de catán.

—¿Y qué tiene que ver sobre una pieza de maquinaria? ¿No deberíamos preguntarles a lo de ingeniería? —dijo Ivo.

—También, pero ahora tenemos este contacto. Además, dijimos que no era metal.

—¿Cómo haremos para verlo? ¿En qué módulo vive? —pregunté.

—Ese es el tema. Deberá ser uno de los Días de Trueque.

## II

Las dos jornadas siguientes, concurrimos con Arden a información para continuar con la lectura de los archivos. A pesar de la desilusión de la primera jornada, ansiaba tocar de nuevo esos papeles, leer, incluso, las palabras que no entendía. Me consolaba con la existencia de los eruditos que resguardaban todos los significados. De lo contrario, ¿cómo llegaríamos a conocer cada significado si quien lo sabía ya estaba muerto? Manipular esos papeles era tocar la voz de aquellos que se apilaban afuera. De alguna manera, era alcanzarlos. Y alcanzarlos, era subir.

Me había propuesto retener cierta información para escribirla de vuelta al retornar al módulo. El abuelo Ollie me había conseguido unos papeles gruesos y ásperos. No quise preguntarle si fue a cambio de varias moléculas. El papel, a veces, se conseguía en algún mercado de sombra. El último había sido el de los Lowe con sus botellas de fermento. Había que estar atento a los rumores antes de la apertura del Día del Trueque. Así conseguíamos papel, pastillas de flúor, fermento. El abuelo contaba que, incluso, era incentivado por algunos conectores, según le había contado su padre, ya que era quienes traían el papel

de otras colonias y que las pastillas de flúor eran pagos de la Zona Médica por algún servicio privado.

El conector Leroy nos acompañó todas las jornadas de lectura. Cada tanto, nos preguntaba qué leíamos, incluso, la jornada última, se sumó a la lectura.

—¿Y qué buscan en concreto? —nos preguntó el conector Leroy.

—Algo que contar a los niños sobre la vida de antes, los oficios. Algo que les sirva para el futuro —respondí.

—Bueno, acá dice algo sobre el uso de tintes para el cabello —dijo y continuó leyendo en silencio.

Por mi parte, abrí una de las carpetas y pasé las hojas al azar. Ahora ya podía leer por arriba a más velocidad y desechar aquello que parecía superfluo. Doblada en cuatro partes, debajo de todo, hallé una hoja muy arrugada, escrita a mano y con una letra muy grande.

“Querida Selma: Espero que las cosas mejoren. Acá todo está bien. Aproveché mi salida a la tienda para dejarte esta carta de despedida por debajo de la puerta. No quería despedirme en persona. Tomé esta decisión ya que es muy difícil este tiempo de separarse del resto de mi familia. Mi hermano fue designado a la Colonia Aris. A nosotros, en cambio, nos tocó la Colonia Neón. Me enteré que irás a la Colonia Zeroh. Pasamos los días mirando por la ventana e imaginándonos cómo será el futuro. Te agradezco los años de amistad como buenos vecinos que fuimos. Mi marido dice que tenemos que sentirnos afortunados por estar vivos y que pensemos en todos quienes vivieron el horror. Nuestra colonia se traslada pronto. La tuya será una de las últimas en acomodarse ahí abajo, así que me verás partir. Pienso que tendré nuevos vecinos, que será como vivir en un tipo de barrio diferente. Ayer, mientras caminaba hacia el parque para llevar a mis hijos a jugar en los toboganes, junto al río, sentí nostalgia. ¿Cuándo volveremos a ver todo esto? Parece que el gobierno está bien informado. En la charla nos dijeron que el ataque es inminente y nuestros enemigos creerán que nos han destruido. Mientras arriba terminarán la guerra, estaremos abajo, a salvo. En algún momento, la región tendrá que ser de nuevo habitable y podremos salir. Con mi esposo comenzamos unas apuestas. A que salimos en un año, como mucho, me dijo. Le dije que si se han tomado la molestia de construir esas habitaciones subterráneas para miles y miles de habitantes, no será por un año. Estoy segura de que estaremos unos diez años. No debería haber contado todo esto. Estos días todos estamos más sensibles. Es cierto, como dice mi esposo, hay que pensar en lo bueno, en que nos salvaremos. En la charla que nos

dieran para informarnos del sistema del descenso, se mostraron interesados en mi marido ya que participó en el diseño del domo solar.

”Hemos visto a varios pelearse en el supermercado por unas ofertas. Las ‘ofertas de fin de siglo’. ¿Fin de siglo? Si aún falta bastante, pero interpretamos como un chiste con eso de se terminará el siglo cuando estemos en los refugios y esa ironía tan de mercado. Lo triste fue ver a una mujer pelear por los cubos de enzimas, quería llevárselos a todos. Con mi esposo nos informamos y nos dijeron en la oficina central del gobierno que no nos permitirán llevar más que la ropa puesta. En las colonias hay de todo y no faltará nada. Agradezco a nuestra megarregión la inteligencia para prever algo por el estilo. Es el precio por contar aún con depósitos naturales de agua y tantos manantiales en nuestro suelo.

”Ha llegado la hora. Aún es duro despedirse por carta. Les deseo todo el cariño del mundo con la esperanza de una nueva vida. Gracias por la amistad de todos estos años. Te buscaré cuando pasen diez años. Te quiero. Nora”.

Disimulé el temblor de mis manos refregándomelas en mi pantalón. Había varios tachones en la hoja y no tenía fecha, al menos no legible. Era evidente que hablaba de las jornadas anteriores al descenso. No conocía la existencia de la Colonia Zeroh y eso que nos obligaban, durante nuestro aprendizaje, a memorizar el nombre de todas las colonias y su función: “Colonia Bórax, administración; Colonia Geo, aprovisionamiento; Colonia Crisálida, procesamiento de alimentos; Colonia Axa, moléculas de agua; Colonia Neón, moléculas de luz”. Cuando llegábamos a la Colonia Neón, casi lo gritábamos de orgullo. ¿Qué haría la Colonia Zeroh? ¿Lo sabría el conector Leroy? Memorice ciertas partes de la carta en tanto fingía tomarme un descanso refregándome los ojos. El nombre de la Colonia Zeroh me quemaba. Era una nueva esfera clavada en mi frente.

—¿Cuál es la función de la Colonia Zeroh?

—¿Zeroh? —dijo Arden.

—No existe ninguna Colonia Zeroh. ¿De dónde sacó ese disparate? —dijo el conector.

—Se menciona al pasar.

—Déjeme ver. —El conector tomó la hoja y leyó la carta. Le temblaba el labio al leer. Arden se quejó y dijo que la leyera en voz alta, pero el conector lo ignoró.

—Cuenta de alguien que fue enviado a la Colonia Zeroh —le dije a Arden.

—En información no escuché ese nombre —dijo Arden.

—No existe ninguna Colonia Zeroh. Debió de haber sido un error de esta mujer. Se confundió de nombre. Ya le dije que esta gente era idiota —dijo el conector y guardó la hoja dentro de la carpeta correspondiente.

—“Zeroh” se parece a “Neón”, suena parecido —dijo Arden.

—Es eso. Una mujer estúpida que no sabía ni escribir —dijo el conector Leroy y continuó leyendo otro papel.

—Escuchen esto: “Paralelepípedo. Es la palabra del día”. ¿Se imaginan a cientos de personas diciendo “paralelepípedo” al mismo tiempo? “Para Lele un pípedo”. ¿Qué es un “pípedo”?, Leroy.

—No tengo idea.

—Esto es divertido. Vamos a hacerlo de nuevo —dijo Arden.

—Yo paso. La próxima le digo al conector Tylor que venga. Leer todo esto es una pérdida de tiempo. Yo lo metería en los tanques, así sería más productivo. ¿Qué me sirve saber que antes decían “pipedo”?

—“Paralelepípedo” —corrigió Arden.

—Eso. ¿Le van a decir esto a los niños? ¿La generación que suba va a recordar que antes decían “pipedo”? ¿Para qué? Me cansa la vista leer esta porquería —dijo el conector Leroy dejando en la carpeta lo que estaba leyendo.

—La idea es rescatar información importante. Algo que pudiera servirles —dije.

—Eso ya lo sabemos y es la información que tenemos acá dentro —dijo el conector Leroy golpeándose la cabeza con el dedo índice.

—Sigamos que es el último día —dije y abrí otra carpeta.

—Los pasantes han tirado de un carro por horas para transportar esto de colonia en colonia. ¿Se dan cuenta de la pérdida de tiempo y el desgaste? —dijo el conector Leroy.

—Nos has dicho que eran importantes, que era lo que restaba de la humanidad. Por eso estás sentado, para vigilar los papeles —dije con tono seco.

—Bueno, son importantes, son como un legado —dijo el conector Leroy.

—¿Entonces? —dije sin dejar de mirarlo.

—Todo esto nos está alterando, estar tocando “el legado de la humanidad”. Mejor nos serenamos y cada uno a su tarea. ¿De acuerdo? —dijo Arden.

—Solo tienen un rato más y aprovechen antes que me lleve la caja para siempre —dijo el conector Leroy.

El conector caminaba de una punta a la otra del módulo en tanto se quejaba

del dolor de rodilla. Continuamos con la lectura. Faltaba poco para que se agotase la molécula de luz que alimentaba a la lámpara. Con cada papel, se esfumaba mi esperanza de hallar otra información. Me era imposible comprender mi estado de desesperación por algo que ni sabía qué era. Ya no eran ni las esferas ni los oficios; tampoco la vida de antes. Era “algo” que desconocía. La incertidumbre por aquello que no se puede ver porque está en lo oscuro me alteró tanto que respiraba con dificultad. Esa noche me tomaría una dosis extra de jarabe D.

## AÑO 182 DD / JORNADA 265

### I

Los conectores habían rechazado nuestra solicitud de pedido de reunión fuera del horario de encierro en nuestro módulo con motivo de preparar la muestra junto con Arden, Ivo y Shiri. Ivo había discutido con su padre; Arden amenazó con montar un escándalo el día de la muestra. De mi parte, casi comenzaba a rascar la pared, hasta que mi abuelo, cuando estábamos clasificando materiales en la chatarrera, me agarró del hombro y me apartó para guiarme hasta la mesa del fondo.

—¿Qué te ha pasado?

—No entiendo, abuelo.

—¿No era que estaban buscando información sobre esas esferas? —dijo y giré a ver si escuchaban, pero todos estaban lejos y atareados.

—Sí.

—¿Entonces? ¿No era que lo de los archivos y la petición de la muestra era solo por las esferas?

—Sí, abuelo.

—¿Entonces? ¿Qué te sucede? Duermes poco, comes nada y no se te puede ni hablar.

—Nos dejamos llevar. No es que no pensara en eso, pero toda esa información. Sentí que era demasiado y no era nada a la vez. Y lo de la Colonia Zeroh.

—Déjalo pasar. Terminarás afectado por algo que no sabemos si existe. Quizás esa colonia fue llamada de otra manera. Puede ser cualquiera de las conocidas. Sabes que eres lo más importante para mí, lo único importante. No quiero que termines afectado, Devin.

—No lo haré, abuelo.

—Concéntrate en tu trabajo. Por más que queramos, eso no volverá nunca. ¿Entiendes? Nunca —dijo y señaló con el dedo hacia el techo.

Esa jornada, me esforcé por cumplir mi tarea. Ayudé a clasificar nueva maquinaria, impulsé la reacomodación de algunas mesas, hablé sobre el mejor uso del espacio en la chatarrera colapsada por la cantidad de maquinarias que llegaban y no alcanzábamos nunca a desamar. Mi pensamiento se quebraba en dos mitades: en aquello que realizaba y en la Colonia Zeroh.

En cuanto pude, un rato antes de la hora oscura, volví a observar a las esferas. Parecían más ensombrecidas y secas. ¿Sería un cambio como observábamos el metal a lo largo del tiempo? Frances se acercó, pero alcancé a esconder las esferas y me preguntó si había preparado algo para la muestra. Le respondí que trabajaba en ello y volví sobre los detalles.

—Será relativo al descenso y lo que llevaban las personas al momento de llegar a las colonias —dije lo primero que se me ocurrió.

—¿Y cómo sabes qué llevaban?

—Será como adivinar.

—¿Será un juego? Sería más esperanzador proponer el juego de adivinar qué nos llevaremos al subir.

—No es un juego.

—Mejor que no. Se ilusionarán con un posible ascenso, pensarán que tendrán que dejar casi todo acá abajo. Nada de ascenso ni de descenso.

Por más que pensaba en posibles maneras de hablar del antes, del afuera, se anudaba a la misma imagen: la catástrofe de las destrucciones en cadena, hasta enterrarnos. ¿Por qué no hablar sobre la memoria que pervive aún como recuerdos de un horror ajeno?

Luego, cuando Frances se reunió con mi madre, el abuelo se levantó de la cama y se acercó hasta la mesa de la chatarra. Había escuchado la conversación y me dijo que hiciera lo que creía mejor para los niños, que me habían autorizado a la muestra y que eso era suficiente para callar a cualquiera. Le mostré la pizarra en la cual había trabajado en los últimos días con un dibujo sobre nuestras colonias ubicadas debajo de una línea. Quería mostrarles sobre el abajo que todos conocíamos, pero ahora el arriba era solo una retazo negro y metálico.

—Arriba, contaba mi abuelo Max Green, que su padre Dan le contó, que existía un techo agujereado y por las noches se colaban luces. A veces, caía agua tan fría que era blanca y se acumulaba sobre el piso. La gente jugaba en ella. El agua blanca caía en el momento de una celebración donde comían en familia, junto a las luces, miles de ellas.

—¿Por qué nunca me lo contaste? Me decías que arriba solo existía la sombra y la oscuridad.

—No quería que sufieras sabiendo que arriba caía tanta agua. Fui egoísta. Ese recuerdo no me pertenece. Yo también pensé mucho estos días. Si callaba, era como silenciar a mi abuelo, a eso que me contó del primer Green, y esta

memoria se apagaría el día de mi muerte.

—¿Qué más te dijo del afuera?

—No mucho. Su abuelo también le había contado que cuando descendió el primer Green, muchos murieron porque querían volver al afuera, no se acostumbraron a vivir encerrados. También mi abuelo no hablaba casi nunca, incluso con su hijo, Sam, mi padre. Pero le contó que su nacimiento había sido producto de un accidente. Que todos deberíamos negarnos a tener hijos aquí debajo. Era un hombre que bien podría ser confundido con una silla.

—¿Estaba afectado?

—Seguramente. Mi padre supo que en esa época los casos de aquellos que se hacían morir eran muchos.

—Podemos cambiar de tema —dijo mi madre del otro lado del módulo.

—Sasa, no estoy hablando contigo. Eso es una falta de educación —dijo el abuelo.

—No quiero que mi hijo escuche esas cosas. No pueden contar eso a los niños de aprendizaje. Les darían ideas de qué hacer si están tristes.

—Hoy día también sucede, Sasa. Memorias son memorias y es lo que tenemos.

—No en nuestra familia. Lo mejor es contarles sobre el trabajo de los chatarreros y punto. Es el Día del Oficio. No sé que tienen que hablar de todas esas cosas. Llenarse la cabeza con todo eso.

—Es cierto, Devin —dijo Frances apareciendo junto a la mesa de la chatarrera.

—Es nuestra muestra, Frances. ¿Acaso yo te digo qué enseñar?

—Nosotros no decidimos qué enseñar. Es la Colonia Bórax la que nos envía las temáticas, las láminas, el contenido.

—A mí la Colonia Bórax no me ha indicado ningún tema.

—El tema es sobre los oficios —dijo mi madre.

Me levanté y me encerré en el aseo. Afuera ellas seguían discutiendo. El abuelo no participaba, pero no estaba quieto: lo escuchaba mover cosas en la mesa de trabajo. Los Garrett nos habían alcanzado un calentador para reparar. Al salir del aseo, para no pensar, ayudé al abuelo con el calentador, como si fuera posible detener ahora el agua blanca que caía afuera, pero no sobre mi cabeza.



## II

*El fuego corre por los pasillos con la velocidad de una luz. Todos somos lenguas de fuego que saltan sobre el metal perlado. Nos queman los pies y nos derretimos. Algunos son cabellos quemados sobre el suelo; otros, jirones que flotan en el aire. Nadie está a salvo. Vamos a morir diluidos en una masa que nos aunará y no podrán ni contar cuántos hemos muertos, ni quiénes fuimos. Alguien dice que somos los derretidos. Nos levantan con una pala y formamos una pila negra de hollín, como el que queda sobre las lámparas viejas. Llamo a mi padre. Está allí, juntando muertos. Me dice: “Aquí está Dan”, y me deposita un poco de ceniza en mi mano. “Aquí está Lilia, mi esposa”, y se limpia los dientes con la ceniza. “Límpiate con los muertos”. “Adentro está Lilia”. “Adentro está mi madre”. “Frota tu cuerpo con la ceniza”. No me reconoce y sigo llamándolo. “Hacía tanto que no veía su rostro”. Grito hasta que el grito también se pierde en el estruendo de la explosión.*

Cuando desperté, aún gritaba en tanto Frances me sostenía la cabeza. A mi lado, mi madre y mi abuelo aparecían recortados en la luz de la lámpara. Les dije que había soñado, pero ya no me acordaba.

—Es por eso del agua blanca y todo el tema de que hablamos antes de acostarnos. Ya te enseñé que jamás hay que hablar de cosas feas antes de dormir. De niño te hacías pis cada vez que el abuelo contaba alguna desgracia de los vecinos mientras cenábamos —dijo mi madre.

—Devin ya no es un niño —dijo el abuelo.

—Solo fue un sueño. Ya no me orino en la cama —dije y en el aseo me mojé el rostro.

—Apago la lámpara, tenemos que ahorrar ahora que hemos gastado dos moléculas para que Devin lea los archivos —dijo mi madre.

—Yo la apago. No te preocupes. Mientras sea cabeza de generación, no nos quedaremos a oscuras.

No pude volver a dormirme. Deseaba salir al pasillo para caminar un rato, escapar de la atmósfera pestilente del módulo. Me levanté y apoyé mi rostro bajo la rejilla del tubo de aire; era apenas un olor distinto que pronto se apagaba al chocar contra nuestro aire. Podría haber tomado otra dosis de jarabe D, pero preferí continuar con la preparación de la muestra de los

oficios. Prendí una lámpara en la mesa de trabajo. Había hablado con Ivo para solicitar unas moléculas extra por el motivo del gasto de luz en la preparación de la muestra. Creía que al menos recibiríamos diez moléculas cada uno. Busqué una lámina metálica del tamaño de una hoja grande. La guardaba para dibujar algún motivo inciso y colgarla en nuestra pared. Dibujé una línea que separaba el arriba y el abajo. Abajo marqué, raspando con un clavo, unos cuadrados que serían los módulos. En la zona de arriba, con el mismo clavo, perforé la lámina, la llené da agujeritos.

Me acosté más tranquilo: había terminado con la muestra.

## AÑO 182 DD / JORNADA 296

El Día de los Oficios, Frances ya estaba lista aún antes del timbre. Mi madre acaparaba el aseo. Conocía el tiempo que se tomaban para arreglarse antes de las festividades. Ellas habían conseguido ropa nueva; la noche anterior, Sasa cortó el cabello de Frances y la señora Garrett le había prestado una barra grasosa con colorante rojo para remarcarse la boca que, estaba seguro, era una mezcla de alguno de esos tintes que echaban en la comida.

El abuelo se quejó porque llegaríamos tarde al comedor. Mamá terminó de arreglarse junto a su cama para liberar el aseo.

En el comedor, hablamos más de lo habitual porque queríamos enterarnos de la muestra de los otros oficios. Aquellos que habíamos sido elegidos para asistir a la Zona de Aprendizaje compartíamos el comedor. Mi madre se acercó a saludar a alguien de ingeniería. La escuché presentarse como educadora ante el padre de algún niño de su sección. Luego supe, por un comentario del abuelo, que era uno de los ingenieros de más influencia. Mi madre lo sabía, pero continuó con el acercamiento a pesar de que era tarde para casarme con alguna de sus hijas. ¿Sería capaz de deshacerse de Frances si ese hombre le dijera que deseaba casar a su hija conmigo? Aún no teníamos hijos. Ella podía pedir la anulación del matrimonio. Quizás Frances era estéril o también yo lo era.

Casi cuando terminamos de comer, el conector Tylor apareció en el comedor para informarnos que era hora de concurrir a la Zona de Aprendizaje y que primero entrarían las educadoras y los niños. Frances me besó en la mejilla antes de irse.

Al rato, el conector volvió a buscar al resto, a quienes fuimos invitados para hablar de los oficios. El abuelo rechazó la invitación, cediéndole su espacio a Ivo porque creía que era tiempo de dejar su lugar: había participado demasiadas veces.

Al entrar, observé que el módulo de los más pequeños había sido reacomodado. Me senté en las sillas del fondo. Me entretuve con la observación de quienes llegaban y con la lectura de los carteles que no veía desde hacía tiempo.

Arden entró con su padre. El conector Leroy también se presentó puntual; cada tanto, se secaba la cara con un pañuelo, quizás por sentirse desnudo

luego de rasurarse el cabello y la barba. El conector Tylor susurró algo al oído del conector Leroy que bajó la cabeza y se acomodó en la parte delantera del módulo, a la derecha. A los minutos, una educadora recibía a los bebés para llevarlos, quizás, al sector de maternidad.

La última vez que me había sentado dentro de un módulo de aprendizaje fue a mis catorce años. Ahora, todo me pareció más miserable, más pequeño. Asistir a enseñanza era el momento más feliz de mi jornada porque jugaba con otros niños, nos dejaban correr y nos respondían a todas las preguntas. Pero en el módulo, sin nadie de mi edad, inventaba mis formas de entretenimiento, por lo general, fantasear que vivía con otra familia, junto a mis seis hermanos. Hasta recordaba el nombre de ellos y cómo eran: Maxson, Robert, Lucre, Margareth, Cale, Sam. En mi mente, charlábamos y jugábamos juntos. Jamás se negaban a discutir sobre esas sombras que matan si te tocan, sobre la posible invasión de catanes. A veces, los extrañaba como si hubieran sido reales, como si habitaran en otras colonias. Prefería pensar que se marcharon a formar sus familias, antes que pensar que jamás habían vivido, lo cual era similar a estar muertos.

Frances invitó a quienes llegaban a sentarse en las sillas del fondo. Los niños saludaban a sus padres, a medida que entraban. Cada uno de ellos había llevado una mantita para no sentarse sobre el metal. Escuché a varios niños reírse de otro ya que estaba sentado sobre la manta de su cama.

Mamá guiaba a los más jóvenes, junto a otras tutoras, hacia un módulo lindante. Frances y Mitra Lowe, dos de las educadoras de los más pequeños, estaban atentas para guiar a los rezagados que provenían del comedor. Ellas sonreían a los conectores, les preguntaban si necesitaban alguna cosa. Creo que esperaban el consentimiento de ellos en cada gesto. Cuando Shiri e Ivo entraron con Sandor, Frances lo ayudó a llegar hasta el rincón donde aguardaban los otros niños porque a Sandor le costaba caminar. Observé el rostro del conector Tylor, en tanto siguió con la mirada cada paso precario de Sandor. En cambio, la expresión de Leroy transparentaba cierta preocupación.

Cuando Ivo y Shiri se sentaron, dijeron que Sandor no quería perderse la muestra y que decidieron traerlo a último momento. Arden había sido asignado para acompañar a los mayores y se había ido con mamá.

Al fin, Frances inició el Día de los Oficio del año 182 después del descenso. Agradeció la presencia de los conectores e invitó al conector Tylor a acercarse al centro del módulo. El conector Tylor se levantó y dijo que habían traído un regalo desde Colonia Bórax para los niños de aprendizaje y

señaló al conector Leroy que se levantó con lentitud, nervioso, mirando hacia las familias y, luego, hacia los niños. El conector Tylor le dijo que le ayude a desenrollar la lámina, pero a Leroy se le escapó ni bien estuvo desplegada y, con rapidez, volvió a formarse un rollo. Varios niños se rieron y el conector Leroy ya no pudo disimular las orejas que, gracias a su pelada, sobresalían como dos focos de oled.

Luego de varios intentos, entre los resoplidos del conector Tylor y el rostro cada vez más transpirado de Leroy, pudieron extender la lámina gracias a la idea de Frances de pegarla contra la pared, de paso, inaugurando el sitio definitivo. Ella, con la ayuda de dos niños, escogió un lugar visible y pegaron la lámina con telas engomadas. Al terminar, el conector Tylor señaló la lámina: “Tú trabajo es único y tú lo vales”, y comenzó con el discurso:

—Hoy es el Día de los Oficio. Ya muchos me conocen. Me han visto.

—Yo lo vi ayer —dijo un niño y Frances le pidió que se siente y escuche.

—¿Se preguntarán cuál es mi oficio? Soy conector. ¿Y qué es un conector? Es alguien que designan en Colonia Bórax para que cuide a los conjuntos habitacionales que forman una colonia. Yo cuido de este conjunto habitacional CN34 de la Colonia Neón.

—Eso ya lo sabemos. Hay nueve colonias.

—¿Y por qué me llamo conector? —preguntó el conector Tylor sin siquiera haber mirado al niño.

—No sé —dijo un niño.

—El que cuida —dijo otro.

—Porque soy quien puede conectar a las colonias. Quien va y viene de una colonia a otra colonia. Si aquí faltase algo, yo voy y lo traigo de otra.

—¿Por qué no vamos nosotros? —dijo un niño de unos nueve años.

—Sería un caos. No podríamos caminar por los pasillos. Alguien querría volver y quedaría aplastado por quienes van. Por esto, solo algunos vamos y venimos, cuidamos que acá todo marche bien.

—Yo quiero ser conector.

—Yo también.

—Y yo.

—Solo quien nació en la Colonia Bórax puede ser conector. Yo no podría ser chatarrero como los Green o los Chapman. Ni informador, como los Benson. Jamás podré ser representante. Lo que todos tenemos que conocer es que aun quien realiza un trabajo pequeño es importante para la colonia. Como dice la lámina: “Tú lo vales”.

—Mi abuela me contó que algunos pueden ser conectores si los invitan.

—Bueno eso es algo raro. ¿Cuál es el oficio de tu padre?

—Mi papá es cocinero.

—Yo tampoco podría ser cocinero. Ni siquiera sé cocinar una tortilla de catán —dijo y creyó que era un chiste, pero nadie se rió salvo Leroy.

—Yo quiero ser conector.

—Bueno. ¿Por qué no nos cuenta con detalle, conector Tylor, de los otros carteles de la colonia Bórax ha confeccionado? —dijo Mitra Lowe; con ayuda de Frances, desenrollaron otra de las láminas para que todos la viésemos. Era una lámina atractiva, con colores fuertes, brillantes, el rostro de un joven muy real, con una sonrisa, de manera que parecía que nos saludaba. Aún cuando me moví, los ojos dibujados continuaban mirándome.

—Bien. ¿Ya saben leer, no?

—Yo sí.

—Y yo.

—Esto es importante. “El mañana es hoy”. Este es el secreto y es lo que nosotros cuidamos: que todos lleguemos a mañana. Por eso es importante que aprendan el oficio de su familia, para enseñarlo después. Por ejemplo, los Green siempre han sido chatarreros, al igual que los Chapman. Aprendieron de sus padres. Si cuidamos nuestras cosas y las usamos con conciencia, no nos faltará nada y podremos vivir muchos años. Tenemos que amar a nuestra colonia, cada uno de ustedes forma parte de ella y funciona porque todos ponemos lo mejor de cada uno. Les dejaré, para terminar, estas otras láminas para que las cuelguen después. Eso es todo.

—Gracias, conector Tylor —dijo Mitra Lowe antes de un aplauso que lo sentí vibrar a mis pies.

—Ahora, vamos a comenzar con cada oficio. Todos los años son invitadas familias de cada uno de los oficios para que nos muestren lo que hacen. Comenzamos con los chatarreros. Este año concurren dos familias: los Chapman y los Green —dijo Frances.

—¿No es una? —preguntó un niño y Frances miró a los conectores.

—Este año le toca al abuelo Green pero cedió el lugar a Ivo Chapman —dijo Frances con la voz temblorosa.

—Entonces son dos —repitió el mismo niño.

—Sí, sigamos —dijo fuerte Mitra Lowe.

—¿Podrían acercarse, Devin e Ivo? —dijo Frances.

Nos miramos con Ivo y nos dirigimos hacia el frente. Recordé las veces que

mi educadora me había invitado a pararme en el mismo sitio, con el rostro vuelto a la clase. Ahora era quien estaba observando a esos niños y creí que, convertido en dos personas, me hablaba a mí mismo.

Moví una de las mesas del costado hacia el centro, en tanto todos me miraban. Abrí la bolsa de nailon donde guardaba el artilugio. El silencio amplió el crujido del nailon.

—Apagamos la lámpara? —dije y Frances miró a Mitra.

—¿Para qué? —me dijo.

—Para que se vea lo que traje.

Frances y Mitra miraron a los conectores.

—Que la apaguen, de paso, ahorramos luz —bromeó el conector Blech que había llegado tarde.

Frances apagó la lámpara en tanto yo encendí una pequeña para iluminar el artilugio desde atrás. Observé las caras de los niños a las que la luz filtrada entre los pequeños orificios dibujaba aureolas en sus rostros. Algunos habían abierto la boca.

—Mi oficio es desarmar las cosas que nos traen del afuera y del antes. Son cosas que provienen de la Colonia Geo, la colonia que sale y rebusca entre lo que quedó luego de la guerra. Cada vez que iniciamos la jornada laboral, dejan toda esa maquinaria en la chatarrera. Con mi abuelo, con Ivo, su padre y otros más, las abrimos y las desarmamos. Separamos parte por parte. Esta lámina era de una maquinaria del afuera, lo mismo que las partes de esta lámpara. Además, armamos lámparas, como esta que puse aquí, arreglamos bacinillas, armamos camas, estantes. Pero la mayoría de las piezas son llevadas a ingeniería y a otras colonias. Estos aparatos vienen de arriba, de este lugar donde les señalo. Acá abajo, por este lugar, estamos nosotros ahora —dije en tanto señalaba en la zona baja de la lámina—. Arriba, está el antes, de dónde venimos. Mi abuelo me contó que esto que ven aquí, las luces pequeñas, son estrellas. Cuando era la hora oscura, se veía así, millones de luces iluminando desde arriba. Y de arriba caía agua, por los agujeritos, agua que a veces estaba tan fría que se volvía blanca como la crema de los conos. Y los niños jugaban con el agua blanca.

—¿Cuándo podemos ir arriba? —dijo un niño.

—Quiero ver el agua fría —dijo otro.

—Cuando todo sea seguro, subiremos —dije y Frances prendió la lámpara principal.

—Bueno, gracias. Ya fue suficiente —dijo Frances y sonrió a los

conectores. Estaba nerviosa, se aplastaba el cabello de manera constante.

—Quiero que siga hablando del arriba —dijo un niño a lo que varios insistieron.

—Es el turno de Ivo, otro chatarrero.

—¡Es mi papá! —gritó Sandor.

—De nuevo, los agujeritos —dijo otro niño, pero Frances lo ignoró y cedió la palabra a Ivo:

—Yo siempre quise ser chatarrero. Me gusta desarmar las cosas con mis manos. Ver cómo es algo por dentro. Saber cómo funcionan y mejorarlas. Aprendí el oficio de mi papá, y él lo aprendió de su papá. Me gusta ayudar a la gente. Espero que mis hijos también puedan aprender y aprendan un oficio que les sirva para cuando tengan que marcharse de aquí. Quizás les toque a ustedes o quizás a sus hijos.

—¿Qué pasa si subo ahora? —dijo una niña.

—Afuera no está habitable y no se puede vivir —dijo el conector Tylor.

—Porque hay radiación —dijo otro niño.

—Así es. Se les caería el cabello, se les derretiría el cuerpo porque no solo hay radiación, aún quedan los restos de los venenos de la guerra, para llamarlos de una manera que entiendan. Y como no saben cómo es, lo más probable es que puedan toparse con alguna detonación —dijo el conector Blech.

—Las bombas —dijo un niño.

—Esas que derriten todo y te dejan finito —dijo otro.

—Te matan y pum —dijo un niño y fingió ser alcanzado por una bomba hasta quedar desarmado en el suelo.

—Agradecemos que vinieran. Los niños quieren que les enseñen algo de los oficios. ¿Cómo funciona una lámpara? —dijo Mitra.

—Las bombas derretían todo —continuó otro niño.

—¿Cuál era el oficio de los que hacían las bombas?

—Bombadores —dijo Sandor.

—¿Y cómo explotaban las bombas? Eso quiero saber. Yo la lámpara ya me la sé.

—Así, me contó mi papá —dijo un niño que mientras gritaba, dio un salto y quedó tirado en el suelo y los demás niños comenzaron a reírse. Hasta el conector Blech se reía junto con algunos familiares. En cambio, Frances me miró con seriedad luego que los niños no respondieron a sus pedidos de silencio.



—Ya basta de bombas que ahora estamos seguros acá abajo. ¡Basta de bombas! —dijo el conector Tylor parándose y extendiendo las manos en tanto miraba a Frances.

—Ahora vamos a descubrir el funcionamiento de una lámpara —dijo Mitra e invitó a Ivo a hablar.

—De nuevo, lo de las estrellas, Devin —dijo una niña agarrando mi mano.

—Yo traje esto para ustedes, para que quede aquí —dije y observé a Frances.

—Ahora vamos a ver la lámpara, por favor, Devin —dijo y me solicitó que moviera el artilugio a un rincón.

Al finalizar de mostrar el funcionamiento de la lámpara, Ivo y yo nos dirigimos a la chatarrera para cumplir con lo que restaba de nuestra jornada laboral. Al entrar, el abuelo me sonrió y nos llamó desde el fondo.

—Tan mal les fue que traen esa cara. Ayúdenme a subir esto.

—No sé qué decirte, abuelo. Se quedaron extasiados con las estrellas, pero querían saber más, querían saber de las bombas.

—En un momento creí que Mitra nos echaba a patadas —dijo Ivo.

—Yo creí que el conector Blech nos iba a partir una silla en la cabeza, pero al final festejaba los chistes de las bombas —dije y levanté un fragmento de maquinaria sobre la mesa.

—¿Estaba Blech? Ese es complicado. Estemos contentos que nos toca el tontuelo de Leroy —dijo el abuelo.

—El conector Leroy la pasó mal. No pegaba en desenrollar la lámina de Tylor y transpiraba. Creí que perdía toda el agua —agregó Ivo.

—¿Una de las famosas láminas de la Colonia Bórax? —preguntó el abuelo.

—Las de siempre.

—Con razón les gustó tu artilugio, Devin. Ya era hora que renovaran las láminas que están que dan lástima. Me gustan cuando son nuevas por los colores. No entiendo la manía de esconder a los niños la verdad. Cuando sean mayores, lo sabrán de todos modos. ¿Y Tylor se quedó toda la ceremonia? —preguntó el abuelo.

—No iba a faltar —dijo Ivo.

—Y hasta ofreció uno de sus discursos —agregué.

—Siempre el mismo. No veo el día que lo designen a otro conjunto y nos toque otro conector.

—Una conectora —sonrió Ivo.

—Podría ser, y que sea bonita —dijo el abuelo y se acomodó la gorra.

—Abuelo...

—¿Qué? Al menos uno puede mirar mujeres bonitas. Eso aún no lo han prohibido.

## AÑO 182 DD / JORNADA 300

El Día del Trueque, con Frances y mamá dispusimos objetos que ya no nos servían fuera del módulo. Sacamos las sillas y nos sentamos a la espera de que alguien se acercase interesado por alguna de las cosas. El abuelo Ollie se marchó al mercado tras decir que quería saludar a unos amigos y comer unos conos.

Lidia Garrett abrió la puerta de su módulo, justo frente al nuestro, el N3D, y nos saludó. Con ayuda de su marido, movió una mesa hacia el pasillo sobre la que acomodaron ropa de niño, un juguete de latón, unos frascos vacíos y otros objetos. Lidia se sentó frente a mi madre y le preguntó que teníamos para intercambiar. Esa semana mamá había trenzado una bolsa de nailon, una gorra para el cabello; Frances había construido unas pantuflas con las gorras viejas del abuelo.

Al rato, casi cuando me levantaba para concurrir al mercado, Arden se acercó saludando a quienes se cruzaba.

—¿Qué tal están las señoras? —preguntó Arden.

—Muy bien —dijo Lidia.

—¿Cómo va el dolor de muelas de su marido?

—Un poco mejor. Gracias a los Lowe que le prepararon ese brebaje.

—¿No le han dado turno en la Zona Médica?

—Recién dentro de unas jornadas. Pero ya puede dormir mejor —dijo Lidia.

—¿Ya se casa el chico? —preguntó Arden a Lidia.

—Aún no. Llenamos la solicitud pero no tenemos novedades. Esperemos tener suerte la próxima vez.

—Ya sabe. Ni bien Stella termina la reunión, ella me avisa y yo le mando la información. Pero cuidado, es entre nosotros.

—Gracias, Arden. Siempre tan atento. No se preocupe, no diremos nada.

—Frances, me contaron que el Día del Oficio los pequeños se pusieron un poco pelmazos —dijo Arden.

—Son curiosos, es todo. ¿Quién te contó?

—Ivo. Lo acabo de ver al salir de mi módulo. Y Devin, tengo algunas cosas en casa que quería mostrarte, quizás te interese algo. Podrías traer la bolsa esa, si te parece hay trato —me dijo Arden.

—¿Cómo está Stella? —preguntó Lidia.

—Muy bien. Luego le digo que pase a saludarla —dijo Arden y se despidió.

Tomé la bolsa y seguí a Arden. Al llegar a su puerta, mientras me mostraba una colección de tarros herméticos, me dijo que Stella no estaba muy bien, que había sido devuelta por no poder tener hijos y que la familia se había excusado ya que recibieron una mejor oferta de matrimonio; luego de discusiones, siendo el tercer rechazo, Stella había decidido permanecer en el módulo de su hermano, cabeza de generación. Esta era la manera en que Arden esperaba mi aprobación sobre alguna decisión ya tomada, solo informándome tras lo cual me miraba en silencio. Le dije que había hecho bien permitiendo a la hermana quedarse con él. Aliviado, me contó que me presentaría a alguien, que era el mejor momento.

Caminamos hacia un conjunto de módulos pequeños de la Zona 2 ubicados antes de llegar al comedor. Arden se frenó para observar los objetos ofrecidos para el trueque. Desde una puerta, una mujer se acercó y nos dijo que por una molécula de agua nos ofrecía los servicios. La rechazamos sin siquiera detenernos. En tanto, Arden me contó que los Presco eran de la Zona 4, pero habían sido trasladados a la Zona 2 debido a un supuesto fallo en el módulo que luego entregaron a otra familia. Es decir, agregó, los jodieron. Por ese motivo, me dijo, que no mencione nada de las zonas ya que ellos comenzarían a quejarse y que eran insoportables al respecto.

En la puerta donde Arden se detuvo, un señor de unos cincuenta años y un joven hablaban sentados en sillas en el pasillo, como muchos imitaban. Lo conocía de haberlos cruzado, pero jamás había intercambiado durante los trueques.

—Te presento a Steve Presco y a su padre. Los Presco, los criadores.

—¿Criadores? —pregunté.

—Sí, los mismos. Yo me encargo de los catanes y mi padre, de las algas junto con mis dos hermanos.

—Siempre quise ver un catán vivo —le dije.

—Es difícil. Está prohibido sacarlos y está prohibido que personal que no trabaje allí esté en la zona.

—¿Los huevos tienen yema? —pregunté a lo cual todos rieron por el tono infantil, que hasta yo mismo escuché, antes que por el tema de la yema.

—No lo sé. Son minúsculos.

—Estuve hablando con Steve sobre el trueque —dijo Arden señalando la lata que yo le había pasado con la esfera—, y podríamos pedir algo a cambio. No sé si te interesa, Steve.

—Me interesa —dijo y abrió la lata mientras observamos la esfera que

había comenzado a abrirse expulsando filamentos o algo parecido. Arden se alejó con temor.

—Entremos un minuto al módulo. ¿Nos avisas, papá? —dijo Steve.

—Vayan, pero no tarden.

Observé que el módulo era tan pequeño como el nuestro, pero las camas estaban agrupadas en un rincón como si durmieran todos en una sola cama enorme. El aseo estaba más lejos que la mesa, con una distribución muy diferente al mío. Quizás, era más higiénico el aseo alejado de la zona donde se comía. Además, al no tener tanta chatarra parecía más grande. Steve movió ropa desparramada sobre la mesa para despejar la superficie. Abrió la lata y dejó caer la esfera. También cayó una especie de polvo.

—¿Esto no es peligroso? ¿No es de los dispositivos de destrucción? —pregunté.

—Con papá estuvimos consultando algunos apuntes que tenemos del padre del abuelo. Él escribió sobre lo que le había contado su padre. Incluso, estuve observando información enviada desde Colonia Bórax. Esto es como un huevo de catán. Esto es de un organismo vivo. Por eso no es de nada que conocieran.

—¿Es como un catán muerto?

—Shhh —nos dijo el padre de Steve desde el pasillo mientras Steve guardaba la esfera. Fingimos discutir sobre el trueque cuando entró el conector Tylor.

—Se ve que es algo tan importante que los señores lo arreglan en privado —dijo el conector en tanto observaba ya dentro del módulo.

—Tuvimos una discusión acalorada —dije.

—Yo los mandé adentro para que discutan. Ya le dije a Steve que no necesitamos una bolsa de esas —dijo el padre que se había pegado a la espalda del conector y señalaba mi bolsa.

—¿Y qué querían ofrecer a cambio de la bolsa? —dijo Tylor.

—Justo iba a mostrarle lo que tenemos en el módulo —dijo Steve.

—Lo que tienen para cambiar lo sacan. ¿O piensan cambiar una cama por una bolsa? —dijo el conector Tylor.

—No. Bueno, la cama no. —Nos giramos para observar al abuelo de Steve que permanecía recostado.

—Yo no veo las cosas seleccionadas para el trueque. ¿Dónde están? —dijo Tylor

—No tuve tiempo de separarlas, por eso les pedí que entraran —dijo Steve apretando los puños.

—¿No era que discutían? —preguntó de nuevo Tylor girándose para mirar al padre de Steve que permanecía atrás de él.

—Por eso discutían, porque no había nada, señor conector.

—Ya nos íbamos. Tengo que cambiar la bolsa que tejó mi madre —dije y salí del módulo seguido de Arden.

—Conector Tylor, ¿no querrá usted una cama? —bromeó Arden desde el pasillo.

—Tengo una mejor que esta —dijo y nos miró sin cambiar la expresión de enojo.

Durante toda la semana, trabajé de manera maquinal. Ni aún el abuelo Ollie podía entusiasmarme con la fabricación de un artilugio o la reparación de algún artefacto dañado. ¿Qué sentido extra hallaría al mismo destripar de objetos? Solo las esferas eran lo único que me jalaba a otra vida, rasgaba la monotonía de la misma jornada repetida infinidad de veces.

Frances me preguntaba si me sentía mal. Nada, no tengo nada, también era una respuesta automática como esas luces que se encienden a la misma hora, que responden al mismo interruptor. Ella esperaba que con la exclusión pudiéramos traer un niño a la colonia. Ivo y Shiri también deseaban lo mismo; hasta mi madre creía que un hijo lo cambiaba todo. Yo no estaba seguro de colocar semejante carga en un recién nacido que era ya, incluso antes de gestado, un chatarrero o un educador, quien vivirá en nuestro módulo, dormirá en la cama del abuelo y llenará la planilla para el pedido matrimonial. Se levantará al oler el café, comerá conos el Día del Trueque, soñará con ser la generación elegida para el ascenso y llorará al saber que solo será uno más en el hoyo, pero se ilusionará con un hijo que cumpla su deseo. Hasta sabía cómo se vería mi hijo, una mezcla entre el color del cabello claro de Frances, su piel pálida y mi cuerpo delgado, una réplica de otra réplica, mi padre y mi abuelo, Max, Dan Green, el primer Green que descendió. Yo guardo recuerdos de Max, de Dan y se los transmitiré a mi hijo y él un día estará en esta misma disyuntiva, entre el deber de engendrar hijos para salvar a la humanidad, una lata que guarda los recuerdos de los antepasados. ¿Y si me silenciaba? ¿Y si me negaba a estirar generaciones hacia ese espacio que jamás había conocido? También sabía la respuesta: era nuestro final. No solo mi final. Era el final de los Green. Era la muerte definitiva de Ollie. De todos los hijos de mis hijos. De ese hijo que ya era una presencia en el módulo.



## AÑO 182 DD / JORNADA 307

Arden se detuvo en la puerta el Día del Trueque, tal cual habíamos convenido, ya que Steve me esperaba en el mercado. Cuando llegué, como Steve no estaba, me compré una bebida y me senté en la zona de las mesas desde donde podía observar a la mayoría de los puestos. A diferencia de mi ánimo, los demás parecían revitalizados por la celebración próxima del Día de la Salvación. Desde los puestos repletos, alguien mencionaba lo especial de la situación de permanecer casi a un paso de los doscientos años del descenso; otro, deseaba escuchar al conector Tylor en el discurso inaugural ya que el conector Blech aburría. Aún faltaban varios años para la celebración de los dos siglos, pero nos adelantábamos en los festejos aventados por el rumor de la subida al cumplirse doscientos años. Nadie supo decir sobre el origen de este disparate, pero coincidían que era una revelación.

En el mercado, mirábamos el puesto de Andy que decía soñar con catástrofes y adivinar el futuro. Era más bien un entretenimiento ya que jamás había adivinado nada. Pero con mi madre también asistimos varias veces. Andy aceptaba cualquier cosa a cambio de sus servicios. Al fin, él solo ofrecía palabras inservibles. Al menos eso me parecía. A mi madre le había adelantado que sería invitada a mudarse a ingeniería. Lo dijo en tanto levantaba la mano y tocaba una estatuilla de herrumbre, una figura que parecía un pie o una mano retorcida luego de un accidente. A veces, la lamía para sentir mejor el mensaje que, según él, le llegaba como una voz desde el altoparlante de los conectores, pero que solo él oía. La gente se arremolinaba cuando él intuía el futuro. Jamás había dicho nada sobre accidentes, muertes: solo decía a las personas lo que querían oír. ¿Qué me diría? Bobadas, me dije, pero la curiosidad me empujó hasta su puesto. Cuando me observó, me sonrió y elevó las manos al techo. Luego, agarró su estatuilla y varios se acercaron. Vací mis bolsillos sobre la mesa: arandelas, unos tornillos, dos barras de grafito, dos botones y los dos bollos que acababa de comprar para comer antes de acostarme. Él observaba cada cosa con una sonrisa. Casi me metí todo de nuevo en mi bolsillo, pero varios me miraban esperando la actuación de Andy. Él me agradeció, tomó la estatuilla y se la refregó por la cara. Varios rieron. Le había dado mis bollos a un afectado. Me sentí un idiota.

—Te llamas. —Como no le contesté repitió la frase varias veces. Yo creí



que intentaba adivinarlo, por eso permanecí en silencio.

—Devin.

—Devin, cumplirás aquello que deseas.

—¡Y qué desea Devin! —gritó alguien.

—Es cosa de Devin —dijo Andy guardando los bollos en una lata.

—¿Es todo? —le dije considerándome estafado en el intercambio.

—Sí. Y no es poco. No todos pueden cumplir sus deseos. Adiós, Devin. La señora también quiere consultarme.

Recordé que ese mismo hombre le había dicho a mi madre que volvería a ingeniería. Permanecí para escuchar qué le diría a la mujer.

—Señora, su familia poseerá tantas moléculas de luz que su módulo será todos los días un festejo de la salvación —dijo y una muchedumbre ríe al unísono.

Volví a sentarme en el mismo lugar, pero un poco más idiota que antes. Me había dejado timar por un afectado. Los sonidos de los pasos sobre el metal levantaban un fino polvillo que flotaba en el haz de luz de una de las lámparas, solo era la suspensión de unos pequeños corpúsculos levantados por la luminosidad. Alguien me miraba con la misma concentración que la mía hacia la reunión diminuta que congregaba la luz de una lámpara. Desde lejos, el hombre se rascó la barba en tanto le susurró a Steve. Lo reconocía. Era a quien todos le decían “Loco”.

Steve me llamó levantando la mano y caminamos entre el gentío. Quizás era mejor estar rodeados que estar solos en un rincón del pasillo. Con el bullicio nadie nos prestaba atención. Él compró dos conos, me ofreció uno de ellos y nos sentamos junto al puesto de Úrsula, una mujer que estaba casi sorda. Steve apoyó en el suelo la lata que transportaba a la esfera y comimos el cono sin hablarnos. Cada tanto, él miraba la lata. Por fin, dijo:

—Tengo novedades. Algo sucedió desde que me la diste.

—¿Qué sucedió?

—Se abrió del todo.

—¿Qué tenía? —dije acercándome a él y bajando la voz.

—El abuelo estudió el contenido y dice que es de un vegetal.

—¿Algas?

—No. No son de las algas que criamos ni de las otras especies que dicen los de Colonia Geo que sobrevivieron como líquenes o musgos. Incluso nuevas especies invisibles que pueden vivir en un ambiente de radiación y hasta con poco oxígeno. Todo es posible. Pero jamás nos ha llegado una

noticia de Geo al respecto de una especie mayor. Solo han informado que hay desierto, aridez, putrefacción y especies que ni valen la pena, unos corpúsculos que se pegan en las antiguas ciudades ya estudiadas por Colonia Bórax.

—Siempre Colonia Bórax.

—Así es. Pero estuve pensando que quizás esto sobrevivió adentro de la maquinaria, como si ella la hubiera protegido.

—No era hermética. Era una pieza de algo mayor a medio desarmar. Con el abuelo Ollie no pudimos ni entender de qué se trataba ni para qué servía. Solo la desarmamos y ahora son piezas de reutilización. Aunque era ya vieja, arruinada. Pero no puedo decir ni cuántos años tenía ni si era una maquinaria de descarte por inservible.

—Discutimos mucho con papá y el abuelo por las esferas.

—¿Qué crees que era? —pregunté cuando Frances se acercó mostrándonos su nueva adquisición gracias al intercambio de unos zapatos que había remendado y embellecido.

—Hola, perdón, no sabía que estaban hablando. Soy Frances y tú eres...

—Es Steve Presco.

—¡Presco! Creo que tengo a un familiar en mi clase.

—¿Dan? Es mi hermano.

—Ya veo el parecido —dijo mientras se sentaba a mi lado y pasaba su brazo sobre mis hombros.

—Si da problemas, habla conmigo —dijo Steve y apoyó la lata sobre una silla vacía.

—Por el momento es uno de los niños más tranquilos. Acabo de enterarme que se conocían —dijo Frances mirándome a la espera de una respuesta.

—Nos presentó Arden la vez pasada cuando Steve estaba necesitando una bolsa —dije.

—¿Tu familia no era de la Zona 4? ¿Criadores? —preguntó Frances.

—Traslado de módulo. Aún esperamos la información de qué sucedió, pero el representante de la Zona 2 dice que es un tema de la Zona 4, y así estamos. Espero que sea algo provisorio y que podamos volver a nuestro módulo porque el de ahora es demasiado diminuto.

—¿Y qué tal era vivir en la Zona 4? —dijo Frances.

—Mejor. El módulo era grande. Lo peor es que ya no vemos a nuestros vecinos.

—Han hecho nuevos vecinos, como nosotros —dijo Frances con una

sonrisa y codeándome.

—Es cierto. Pero los criadores somos de ingeniería.

—Aún tenemos la bolsa —dijo Frances—, ¿nos la cambiarás por esa lata?

—Por otra cosa, pero para mi abuelo y como nunca se decide...

—¿Esa no es nuestra lata? Yo la decoré con un raspador. ¿Podría verla?

—Tiene algo frágil, Frances. Mejor nos vamos a caminar un poco. Adiós, Steve —dije y agarré a Frances del brazo y comenzamos a deambular por los pasillos.

Faltaban unos minutos para que el comedor se abriera de nuevo. Escuché como Frances hablaba sobre la celebración próxima, sobre los proyectos que estaba llevando adelante con sus alumnos. Me dijo que tuvo que sacar mi artilugio de las luces porque los niños estaban demasiado fascinados y me solicitó que lo regresara a la chatarrera. Le respondí que no pensaba desarmarlo y que me había llevado varios días de trabajo. Luego de discutir un rato, vencido, le dije que lo dejaría en nuestro módulo, “para nuestros hijos”. Estas últimas palabras movieron a Frances del artilugio hacia el día de nuestra exclusión y hacia el buen humor.

Cuando entramos al comedor, Frances se sentó junto a Mitra y a su familia. Ella deseaba que yo no me sentase con mis amigos, pero era mi costumbre desde niño y era el único momento en que hablaba con todos juntos. Steve se había sentado junto a Arden. Al acercarme, comprendí que ya había contado a Ivo y a Shiri de la novedad de las esferas.

—No me lo puedo creer —dijo Arden.

—Ni yo. Creía que eso no era posible —dijo Ivo.

—El abuelo hace días que no habla de otra cosa. Papá le dijo que se calle un poco, pero él habla incluso cuando estamos en el trabajo. Está un poco en otro lado desde hace años y mis compañeros criadores creen que está soñando despierto por el mal de encierro. No podemos hablar más adelante de él. Es un peligro —dijo Steve.

—¿Qué son entonces? —le pregunté a Steve.

—Semillas.

—¿Semillas de antes?

—No lo sé con seguridad. Se abrieron rápido, quizás el cambio de aire las modificó. Papá cree que no pudieron haber sobrevivido más de doscientos años.

—¿Por qué se abrieron ahora? —preguntó Ivo.

—No sabemos, pero tenemos que hacerlas crecer como si fueran algas o

catanes. Con el abuelo, no puedo. Es capaz de hablar con un conector. Tenemos que estar seguros que nadie se entera.

—Yo no puedo con mi hijo, hablaría —dijo Ivo.

—Ni yo, con mi hermana, con la Stella. No sabe guardar ni un secreto.

—Lo haré yo. Pero ¿cómo se hace? —dije.

—Necesita algo especial, un medio, yo después te paso lo necesario —dijo Steve.

—Ya nos están mirando raro. Será mejor que sigamos luego —dije.

—¿Podrás salir en tres noches? —me preguntó Steve.

—No creo. Puedo intentarlo.

—En tres noches te espero. en mi módulo Golpea la puerta muy suavemente. Voy a estar despierto. Te daré lo necesario esa misma noche —dijo y se levantó dirigiéndose hacia la salida del comedor. Los cuatro permanecemos en silencio. De la misma manera, nos dirigimos hacia nuestras zonas de trabajo.

## AÑO 182 DD / JORNADA 310

No sabía en qué momento podría salir del módulo sin ser visto. Poco a poco, más personas se involucraban en el tema de las esferas y el riesgo a ser descubiertos con una especie fuera de la zona de cría era mayor. Nos exponíamos a ser exiliados a la intercolonial. ¿Cómo era posible que Colonia Geo no hubiera descubierto algo similar en sus excursiones de salida para hallar objetos antiguos para reciclar? Quizás habían reservado la información. ¿Por qué? ¿Qué debía hacer? ¿Qué era lo correcto? ¿Comunicarle a los conectores el hallazgo dentro de una maquinaria o descubrir que si eran o no semillas a pesar del riesgo? ¿Valía la pena terminar atado a un carro en la intercolonial tan solo para saber si esa esfera era una semilla? ¿Quién cuidaría de mi esposa, de mi familia?

Me levanté durante la hora oscura para cambiarme de ropa en el aseo. Decidí no ponerme los zapatos. Frances dormía de cara a la pared. Al bordear la mesa, observé que mi madre se había incorporado.

—¿Todo bien? —me dijo.

—Todo bien. Tengo que salir.

—¿Salir? ¿Estás afectado?

—Tengo que salir por algo.

—No puedes salir. ¿Si te ven los conectores ya sabes qué pasará? ¿En qué andas metido? —dijo tan fuerte que Frances y el abuelo se despertaron.

—¿Pasó algo? —dijo Frances.

—Tengo que salir un momento.

—Ni que fueses uno de esos de las bandas nocturnas. Mira que no pienso responder por tu salida como cuando eras un crío de aprendizaje. Soy una educadora. Sería una vergüenza —dijo mi madre.

—¿A dónde tienes que ir? —preguntó Frances acercándose y tomándome de la mano. El abuelo permaneció en silencio.

—Es por algo personal.

—No hay nada personal aquí dentro. No se sobrevive con secretos. O nos informas a dónde vas o todos seguimos durmiendo —dijo mi madre con el apoyo de Frances y el silencio del abuelo Ollie.

—¿Qué haríamos si te encierran? No podrías trabajar. Nos señalaría toda la colonia. ¿Es el ejemplo que le quieres dar a tus hijos? —me dijo Frances.

Volví a acostarme. Pensé en escapar por los pasillos. ¿Qué diferenciaba al encierro en la detención en el C2 de los conectores y la vida en el módulo? Steve, despierto, me esperaba toda la noche. Lo sentía por él, pero con mi madre y Frances no era posible esconder la esfera y menos si llegaba a transformarse en un alga o algo parecido.

Frances apoyó su cabeza en mi pecho y me acarició el cabello. Volteé la cabeza para alejarme. Su presencia me molestaba. Ella también me había sido impuesta, como el encierro.

## AÑO 174 DD / JORNADA 100

### I

Durante la cena, decidí que hablaría con el abuelo y mamá ya que Shiri se había convertido en alguien importante en mi vida; estaba seguro que ella sería mi esposa al finalizar mi preparatoria para el oficio de chatarrero. Mi familia era, entonces, demasiado pequeña, se necesitaban más miembros para sostener el módulo en funcionamiento. Pensar que pronto el abuelo podría morir era consumirse en la tristeza de antemano, pero era ineludible. Mi madre comenzó a planificar mi matrimonio desde que cumplí once años.

Cuando hablé con ellos, mi abuelo cedió la palabra a mi madre. Mi padre había muerto unos diez años atrás y ahora solo se necesitaba la autorización de Sasa; ella suplía el rol de cabeza de generación, pero a mi abuelo le resultaba difícil callarse. Era él quien imponía su punto de vista, quien decidía en última instancia.

Mi madre se levantó para guardar las sobras de la comida. Temí haber roto alguna promesa, alguna regla. ¿Por qué no me hablaban? Durante mucho tiempo había planificado ese momento. En mi mente, mi madre me felicitaba y mi abuelo celebraba la llegada de Shiri. En cambio, mi madre apilaba tarros con restos de comida, limpiaba la mesa con un trapo, evitaba mirarme. Al fin, se sentó de nuevo.

—No es posible, Devin. No voy a mediar en tu matrimonio con los Meyer. No acepto unir mi familia a la de ellos.

—¿Por qué? Yo amo a Shiri.

—Ya tengo en vista a alguien que será perfecta.

—No digas, ¿ingeniería? —preguntó el abuelo.

—Los conoces, Ollie. Son los Connors.

—¿Los Connors? Nunca aceptarán, Sasa. Ellos vienen celebrando matrimonios entre ingeniería y además desean salir de esta colonia. Han solicitado el traslado a Colonia Bórax, aunque rechazados varias veces. Yo trabajé con ellos. No van a aceptar. Así como quieres salir de esta zona baja impulsando a tu hijo a jalarte a una mejor zona, ellos hacen lo mismo. No uses a tu hijo para sacarte de aquí. Vas a humillarlo con un rechazo —dijo el abuelo

casi sin respirar.

—Me haces sentir una manipuladora. Estoy remendando lo que has hecho. ¿Acaso no fuiste tú quien nos metió en esta zona? Ron y yo estábamos dispuestos a casar a nuestro hijo con una de las familias de ingeniería. Es más, te lo recuerdo, habíamos hablado de los Connors y de los Engels. Así que solo estoy venerando la memoria de Ron con sus deseos.

—No puedes caer tan bajo. Deja a Ron tranquilo. Esto no tiene que ver con Ron, esto tiene que ver contigo. Devin casi es la cabeza de la nueva generación Green. Es él quien decidió. Yo decidí cuando fui la cabeza de la generación. Quizás me equivoqué. No lo sé. Hice lo que creía oportuno. Devin ahora hace lo que cree es lo mejor para la generación siguiente. Cuando Devin se case, nosotros seremos el pasado. Así son las cosas —dijo el abuelo mientras la pequeña luz de la lámpara tornaba a sus ojos de un color rojizo.

—Yo soy la cabeza de la generación ahora mismo. Y voy a ser el ahora mientras siga viva. No pienso desaparecer hasta estar muerta. Soy parte de la familia y tengo voz. Y ya que mencionas que hay que hacer las cosas como son debidas, soy la madre y soy quien intervendrá en el matrimonio. Es lo que tengo que hacer y lo haré. No voy a mediar con los Meyer, no voy a aceptar a una familia de limpieza. No quiero que mis nietos escarben la mierda de toda la colonia si pueden evitarlo —dijo mientras me oculté debajo de la cama. Allí, las palabras parecían más débiles, aunque nunca desaparecían.

—Si quieres ir por ese camino, te recuerdo que soy el representante de esta zona, aún tengo influencias y presentaré mi parecer ante la junta de conectores este viernes. Tú puedes hacer lo mismo y proponer el matrimonio con los Connors y veremos quién sale ganando. Por mi parte, presentaré la solicitud formal ante los Meyer en representación de la voluntad de mi nieto. Tienes dos días para lograr que los Connors acepten. Pero ve tú sola. No quiero que humillen a mi nieto. Él ha decidido guiado por el afecto.

—¿Y a ti no fue que te obligaron? Te has jactado que tan mal no te fue con tu matrimonio. Lo dices cuando te conviene.

—Eran otras épocas. Luego de la epidemia tuvimos que aceptar reagruparnos para sobrevivir. Papá y mis hermanos murieron. ¿Qué podía hacer? Helena fue una buena compañera, pero los dos nos aceptamos por el mismo motivo. Esto es diferente. Si es posible elegir, ¿por qué negar esta felicidad?

—No puedes hacer eso. Sigues hundiendo a nuestra familia, nos sigues descendiendo. Nos metes en un hoyo.



—No hay descenso posible para quien ya está abajo de todo. Tú más que nadie deberías entender lo que es estar encerrado el resto de tu vida con alguien a quien no amaste nunca.

Luego de las palabras de Ollie, los únicos sonidos que transcurrían al ras de las láminas desgastadas del suelo provenían de otros módulos.

Las pantuflas del abuelo se acercaron hasta quedar casi frente a mi cara. Al instante, el techo improvisado con mi cama desapareció y me dejó en la postura ridícula, boca abajo.

—Sal que no me dan los brazos para levantar la cama mucho rato. Un muchacho de tu edad, próximo a ser adulto y a casarse, no debería seguir metiéndose acá debajo. Mañana volvemos a hablar sobre el asunto. Tienes toda la noche para pensar qué deseas hacer. En esto no hay vuelta atrás.

Al levantarme, observé que mi madre permanecía sentada en la silla. Se sujetaba la frente con una mano y había comenzado a llorar. El abuelo Ollie, sin mirarla, se encerró en el aseo. Cada uno poseía un rincón predilecto donde intentar esconderse en la soledad imposible de un cuadrado de metal. Esa noche, había perdido el mío.

## II

En el comedor, me senté junto a Shiri, Ivo, Arden y Nicole. Esa jornada nos examinarían en aprendizaje. No había preparado mi ponencia porque me era imposible dejar de pensar en Shiri y en la desilusión de la charla con mi madre y mi abuelo. Con mi actitud, ahora no se hablaban. No sabía si prefería sus silencios o sus peleas.

Nicole solo hablaba de su decisión de trabajar en la cocina. Sus padres pertenecían a limpieza y a depósito.

—Cambiar de profesión es importante. Deberían obligar a tomar otras profesiones diferentes a la de los padres. Así al menos hacemos algo distinto —dijo Nicole untando un bollo con crema.

—Shiri, ¿no has pensando en solicitar otro sitio? —dije demasiado bajo.

—Yo lo veo de otra manera. Mi familia es de allí y me podrá enseñar mejor, podré preguntar si tengo dudas.

—¿Qué dudas puede alguien tener en lavar ropa y vaciar los tarros del aseo? —dijo Nicole.

—No lo digas de esa manera, no está bien y suena que te estás burlando —dijo Ivo.

—Perdón, solo preguntaba.

—Es importante para la colonia. Es lo que permite construir las moléculas de luz.

—Si te rechazan en la cocina, podrías unirte con Shiri en limpieza —dijo Arden riéndose.

—Ni afectada. Prefiero ir a la chatarrera a revolver porquerías rotas.

—Yo iré a la chatarrera. Gracias a los chatarreros te han reparado las lámparas y los calentadores —respondí.

—También iré, como mi padre —dijo Ivo.

—Solo fue una pregunta. Cada uno a lo suyo. Cuando esté en la cocina, voy a envenenar la comida de los que me caen mal y listo—dijo Nicole como si fuera un chiste pero nadie se ríó, ni Arden.

—Con eso no se bromea. El abuelo Ollie dice que es raro que acepten un cambio de oficio. Tendrás que elegir entre depósito y limpieza —dije y atravesé el silencio casi como hubiera querido hacerlo con un puño hasta la cara de Nicole.

—Voy a solicitar “cocina”. Mi segunda opción será “cocina”. Mi tercera opción será que se vayan a la mierda —dijo Nicole y se levantó para sentarse con el grupo liderado por los Carey.

—Por suerte se fue —dijo Arden—. Me cae como un pedazo de hierro en la cabeza.

—Iré a limpieza. Se necesita gente en limpieza por el crecimiento de la población. Tacharán cocina, escribirán limpieza y tendrá que ir de todos modos —dije.

—Habla el nieto del representante. Debe ser entretenido enterarte de todos los cuchicheos de las juntas —dijo Arden.

—Tú te enterarás cuando con Stella pasen a trabajar a información —dijo Shiri.

—No veo la hora de... —dijo y se interrumpió ante el sonido del timbre que nos indicaba el momento de dirigirnos a aprendizaje. Saludé al abuelo que comía en unas mesas cercanas. Con mamá caminamos en silencio hasta el conjunto de módulos que formaban la Zona de Aprendizaje, conocida como L4.

Era nuestro último curso y esa jornada debíamos rellenar las planillas con la selección de nuestros puestos laborales. El año anterior, celebramos el aburrido Día de los Oficios con la presencia del abuelo y su charla sobre el funcionamiento de una lámpara; luego, la vida de alguien de depósito, el orden de elaboración de los menús por alguien de la cocina, el procesamiento de los

desechos por alguien de limpieza, entre otros.

En unos días celebraríamos el fin del aprendizaje y el inicio de los oficios, los mismos para toda la vida. En mi caso, estaba seguro ya que vería al abuelo y a Ivo a diario. Pero, para otros era una decisión angustiante. Incluso, había quienes deseaban que escogieran por ellos y comenzaron a juntar firmas para solicitar a los conectores que cambien las reglas y que los oficios nos sean asignados por Colonia Bórax.

El aire olía a miedo, a sudor, a rancio. Solo se escuchaban los roces de los grafitos sobre las hojas. La educadora recorría las mesas para corregirnos. Al llegar a Nicole, le dijo que debía poner al menos uno de los oficios de sus padres. Ella se negó. Discutió un rato, pero la educadora se movió a otra mesa. Nicole, quizás, lo interpretó como la señal que la afirmaba en su puesto de cocinera. No supo leer la cara de hartazgo de la educadora.

En tanto completábamos la solicitud, algunos de ingeniería comenzaron a molestar y arrojaron un trozo de grafito a la cabeza de Esteban. “Anda practicando si irás a limpieza”. La educadora solicitó silencio. Pero ellos nunca aceptaban órdenes. La única manera que ellos cerraban la boca era cuando la educadora amenazaba con buscar al conector. Eso fue lo que hizo y envió a uno de los muchachos. Siempre llamaban al conector Leroy porque solo repetía, frente al curso, que fueran respetuosos, pero ellos sabían que, al ser de otra zona, no podía meterse con ellos, a lo sumo, solo con la Zona 2.

Lo mejor de esa jornada fue la cara de terror de los hijos de ingenieros y criadores cuando el conector Blech entró tras casi hacer volar la puerta de su juntura.

—¡Qué pasa con los críos! —gritó desde la puerta y la educadora se levantó gracias a apoyarse en el escritorio. Quizás se había arrepentido de solicitar la intervención de los conectores.

—Lo mandé a llamar por un conflicto con los jóvenes de su zona. Se han burlado y han golpeado a un muchacho.

—¡Con una barra de grafito! A lo sumo lo dejé más negrito —dijo el cabecilla de siempre.

—¿Y este quién es? —dijo el conector Blech.

—El hijo de los Rainer.

—Me presento solo: soy Stephan Rainer, hijo mayor y futura cabeza de generación de los Rainer, los mejores ensambladores de moléculas de luz —

dijo de pie, sacando el pecho y desafiando al conector Blech. Yo no estaba seguro si el conector Blech lo consideraría divertido o un insulto.

—¿El pendejo ya presentó la planilla? —le dijo a la educadora dejando de mirar a Stephan.

—Sí, conector. La tengo aquí.

—Démela. Y “señor” Rainer, levante la barra de grafito y tráigala que tengo que escribir.

Stephen se paseó con una sonrisa ladeada. Al pasar junto a la mesa del joven que recibió el grafito por la cabeza, empujó las hojas al suelo.

—Agárrela —le dijo al conector Blech con el brazo estirado. Durante unos momentos los dos permanecieron frente a frente. De fondo, ni siquiera se escuchaban las respiraciones. La sonrisa del conector Blech comenzó como un brillo en los ojos hasta ser una mueca exagerada extendida por la mitad de su rostro.

—Muy amable, señor Rainer —dijo y apoyó la planilla en la pared y tachó con tal fuerza que si hubiera sido un cuchillo, la habría rajado. La barra de grafito se rompió, pero el conector asió uno de los fragmentos y escribió sobre el tachón y gritó a la educadora: “Limpieza”.

—¿“Limpieza”? —dijo la educadora y miró a Stephen que ya no sonreía y sus ojos se abrían como dos agujeros.

—Sí. El señor Rainer irá a limpieza, así aprenderá que en esta colonia todos somos importantes.

—¡No puedo ir! Soy de ingeniería. Vivo en la Zona 4.

—Necesitamos más manos en limpieza que en ingeniería. Y por la zona, no se preocupe. Cuando sea cabeza de generación le haremos un lugar en la Zona 1 con alguna de las muchachas o las familias que no tienen hijos. Eso siempre lo podemos solucionar. Buena jornada, conflicto resuelto. Si ya llenaron las planillas, aprovecho para llevármelas —le dijo a la educadora que en silencio le ofreció las planillas al conector. Blech, antes de retirarse, se giró y nos miró con una sonrisa descomunal.

Stephen permaneció de pie en el mismo lugar. Tal vez evaluaba si lo vivido era real o una pesadilla. Lo delataba una lágrima que bordeaba su mejilla y se frenaba en el promontorio de su boca. Él no podía salir, su orgullo le impediría sentarse y resolvía la situación con un estatismo digno de una maquinaria. En tanto, la educadora bajaba la cabeza, también de pie. Pude leer el arrepentimiento en su rostro. Yo sabía que de todos los conectores, Blech era el más temido, incluso por los otros conectores, por los dichos del abuelo.

En las reuniones entre representantes y conectores, parecía que todos poseían el mismo alto de voz, mas siempre la de Blech era la más audible, la que tapaba a las demás.

La educadora se acercó a Stephen e intentó consolarlo sosteniéndolo de los hombros, pero él la empujó tan fuerte que ella terminó en el suelo. Luego, él huyó del módulo. Algunos se levantaron a ayudar a la educadora. Ella comenzó a llorar y se marchó. Miré a Ivo. Nadie sabía qué hacer. Entró mi madre, al poco tiempo, y nos pidió que nos sentáramos.

—¿Qué pasa con Stephen? —preguntó Nicole de manera que su voz parecía llegar desde afuera del módulo.

—No lo podemos saber. Sigamos con lo previsto.

—No es justo —dijo Nicole.

—Sí que lo es. Nos hostiga desde que ingresamos a aprendizaje. Estoy cansado de sus golpes y sus burlas —dijo otro joven.

—No podemos resolver nosotros qué hacer. Ha intervenido un conector. Dejemos que resuelvan ellos —respondió mi madre.

### III

Al entrar al módulo junto a mi madre, escuché al abuelo saludarnos desde el aseo para que supiéramos que él ya había llegado. No aguanté y comencé a contarle lo que había sucedido con Stephen Rainer, a pesar de que el abuelo me decía que esperase a que saliera. Mamá se metió en la cama y dijo que era hora de apagar la lámpara. No quiso tomar un café y se acostó.

El abuelo preparó dos tazas de café y nos sentamos en su cama. Me gustaba meterme bajo sus cobijas; sentir el calor de su cuerpo me dejaba de buen humor, dormía sin pesadillas. Seguimos charlando por lo bajo.

—¿Crees que el conector Blech borraré lo de limpieza? —pregunté.

—Lo dudo, Devin. No dará un paso atrás. La única posibilidad que veo es que, con el tiempo, Rainer solicite cambio de oficio por la capacidad de su hijo. Todo depende de la forma en que su hijo se comporte. Si sigue en plan de guerra con el conector, le irá peor. Si acepta y pide disculpas, incluso, unas disculpas públicas a la familia del joven al que agredió, quizás los conectores decidan que es un buen ejemplo y lo dejen solo un año, como castigo. Con Blech no se sabe. Pero su familia es de la Zona 4, el hijo tuvo que haber escuchado hablar de su conector y saber que a Blech hay que tenerlo contento.

—¿Cómo se lo tiene contento?

—“Tiene razón, conector Blech”, “No sé qué sería de la colonia sin el conector Blech”. ¿Entiendes?

—Más o menos. ¿Qué debería haber hecho Stephen?

—Levantar el grafito y pedir disculpas, y agradecerle que gracias a su intervención él pudo darse cuenta que había sido un tonto. Él se rebaja a tonto, por ende, Blech está más arriba. Jamás, Devin, tratar a un conector de idiota, menos delante de los demás.

—Entiendo. Tú eres más inteligente que cualquier conector, abuelo —dije y el abuelo río fuerte y me abrazó.

—Nicole, al final, solicitó cocina dos veces.

—¿Dos veces? ¿Llenó dos planillas? —preguntó el abuelo.

—No, el primer oficio y en alternativa.

—Será difícil que la cambien. La enviarán con su padre a limpieza. Se necesita gente allí.

—No creo que Nicole lo soporte.

—Deberá. Todos hacemos sacrificios.

—Como papá.

—Sí, como el de Ron —dijo y me apreté a su pecho. En la oscuridad, mi abuelo se había transformado en un enorme corazón ardiente.

Esa misma jornada, ya casi en la hora oscura, mamá se negó a preparar la comida. Aún estaba enojada por la intromisión del abuelo en lo referente a mi solicitud de matrimonio. Luego, supimos que había intentado dialogar con los Connors y que el conector Leroy devolvió una negativa. Ni siquiera la recibieron en una reunión prenupcial. El abuelo le preguntó a mamá si comería algo antes de acostarse. Ella dijo que algo liviano y un café con jarabe D para dormir hasta la jornada siguiente.

El abuelo había comprado unas tortillas de catán y unos bollos de algas. Cerca de la mesa, había prendido el calentador para el café. Me solicitó que le ayude y distribuí tres platos metálicos, abollados y raspados por el uso continuo. Cuando todo estuvo servido, mamá se sentó a esperar a que le llene su plato. Esa jornada pudo ser quien esperaba y no quien sirviera.

Cuando comenzamos a comer, mamá habló primero.

—Y bien, Devin, ya pensaste lo que tenías que pensar.

—Sí. Voy a esperar.

—¿Esperar? —preguntó Ollie.

—Sí, aún no quiero casarme. Quiero aprender el oficio de chatarrero con el

abuelo y luego quiero que medien ante los Meyer. El abuelo tiene razón, los Connors ni nadie de ingeniería jamás nos aceptarán. Además, por lo general, es la mujer quien se traslada de módulo y la hija de los Connors tendría que venir a vivir aquí.

—No siempre es así. Podríamos ir a ingeniería si otra familia aceptara.

—¿Podríamos? —preguntó el abuelo sirviendo el café humeante.

—A veces es al revés. Es la familia del novio la que se traslada —dijo mamá.

—Sasa, Devin se mudaría a ingeniería, dejarías de ver a tu hijo, apenas si conocerías a tus nietos. Él pasará a ser un ingeniero y nosotros seguiremos aquí siendo los últimos Green. No hay lugar con los Connors. Revisé el censo en la última reunión. Te dije que somos el pasado. En unos años, si hay crecimiento en esta zona y necesitan este módulo para la generación siguiente, nos mudarán a algunos de los módulos cercanos a la zona de reclusión médica, donde nadie quiere ir, con algún otro viejo que haya quedado de último, sin cabeza de generación en el módulo. Recuerda lo que les sucedió a los Adams. Ya no hay más Adams en toda la colonia.

—¿Ni uno solo? —pregunté.

—Ni uno.

—Quizás quede alguno.

—Ninguno. Los apellidos no se repiten. Es mejor para evitar las confusiones.

—¿Sólo descendieron los antepasados de esos Adams?

—No. Pero les cambiaron el apellido. Hay “Adamas”, “Adam”, “Ada”, “Adms”, “Adans”. Solo un apellido de cada uno —dijo el abuelo.

—Entonces, puede haber “Green”, “Greens” —dije.

—Seguramente, y quizás arriba éramos familia.

—Es horrible no saberlo.

—Es extraño. Nunca me crucé con alguien que podría haber sido familia. Debieron separarnos en colonias distintas.

—Sería genial poder conocerlos algún día —dije y el abuelo me sonrió. Luego, en silencio, continué inventando las múltiples variedades de “Green”. Había conseguido un nuevo juego. Luego, continué con los “Chapman”.

## AÑO 174 DD / JORNADA 139

### I

Con la cara roja, agitado, el abuelo llegó tarde de la reunión de representantes. Mamá le preguntó qué pasaba, pero él solo dijo que se sentaría un rato, en silencio. Mamá le preparó un café y le calentó unos bollos. Nos sentamos junto a la mesa y esperamos a que el abuelo quisiese hablar. Él respiraba hondo, largaba el aire con fuerza como si debiera quitarse algo que le quemaba. Le pregunté a mamá sobre la próxima ceremonia de fin de aprendizaje y el abuelo me hizo callar porque le hacían mal los sonidos. De todas maneras, era imposible silenciar el afuera, los golpes que discurren dentro del metal.

Casi en la hora oscura, nos llamó y nos volvimos a sentar junto a la mesa.

—La reunión típica de representantes no se pudo celebrar por un suceso repentino y triste.

—¿Qué suceso?

—Les pido que no salga de estas paredes, pero no les puedo mentir, son mi familia. No lo puedes decir ni a tus amigos, Devin.

—¿A Ivo?

—A nadie. Devin, alguien de aprendizaje ha muerto.

—¿Lo conozco? —preguntó mamá.

—Es Nicole Gervas.

—¿Nicole? —pregunté.

—Se ha enfermado y ha muerto.

—¿Nicole?

No podía creer que ella ya no existiese. Los tres permanecemos un rato en silencio, hasta que el abuelo dijo:

—No se saben las causas de su enfermedad. Se discutió con los conectores y enviarán un interventor de Colonia Bórax.

—¿Habrá una epidemia? —preguntó mamá.

—No, no es una epidemia, sino ya estarían cerradas las compuertas. Se sospecha que Nicole se ha enfermado adrede, que ha tomado algo. Comenzarán una investigación.

—¿Por qué haría algo así? Yo estuve hace poco con ella —dije y comencé a llorar. Mamá me abrazó y me acarició el cabello.

—Pasar de aprendizaje a los oficios para algunos no es fácil. Ayer cada uno



de los aprendices recibió la aprobación o el rechazo. Nicole había sido enviada a limpieza.

—Ella dijo que nos iba a envenenar la comida a todos. Siempre jodía con el veneno —dije recordando una de las últimas charlas con el grupo de Nicole.

—Eso se sospecha. Y además la familia Rainer presentó una queja grave contra el conector Blech por su hijo. Me acordé de lo que habíamos hablado, Devin. Al final fue puesto en limpieza. La familia ha tomado el camino más difícil: ir contra Blech.

—¿Qué sucederá? —preguntó mamá.

—Nada. Si el joven tenía posibilidades de salir de limpieza, ahora creo que no saldrá nunca. Por ese motivo se ha suspendido la ceremonia de fin de aprendizaje.

—¿Qué culpa tienen lo demás! —dijo mamá y se levantó a prender el calentador para preparar la cena.

—Temen que se arme un lío y que no puedan manejar la situación. Informarán que la suspensión es en respeto por los Gervas.

—Estoy triste por Nicole. También por Rainer —dije.

—Yo también. Tengo miedo de lo que puede suceder si corre el descontento. No me gusta que intervenga Colonia Bórax de esta manera.

—¿Qué podría suceder si hay descontento?

—Devin, lo peor sería que se generalice y terminen muchos imitando el gesto de Nicole. Hay otras maneras de solicitar un traslado. Ya te dije que no se puede ir contra los conectores de esta manera.

—¿Qué harían? Hablo del descontento —dije y mi madre me tocó el hombro para indicarme que le ayude con los platos.

—Lo peor es la intercolonial. Podría ser un encierro temporario o un traslado forzoso a otra colonia.

—¿Has visto un trasladado forzoso?

—Una vez trasladaron a una familia completa.

—¿Qué habían hecho? —preguntó mamá sirviendo una tortilla de catán.

—Amenazaron con volar los tanques. El motivo nunca se supo, pero todos decían que un conector, que ya no está, había obligado a la esposa a tener relaciones. Al otro día del incidente, nos enteramos que el módulo estaba vacío. No es fácil ocultar estos chismes, corren por los pasillos con mucha rapidez.

—¿Harán eso con los Rainer? —preguntó mamá.

—No lo sé. Si siguen en plan de guerra quizás los trasladen a otra colonia.

Ya habíamos presentado quejas sobre la conducta del hijo. Hace un año golpeó en la nariz a otro muchacho y era de la Zona 2.

—Me acuerdo. Yo llevé al muchacho a la Zona Médica —dijo mamá.

—Yo también me acuerdo, abuelo. Le salía sangre, tanta sangre por la nariz que pensé que se iba a quedar seco de agua.

—Devin, mañana tendrás el día libre. El día 142 irás a la chatarrera.

—No puedo despedirme de mis amigos.

—Verás a Ivo y a unos más en el trabajo —me dijo mamá.

—Yo quería la ceremonia para despedirme del resto, de Shiri.

El abuelo me apretó la mano y luego, me pellizcó la mejilla.

—Los verás a diario en el comedor y en los trueques. No nos pongamos dramáticos —dijo mamá.

—Tendrás la ceremonia de ingreso a los oficios en la chatarrera. Será toda una sorpresa —dijo el abuelo y sonrió con picardía.

En tanto cenábamos, el conector Leroy se acercó con la noticia de la suspensión de la ceremonia para acompañar el dolor de la familia Gervas, y se fue. El abuelo dijo después que Leroy había propuesto dar la noticia por altoparlante, pero prefirieron que sea personal y solo a las familias que poseían hijos que terminaban sus aprendizajes. Los Chapman ya habrían recibido la noticia porque siempre se respetaba el orden numérico de los módulos, pero Ivo desconocía la verdad de la situación, lo mismo que Arden.

## II

La ceremonia de ingreso a la chatarrera fue diferente a cómo la imaginaba. Con Ivo y otros compañeros de aprendizaje estábamos nerviosos. Uno de ellos decía que no había vuelta atrás. Yo estaba ansioso, pero estaría con Ivo y el abuelo.

Fue un alivio que nadie ofreciera un discurso, que no se acercase ni un conector. Ni bien entramos, los chatarreros comenzaron a golpear la chatarra con varillas. El ruido era ensordecedor. Recordé que el año anterior había escuchado un estruendo parecido en tanto estaba en aprendizaje. La educadora nos dijo que provenía de la chatarrera, que no era nada. Luego, el abuelo confirmó que era parte del trabajo.

Después, nos obligaron a agarrar un pedazo de maquinaria muy pesada y caminar entre las mesas. Los chatarreros se reían, nos gritaban que no nos cagáramos por la fuerza. No podíamos largar la chatarra; en tanto caminábamos, intentaban bajarnos los pantalones, nos palmeaban el trasero,

nos arrojaban trapos sucios por la cabeza.

Fui el primero en arrojar la chatarra al suelo. Me dolían muchos los brazos. Me gritaron que era un bebé de aprendizaje, que mis brazos eran como dos hilos de nailon. La peor parte la tuvo Ivo que debió arrojar la chatarra porque le bajaron los pantalones. Fred Ruac fue el último en deshacerse del trozo de maquinaria. Se ganó una pinza brillante. Luego, nos pusieron a aflojar unos tornillos. Se jactaban que fue apretado por el chatarrero de más fuerza. Lo intenté hasta que las manos se me pusieron rojas. Fallé en todas las pruebas, junto con Sara Michael. Creí que el abuelo estaría triste o desilusionado, pero se reía. Luego, de varias pruebas y bromas, nos dieron la bienvenida a la familia de chatarreros. Me emocioné al observar que el abuelo también estaba lloroso y se acercó para abrazarme y decirme que otro Green chatarrero, bienvenido a esta gran familia.

## AÑO 175 DD / JORNADA 15

### I

Con Ivo habíamos decidido desarmar la nueva maquinaria. Los Connors enviaron al conector Leroy con un encargo de paneles para reparar uno de los tanques de procesamiento de materia orgánica. La reparación era urgente por lo que uno de los cocineros había acercado unas bandejas de comida. Comimos de pie en tanto trabajábamos.

El padre de Ivo y el abuelo analizaban las maquinarias y las clasificaban para luego ser desarmadas: unos tubos retorcidos, un antiguo centro de proyección de hologramas con la pantalla rota, unos paneles de luces flexibles y orgánicas que podrían ser reutilizadas y hasta canjeadas por varias moléculas de agua en el mercado. Algunas de estas funciones, el abuelo Ollie las había aprendido de su padre, de su abuelo; ellos, a su vez, de sus abuelos. Los hologramas sabían que eran unas imágenes dibujadas que se movían en las pizarras que llegaban rajadas. Jamás las vieron funcionar, pero reconocían la maquinaria. Lo mismo sucedía con los motores de los carros de antes, con los antiguos calentadores o fabricantes de alimentos.

Cuando llegaba algo que podría ser valioso, a veces inservible para ingeniería, el abuelo Ollie era el encargado, como representante de la Zona 1, de venderlo en el mercado. Las moléculas de agua se repartían entre los módulos de las zonas de los chatarreros, con una comisión para los conectores que lo repartían en las otras zonas. Sobre una pared, pegado junto a varios carteles con el sello de Colonia Bórax, colgaba una lista con las familias y el orden para el reparto. Cada familia conocía su orden y sabía si era la próxima afortunada en recibir las moléculas de agua. Solían abordar al abuelo en el comedor y preguntarle cómo iba la cosa, manera indirecta de enterarse si habría llegado algo valioso para intercambiar y si pronto recibirían moléculas. Sabía que muchas veces el abuelo se enteraba, como parte de su rol de representante, que una familia estaba necesitada de moléculas y él cedía alguna de las suyas que reponía con la siguiente transacción. Nadie en la chatarrera se quejaba por estas operaciones ya que él no las ocultaba y anotaba en la lista: “Dos moléculas de agua de los Green para los Meyer a reponer”. Y a veces, quedaban sin reponer y Ollie lo tachaba porque me decía que ya era asunto viejo. Por la tarea que demandaba ser representante, los Green disponíamos de un extra en moléculas de luz y de agua. Además, cada

familia recibía una cuota a cambio de su labor, cantidad que dependía del tipo de trabajo a realizar. Los ingenieros eran quienes más moléculas recibían.

Mientras Ivo acercaba los platos para comer, permanecí de pie junto a la mesa de trabajo, giré la maquinaria para observar los espacios de desarme.

—Tanque de mierda. Hoy tenía preparado un anuncio, pero tendré que dártelo ahora mientras trabajamos. No quise decir nada en tanto no estar seguro. No quería pasar por idiota.

—¿Qué anuncio? —dije y levanté la vista de unos tornillos pegados por el óxido.

—Los Meyer han aceptado mi pedido informal de matrimonio. Esta tarde iba a solicitar permiso para ver a tu abuelo por la planilla, pero papá quiso hablar antes y los Meyer están contentos con el pedido. Dijeron que era un honor para ellos que su hija fuera una Champam, que somos muy trabajadores —dijo Ivo sonriendo.

—¿Marian?

—No. Shiri.

—¿Vas a casarte con Shiri?

—Sí. ¿No es perfecto? La conozco desde toda la vida. Shiri es tan, tan, Shiri. No sé. Es tierna, atenta. Será la mejor compañera que pueda pedir. ¿Estabas interesado en Marian?

—No. No tengo interés en nadie. Te felicito. No sé qué más decir —dije disimulando mi voz temblorosa.

—¿Te parece mal?

—No. No es eso. Estoy sorprendido. No dijiste nada que te gustara Shiri nunca, antes, quiero decir —dije y acepté un pan de catán y un vaso con jugo que Ivo me ofreció.

—No la había visto de esa manera. Éramos niños. Luego, cuando ya estaba por comenzar el oficio, mi padre me preguntó si había alguna compañera en vista, le dije que no sabía. Ahí fue cuando pensé en Shiri y la miré de otra forma, me gustó. Creo que siempre me gustó. Le dije a mi padre y él habló informalmente con el padre de Shiri en el almuerzo. Ahora restan las solicitudes, pero ya está hecho. Estoy, no sé, tan contento que tuve que beber doble jarabe D para dormir —dijo Ivo y me palmeó el hombro.

—Me alegro por los dos. Tenemos que terminar esto —dije moviendo la cabeza para dejar de mirar a Ivo. Temía que descubriera que me había afectado.

—Quiero que asistas a la boda. Te pondré a ti y a Arden en la lista. Voy a

aprovechar para pedirle a Ollie ahora la solicitud. Quiero darle la noticia antes que papá se entrometa y me arruine la sorpresa.

Ivo se alejó hasta la puerta donde su padre y el abuelo Ollie dirigían la separación de las maquinarias. Observé a Ivo hablar con ellos. El abuelo me miró desde la distancia. Moví la cabeza asintiendo para que supiera que estaba enterado. El rostro del abuelo se desdibujó hasta convertirse en una mueca triste. Después, se giró para hablar con Ivo y su padre.

## II

Me había sentado en la mesa por costumbre, aunque el estómago era una bolsa repleta de tornillos. Me acosté temprano, de cara a la pared. A mi espalda, mi madre hablaba de los críos de aprendizaje y le solicitaba a Ollie que intercediera por una compañera de trabajo en la próxima reunión con los representantes.

No podía dormir por más que apretaba los párpados con tanta fuerza que quería estallarme los ojos. El abuelo se sentó en el borde de mi cama y me acarició los cabellos.

—Ya estoy grande para esto —dije.

—¿Para qué?

—Acariciarme los cabellos para que duerma.

—Nunca se es grande para que te ofrezcan un cariño. Si me quieres acariciar el cabello, no me opongo.

—Puedo acariciarte la barba —dije y le jalé la barba a la que el abuelo había cortado en punta.

—Me gustaba más la barba de dos picos.

—La próxima será una barba redonda, cuando este pico me llegue al pecho —dijo y estiró la punta de la barba.

—Voy a dejarme la barba.

—Tu madre contenta porque ahorrará en navajillas.

—Sí, pero lavar una barba insume más moléculas —dijo Sasa desde el aseo.

—Les dije a los Chapman que mañana les daría la solicitud —dijo el abuelo ya sin el rostro alegre de antes.

—Está bien, abuelo. Ellos son mis mejores amigos. Estoy feliz por ellos.

—¿Por quién? —preguntó Sasa, pero nadie les respondió.

—Tienes que comer algo. El trabajo en la chatarrera desgasta mucho. No querrás venirte abajo. Te faltan unos cuantos años para el retiro, Devin.

—No tengo hambre y no pienso retirarme.

—Bebe algo de líquido. ¿Un poco de café? —dijo el abuelo.

—No tengo sed.

—Devin, solo unos sorbitos.

—¿Qué está pasando? —preguntó mamá frenándose cerca de mi cama.

—Nada, mamá.

—¿Entonces? ¿Qué me están ocultando?

—Charla de hombres. Eso es todo —dijo el abuelo Ollie.

—Lamento escuchar, pero no tengo donde ir y no puedo evitarlo.

—Pero sí podrías evitar interrumpir —dijo el abuelo quitándose la gorra.

—Voy a prepararme para dormir. No me despierten con las charlas. ¿Por qué no charlan mientras chararrean en el trabajo?

—Porque es privado —dijo el abuelo mientras mamá se acostaba y apagaba la lámpara.

—Ve a dormir, abuelo.

—No. Yo tampoco tengo sueño. Hay un recuerdo que quiero darte. Lo guardaba para el día de tu matrimonio.

—No habrá matrimonio ya, abuelo.

—¿Decidiste no casarte? —dijo mamá en un grito, desde su cama.

—Ya lo decidí.

—Serás el último Green. Y tú, Ollie, ¿no dices nada? Debimos tener más hijos con Ron, pero él quería esperar unos años entre uno y otro y luego, ya fue tarde —dijo mamá mientras el suspiro de Ollie cruzaba la oscuridad y rebotaba contra las paredes metálicas.

—Shiri se casará con Ivo —dije.

—¿Sí? Entonces queda la hija de los Lanford —dijo Sasa.

—¿Lanford? ¿La guarra?

—Es hija de los criadores y vive en la Zona 3.

—La conozco de aprendizaje. No voy a casarme con esa guarra. ¿Vos querrías que la madre de tus nietos se meta los dedos en la nariz y se tire pedos como si nada?

—¡Devin! —dijo mamá en tanto el abuelo disimulaba la risa con un acceso de tos.

—Es cierto. Es un asco. No quiero casarme con ella.

—Sasa, sucederá lo mismo que con los Connors. Te humillarás. Si quieres

que nos humillen, adelante, Sasa. Sácate la duda.

—Mamá, por favor, ya tengo mucho en la cabeza con lo de Shiri.

—¿Y con quién vas a unirte en matrimonio? —dijo mamá y escuché el sonido de las mantas raspando contra el cuerpo.

—Da lo mismo. Pero será en unos años.

—Devin, ser el último Green o no, da lo mismo. Hay tantos acá abajo. No es por eso que te digo que es importante que no te quedes solo. Cuando yo no esté ni tu madre, serás la cabeza de una generación que no tendrá mañana. Te sentarás aquí y pensarás en este día. No tendrás a quien pasar los recuerdos y morirán nuestros antepasados. Esta noche te daré el resto de los míos. Había guardado algunos para tus hijos, los anoté en unas hojas, por las dudas de morirme antes. Aún guardo algunos de muchas generaciones atrás. Si decides quedarte solo, te pido que me prometas que pasarás los recuerdos a alguien más, a los futuros hijos de Ivo, por ejemplo.

—Lo prometo.

—Este es el primer de los recuerdos. Es de antes, de un Green que se llamó Tadeo, el padre de Dan. Era de cuando la guerra, pero no había llegado a la casa de los Green. Tadeo contaba que él de niño esperaba con ansias una fiesta llamada Natividad, en honor a un nacimiento. Toda la familia se reunía. Se regalaban objetos esa misma noche, cuando se reunían a comer y a cantar.

—¿Por qué ya no se celebra?

—Cuando descendimos, dicen que prohibieron todas las celebraciones de arriba porque nos separaban, llevaron a la gente a la guerra y a hacerse morir. Ahora tenemos otras.

—Me enseñaron eso en aprendizaje. Fue el año cero.

—Sí. Fue nuestro año cero.

—¿Hay más recuerdos?

—Solo si bebes algo conmigo. —Acepté y charlamos durante casi toda la hora oscura.

### III

Los días siguientes, solicité un permiso por enfermedad. Como el abuelo era el representante, él llenó la planilla por mí.

No deseaba comer, ni siquiera beber. Casi ni orinaba y mis piernas se hincharon, rojizas; mis labios se partieron y quitaba el pellejo dejándome los



en carne viva. Mientras esperaba mi traslado a la Zona Médica, mamá no se movió de mi lado, todo me lo decía con sus gestos: me tocaba la frente, me ofrecía comida, me arropaba, me lavaba la cara o me apretaba la mano durante tanto tiempo que nos transpiraban las palmas.

Tan solo dos jornadas después de aceptar el permiso, el abuelo me acompañó a la Zona Médica, guiado por el conector Tylor. Cuando el abuelo Ollie le preguntó el motivo de la ausencia de Leroy, el conector de nuestra zona, Tylor se giró y le dijo que caminara. Tuve miedo. Creí que no me dejarían salir de la zona, que no volvería a ver a mi familia. No me dejes, abuelo, alcancé a decirle. Jamás, me dijo y me tranquilicé. Durante el trayecto por el pasillo principal, imaginé que era enviado a la intercolonial. Al comienzo, lloraría, pero luego demostraría mi valor como todo Green. Mi padre había muerto protegiendo a la colonia, a la humanidad. Yo haría lo mismo.

Al frenarnos en la compuerta del fin de pasillo, que cierra el sector médico, volví al principio, a las ganas de llorar y de correr, incluso, hasta otra colonia.

La Zona Médica era vecina de la zona de los muertos, ahora cerrada y con una leyenda que decía “C6”, la “C” indicaba un espacio de conectores, un espacio prohibido para la mayoría; en ese módulo nos despedíamos de nuestros muertos que luego eran llevados a la superficie para volver al verdadero hogar. Le rogábamos al alma de los difuntos que nos ayuden a sobrevivir. Allí arriba, todos eran luces que nos guiarían en el momento de subir.

Cruzamos la zona C6 y nos sentamos en la sala de espera con el abuelo, en tanto el conector Tylor desaparecía tras una puerta. A los pocos minutos, un médico se presentó como Fred y nos invitó a pasar al consultorio.

—El conector Tylor me dijo que el muchacho no tiene apetito, ni sed, ni fuerzas para trabajar.

—Es así —dijo el abuelo.

—¿Devin?

—Soy yo

—Quítate toda la ropa y ven más cerca.

—¿Todo?

—Sí, todo —dijo el médico y leyó unas planillas en voz alta y pausada—: “Edad 15 años, chatarrero como su familia, sin enfermedades en el pasado, los miembros de la familia han muerto por accidentes o en la epidemia”. ¿Es así?

—Mi madre y mis tres hermanos murieron en la epidemia del año 116. Mi

hijo murió en un accidente. Mi esposa murió del corazón, eso me dijeron — dijo el abuelo mientras me acercaba al médico sin haberme quitado la ropa interior. El médico me miró y dijo:

—Todo, muchacho.

Respiré hondo y dejé deslizar la ropa interior hasta los tobillos. Me agaché y acomodé la ropa sobre una silla y me acerqué al médico.

El médico me miró la boca por dentro, los ojos, los oídos, me apretó el cuello, la espalda, la ingle, los testículos, el estómago.

—No tengo apetito, es todo.

—¿Desde cuándo? —dijo el médico.

—Unos días.

—¿Comiste algo que no estuviera autorizado? ¿Esa bebida fermentada?

—No.

—¿Glóbulos de sal?

—No.

—¿Drogas? ¿Algo ilegal?

—Nunca.

—Lo que digas será secreto, pero tengo que saber qué sucede. De lo contrario tendré que dejarte encerrado en cuarentena. No podemos exponer a la colonia a otra epidemia.

—La muchacha que amaba se va a casar con otro —dijo el abuelo.

—¿Cómo? —preguntó el médico.

—Es una larga historia —dijo el abuelo en tanto sentía que mi sangre me golpeaba en la cabeza.

—¿Es eso? —me preguntó el médico.

—Algo así.

—En ese caso, quiero que me cuentes lo que sucedió.

Me senté en la camilla y me tapé los genitales con las manos. Me sentí tan desnudo, hasta sin piel, una maquinaria de desecho.

—Iba a casarme con Shiri, pero mi madre se opuso porque no quería que me casara con una muchacha de limpieza. Decidí esperar un tiempo, ahora no sé para qué. Creo que esperé demasiado. Pensaba que mi madre cambiaría de opinión y podría casarme tranquilo, con su aceptación, pero ella se negó a mediar. Discutieron con el abuelo. Ella quería un matrimonio con los Connors.

—¿Connors? ¿Los de ingeniería? —dijo el médico.

—Esos.

—Imposible.

—Lo sé, pero como nosotros éramos de ingeniería ella quería que volviésemos a esa zona —dijo.

—¿Cómo que eran de ingeniería? Me trasladaron hace poco a esta colonia y se me pierden tantos detalles.

—Fue cuando vivía mi padre.

—Y yo la cagué —dijo Ollie—. Dejé el oficio de ingeniería y solicité el que había sido de mi padre.

—Fue retomar a su vida de siempre, entonces. ¿Y la chica ahora se casa con otro? —dijo el médico

—Con mi mejor amigo. Y ella es mi mejor amiga.

—Estás dejándote morir.

—No quiero verlos juntos, no quiero verlos en la ceremonia de matrimonio que será en unas jornadas.

—No puedo ofrecerte el cambio de zona —dijo el médico.

—No pido eso. Solo pido vivir en el módulo el tiempo que me reste. Podría trabajar allí dentro reparando lámparas y esas cosas. No tendría que salir.

—Hay algo que es superior a nuestros deseos, y es el futuro. No podemos darnos el lujo de perder a un miembro de la generación siguiente. Alguien como tú, tan sano, con tus conocimientos. Te daré un día más, te tomarás libre el día del matrimonio, pero deberás buscar una compañera. Tu abuelo puede decirte que hay muchachas que han quedado solas o desean trasladarse por ser familia numerosa y deben escindir. Podrían pedir una solicitud con un listado. Estoy seguro que hallarás una muchacha. Y si ellos son tus amigos y continúas en la misma zona, los verás a diario. La humanidad ha hecho grandes sacrificios para salvarlos aquí abajo como para que te dejes morir. Hijo, la humanidad te necesita.

## AÑO 161 DD / JORNADA INCIERTA

FRAGMENTO, ESCRITO SOBRE UN PAPEL DETERIORADO Y ANÓNIMO, HALLADO POR CALE JACKSON EN UN RECOVECO DEL MÓDULO N24A

*Tras los golpes en la puerta, los Adams se negaron a salir. Los conectores Tylor, Leroy, Blech, ayudados por otros que nunca habíamos visto, gritando, solicitaban que salieran por las buenas. Se escuchaba el quejido de la señora Adams. El conector Tylor dio la orden de entrar. Abrieron la puerta, forzándola, y sacaron a los Adams al pasillo. El abuelo Adams permaneció tirado en el suelo en tanto el conector Leroy le decía que podían recoger sus pertenencias. Eso es lo que pasa cuando se es egoísta y se niegan a tener hijos, dijo el conector Blech. La señora Adams corrió hacia la puerta para volver al módulo y el conector Blech la frenó de una trompada. Ron Green abrió su puerta y discutió con los conectores. El conector Leroy le dijo: “No se meta donde no lo llaman, obramos por el bien de la colonia”. El conector Tylor dijo que los Adams irían al módulo N11B junto con los Smith que también son dos viejos achacosos que no aportan nada, que los viejos solos son una carga para todos. Ron Green continuó discutiendo. Inhumanos, le dijo, escoria de Bórax. A lo que el conector Tylor le respondió que si ellos querían, podían mantener a los cuatro viejos de los Adams y los Smith con sus propias moléculas de agua y de luz, además de la comida. Todos deberíamos hacernos cargo de los ancianos, dijo Ron a lo que el conector Tylor respondió: “Es lo que estamos haciendo”.*

*Ron Green permaneció de pie, en silencio, junto a los Pellesen que también habían abierto la puerta de sus módulos. Los conectores obligaron a los Adams a pararse, quienes se negaron a volver a entrar para llevar sus cosas. Eran como muñecos arrastrados por los conectores por el pasillo. También se negaron a caminar.*

## AÑO 182 DD / JORNADA 314

### I

Una parte de mí me jalaba a adentrarme en el secreto de la esfera, incluso en la tristeza de observar cómo aquella que creíamos extinta se convertía en el único individuo de su especie. ¿No era mejor que continúe como semilla a que crezca enterrada en la aridez del metal siempre oscuro? Esta fascinación era triste, muy distinta a la de Steve o a la del abuelo. No obstante, seguí impulsado hacia un final que aún no vislumbraba. Quizás mi energía se originaba del tedio de las jornadas siempre concluidas, incluso antes de comenzar.

No pude acercarme a Steve por un tiempo. En el comedor, nos saludábamos desde lejos entre los recambios de turno. No me atreví a aproximarme a su módulo ni siquiera con la excusa de intercambiar algún objeto. Al final, opté por el mercado con la intención de hallarlo entre el bullicio de los cuerpos apiñados, la muchedumbre que fermentaba antes de una celebración. El olor a tortilla de catán se concentraba como una cortina de nailon. En cada uno de los puestos me ofrecían objetos o comida. No poseía moléculas para intercambiar ni nada de valor. Hacía mucho tiempo que en la chatarrera no llegaban maquinarias importantes y subsistíamos con lo mínimo que nos ofrecía la colonia. Redujimos las lámparas a una sola, mi madre y Frances se movieron a la mesa de la chatarra para trenzar o reparar ropa bajo mi lámpara, nos higienizábamos con la misma palangana hasta que el agua se volvía tan negra como el aceite quemado. Tomábamos muy poco líquido y mis labios rajados se despellejaban como dos viejos. El abuelo se rapó la cabeza para no tener cabello que lavar, pero se negó a quitarse la barba. Yo me quité el cabello y la barba. Mi piel estaba tan seca que al rasparla con la navajilla me había cortado varias veces ante el pánico de mi madre por el temor a una infección.

De fondo, los gritos de los niños rebotaban contra el metal, se fundían con el sonido de unos carillones que alguien había inventado. Los niños solicitaban al dueño del puesto que toque para ellos. Él ofrecía a sus padres el carrillón, pero nadie podía pagar la suma de dos moléculas de agua. Mi abuelo Ollie, como siempre, lo resolvía todo, conseguía un objeto en un puesto y, luego, lo intercambiaba por otro, que también intercambiaba, incluso, en la misma jornada. Le gustaba regatear y observar las novedades, igual que a mi madre.

Al final del laberinto de puestos, me detuve en el último ubicado junto a un rincón oscuro y una puerta sin rótulo, custodiada por un hombre convertido en sombra por su piel pintada de negro, bajo una túnica también negra. Él fumaba en una pipa que emanaba un olor nauseabundo; sus uñas eran ganchos de metal. Me costó reconocerlo. Al acercarme escuché que alguien le explicaba sobre la escasez de moléculas de agua a raíz de un accidente en la Colonia Axa. Él sonrió y le dijo que ya tenía la información. Luego, me miró: “Devin, justo iba a buscarte porque tengo algo que Steve, tu amigo, te ha dejado”. Se levantó, dejó la pipa sobre un plato de metal, rebuscó dentro de unas cajas. Luego, me ofreció unas latas que hundió en una bolsa y me dijo: “Te darán las instrucciones, permanece alerta”.

Me fui con rapidez, mezclándome entre el gentío. Me temblaban las manos, creía que todos me miraban. El Loco, como todos conocíamos a ese hombre que nos causaba temor, cuando me giré, fumaba de nuevo y sonreía, sonreía al vacío, a alguien que ya no estaba.

Traté de disimular la emoción. Al menos los demás no se fijaban en mi respiración entrecortada. Me imaginaba que Steve, en tanto yo dudaba si continuar con el asunto, ideaba la manera de entregarme la semilla con los elementos necesarios para que se críe.

Salí del pasillo principal y me adentré en el de mi módulo. Observé al abuelo Ollie sentado junto a la puerta, con una tela de nailon que mi madre había trenzado durante la semana y unos frascos a los que Frances había anexado un cerramiento de lata. Frente a mi abuelo, la señora Garrett charlaba con su marido.

Cuando pasé junto al abuelo, él observó mi bolsa, pero no dijo nada. Ya dentro del módulo, abrí la primera lata: una sustancia oscura se desarmaba al contacto de mi mano. Volqué la segunda lata sobre la mesa de la chatarra y cayó la esfera; por último, extraje varias moléculas de agua y de luz. Volví a guardar todo en la bolsa que escondí debajo de mi cama. Cuando me senté junto al abuelo, ya en el pasillo, me preguntó si venía de lo de Steve. Le respondí que ya tenía lo prometido. “Esta noche te necesito, abuelo”, le dije, pero no pudimos hablar más porque teníamos a los Garrett enfrente. Además, Lidia Garrett era la mejor amiga de mamá y ellas compartían todos los secretos, como mamá siempre se jactaba.

Esa noche me dispuse a no dormirme. El abuelo dijo que no quería acostarse ya que le dolía la espalda por la cama dura y por el trabajo en la chatarrera, y prefería sentarse en una silla. Le ofrecí un masaje, pero se negó.

Al acostarme, Frances se volteó hacia la pared, en tanto permanecí de cara a la oscuridad repasando las memorias que guardaba. Pronto debería escoger algunos de mis recuerdos para que mis hijos conservaran para mis nietos y para los nietos de mis nietos. ¿Cuántos recuerdos serán capaces de guardar diez generaciones más adelante? ¿Cargarán con todos estos sucesos con alegría o será una carga triste? El agua blanca, las estrellas perforan la sombra del cielo, los pájaros avanzan por los mismos caminos, año tras año, sobre un pasillo de aire y sobre nuestras cabezas, la sopa en la taza decorada con guirnaldas de flores al retornar del trabajo. Tantos detalles que debo completar, tantos detalles incomprensibles. ¿Cómo son los caminos del aire? ¿Cómo es el cielo? ¿A qué huele el cielo? ¿Qué sabor tiene el agua blanca? Esos recuerdos, tan solo fragmentos incompletos, permanecerán así. Los cuerpos de quienes vivieron esos recuerdos yacen en la superficie; nosotros, abajo, con sus memorias. Un recuerdo es tan solo el retazo del pensamiento de un muerto.

Quise que la semilla fuera uno de los recuerdos para mis hijos porque era lo único que no formaba parte de la monotonía de mi vida. ¿Cuál es el sentido de ofrecer lo mismo que ellos deberían vivir? ¿Beber café junto a una lámpara? ¿Cómo fue la celebración de un Día de la Supervivencia? Quizás, luego de varias generaciones, ya no se beberá café y la palabra café sonará a algo extraño. Tal vez, un nieto de nieto sea quien ascienda y pueda dejar la memoria de la semilla en el mismo sitio donde pertenece.

El abuelo me tocó y me sobresalté. Se suponía que no me dormiría. Te esperan y no hagas ruido que duermen, me dijo. Salí descalzo, con lentitud, hacia la oscuridad del pasillo. Observé una silueta. Steve me tomó de un brazo y comenzamos a caminar.

En el pasillo principal, las luces diminutas colgaban de la pared separadas entre ellas por tramos de oscuridad. Cruzamos la zona de los módulos de ingeniería, doblamos hacia el pasillo del mercado, pero nos detuvimos en la Zona de Cría. Steve empujó con suavidad la puerta y entró primero.

Los tanques iluminaban las paredes. Era la primera vez que veía los tanques

de cría: enormes plataformas de metal con vidrio que separaban un espacio de manera hermética para retener a los catanes y que no escapasen.

Steve descubrió mi sorpresa y me dijo que había dejado la puerta abierta al finalizar la jornada y debía cerrarla recién cuando nos fuéramos. Nos jugamos un encierro, me dijo; un exilio, le respondí.

—Un pasaje directo a realizar el trabajo de pasantes intercoloniales de por vida —dijo Steve guiándome hacia los tanques—. Eso de ahí son los catanes.

Los catanes eran unos animales con antenas, patas con pinches, como había dicho Leroy, alargados y rojizos, que discurrían a gran velocidad y formaban una masa compacta. Le dije a Steve:

—No se parecen a los que se muestran en aprendizaje.

—Una vez quisimos llevar uno, pero no está permitido. Si se llegan a soltar de los tanques pueden establecer nidos en los rincones. Su materia fecal contaminaría el aire, y eso enferma.

—No había pensando en la materia fecal.

—Miles de catanes, millones, nos tapan de mierda. No sabemos si no podrían engendrar una peste. Incluso, al pasar generaciones y generaciones podrían volverse resistentes, adaptarse a nuevas condiciones de vida. No podríamos exterminarlos ya que nos exterminaríamos. Por eso no está permitido el ingreso de personal foráneo. Acá los tenemos controlados, dentro de los tanques.

—¿De dónde salieron los catanes?

—Fueron protegidos por la Colonia Bórax junto a otras especies que pudieran ser criadas bajo tierra, como estas algas que ves acá.

—¿También planeado por Colonia Bórax?

—Fue la primer colonia y son ellos quienes cuidan que no nos falte nada. Esto fue diseñado para que podamos sobrevivir durante generaciones bajo tierra.

—Y toda esta agua en los tanques cuando nosotros no tenemos.

—El agua se purifica sola con estos aparatos. La energía proviene de la zona de tanques de gas. De unos tubos les llega el aire, arman los nidos en los rincones, en el centro suelen juntarse a comer. Si uno se muere, ellos se los comen. Como por lo general, son los más débiles, no dejan huevos. Los dejamos que se los coman como alimento porque nos interesan los más fuertes, los que se reproducen y dejan para la generación siguiente catanes aún más grandes y más resistentes. Ponen muchísimos huevos y se reproducen rápido, aunque apenas sobrepasan la niñez. Una vez que han puesto muchos huevos,



los mandamos a procesar y dejamos siempre a los más jóvenes para que completen la generación. Si se hacinan mucho, se tornan violentos, se devoran aún entre los vivos. Tenemos que tener cuidado de que no se enfermen. Si uno se enferma, se contagian rápido y podríamos quedarnos sin catanes. Por eso los separamos en varios tanques. Si vemos que se enferman, los hacemos morir.

—¿No sería mejor curarlos?

—No porque demandan recursos y lo más probable es que mueran. Es preferible que mueran y descontaminar el tanque. Igual siempre mezclamos los huevos, para fomentar la variedad.

—¿Cómo los hacen morir?

—De varias maneras. Se cierra el tubo de aire, se inyecta gas venenoso. Si solo se priva de aire, tardan mucho en morir porque son muy resistentes, incluso sin agua, porque su cuerpo se consume a sí mismo. Por eso es mejor matarlos rápido. Es más humano.

—¿Se devoran ellos mismos?

—Algo así. El cuerpecito, cuando les falta alimento, consume las partes menos necesarias para alimentar a los órganos importantes. Es como si nosotros pudiéramos comernos las piernas y los brazos para salvar al cerebro y al corazón.

Comencé a marearme ante el movimiento frenético de miles y miles de catanes hacinados. Me alejé del tanque para apoyarme sobre una mesa.

—Disculpa, debe ser que no he dormido bien —dije.

—Te ves pálido. ¿Quieres un poco de aire?

—¿Aire?

—Sí, nosotros robamos un poco de aire bueno de los catanes y lo usamos. Nos despeja la mente.

—No, mejor no —no quería oler el aire de catán, quizás, donde habían colgado gas venenoso. No quería ver más catanes en mi vida. Estaba seguro que me llevaría muchas jornadas volver a comer tortillas.

—¿De verdad, no quieres aire?

—Estoy bien. Pero ¿y la semilla?

—Eso es algo que no sé. También quiero averiguarlo. El hombre que te dio la bolsa con las latas es de mi confianza.

—¿El Loco?

—No está nada loco. Sabe mucho. Le conté que habíamos encontrado una semilla.

—¿Cómo que le has contado? Quedamos en que nadie más se enteraría. Unas jornadas más y lo sabe toda la colonia —le dije casi escupiéndole en la cara.

—Calma. Cuando le conté, él se ofreció a darnos moléculas de agua y luz a cambio que le informemos cómo va la semilla.

—No confío en él.

—Sin agua, no hay semilla. Criar esa semilla es como criar un alga. Mira todo lo que necesitamos aquí. Por eso quería verte. Para explicarte.

—¿Debo confiar en él?

—Sí. Nos ha ayudado mucho. Mi padre lo conoce bien y jamás ha roto un trato. Es la persona más confiable. Los conectores lo respetan. No sé cómo lo hace, pero logra que ellos no se metan en sus asuntos.

—Está bien, confío en ti porque confío en Arden. Ahora confío en el Loco porque confío en ti. Continuemos hasta el final —dije sentándome junto a una mesa donde Steve me indicaba.

—Te he pasado una lata con una sustancia oscura. Proviene de los tanques de biogás. Es la que se envía a la Colonia Crisálida, la encargada de procesar alimentos. Ese sería el sustrato donde tienes que colocar las semillas.

—¿Semillas? ¿Son muchas?

Steve se encaminó a unos estantes repletos de frascos. Se acercó con uno y desparramó con cuidado la sustancia sobre la mesa.

—¿Qué es esto? —pregunté

—Las semillas de la esfera. Me guardé algunas para mostrártelas mejor. Colocarás estas en el sustrato.

—¿Semillas? —dije mientras estiré la mano para tocarlas. Eran suaves y volátiles.

—La esfera que encontraste protege las semillas. Es como una molécula de agua. Sería como una molécula de semillas. Cada una de esta semilla, es como un alga.

—Hay muchas.

—Exacto, por eso no podemos meter todo esto. Tienes que poner unas pocas dentro del sustrato, en un agujerito —dijo mientras se acercó con un plato con una sustancia como la que me había dado—. Luego, le pondrás agua cada jornada, cuidarás que el sustrato no se seque nunca. Después, tendrás que dejarla en la luz, con pocas horas de oscuridad, para eso son las moléculas. Deberás ponerla junto a una lámpara.

—Mi madre y mi esposa no saben nada. Se darán cuenta.

—Es la única manera. Debemos generar un espacio como el del afuera. Deberás construir un recipiente, quizás con un vidrio arriba, con un espacio para el aire. Es como si fuera un tanque de catán, pero en lugar de un catán irá una semilla que dará origen a una especie de alga. La luz debe venir desde arriba. Te lo dibujaré —dijo Steve y me acercó a una pizarra magnética. Dibujó una especie de frasco invertido, con una base donde colocaría el sustrato.

Escuchamos un sonido, algunos pasos. Los conectores solían caminar por los pasillos durante las horas oscuras. Steve me dijo que me escondiera detrás de los tanques. Permanecimos hasta solo escuchar el sonido de los aparatos que inyectaban aire, el agua burbujeando como en las ollas de la cocina. Los catanes corrían a una velocidad increíble; movían sus patas y sus antenas a ritmos diferentes. Parecía que la luz tenue los estimulaba o que estuvieran ejercitándose. Uno de ellos quedó dado vuelta, recostado. Toqué a Steve que me observó cuando le señalé al catán. Muere panza arriba, me dijo. Algo le indicó a los catanes que alguien de los suyos estaba muriendo ya que formaron un grupo tan denso que apenas si podía ver al moribundo. Por suerte, ya no escuchábamos sonidos desde afuera, y nos fuimos.

Cuando llegamos al pasillo principal, caminamos hasta que cruzamos el pasillo del módulo de Steve. Él se despidió y observé su cuerpo desaparecer en la oscuridad. Continué caminando pegado a la pared, atravesando con velocidad los espacios iluminados por las pequeñas luces orgánicas.

Al llegar al módulo, desde afuera, escuché las voces de mi madre y de mi abuelo. Cuando entré, mi abuelo era interrogado por mi madre y por Frances. Se callaron al verme. Me dirigí a la cama y me acosté mientras ellos continuaban de pie. Mi madre preguntó varias veces que dónde había estado, pero no dije nada. Cerré los ojos, fingí dormir. Mi madre amenazó con comunicar lo sucedido al padre de Ivo, al representante; luego, se calló: habrá calculado que el padre de Ivo no actuaría para perjudicarme. “Y tú, Ollie, eres el culpable de la perdición de Devin, siempre apañándolo, no lo dejas crecer”, continuó mi madre durante un rato. Ya no me escondía debajo de la cama, lo hacía bajo las mantas.

## AÑO 182 DD / JORNADA 315

Por la mañana, Frances se apartó con brusquedad cuando quise tomarle la mano. Nadie hablaba y ni siquiera me miraban. El abuelo se había contagiado del mismo ánimo y hasta parecía más viejo en tanto arrastraba los pies al caminar. Sin esperarnos, Frances y mi madre se dirigieron al comedor. Me marché del módulo luego que lo hiciera el abuelo.

En el comedor, me senté junto a la mesa de siempre. No pude evitar hablar de la semilla y dije que estaba todo preparado. Luego, hablamos del Día de la Salvación que se celebraría pronto, de la escasez de moléculas, de Sandor, el hijo de Ivo, que continuaba mal y temían que termine encerrado en cuarentena.

Ya en el trabajo, pude hablar con el abuelo. Le dije que fabricaría un artilugio para la semilla y le conté lo visto en la Zona de Cría. Hablamos mientras separábamos piezas de una maquinaria desarmada durante la jornada anterior.

—No sé de qué manera ocultar el tanque para la semilla —le dije al abuelo.

—No hay manera. Tendrás que terminar por contar la verdad a tu madre y a tu esposa. Lo verán y no estarán de acuerdo. Podemos construir eso que necesitas aquí mismo, pero es mucho riesgo, no sabemos qué se criará de ese huevo. Los conectores llevarán a Colonia Bórax la información de que estábamos manipulando material biológico no permitido, que hemos establecido una zona de cría poniendo en peligro a toda la colonia. Quizás eso que salga sea venenoso, radiactivo. No lo sabemos. Serás exiliado y obligado a ser un pasante, a tirar de un carro por los pasillos intercoloniales. Se te romperá la espalda y nunca podrás volver a vernos.

—Tiene que haber una manera de ocultarlo en el módulo.

—¿Dónde? Con la metida de tu madre revolviéndolo todo, será difícil. Podemos intentarlo, pero si falla, deberás decirles la verdad.

—No confío en ellas, abuelo, es horrible vivir con quien no confiamos. Es como tener un conector metido todo el tiempo dentro del módulo. Lo peor es que no hay espacio donde escapar.

—Tu madre no te haría daño. Ella es puro palabrerío.

—No sé si mi esposa hará lo mismo.

—Tú esposa tampoco si le das un hijo. Si seguís negándote, no lo sé. Puede solicitar la anulación del matrimonio porque no has cumplido con tus deberes maritales. Sabías a lo que te enfrentabas. Y has tenido suerte porque Frances es una buena mujer. Te quiere, pero no te confíes. Se va a cansar de tu

desconfianza.

—Todo se complicó desde la esfera. Ya no puedo ni dormir. He tenido malos sueños.

—Puedes deshacerte de ella —dijo el abuelo en tanto me señalaba para que alcance otro montón de chatarra suelta para clasificarla sobre la mesa.

—No puedo tirarla en el tarro del aseo. Tampoco, meterla en una máquina.

—Puedes. Dices que las acabas de ver, llamamos a Leroy y fin del tema.

—Me quedará la duda.

—Devin, Devin, Devin...

—Abuelo, abuelo, abuelo.

—Decídetes y terminemos con esto. Pero voy a decirte algo, esas cosas podrían traer algo malo. Tú puedes elegir correr un riesgo, pero no puedes obligar a los demás a correr un riesgo sin haberlo decidido, menos, sin saberlo —dijo y se giró. Era su manera de decirme que le había colmado la paciencia y que no hablaría durante un rato largo. A veces, me olvidaba que el abuelo era uno de los más ancianos de la colonia, que había sido representante y que se había incinerado de tanto escuchar los problemas ajenos, como me había dicho. Lo imité, y terminé la jornada sin hablar, pero con el mismo pensamiento: la semilla.

## AÑO 177 DD / JORNADA 22

### COPIA DEL ACTA DE REUNIÓN ENTRE LOS REPRESENTANTES Y LOS CONECTORES EN ZONA L3 (INFORMACIÓN)

*Yo, Stella Benson (CN.CN34.NIH), en el ejercicio de mi oficio de información, registro el acta presente, para Colonia Bórax, con copia realizada por Goban Duff (CN.CN34.N4G), miembro de información, para ser archivada en la C5, zona de conectores a cargo del conector Blech. Dan fe los abajo firmantes de la veracidad de mi testimonio que comienza a continuación.*

*El conector Tylor lee la lista con el orden del día y registra los nombres de los presentes: conector Leroy, conector Blech, conector Roshan, representante Ollie Green de la Zona 1, Sara Kollen de la Zona 3, León Bass de la Zona 2, Wolter Kay de la Zona 4. Registro del acta: Stella Benson y Goban Duff, trabajadores de la Zona de Información, L3.*

*Se inicia con la discusión del punto primero: las exclusiones. Tras el matrimonio de los Meyer y los Chapman de la Zona 1, de los Pellesen y los Morgan de la Zona 3, se conceden las exclusiones. Ollie Green se ofrece a recibir a los Chapman. Sara Kollen acuerda recibir a los Morgan.*

*A continuación, el señor Ollie Green lee la lista de jóvenes que solicitan el traslado mediante un acuerdo matrimonial, las solicitudes fueron completadas por la misma familia y acercadas a cada representante de la colonia y giradas a las otras colonias.*

*De la Colonia Neón. Conjunto habitacional autónomo número N-34, Zona 1. Señorita Trista Brock. Años: 19. Estatura: baja. Peso: más o menos gorda. Color de piel: pálida. Oficio: limpieza. Otro dato: no sabe. Motivo: no encuentra marido. Firmante de la solicitud: Roger Brock. Relación con la persona propuesta: hermano.*

*Ante esta lectura de la primera solicitud se discute si el motivo radica en la familia o si es de una baja poblacional por la cual la señorita Trista no tenga con quien unir su linaje. El conector Tylor, luego de reírse, dice que es por la familia, quién querría casarse con esa gente, a lo cual el señor Ollie Green solicita respeto por parte del conector, quien le responde me la suda, lo que están pidiendo es quitarse de encima a la guarra de Trista, a lo que el señor Ollie Green le responde que se mete con los Brock porque son de la*

Zona 1, que si fueran de la Zona 4 no diría nada, a lo que el señor Wolter Kay le responde que Ollie tiene razón, lo conozco hace tiempo cuando era de ingeniería, que tenemos que pensar que una mujer dispuesta a procrear y fértil es valiosa por el bien de todos, a lo que el conector Tylor responde que já, y acto seguido la señora Sara Kollen solicita que las mujeres no sean tratadas como catanes de cría y que sea considerada la propuesta de la familia como prioridad ya que así fue solicitado y que debemos respetar las solicitudes de todos y, al menos, dar una respuesta si consideramos una negativa, ante lo cual todos callan por unos minutos largos. El conector Tylor dice que Ollie tienes un nieto, podrías proponerlo para casarlo con la Trista, los dos de Zona 1, la Zona de Chatarrería está pegada a la de limpieza, hasta pueden salir juntitos, a lo que el señor Ollie Green responde que él no puede decidir, que su madre ha enviado una solicitud que está entre los papeles y que se leerá a continuación, ante lo cual el conector Tylor hace silencio, pero para luego decir pero qué conveniente.

Se acuerda colocar a Trista en la lista que CN34 ofrece como solteros y que seguirán leyendo las solicitudes quizás hasta encontrar una posible unión.

De la Colonia Aris. Conjunto habitacional autónomo número A12, Zona 1. Señor Max Tower. Años: 17. Estatura: baja. Peso: muy delgado. Color de piel: blanco muy claro. Oficio: limpieza. Otro dato: su madre es cocinera. Motivo: no tenemos más camas. Firmante de la solicitud: Maxwell Tower. Relación con la persona propuesta: padre.

Luego de la lectura, se discute el motivo de la superpoblación de ciertos módulos. Ollie Green aclara que la falta de camas es motivo de la superpoblación de módulos y que lo expresaron mal, no es falta de cama sino de espacio, y se ofrece a corregir la solicitud. Agrega que seguramente Max debió dormir con los padres hasta grande y ahora que tiene diecisiete años debe seguir durmiendo con ellos. El conector Blech pide se registre la posibilidad de solicitar la intervención de la Colonia Bórax porque un muchacho de esa edad no puede seguir entre la falda de la madre. Luego se acuerda que se ofrecerá a los Brock la información de los Tower para propiciar la unión, como suele hacerse en estos casos en que los solteros habitan en colonias distintas. Los conectores aceptan la posibilidad del traslado de uno de los jóvenes. A continuación, Wolter Kay expone que si los motivos son superpoblación de módulos, no se podrán mudar a ninguno de los módulos, ni de los Brock ni de los Tower, y habrá que pensar en los

*disponibles de nuestra colonia, ante lo cual se me solicita, a quien registra el acta, que alcance la información de los habitantes por módulo censados en el 175 DD, a lo cual entrego la carpeta con dicho dato. Los presentes analizan la información.*

*Luego, concluyen que no hay espacio disponible en la Zona 1 para alojar a la nueva pareja, cabeza de la generación siguiente, considerando que ambos sean fértiles, a lo cual insiste la señora Sara Kollen que dejen de lado el tema de la cría asistida y que se concentren en los jóvenes, a lo cual el conector Blech le dice que ella tiene espacio en su módulo que es uno de los más grandes y el conector Blech observa el plano de CN34 donde consta la población total de la colonia por módulo y espacios de camas, ante lo cual el conector Blech dice que los Kollen tienen tres camas libres. El señor Wolter Kay responde que si ambos son de limpieza, que cómo vivirán en ingeniería, que cómo harán con la organización de horarios laborales, que hay que respetar las normas.*

*El señor Ollie Green acuerda respetar las normas y que registremos que la Zona 1 está superpoblada en tanto ingeniería tiene espacio, y añade la propuesta de que algunos de los muchachos de 13 años puedan cambiar el oficio a ingeniería, o quizás se podría enseñar el oficio a Max Tower o a Trista Brock, a lo cual el conector Tylor expresa, entre carcajadas, que la Trista ingeniera, me meo, y el señor Ollie Green le vuelve a pedir respeto o se levanta de la sesión. El conector Leroy se suma a la risotada y propone a Trista como ingeniera lo cual produce que el señor León Bass se atragante con el jugo. El señor Wolter Kay dice que tiene una propuesta, la de ponernos al ejercicio de llenar las camas haciendo hijos, nunca están de más los ingenieros, a lo que el conector Leroy dice que te diviertas y a lo que la señora Sara Kollen dice que es buena idea que se lo propondrá a su marido.*

*Se decide continuar la lectura y aunar al señor Tower con alguna muchacha cuyo motivo no sea superpoblación de módulo.*

*De la Colonia Neón. Conjunto habitacional autónomo número N-34, Zona 1. Señor Devin Green. Años: 17 Estatura: alta. Peso: delgado. Color de piel: clara. Oficio: chatarrero. Otro dato: fabricación de artilugios y mecanismos, reparación. Su padre era ingeniero como su abuelo. Motivo: solicitud de esposa de otra colonia o de otro conjunto de la colonia Neón. Firmante de la solicitud: Sasa Green. Relación con la persona propuesta: madre.*



*Luego de la lectura, la señora Sara Kollen expresa que dejará a disposición del señor Ollie Green las solicitudes de mujeres de otros módulos para que decida sobre el destino de su nieto, a lo cual el señor el señor Ollie agradece.*

*De la Colonia Neón. Conjunto habitacional autónomo número N21. Señorita Frances Dunn. Años: 16. Estatura: mediana. Peso: muy delgada. Color de piel: pálida. Oficio: educadora. Otro dato: hilado y reparación de ropa. Motivo: sin familia. Firmante de la solicitud: Frances Dunn. Relación con la persona propuesta: ella misma.*

*Sara Kollen ofrece al señor Ollie Green la solicitud ante lo cual Ollie observa que está de acuerdo en ofrecer los datos a la familia Green, a la madre de Devin, considerando que la muchacha ha quedado sola, a lo que el conector Blech aclara que quizás su familia ha muerto, pero que lo tendrá que corroborar y que, considerando que la muchacha está sola, es necesario acelerar el asunto a esta semana y de paso N21 dispondrá de un módulo libre, a lo cual el señor Wolter Kay expresa si no es posible solicitar ante la reunión de representantes de N21 la posibilidad de trasladar al Tower y a Trista Brock. El conector Tylor aclara que no podemos meternos en otra zona y que debemos intentar ubicarlos en los conjuntos de orígenes y que se compromete a averiguar el estado de la colonia Aris, del conjunto del señor Max Tower.*

*El señor Ollie Green acepta el diálogo urgente con su familia para fomentar la unión entre los Green y los Dunn, considerando que la muchacha ha quedado sin familia.*

*Acto seguido, se lee el pedido del señor Ollie Green quien propone ante los conectores la necesidad de contar con una dosis extra de moléculas de agua por el trabajo extra que realizan en limpieza y chatarrería, a lo que el conector Blech le dice que imposible, que todas las colonias están al máximo, a lo que el señor Ollie Green le responde que en ese caso volverán al trabajo habitual de ocho horas, a lo que el conector Blech le responde que no es algo que él como representante puede decidir. El señor Green le contesta que no te veo tan seco y debe ser que los conectores tienen moléculas extras de agua. La señora Sara Kollen solicita al señor Green que no difame, a lo que el señor Green le responde, textual, queridísima Sara, ya conozco tu costumbre de lavarte el cabello con el agua que a nosotros nos falta. A lo que la señora Sara Kollen empalidece y mira al señor Wolter Kay quien dice Ollie, por favor, no nos metamos en estos temas. El señor Green*

*continua que los únicos que en la sala están secos como un papel y que ahora desearían tomarse cinco moléculas de agua al hilo son el señor León Bass y la joven que escribe, la chica de los Benson, casualidad son de las zonas 1 y 2 de CN34, al igual que el muchacho Duff, ante lo cual el conector Tylor le dice que podría encerrarlo si sigue fomentando el desorden y acusando de robar moléculas de agua, a lo cual el señor Green dice que adelante, en la celda al menos no tendré que trabajar y obtendré agua gratis, a lo cual el conector Tylor le replica que no hay agua para los que están en la celda.*

*A los minutos de silencio, el señor Green insiste en que se considere el asunto, que los nacimientos empeoran la escasez de moléculas de agua porque las familias deben invertir el agua en los bebés para que no mueran y los adultos, sobre todo ancianos, sufren de problemas por falta de agua. El anciano Colton se dejó morir ahorcándose con una tira para dar su porción de agua a su nieto recién nacido, que eso no era algo para no considerar y que estaba harto de tratar temas estúpidos como la celebración del Día de la Supervivencia, a lo que el conector Blech corrige como de la Salvación, a lo que el señor Green exclama que Supervivencia, y que en unos años solo quedarán los conectores con toda el agua y tapados de mierda porque los de la Zona 1 estarán muertos y no habrá quien les limpie el culo. A lo cual el conector Tylor le dijo que era un imbécil, a lo que el señor Green se levantó y le dijo que pedazo de escoria, voy a llamar a que nadie trabaje mañana y te quiero ver revolviendo la mierda para meterla en los tanques. El conector Roshan pidió tranquilidad, pero el señor Green le propinó una trompada haciéndole volar un diente al señor Roshan. Acto seguido el señor Green dijo renuncio y todos hicieron silencio y se volvieron a sentar.*

*El conector Roshan dijo que estaba bien, pero que esto no quedaba así y que la sesión no se levantaba hasta que el señor Green termine de renunciar en tanto guardaba el diente en un bolsillo y se limpiaba la boca ensangrentada. El señor Green firma su renuncia y propone al señor Robert Chapman como su sucesor.*

*El conector Blech dice que lo mejor es dar por terminada la sesión ante lo cual todos acuerdan.*

*Se entrega copia de esta acta al conector Blech, quien se compromete a hacerla llegar personalmente a la Colonia Bórax para su archivo.*



## AÑO 182 DD / JORNADA 322

Durante varias jornadas, con el abuelo separamos piezas para el dispositivo de la esfera, según las instrucciones que Steve me había pasado esa noche en la Zona de Cría. A algunas de estas piezas las conseguimos en el mercado; otras, la ocultamos en la chatarrera hasta que pudimos trasladarla a nuestro módulo. Si era descubierto, informaría que era para reparar algún artefacto. Lo más difícil de justificar era el vidrio, un material caro y con poco uso en nuestros módulos, que nos había proporcionado el Loco en el Día del Trueque.

Por la noche, mi madre y Frances nos observaban, al abuelo y a mí, manipular la chatarra para armar una especie de lámpara transparente. La única luz aún permanecía en mi mesa de trabajo, por lo tanto, seguíamos amontonados a los pies de mi cama.

Con cuidado, montamos un cilindro doble. El primero, con agujeros por donde escurriría el agua hacia un recipiente cerrado que quitaríamos para verter el líquido sobre el sustrato ubicado bajo una campana de protección transparente, con un respiradero para la entrada de aire y de luz; la encenderíamos y apagaríamos con el mismo patrón utilizado para el módulo. Según me contó Steve, es lo único que necesitaba para crecer. La semilla, esos corpúsculos que la esfera había vomitado, hundidas en el material del sustrato, imitaría a los vegetales de antes y escarbaría la tierra para lanzar sus ganchos.

Cuando llegó el momento de colocar el sustrato y separar unas semillas, Frances deshilaba una prenda raída. No supe si continuar o antes decirle la verdad. Era imposible ocultarlo. El abuelo me observaba sentado desde mi cama. Abrí el artilugio con cuidado. Frances levantó la vista, pero volvió a bajarla. Mi madre preparaba la cena amasando harina de catán que había conseguido en el mercado gracias a una molécula de luz extra que el padre de Ivo logró en la última reunión. Luego, extendí el sustrato en la base del tanque de la semilla. El abuelo se sentó cerca para seguir mis movimientos. Frances se detuvo y también se unió. Cuando abrí la siguiente lata, la esfera rodó sobre la mesa. Frances apoyó el hilado en la falda y me miró. Sacudí un poco más la lata y cayeron unas partículas. Tomé unas pocas con el dedo y las dejé caer en el sustrato.

—¿Qué lámpara es esta? —preguntó Frances.

—Es algo que me solicitaron.

—¿Qué cosa? —insistió Frances.

—No lo sé.

—¿Cómo no sabes?

—Es algo para estas esferas —dije señalando la esfera.

—¿Qué es esa esfera?

—No estoy seguro.

—¿Por eso saliste la otra noche a escondidas?

Pegué mi cara al sustrato y acomodé tres semillas a distancia similar. Me había olvidado de los agujeros. Con un trozo de grafito, abrí tres agujeros en el sustrato, dejé caer las semillas en ellos y los tapé.

—¿A qué tanto silencio? ¿Qué es eso? —dijo Frances mientras mi madre apareció desde atrás de la pared del aseo.

—¿De dónde salió? Déjame ver —dijo mi madre acercándose.

—Es para el trabajo —respondí.

—Nunca vi nada igual. Parecen catanes muertos, con muchas patas. No soy tonta, esto no se hace en la chatarrera. No quiero eso en mi módulo —dijo mi madre y agarró con fuerza a la esfera y, tras un grito, la arrojó al piso. Me levanté y la tomé con cuidado. Se había roto y había terminado de vaciarse. Tomé la lámpara y me agaché, pero mi madre comenzó a zapatear. Hizo caso omiso a mis gritos, al pedido que pare. El abuelo también le dijo que se detuviera. Ella pisaba el metal como si estuviera pisando a un humano caído y gritaba, se tiraba el cabello, abría la boca como arrojando el alma, hasta que el abuelo la cacheteó y mamá cayó de costado.

No recuerdo cuánto tiempo permanecimos en la misma posición hasta que ayudé a mi madre a levantarse. El abuelo se metió en su cama; Frances aún estaba sentada, pero lloraba. Mamá clavó su mirada en mí, fue como si observara al abuelo, el mismo odio al que me enfrenté cuando le dije que no amaba a Frances y me negué a casarme con ella, la misma mirada cuando llené la planilla y me uní a los chatarreros. En mi mano, la esfera era un cuerpo también vacío.

Las semillas crujían bajo mis pies. Me senté de nuevo y permanecí con la cabeza baja como si el pensamiento me pesara. Hubiera querido vaciarme igual que la esfera, vomitar hasta mi último recuerdo. El agua blanca, las estrellas, las plantas de antes, el olor del primer descenso, el rostro de mi padre que no podía dibujar en mi recuerdo, los escasos momentos felices que formaban lo mejor de mi vida.

Mamá comenzó a contar en el aseo la cantidad de latas, los hilos que había destejido esa tarde. Uno, dos, tres, cuatro... ciento veinte. Pero mi mente no se

vaciaba, al contrario, raspaba la pared con mayor ahínco y mis pensamientos vibraban repiqueteando dentro de mi cráneo, golpeaban con un dedo de luz, abrían un agujero por donde podía observar cómo me arrastraban por el pasillo, cómo mis hijos corrían hasta pegarse a una pared, cómo ante una epidemia caían las compuertas de clausura y se cerraban los caños de aire, empujados hacia la misericordia de la oscuridad que no nos permite ver el momento en que muere nuestra familia. También, caían las estrellas sobre mi cabeza, esas luces siempre vivas, perpetuas en el milagro de brillar sin combustible, las plantas que desconocía, pero que eran como algunos dibujos que nos habían mostrado en la escuela, unos palos altos con manos.

De fondo, aún mi madre contaba en el aseo. Frances la había relevado en la mesa de la cocina y era quien amasaba en la penumbra.

Abrí una molécula. Vertí parte del contenido en el sustrato, y el sustrato se tragó el agua. Cobijé a las semillas bajo la campana de vidrio y colgué, por fin, la luz generada de una molécula, la que me había ofrecido Steve.

Recién al escuchar el timbre que anunciaba el fin de la hora oscura, escondí el tanque en un recipiente, apagué su luz. Me dirigí al comedor. Ivo me miró y me dijo que había escuchado lo de anoche, pero no se atrevió a preguntar repiqueteando en la pared. Arden y Shiri también me observaban. Sólo les dije que había sido producto de la semilla, que a todos nos estaba afectando.

Luego del fin de la jornada laboral, al volver al módulo, busqué el tanque de la semilla y lo coloqué sobre la mesa; repetí la operación de mojar el sustrato en caso de que estuviera seco, y lo estaba. Utilicé el agua del cilindro inferior y un poco de agua de una molécula. Al final, bajé la campana y encendí su lámpara. Había creído que gracias a esa luz extra podría obtener el apoyo de mi madre porque, al regresar al módulo, no estaríamos a oscuras y hasta aprovecharíamos la luz para no dormir. Ella me respondió para hacer qué, y se acostó. Frances la imitó. El abuelo aún no nos miraba. Intenté charlar con él durante el trabajo, pero me respondió que prefería no hablar de ello. Era la primera vez que le pegaba a mi madre. Estaba seguro que jamás le pegó a Helena, aunque sabía que, en su época de representante, había golpeado a un conector por defendernos.

Aproveché la luz extra para dibujar los cambios en las esferas. Había conseguido unas membranas de papel que guardaba para algo especial, aunque eran bastantes toscas. Coloqué a la esfera vacía y la dibujé con un palo de

grafito. Al costado, dibujé las semillas en el momento de ser arrojadas de la esfera madre. Recordé los huevos de antes, esos de los que había leído al revisar los archivos. Quizás los dibujos no eran del tamaño del huevo, así como yo dibujaba a la esfera de un tamaño diferente. Tarde mucho tiempo en darme cuenta del asunto de las proporciones y hasta había creído que esos huevos con yema eran un tema olvidado.

Pensé en la importancia del nombre. Desconocía el nombre de antes, pero era posible un nombre para el ahora. ¿Semilla esfera? ¿Semilla pinches? ¿Esfera pinche? ¿Si realmente era una bomba? ¿Si era una de esas sustancias usadas para decapar la vida de la tierra? ¿Esfera de muerte? Algo me hacía rechazar esa idea por absurda. Era una planta de antes. Eso era todo y hasta lo habían dicho los de cría. “Planta de esferas”. Escribí su nombre en la membrana de papel, dibujé el tanque, las moléculas de agua y de luz. También, a mi madre gritando; más allá, a mi abuelo, a Frances, fusionados en un hilado de cuerpos. Observé el dibujo. Lo colgué con los otros dibujos que pendían sobre la mesa. Algunos eran de mi infancia como los que había dibujado con mi padre. Recordaba ese momento, justo unas jornadas antes de su muerte, pero no recordaba cómo era su cara, ni su voz, ni sus manos.

Al terminar mi dibujo, me expuse un rato a la luz. Luego, me ejercité como era obligatorio y nos habían enseñado en aprendizaje.

Antes de cenar, comencé a reparar el asa de un tazón. Frances se paró a mi lado y observó el tanque de las semillas. Luego, quitó el dibujo del gancho y lo acercó a la lámpara.

—¿Planta de esferas?

—Sí, así la llamé.

—Así que es como las algas. ¿Y vas a transformar el módulo en zona de cría? ¿Lo saben los conectores?

—No. Esto es importante para todos, Frances.

—No para mí. Si fuera por mí la tiro o la dejo. ¿Por qué no la llevas a cría?

—Después.

—No quiero saber nada. No es una planta de antes. Ni siquiera es una planta. Es un pedazo de algo que sobrevivió a la destrucción. No deberíamos conservar esto. Quizás sea algo que salió del cuerpo de un humano expuesto a la radiación. Una monstruosidad que ahora está acá, con nosotros. Tienes que llevarlo con los conectores, dar el aviso. Hay expertos que pueden decir qué es.

—Lo dejaré un tiempo hasta ver cómo era y si es una planta. Necesito saber

cómo eran las plantas de antes.

—¿Para qué? Ya no existen.

—Para saber que ahora existen.



## AÑO 182 DD / JORNADAS 340-350

### I

Los días siguientes, la rutina se alteró por el cuidado de la planta de las esferas y por la luz extra que disponíamos gracias a ella. Apenas si dormía por el cuidado. A cada rato, me acercaba para observar si algo emergía de esa superficie negruzca.

Steve me había buscado durante el trueque y acordamos que llenaría el sustrato con más semillas, todas las que pudiera. Me imaginaba cientos de plantas en mi módulo. Steve me dijo que si solo teníamos una oportunidad, debíamos aprovechar el máximo de posibilidades. No sabíamos el tiempo que ocuparía que, eso que creíamos una planta, volviera a vivir, pero debía de ser rápido. Temía que mi madre le saltara encima, la pisoteara como había hecho con las semillas, aunque por ese entonces solo observaba de lejos: en su rostro de seriedad era posible leer su desagrado. De la misma manera, se distanciaba del abuelo. Me había dicho que lo mejor era deshacerme de esas cosas, que no valía el riesgo que corríamos.

Decidí amigarme con mamá ya que alguien debía acortar esa distancia. Mientras ella limpiaba la mesa, me acerqué y comencé a hablar, pero se encerró en el aseo e inició la cuenta, una y otra vez sobre lo mismo, esos pedazos de objetos, nuestras posesiones inservibles, pero que nos hacían sentir seguros.

El tanque de las semillas terminó de escindir a nuestra familia. No me sentía parte de ellos, es más, me observaba similar al abuelo, hasta había adoptado la costumbre de usar una de sus gorras sobre mi cabeza pelada; mi barba ya comenzaba a tapar mis facciones.

Agradecí la proximidad de la celebración del Día de la Salvación. La jornada 351, en el inicio de la anteúltima semana del año, comenzarían los preparativos oficiales. Aquellos que participaban eran eximidos de ciertas responsabilidades. Como parte de los preparativos, algunos dispondrían de permisos especiales de salida para organizar la comida, decorar el salón comedor o limpiar el mercado.

Frances y mi madre pasaron mucho tiempo fuera del módulo, se volcaron a preparar los actos de la Zona de Aprendizaje y llegaban recién casi al inicio de la hora oscura. Además, toda la colonia se movía de manera extraña,

expectante, hasta alegre. Ellas se olvidaron de la planta de las esferas, continuaron ignorándonos al abuelo y a mí. En el fondo, era una paz tirante, calzada como un sombrero eléctrico.

Mientras trabajábamos, nos llegaba el canto de los niños en el ensayo de la canción aprobada en la última reunión de representantes. El día del acto, ya la sabríamos de memoria, pero fingiríamos, como siempre, que nunca la habíamos escuchado. “Somos la luz de la humanidad, la esperanza”. La “a” final de la esperanza flotaba como un grito hasta desvanecerse tras los sonidos de los martillazos, de la sierra, de los golpes sobre el metal.

La chatarrera no participa, por lo general, de la celebración. Algunos chatarreros ofrecían ayuda en limpieza o en la cocina. Como mi esposa y mi madre eran educadoras, mi función era ayudar en esa área. Cuando me ofrecí, mamá me dijo que no era necesario, que estaba todo cubierto. Reconozco que lo dije más por cumplir con lo obligatorio, que por placer. Aún recordaba lo tirante que había resultado mi participación en el Día de los Oficios, el desprecio de Frances por mi máquina para conocer las luces de antes. Ahora, era un cacharro apilado en una de las estanterías del módulo. Frances la devolvió sin siquiera decirme nada. La descubrí por casualidad, y me callé. Hice como el abuelo me dijera: “A veces, Devin, para que un matrimonio funcione, uno de los dos tiene que callarse un poco”. Cuando le dije que era lo que tenía que hacer Frances, me contestó que no lo decía por ella, sino por mi costumbre de continuar las discusiones perdidas. Fue una de las pocas veces que discutí en malos términos con el abuelo. Luego de un rato largo de continuar con el tema, en un intento por justificar mi actitud, él sonrió y me dijo: “¿Te has dado cuenta?”. Permanecí en silencio para luego responder: “Me he callado”.

## II

Apenas unos días antes de la celebración, mientras con el abuelo gozábamos de la soledad del módulo, observamos algo sobre el sustrato. Quitó la campana y un bultito verdoso emergía en el medio del color oscuro. El abuelo abrió la boca y yo apenas si podía respirar. Debí ayudarme a colocar de nuevo la campana: por el temblor no me era posible acertar en el sitio exacto del cierre.

—Es lo que creo que es, abuelo.

—Creo que sí. La planta de las esferas.

—Y está creciendo. Ayer no estaba.

—Ahora tendrás que tomar una decisión.

—Por el momento, la voy a ocultar. Pensé en hacer lugar bajo la mesa. Allí, donde acumulamos esa chatarra.

—¿Y la luz?

—Si la cerramos en una lata y prendemos la luz no se verá.

—¿Y el aire? —dijo el abuelo.

—Podría hacer unos agujeros.

—Saldría la luz.

—Podría tapparla —dije sin dejar de mirar a la planta.

—No entraría aire.

—Es cierto. Entonces si prendo la luz de la planta justo cuando tengo aquí la luz de la mesa, no se vería. Sólo se vería si el módulo está oscuro.

—Unas horas de luz, ¿le bastarán?

—No lo sé. Voy a usar la mitad de las moléculas de luz para dejar nuestra lámpara encendida desde que llegamos del trabajo hasta que nos acostamos.

—Está bien. Hagamos lugar antes que llegue tu madre.

En tanto apartábamos restos de maquinarias, latas con tornillos, herramientas, calculaba la cantidad de agua y de luz que necesitaría la lámpara. ¿Cómo haría para que mi madre no se percatara de la ausencia de moléculas? El abuelo, poco a poco, se había opuesto a continuar con el mantenimiento del tanque si no crecía nada durante un tiempo más. Steve, el Loco, hasta Arden, habían colaborado con moléculas, pero también manifestaron su desilusión ante la semilla que no se transformaba en nada más y ya comenzaban a decir que no era una planta. Ahora, que había sucedido, deberíamos donar parte del agua. ¿Y si le entregaba la mitad de la que consumía? No era lo mismo con la luz. No era posible entregarle la mitad de mi luz porque la iluminación se compartía en todo el módulo. La única posibilidad consistía en aprovechar la luz de nuestra lámpara, pero para ello debía hablar con mamá y Frances. Entonces, retornaba al mismo punto. Creía estar metido en una lata, girando siempre sin poder salir, atrapado en unas posibilidades casi nulas.

## AÑO 182 DD / JORNADAS 359-360

El día del inicio de la celebración, Frances y Sasa salieron temprano. La Zona 1 y la Zona 2 se reunirían primero. Durante esa jornada todos nos librábamos de asistir a las zonas laborales, menos los de limpieza que solo trabajarían lo justo para asegurar el vaciamiento de los tarros del aseo.

Por los pasillos, los niños corrían. Las luces estaban a pleno, sin sombras, ni luces en ahorro. Eran visibles los nombres de quienes habían muerto y relucían desde las paredes. El nombre de mi padre estaría brillando en el pasillo de ingeniería, entre los módulos N23B y N23A, junto al de mi abuela Helena. El nombre de los Adams reluciría en la Zona 2, en el pasillo de entrada al comedor.

Los niños habían decorado los pasillos principales con dibujos y carteles confeccionados por Colonia Bórax que rememoraban el día del descenso de todas las colonias. El abuelo me dijo que era mejor escuchar el discurso en el mercado ya que el comedor estaría repleto. Al caminar, nos chocábamos con los niños, con quienes iban en camino contrario. A veces, debíamos avanzar pegados a la pared. Todo era caos, el desorden al que nos empujaba un día sin rutinas. Nuestras pieles relucían de tan limpias y por anticipación al agua extra que obtendríamos en la celebración, gracias al esfuerzo de la colonia que la purificaba hasta convertirla en moléculas. Los ingenieros de nuestra colonia trabajaron durante horas para generar más moléculas de luz para iluminar todos los pasillos y dotar de energía a la radio que emitiría al unísono a todas las zonas de nuestro conjunto habitacional. La familia de Arden, encerrada en el L3, verificaría los altoparlantes, el funcionamiento de los aparatos, comunicándose con los conectores para regular los canales de información.

Con el abuelo nos sentamos en un costado del mercado. No teníamos hambre, así que despedimos a alguien que ofrecía un cono de crema a cambio de algún objeto. Nos miró con desagrado e insistió unas tres veces más.

Un chirrido nos indicó que oficialmente comenzaba el Día de la Salvación. Todos miramos hacia arriba, hacia donde estaba el altoparlante. Quienes caminaban, permanecieron estáticos en sus lugares. Una voz grave que rebotaba contra las paredes se nos metió por el pecho, nos golpeó como si fuésemos un xilofón en una orquesta de niños.

“Les habla el conector Blech. Una vez más reunidos para celebrar nuestra salvación, el momento más feliz de la humanidad, cuando pudimos vencer y levantarnos victoriosos de la muerte. Cada uno de nosotros lleva una luz que

ilumina desde este sitio hacia el mañana. Cada uno de ustedes transporta el sacrificio de quienes han permanecido a la intemperie para permitirnos bajar a esta casa, a nuestro cobijo. Que su sacrificio no haya sido en vano. Murieron por cada uno de vosotros. Murieron por la humanidad. Hemos podido construir objetos hermosos, hemos vencido al espacio y al tiempo, hemos dominado la luz, la energía, el metal, el fuego. El aire nos pertenece. Es nuestro este espacio que cada uno sostiene con su esfuerzo cotidiano. Es nuestro lo que nos espera en el mañana. Nuestros hijos serán nuestra llama que nos harán brillar, incluso cuando ya no estemos.

”Déjenme contar lo que más me gusta. El día en que la humanidad, en medio de la guerra y de la muerte, demostró su valor. Era la guerra, como todos saben. Una guerra que duró demasiados años y que tornó a todo el planeta en inhabitable. Pero algunos pensaron en el futuro, en nuestro futuro, e idearon un plan: la construcción de las colonias. Al final de la guerra, cuando apenas quedaban espacios, ellos construyeron este hogar para nosotros. Sabiendo que los Dispositivos Inferno, esas máquinas que mataban sin distinguir entre humanos, animales ni plantas, drenaban la vida de la Tierra y la convertía en muerte; sabiendo esto, la inminente extinción, nos salvaron a los pocos que quedamos de los billones que habitaban en el afuera. Cientos de familias descendieron ese día, el mismo día que hoy, casi 183 años atrás. Comenzamos a contar, volvimos el tiempo a cero porque fue el momento en que la humanidad se salvó y comenzó una nueva era. Limamos nuestras diferencias, dejamos de rendir culto a dioses distintos en pos de unirnos bajo una misma bandera.

”No se olviden del sacrificio de quienes murieron. Hoy podrán buscarlos en los pasillos, y también no se olviden de los nombres de aquellos que no conocemos, pero que murieron afuera, mientras sellaban las compuertas para que nosotros nos salvemos aquí abajo. No se olviden de todos ellos que serán ahora parte de toda esa muerte que se respira allí fuera.

”Vivimos por el mañana. Pensemos en que somos los depositarios de toda la humanidad. Cada uno sosteniendo un conocimiento, un saber que será fundamental para nuestros hijos. Pasaremos el pasado y el presente a ellos, para el futuro. Feliz Día de la Salvación. Que haya luz en cada uno de nosotros”.

Cuando la voz se apagó, el silencio nos envolvía. Los rostros, con sus dos puntos brillantes y acuosos, miraban todavía hacia la voz, y más arriba, desde donde habíamos llegado. El abuelo me tomó la mano y me la apretó con

fuerza. Poco a poco nos movimos con una lentitud inusitada. El cuerpo nos pesaba ya no de hueco, sino de tan lleno. Más allá, alguien se abrazó con alguien, un niño corrió hacia los brazos de una mujer y dejó caer el cono de crema. Miré al abuelo, me sonrió y me atrajo contra su cuerpo. Pude sentir sus huesos hacerme daño, pero no quería moverme. Su cuerpo emanaba un calor que me adormecía.

Luego nos dirigimos al comedor. La muchedumbre se apretujaba. Adelante, pegado a la barra, se acomodan los jóvenes y niños de menos de catorce años. Algunas madres dejaban a los bebés en brazos de sus hermanos mayores. Frances y mamá, junto a varios educadores, iniciarían los actos. Allí, amontonados, sonrientes, quietos, permanecían nuestros niños y jóvenes, las posibles cabezas de la generación siguiente. Vestían la mejor ropa, remendada y reluciente, se habían escarbado la mugre debajo de las uñas, los cabellos estaban trenzados o bien mostraban la cabeza recién rapada y con diseños inscriptos con el hollín de las lámparas. El sonido me indicó que los motores de ventilación se activaron a su máxima potencia. Vibraban las paredes y el aire comenzó a renovarse. Éramos tantos que apenas podíamos movernos y, menos, respirar.

Junto a los niños, los dos representantes de las zonas 1 y 2 permanecían de pie próximo a otros conectores y al enviado de Colonia Bórax. El conector Leroy se había vestido con una camisa roja demasiado estridente y fue quien inauguró los actos subiéndose sobre la barra, con ayuda de los otros conectores y del padre de Ivo, para que todos lo pudiéramos ver.

“Ya el conector Blech ha dado un discurso estupendo así que no repetiré lo que ha dicho. Diré que aquí adelante, todos juntos, nuestros hijos, la esperanza y la luz, hoy nos cantarán una canción. Sepamos guiarlos hacia su futuro con sabiduría, con generosidad y con amor para que la humanidad pueda renacer en cada uno de ellos. Ahora sí, Sasa Green, la educadora de los jóvenes de doce años, como todos la conocemos, nos presentará la canción”.

Mi madre se adelantó. Atrás, Frances observaba la muchedumbre, hasta que coincidimos nuestras miradas. Gracias a mi altura, sobresalía de la línea de las cabezas. Ella levantó la mano y me saludó. Observé su rostro rojizo y sus ojos hinchados. Recordé las venitas que se le formaban en la nariz, unos surcos sanguíneos que se perdían dentro de los orificios oscuros.

Los niños, al movimiento de la mano de mi madre, comenzaron a cantar a la par que algunos acompañaban con tambores de latas, xilófonos y flautas en un sonido recargado y desperejo.

“Nadie puede apagar nuestros recuerdos. El día del futuro nos aguarda y bajará a nosotros el mañana, esa llama que no cesa, las almas que en nuestra hora oscura nos iluminan. Somos la voz que continua y canta. Somos la memoria que resguarda para brillarnos en cada lámpara, la voz potente del único mundo. Nadie puede apagar nuestra esperanza”.

Aplaudimos al unísono; el sonido partía de nuestras manos, golpeaba contra la chapa y volvía en múltiples rebotes sacudiéndonos hasta soltar las lágrimas; toda el agua que acumulábamos con avaricia ahora se nos caía de los agujeros de los ojos, de los agujeros de la nariz, de las bocas. La muchedumbre comenzó a empujar: querían acercarse a sus hijos, abrazarlos, felicitarlos, desearles una feliz salvación. Me pegué con el abuelo contra la pared. No supe si acercarme a Frances. Aún permanecía en un rincón, había dejado paso a los padres de los niños. Viéndola allí, en un costado y sola, pude comprender su deseo por los hijos, de golpe, la certeza fue susurro que alguien me sopló. Pero yo aún tenía miedo.

A continuación, nos solicitaron que nos sentásemos junto a las mesas para entregar los premios a los mejores trabajadores de cada rubro, por zonas, elegidos por los conectores. Gracias al padre de Ivo, conocía a los afortunados que recibirían premios por la buena labor, por lo general, moléculas. No deseaba parecer descortés, aunque ansiaba comenzar a recorrer el pasillo, permanecí en la ceremonia, aplaudiendo y comentando con Ivo sobre algún dato sin interés.

Cuando fuimos liberados, con Ivo y el abuelo caminamos por los pasillos, visitamos el nombre de nuestros muertos. Encontré el nombre de mi padre, Ron Green, junto a la puerta del módulo N23B. Más arriba estaba el de mi abuela, Helena Green. Luego, seguimos hasta la Zona 2. Allí vivió el abuelo Ollie de niño con sus padres. Con un destornillador, remarqué de nuevo los nombres de Greta, Max, Sam y Cleo Green. Más abajo, estaban los nombres de Dan, el primer Green que descendió, y Lilia, su esposa.

Luego, nos encerramos en nuestro módulo, en tanto escuchábamos de nuevo el acto para la Zona 3 y la Zona 4 que dispondrían de más horas libres y hasta de una cena especial.

Dentro del módulo, no parecía una fiesta. El abuelo bromeó sobre bailar, pero nadie le siguió el chiste. De reojo, observaba el tanque de las semillas apagado y que pronto debería encender.

Al día siguiente, la comida era abundante. Nos servíamos jugos, agua;

charlábamos de los niños, de lo bonita que había sido la canción, de lo emocionante del discurso. Los Brock y otras familias habían organizado un acto sorpresa en el comedor. Apostábamos qué sería, si otra canción o un discurso.

Luego de comer, aguardamos expectantes en nuestros asientos. Los conectores anunciaban desde los altoparlantes los cambios de turno, pero rara vez se mezclaban con la muchedumbre de la jornada 360, la última del año. El conector Leroy anunció el acto de nuestros vecinos y nos solicitó que no saliéramos del comedor. Roger Brock ingresó desde la cocina y golpeó una cacerola. Dijo que antes de comenzar agradecía al abuelo Ollie y al padre de Ivo por la colaboración. Miré al abuelo que se había tapado la cara con la gorra. Al segundo golpe de cacerola, ingresaron algunos ataviados de manera ridícula, con las caras pintadas con tizne.

—Comenzaremos la reunión de conectores y representantes. ¿Dónde se ha metido nuestro representante estrella?

—Acá, llego tarde, tenía cagadera —dijo y estallamos en carcajadas—. No se preocupe, traje mi propia bacinilla. Comencemos la reunión del día.

—Yo no sé de qué cría habla —dijo alguien estirando la cabeza hasta dejarla pegada al conector sin soltar la bacinilla.

—“Día”, dijo “día” y si quiere se lo grito por el altoparlante.

—No hay tiempo para esto, busquemos otro representante. Tome, llévese la bacinilla —dijo y entre varios lo movieron a un costado y llamaron a alguien del público.

—Siempre igual, “Leloy”. Vamos a leerle las normas, el “Leloy” es medio corto y con esa camisa roja parece un foco oled.

Hacía mucho tiempo que no reía tanto. La risa contagiosa de Shiri, esa risa compartida, a su vez, me impulsaba a reírme hasta las lágrimas. El abuelo tosía como si se estuviese ahogando. Al final, felicitamos a los Brock, hasta los más pequeños habían participado de la comedia donde desfilaron los falsos Blech y Tylor junto a conectores inventados. Leroy espiaba cada tanto desde la puerta, en su rostro podía adivinar su disfrute al ver a Tylor ridiculizado.

Me sentí liviano, con ganas de caminar. En el pasillo general, competían por levantar una maquinaria; más allá, se empujaban para medir la fuerza.

En el mercado, me acerqué a Frances, la abracé y le deseé feliz salvación. Hice lo mismo con mi madre. Ya junto al abuelo, él me dijo que quería hablar a solas sobre algo relativo al trabajo. Nos alejamos para sentarnos. Él me



pasó su brazo sobre mis hombros, pegándose a su cuerpo. Dijo que teníamos que resolver el tema de las esferas. Acordamos no decir nada a Steve hasta estar seguros de qué era esa cosa en realidad. Escuchamos cómo el conector Leroy, de nuevo por el altoparlante, nos invitaba a continuar con los festejos en nuestro módulo.

Esa misma noche, el abuelo dijo que no se sentía bien y se recostó en la que fue mi cama, porque habíamos acordado durante nuestra charla en el mercado el cambio de sitio. Frances dejó el vaso sobre la mesa y me dijo que no fue consultada. Le respondí que no me pareció gran cosa usar una u otra cama. Se quejó, pero me callé, como el abuelo me había aconsejado.

Luego de cenar y antes de apagar la lámpara, ayudé a mi abuelo a colocar una cortina. Había conseguido una manta trenzada de nailon. De esa manera, la que fuera mi cama con la mesa de la chatarra quedaría oculta, y el abuelo podría vigilar a la planta.

Cuando Frances se quejó por el olor de la cama del abuelo, él sacó las mantas y el colchón que había sido mío y le ayudé a intercambiarlo por el suyo.

Frances se acostó del lado de la pared. Yo me volví hacia la entrada del aseo, y descubrí la vista que el abuelo había tenido durante años.

## AÑO 0 / JORNADA 0

### TESTIMONIO RECUPERADO

*Caminaron con el número en sus bolsillos, el pasaje de entrada a una de las colonias. Cada tanto, lo sostenían y lo estrujaban para saber si era cierto, si no lo habían perdido, si se había volado. A lo lejos, brillaba la puerta metálica. La boca en la tierra fue creciendo hasta mostrar la lengua desenrollada, los peldaños de una escalera que al final se sumergía en una garganta oscura. Al costado, fuerzas de seguridad los despedían, decían que estarían a salvo. Los guiaron desde sus hogares. Pensaban en sus casas, en sus pertenencias que ahora dejaban desarmándose bajo el polvo. El sillón favorito que había sido de la abuela, los libros a medio leer, la ropa colgada en los percheros habitando el espacio como testigos de quienes habían estado allí, el pájaro aún en la jaula canta sin conocer la verdad de su muerte próxima y cruel, el perro meneaba la cola desde la galería. Fue la última mirada a la habitación recién acomodada como si fueran a volver, los zapatos lustrados con esmero, guardar el perfume en el bolsillo, envolver al bebé en una manta. Fue cerrar la puerta con llave para que nadie entre y vulnere ese espacio por siempre privado, por siempre de ellos, sostenido con una energía que los ataba con el cordón umbilical. Existieron en todo lo poseído. Fueron los camiones llegando para el transporte, las despedidas de los vecinos que serían separados en otras colonias. Días de marcha, de dejar atrás la otra vida, el terror de las bombas que llegaban, el olor a muerte en una niebla irrespirable, pero que todos respiraban sabiendo que los muertos, a veces, entran por las fosas nasales, y es imposible quitárselos de adentro.*

*En fila, caminaron hacia la boca de la tierra. Huellas hacia el mismo lado como la marcha de esos animales trashumantes. Había lágrimas en nuestros ojos. Algunos, arrepentidos por arrastrar el dolor de dejarlo todo, decidieron no bajar a pesar de que los miembros de seguridad les decían que no sean tontos, que se salven, que pronto será el infierno, que será irrespirable, que no habrá más vida. Y entraban en la boca de la mano de sus familias. Algunos creíamos que, al final, era peor salvarse. Alguien susurraba que nos rindiéramos, que habíamos destruido todo y que era más digna la extinción. Otros, cerraban los ojos. Pero algunos se giraron para observar la luz cayendo en la escalera hundida en la oscuridad. Observaron*

*cómo empujaban las compuertas, cómo la luz se iba achicando. Absorbían el aire, lo jalaban hacia dentro, el último aire, decían, la última luz. Desde afuera, los saludaban; quienes se sacrificaron para sellar la compuerta, se frotaban los ojos ante la tumba abierta que sería el destino de la humanidad. Algunos escucharon el sonido de la soldadura, la clausura, las bombas, la tierra tronar, la vibración desprendiendo nubes de partículas, una lluvia seca. Otros, oyeron gritos, golpes en los techos, la muerte de todo lo que había arriba. Unos pensaron en sus casas, en sus cortinas hechas jirones, en la tetera haciéndose añicos, en el perro aún con la mirada hacia la puerta y a la espera de su amo, el traidor que lo dejó. Otros, imaginaban las pocas aves que estarían migrando y que fueron alcanzadas por una luz ácida, desintegradas en plumas y hollín de huesos, caer con una liviandad sobrenatural hacia la nada. Algunos, pensaron en las personas que quedaron afuera, sellándolo todo, corriendo por el pánico de la última hora, ese segundo de arrepentido, golpeando para que abran mientras observaban la llegada de esos monstruos de metal, globosos, con la barriga llena de bombas invisibles, eructando para decapar la tierra, derritiendo la vida hasta hacerla desaparecer por completo; sentados en sus camas nuevas, apretujados en la oscuridad, enlatados, pero vivos; unos arrepentidos de arrastrar la existencia en una tumba, pero vivos; otros, sosteniendo el único pensamiento posible del vacío, pero vivos, respirando el mismo aire que todos respirarían por demasiados años, tantos años que a una mente sola se le presenta como eternidad.*

*Autor: Dan Green. Testimonio de nuestro descenso.*

## AÑO 183 DD / JORNADAS 7-21

### I

Luego del trabajo, con el abuelo nos cobijamos detrás de la cortina para reparar unas lámparas, pinzas, artilugios que nuestros vecinos nos dejaron en la chatarrera. En tanto, contemplábamos el desarrollo de la planta de las esferas que ahora emitía dos bultitos de color verde agarrados a un alambre que los elevaba por encima del sustrato. El abuelo me observaba dibujar el tanque, la planta, pero no nos atrevíamos a tocarla.

Fue recién unas jornadas después cuando los bultitos se desplegaron en unas finas membranas, tan abiertas como orejas. Saqué la campana para mojar el sustrato, me acerqué, estiré un dedo apenas para rozarla. Solo se movía cuando la tocaba, pero estaba viva porque se desenrollaba atraída hacia la luz. Incluso, a veces, estaba delicada, demasiado frágil y blanda. Cuando le ponía agua se tornaba más brillante y dura.

Hablamos con el abuelo, durante uno de los turnos laborales en la chatarrera, sobre decirle o no a Steve. En caso de informarle los progresos de la planta, él solicitaría verla. Y era justo ya que aún enviaba moléculas de luz y agua por medio del Loco. Le había mentido al recibir las últimas moléculas cuando me preguntó si había novedades. También podría deshacerme de la planta y decirle que lo mejor era terminar con el derroche de nuestros recursos.

Al final, decidí contactar a Steve al viernes siguiente.

### II

El día del trueque, guardé en una bolsa unos ganchos que había fabricado con alambres trenzados y que servirían para colgar ropa o bolsas, y me acerqué a preguntarle al abuelo si necesitaba algo del mercado. El abuelo permanecía en la cama por el cansancio. Era habitual el agotamiento, los dolores de piernas, de espalda, la mente que se tornaba rígida y pesada. Antes de salir, le preparé café con jarabe D para que durmiera. Era algo bueno poder dormir.

Al llegar a la puerta del módulo de Steve, observé a su padre sentado en el pasillo. Al verme, me dijo que entrara. Antes, miré alrededor por si algún

conector vigilaba. Steve estaba recostado con las piernas levantadas y apoyadas contra la pared. Se levantó con rapidez al verme.

—Supongo que hay novedades o que necesitas más moléculas.

—Hay novedades.

Steve se asomó y le dijo al padre que permaneciera atento y que silbe si un conector se acercaba.

—¿Qué novedades?

—Es la planta de las esferas.

—¿Creció?

—Sí. —Steve se llevó las manos a la cabeza, se sentó de golpe en la cama y me miró.

—Primero fue un bulto. Luego, un alambre que sostenía dos bultitos. Luego de estirarse, ahora están abiertos como orejas.

—¿Cuánto se estiró?

—Como cuatro dedos para arriba. Ahí fue cuando los bultitos se abrieron como orejas verdes y pálidas.

—¿Podrías dibujarla?

Steve extendió un papel muy grueso sobre la mesa y me alcanzó un trozo de grafito. Dibujé el paso de la planta desde ser apenas un bulto hasta cómo era en ese momento. Él respiraba tan fuerte que sentía su aliento pegar en mi oreja.

—Devin, esto es algo diferente a lo que he visto en cría. Es el comienzo, parte del comienzo.

—¿Qué comienzo?

—Si esto vino de arriba, es una señal. ¿Cuándo emergió?

—Hace unos días —dije, confuso.

—¿Antes o después del Día de la Salvación?

—Casi ese día.

—¿Ves? Es el comienzo. Es una señal.

—Es algo que ha sobrevivido, como nosotros metidos en esta lata subterránea, pero la planta lo hizo dentro de una maquinaria. Eso es todo.

—Tiene que ser algo más. De tantas solo ha crecido una. Es una señal —repetía Steve una y otra vez.

—¿Qué haremos?

—Tengo que verla. Voy ahora a tu módulo.

—Ahora es imposible. Mamá y Frances están en la puerta. Gracias a la planta estamos peor que nunca. El abuelo tuvo que cerrar con una cortina la que era mi cama y la mesa de trabajo, pero no sé cuánto tiempo más podremos

seguir ocultando esto. La situación en mi familia está algo reseca.

—Devin, tenemos que pensar bien. Esto es muy importante. Podría ser una planta que nos de frutos para comer o una planta que nos cure de algo. Las plantas son las que generaban el aire para respirar. ¿Entiendes lo que tenemos? No se puede decir nada aún.

—¿Y si es peligrosa?

—No creo. Ya estarías muerto. Tenemos que ir poco a poco. Sin afectarnos —decía Steve, pero era el más afectado.

—En tu zona de trabajo, Steve, podrían criarla.

—Imposible. No hay espacio para ocultar algo así. Dame unas jornadas. Pensaré en algo y te contactaré.

### III

Esa noche permanecí alerta mientras los demás dormían. Lo difícil era no dormir envuelto en la oscuridad cuando la mente me llevaba hasta el sueño. Traté de imaginarme el arriba, miles y miles de esas plantas de las esferas desenrollándose hasta expulsar esferas, al igual que mujeres que paren. Pero ¿alcanzaría una sola para engendrar la descendencia? Creía que no, que debíamos fabricar otro artilugio para colocar más semillas para hacer crecer más plantas, juntar plantas con plantas. ¿Cómo se juntaban las plantas? Si no son como algas que se mueven en el líquido, ¿cómo se mueve esta planta aferrada a su sustrato? ¿Cómo se encuentra con otras plantas?

Escuché un rasgido. Mamá apoyaba la cabeza en la puerta. Acuéstate, le dije, yo me encargo. Me dijo que no y permaneció de pie. Al abrir la puerta, la luz diminuta del pasillo ingresaba casi apagada, suficiente para que Steve me viera.

Al encender la lámpara, emergieron Frances y mi madre, en tanto el abuelo abría su cortina.

—Eres igual a tu padre —gritó mamá—. No creas que no me di cuenta hace rato. Tú y Steve...

—¿Qué estás diciendo? —dijo el abuelo ya a mi lado.

—Devin, es por eso que no querías la exclusión, ahora entiendo —dijo Frances.

—¿Qué están diciendo? —preguntó Steve.

—Es como su padre.

—Cállate, Sasa —dijo el abuelo.

—Igual a tu padre que se acostaba con Tom Pelleesen. Sí, eran amantes. Y ahora tú te acuestas con este —dijo y se tapó la boca mientras Frances comenzó a llorar y mi madre la abrazó.

—No digan idioteces —dijo el abuelo.

—No es cierto. Devin y yo somos amigos —dijo Steve y no se atrevió a seguir hablando.

—¿Cómo puedes decir algo así, mamá? No te permito que digas eso de papá.

—Devin —dijo el abuelo y apoyó la mano en mi hombro.

—¿Es cierto? ¿Abuelo?

—Mejor me voy. Se acercará un conector en cualquier momento por el ruido. Hablamos la próxima vez.

—No —le dije—. Sígueme.

Caminé hasta la mesa de la chatarra, le hice señas a Steve para que pase y cerré la cortina. Mamá estaba ya sentada en la cama consolando a Frances que repetía que por eso no quiere un hijo conmigo, no es justo. Encendí la lámpara de la mesa y el abuelo entró para sentarse en la que ahora era su cama.

Mientras busqué la planta, en ese momento oculta debajo de la mesa, Steve observó mis dibujos. Cuando apoyé el tanque sobre la mesa, él tocó la campana y la miró un rato. Sus ojos se tornaron acuosos, con el dorso de la mano se limpió la cara. Me pidió si podía tocarla. Quitó la campana mientras me percaté que Frances había dejado de llorar y mamá estaba en silencio: estarían escuchando. Le hice una señal a Steve para que no hable y me comprendió asintiendo con la cabeza.

Él acarició las orejas de la planta. Se acercó y la olfateó. Después, midió la altura con los dedos. Suspiró y la planta se movió. Luego, se tapó la boca con una mano y permaneció con la vista hacia la planta. Abrí apenas la cortina y observé a mi madre y a Frances mirando hacia donde estábamos. Luego, coloqué de nuevo la lámpara y guardé el tanque. Steve me dijo que estaríamos en contacto.

Hubiera querido marcharme con él, caminar por los pasillos. Si un conector me veía deambulando en la hora oscura, debía labrar un registro, informar a alguien y encerrarme en el C2 hasta que yo expusiera el motivo de mi salida.

Cuando era joven, salía cada tanto a reunirme con Ivo, Arden y Shiri. Pocas veces nos habían visto. Nos retaban y nos amenazaban con un registro ante la

Colonia Bórax. Corríamos a nuestro módulo, riendo, con el calor fundiéndonos el rostro, un calor que nos colmaba de pavor y de alegría. Pocas veces nos cruzamos con la banda de ingeniería invadiendo nuestra zona. Nos empujábamos, nos pegábamos hasta que alguien habría su módulo y gritaba “conector”. Corríamos con el labio partido, la ropa rota. No evadíamos el reto de los adultos por el peligro de una infección y nos amenazaban con el exilio a la intercolonial para arrastrar bultos por esos pasillos que conectan colonia con colonia. Siempre terminaban achacándonos el egoísmo por no haber pensado en la humanidad. Yo quería vivir una vida propia, más allá de todo ese rostro de la humanidad. Lo deseaba tanto, y hasta creía que ese momento de tomar la decisión de correr por los pasillos, de gritar en medio de la hora oscura, era el acto que me liberaba del encierro.

Pero en esa hora oscura no seguí a Steve, sino que me senté junto al abuelo. Él me miró y me acarició la cabeza.

—Es verdad. Tu padre y Tom estuvieron juntos desde la escuela. Yo lo supe y nunca dije nada.

—Fue tu culpa lo que le sucedió a Ron —dijo mamá descorriendo toda la cortina de un tirón.

—Fue un accidente, Sasa. No sólo murió Ron. Murieron muchos.

—Siempre fuiste un viejo mentiroso. Se burlaron de mí. Tú hacías lo mismo que con Devin, me ocultabas que Ron y ese estirado se encontraban en el módulo, se revolcaban en mi cama.

—¿Por qué nunca me dijiste lo de papá? ¿Por qué todos se callaron?

—Por vergüenza. Yo le daba asco, lo podía sentir. ¿Qué te iba a decir? ¿Qué eres el hijo del asco? —dijo mamá.

—No digas eso, Sasa. Te casaste con Ron porque era ingeniero y era brillante. Había sido invitado a trasladarse con su familia a Bórax y tú ansiabas esa vida. Ahora estás en esta y te la agarras con tu hijo.

—¿A Bórax? —dije.

—Sí, pero Ron no quería aunque tu madre presionaba para que Ron aceptase. ¿No es así, Sasa?

—Yo quería lo mejor para la familia.

—Entonces, por qué te ensañas dividiéndonos.

—Son ustedes dos con sus secretos. Con esa planta. Son ustedes quienes nos hunden en el hoyo —mientras hablaba, Frances se acercó.

—Nadie te hunde, Sasa —dijo el abuelo.

—¿Qué es eso? Todo esto que están montando en secreto. ¿Por qué el



secreto si no es algo malo o peligroso?

—No estoy seguro. Hasta no estar seguro no diré nada —dije.

—Ahí está. Nos aíslan y nos dejan afuera de la familia. Tal cual hizo Ron conmigo y tú haces ahora con tu esposa. Es un tema de familia, así parece.

—Se terminó la conversación, esto no lleva a nada desde hace rato. Fuera que están en mi sitio —dijo el abuelo, cerró la cortina y se acostó.

Me metí en la cama sin desvestirme, al igual que el abuelo; Frances durmió con mamá.

#### IV

Por la mañana, cada uno discurría, pero sin hablarse. Retornábamos al mismo punto del silencio de los desconocidos.

Hablé con Ivo y Shiri durante la comida. Les confirmé que la esfera era una planta y quedamos que nos reuniríamos en unas jornadas en uno de los módulos, durante la hora oscura.

Mi abuelo se cobijaba con la planta del otro lado de la cortina, tan solo un poco de nailon trenzado que caía desde una varilla de aluminio. Juntos, registrábamos el crecimiento de la planta que se había estirado unos cuatro dedos más y las antiguas orejas eran más grandes, acompañadas por otras orejas pequeñas, un poco aguzadas; a veces, se doblaba y al tacto la notaba delicada, flácida.

Mi madre continuó sin hablarme durante ese tiempo. Dentro del módulo se escuchaban solo los pasos, los tarros golpear contra las superficies metálicas, el sonido de alguien orinando en el tarro del aseo.

El abuelo casi ni comía y tomaba poca agua. Frances le había arreglado los pantalones que él sujetaba con una tira. Debí ayudarlo a higienizarse luego de su caída en el aseo. Él dijo haberse resbalado con las pantuflas gastadas, pero eran sus piernas que, a veces, no lo sostenían. Se negaba al retiro y a ser una carga. Me dijo que trabajaría hasta su muerte. Había comenzado a hablar de la muerte como si fuera una amiga. Cuando muera, decía, quiero que sigas adelante, que pienses siempre en lo mejor para los Green, pero también para los demás. Acá no entienden que nadie es solo. Uno que muere es una pérdida para todos. Por eso, no te mueras aún, te necesito, le decía mientras le frotaba la espalda. Ya dije todo lo que tenía que decir, lo repetía en su pacto con la muerte.

Los huesos empujaban hacia afuera de la piel del abuelo, una piel fina y seca que temía desprender si frotaba demasiado. Él se doblaba y se sostenía a la mesa con la palangana. Deja, me dijo, esto me lo lavo yo, y señaló sus genitales. Le sostuve de un brazo. Estoy tan cansado, decía en tanto se refregaba. Tan cansado. Se me vino el cansancio todo junto. Uno acumula la falta de aire, de agua y cuando pasan tantos años, se te cae el cuerpo, se te seca. Esto que ves es un cuerpo seco. Me hablaba y se seguía refregando. Cuando nacemos somos suaves, redonditos, la piel da gusto tocarla. Después somos esto.

Me pidió que le rape la cabeza y que empareje su barba. Tiré los cabellos en el tarro que flotaron sobre el orín. Al fin, era materia orgánica. Después, me dijo que la higiene lo había puesto de mejor humor y me pidió que le hiciera un poco de café con jarabe D. Habló sobre papá, sobre su destreza para inventar y buscar beneficios para todos. Tienes que hacer eso, Devin, mejorar las cosas aquí. Es tu destino.

Esa noche me recosté junto al abuelo, aunque permanecí despierto. Había arrojado mi café con jarabe D al tarro del aseo. Esperaba a que todos durmiesen para salir con la planta envuelta en un abrigo. Y así salí a pesar que sospechaba que mi madre y Frances me habían visto, pero ya no me importaba. Pegué la espalda en la pared, en el sector de sombra del pasillo. Escuché el silencio, la ausencia de pasos. Crucé esquivando los foquitos diminutos hasta el módulo de Ivo.

Al llegar, Ivo me guió a una silla. Esperamos en la oscuridad y en silencio. Más allá escuchaba una respiración que sería de Shiri. El módulo estaba desierto porque habían solicitado una exclusión. Sandor y los padres de Ivo permanecerían un tiempo en el módulo de los Meyer, el N2A, en el mismo pasillo que el nuestro.

Al rato escuchamos raspar, y entró Steve; luego, llegó Arden. Ivo encendió una luz y apoyé el bulto que traía sobre la mesa. Se sentaron arrimando las sillas, sin dejar de mirarme. Retiré el abrigo para mostrarles el tanque. Debajo, apareció la planta con sus orejas. Shiri se puso de pie y se alejó. Ivo se tiró hacia atrás y se apoyó en la silla. Arden ahogó un grito tapándose la boca. Steve sonreía. Les llevó unos minutos volver a sentarse. Todos querían tocar a la planta.

—¿Nos podrá ver? —dijo Shiri.

—Cada uno tiene una manera diferente de vivir, pero puede sentir porque está viva —dijo Steve.

—Si lo dices, Steve, que eres el experto en cría —dijo Arden.

—¿Y qué haremos? —preguntó Ivo.

—No sabemos aún. Si le decimos a un conector que Devin encontró semillas, dirá que mentimos porque la planta está crecida y nos acusará por haber construido un espacio de cría en el módulo, y eso equivale al destierro. Si la ocultamos para nosotros, estaremos mintiendo a todas las colonias. También equivale a un destierro. Esto es algo demasiado grande. Si sigue creciendo, ya no podrá estar en este tanque. Sospecho que seguirá haciéndolo. Para que entiendan, es como un niño de tres años. Crece muy rápido.

—En algún momento dejará de crecer —dijo Ivo.

—No sabemos qué tan alto puede llegar.

—Se supone que ha sobrevivido del antes —dije.

—¿En información no guardan las láminas viejas y esos informes de aprendizaje? Quizás exista alguna información —dijo Ivo a Arden.

—Ya busqué con Stella. Solo están las que ya conocemos con eso dibujos de verduras de antes con las raíces, hojas, tallos y la importancia para el aire.

—El aire, no lo había pensando. Si es así, es valiosa. Dará aire como el de arriba —dijo Steve y permanecemos con la vista en la planta. Si producía aire del bueno, no era correcto guardar el secreto.

—Consumirá demasiada agua y luz. Al menos, el aire nos llega de arriba —dijo Steve.

—El agua que toma es mucha. Cuando no le pongo, se vuelve blanda.

—Mi familia ya no me apoya en esto. Tuve que comerciar en privado para conseguir moléculas. Ya no puedo aportar más. Estoy seco. Eso quería decirles. No es falta de interés. Llegamos al límite —dijo Steve.

—¿Nos estará escuchando? —dijo Shiri—. No deberíamos hablar adelante de la planta de esto.

—Nos escuchó decir cosas peores —dije.

—¿Qué haremos? —preguntó Ivo.

—No lo sé —respondí.

—¿En cría no la podemos dejar? —preguntó Arden a Steve.

—Imposible. Ya se lo dije a Devin. La pongamos donde la pongamos, alguien la verá.

—Esto no tiene mucha salida. La ocultamos, la hacemos pública o la matamos —dijo Ivo.

—No podemos matarla. Es demasiado valiosa. Es algo que está más allá de todos nosotros. Si ha sobrevivido a la guerra, resistido el afuera, ¿es justo matarla? No puedo hacerlo —dije.

—Apareció el Día de la Salvación. Insisto que es una señal —dijo Steve.

—Entonces, la hacemos pública. El conector Leroy es más accesible. Podemos inventar que la vimos metida en una maquinaria, tal cual, así como está ahora. Solo tenemos que estar de acuerdo por si nos entrevistan de Colonia Bórax —dijo Arden.

—Ningún conector. Podríamos hacer llegar la noticia como cuando llega algo que no es clasificable para ingeniería, decir que solicitamos la aprobación para saber qué hacer y que la envió Colonia Geo. Papá puede informarlo en una reunión —dijo Ivo en tanto encendía un calentador y comenzaba a preparar café.

—Pero el peso caerá sobre la Colonia Geo. Si nos enviaron esto por error, en lugar de dar aviso a Colonia Bórax o a la Colonia Aris, no será bueno para ellos. Nosotros nos salvamos de un exilio a costa de que otro cargue con una culpa ajena. No estoy de acuerdo en perjudicar así a alguien —dije.

—Estamos en el mismo punto —dijo Ivo sirviendo el café.

—Tiene que existir una respuesta, solo que no la hallamos todavía. No podemos bajar así los brazos ante la menor duda. Algo se nos va a ocurrir— dijo Arden acercándose de nuevo a la planta de las esferas.

—El Loco. Tenemos que preguntarle a él —dijo Steve.

—¿El Loco? Yo no voy a participar si ese afectado está en esto —dijo Shiri y se llevó el café a la cama donde se sentó.

—Dejemos al Loco afuera, por el momento. Por ahora, cada uno aportará una molécula de agua y de luz cuando sea necesario. Veré con lo mínimo que pueda sobrevivir la planta. Es mejor pensar bien en esa posibilidad. Tampoco podemos arriesgarnos a que nos vean encontrándonos todas las noches. El jueves volveremos a vernos aprovechando la exclusión —dije y me levanté con lentitud.

—Yo no puedo aportar más moléculas —dijo Steve.

—Está bien. Cada uno aporta la que puede —dije, y todos estuvieron de acuerdo.

## AÑO 183 DD / JORNADAS 35-36

### I

La siguiente reunión en el módulo de Ivo asistí sin la planta. Discutimos lo mismo sobre los recursos que ya de por sí nos eran escasos. La planta había crecido otros cuatro dedos, pronto chocaría con la superficie de la campana. Su color había virado hacia un verde casi transparente y pálido. Mantenía al abuelo al tanto sobre lo charlado en la reunión y él insistía que debíamos dar aviso a Colonia Bórax, aunque tampoco se le ocurría ninguna manera de hacerlo sin que nadie terminase en la intercolonial. El abuelo mencionó el escondite debajo de la cama, pero cuando le respondí que la planta no sobreviviría, me dijo que era para guardar los dibujos ya que debía deshacerme también de eso.

Nos sentamos sobre su cama. Rebuscó en una estantería y extrajo un paquete envuelto con bolsas de nailon. Era un cuaderno de hojas bastante finas atadas en un costado por un espiral de metal. Debió de ser costoso. El abuelo me dijo que deseaba que yo registre los cambios de la planta, que siga dibujando lo que me sucedía, pero que ya no cuelgue nada en las paredes. Luego, se agachó y se metió debajo de la cama. Lo imité. Golpeamos el piso hasta hallar el panel metálico. Con un clavo grande, raspé hasta encontrar la unión de las dos planchas e hice palanca para levantar la plancha suelta. El abuelo sacó un atado.

—¿Dónde conseguiste esos libros?

—En un mercado de sombras. Hace unos días. Estaba buscando alguno que hablase sobre plantas y me los encontré. No pude resistirme.

—Esto es peligroso. ¿Cuántas moléculas te han costado?

—Aún no lo termino de saldar.

—Abuelo...

—Sí, sí, ya sé. No dicen nada sobre la planta de las esferas.

—¿Qué dicen?

—Uno es una guía para cuidar las plantas de los pies —dijo y comenzamos a reírnos.

—¿No les has dicho “plantas”?

—Dije que quería algo sobre las plantas de antes. Antes también tenían plantas en los pies.

—¿Y el otro?

—Parecen canciones. No lo pude leer completo. No entiendo todas las palabras, pero suenan bonitas. Tenemos que volver a la chatarrera —dijo y se incorporó; yo permanecí revolviendo nuestro escondrijo.

—¿Quién lo habrá hecho? Es como si fuera un módulo pequeño acá debajo. Quizás existan más en este módulo.

—No hay más, ya golpeé cada losa y no suenan huecas. Vamos, que nos vendrán a buscar. Agarra una lámpara cualquiera así podemos decir que la llevamos a reparar.

## II

Al retornar al módulo, luego de nuestro trabajo, el abuelo y yo nos sentamos en la mesa de la chatarra tras la cortina cerrada. Él dejó de lado un calentador, sacó el tanque con la planta de las esferas, la apoyó sobre la mesa, volcó agua y la acercó a nuestra lámpara. De esa manera ahorraríamos moléculas de luz.

Frances se asomó desde atrás de la cortina y permaneció inmóvil unos instantes antes de acercarse.

—¿Es la planta de tus dibujos?

—Sí, la misma.

—Esa cosa es la que se está bebiendo nuestra agua. La quiero fuera del módulo —dijo mi madre en tanto sostenía la cortina abierta.

—La tendremos unos días más y luego veremos qué hacer.

—¿Cuánto hace que está acá, debajo de nuestras narices?

—Unos días, mamá. Eso es todo.

—No la quiero en mi módulo.

—No podemos destruirla. Es de antes, también ha sobrevivido —dije mientras observaba que Frances se acercaba a la planta para mirarla de cerca.

—No es nuestro asunto. Es mejor no saber nada de esto. Nos estás obligando a participar de tus mentiras. Si un conector se entera, te echarán —dijo mamá.

—Se queda unos días.

—Se va ahora. Voy a llamar a uno de los conectores —dijo y se dirigió hacia la puerta. Me levanté para alcanzarla.

—Mamá, por favor, unos días más. Es lo único que te pido —dije mientras mi madre apoyó la mano en la puerta, dándonos la espalda—. Es algo muy

valioso y quiero estar seguro de qué se trata. Antes vivíamos entre estas plantas. Es lo que nos enseñan en aprendizaje, que hemos destruido todo esto con la guerra. Cómo es posible que no sientas el sufrimiento ajeno.

—No soy tan horrenda para no sentir. Tú no puedes ver más allá de tu deseo. Solo piensas en ti. Si quieres entender todo esto, deberías haber solicitado el oficio de ingeniero. Quizás, estarías ahora en la Colonia Bórax, con acceso a sus archivos. Incluso, en la Colonia Aris o en Geo. ¿Nunca pensaste que podrías estar en la Colonia Geo revolviendo las cosas de todos los muertos que tanto te gustan? —dijo mi madre en tanto aparecía en mi mente otro pasillo en mi vida, uno que jamás había considerado. ¿Cómo era posible? ¿De qué ceguera estábamos hablando?

—Quizás sea esto beneficioso para todos. Tenemos que avisar y que un conector se la lleve a la Colonia Bórax. Allí podrán estudiarla y luego, si es comestible, se podrán cultivar en todas las colonias, como nos enviaron los catanes o las algas o el jarabe D —dijo Frances dando unos pasos hasta quedarse entre mi madre y yo.

—No me importa si es de antes —dijo mi madre girándose para mirarnos —, consume agua y luz. Nos quita la posibilidad de sobrevivir. Ya disminuimos el agua que tomamos, nos higienizamos con la misma palangana hasta que el agua apesta. Tenemos que pensar en nosotros. ¿Qué sucederá cuando nazca tu hijo? Es el motivo por el cual no se aceptan crías en los módulos. Acuérdate el revuelo que causó la idea de Arden y su familia cuando propusieron que cada uno críe los catanes para consumo. No somos criadores y no tendremos moléculas que sobren y esto se acaba ahora. Sé que tu abuelo te ha metido ideas tontas del pasado, que andan secreteando desde que eras un crío. Nunca entendieron que es mejor no pensar en el arriba. Ahora estamos acá abajo. Nuestra responsabilidad es vivir lo suficiente para asegurar la próxima generación. Lo mismo hará la que siga y así hasta que nos digan que podemos salir. Vas a terminar afectado. Solo tienes una jornada para decidirte. Es lo único que voy a darte —dijo antes de meterse en su cama y taparse hasta la cabeza.

El silencio se interrumpió por unos golpeteos que llegaban desde la pared de Ivo. “Todo bien”, nos preguntaba. El abuelo se acercó a la pared y golpeó varias veces con el clavo que habíamos usado para levantar la plancha del suelo: “Bien”.

Esa noche Frances se giró hacia mi lado y apoyó la cabeza en mi pecho. Quería saber más sobre la planta y me dijo que sentía miedo. Yo también tengo miedo, le dije, y tengo sueño; en realidad, no deseaba discutir. El cuerpo se me hundía en el colchón, caía con una pesadez inaudita. Un espacio de lejanía se interponía entre el mundo de abajo y el de más abajo que me tiraba con un hilo invisible. Más allá estaba la planta, en la misma soledad única, con su memoria de saber crecer sus hojas, la forma en que tenía que desplegar, esas líneas que la cruzaban, casi transparentes, que eran pasillos de luz cuando prendía la lámpara. Sabía la cantidad de agua que tomar, la cantidad de luz a utilizar. Lo sabía con una certeza invisible. Era apenas como un secreto guardado en la esfera, el mutismo de un idioma no hablado por carecer de otro semejante. En mí también había una memoria que me decía que debía protegerla en su fragilidad. Comprendí mi emoción cada vez que observaba la planta recibir el aire directo al salir de la campana, levantarse más allá de las barreras superiores, porque era su impulso. Llegaría tan lejos como le permitiesen llegar.

### III

En la chatarrera, mientras separaba unos tornillos que me habían solicitado de ingeniería, Ivo se acercó a mi mesa y me preguntó sobre la noche anterior. Le dije que era todo a raíz de la planta de las esferas. Él giró la cabeza y me hizo una señal para que no hable tan alto. De todas maneras, el ruido constante de la chatarrera, con sus golpes y murmullos, nos protegía. Había pensando en ponerle un nombre secreto a la planta, la llamaríamos solo “esfera”. Se lo dije a Ivo y le pareció acertado. Luego, su padre lo llamó y él se volvió al rincón donde trabajaba a diario. No pudimos volver a dialogar en toda la jornada, por más que él trabajaba tan cerca y hasta podía observar su espalda desde mi lugar.

Cometí algunos errores ya que estaba distraído y me cansaba apenas al iniciar mi trabajo. El abuelo me dijo que era normal que uno sufriese mal de encierro durante una época, en algunos momentos de la vida. Acordamos que tomaríamos el doble de jarabe D. Deseaba dormir, siempre me levantaba con más sueño que al acostarme. Mi cuerpo, por sí mismo, sabía caminar, abrir una lata, destornillar, mear, abrir la boca y masticar, funcionaba mientras me sentía caer en el sueño. Inclusive, por momentos, era como despertarme en una caída. Me sobresaltaba y desconocía, por un tiempo muy breve, dónde estaba, qué jornada del año era. Si me acababa de despertar, entonces, ¿había



dormido durante varias jornadas o un instante?, ¿había permanecido de pie, sentado o acostado?

El conector que ingresó a buscar los pedidos de ingeniería me observó desde la puerta, pero, en lugar de dirigirse hacia el rincón donde apilábamos los pedidos, se acercó a la mía.

—Está muy demacrado. ¿No estará enfermo? —dijo el conector Tylor.

—Estoy bien. Algo cansado.

—¿Algo? Está demasiado pálido. ¿Está tomando el jarabe D?

—Como siempre.

—¿Está haciendo los ejercicios diarios? —Dejó de mirarme para hablarle al abuelo—. Ollie, ¿su nieto hace los ejercicios?

—Todos los días, como todos.

—No quiero un enfermo. Es riesgoso. No me gusta el color de su piel, sus ojeras. Parece estar enfermo. Sígame —dijo y se encaminó a la salida de la chatarrera en tanto permanecí inmóvil.

—Estoy bien. —Continué clasificando tornillos.

—No me importa su opinión. La única que me importa es la del médico. Ollie, separa lo de ingeniería que le diré a Leroy que pase a buscarlo. Y tú, vamos. —No pude disuadir al conector de que no estaba enfermo.

Lo seguí por el pasillo principal hasta la Zona Médica. Sabía que encerraban a los enfermos contagiosos en la sección posterior a los consultorios. Al llegar, el conector Tylor anunció a una mujer que tenía un posible enfermo.

A los pocos minutos, estaba sentado sobre una camilla, ante la mirada del médico y del conector. El médico leyó una ficha, me levantó los brazos, me palpó la axila, el estómago, el cuello. No hubo un centímetro de mi piel que no observara.

—¿Hijos? —me preguntó el médico mientras me giraba la cabeza hacia un lado para mirar mis orejas.

—Aún no.

—¿Tendrá pronto?

—Sí, ya he solicitado la exclusión y ha sido aprobada.

—Bien. Es joven. Y bastante fuerte a pesar de estar demasiado delgado. ¿Come?

—Todos los días —dije y el conector Tylor se giró para disimular la risa.

—Le pregunto si respeta todas las comidas. Si come a la noche, si come las viandas de la comida principal.

—Casi siempre.

—¿Toma suficiente agua?

—Hemos bajado la cantidad de agua. —Me arrepentí por el miedo a que indagara demasiado y, ante mi cansancio, hablar de más y terminar exponiendo sobre la esfera.

—¿Por qué?

—Hemos intercambiado por otras cosas y nos han rebajado las moléculas de agua.

—¿Es cierto eso, Tylor?

—Unos ajustes. Es temporal. Tendrías que verlos en el mercado —dijo el conector Tylor en tanto se acercaba para mirarme él también las orejas, pero sin tocarme—, cambiando por cosas bonitas y luego reclamando más moléculas. Les damos más moléculas, y siguen cambiándolas por cosas que no sirven más que de decorado. Después, saben que les daremos más. Bórax nos ha pedido que dejemos de entregar tantas moléculas y que enseñemos a racionalizar. ¿Qué has cambiado por tus moléculas de agua? —me dijo Tylor.

—Necesitaba un colchón nuevo y no me acuerdo —dije.

—¿No se acuerda? ¿Se olvida de las cosas? —me preguntó el médico y miró a Tylor.

—Puede ser. A veces.

—¿Podría esperar afuera, Tylor? —dijo el médico.

—¿Afuera? No es posible. Estoy para controlar que esté sano y para llevarlo de nuevo a su trabajo —dijo y se sentó.

—Usted hace su trabajo y yo el mío. Solo unos momentos. Hay asuntos privados que quiero hablar con el paciente.

—¿Qué asuntos privados? Mire, acá no hay asuntos privados. ¿Entiende?

—No quisiera preguntarle sobre de las relaciones sexuales que tiene con su esposa o del color y el olor de la materia fecal —dijo mientras se volteó y miró a Tylor señalándolo con el aparato con que observaba adentro de mi oreja.

—Bueh, unos minutos. Iré a tomar agua. Me dio sed. Estaré ahí afuera nomás.

El médico continuó solo cuando Tylor desapareció:

—Hablábamos de si se le olvidan las cosas.

—A veces siento como si la cabeza estuviera dentro de una caja y los pensamientos quedaran afuera. Como un silencio molesto, pesado. Lo que hago no tiene sentido. Hago todos los días lo mismo una y otra vez y ya no sé qué

jornada es. Sólo sé cuando es el trueque, que es todos los viernes.

—¿Duerme bien? ¿Son sueños placenteros?

—No mucho, pero me duermo rápido luego de cenar y tomar el jarabe D. Cuando despierto es como si quisiera pensar y el pensamiento no llega más que cortado, roto. Y quiero dormir. ¿Qué puedo hacer? No puedo salir. No puedo moverme. Es mejor dormir. Y estoy cansado, pero no puedo dormir bien.

—¿Siente dolor?

—Adentro, en las piernas, en los brazos.

—Es joven y será pronto padre. Es importante para la colonia. Tiene que tomar a diario el jarabe D. Tiene que tomar la dosis de agua mínima. Le daré unas moléculas de agua y vendrá a verme cada jornada. Quiero que tome luz extra. Eso ayudará al cansancio. También hará aquí unos ejercicios que le ayudarán a respirar mejor.

—¿Cada jornada?

—Sí, cada jornada. El conector Tylor, o quien sea, lo traerá después de su trabajo. Estará un rato largo y luego se irá a su módulo.

—Mi familia también precisa moléculas.

—Eso no puedo disponerlo. Discúptalo con su representante, con el señor Chapman. Quiero que usted tome el agua. ¿Entendido?

Cuando salí, el conector Tylor me dijo que estaba de suerte y que le tenía que agradecer porque gracias a él había logrado moléculas extra. No le respondí. Luego, me guió hasta mi zona de trabajo.

Al entrar en la chatarrera, el abuelo estaba sentado de cara a una maquinaria. Al verlo, supe que él estaba peor que yo, pero él ya no tendría hijos. Le costaba caminar, apenas si cumplía con su cuota diaria. Los chatarreros habíamos ideado un sistema de rotación para que los más jóvenes culminen la tarea de los más ancianos. Si no la terminaban, no llenaban sus planillas y no recibían sus moléculas. En conclusión, muchos de nosotros trabajamos a gran velocidad para terminar la tarea extra. En la lista, figuraba el abuelo y cinco ancianos más. El conector Leroy y el conector Tylor, los asignados a las zonas de los chatarreros, no se oponían ya que solo les interesaba que el trabajo se complete jornada tras jornada, y en el tiempo justo. Luego, si recaía en dos chatarreros y los demás dormitaban, no era su asunto. Solo intervenían si alguien se quejaba.

Creí que luego de esa jornada laboral no me buscarían, pero no fue así: el

conector Leroy me acompañó hasta la sala médica. Me recosté desnudo, me dieron de beber agua y un café con jarabe D. Al terminar, una mujer me informó que me tataría los ojos para evitar el daño por la luz ya que no estábamos acostumbrados a una tan fuerte. Introdujo un tubito por mi nariz y me dijo que era aire del bueno. El olor de ese aire era extraño, a metal mojado o a vidrio. Respiré fuerte para afinar mi olfato. Luego de un rato, ese olor se había disuelto y ya no podía percibirlo.

Escuché un clic y mi piel comenzó cubrirse de una humedad caliente, benéfica. No quería dormir y desperdiciar esa sensación agradable. Traté de imaginar las actividades que creía que estarían sucediendo en mi módulo: el abuelo corría la cortina y se recostaba, Frances hilaría y mamá contaría los objetos y los ordenaría por peso, por color, por antigüedad o por algún otro aspecto que se le ocurriera.

También pensé en la planta. Pronto, el abuelo la mojaría bajo la luz. Quizás, estirándole las orejas para que tomen la mayor cantidad posible. Cada día era menos luz y menos agua, cada día estaba menos verde y tan transparente casi como el vidrio de la campana que la cubría. Memorizaba el cambio de color, ese viraje de verde brillante, un verde que veíamos en las láminas nuevas enviadas por Colonia Bórax, a una palidez sucia, grisácea. Me costaba asumir que estaba enferma, tal vez, que no era suficiente la luz, el aire asfixiante debajo de una campana, el hilo de agua miserable que drenábamos gota a gota, hasta lo mínimo.

Sentí que alguien me tocaba. Lo último que recordaba era la imagen de una planta enorme, pero de un verde brillante. El aire había cambiado.

Luego que la mujer me destapó los ojos, un aro diminuto de luz provino de la pared. Se llevó el aire del bueno. Me ofreció más agua. Quise llevármela, pero me obligó a tomarla allí mismo y se quedó para asegurarse de que lo hacía. Para mi familia, insistí. Ella dijo que si no la tomaba, la meterían con una aguja directo en mi vena. Tomé el agua. Estaba mareado y con el cráneo inflado de aire frío. Y era otro aire, un aire más blanco.

Luego, volví a recostarme. Ella abrió un frasco y lo vertió en una bandeja de metal. El perfume era similar a la barra de ecol. Mojó las manos con una especie de aceite y me frotó las piernas, apretando los músculos hasta el dolor. Después, aflojó la presión y fueron como caricias. Tenía que asegurarse que funcionaba, me dijo. Retiré su mano de un manotazo y me levanté con rapidez. Ella salió y al instante entró el médico.

—¿Qué sucede? Casi ya se va a su módulo.

—No me gusta que me toquen —le dije, con vergüenza, hasta sintiéndome un estúpido tapándome los genitales con el pantalón abollado.

—No se preocupe, ella es médico también. Nos pareció más oportuno que sea ella y no yo.

—No puede hacerme esto —dije.

—¿Habría alguna manera de “incentivarlo”?

—No entiendo. Creí que era un tratamiento.

—Debemos saber si usted padece algún imedimento. Pronto tendrá su exclusión.

—No se preocupe. Estoy bien.

—Entonces, recuéstese y le digo a la doctora que vuelva —dijo el médico ya desde la puerta y no supe qué decir. ¿Qué sucedería si me negaba? Me tranquilicé con la idea de que era un tratamiento médico.

Cuando la mujer entró de nuevo, me solicitó que me recostara. Lo hice aún sosteniendo el pantalón contra mi cadera. Ella lo retiró con suavidad. Antes no me había sentido desnudo, ahora la vergüenza me había quitado hasta la piel. Cerré los ojos. El olor a aceite se tornó desagradable. Sus manos apretaban los músculos de mi pierna, luego soltaba la presión para frotarme. Afloje las manos, me dijo. Sin haberme dado cuenta, me sujetaba con fuerza al borde de la camilla. No sabía qué hacer con las manos, hasta que las apoyé sobre el estómago. Mi pensamiento flotaba alejado de mi cuerpo. Sabía que poseía manos, pero también podía olvidarme de ellas y vivir en el sonido de mi propia voz, como si fuera dos personas: el envoltorio y el sonido. Entonces, ofrecí el envoltorio sobre la camilla. Yo estaba seguro en otra parte.

#### IV

El conector Leroy me acompañó hasta el módulo. A pesar de sus intentos por saber si me sentía mejor, no pude hablar. Quizás él se estaba burlando de lo sucedido en la Zona Médica.

Cuando el conector abrió la puerta de nuestro módulo, observé a mamá sentada en su cama, con la vista hacia el suelo. Frances se levantó de la silla y me abrazó. El conector Leroy se despidió desde el pasillo y cerró la puerta. Lo siento, es lo mejor, me dijo Frances con los ojos enrojecidos. La hice a un lado y crucé junto a la mesa y, al mirar hacia la izquierda, observé a la planta destrozada entre astillas del vidrio. El abuelo corrió la cortina y me miró sin decir nada. Me agaché para sostener a la planta de las esferas que se doblaba

como un hilo de nailon. Nadie respondió a mis preguntas. Al fin, el abuelo Ollie levantó el dedo para señalar a mi madre. La mataste, le grité. Por el bien de todos, dijo ella sin mirarme y aún con la cabeza pegada contra su pecho. Me ardía la mano enrojecida. Deseé degollar a mi madre, cortarle el suministro de sangre, como el señor Carnegie había hecho con su esposa y, luego, con él. Lo vimos desde el pasillo, tirado en un enorme charco rojo, dentro de su módulo que permanecía con la puerta abierta. Teníamos sed y él expulsaba todo su líquido hacia afuera.

Abrí la puerta y arrojé a mi madre al pasillo. Luego, a Frances. Mi madre se dejó guiar con la cabeza baja, pero mi esposa gritaba. No me importaron los Garrett cuando abrieron la puerta, ni mis manos ensangrentadas, ni las manchas de sangre sobre mi madre y mi esposa. Frances quiso entrar y la empujé. Cerré la puerta mientras escuchaba pasos fuertes de una carrera por el pasillo.

El abuelo se acercó y me sostuvo de los hombros. Me sacudió. No pude evitar el llanto. Me apoyé en su hombro en tanto él intentaba sostenerme a pesar de que se tambaleaba. Mientras me enderezaba y me guiaba hacia una silla me dijo:

—La planta no iba a vivir mucho más. Ya no podemos darle tantas moléculas. Tu madre tiene razón. Mira, yo nunca me llevé bien con ella, pero ahora tiene razón.

—No debió hacer esto.

—Cuando no llegaste me preguntó si había pasado algo y le dije que estabas con el médico. Se asustó. Le dije que te habían visto afectado y te iban a dar un tratamiento de luz. Allí fue cuando agarró a la planta y la rompió. No pude hacer nada. Frances quiso detenerla, pero tu madre cuando se pone así, no se la puede frenar. Hasta la golpeó a Frances, le tiró del cabello. Nos metimos los dos en el aseo. A todos nos afecta de una manera u otra. Tenemos que salir adelante, Devin. Tienes que ser fuerte. Déjame ver las manos.

—Quiero estar solo, abuelo. Cómo puedo estar solo si ella está todo el tiempo. No quiero volver a la Zona Médica.

—Debes volver. Aprovecha para serenarte.

—No quiero volver. No lo entenderías.

—¿Qué cosa? Confía en mí —dijo y acercó una silla para sentarse muy cerca y levantarme el rostro para obligarme a mirarlo.

—¿Es normal? Lo que hacen allí.

—No te entiendo. ¿Qué hacen?

—Las doctoras. Los doctores. No lo sé. Nunca lo había escuchado, ni me lo había imaginado.

—¿Qué hizo?

—Eso.

—¿Qué es? Si no lo largas, no lo entiendo —dijo en tanto se acercaba como si le fuera a contar un secreto en su oído.

—Me la jaló. —El abuelo se alejó de golpe hasta apoyar su espalda en la silla.

—¿Lo has hecho con ella?

—No, no. No fue así. Dijo que corroboraría que yo funcionaba. Hasta se llevó un frasquito. Dijo que era una muestra.

—Devin, los médicos hacen eso. Mira, una vez uno me metió el dedo en el culo. Fue espantoso, pero eso hacen, para ellos es una rutina como para nosotros separar una máquina.

—Esto fue distinto. No fue como cuando ese médico me apretó las bolas. Era como si a ella le gustase.

—¿O si te gustase a ti?

—¡Abuelo! No digas eso, no es cierto.

—Ya déjalo pasar. Era algo que debías hacer y está hecho. Debes pensar más allá de ti mismo. Era tu obligación, y la has cumplido. Y si estás así es por la planta. ¿No es cierto? Nada de esto sucedería si no estuviera esa planta.

—Ya no existe. Pensar que sobrevivió tanto para terminar allí, entre los vidrios. No quiero ver a mamá. Quiero estar solo. Diré que me afecté así me encierra en el C2.

—¡Nunca! No hagas eso. Voy a hablar con el padre de Ivo. Le diré que acelere la exclusión mañana mismo.

—No quiero que te vayas. Quiero que estemos los dos en un módulo. Podemos leer esos libros que aún no pude ni sacar del escondrijo. ¿Cuándo vamos a leerlos?

—No pienses ahora en eso. Piensa en tener unos días diferentes. Estaré con Ivo y pasaré tiempo con sus padres. El padre de Ivo quiere charlar asuntos conmigo, como fui representante...

—Ellos están en exclusión también —dije y escuchamos gritos y pasos. El abuelo levantó un resto de planta y se lo metió en el bolsillo. Yo metí el fragmento que tenía cerca dentro de una lata con arandelas y pateé el cilindro con el sustrato hasta debajo de mi cama. Entraron tres conectores con dos hombres de seguridad y cerraron la puerta.

—¡Quietos! ¿Quiénes son? —preguntó un hombre al conector.

—Devin Green y su abuelo, Ollie Green —dijo el conector Leroy.

—¿Ha cortado a alguien? ¿Se ha cortado? —me preguntó.

—Fue un accidente. A mi madre se le cayó un frasco, yo lo quise levantar y me corté. —Señalé los vidrios.

—Los del módulo de enfrente nos acaban de decir que usted arrojó a su madre y a su esposa al pasillo.

—No quería que se cortaran —dije.

—Ya veo. ¿Y por qué gritaba su esposa?

—Me habrá malinterpretado.

—¿Qué había en el frasco? —dijo mientras el de seguridad se agachaba y tocaba un resto del sustrato que se habría desparramado al moverse.

—No sé. Tal vez era un jarabe ya viejo.

—¿Cómo no sabe? —El de seguridad se levantó y me miró de cerca.

—Recién vino de la Zona Médica —dijo el abuelo.

—Yo lo traje —dijo Leroy—, pero estaba todo bien.

—¿Por qué fue del médico? —le preguntó el guardia a Leroy.

—Está afectado, nada contagioso —respondió Tylor.

—Si está afectado pudo haber querido matarse. Lo llevamos a que lo vuelva a ver el médico. Dejen entrar a las mujeres.

—No me dijeron que estuviera afectado —dijo Leroy frenando a Tylor que ni lo miró.

Mi madre, al entrar, se pegó contra la pared. Frances caminó hasta mi lado.

—¿Qué pasó, señora? —dijo el hombre.

—Lo que le dije. Fue un accidente —dijo mi madre.

—Sí, ya lo dijo. ¿Qué accidente? —El de seguridad insistió con mi madre mientras el conector Tylor se dirigió hacia la cortina. El abuelo dijo que si lo excusaban, estaba muy viejo y se iba a recostar; al caminar, hizo a un lado al conector Tylor que protestó mirando al guardia.

—Con el vidrio. Se nos cayó. Ya le dije afuera —dijo mamá.

—¿A quién?

—A Frances.

—Sí, se me cayó —dijo Frances.

—¿Qué no era a su madre? —el guardia se giró para mirarme.

—No sé, yo entraba, pero imaginé que era a mamá porque ella es siempre quien acomoda.

—¿Leroy, no has visto nada cuando abriste la puerta? —le preguntó Tylor.



—Con la poca luz, qué quieres que vea, ¿unos pedacitos de vidrios rotos?

—No deberían tener vidrio en el módulo. ¿Y si nos llevamos a este al médico? Que el doctor corrobore que no quiso matarse o matar a su familia y que no está demasiado afectado —dijo el otro guardia que había permanecido callado.

El conector Leroy y el guardia que nos interrogaba me acompañaron hasta la Zona Médica. El mismo médico que me había atendido esa misma jornada salió al escuchar ruidos. El guardia dijo: “Hubo un conflicto intrafamiliar entre el joven, su madre y su esposa; parece que quiso matarse con unos vidrios o degollar a su familia, pero él lo niega. Cuando llegué al lugar, las mujeres estaban en el pasillo porque él las había echado de su propio módulo”.

El médico solicitó al conector y al guardia que esperen afuera.

—Déjeme ver los cortes —dijo en tanto tomaba mi mano y la giraba—. No es grave. Son bastante superficiales. ¿Se cortó mientras agarraba los vidrios?

—Sí, fue un accidente.

—¿Le arrojó el vidrio a su familia?

—Mi madre lo arrojó. Fue un accidente. Yo lo quise juntar y me corté.

—¿Y cómo terminaron su madre y su esposa afuera del módulo?

—Las saqué.

—¿Por qué?

—Para que no vieran la sangre. —El médico me sonrió.

—Si voy a ayudarlo, mejor será que no me mienta. Si hay algo a lo que las mujeres no tienen miedo es a la sangre y menos si es la del hijo.

El médico me limpió la herida y me la cubrió. Trajo una silla que ubicó de frente, y se sentó.

—¿Y bien? ¿Qué sucedió?

—Es mi madre, siempre está respirándome encima. No nos llevamos bien. Me impone las cosas. El abuelo le ha dicho que ahora yo soy la cabeza de la familia, pero ella insiste como si ella lo fuera. Me impuso hasta el matrimonio.

—Las cosas se complican cuando se vive de esta manera, pero no hay opciones. Por eso está la exclusión. No es posible un traslado. Trate de no escuchar, decir que sí. Si nota que ella está irritable y nerviosa, avise al señor Chapman. Podemos darle algo para tranquilizarla por un tiempo, pero usted sabe cómo nos afecta esto. Tiene que intentar manejar la situación. Voy a

solicitar la exclusión ya mismo. Quiero que se concentre en su esposa, en los hijos que tendrá, en su trabajo —dijo y llamó a los hombres que esperaban afuera.

Me senté en el módulo de espera. Pasó bastante tiempo. Ya tenía hambre y calculé que sería casi la hora de acostarme. Al rato, escuché el timbre que nos indicaba la hora oscura.

El conector Leroy me acompañó de nuevo al módulo. Al entrar, Frances me recibió. Giré la cabeza porque no quería que me viera casi llorando. Me dijo que mi madre y el abuelo se habían ido, que estábamos en exclusión. Mamá estaba con los Garrett y el abuelo, con los Benson. Ella, en tanto me esperaba, había preparado la cena. Por momentos, me sonreía: al fin era la exclusión. Era nuestro tercer intento, pero si no teníamos hijos, nos someterían a evaluación. Recordé lo sucedido con la doctora. Tal vez creían que yo era inservible. ¿Qué harían con Frances? ¿Y conmigo? ¿Terminaríamos como los Adams?

Al acostarnos, ella me preguntó si quería intentarlo, pero volvieron las manos aceitosas de la mujer de la Zona Médica. Le respondí que estaba nervioso porque había sido un día horrible y que deseaba dormir.

## AÑO 183 DD / JORNADA 42

Con Frances limpiamos el módulo. Contra una de las paredes laterales acumulamos la chatarra. Nos propusimos deshacernos de aquello que no habíamos usado en años. Gracias a un permiso especial para usar una mesa del mercado durante el trueque, lo cambiaríamos por otros objetos. Lo que restaba, podría ser devuelto a la mesa de mi chatarrera y, desde allí, intentaría obtener alguna molécula previo trato con el conector.

Frances evaluó el espacio que nos quedaba. No era mucho, pero ya despejado parecía otro módulo. Incluso, me señaló un lugar para la cuna del bebé, entre las dos camas. Debíamos quitar un pequeño estante que colocamos para apoyar tazas u otros objetos. Le dije que me parecía bien. En el aseo, me quité la ropa que apestaba de sudor. Al tacto, mi piel estaba oleosa.

Puse la ropa sucia en el tarro para el lavado. Recién al otro día lo dejaría en la Zona de Limpieza. Volqué agua turbia en el recipiente y me mojé la cabeza. Sentí una caricia en mi espalda. Frances me dijo que ella lo haría. Estoy muy sucio, me excusé. No me importa, me dijo. Se quitó la ropa y la tiró dentro del tarro. Al volverme, observé su piel muy fina, su cuerpo redondo, los tubos de sangre inflándose e intentando salir de la piel. Solo la había visto desnuda cuando fue el matrimonio y en la segunda exclusión, pero jamás de pie. Luego, habíamos aprovechado cuando mi madre dormía metiéndonos en el aseo, pero no podíamos hacer ruido. Era tan incómodo, que desistimos y lo dejamos para las exclusiones. No obstante, por las noches, a veces sentía la mano de ella subiendo entre mis piernas. Casi siempre la apartaba porque mi respiración se hacía tan fuerte que rebotaba contra el metal y no deseaba que mi madre me escuchase. Otras veces, ella me tomaba la mano y la guiaba hacia su pecho. Me gustaba acariciarla. Ella era muy silenciosa. Yo sólo notaba el golpe de su sangre bajo la piel, más fuerte, rápido, con más vida. Luego, ella dormía con placidez. Yo, en cambio, permanecía más vacío que nunca, triste por esta barrera invisible que nos separaba. Esa jornada dentro del aseo, en cambio, no había barrera, pero habíamos vivido tanto tiempo separados que ella era tan extraña como un habitante de otro módulo.

Me mojó la piel con un paño mojado. Luego, me refregó con la barra de ecol, arrastrando la grasitud que se desprendía como virutas blandas. Me concentré en su caricia, pero no sentía nada. Mi cuerpo había muerto. Ella lo intentó durante un rato y, luego, entre llantos y desde afuera del aseo, me dijo: “Nunca te gusté”. No supe qué decirle. Preferí el silencio.

Debía cumplir como esposo y tener un hijo. ¿Cómo se podía engendrar cuando tu cuerpo estaba roto? Me obligaba, me desesperaba, y era peor. Más me desesperaba, más me entristecía, más asco me daba mi cuerpo, ahora ajeno. La piel insensible era un abrigo desgastado.

Los siguientes días, ella intentaba acercarse, pero desistía. A veces, yo la buscaba aunque me resultara una maniobra demasiado artificiosa. Me imaginé a Frances solicitando la anulación del matrimonio por haberle tocado un marido defectuoso. Volvía el rostro impávido de la mujer de la Zona Médica, que ahora certificaba que no era defectuoso. Entonces Frances me observaría con odio: la defectuosa sería ella.

Fue durante la hora oscura cuando analicé qué me sucedía. A pesar de la exclusión, cada jornada recibía tratamiento. Al entrar, el médico me preguntaba si la exclusión iba bien. “Perfecto”, era mi única respuesta. En parte, por vergüenza; en parte, porque temía que me hicieran algo. No había estado siempre roto. Antes sentía, y mucho. En una de las salidas nocturnas que habíamos planeado en la escuela con Shiri, Arden, Nicole e Ivo, caminamos por los pasillos a hurtadillas. Eso era todo. Ocultarnos bajo una mesa desmantelada del mercado y permanecer allí, hablar en voz baja, escapar lo más lejos que podíamos de la mirada de los demás. Esa emoción de romper la rutina, de caminar al borde de lo prohibido, de estar siempre a punto de ser descubierto, me lanzaba como un resorte. Debajo de la mesa, los cinco, apretujados y con la respiración fuerte, en la oscuridad y con el silencio cortado por nuestro aliento, sentí la mano de Shiri en mi pierna. Una aureola de calor se desparramó por mi cuerpo. Me moví hasta pegarme a ella y cerré los ojos, me concentré en ese detalle, quería que Ivo, Nicole y Arden nos dejaran solos. El olor dulzón de su cuerpo era de un rojo pálido. No me atreví a acariciarla. Estaba protegido por esa oscuridad. Ella no podía notar mi excitación. Los pasos de unos de los conectores nos sacó de ese refugio. Nos metimos por los pasillos. Arden pateó las puertas de ingeniería y gritó que se levanten, cagones. Reíamos, en tanto corrimos por el pasillo principal, hasta nuestra zona; nos separamos, como habíamos acordado, para distraer al conector que, cuando doblé por mi pasillo, continuaba tras de Arden y de Ivo. Corrimos con Shiri de la mano, mi módulo estaba antes que el de ella. Su mano se desprendió y su risa fue lo último que percibí en la oscuridad que se llevaba su cuerpo y mi felicidad. Mi madre me había visto salir del módulo, pero no se opuso. Luego, ya de adulto, supe que se permitían esos momentos para compensar los años que seguían.

Fueron esas imágenes que recreaba de Shiri, lo que hubiera sucedido si hubiéramos estado solos debajo de la mesa y si nadie nos hubiera descubierto, lo que me devolvió parte de mi cuerpo para estar con Frances. Al comienzo, con rapidez, durante la oscuridad, pero luego, nos buscábamos al volver de nuestro trabajo, antes de salir al comedor. Nos valía la mesa, probamos en el aseo, sobre el suelo de metal. El aire bueno que recibía en la Zona Médica me había despejado el cansancio, los músculos estaban más fuertes y había desaparecido el dolor. Disfrutaba del cuerpo nuevo, las proezas que éramos capaces de realizar, el juego que rompía nuestras labores diarias y la risa; descubrí que Frances era cosquillosa, que de niña le gustaba bailar e inventar nuevos movimientos, que puede tocarse la punta de los dedos del pie sin doblar las piernas.

Durante la exclusión, hablé con Frances sobre la planta, le conté mi charla con el Loco, mis tratos con Steve. Le dije que no había querido decirlo antes por miedo, por no estar seguro, pero que era tan difícil encontrar un tiempo para pensar con claridad. Ella me respondió que me perdonaba, que debíamos dejar la planta en el pasado. Luego, me preguntó si había tenido algo con Steve y le conté que jamás, que no sentía atracción por nadie y que jamás había pensando en otro hombre. Temí que me preguntase si ella me atraía, pero se calló; le bastó quizás saber que yo no había tenido más amante que ella. Fue inevitable pensar en mi padre, en las dificultades que debió enfrentar para continuar con su relación con Tom Pellesen, en el odio de mi madre vuelto hacia el abuelo. Frances era distinta a ella. Ahora había comenzado a conocerla. Quería conocerla, saber con quién me había casado; deseaba poder amarla y que ella reparase mi cuerpo de la misma manera en que lo había hecho Shiri.

## AÑO 183 DD / JORNADAS 61-66

### I

En la chatarrera, el abuelo me había contado que, por intermedio de Arden, Steve supo lo sucedido con la planta y que insistía en presentarme, durante el trueque siguiente, a quien podría ayudarnos.

Más por curiosidad sobre la ayuda propuesta que por deseos de volver a mencionar a la planta, me acerqué al módulo de Steve.

—Voy a presentarte en el mercado a un hombre que conoces, pero quiero que hables con él.

—¿Quién es?

—El Loco.

—¿El Loco? ¿Para qué? ¿De qué ayudas hablas? —Recordé las veces que había visto a ese hombre en el mercado, el miedo que me impedía acercarme demasiado a él.

—Podría comprar la información de la planta a buen precio. ¿Aún la tienes?

—La guardamos entre dos hojas gruesas, pero ya no está viva.

—No importa. Quizás podríamos intercambiarla.

—No voy a intercambiarla. ¿Has cerrado el trato?

—No dije nada. Solo vamos, te lo presento y hablas con él en privado.

—¿Sobre qué?

—Le dices que tienes algo de información que cambiar. Él tanteará si le apetece. Dile que es algo fuera de lo común. Ahí regateas y observas cómo sigue la cosa. Él estará muy interesado. No hay nada que perder.

—Ya dije que no quiero saber nada con la planta. Creo que el contacto con ella me ha afectado —dije observando la puerta del módulo.

—¿Y te has recuperado?

—Estoy bien. Por eso no quiero volver a lo mismo. Me da pena pensar en que la ayudé a crecer solo para que la mataran.

—Ya me contó Ollie. Te entiendo, pero vamos, hablamos con él y luego decidimos qué hacer. Solo él puede decirnos qué es. Al menos saber a qué nos enfrentábamos. Quizás sea un espécimen en el que ya Colonia Bórax estaba trabajando y asunto solucionado. Podemos seguir adelante.

—Está bien. Hablaré con él. Pero si deseo no seguir, acá se terminó todo.

—¿Podrías darme la planta en caso de abrirte? —dijo Steve.

—No lo sé. Lo pensaré. —Desprenderme de la planta era doloroso, aún si

estaba muerta.

Enseguida nos fuimos de su módulo y nos dirigimos hasta el mercado. Fingimos interés en una ropa. Steve se probó dos gorros. Más allá, Andy vociferaba una nueva visión. En el tramo final, hacia el rincón izquierdo, nos acercamos a la última mesa que exponía la misma chatarra de hacía meses. Steve golpeó sobre un tarro. Desde atrás de una cortina oscura y sucia, se asomó la cabeza del Loco, ese afectado que todos conocían, inofensivo, pero que era mejor mirarlo de lejos.

Él movió la mano para que lo siguiéramos. Entramos a un módulo cuya entrada estaba escondida detrás de unas cortinas muy gruesas. Me sorprendió el orden: esperaba un sitio sucio y repleto de chatarra. Luego, nos hizo un gesto para que nos sentáramos. Desde el taburete pude observar una cama enorme con mantas que parecían suaves, algunos muebles con cajones, una lámina en una de las paredes. El Loco dijo que si quería ver el cuadro de cerca, podía ir. Al acercarme, observé a unas personas sobre una manta amarilla. Más atrás, otra manta de un azul fuerte.

—¿Dónde es esto? —le pregunté.

—Se supone que es de arriba, de antes del descenso. —El Loco se acercó y permanecimos observando la lámina; luego, se sumó Steve—. Eso amarillo es arena. Lo celeste es el mar bajo un cielo claro un día de sol. Así eran las playas. El contacto entre la tierra y el agua.

—¿Cómo lo sabe? ¿Cómo sabe el nombre de todo esto? —le dije.

—Sé muchas cosas. Considéralo un regalo por mi amistad con los Presco. ¿Cómo está tu abuelo, Steve? —dijo y se volvió a sentar en tanto yo no podía despegarme de la lámina.

—Igual que siempre. Algunos días habla sin sentido, nadie le entiende. Otros, no habla. Pero está bien.

—Lo saludas de mi parte. ¿No se sienta? —me dijo el Loco.

—Perdón, me quedé pensando.

—Yo me quedé pensando también cuando la vi por primera vez. Cada tanto me siento delante y me imagino lo que será tener toda esa agua a mis pies.

—¿Cómo la consiguió?

—Eso es algo que no puedo decir, Devin. Se parece mucho a su padre y a su abuelo. Más al abuelo con esa barba y sin cabello en la cabeza.

—¿Conoció a mi padre?

—Hice algunos trueques con él. Un hombre muy inteligente y muy capaz, pero muy poco práctico.

—Yo apenas si me acuerdo de él.

—Fue una pena lo del accidente.

—Sé que murieron muchos.

—Así sucede por la seguridad de la colonia —dijo el Loco.

—Debo irme. No podemos estar los dos aquí. Si nos ven salir juntos... Ya le adelanté que tenías una información para cambiar por algo importante. Loco, te dejo los saludos de mi papá —le dijo Steve y extendió la mano.

—Un placer siempre recibir a los Presco. Espero que sea así también con los Green —dijo y me miró mientras Steve salía.

—No estoy seguro del trueque —dije limpiándome las manos en los pantalones.

—Bien. Así se hacen acuerdos. No se entrega todo de una. Se tantea el terreno. ¿Le enseñó su abuelo?

—No. Me lo dice la desconfianza.

—Steve me dijo que tenía algo inusual. Algo que no se ha visto en la colonia. No sé si le contó de mí y de mis negocios, pero no comercio con chatarra.

—No me dijo mucho salvo que compraba información.

—Sí, es mi negocio, pero no lo diga por ahí. Esto es muy reservado.

—¿Cómo los conectores no lo descubren?

—Eso no puedo decirlo. Digamos que yo también sufro de la misma desconfianza. Así sostengo mi puesto en el mercado. ¿Qué quería a cambio de su información?

—Aún no estoy seguro de negociarla.

—Vamos a suponer que se ha decidido.

—¿Qué tiene para ofrecerme? —dije sintiendo un malestar en el estómago.

—Información.

—¿Qué información?

—Sobre el accidente de su padre.

—Eso yo también lo tengo. Mi abuelo me contó los detalles.

—No todo. Hay ciertos detalles que no se han sabido. Pero yo también tengo que confiar a quien entrego la información. Steve me ha dicho que eres de confiar, pero me enteré de su afectación.

—Ya estoy mejor. No soy el único afectado —dije con un cambio de tono, moviéndome en la silla.

—¿Lo dice por mí? Cuando tenía un poco más de su edad, quise morir. Me daba la cabeza contra las paredes hasta hacerme sangrar y quedar tirado en el



piso, casi inconsciente. Fue cuando descubrí que jamás saldría de aquí abajo. El aire se me hizo más pesado; la luz, menos luz. Intenté escapar, pero siempre al final del pasillo hay una pared o una compuerta. Tomé una decisión: vivir. Me aferré a algo. Comencé a juntar información: qué sucedió con tal familia, cuántos catanes había en cría, quién daría el discurso del Día de la Salvación, cuántos pasos entran de la punta del pasillo principal hasta la otra punta. Eso evitó que me embruteciera. Y lo hice mi medio de vida. Pero hay una información que más pago y es la del arriba. ¿Me entiende? Esa es la que más necesito. Creo que ambos tenemos eso en común.

—Yo prefiero no pensar en el arriba.

—Bien. Entonces supongo que ese cuadro no significa nada —dijo y me giré para observar la lámina.

—No dije que no significara. Dije que prefería no pensar.

—¿No hay algo que quiera saber? Piensa en esto. Le propongo que piense qué asunto quiere saber y yo se lo ofrezco. Tengo información sobre el arriba, cosas que nunca hubiera imaginado. Dime qué es aquello del arriba que más desea saber —dijo y me observó con fijeza; me sentí evaluado y traté de fingir, pero supongo que mi temblor en las manos me delató.

Pero me fui, luego de decirle que necesitaba pensarlo y se lo haría saber durante algún trueque. Me acompañó hasta su mesa del mercado, fingimos mirar la chatarra y, cuando me alejé, observé a Arden haciéndome señas. Ya junto a él, me preguntó cómo había resultado el encuentro con el Loco. Le comenté que hablamos de la esfera. Él me dijo que estaba de acuerdo con Steve, que Ivo y Shiri pensaban lo mismo, que era preferible saber de qué se trataba, que no podrían continuar con eso girando en sus cabezas todo el tiempo; además, si el Loco pagaba por la información, era posible recuperar parte de las moléculas perdidas en la crianza de la esfera. Le dije lo mismo que al Loco. Arden se sorprendió ya que había creído que sería el primero en aceptar la idea e insistió hasta que el abuelo me rescató y me dijo que me había extrañado y nos abrazamos.

Despedí a Arden, deseaba pasar tiempo con el abuelo ya que también lo había extrañado. Él me compró una bebida fuerte, fermentada. Solo un vaso por persona, según las nuevas reglas. Decidimos que era un buen momento para tomar algo juntos. Me contó que la noche anterior había dormido mejor.

—¿Cómo van las cosas con Frances?

—Estamos bien. La estoy conociendo y la pasamos bien juntos. A veces nos reímos hasta las lágrimas.

—No sabes cuánto me alegra que hayas congeniado con ella. Le hará bien salir de abajo de la pollera de Sasa. Tu madre es más sofocante que una compuerta cerrada.

—Frances es diferente. Creí que era más parecida a mamá pero no, es alegre, en el fondo.

—Es buena chica. Tuviste suerte —dijo bebiendo un sorbito con la vista hacia el mercado—. Te vi saliendo del Loco.

—Me lo presentó Steve. ¿Lo conoces?

—No mucho, pero Ron solía visitarlo seguido. Es un hombre fuera de lo común. Yo he ido luego de la muerte de tu padre.

—Me dijo que tenía información sobre el accidente —dije y me frené al escuchar a una pareja sentarse junto a nosotros—. ¿Podemos hablar luego?

—Acá está movido. Ya hablaremos cuando se levante la exclusión. No pagues por esa información que yo ya la he pagado.

—¿Por qué nunca me dijiste? —susurré.

—Ahora eres un hombre y puedes comprenderlo. Me voy. Disfruta de este momento de exclusión.

—No sé si deseo hijos —dije y el abuelo volvió a sentarse.

—Yo también dudé. Toda persona que pueda pensar en todo esto, duda. Pero ¿qué sucedería si todos dudamos y dejamos de tener hijos?

—Se acabaría la humanidad.

—Es un sacrificio que debemos hacer. Gracias a Ron ahora estás aquí. Es lo que me digo cada jornada cuando te veo trabajar a mi lado. Es lo que me anima a seguir y seguir.

—¿Qué sucede si mi hijo se enfermase? ¿O tuviera un accidente?

—Será lo que sea. Hay siempre algo inevitable. Yo, no sé si lo dije lo suficiente: te quiero, Devin. Acá, en el pecho, acá estás siempre. Y estoy muy orgulloso —dijo y me besó en la frente; se fue mientras continué con la bebida que resbalaba por mi garganta como un fuego.

## II

El día del fin de la exclusión, Frances me dijo que ahora ella había comprendido que yo era quien importaba y que me apoyaría. No deseábamos el fin de la exclusión, pero como me había dicho el abuelo, era inevitable.

El conector Leroy golpeó la puerta del módulo para indicarnos que la

exclusión había caducado. Cuando abrimos, observé a mi madre y mi abuelo con sus atados de ropa. Ni bien el conector Leroy cerró la puerta, permanecimos de pie sin saber qué decir. Aún el aire estaba viciado. Frances le mostró a mamá los cambios en el módulo, el nuevo espacio y la chatarra que habíamos intercambiado. Además, ella había preparado una celebración. Juntos, acomodamos en la mesa una comida especial, estrenábamos un mantel colorido. Abrí una botella y serví una bebida refrescante. Frances cocinó tortilla de catán, crema de cono, tubitos de narí.

El abuelo solicitó un brindis por la familia. Mamá evitaba mirarme. El abuelo me hizo un gesto con la cabeza señalando a mi madre.

—Mamá, siento mucho todo lo ocurrido. Con Frances hablamos de lo importante que es que podamos vivir tranquilos. Soy la cabeza de esta generación y debo llevar la familia adelante. Trataré de hacerlo lo mejor que pueda.

—Espero que sea sin secretos. Ya ves. No he hablado con ningún conector. Jamás te pondría en peligro, solo espero que no pongas en peligro a tu familia.

—Pienso en la familia. Es por eso que pido que me respeten como cabeza de generación —dije y percibí la misma tirantez de siempre. Frances apoyó su mano en mi espalda.

—Si piensas en la familia, no puedes volver con los secretos —dijo mamá.

—No volvamos sobre lo mismo. Sasa, has cometido errores al ser cabeza de generación con Ron. Deja que Devin tome sus decisiones y concéntrate en tu rol ahora, hazte a un lado para dejar lugar a la generación siguiente.

—¿Aunque sea vivir de mentiras? ¿Cómo las de Ron? —le dijo mi madre a mi abuelo.

—Sobre eso quiero hablar. Te pido, Sasa, no interrumpas. Si no estás de acuerdo en escuchar lo que tengo que decir sobre el accidente de Ron, te puedes meter un nailon en las orejas o meter la cabeza dentro del tarro del meo para no oír, pero déjame hablar.

—Si van a hablar de Ron, voy a escuchar. Pero veo que los secretos y la mentira es lo que hacen a los Green, anda sabiéndolo, Frances —dijo, pero Frances no respondió. Mi madre la miró con detenimiento, luego se detuvo en la mano de Frances que apretaba la mía.

—Sobre el tema de Ron. Es algo que siempre me costó hablar. Ahora que estoy tan viejo, ya pasé la edad esperable de morir se hace rato, los recuerdos de Ron vuelven más fuertes —dijo mientras le llené el vaso—. Cuando supe que Ron veía a su amigo de la infancia, Tom Pelleesen, tuve miedo de perderlo.

Si me oponía, Tom me odiaría y perdería a Ron; si no me oponía, también lo perdería si la colonia se enteraba de lo que estaba sucediendo. Decidí que Ron decidiera qué hacer. Era su secreto, era su vida, él era la cabeza de la generación. Me hice a un lado. No sé si debí. No supe qué hacer. Cuando Sasa se enteró...

—Entré al módulo y los vi en mi cama. Se imaginan qué estaban haciendo —dijo mientras el abuelo se tapó los ojos en el gesto que aplacaba su enojo.

—Hablé con Ron, le dije que debía decidirse. Él amaba a Tom de una manera diferente. Cada uno a su manera...

—¡A mí nunca me amó! —gritó mamá y pegó un puñetazo sobre la mesa y se volvió a callar.

Luego de unos instantes de silencio, el abuelo retomó su relato:

—Cuando llegaron los conectores avisándonos de una fuga de gas en la Zona de Cocina, fuimos de inmediato con Ron y con otros ingenieros. No era la primera vez que alguna manguera no funcionaba o fallaba el sistema. Lo solucionábamos con rapidez cortando las llaves de paso. Si era necesario, como ahora, llamábamos a los chatarreros para que nos alcanzaran los materiales. Los conectores disponían mesas en el mercado o en la aprendizaje con la comida principal, en tanto reparábamos los desperfectos. Con Ron y Michael observamos que era grave. Apenas se podía respirar. Dimos la señal de cierre de los módulos y todos se encerraron en ellos. Alguien había tajeado las mangueras. La llave de paso estaba soldada. Era imposible cerrarla. Corrimos hasta la llave principal, pero también estaba soldada. No había manera de frenar la pérdida. Permanecí estupefacto. Nunca imaginé nada por el estilo. Le dije a Ron que iría a buscar algo para arreglar la llave y al salir escuché el cierre de las compuertas. Se cerró la compuerta de la Zona de Cocina que abre al pasillo, la de la Zona Comedor, de manera que ese espacio quedó aislado. Adentro aún permanecían algunas familias recostadas en el suelo porque estaban descompuestas. No sabíamos si mover a esas personas o volcarnos a reparar las llaves. El equipo médico se negó a entrar, dijeron que no podían morir, que eran los médicos del conjunto y que, si ellos morían, no quedaríamos sin médicos, y se encerraron en su zona, en la Zona Médica, lindera a la Zona Comedor por su parte trasera. Si ocurría una explosión, de todas maneras, hubiera afectado a sus módulos. Supe cuando observé las compuertas cerrarse que algo horrible terminaría con esa jornada. Agarré del cuello al conector Blech y lo estampé contra la pared. Su cabeza rebotó como una tuerca pegando contra la pared de metal. Abra la compuerta, le dije. Es

tarde, lo siento, me respondió. Abrí o te mato. Lo hubiese matado si no fuera porque el conector Tylor me arrastró junto con un guardia. Me decían que obstaculizaba, que ponía en peligro a toda la colonia y me encerraron en el C2. Yo les decía que se vayan a la mierda, que solo me interesaba mi hijo. Me dijeron: “Tu hijo el que se deja romper el culo”. Sírveme más, Devin —dijo el abuelo antes de seguir—. Estuve apenas unas horas. Supe que no había esperanza para Ron ni para nadie que estuviera ahí dentro por la gravedad del asunto. Supe que era lo que había que hacer, pero yo no podía. Supe que al cerrar las compuertas accionarían el respiradero y que enviarían al gas afuera. Escuché el estruendo, lo sentí bajo mi cuerpo ya que estaba sentado en el suelo metálico. Supe que el gas no había sido quitado a tiempo. También que si había sobrevivientes, se asfixiarían, ya que para sofocar el fuego se cerraría la ventilación: sin aire, el fuego no quema. A pesar de mis gritos, no me soltaron enseguida. Estuve unas horas que fueron tan largas como mi vida. Lo siento, me dijo el conector Tylor. Dudé si hablar de los tajos en las mangueras. Los demás estaban muertos. Cuando me dejaron salir, permanecí fuera de la compuerta, del otro lado del accidente, sentado, en el suelo. Los conectores no me obligaron a irme. Me dejaron allí, me esquivaban como a un bulto. Fue lo que quedaba de mi familia la que me ayudó a levantarme y volver al módulo. Devin jugaba en un rincón. Cuando me vio entrar, me dijo que si había escuchado, escuchaste abuelo, cómo sonó todo. Estaba contento. Era algo diferente. Me preguntó si se estaba abriendo el techo. Lo mandé a jugar a la cama. El módulo era grande y no nos escucharía. Le di la noticia a Sasa. Aún no permitían salir de los módulos por el accidente, estarían evaluando la situación y los conectores no habían hablado por los altavoces. Fue triste. Mi giré y miré la ropa de Ron. No podía creerlo. Nadie podía creerlo. Luego, lo de siempre. El rito del cuerpo. Se había asfixiado. La explosión no le alcanzó, me dijeron para que me conforme con que su cuerpo no estaba roto en pedazos. Murieron como veintitrés personas.

—Tom no murió —dijo mi madre.

—No. Él no murió. No estaba allí.

—Tenía que estar —dijo mamá.

—Pudo haber estado. Estaba en ingeniería —dijo el abuelo—. Nunca conté lo de los tajos en la manguera. Pudo haber sido alguien de cocina.

—¿Y la llave sellada? —pregunté.

—Eso no. Solo los de ingeniería tienen las herramientas y los recursos para soldar el metal. Incluso, es algo que requiere de expertos. Por eso hay que

solicitar permiso para hacerlo y es para los sistemas principales.

—¿Estás diciendo que a Ron lo mataron? —dijo mamá.

—No lo grites, Sasa. Por favor.

—¿Esperas que me quede callada mientras Ron está muerto? —dijo mamá levantando la voz.

—No es tan fácil. No sólo murió Ron y no me quedé callado. Los conectores se enteraron. Decidieron que estarían atentos, pero no darían a conocer la información. ¿Te imaginas lo que habría sucedido si la colonia se enteraba de que fue intencional? Habría sido un desastre mayor.

—Pero Ron está muerto —dijo mi madre en tanto se limpiaba las lágrimas.

—Exacto, Sasa, nada podía devolverlo a la vida.

—Podríamos haber vengado la muerte.

—Por eso no te lo confié. No piensas, Sasa. Pensé en Devin. En las familias. En los vivos. Esto es todo lo que tenemos. Luego ya no pude volver a ingeniería. No pude seguir viviendo en el módulo, viendo a Ron caminar como un muerto, era todo muy doloroso.

—Y nos hundiste en este hoyo. Si hubieras pensando en Devin, estaríamos mejor, tu familia no pasaría sed ni hambre.

—Temí por la información que tenía y pedí el traslado. Me lo aprobaron rápido. Me lo debían, por la muerte de Ron. Insistieron en que me quede, me dieron un plazo de un año de prueba. No quise volver. No podía.

—Por tu conciencia, te remuerde la conciencia —dijo mamá.

—No. No es eso. Son los fantasmas.

—¿Quién cortó la manguera? —pregunté.

—Nunca se supo. Nunca volvió a pasar de nuevo. Bueno, es todo. Tenemos que seguir. Sasa, te pido que guardes esto para nosotros —dijo el abuelo pero ella no respondía —. Sasa, ¿puedes?

—Lo haré por Devin. Pero no estoy de acuerdo, Ollie. Siempre fuiste un viejo manipulador. Solo te quieres morir con la conciencia en paz. Nunca la tendremos. Ya que llegó la hora que el viejo Ollie diga lo que le pesa, yo diré que nunca fui parte de esta familia. Nunca me aceptaron. Nunca fui buena para los Green. Ron apenas si me dirigía la palabra y tú, Ollie, siempre me ignoraste. Sólo me agradeciste cuando nació Devin. Todo era Ron y Devin. Yo era quien limpiaba, quien les llenaba los vasos, les remendaba la ropa, hacía trueque para que no faltase nada —dijo mirando al abuelo y, luego, me miró —. Espero, Devin, que no hagas lo mismo con tu esposa. No te lo permitiré. Frances, no se lo permitas.

—Ya hablamos con Devin en la exclusión. Estamos bien. Esperamos que la familia crezca pronto —dijo Frances.

—Es tiempo de que nazca nuestro primer hijo —agregué, pero pensé en el dolor de perderlo.

### III

Al día siguiente, durante un descanso en la chatarrera, el abuelo se sentó a mi lado mientras se limpiaba la cara con un trapo roñoso.

—Limpiarse con eso no limpia mucho.

—Al menos me seca y me saca lo aceitoso de la cara.

—Aún me duele que no me contaras la verdad del accidente.

—Hace mucho que debíamos haber tenido esa charla, pero no me era fácil.

—No entiendo quién pudo hacer eso. Quien lo hizo aún sigue en la colonia.

—Hay algo que me reservé. No quería contarle delante de tu madre. No confío en ella a pesar de su juramento. Cuando se altera, no piensa.

—Debió ser duro para ella, abuelo.

—Ella cambió cuando murió Ron. Se comía la ira, el odio. Nunca quiso volver a unirse en matrimonio y eso que era muy joven. Podría haberse casado con alguien de otra colonia. Le dije que no me oponía. El médico que la vio, a los meses de la muerte de Ron, le recomendó que se una en matrimonio. Pero no quiso. Nunca perdonó lo que le sucedió. Nunca perdonó a Ron por tener esa relación, por mentirle. Ella ya había vivido la vida.

—¿Cómo es eso?

—Ya se había casado con un ingeniero, tendría tres hijos en total, se habían trasladado a la colonia Bórax, su marido fue votado representante de una buena zona. Sasa ya vivía la vida del futuro en el presente. ¿Entiendes?

—¿Dices que se lo imaginaba? Eso suena a afectado.

—No te acuerdas de esa época. Ella era soñadora. Aportaba buenas ideas. Incluso, muchas ideas de Ron eran de ella. Cuando Ron murió se llevó el futuro perfecto. Ya no podía pensar en la vida en Bórax. Creo que allí vio la realidad: su marido estaba enamorado de otro hombre y había muerto en un accidente extraño.

—¿Y el Loco? ¿Qué te dijo?

—Yo le vendí información. Le dije lo que había sucedido, lo de la llave y lo de los tajos a cambio de que averigüe quién había sido. Me dijo, al tiempo,

que los conectores sospechaban de Tom.

—¿Tom Pellesen?

—Ron había planeado no verlo más. Quería tener más hijos y concentrarse en su familia. Tom ya tenía esposa y esperaba su primer hijo. Casi no podían verse. Se torturaba y pensaba que lo mejor era cortar el asunto y dejarlo en el pasado. Tom nunca lo aceptó. Dijo que prefería morir antes que vivir sin él. Nunca se supo si fue él o no el de la manguera y la soldadura. El Loco no pudo confirmarlo, pero tuvo que ser alguien de ingeniería y Tom Pellesen tenía los motivos. Deberían haber comenzado una investigación desde Colonia Bórax. Trataron el tema como un accidente por una pérdida y nunca hablaron más. Me dolía ver que la colonia seguía a pesar de todo, aunque no solo por Ron. La familia Leiker desapareció toda. No hay más Leiker.

—Abuelo, ¿pretendes que me quede callado?

—Sin pruebas, no hay nada. No te guíes por el odio como tu madre. No podemos confirmarlo. Podría haber sido alguien afectado, otra persona. Si se reaviva, podrían reanudarse los conflictos entre ingeniería y las otras zonas. Me llevó muchos años continuar y darme cuenta que, haga lo que haga, Ron no volverá.

—No podré ver a los Pellesen de la misma manera.

—No tendrás que verlos. Están en ingeniería. No te cruzarás casi nunca con ellos.

—Ahora entiendo tu decisión de ser chatarrero.

—No estoy seguro si fue una buena elección cuando pienso en las generaciones de Green que siguen.

—Me gusta lo que hago, abuelo. Me gusta porque tenemos estos momentos juntos.

—Eso sí, en ingeniería no hay momentos como estos. Todo es mucho más controlado porque las moléculas son importantes. Además, más moléculas te ofrecen si armas más moléculas. Y puedes hablar mientras armas, por eso nos sentábamos poco tiempo a dialogar. Disponíamos de más tiempo libre en el comedor. Es tan diferente a esto.

—¿Cómo el Loco consigue toda la información? ¿Es segura o la inventará?

—Los conectores no se meten con él. Jamás los he visto intervenir en el mercado. Quizás sea un soplón de los conectores y les venda información. De esa manera lo dejan tranquilo. Hace unos años se había dicho que era un soplón de la Colonia Bórax.

—¿Pertenece a ingeniería? No toma la comida principal nunca con nosotros.



—No lo hacía con ingeniería tampoco. Creo que tiene su propia zona. Debe de comer en su módulo o en un horario extra, quizás hasta lo hace con los conectores.

—Casi nunca sale. Una vez lo vimos por el pasillo principal. Todos lo miraban y se movían para no chocarlo.

—Yo lo he visto tres veces por los pasillos —dijo mientras tiró el trapo sucio sobre unas cajas metálicas y se levantó—. Volvamos a trabajar que ya nos hemos tomado demasiado tiempo.

## AÑO 183 DD / JORNADAS 70-78

### I

Mientras separaba unas planchas metálicas valiéndome de un objeto punzante, el conector Blech apareció en la chatarrera. Levantamos la cabeza al unísono y esperamos a que hablara. Él casi nunca visitaba la zona para hacer de nexo con ingeniería ya que lo correcto era que hablase con el conector Leroy, pero en esa jornada me gritó desde la puerta para que lo siguiera. Temí que mi madre hubiera hablado. Observé las arrugas de la frente del abuelo volverse más profundas. El padre de Ivo se acercó al Blech y le preguntó el motivo del llamado, pero el conector ni lo miró. Ya junto a Blech le pregunté qué sucedía, pero él se giró en silencio y salió.

En el pasillo general, observé a los de ingeniería ocupar el comedor. Pensé en la planta de las esferas. Al doblar hacia la derecha, continuamos por el pasillo, hacia el mercado; luego, hacia la zona de ingreso de los módulos de los conectores. El C2, la Zona de Exclusión. Quizás, pensé, todo había sido descubierto y era conducido a la celda.

Al llegar al mercado, el conector Blech cruzó los puestos vacíos. Cuando se frenó, para mi sorpresa, fue frente a la mesa repleta de chatarra a la que el Loco ni siquiera removía, a pesar de la norma de despejar los puestos antes del cierre del mercado.

El conector se frenó y me dijo que pase. Al entrar, observé al Loco sentado en un banquito, debajo de la lámina del antes. Me invitó a sentarme.

—¿Qué sucede? —pregunté aún de pie, desconcertado.

—Nada. Podemos hablar tranquilos.

—¿El conector Blech? —dije sin sentarme.

—Era el único que podía sacarle de su zona de trabajo en este momento. ¿No se sienta? ¿Quiere mirarme desde arriba? —dijo mientras me señalaba un asiento de patas cortas y de hierro—. ¿Has pensando qué deseas a cambio de la información tan especial que guardas?

—Ya le adelanté algo de información. Le dije que era del afuera.

—Eso no es suficiente. El banco dónde está sentado es de afuera. Los objetos rotos que nos traen también son de afuera.

—Esto es diferente.

—¿Qué es “esto”?

—Quiero que me des la información que deseo y si vale la pena le daré lo

que tengo —le dije irguiéndome mientras él sonreía.

—Tenemos un problema. Yo pienso lo mismo. Quizás lo que me venda no vale la información que te daré y habré perdido. Le diré cómo hago siempre: me piden una información, me brindan un adelanto mientras comparto lo que sé y, si no es suficiente, consigo lo que resta. Luego, volvemos a terminar las informaciones y asunto sellado.

—¿Y si no la consigue?

—Ambos habremos otorgado algo de información a cambio. Si desconozco lo que me solicitan, lo aviso. Por el tenor de la información puedo saber si es posible conseguirla y qué recursos necesitaré. En esto es fundamental la sinceridad. Es lo que posibilita que luego podamos volver a negociar.

—¿No comercia con moléculas?

—Solo cuando lo que me ofrecen me interesa mucho. ¿Desea moléculas?

—¿Qué le dieron los Presco para que me ofreciera moléculas?

—¿Qué moléculas? —dijo levantándose para volver a sentarse luego de acomodar su ropa.

—La de la otra vez, en la bolsa.

—¿Es la información que desea?

—No. Una curiosidad.

—La mayoría de la información que me demandan es curiosidad.

—Entonces, no me lo diga. No me interesa —dije y amagué con levantarme, pero él me detuvo.

—Espere. Esas moléculas eran de los Presco. Yo solo hice de intermediario y se las pasé como gesto por la amistad que tengo con su abuelo. ¿Desea intercambiar su información por moléculas?

—No. Deseo información. —Desde donde estaba me llegó el aliento del Loco tras un suspiro.

—¿Y qué información quiere?

—Del arriba. Del antes —dije observando el colorido de la lámina amarilla y celeste.

—Es mucha información. ¿Qué desea saber en concreto?

—Cómo era vivir afuera.

—Bueno, nos interesa lo mismo. Yo quiero saber algo nuevo, como dije la primera vez que vino a mi módulo. Voy a confiar y le daré parte de la información. Luego, me dirá qué es eso que ha causado tanto revuelo entre los Green.

—¿Cómo lo sabe? ¿Steve le dijo?

—Compré la información de lo sucedido en su módulo. La pelea con su madre, los gritos, los vidrios...

—No creo que eso sea correcto, meterse en la vida de los demás de esa manera, fomentar que hablen de vecinos —dije y me moví varias veces en el asiento hasta encontrar una postura más cómoda.

—Si va a negociar conmigo, se volverá un susurro. Es lo que soy y es en lo que se convierte al venir aquí. Yo le pasaré información que me han susurrado. No quiero perder el tiempo. ¿Está de acuerdo o no?

—Está bien.

—¿Hacemos trato?

—De acuerdo —dije y respiré hondo volviendo a sentir dolor en el estómago.

—Bien. El afuera. ¿Por dónde comienzo?

—Las estrellas.

—Esta tierra es una enorme esfera flotando en el cielo.

—Eso me lo contaron en aprendizaje —dije y el Loco rió de tal manera que su carcajada rebotó en las paredes tornándose una muchedumbre.

—Entonces, ¿para qué pregunta por las estrellas?

—¿Aún hay estrellas? ¿Ahora las hay? ¿Arriba nuestro? Si subiera, ¿podría verlas?

—Creo que sí ya que son planetas como el nuestro. Dicen que el cielo está oscuro, cubierto de un velo espeso, como una cortina. Y hace mucho frío por el daño que hemos producido en la Última Guerra. Las estrellas están allí, pero pueden verse como antes de la guerra. Nada es como antes de la guerra.

—¿Y hay plantas?

—Debido a los ataques, los decapantes, volaron casi toda vida sobre la superficie. Las primeras en morir fueron las plantas; luego, quienes comían plantas. Los supervivientes fueron aniquilados con otros artefactos. Una cosa después de otra sin dar tregua. Como una respiración luego de otra. Quedaron algunas zonas habitables. Hacia allí se movían en búsqueda de refugio. Y de nuevo, el ataque a esa zona, buscar otra. A los años, no quedó mucho. Supongo que también se lo dijeron en aprendizaje.

—Nunca podremos salir —dije con tristeza, a pesar de que creí que gracias al Loco me acercaría a cierta esperanza.

—Quizás dentro de unas generaciones y espero que no olvidemos de dónde venimos.

—O cómo era.

—No todos desean saber cómo era. Saber lo perdido causa dolor. La mayoría prefiere no pensar más que en el ahora porque lo más probable es que ninguno de nosotros subirá.

—¿Cómo fue el día del descenso?

—Esa ya es otra información. Se la daré si considero que lo que tiene para darme vale la pena.

—Lo vale.

—Escucho —dijo y se recostó en el asiento.

—Hace un tiempo, hallé unas esferas en un fragmento de maquinaria extraña, novedosa. Al desarmarla, aparecieron esferas. Tuve miedo ya que si era del afuera podía ser parte de un Dispositivo Inferno. Confié mi hallazgo a mis amigos y ellos me acercaron a Steve. Luego de dudas, Steve dijo que quizás fueran semillas.

—¿Semillas? ¿Tiene semillas? —dijo enderezándose y volcando el cuerpo hacia adelante para mirarme de cerca.

—No muchas, solo algunas. Pero las esferas no eran semillas. Eran como las moléculas que guardaban las semillas. Steve me ayudó a armar un tanque de cría. ¿Le interesa la información?

—Mucho. Le daré lo que pida. Tengo mucha información.

—Seguí las instrucciones de Steve y usé moléculas de luz y de agua, aún las destinadas para nuestro consumo. Luego apareció un bultito. —El Loco comenzó a caminar de una punta a la otra del módulo.

—¿Estaba viva? —me preguntó mirándome ahora desde lejos.

—Sí. Al tiempo comenzó a crecer. Era difícil ocultarla de mi familia. La planta de las esferas consumía muchas moléculas. Mi madre se opuso y la mató.

—¿Está destruida? ¿No la tiene? —dijo y volvió a sentarse.

—La guardé, pero no está como antes. Se ha vuelto como el papel, aunque más frágil —dije y el Loco permaneció en silencio. Supe que era una información que él no poseía. Pestañaba más rápido a pesar de que su cuerpo permanecía estático.

—Quiero verla —me dijo—. Le daré la información que desee.

—Está en mi módulo. No podré sacarla salvo dentro de un aparato y puedo fingir...

—No se preocupe. Esta noche le diré al conector Blech que lo pase a buscar por su módulo así puede traerla. Eso sí, que no la vea Blech. La envuelve en algo.

—¿No es peligroso para mi familia?

—Blech no dirá nada. Sería peligroso si la viera. Si la tapa con un envoltorio, pensará que es un objeto de metal, algo que pasó por su zona y que quiere intercambiar.

—Tengo preguntas que quisiera que me respondiera a cambio de la planta.

—¿Me dará la planta?

—No puedo tenerla en mi módulo. Tengo que cuidar de mi familia. Con Ivo pensamos que quizás sea una especie que ya está siendo criada en Bórax.

—No lo creo. Han desarrollado un nuevo jarabe D mejorado que llegará pronto. Solo han invertido en la cría de esas microalgas y de las otras algas. ¿No será una especie de alga?

—Steve y su padre la vieron y me dijeron que no era un alga. Al menos no semejante a las que ellos crían.

—Cuando la vea podré comparar con algunas notas que tengo por ahí. —Él pensaba en voz alta, deambulando por el módulo—. Además, no tienen el aire que necesitan, la luz. Si no está manipulada como hizo Colonia Bórax con el alga, no vivirá mucho aquí abajo. Salvo que sea un nuevo experimento de Bórax. Pero lo dudo si estaba dentro de la maquinaria. ¿La planta se veía bien?

—Al comienzo. Luego parecía afectada, pálida.

—Necesito verla.

—Quisiera la información del descenso.

—Se la daré en la hora oscura.

El Loco salió y escuché que llamaba a Blech.

## II

De nuevo fingir ante mi madre. ¿Cómo haría para salir del módulo sin que ella me viera? Le dije a Frances que le daría la planta al Loco tan solo para poder sacarla del módulo. Ella y el abuelo estuvieron de acuerdo con deshacerse del problema. Pero ese problema me generaba otro problema, y luego otro; llegaba hasta el límite de mi pensamiento que chocaba contra una pared o una compuerta.

Guardé unas semillas en una lata y la oculté debajo de la cama del abuelo en tanto mi madre se higienizaba en el aseo. Estaría una hora ahí dentro, lavándose y contando objetos, hablando sola. No confiaba en ella porque sus

ataques eran signos de afectación desde la muerte de papá.

Esa noche, el abuelo y yo, luego de dormir un rato después de tomar la comida con el jarabe D, permanecimos despiertos como pudimos, a pesar del sueño, a la espera del conector. Desconocía si los pasos eran del pasillo o de los módulos lindantes de aquellos que no podían dormir y se ejercitaban.

Al fin, un golpe en la puerta me sobresaltó. “¿Qué sucede?”, preguntó mi madre. En tanto saltaba de la cama, le contesté que el médico quería verme para darme aire del bueno. “¿Cómo a esta hora y para qué llevas un atado?”. “Ahora es así por los turnos en la Zona Médica”. Ella siguió con que no era habitual, pero salí. Esas mismas preguntas permanecerían colgadas en la oscuridad hasta que retornara al módulo. Lamenté que el abuelo y Frances tuvieran que soportar sus presiones y protestas durante mi ausencia.

El Loco me esperaba con las luces de las lámparas encendidas. Apoyé el envoltorio sobre una mesa junto a dos vasos y unas botellas, en tanto él acercó una lámpara potente que reconocí: el abuelo la había fabricado con un doble dispositivo para ser usada en la Zona Médica.

Con cuidado, retiré la manta de nailon. El Loco se dobló hacia la mesa y entornó los ojos para ver mejor. Se excusó por casi pegarse a mis manos porque su vista estaba deteriorada.

Bajo la manta, yo había acomodado las dos planchas de papel tosco atadas con un cordel fabricado con cables. Separé con lentitud la plancha superior. Los restos de la planta conservaban la distribución cuando estaba viva aunque parecida a la textura del papel o a las pieles secas. El Loco se enderezó y se llevó la mano a la mandíbula para sostenerse la cara. Estiró un dedo y tocó a la planta. Desde lejos traspasaba las paredes el zumbido de los aparatos de la Zona de Cría. Le señañé la parte de la planta que se había hundido bajo el sustrato y la parte que permaneció estirándose desde la superficie. Sin interrumpirme, escuchó toda mi explicación. Luego, acercó los bancos y nos sentamos uno de cada lado de la mesa. Él apoyó los codos y miraba a la planta como si ella le estuviera contando algo. No quise interrumpirlo. Los ojos se movían de un lado a otro, se achicaban, se cerraban. Al fin, habló:

—Es una planta de antes. Debe de haber sobrevivido dentro de algo sellado. ¿Pudo estar sellado?

—No sabemos qué era, ni para qué servía, ni cómo se llamaba. Pudo estar cerrado como un frasco. No encontré cerraduras ni detalles de que llevaba tapa o algo parecido, pero pudo ser una pieza de algo tan enorme como este módulo.

—Pero tantos años. Son demasiados. Quizás estas semillas pudieron haber desarrollado el don de sobrevivir por años en estado de semilla hasta que le sonó el timbre y se rompió.

—¿No es demasiada casualidad que se haya roto justo cuando la encontramos? Steve dice que es una señal.

—Ah, Steve —dijo y se rió— como siempre tan poco afecto a la realidad. ¿No le ha contado su idea de que existen personitas pequeñas que habitan debajo de nosotros?

—¿Existen?

—¡No! Son fantasías tuyas. Hasta creo que habla con los catanes. El otro día dijo algo como que Francesco estaba triste. Cuando le pregunté, el Francesco resultó ser un catán. Cosas de Steve. De algo estamos seguros, esta planta es de antes y sobrevivió.

—Así como nosotros sobrevivimos acá abajo, encerrados en el metal, la planta sobrevivió encerrada en una maquinaria.

—Dicho así, no es tan extraño.

—¿Venderá la información a un conector o a Bórax? —dije y él levantó con rapidez la cabeza.

—Esta información es demasiado. No estoy seguro del peligro. Tengo que pensarlo bien. Tampoco conozco el impacto que tendría.

—No diga que he sido yo.

—La información está segura conmigo. Me tomaré un tiempo para pensar qué hacer. Podría ser una especie útil para la colonia, aunque no entiendo por qué Geo no la ha filtrado.

—Yo también dudé de mostrarle el hallazgo a los conectores.

—Hay que pensar en eso. Sabe, a veces las cosas más pequeñas son las que pueden destruir lo enorme —dijo y luego permanecimos en silencio.

—No sé si debo dejarle la planta. Pero en mi módulo no está segura y temo que mi madre hable si se afecta.

—Acá estará segura. Nadie entra sin mi permiso.

—Tengo varias preguntas a cambio de la planta. Me ha dicho que me diría sobre el descenso, pero tengo más preguntas.

—¿Me dará el resto de las semillas?



—¿Todas?

—Las que tenga.

—Si me da la información que pida.

—Trato hecho. El Día del Trueque se acerca con las semillas en un recipiente y hablamos. Imagino que le contaron sobre el descenso en aprendizaje.

—Lo que se sabe, pero quiero algo más —dije y me miró fijo, se rascó la cabeza.

—No todos pudieron descender.

—Lo sé, quienes cerraron las compuertas...

—¿Siempre interrumpe? No tiene paciencia, señor Green.

—Es lo que me dice el abuelo. Lo siento, me callaré, pero quiero saber si hay más colonias. —El Loco sonrió y llenó mi vaso con un líquido oscuro. Dijo que era una bebida fermentada, pero de la buena. No bebí porque mi garganta me estrangulaba.

—Había varias colonias. No me diga que lo sabe. Algunas colonias eran colonias de máscara, como se llamaban. Significa que existían en nombre, solo en nombre. Espere, ¿qué hará con esta información? No puede difundirla. Ni se le ocurra pasarla a los Benson.

—Es para mí. Deseo saber. Es todo.

—Curiosidad. En ese caso, sigo. Esas colonias de máscara solo fueron creadas por el nombre. No fueron construidas. Afuera, había demasiadas personas y no era posible acomodarlas en todas las colonias. Primero, descendieron las colonias que todos conocemos. La primera fue Colonia Bórax. Luego, Colonia Geo. Después, no sé el orden. Una vez que descendieron todas las colonias, se sellaron.

—Geo no está sellada —dije sin poder contenerme.

—Es la única con salida. Gracias a trajes especiales, pueden salir por períodos cortos a buscar lo que necesitamos para mantener las colonias. Pero eso lo saben todos. Se enseña en aprendizaje. La cuestión fue que cuando sucedieron los últimos ataques de la guerra en esta megarregión, creyeron que habían matado a todos. Solo mataron a los asignados a las colonias de máscara. Hay versiones que dicen que desde esta megarregión, ni bien descendieron en las colonias, se envió un ataque masivo a las dos megarregiones restantes para asegurarse que los únicos sobrevivientes eran los de las colonias.

—Disculpe, pero no entiendo. No puedo seguirle el hilo.

—Claro, señor Green. Es así: quienes habían sido asignados a las colonias de máscara, aguardaron a ser trasladados. Pero esas colonias no existían porque nunca fueron construidas. Nadie iba a trasladarlos. Los dejaron en la superficie enfrentando la guerra, el fin de la guerra. Cuando llegaron los enemigos a observar el daño, quizás, no lo sé con seguridad, vieron los cuerpos de todos ellos y habrían pensado que el trabajo estaba hecho. Se fueron sin descubrir que había supervivientes en las colonias. Ni siquiera sabían de las colonias. Fue un secreto bien guardado. La población muerta en la superficie fue considerada una consecuencia de una táctica de guerra exitosa. Todo se hizo con mucha planificación, en un orden preciso.

—¿Cómo lo sabe?

—Leí informes guardados en Colonia Bórax.

—¿La gente de Colonia Bórax lo sabe? ¿Cómo es posible?

—Había dos caminos: salvar a algunos en las colonias o morir todos en la superficie. ¿Usted qué haría?

—No lo sé. No dejaría que algunos muriesen —dije con tono dubitativo. Nunca había pensando en una situación semejante.

—Tiene que decirlo ahora, ya. No piense. Llegan los Dispositivos Inferno —decía el Loco en tono alto, hablaba rápido, acercándose demasiado a mí y apretándome el brazo—, tiene que salvar a algunos o dejar morir a todos. ¿Qué decide? Diez, nueve, ocho, se queda sin tiempo, siete, seis...

—Salvo a algunos. A todos los que pueda.

—¿A quiénes?

—No lo sé.

—Cinco, cuatro, tres, dos...

—A los niños.

—¿Los niños sobrevivirán solos? ¿Cómo harán? Mal respuesta. Todos murieron de hambre y de sed. Se acabó la humanidad.

Me sentí un estúpido al lado del Loco. No podía pensar a la velocidad en que él lo hacía. Medité mi respuesta con detalle en tanto él se levantaba para llenar unos platos con comida y acercar agua. Él era paciente y podía esperar un largo rato por una respuesta. Luego de beber dos vasos de agua, dije:

—Salvaría a los jóvenes y sanos, algunos mayores que posean conocimientos para guiar a los jóvenes hasta la generación siguiente.

—Bien. Su respuesta coincide con lo que ha hecho la Colonia Bórax. Diseñó el descenso escogiendo a aquellos que mejor sobrevivirían. A quienes no, para evitar el caos, le otorgó el destino a las colonias de máscara, a

Omega, a Zeroth...

—¿Zeroth? —Recordé parte del escrito que había memorizado de los archivos cuando buscaba información con Arden.

—Era una de ellas.

—Esa mujer —pensé en voz alta.

—¿Qué mujer?

Conté al Loco sobre la lectura de los archivos. Luego, me dijo que era tarde cuando le solicité más información. Nos despedimos acordando un segundo encuentro de intercambio.

Blech me guió hasta mi módulo, sin preguntarme nada, sin decir ni una palabra. Me pesaba la cabeza y se me doblaba la espalda. Solo podía pensar en aquellos que esperaban un rescate y se enfrentaron con la muerte.

Al llegar al módulo, me latían las sienas. Creí que me enfrentaría a una discusión, pero todos dormían. Cuando me acosté, Frances me contó que le había dicho a mamá que me llevé la planta para ser destruida en la Zona de Cría. Y ella se mostró de acuerdo, hasta tranquila.

En el módulo, no volvimos a hablar de la planta durante mucho tiempo. No así con Ivo, Arden, Shiri y Steve, con quienes acordé una reunión aunque no disponíamos de lugar. Ivo y Shiri ya habían levantado la exclusión. Al final, Steve dijo que fuéramos a su módulo durante la hora oscura anterior al Día del Trueque.

### III

El viernes ya le había entregado al Loco casi todas las semillas que guardaba, pero reservé algunas en el escondrijo debajo de la cama del abuelo, encerradas en una lata, por lo tanto, cuando quisiera, podría revivir otra de las plantas. ¿O era la misma planta engendrada cientos de veces? Era un tema ya discutido en aprendizaje: si los catanes renacen alguna vez, si se van para siempre o si existen más copias de cada uno. Como jamás pude conocer la respuesta correcta, las dudas volvían cada tanto.

Pensé que cinco o seis generaciones en el futuro, cuando ya no estuvieran ni mis nietos, alguien encontrará las semillas. Con suerte, volverá a descubrir que es una planta y volverá a enterrarla bajo el suelo, por temor, por miseria, la misma vida, con el mismo gesto de quienes nos enterraron aquí debajo, sellando las compuertas antes de morir. ¿Qué hay afuera?, me repetía de

manera constante. A veces, creía que era preferible salir y ver por unos minutos al cielo sin estrellas, sobre un retazo negruzco, y morirme. ¿No era preferible morir en nuestro verdadero mundo? ¿No era preferible irse del todo antes que este encierro? Mientras pensaba, escuché un repiqueteo: “I-v-o-n-o-s-u-e-ñ-o”. Era Ivo comunicándose como cuando jóvenes. Me levanté despacio y le respondí: “I-g-u-a-l”. Sentado en el suelo, apoyé la cabeza en la pared metálica y escuché: “V-o-y”.

Al rato, los golpecitos provenían de la puerta. Frances me preguntó qué pasaba. No puedo dormir, le dije. No seas niño, me contestó mi madre, no tienes edad para escaparte. Salí de todas maneras.

Ivo, envuelto en una manta, se cobijaba en la sombra entre una luz y otra luz del pasillo. Nos sentamos en el suelo tapándonos bajo su manta. En susurros, le conté la charla con el Loco: era una planta de antes que había sobrevivido, quizás la única. No le conté sobre la información del descenso. No porque no confiara en él, sino porque quería ahorrarle la tristeza de saber que éramos los afortunados que, generaciones atrás, habían sido elegidos, en tanto otros eran obligados a morir. Me dijo que tenía miedo, que debía pensar en la familia, que habíamos ocultado a la planta, que no era lo mismo que si hubiéramos dado el aviso de inmediato. Culpable por haber desencadenado esa situación, me disculpé. Al fin, él me dijo que se alegraba que me hubiera deshecho de la planta. Todos se alegraban, pero yo no podía. Me entristecía su final a pesar de que era lo mejor y que no nos era posible continuar con su cría.

Nos callamos ante el sonido de varios pasos. Ivo se levantó y lo acompañé. Al llegar al pasillo principal, unos jóvenes cruzaban debajo de las luces pequeñas con rapidez hasta esconderse en la oscuridad. Nos detuvimos. Ivo me codeó y supe qué quería hacer. Caminamos a hurtadillas y los seguimos desde lejos hacia el mercado. En el pasillo de la Zona de Cría, nos paramos debajo de la luz. Uno de ellos corrió levantando apenas los pies para no hacer ruido al bajarlos, de manera que corría con pasos cortitos y movía el trasero de un lado hacia otro. Era el hijo de los Lambert. Traté de no reírme. “Señor”, dijo bajito al pasar a mi lado. En la sombra había dos acurrucados. Ivo se acercó y les dijo que éramos enviados del conector Blech y serían llevados al C2. El hijo de alguien de la cocina se refugiaba atrás de la hija de los Lowe. El muchacho se levantó y dijo por lo bajo:

—Son dos chatarreros mugrosos. Si no dicen nada que salimos, no le diremos al conector Blech que se hacen pasar por guardias durante la noche.

—Si se vuelven a sus módulos, no decimos nada a los conectores. —El

muchacho se enderezaba para demostrarme que no era tan bajo.

—Vamos, que es peligroso —dijo Ivo y lo tomó del brazo, el muchacho tiró un puñetazo que le pegó a Ivo en la mandíbula.

—Basta, crío —dije y lo agarré del cabello. El muchacho me llegaba al pecho y trataba de pegarme. Escuchamos ruidos en los módulos que abrían hacia el pasillo. Desde el pasillo principal, apareció el conector Leroy que quizás provenía de su módulo, ubicado en la Zona 1.

—Cada uno a lo suyo —gritó Leroy y los jóvenes comenzaron a correr, pasaron al lado del conector y continuaron su huida.

—Salimos al escuchar pisadas —dije.

—Y traes la manta pegada. Hablaré con los padres de los críos. Si vuelvo a verlos afuera, habrá problemas. Tienen suerte que sea yo quien esté en esta zona —dijo y permaneció plantado en medio del pasillo. Cuando me giré antes de entrar al pasillo de mi módulo, el conector seguía mirándome con las manos apoyadas en la cadera.

## AÑO 183 DD / JORNADA 83

### I

Salir del módulo provocó una nueva discusión. De todas maneras, me dirigí a la reunión con Steve donde me esperaban ya Ivo y Arden; Shiri había decidido no asistir. El abuelo de Steve, sentado en la cama, mascaba un trozo de tortilla, en tanto el resto de su familia permanecía recostada.

Nos sentamos en la cama de Steve. Sondra, su hermana, se tapó hasta la cabeza. A pesar de susurrar, nos escucharían. Le pregunté si había algún problema y Steve nos dijo que estaban al tanto de todo. Volví a narrar lo que dijo el Loco, pero solo lo relativo a la planta. Steve dijo que su padre no participaría más. “Así es”, sonó desde el otro lado del módulo, “ya hicimos lo que pudimos”. Steve lo justificó con que aportaron demasiadas moléculas, que ya estaba confirmado que era una planta de antes y que hasta allí llegaba el trato. Steve hablaba sin entusiasmo. En uno de los últimos encuentros, hasta me había mencionado al pasar que podríamos intentar hacer crecer las semillas en la Zona de Cría si le daba tiempo para planificar la manera. Pero durante esa hora oscura Steve era un oled quemado: también se habría enfrentado a su familia.

—Si no seguimos, habrá sido por nada. Es necesario que podamos dejar registro de esta información, que las moléculas que perdimos hayan sido por una buena causa —dijo Arden.

—No hay cómo continuar con esto —dijo Steve.

—Si nos descubren, decimos que la encontramos recién. No tienen manera de saber que mentimos. ¿Cómo lo van a probar? —dijo Arden.

—No se lo creerán. No solamente estamos nosotros, también nuestras familias —dijo Ivo.

—Estás callado, Devin. ¿Tú qué opinas? —me dijo Steve.

—No es posible tener un tanque de cría en los módulos si una persona de la familia está en contra. Todos tienen que aceptar. No es posible esconder un tanque de cría, lo intenté y ya ven lo que pasó. Primero, deberíamos buscar un lugar y asegurarnos los recursos. Es un riesgo. Más personas estamos en esto, más difícil es ocultarlo. ¿De dónde sacaremos los recursos para volver a criar las semillas? ¿Dónde lo haremos? Había pensando que podríamos hacerlo en lo del Loco. Ahí nadie entra.

—Calculando, somos unos quince o más en esto. Tampoco somos tantos —

dijo Arden.

—Paremos acá y dejemos pasar unas jornadas para ver cómo siguen las cosas —agregó Ivo—. Shiri está de acuerdo en esperar.

—Lo dejamos. Somos tres contra dos —dijo Steve.

—¿Dos? —dijo Ivo.

—Dos que quieren seguir: Devin y yo. Y tres a favor de dejarlo —dijo Arden.

—Cuatro —dijo el padre de Steve.

—Cinco —dijo el abuelo.

—Seis —dijo Sondra.

—Siete con Sasa —dijo Ivo—. Nueve si contamos a tu abuelo y a Frances, Devin.

—Ya está. No vamos a contar toda la noche. Hablaré con el Loco y que él se quede con la planta —dije y me levanté. Estaba incómodo, deseaba irme, sentía que era mi culpa, yo había encontrado las esferas, yo las había ocultado, y ahora me señalaban el gasto de moléculas, el riesgo, los arrepentimientos.

## II

El Día del Trueque seguí los consejos del Loco y fui a verlo sin detenerme en el comedor. Los puesteros acomodaban los objetos sobre las mesas, charlaban sobre las ofertas, mencionaban que el puesto del conector, según contaban, ofrecería nuevas mercancías. El olor a bollos y a tortillas se vaporizaba hacia los pasillos. Sentí hambre ya que aún recibía aire del bueno y algunas moléculas de agua extra en la Zona Médica. Frances también participaba del tratamiento en vistas a incentivar un embarazo, como me dijera el médico. Aún era temprano para saber si necesitaríamos otra exclusión.

Observé algunos puestos. Las pantuflas que Frances había arreglado estaban sobre una mesa, aunque siempre aparecían objetos que nunca había visto, como el plato con dibujos de líneas coloridas, rajado. “Una molécula de agua por el plato”, me dijo el hombre, “no es de metal”. “No tengo y solo estoy mirando”. Me quitó el plato de la mano: “Entonces, solo mire”.

Al llegar al puesto del Loco, golpeé la chatarra como si fuera un tambor de niños. Él se asomó y me hizo señas. Al entrar, observé que había dispuesto sobre la mesa dos platos, jugo amarillento en una jarra, unas tortillas de catán

sobre un plato hondo y, más allá, crema de cono. Luego, desparramó en una fuente unos tubitos de narí.

En tanto charlábamos sobre el tratamiento médico, él me llenaba el plato ni bien lo vaciaba y me decía que me notaba mejor que la última vez. Por mi parte, en tanto comía, giraba cada tanto la cabeza hacia la lámina cuyos colores parecían más fuertes.

—Nadie quiere seguir participando de esto de la planta —dije antes de beber un jugo dulzón y tibio.

—Mejor. Así no tendrá que compartir la información —dijo untando la crema sobre la tortilla de catán y cortando un trozo pequeño para masticarlo con lentitud. Ante un golpe, el Loco gritó, sin levantarse, que vuelva más tarde y continuó con la tortilla—. Parece que hoy será una jornada muy solicitada.

—¿Puedo hacerle unas preguntas?

—Claro. Por eso está aquí.

—Leí una nota cuando busqué información sobre la planta con la excusa de la celebración. ¿Se acuerda? Los archivos de Bórax.

—Me acuerdo. Tengo una memoria prodigiosa.

El Loco sonrió con orgullo y me sentí un idiota a su lado; él guardaba tanta información dentro de su cabeza y siempre parecía tan seguro.

—En la nota, una mujer se despedía de su vecina poco antes del descenso. Estuve pensando en todo lo que me dijo. ¿Cuándo eligieron a quiénes salvar, a qué colonias irían y en qué módulos?

El Loco suspiró y se tiró hacia atrás recostándose en la silla. Se limpió la boca con un trapo y terminó de masticar. Respiró hondo antes de hablar.

—Se dicen muchas cosas, pero no puedo asegurar que sean ciertas todas y luego de haber pasado tantos años. Algunas familias tuvieron el privilegio de unos mejores módulos, de estar en otras colonias donde se llevan a cabo trabajos menos pesados. Nuestra colonia no es la más cómoda para vivir. Obviamente, la más cómoda es Colonia Bórax. Sus módulos son enormes, sus sistemas de aire son más eficientes, no tienen esta forma nuestra de rotar y separarnos debido a los espacios tan reducidos. En esta colonia, es imposible que todos podamos caminar al mismo tiempo por los pasillos, en cambio ellos poseen zonas amplias donde estar, muy iluminadas, bancos blandos, camas blandas; sus habitantes tienen menos preocupaciones, más tiempo para compartir con sus vecinos, menos paredes, más reuniones. Bórax fue la primera en levantarse, es la más vieja, no por eso la más desgastada.

—De allí son los conectores.



—Así es. Y los vigías y los médicos. Por eso no los verás transitar por nuestro lado tan cómodamente. Para ellos enterrarse en esta colonia es como bajar a un peor lugar. El olor de los tanques, de la materia a reciclar aquí se mezcla con el aire; a veces, apesta como si tuviéramos la cabeza dentro de un tanque de limpieza. En Colonia Bórax esto no sucede. Acá nadie se queja de...

—Yo lo siento.

—Porque se cuestiona. Los demás, no lo discuten. Alejan las comparaciones. Se conforman con un “es todo lo que hay”. Si no hay más posibilidades, ¿para qué preocuparse? Si no hay más nada, no se desea. Jamás se desea lo que se desconoce o lo que no se piensa. Es una mejor manera de vivir para algunos. Los demás no hubieran seguido adelante con la planta. Le hubieran dado las esferas a un conector. En esto nos parecemos, señor Green.

—Pero yo tengo miedo.

—Yo también, pero hace la vida aquí más interesante y menos aburrida.

—¿Tiene familia? —pregunté.

—¿Forma parte de la información a cambio de la planta?

—No. Es solo curiosidad.

—Entonces, dejémoslo para otro día.

—Está bien. ¿Qué sabe de la muerte de mi padre que no le haya dicho a mi abuelo?

—Todo lo que sabía se lo he dicho y es algo que sucede.

—¿Los accidentes?

—La relación de su padre con otro hombre. Nosotros tenemos la planta; su padre tenía al señor Pellesen.

—Prefiero no hablar de eso.

—¿Aún le quedan más preguntas? —El Loco volvió a acercarse a la mesa para continuar comiendo.

—Sí. ¿Si está el cielo tapado y oscuro cómo es que los de Colonia Geo pueden ver y traer objetos?

—Tienen trajes especiales. No pueden estar mucho afuera porque el aire es veneno. Esa colonia está cerca de una de las ciudades más grandes que existió, la ciudad de Altman. En esas ciudades, los módulos se apilaban hacia arriba, uno sobre otro. El techo de uno era el piso de otro. Era una ciudad gigantesca, ahora convertida en deshechos, el lugar de procedencia de toda esta chatarra.

—¿Qué sucederá cuando dentro de tantos años no quede nada en la ciudad? ¿Cómo vamos a sobrevivir?

—Aún el futuro no puedo alcanzarlo —dijo y se rió fuerte. Luego, corrió su

plato vacío a un costado.

—Hay tantos hoyos en mi cabeza —dije sin acompañar el buen humor de él.

—Sigamos en otra jornada.

—No estoy seguro de querer seguir con esto. Quizás sea mejor no saber nada más. Debo de tomar doble dosis de jarabe D para dormir porque no puedo quitarme las ideas de encima —dije y me levanté.

—Es su decisión.

—Puede quedarse con la planta y con las semillas.

—Venga a verme durante uno de los trueques. Comeremos juntos de nuevo.

—Lo haré, y le agradezco la comida.

Me fui mientras las imágenes de unos hombres envueltos en mantas caminaban debajo de un cielo negro, igual a nuestro techo; quebraban la oscuridad con una lámpara hasta llegar a una ciudad como esta, solo que en lugar de estar hacia abajo crecía hacia el cielo, módulos y módulos con los desechos de tantos muertos. Y nosotros usando los mismos desechos una y otra vez, pasados de mano en mano, esos objetos valiosos, esos objetos que sobrevivieron a los decapantes, a los Dispositivos Inferno, que se quedarán aquí cuando también estemos muertos. Llegarán otros y revolverán hasta nuestros huesos tan solo para sobrevivir. Me toqué la ropa: mi madre la había confeccionado con ropa de muerto. Ya no quería pensar. Hubiera corrido por los pasillos hasta darme la cabeza contra la pared o tomar pasta blanca, esa sustancia que se canjea por varias moléculas en los mercados de sombras quizás armados por los mismos médicos; esa pasta que te deposita al ras del suelo, con los ojos de vidrio y la lengua de fleco.

## AÑO 183 DD / JORNADA 87

### I

La sirena atravesó los paneles de metal y, al instante, escuché la infinidad de puertas abrirse para cerrarse luego con un golpe rápido. Salte de la cama y llegué hasta la puerta que ya estaba cerrada. “No prendan la lámpara”, dijo mamá, “hay que ahorrar”.

Nos sentamos alrededor de la mesa. Estiré la mano hasta encontrar la mano de Frances que me sostuvo y entibió mi cuerpo. La sirena discurría entre los pasillos de metal, chirriaba con los dientes de acero mordiendo y rasgando las paredes. Mis latidos intensos saltaban al imaginar esa boca ardiente escarbando nuestra puerta. Luego, el silencio no fue preferible al aullido de la sirena; el silencio que se iguala a la oscuridad, ambos tan despoblados y vacíos. El agujero de sombra por el que nos habíamos esfumado quizás fuera una nube tóxica inyectada entre las rejillas de ventilación o, también, el polvo ácido de una epidemia. Pero la mano de Frances aún latía: al menos ella y yo estábamos vivos.

¿Estábamos vivos? ¿Y si fuésemos los únicos? Contaba las respiraciones. La más cercana era de Frances; una más lejos, mi madre. Eso era todo.

Intentaba oír los pasos de los pasillos, alguna palabra. Nadie gritaba. Nadie golpeaba la pared. Nadie caminaba. Lo negro de la incertidumbre me hundía en un hoyo sin un final aparente. Podían pasar muchas jornadas hasta que las puertas se abriesen. ¿Cuántas moléculas de agua poseíamos? El tarro se llenaría de orín y materia fecal, los alimentos duraría unos dos días. En estas situaciones, era mejor no higienizarse ya que quizás hasta debiéramos beber el agua turbia del aseo.

La mano de Frances comenzó a temblar. La apreté con fuerzas. La oscuridad era un fragmento de piel tibia, una respiración que me golpeaba el rostro. No supe si era ya tiempo de ir a trabajar o tiempo de dormir. Por alguna razón, todos decidimos quedarnos sentados, a la espera.

Al rato, quizás en otra jornada o quizás unos instantes luego del cierre de la puerta, mis párpados me pesaron por el sueño; respiraba un aire denso, sofocante, cargado de encierro, humedecido por los olores de nuestros cuerpos. Giré la cabeza hacia donde suponía colgaba la rejilla de ventilación. No se escuchaba ningún zumbido ni la entrada de aire que cada tanto ingresaba con más fuerza. Las semillas decantaban en una lata, bajo el suelo del módulo;

nosotros, dentro de una lata, debajo de la superficie. Y este planeta quizás era una esfera enorme con púas, encerrada adentro de una oscuridad. Mi pecho se aplastaba: un catán adentro de una campana de reproducción.

El sonido de la respiración tranquila de Frances y su mano blanda me dijeron que se había dormido. Más allá escuchaba la respiración entrecortada de mi madre que sollozaba por momentos. Apoyé la cabeza sobre mi brazo que descansaba sobre la mesa. Ni un repiqueteo. Ni pasos. Ni un indicio más allá de unos centímetros.

La oscuridad jamás ha conocido al tiempo. Mi barba crecía. El hambre me clavaba. Comíamos de los tarros, sin usar platos ni cubiertos. Cada tanto, nos estirábamos para comprobar que había alguien a nuestro lado y que seguía vivo. Nos acabamos dos frascos de jarabe D. Desconocíamos si los consumimos en tres jornadas o en veinte. Deseaba dormir hasta que la puerta se abriera, Incluso, comenzaba a dudar que fuera posible.

## II

¿Cuántos catanes entran en un tanque? ¿A qué huele el aire del afuera? ¿Cuántos muertos se acumulan arriba nuestro? ¿Cuántos pasos nos separan? ¿Cuántos humanos hay vivos? ¿Hay algo más vivo? ¿Alguien afuera de estas paredes sabe que existo? ¿Cómo es el pasillo intercolonial? ¿Qué hay abajo del abajo? ¿Y arriba del arriba? ¿Cuántos catanes me he comido? ¿El agua de antes era amarilla como el orín? ¿Por qué envejecemos a destiempo? ¿Por qué el abuelo se convirtió en un viejo en unas pocas jornadas? ¿Por qué Frances no queda embarazada? ¿Qué sucederá si no tenemos hijos? ¿Nos arrastrarán como a los Adams? ¿Me daría el médico aire del bueno si supiera que no puedo tener hijos? ¿Qué sucederá si tengo un hijo? ¿Morirá como mi padre, asfixiado por la ventilación cerrada? ¿Cómo sabrá mi hijo sobre el arriba si no lo ha visto? ¿Y si no existe el arriba? ¿Y si me muerdo y no alcanzo a pasarle los recuerdos de los Green? ¿Y si ya estoy muerto? ¿Adónde fueron los recuerdos de los Adams y de todos aquellos que no se los dejaron a sus hijos? ¿Qué sucederá cuando sostengamos millones de recuerdos? ¿Cuánto vive un recuerdo? ¿Será cierto que cuando se olvida se mata a la persona que nos dejó el recuerdo? ¿Si no tengo un hijo, estoy matando a todos los Green? ¿Quién sabrá del aire blanco y de las estrellas perforando la oscuridad como aureolas infiltradas de viejas lámparas? ¿Cómo apago toda esta oscuridad?

### III

El sonido agudo estalló contra la puerta lanzado desde las bocinas, golpeó por los pasillos rebotando una y otra vez sin hallar salida. Mi madre apareció con lentitud detrás de una lámpara. Quizás sería la hora del trabajo o la de la cena. El timbre que indicaba el primer turno de salir del módulo nunca había sonado. Este sonido era distinto, una serie de pitidos cortos que nos indicaban que el peligro había pasado y podíamos salir.

Los ojos de mi madre brillaban detrás de nuestra lámpara pequeña, aquella que usamos para no gastar demasiado nuestras moléculas. Frances permanecía de pie, cerca de la puerta. Pero el abuelo seguía sentado en la silla, alejado de la mesa. Su cabeza colgaba, como dormido. Mi madre y yo nos miramos, supimos que pensamos lo mismo. La piel amarilla de mi abuelo relucía al igual que su cabello. Mi madre se acercó y le puso la mano en el hombro. Él se enderezó y dijo: “Sí, escuché”.

A pesar de que a diario esperábamos el momento de salir del módulo para caminar y hablar con los vecinos o ir a comer, esa jornada tardamos en traspasar la puerta. Temía enterarme el motivo de la sirena. Intuía que pensábamos en mi padre.

De a poco, los sonidos cruzaron las paredes. Como cabeza de generación debía salir primero. Y lo hice. En los pasillos, grupos de vecinos hablaban muy bajo, con idéntico gesto de contarse rumores. Los Garrett, frente a nuestro módulo, se acercaron a preguntarnos si sabíamos sobre lo sucedido. Les dijimos que no, y caminamos hasta el pasillo principal. Encontramos a los Benson junto a otros vecinos. Apenas si nos podíamos mover ya que los módulos se habían vaciado. Frances fue quien se animó a preguntar. Nadie sabía el motivo de la clausura. Cerca de la Zona Médica observamos a los de ingeniería también aplastarse contra las paredes.

La sirena no anunció más que alguien había muerto quizás atrapado en un pasillo, quemado por un incendio o dejándose morir cortando el aire de su garganta. El padre de Arden discutía sobre la duración de la sirena:

—Por el tiempo de la chicharra hablamos de varios muertos —dijo y giré para buscar a Ivo. Lo observé junto a Shiri, a lo lejos. Grité, pero no me escuchó entre el bullicio.

—No veo que nadie haya muerto, al menos no en nuestra zona.

—Cuando era joven, clausuraban cuando movían viejos de un módulo a otro. Así nadie se quejaba porque nadie los veía. Podían pasar jornadas que nadie se daba cuenta. Cuando preguntábamos por ellos varias jornadas después, ahí sabíamos que no los veríamos más.

—La sirena del conjunto CN23 duró el doble y fue por una rotura en los tubos de aire —dijo alguien de un módulo vecino.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo un conector.

Un chirrido de los altoparlantes nos impulsó a callarnos.

“Habla el conector Blech. La clausura ha terminado y fue debido a una falla en el sistema de ventilación que ya fue solucionado por expertos de ingeniería. Les solicito vuelvan a sus módulos de inmediato. El permiso del fin de clausura solo habilita para que persistan en el pasillo de su módulo, no en el pasillo principal. El conector de su zona pasará a evaluar que todo esté en orden. Pronto comenzaremos la jornada, como siempre. Despejen de inmediato el pasillo principal. Aquellos que no cumplan serán retirados por la fuerza. Cualquier inconveniente ocurrido durante la clausura deberá ser informado al conector correspondiente, así como todas las solicitudes especiales. Si colaboramos, saldremos adelante. Buena jornada”.

## AÑO 164 DD

### TESTIMONIO DE UNO DE LOS TESTIGOS

*La manguera rota. El gas expandiéndose y tragándose el aire. Llegan los de ingeniería. Observan la manguera tajeada. Me miran. Creen que he sido yo. Le digo que no sé nada, que de repente comenzó a oler mal. Es el gas, me dicen. Me duele la cabeza. Tengo ganas de vomitar. Vomito en un tarro. La llave de gas no se mueve, les digo. Está soldada, dicen. Se quedan observando la llave del gas. Tengo miedo. Yo no he sido, repito. El viejo Green sale a buscar algo con qué abrir. Corre agarrándose la cabeza. Ron Green grita a un conector que hay gente, hay que evacuar. Evacuar. Me grita el joven Green que ayude a quienes están en el comedor. Corro al comedor. ¿Por qué están tirados en el suelo? Están tirados, les dije. Es el gas, dijo Ron y se tapó la boca y la nariz. Hay que evacuar, dijo, cuántos hay. Muchos, dije. Muchos. Tapen las mangueras, dijo, dónde está Tom. Tom entró y le dijo a Ron que ya es tarde, es tarde para todos. Sus ojos estaban rojos, su nariz hinchada de sangre. Agarró a Ron de las muñecas. No me dejes, le dijo, no me dejes. Hay que evacuar, gritó Ron y corrió hasta el comedor mientras Tom corría con los brazos en alto, danzando de tan afectado. Me voy a matar, le gritaba a Ron. Ron comenzó a mover los cuerpos hacia la compuerta del comedor para dejarlos en el pasillo. Tom atravesó la compuerta corriendo y desde afuera dio la orden de cerrar. Corrí. Pisé los cuerpos. Fue como pisar la crema de catán. ¿Así será pisar el arriba? Ron permaneció de pie sosteniendo a un niño. Se miraron. Yo salí. Tom, desde afuera, ordenó cerrar la compuerta. Y fue el ruido de la compuerta, el sonido de la explosión al instante. La vibración de las paredes, un golpe invisible que nos dejó en el suelo. Tom lloraba. Yo corrí hasta el mercado. Ya estaba a salvo. Yo no he sido. Juro que no he sido. Solo habría un muerto más.*

## AÑO 183 DD / JORNADA 90

Cada uno sobrellevó el miedo de la última clausura durante unas jornadas. El abuelo dejó de higienizarse y de comer por su cuenta. Debíamos arrastrarlo hasta el aseo, insistirle para que coma. Me acompañaba al trabajo porque no quería ser una carga y porque su trabajo nos aseguraba moléculas. Lo intentaba, pero sus tareas eran repartidas entre varios jóvenes, entre ellos, Ivo y yo. A veces me decía Ron: “Ron, este destornillador aún sirve”, “Ron, no me laves la espalda”, “Ron, no tengo hambre”. “No soy Ron, abuelo”. Y él me miraba sin entender a su hijo que decía no serlo. Pocas veces, algo le señalaba su error y se excusaba con que fue una confusión sin importancia. Cuando nada le revelaba su equivocación, me miraba con los ojos brillantes, como si yo fuera un hijo que negaba a su padre. “Ron, soy papá”, me repetía en tanto me acariciaba el rostro. Al final, evitaba que el abuelo sufriera y dejaba que creyera que Ron estaba vivo. No fue fácil ponerme en el papel de mi padre porque desconocía si era cariñoso, si miraba a los demás a los ojos cuando le hablaban, si sonreía. Era doloroso ser llamado “Ron”. Era bajarlo desde la altura donde descansaba de cara a nuestro mundo extinto.

No volví con el Loco durante bastante tiempo. Permanecí concentrado en mi trabajo, incluso continuaba en el módulo con alguna pieza pequeña de reparación para algún vecino. Con Frances nos mudamos a mi cama de antes, la que estaba pegada a la mesa de la chatarra, detrás de la cortina. Teníamos más intimidad, además podía trabajar tranquilo si cerraba la cortina. El abuelo retornó a la que había sido su cama. Mi madre, luego que verificó que la planta no existía, dejó de entrometerse y solo hablaba con Frances sobre los niños de la colonia y sobre actividades de aprendizaje para los más jóvenes. A veces, discutían acerca del futuro, los hijos, lo que serían nuestros hijos, los que no llegaban. Ya habíamos presentado el pedido de una nueva exclusión.

Sobre la mesa de la chatarra, a veces, dibujaba. Había guardado los dibujos de la planta. Algunos, se los entregué al Loco junto con las semillas. No sé cuándo ni el motivo, quizás fue la clausura, pero comencé a dibujar a la colonia. El conector nos dejaba poco papel para usar en el trabajo. Por lo general, creaba los diseños en mi mente y el papel lo llevaba al módulo para mis dibujos.

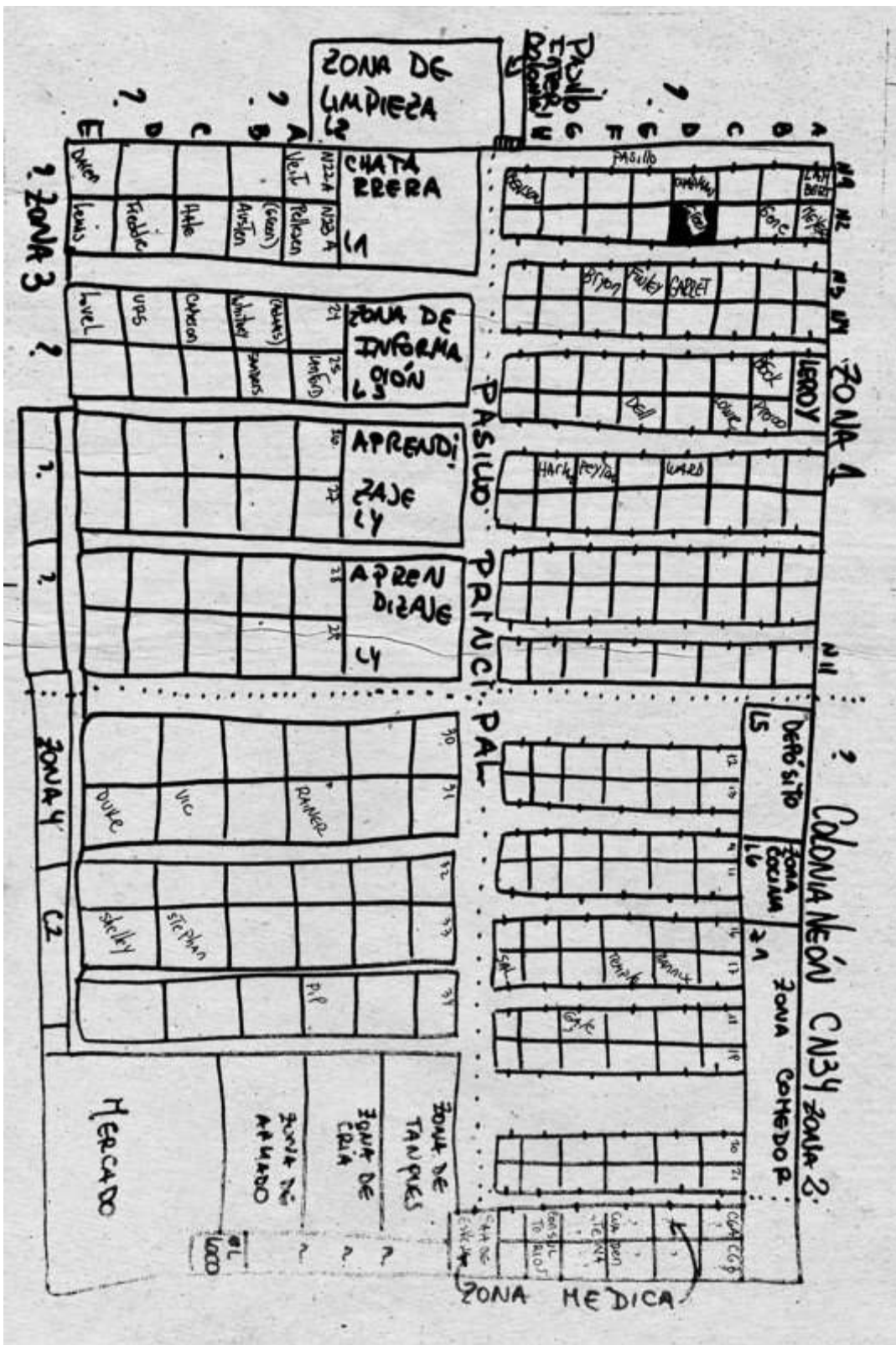
Dibujé mi módulo, un rectángulo, luego un pasillo afuera, más módulos. Había perdido la proporción. Mi módulo era igual al de Ivo que estaba pegado contra la pared donde se apoyaba la cama del abuelo, pared opuesta a la del



pasillo. Decidí respetar las proporciones justas. Un trozo de línea en el papel podrían corresponderse a diez pasos.

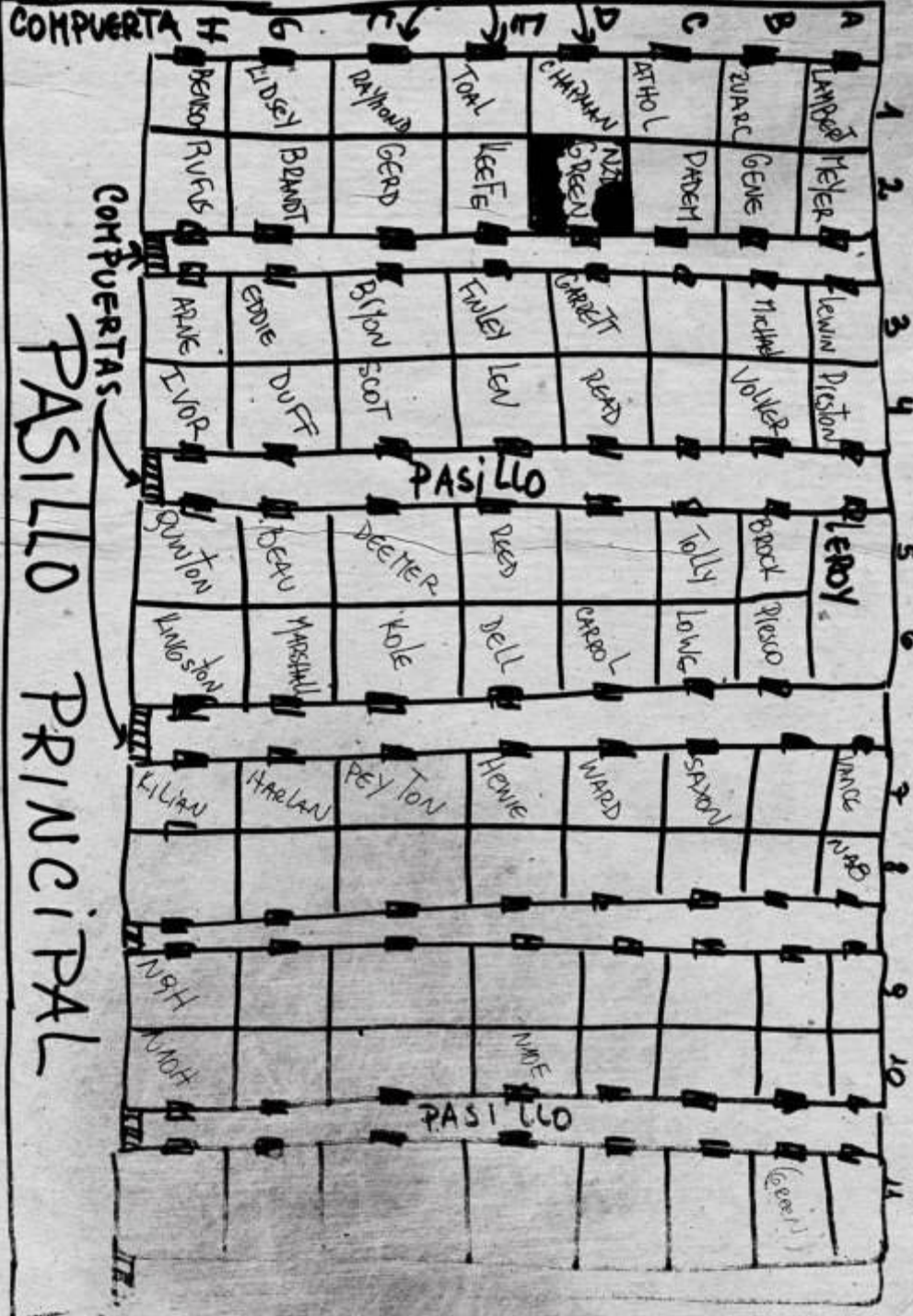
Durante varias jornadas me dediqué a diseñar una forma de volcar un diseño que se correspondiese con la realidad y a contar los pasos mientras caminaba hacia el mercado, al trabajo, a la Zona de Limpieza en tanto cargaba el tarro del aseo. Luego, registré los números de los módulos. El nuestro era el N2D; el de los Garret, el N3D. Completé los datos de ingeniería gracias a recorrer los espacios durante el trueque. El abuelo agregó las zonas de los conectores y me corrigió detalles de las zonas de ingeniería. ¿Y afuera? ¿Qué dibujaba afuera? Un pasillo que lleva a otro conjunto habitacional igual a este. Me dijo el abuelo: “Una colonia está compuesta por numerosos de estos conjuntos que comienzan con el CN1. Nuestra colonia tiene más de treinta y cuatro”. No supo decirme cuántos había en total. En aprendizaje nos decían que una colonia estaba formada por muchos subconjuntos y que todas las colonias eran iguales. ¿Afuera de las colonias? Lo inhabitable. ¿Atrás de la pared? Una oscuridad. ¿Abajo? Algo denso y duro como nuestro piso. ¿A los costados? Módulos y pasillos ordenados de manera idéntica. ¿Cómo saber dónde comienza una colonia y dónde termina la otra? ¿Y arriba?

Poco a poco el aire se tornó tenebroso y violento, un gas ácido que te derrite la carne y te deshace los huesos. Toqué las paredes para sentir si estaban bien selladas. Apoyé mi rostro en la rejilla de la ventilación. Volví a pensar en el Loco, en toda su información. ¿Qué más tendría para ofrecerme?



PASILLO INTERCOLONIAL

# ZONA 1



## AÑO 183 DD / JORNADAS 337-345

### I

Oficialmente, el conector Tylor anunció el inicio del mes trece, llamado Mes de la Salvación, y el comienzo de los preparativos para la ceremonia. Cada zona laboral organizaría algún acto, como era habitual.

El padre de Ivo se paró sobre un taburete para hablarnos:

—Hermanos chatarreros, les hablo como amigo y como representante del sector. Esto que diré, Ivo lo anunciará a Shiri para que sea transmitido al resto de la Zona de Limpieza. A ti, Devin, te tocará hacer lo mismo con los educadores a través de Frances. Monty, harás lo mismo con tu esposa para que informe en la cocina. Los demás que puedan repicar la información, hablaremos luego. Se acercan las celebraciones. Transcurrieron casi doscientos años desde el instante que descendimos. Hemos aprendido lo suficiente y despedido a demasiados de los nuestros. Estamos viejos, algunos —dijo y alguien contestó que más pacientes, pero jamás viejos—. Tienes razón, Horace, más pacientes, como ahora. —Más risas—. Antes no había turnos rotativos durante la jornada, todos nos veíamos en el comedor, en el mercado. Es cierto que era más caótico. Pero logramos organizarnos. Recibimos muchas quejas sobre la rotación. Se han enterado de que los de ingeniería tienen más tiempo para salir y esto ha generado malestar, a pesar de que nos han ampliado la permanencia en el comedor, suelen ser menos horas. Con algunos, hemos ideado un plan para poder usar ciertas zonas mientras los de ingeniería están en el comedor, en los pasillos de su zona y en el mercado. Llevaremos en breve este plan a la reunión con los conectores. Deseamos acercarnos a los vecinos de nuestro sector, fomentar ayuda, apoyo, charlar. Si hay acuerdo, solicitaremos una reforma de los turnos rotativos y la apertura de un espacio para reunión de los vecinos de las zonas 1 y 2.

—Pero si estamos prensados —gritó Horace desde el fondo de la sala.

—Bueno, es cuestión de reorganizarnos. Hay familias muy numerosas y otras de dos personas. Si pudiéramos disponer de un módulo extra para usarlo como lugar de charla, para tomar algo, compartir una molécula de agua con quien la necesite, sería positivo para todos. Podemos pensar que es como un comedor siempre disponible y abierto —dijo el padre de Ivo a pesar del murmullo.

—¿Será posible que nos liberen un módulo? —dijo con pesimismo,

adelantándome a la negativa.

—Tenemos datos que frente a la Zona de Limpieza, del otro lado del pasillo que lleva al intercolonial, hay un espacio cerrado. Podríamos solicitar a la Colonia Bórax que lo inaugure en la celebración próxima.

—¿Cómo no se usó antes? —preguntó Cameron.

—Parece que tiene fallos graves de ventilación.

—¡Genial! Por eso está en la Zona 1 —dijo Cameron e interrumpieron con risas y quejas.

—Silencio. Vamos a peticionar a los de ingeniería para que reparen el espacio.

—¿Y ellos que ganan? —dije.

—Gas.

—¿Gas? —repitió el grupo.

—Los Meyer me han recordado que si no se llenan los tanques, no hay gas. Si no hay gas, no hay moléculas de luz. Si no hay chatarra desarmada, no hay materiales para ingeniería.

—O sea, le plantamos cara —dijo Horace sonriente y con la cara enrojecida.

—Piensen en que muchos de lo que tenemos ahora fue por una propuesta que pareció por entonces de un afectado o una cuestión imposible. Podremos compartir un nuevo espacio con algún permiso especial por jornada. La Zona 1 lo podría usar los lunes; la Zona 2, los martes; la Zona 3, los miércoles y la Zona 4, los jueves. Los otros días serán para nosotros.

—No quiero a los de ingeniería en mi zona. Ese espacio es nuestro, nos lo ganamos —gritó Horace.

—¿Y los viernes?

—Eso se ve, era un ejemplo que se le ocurrió a papá, Martin —respondió Ivo sin perder la paciencia.

—Digo que los de ingeniería nos sacarán del culo. No van a querer que tengamos una zona. Nos la van a quitar y los tendremos metidos figoneando cerca nuestro —dijo Horace.

—¿Quién mantendría ese lugar? —pregunté al padre de Ivo.

—Eso lo veremos. Todo está por planificarse. Se aceptan propuestas.

—Bien, porque yo propongo que los de ingeniería no pisen nuestra área —dijo Horace encaminándose al costado de nuestro representante.

—Ni bien consideren abrir un módulo, lo usarán para separar una familia numerosa —dijo un chatarrero.

—Lo intentaremos, pero tenemos que estar unidos. No vamos a conseguir nada si no solicitamos. Vamos, que bien merecemos un premio por tanta labor, un avance para nosotros. Hemos descubierto que los lazos fuertes con nuestros vecinos nos favorecen y nos ayudan a continuar como familias, sobre todo para aquellas que no tiene descendencia y están muy solos. Además, es bueno para buscar espacio en las exclusiones, para ayudarnos en los momentos de carestía o de enfermedad. Apelaremos a esto en nuestra petición, si están de acuerdo —dijo el padre de Ivo.

—Estoy de acuerdo —dijo Ivo y levantó la mano mientras, poco a poco, todos levantamos la mano.

Volvimos a trabajar con ahínco. El abuelo lijaba un componente en tanto canturreaba. Comencé a pensar en cómo sería abrir la puerta y salir cuando yo quisiera. Entrar y salir, entrar y salir, abrir la puerta y no cerrarla nunca. Abrir la puerta, caminar y caminar. Observar algo nunca visto.

## II

La respuesta a nuestro pedido de apertura del módulo cerrado fue negativa. Los de ingeniería se negaron a trabajar tiempo extra. El padre de Ivo ofreció chatarreros y la ayuda de Ollie. En realidad, el abuelo podía colaborar muy poco, pero lo mencionaban porque había sido ingeniero y representante. Nuevamente, se rechazó el pedido porque los de ingeniería se opusieron a que los chatarreros ejercieran el rol de ingenieros. Se volvió a presentar una queja.

Luego del rechazo, ya no fuimos los mismos. En la espera del comedor para recibir la comida, alguien se quejaba de que doscientos años eran demasiados, que la comida era mala, que no podía dormir; otro gritaba al encargado de cocina que se apure sino le rompía el puesto a patadas, que no teníamos tiempo ni para comer en paz que ya nos metían en las zonas laborales. En el pasillo, se habían peleado por demorar en vaciar el tarro del aseo. El aire ya viciado se tornó aún más espeso, un aceite volátil que expandía su olor asqueroso.

El abuelo permaneció unos días acostado. Para que no se debilita, le ayudaba a mover las piernas, se las levantaba, llevaba sus rodillas al pecho mientras él se quejaba en cada movimiento. Le incentivaba proponiéndole un juego de imaginación: caminar por un pasillo o concurrir al mercado. En una oportunidad, quiso soltar la pierna y me pegó una patada en la cara. Me sangró

un poco la nariz. Frances se asustó, en tanto el abuelo, llorando, se metió en el aseo. Cuando entré para buscarlo y decirle que no fue nada, lo encontré sentado sobre la tapa del tarro. Sin levantar la cabeza me dijo: “Uno se muere de cosas así. El niño de los Lowe murió porque se le cayó un tarro en la cabeza. El viejo Adam murió porque se cayó de la silla. De una silla. Una ridiculez morir de algo así. De una silla. Si el hombre se pasó sentado en una silla casi la mitad de su vida. Morirse por culpa de una silla. Uno muere de cosas así, porque hay que morir, porque nos matan. Al final, siempre nos matan”. “Yo me voy a ir con Ron”, dijo ya cuando lo acostábamos de nuevo. “Ron, ¿ya estás aquí? Vamos.” “Sí, papá, y ahora a acostarse un poco”. Cuando fingía ser mi padre, mi abuelo no se oponía y era dócil. En su rostro podía descubrir una ternura diferente. Acepté que mi abuelo era el padre que nunca conocí. Por él supe ser cabeza de generación, desarmar la chatarra, acostarme con una mujer, afeitarme la barba. ¿Y si me moría como mi padre cuando mi hijo tuviera tres años? ¿A quién él buscaría para consuelo?

A los pocos días, el abuelo se levantó y me pidió ayuda para asearse antes de dirigirnos al comedor. Durante la noche había viajado al mundo de los muertos y había vuelto. Me contó que desayunó con su madre y que le había prometido un juguete nuevo. Mientras le aseaba, me contó que Ron le dijo que llegaría un lote de materia prima y que era necesario llegar temprano a la chatarrera. “Bueno”, le respondí. Se agachó para arreglarse la tira de nailon del zapato y se levantó con rapidez. “Vamos”, dijo, “y hay que llamar a Devin, ese niño, ¿dónde se habrá metido? Siempre me hace lo mismo, se mete debajo de los muebles”. Comenzó a buscarlo arrastrando las pantuflas aunque la mitad del pie afuera rozaba el metal. Se había colgado una manta como una capa que también arrastraba por el piso. Si lo llevaba a la Zona Médica, lo dormirían durante una jornada. Decidí continuar fingiendo que era Ron y que Devin era un niño travieso escondido debajo de la cama.

Quizás era mejor estar en otro sitio como creía el abuelo. Yo podría estar en otro módulo, en el afuera, caminando dentro de la lámina del Loco, ese sitio amarillo con bandas celestes a un costado y arriba. Deseaba visitar al Loco tan solo para volver a mirar ese lugar. Ahora mi lugar tenía luces blancas, estrellas sobre el agua, un aire limpio y fresco, el calor tibio de la lámpara de un sol siempre encendido. Pero volvía a la eterna pared frente a mis ojos.

En el módulo, la misma pared, la pared del pasillo, la pared del aseo, la

pared de la chatarrera, la pared del mercado. La pared de la pared. Una pared que tapa otra pared. La misma pared multiplicada sobre un techo que es una pared, sobre un suelo que es otra pared: el frío sonante del metal. Todo se resumía a eso. Y discutíamos con los de ingeniería por obtener una pared que está detrás de otra pared con la esperanza de que esa pared, quizás, sea distinta. Una no pared. ¿Cómo es eso de vivir sin paredes? ¿Qué existe si no hay una pared?

### III

Varias jornadas después de la primera charla, el padre de Ivo nos habló durante el trabajo, desde la altura del taburete.

—Silencio, por favor. Apenas tenemos unos instantes. Nos han rechazado de nuevo el pedido. Más excusas, lo hago breve. Tenemos que pensar en las acciones que tomemos. Si se acuerdan, habíamos comentado presionar con el sector de limpieza.

—¡Dejemos de trabajar! —gritó Marshall arrojando una silla contra la pared mientras varios lo sostenía—. Estoy harto de que nos traten como a catanes. Yo dejo de trabajar. Voy a mandar a la mierda a los de ingeniería. ¿Quiénes vienen? Vamos ahora mismo —se paró sobre la silla, pero su padre lo bajó del brazo.

—¿Estás afectado? ¿Quieres destruir a toda la familia? Van a excluirte y a exiliarte. Eres la cabeza de la generación, usa la sesera. Si no trabajamos y dejamos de producir, no nos darán agua —le dijo Melvin.

—Es cierto, podríamos dejar de producir moléculas de luz y nos dejarían de enviar moléculas de agua y de comida —dijo el abuelo.

—¡Y todo por una zona para charlar! Déjense de joder. Si parecen niños —gritó Horace riéndose.

—Horace, es una zona abierta más. Nos la merecemos, pero tenemos que evaluar el costo. Estoy de acuerdo con lo que dijo Melvin. Marshall, si vuelves a tirar la silla ya no podremos reunirnos ni en este sector. Por favor, hermanos chatarreros, les pido que lo piensen —dijo el padre de Ivo.

—Podemos tomar una medida intermedia —dije—. No tenemos que dejar de trabajar, eso frenaría a la colonia y a las otras colonias. No queremos poner en riesgo a lo demás, sino solicitar una zona para reunirnos, fomentar la unión entre las familias de nuestra zona. Tampoco renunciar a eso que todos



coincidimos que será importante. No afecta a la colonia porque es una zona ahora sin uso, abandonada. Solo es un módulo más. Lo que afecta no es el lugar, sino el motivo.

—¿Qué motivo? —gritó Marshall.

—Reunirse —dije.

—Es así. Por eso vamos a pedir por el lugar y por tener un tiempo para compartir. Ya habiendo pasado casi doscientos años podemos cambiar ciertas cosas. Si ese módulo está en la Zona 1, nos pertenece —dijo el padre de Ivo.

—Es cierto —dijo Marshall—. Es nuestro y estamos reclamando por lo que es nuestro. Está en la Zona 1 y es nuestro. Lo queremos.

—También es de la Zona 2. Si bien están separadas, compartimos los mismos trabajos. Fueron divididas por el crecimiento de la población. Así es más fácil contar con dos representantes —aclaró el padre de Ivo.

—Si está en la Zona 1, es de la Zona 1. Eso propongo —dijo Horace levantando el brazo.

—Está bien, Horace. Tomo tu solicitud. Entonces, hagámosle saber lo que es ser de esta zona —dijo el padre de Ivo y se bajó del taburete.

## AÑO 183 DD / JORNADA 350

### I

Creí que mi madre se opondría a nuestro plan de presionar para la obtención de la nueva sala, pero ella hasta propuso crear allí un depósito para emergencias de la Zona 1. Había separado, incluso, unos objetos para decorar el módulo nuevo. Ella y Frances hablaban como si ya hubiera sido inaugurado, confeccionaron tarros decorados con incisiones, una cortina trenzada con esmero; discutían sobre la procedencia del mobiliario, si cada uno debía llevarse su silla o los vasos.

También me sorprendió la celeridad con que mamá aceptó la propuesta de alterar la rutina de la jornada. Incluso, ayudó a organizar los tarros del aseo para que no terminen en limpieza.

Un timbre largo y agudo, la hora de salir hacia el comedor, nos unió. Me pareció mucho más intenso. “Hora de abrir la puerta”, dije y miré el tarro del aseo. Mi madre preguntó quién lo haría y me miraron, como cabeza de generación era mi responsabilidad, supuse.

Avancé por el pasillo. Atrás me seguían mi madre, Frances con su mano apoyada en mi espalda. Atrás de todo, el abuelo protestaba por lo bajo: “Ron, te digo que es un error”, “Volvamos, Ron”. En las últimas jornadas, cada sonido lo transportaba al pasado. Por lo general, retornaba por un breve tiempo y volvía a partir, de tal manera que deseaba alertarme de mi muerte cuando él creía que era el turno laboral de esa jornada en la cual mi padre había muerto: “No vayas, Ron, hay gas suelto”, “No salgas del módulo”. Hasta se había sentado con la silla bloqueando nuestra puerta para evitar que yo saliese.

Al llegar a la puerta del último módulo de nuestro pasillo, el N3H, se abrió la puerta y observé a Selwyn salir con el tarro del aseo guiando a su familia. Nos sonreímos. Ya en el pasillo principal, Arden me saludó. También él transportaba el tarro del aseo y su cara aún parecía la de un niño. Más allá, aparecieron los Meyer, Ivo. En lugar de adentrarnos hacia la izquierda, hacia la Zona de Limpieza, giramos hacia la derecha, hacia ingeniería. Cruzamos la entrada del comedor vacío. Doblamos por los pasillos laterales de la Zona 3 y de la Zona 4. Nos separamos en grupos para abarcar todos los espacios.

Me giré para mirar a Ivo y él me hizo una señal. Atrás, Arden había desaparecido al entrar en un pasillo de la Zona 3. “Ya no hay marcha atrás, es

todo hacia adelante, para cuando lleguen los doscientos años”, pensé. Arrojé el contenido del tarro del aseo contra una pared de ingeniería; luego, lo hizo Ivo, más allá, fueron los Garrett, los Meyer. Frances se tapó la nariz y la boca. Mamá se levantó el saquito y se tapó la cabeza. El abuelo no estaba, quizás había seguido por el pasillo hasta chocarse con la pared, como había sucedido la jornada anterior al dirigirnos a la chatarrera, pero él golpeó contra la puerta de limpieza que se había materializado en el medio de su recuerdo.

Traté de no pensar en el orín corriendo en cientos de moléculas de agua rotas, en la materia fecal, allí, estampada contra el piso, contra la pared. “Está hecho”. Era lo que hacía a diario Shiri, su madre y su padre en limpieza, las otras familias. Nacían entre nuestra mierda y morían allí. Incluso, lo hacían por quienes jamás habían visto.

Los gritos provenientes del pasillo general nos alertaron a abandonar los pasillos laterales. Corrimos hacia el griterío y observamos a los conectores Tylor, Leroy y Blech, junto a vigías, golpear a Arden, al padre de Ivo y a otros de la Zona 1 y de la Zona 2. Alguien, aún con el tarro lleno, se lo lanzó contra el conector Blech. Inmóviles y paralizados en el silencio general, observamos a Blech enroñado. Luego, al unísono, una carcajada pegó contra el metal que nos envolvía y nos golpeó hasta las lágrimas. El abuelo Ollie levantó la mano y gritó que ya basta. Creo que solo yo lo escuché. Horace aplaudió entre risotadas y grito: “Blech, el come mierda”.

Pocas veces había sentido ese calor bombeado desde el corazón, de pie ante una inmensidad que me ofrecía lo sorprendente. La chicharra que indicaba emergencia se sumó a los gritos. Los de ingeniería, en lugar de quedarse en sus módulos, salieron. Supongo que se detuvieron al observar la suciedad frente a sus puertas antes de arribar hasta el pasillo general pisando nuestros desechos.

Se cerraron las compuertas de manera automática. Quedaron aisladas las zonas vacías del mercado, la Zona Comedor, la mayoría de los módulos, todas las zonas de trabajo; algunos habrían sido sorprendidos y aislados en los pasillos paralelos. “Hay que matarlos a todos”, gritaban los de ingeniería. “A toda esta mugre de la 1”, agregaban otros más enfurecidos.

Un dolor repentino en el cráneo produjo que mi entorno se moviera como si fuese a desaparecer. Me pegué contra la pared para no caerme. En el suelo, algunos intentaban levantarse, pero eran pisoteados una y otra vez. Aún me pareció oír risas, pero también llantos, unos que se llamaban, buscaban a alguien. Empujé varios cuerpos que me aplastaban, no era posible caminar ni moverse demasiado. Un hombre enfurecido pateaba a otro en el suelo. Había

perdido el contorno de cada uno. Ahora eran todos. Todos gritaban y lloraban. Todos se movían. Todosapestaban. Todos empujaban. Yo era todos.

Un grito me separó la cara de esa gran cara uniforme: el grito de la mujer nos atravesó. Un grito tan agudo como una sirena. Un grito sin nombre que nos pegó a cada uno hasta inmovilizarnos. Luego, vimos el rostro de quien abría la boca, más abajo del cuerpo de un niño llevado en alto y con la cabeza ensangrentada, moviéndose como una manta de nailon. Bajo la sangre que chorreaba del niño y que se derramaba en la cabeza de la mujer, observé a Shiri. El silencio que siguió fue cortado por los gritos de Ivo. Un médico levantó los brazos y vimos pasar al niño en alto, sobre nuestras cabezas, frenarse ante la compuerta cerrada que no permitía el ingreso a la Zona Médica. El médico le gritó al conector Leroy que de la orden de abrir. Leroy miró a Tylor y dijo que yo no he sido, no di la orden, fue el Tylor. Discutieron mientras se escuchan los gritos de abran, que es un niño.

Me empujaban y yo empujaba a quienes tenía adelante, todos empujando hacia la compuerta como si pudiera ablandarse tan solo con el peso de nuestros cuerpos arrojados hacia su dureza.

Al girarme para corroborar si mi familia estaba bien, me encontré, frente a frente, con Tom Pellesen que abrazaba a su hijo Nils. Lo reconocí por haberlo visto en los preparativos del fallido acto de fin de aprendizaje. Nils, por entonces, el de los dientes chuecos y las orejas grandes, nos golpeaba amparado por la sombra del padre ingeniero, nos refregaba que los de la Zona 1 estábamos allí porque nos lo merecíamos, por inservibles. “Él tiene a su padre”, pensé. Comprendí esa inmensidad que se abría a mis pies, esa masa de agua como el mar del dibujo del Loco, esa grandiosidad donde podemos movernos hacia tantos pasillos. Aparté a unos cuantos, miré a Tom y le propiné una, dos, tres trompadas.

Me separaron entre varios y me arrastraron hasta la Zona Médica ya abierta. Podía ver sangre en mis brazos. Creía que era del niño. No sentía más que ganas de bailar, de correr. El pecho me saltaba como disparándome hacia delante. Luego, no recordé nada más que la cara de una mujer que dijo que descanse.

Al despertar, estaba en mi cama. “Habré soñado todo”, pensé. Luego, el dolor de cabeza se agudizó en una punzada. Frances se acercó al verme correr la cortina.

—¿Qué pasó? —dije

—Ya estás bien. Te trajeron hace un rato. Dijeron que necesitaban espacio en la Zona Médica y ya estás fuera de peligro. Tengo que cambiarte la venda, darte unos jarabes...

—¿Qué pasó?

—Te conté recién.

—¿El abuelo?

—Acá estoy —dijo y apareció de atrás de la cortina. Más allá estaba mamá.

—¿El hijo de Shiri?

—Sobrevivió. Le pusieron sangre nueva. Tendrá que estar varios días.

—¿Qué pasó? ¿Nos van a exiliar?

—No lo sé. Nos avisó hace un rato el conector Leroy que mañana no habrá timbre, que nos traerán la comida principal al módulo. No podemos salir hasta que nos vengan a buscar. Sasa le preguntó, pero el conector dijo que no podía decir nada más.

—Fue mi culpa, mi idea. Tengo que hablar con el conector Leroy. —Intenté incorporarme pero el mareo me arrojó de nuevo a la cama.

—Fue tu idea que apoyamos todos y el padre de Ivo aceptó como buena.

—Al menos quiero decir que fue mi idea. Me siento culpable por el hijo de Shiri. ¿Está muerto?

—No. Se va a poner bien. Nos lo dijo el conector Leroy. Que no había muertos, pero sí heridos —dijo Frances y me arropó.

—Si hay heridos es mi culpa, Frances.

—En esos momentos siempre alguien sale perdiendo. Antes le tocó a Ron. Y antes a millones y millones de humanos. Lo que hace uno lo pagan cientos o millones —dijo el abuelo desde una voz que provino desde lejos.

—No te arrepientas del puñetazo a Tom. Hubiera querido dárselo yo misma. Desgraciado. Ahora, cuando se ría, se va a acordar de los Green y de lo que nos hizo —dijo mamá eufórica.

—¿Cuándo se ría? ¿Qué dices, mamá?

—Perdió casi todos los dientes de adelante. Toditos.

No pudimos dormir demasiado. Mamá se metió en el aseo varias veces, la escuchaba revolver tarros. Frances se levantó para tapar al abuelo quien llamaba a Ron. Traté de no moverme porque la cabeza me latía. Tomé un café con un jarabe que me dijo Frances era para el dolor, como habían indicado los médicos. Sería cierto: al rato mi cabeza era casi como la de siempre.

## II

Un timbre corto nos indicó el fin de la hora oscura. Desde el aseo, escuché a mamá y a Frances discutir sobre la cantidad de provisiones y la necesidad de dosificarlas porque no sabíamos cuánto duraría la clausura. Nos habían prometido que nos acercarían la comida, pero en algunas clausuras debíamos subsistir con las reservas. “No mucho”, dijo el abuelo, “no pueden parar la colonia”. Frances le preguntó si antes había pasado y el abuelo dijo que recordaba una vez. Luego, junto a la mesa, animado quizás por el recuerdo, nos contó:

—Cuando era niño de aprendizaje, sucedió un encierro igual que este. Lo recuerdo como si hubiera sido ayer mismo. No fue por una nueva sala sino porque algunos tuvieron la idea de abrir la compuerta del pasillo intercolonial, esa que siempre está clausurada. Querían escapar hacia Colonia Bórax. La idea surgió cuando comenzaron a quejarse de que en ese lugar se vivía mejor, en ese lugar la comida era mejor, en ese lugar los módulos eran enormes y no había encierro de la hora oscura porque cada uno podía entrar y salir cuando quisiera, que allí se vivía como antes. El malestar se desparramó como una nube de gas, de cañería en cañería. Al comienzo, fue idea de dos, pero después fue de toda una zona. Yo iba hacia aprendizaje cuando los vi. Estaban de pie en el pasillo principal. Se miraron, miraron a otros, se miraron todos, y corrieron como afectados hacia la compuerta. Mi papá me tomó de la mano y corrimos a escondernos al módulo, el N11B. Luego, escuché la sirena y las puertas cerrarse. Nos dejaron salir al otro día. Yo estaba muy emocionado, hasta contento. Creo que todos estábamos contentos.

—¿Por qué? ¿La pudieron abrir? —preguntó Frances.

—No. Esa compuerta no se abre así nomás. Es pesada y con varios postigos de titanio que entran dentro de la pared. Estábamos contentos porque había sucedido algo: “Bueno, al menos lo intentamos”, “Bueno, tengo algo nuevo para contar”, decían. Y duró para mucho rato. Seguíamos todos hablando del asunto. Agregábamos cosas como que alguien había llegado a la intercolonial y que ahora era conector en Colonia Bórax. Otros, que le habían pegado al conector Robin, ese ya murió hace rato. Hasta se felicitaban por la osadía. Así que no se preocupen, mañana abren la puerta y de vuelta al trabajo —dijo el abuelo y se recostó.

Permanecemos en silencio. Luego, no hubo timbres. No sabíamos cuánto

tiempo había pasado. Teníamos hambre y Frances desparramó en platos de metal la comida que un vigía nos había alcanzado. Comimos juntos como si estuviéramos en el comedor. No hablamos demasiado. Yo estaba atento a si aparecía algún sonido por el pasillo. Repiqueteé contra la pared de Ivo para asegurarme que estaban bien. Ellos también habían recibido la comida principal y agua.

Luego, como hacía a diario, trabajé con la chatarra. Me senté frente a la mesa a desarmar una lámpara taponada mientras Frances y mi madre contaban las provisiones y las movían de lugar. Desarmé la lámpara varias veces sin prestar atención. ¿Cómo sabremos que es la hora de volver del trabajo o la hora oscura? ¿Cómo sabremos si pasó una hora o dos o tres? ¿Por qué no podemos tener relojes como los de antes? ¿Por qué los únicos relojes los poseen los conectores? ¿No sería más cómodo que cada uno tuviera su reloj para medir el tiempo y no tener que escuchar los timbres agudos y graves para diferenciar hacia las zonas que debemos ir?

Continué con la tarea de preguntarme por detalles insignificantes mientras trabajaba en la lámpara hasta que un sonido de golpes me jaló al módulo. Descorrí la cortina, salí de mi refugio y me paré junto a la puerta. Con la mano levantada le hice señas a mi madre para que se quedase donde estaba. El abuelo permaneció cerca del aseo.

Al abrir, apareció el conector Leroy rodeado de dos vigías. “Vamos”, me dijo. Uno de los vigías me preguntó si era Devin Green, la cabeza de la generación. Dije que sí. Quise hablar con el conector Leroy, pero el otro de los vigías me dijo que silencio, en los pasillos se camina.

Me escoltaron en tanto el conector Leroy cerró el grupo caminando detrás. Cada tanto, me giraba para observar a Leroy serio como los vigías. Creí que doblaríamos hacia el C2, quizás antes de que me dejaran en la intercolonial. En mi mente transitaba el plano que había dibujado gracias a la ayuda del abuelo. Pero continuamos por el pasillo principal hasta llegar a la Zona Médica. Al ingresar, observé a Fletcher Garrett y a Roger Brock sentados en la sala de espera. Era evidente que seleccionaban a las cabezas de generación por zonas. “No pueden exiliarnos a todos”, pensé, “tampoco a todas las cabezas de la generación”. Ese fue el motivo por el que los tarros lo arrojamos las cabezas de cada generación.

Roger Brock fue llamado y se dirigió hacia la puerta empujando el aire viciado, con la cabeza en alto, los puños tensos. Al pasar junto a uno de los vigías, lo empujó con el cuerpo, pecho contra pecho. El vigía se movió y le

sonrió.

El vigía volvió a la seriedad. Desde la sala de espera no se escuchaban voces ni pasos. Me pareció, debido a la tensión de la espera silenciosa, que había pasado demasiado tiempo.

Cuando Roger Brock apareció en la puerta, caminaba con la cabeza colgando. Al pasar junto al vigía, esquivó la mirada y se sentó. El vigía lo miró y volvió a sonreír. El conector Leroy ordenó a otro de los vigías que trajera al resto de los Brock y dejarse a Roger en el módulo y que luego hiciera lo mismo con los Garrett.

Luego de la salida de Fletcher Garrett, supe que era mi turno. Les diría la verdad. Si debían exiliar, que fuese a mí y, de paso, expiaba la culpa que no dejaba de golpearme. Aún escuchaba el aullido de Shiri. Ese hijo podría haber sido el mío. Nuestro hijo. Shiri, una de las personas más hermosas que había conocido en mi vida, con su chirrido de sirena anunciaba la catástrofe, una voz sostenida, hasta una distancia lejana, solo con un dolor más enorme del que alguien puede soportar.

No temía entrar. Era tanta mi curiosidad que me movía de manera constante en la silla. “Devin Green”, gritaron y el vigía me dijo que vamos. Al entrar, solo era la sala donde el médico me había atendido. Apareció el conector Leroy por una puerta lateral y me ordeno que lo siguiera. Un pasillo pequeño desembocaba en una habitación tan solo con una mesa, cinco sillas de un lado y una silla del lado opuesto, donde me senté. El médico, en un costado, me observaba. El conector Leroy se sentó junto al conector Tylor, al que se le sumaron dos hombres que se presentaron como de la Colonia Bórax. Unos papeles blancos que parecían muy finos cubrían la mesa. Pensé en lo que costaría cada uno de ellos. A un costado, se apilaban carpetas; la de arriba decía: “Devin Green. Colonia Neón. CN34.N2D.L1”. Pense: “Conjunto habitacional de Colonia Neón treinta y cuatro, mi módulo y mi zona de trabajo”.

Uno de quienes se presentó como de Bórax, un tal Herman, abrió la carpeta y comenzó a leer. Había varios papeles escritos. Me recordó a la lectura de los archivos junto a Arden para averiguar sobre la esfera.

—“Green. Devin. Ollie. Frances, esposa. Madre, viva. Dos camas dobles, una cama simple. La familia no cuenta con niños. Un anciano. Chatarreros. L1. Madre y esposa. Aprendizaje. Z2”. ¿Es cierto que recibió tratamiento? —dijo y miró al médico.

—Ha estado recibiendo tratamiento a raíz de signos de estar afectado.



Terapia de oxigenación, evaluación de la dosis de vitamina D, exposición a lámparas, masajes, lo usual para estos casos.

—“Una exclusión reciente” —leyó el señor Herman y preguntó al médico si había novedades del asunto.

—Sin embarazo. Ha solicitado una nueva exclusión. Podemos pensar que la afectación ha repercutido en su capacidad reproductiva, pero con unas pocas exclusiones no podemos corroborarlo. Es normal que se intente unas cinco veces. Su esposa también fue sometida a una terapia, pero está muy bien de salud —dijo el médico.

—Acá no la veo. ¿Dónde está la nota de la nueva exclusión de este año? —dijo Herman y miró al conector Tylor.

—Fue hace poco. Vamos a actualizar ese dato.

—Esto debería estar actualizado. ¿Dónde está la copia del pedido de exclusión? A ver. Ha estado recibiendo terapia para mejorar su estado de salud pero se dilata el pedido de exclusión.

—No se dilata, está siendo evaluado —dijo el conector Tylor.

—Quiero la copia en la carpeta correspondiente —ordenó el señor Herman al conector Tylor que frunció la frente y, luego, miró hacia el conector Leroy que ni se enteró que lo miraban porque tenía la cabeza hacia abajo y se escarbaba las uñas.

—El señor Devin Green ha mostrado aptitudes como su abuelo y su padre —dijo el médico.

—Sí, al menos eso consta —dijo el señor Herman y volvió a mirar al conector Tylor que parecía que iba a reventar la piel en cualquier momento.

—Señor Green, estamos acá por el motivo que se está imaginando. Este esfuerzo de venir hasta aquí, dejar la jornada laboral en suspenso, representa el sacrificio de otra colonia. Lo que se hace acá —dijo y golpeó con el dedo en un lugar de la mesa para luego moverlo hacia un punto lejano—, repercute lo que se hace acá. Si, supongamos, los de Colonia Crisálida no fabrican la comida, usted se muere de hambre. Si los de la Colonia Axa no purifican el agua usada, usted no tiene agua para tomar. Es decir, moriría. Entonces, ¿ha puesto en peligro a la humanidad por un módulo para juntarse con los vecinos? ¿No le alcanza la hora extra que se agregó durante la comida? ¿No le alcanza la hora laboral donde es libre de charlar y fomentar amistades? ¿No le alcanza el Día del Trueque cuando es libre de charlar con sus amigos y parientes, de intercambiar lo que no necesita? ¿No le alcanzó de niño la posibilidad de fomentar lazos en la Zona de Aprendizaje? ¿Las escapadas de joven y las

reuniones en aprendizaje cuando se permite que se junten allí también para fomentar la amistad? Leo lo que puso en la nota de pedido: “Solicitamos un espacio para fomentar los lazos de nuestra zona y de las familias”. Le pregunto, ¿quién va a limpiar esa zona? ¿A quién le quitarán las moléculas de luz para iluminar esa zona que hoy está a oscuras? —dijo y me miró en tanto los demás lo imitaron.

—Eso no lo pensamos.

—Ahí está. No lo pensaron. Casi muere un niño por algo que no pensaron. ¿Es así? —dijo en tanto seguía golpeando la mesa con un dedo en puntos invisibles.

—Primero queríamos obtener el permiso y luego pensaríamos cómo hacer —dije mientras me enderecé en la silla.

—¿Hasta dónde habría sido capaz de llegar para obtener el permiso? —dijo y me volvieron a mirar. Mi mente se retorció como intestinos.

—No lo sé.

—No lo sabe.

—No, no lo sé.

—No lo sabe —dijo mirando al médico y volviendo hacia mí—. Si el niño hubiera muerto la respuesta sería otra.

—Nunca quisimos lastimar a nadie —dije y el señor Herman abrió la carpeta y leyó unos papeles.

—Acá dice que le rompió los dientes a un tal Tom Pelleesen. ¿Por qué? —me dijo mientras sentí mi espalda pegarse contra el respaldo caliente de la silla.

—Me estaba empujando.

—¿Lo estaba empujando?

—Sí.

—Leo: “El señor Pelleesen era amigo íntimo de la familia Green cuando se dedicaban a tareas de ingeniería”. ¿Eran amigos?

—Lo serían. Yo tenía tres años cuando mi padre murió en un accidente donde los conectores cerraron las compuertas y se asfixiaron quienes permanecieron adentro —dije y señalé al conector Tylor.

—Salvamos al resto de CN34 y quizás a los conjuntos aledaños —dijo Tylor mirando al señor Herman mientras el otro hombre de Bórax escribía en papeles.

—Estoy al tanto de ese incidente. Acá se declara, señor Green, que le pegó con tal fiereza que debieron separarlo entre varios y fue porque “lo

empujaba”. Anote, señor Randall, que tampoco quería hacer daño a nadie, pero que casi matan a un niño y el señor Green voló la dentadura delantera del señor Pellesen. ¿Cómo llegaron a la idea del módulo?

—El padre de Ivo nos dijo de solicitar ese módulo para usarlo luego del trabajo y todos estuvimos de acuerdo.

—¿Y?

—Nos rechazaron el pedido.

—¿Por qué lo rechazaron?

—Supongo que por solicitar reunirnos fuera del horario no permitido de estar fuera del módulo.

—Actuaron sin conocer las razones del rechazo. Contésteme.

—Supusimos...

—Supusieron.

—Sí.

—Suponer no es saber.

—No lo sé.

—¿No sabe las razones o no sabe la diferencia entre “suponer” y “saber”?

—No sé las razones. Yo las supuse —dije con un tono demasiado elevado, aunque intentando ocultar mi furia concentrando la mirada hacia un punto fijo en la mesa.

—Bueno, igual persistieron y persistieron. Hay varias notas de pedido.

—Está mi informe donde me exployo sobre que inclusive se trató largo en las sesiones con los representantes y le expusimos al representante Chapman que era imposible para la colonia sostener un ambiente más. Volvió y volvió en que ellos se encargarían del mantenimiento. El módulo posee una falla en la ventilación y habría que rehacerla ya que los conductos se han caído sospechamos desde hace muchos años —dijo Tylor al señor Herman.

—¿Usted estaba al tanto, señor Green?

—Sabía que sería hablado en las reuniones. Nos los dijo el padre de Ivo.

—¿Les dijo el motivo del rechazo?

—Nos dijo que fue rechazado.

—Y no obstante salieron igual. ¿Sabe que tuvieron que concurrir de CN33 para limpiar el desastre que dejaron tirado en la zona 3 y 4 cuando vaciaron sus desperdicios? Ese día la gente de limpieza de CN33 trabajó el doble. Además de lo que costó mover a varias personas entre conjuntos coloniales; pasar por los pasillos intercoloniales no es algo grato. Y además expuso a ese subconjunto a una epidemia por las heces. Los de ingeniería debieron activar

sistemas de ventilación extra para purificar el aire.

—No sabía.

—¡Vaya! —Rió mirando hacia los costados, en tanto los demás también sonreían—. ¡Cuántas cosas que el señor Green no sabe! Seamos generosos. Yo le conté cosas que usted no sabía y me gustaría que me diga algo que yo no sepa.

Permanecí unos instante en un intento por comprender si debía responderle o si eran preguntas que él luego se respondía a sí mismo. Al fin, dije:

—No sé lo que usted sabe.

—¿Cómo fue que se organizaron tan bien para salir todos al unísono y con los tarros rebosantes?

—Fue mi idea.

—Debe ser el oxígeno extra que acá le estuvo dando, doctor. Se ve que oxigena también las ideas —dijo y se repitió la escena de la risa.

—Sí, fue mi idea. No era intención de lastimar a nadie. Solo dejaríamos ver que los de la Zona 1 también merecemos los mismos tratos que los de ingeniería.

—Ingeniería. Ingeniería. ¿Dónde trabaja el antiguo amigo de la familia, el señor Pellesen?

—Mi familia era de ingeniera.

—Y a usted, señor Green, se le ocurrió que sería buena idea arrojar su materia fecal contra la puerta de los Pellesen.

—Solo queríamos que supieran lo que es ser de la Zona 1.

—Todos somos de la misma zona: bajo tierra —dijo y permaneció callado, mirándome tan fijo que temí que me perforara.

—Solo que a algunos el bajo tierra es menos bajo tierra —dije.

—Por supuesto, usted ha recibido oxigenación, algo que la mayoría no conocerá en toda su vida. Quizás un día le arrojen la mierda en su puerta, señor Green.

—No solicité el oxígeno extra.

—Leo que también le han sido dadas moléculas de agua extra. ¿Es así, doctor?

—Es así y forma parte de la terapia para contrarrestar los efectos del encierro.

—Ese día, señor Green, el agua que usted recibió le faltó a otra persona, quizás de la Zona 3 o la Zona 4. Usted dijo que su familia fue ingeniera. ¿Alguna vez mientras vivían en el —dijo y se detuvo a leer en los papales—:

N23B alguien les arrojó materia fecal?

—No.

—Pero usted ahora que está en la Zona 1 tuvo esa idea.

—El señor Green ha estado afectado, por eso ha iniciado tratamiento. No creo que sea conveniente prolongar la entrevista —dijo el médico y el señor Herman lo interrumpió.

—Ya leí su informe, muchas gracias —dijo y luego cerró la carpeta—. Señor Green, cada uno de nosotros está atados a los demás.

—Algunos poseen más privilegios. ¿"Sobrevivir" en Colonia Bórax es igual a "sobrevivir" en la Zona 1 de esta colonia? —dije y ahora era yo quien miraba fijo a Herman.

—Quizás algún día lo sepa y sea invitado. Si fuese así, ¿se acordará de la "supervivencia" de quienes viven en esta zona o aceptará el traslado?

—No aceptaría.

—Quizás llegue el momento en que tenga que contradecirse por el bien de su familia. Mire, en esto se ha convertido nuestra existencia y queremos que no sea para siempre. Estamos aquí por lo que han hecho nuestros bisabuelos, tatarabuelos. Nos enterraron aquí debajo. Está en nosotros, sobre todo en quienes somos la cabeza de la generación, asegurarnos de que nuestros hijos o los hijos de nuestros hijos o los hijos de los hijos de los hijos, tengan la oportunidad de vivir lo que ha nosotros no nos ha sido dado. —Tras una pausa continuó—: ¿Algo más, señor Green, que no sepa y que sea importante para todos?

—No —dije respirando con alivio.

Al salir, supe qué había sido lo que les pesaba a todos tanto como para cruzar la puerta con la cabeza baja, pero yo estaba tan ahondado por esa oscuridad que fue como si esas palabras recibidas se hubiesen asfixiado.

## AÑO 183 DD / JORNADA 355

### CARTA CON EL LOGO DE COLONIA BÓRAX, DEPARTAMENTO DE ADMINISTRACIÓN COLONIAL

*Querido Blech:*

*Querido amigo, lamento la lectura del informe que nos has enviado sobre la situación de las zonas 1 y 2 en el CN34 de Neón. No es la primera vez que esas cosas suceden y debemos manejanos con cautela y no dejarlos llevar. Si hemos sobrevivido, ha sido por la planificación y el análisis de las peores circunstancias. Ayer, justamente, pensé en que es hora que nos hagas una visita. Corina está ansiosa por saber los detalles de cómo va todo por la colonia.*

*He pensado que quizás quieras pedir cambio de colonia para no cruzarte con quienes han hecho eso tan espantoso, pero ya sabemos cómo afecta el encierro perpetuo. Con Corina charlamos que quizás sea buen momento para censar al CN34. Si estás de acuerdo, daré la orden para enviar personal extra. Hay jóvenes bastante prometedores aunque sospechamos que se ha producido una desproporción generacional que sobrecarga a los jóvenes de la actual generación. ¿Recuerdas cuando estudiábamos juntos y debatíamos que era necesario liberar un poco las cuerdas para que la gente no sienta tanta asfixia, aunque sin dejar de tirar ya que adónde podrían ir si no es acá abajo? Desde hace unos días, se ha estado hablando de la situación de CN34 y de su pedido de recuperar ese módulo. Estuve averiguando y es allí donde se había ahorcado toda una familia. Parece que, arrepentidos por aceptar el descenso, querían salir, preferían morir rápido antes que lentamente, dice el informe del caso. No fue fácil encontrarlo pero Corina es así, consigue lo que se propone. En la nota de pedido firmada por el representante Chapman no se menciona nada más que es un lugar inservible. Ya no hay recuerdos de ese pormenor. En el informe de caso habían solicitado cerrar el módulo por el impacto negativo en la población. Nadie quería pasar por la puerta, no querían arrojar los desperdicios en limpieza para no cruzar ni por el mismo pasillo. Quizás puedan recuperar ese lugar e inaugurarlo en nombre de los conectores, un regalo para su gente justo el Día de la Salvación. Con Corina creemos que es hasta poético. Pensamos que sería oportuna una placa conmemorativa. No harán mal en reunirse allí. Ya has visto que cuando se quieren poner de acuerdo*

*para hacer el mal, también lo hacen a pesar de estar encerrados. Es imposible meter a cada ser humano en una celda de aislamiento. Es nuestra misión dirigirlos lo mejor posible, pero sin asfixiarlos.*

*Ya te estoy viendo levantar las cejas y cerrar los puños. Amigo, solo te recuerdo lo que una vez me dijiste hace muchos años. Aún me acuerdo cuando estuve a punto de cerrar la llave de aire para que esas termitas, que me habían taladrado durante meses sobre miles de cosas, me dejaran de joder. Me era imposible caminar por los pasillos sin que me asalten con pedidos como si fueran niños. ¡Y pensar que todo se solucionó con dejar que celebren el día del trueque dos veces por semana y hasta por los pasillos!*

*Te esperamos con Corina uno de estos días. Estaremos contentos de alojarte en nuestro hogar. Si estás de acuerdo con censar, nos avisas. Un abrazo.*

*David Maxwell, Líder de Reorganización Colonial*

## AÑO 183 DD / JORNADA 359

Mientras trabajaba, me frenó un sonido proveniente del altoparlante. Nos miramos en tanto salía de esos agujeros la voz del conector Tylor:

“Colonia Neón. CN34. Acá les habla el conector Tylor de parte de los conectores de este conjunto. Hemos considerado que tras la supervivencia de casi doscientos años, debemos mejorar nuestras condiciones vitales. Si nos ha sostenido, ha sido el sacrificio y el don de establecer lazos duraderos con nuestros vecinos y familiares. Pondremos a disposición el nuevo módulo habitacional, al que llamaremos ‘Doscientos’, gracias a la colaboración de ingeniería y comenzaremos a recibir voluntarios para acondicionar el lugar que hoy se encuentra inhabitable. Queremos que sea el recinto que nos recuerde. Allí dejaremos registro de nuestros actos, de nuestra labor, como un sitio de memoria para las generaciones siguientes. Cuando sea oportuno, elaboraremos las normativas para su uso. Como no hemos podido preparar como es debido el Día de la Salvación por los acontecimientos sucedidos, decidimos posponerlo, de manera excepcional. Celebraremos el inicio de año el día primero con una variante: se permitirá compartir el día en el pasillo lateral en el cual pueden disponer, como en el trueque, de sillas y mesas para comer o compartir el rato. No se podrá ingresar al pasillo principal ni a los demás pasillos. Aquellos que no lo desean, pueden festejar sin salir del módulo habitacional. Por último, dejaremos atrás los acontecimientos tristes que todos vivimos, perdonaremos a quienes nos han lastimado, para seguir adelante con la misión que nos ha sido encomendada: salvar lo mejor de la humanidad. Buena jornada para todos”.

Nos miramos sin atrevernos a romper el silencio después de la última palabra de Tylor, hasta que Marshall gritó que sabíamos que le daríamos por el culo. El padre de Ivo se giró y le pidió que continúe con su trabajo. Él había presentado la renuncia el mismo día que arrojamos los tarros del aseo. Como sucesor, se votó, con rapidez, a Ivo, y hasta resonaron los nombres de Horace y del abuelo Ollie. Ivo aceptó por pedido de su padre, aunque no deseaba serlo, me dijo en una de nuestras charlas mientras comíamos en el comedor.





## AÑO 184 DD / JORNADA 34

Considerábamos la apertura del módulo nuestro triunfo antes que un regalo de los conectores. Si bien la noticia fue recibida con entusiasmo, al comienzo, evitábamos hablar del asunto porque retornaban la vergüenza de haber vaciado los tarros del aseo en la Zona de Ingeniería, el grito de Shiri con Sandor en sus brazos y el miedo de ser expulsados a la intercolonial. Incluso, en casos más graves, aunque jamás en nuestro subconjunto, habían sido expulsados al arriba, a derretirse junto a los muertos.

Comencé a salir durante el trueque con Marshall y Horace. Ellos me buscaban para decirme que, gracias a mi idea y a mis cojones de volarle los dientes a ese de ingeniería, conseguimos imponernos. Arden, a veces, se sumaba; Ivo rehusaba las salidas y se apagó como una lámpara con poco gas que apenas ilumina de cerca. Por mi parte, volvían en un sueño turbio tanto la culpa por el sufrimiento del niño y la mirada de Shiri, siempre desde lejos, sentada en otra mesa y con un rostro que jamás había visto. No conozco otra manera de pedir perdón, le dije a Ivo, al padre de Ivo, intenté decírselo a Shiri, pero ella se marchaba de mi lado. Mi madre me dijo que lo mejor era darle tiempo, que cada uno carga con la conciencia de haber perdido el juicio; incluso, ella me dijo que sabía de lo que hablaba.

Marshall y Horace se acercaron el Día del Trueque. Nos habíamos enterado de la apertura de un mercado de sombra en el módulo de los Lowe. Horace, muy hábil para los trueques, contactó al padre de Cris Lowe para avisarle que pasaríamos y que nos reservara unas botellas. Gracias a haber trabajado en mi módulo, poseía unas moléculas extra que llevaba en una bolsa de nailon colgada de mi espalda. A pesar de que mi madre se oponía a mis reuniones con ellos, los saludó con cortesía.

Al doblar por el pasillo de N6G, observamos el gentío; más allá, el conector Tylor sobresalía de las cabezas por su altura. Horace no se frenó y continuó su marcha. Era la primera vez que observaba a un conector merodear por el mercado de sombras, pero Marshall me tranquilizó diciéndome que era habitual que hasta un conector se compre un traguito, cada tanto, e incluso pagara por el servicio de alguna chica. Al lado de ellos dos, me sentí un idiota de aprendizaje.

Al llegar junto al conector Tylor, Horace lo saludó y lo invitó a tomarse

algo “calentito”. El conector se río y le palmeó la espalda y le dijo: “Calentito vengo de hace rato”.

En la puerta de los Lowe nadie se movía, quizás, esperando la partida del conector para que nos dejase comerciar tranquilos. Así fue que cuando Tylor se despidió llevándose una botella bajo su camisa, empujamos para entrar al módulo de Lowe. Dejamos que Horace se encargase del trueque y le ofrecimos nuestras moléculas y lo esperamos en el pasillo principal, alejados de la puerta.

Al rato, Horace nos guió hasta su módulo donde estaríamos tranquilos. Cuando entró, mandó a su esposa y a sus dos hijos al mercado y cerró la puerta. Nos sentamos en el suelo, sobre unas mantas que Horace quitó de las camas. Luego, dispuso unos vasos.

—Hay que ir pensando lo próximo que vamos a sacarle a esos catanes de los conectores. Qué cara traía el sorete del Tylor —dijo Horace llenando los vasos para luego sentarse en el suelo, con la espalda contra la cama.

—Lo próximo serán más moléculas. Brindemos por ello y hasta el fondo —dijo Marshall y bebimos.

—Yo digo que lo próximo es hacernos con los otros módulos. Ya los de ingeniería los tuvieron unos años y ahora nos toca. Tú, Devin, le das tu módulo mugroso a ese que le volaste los dientes —dijo Horace proponiendo un segundo brindis.

—Es más, hay que terminar con esta miseria. Podemos volar los tanques de gas al carajo y rajar hacia Bórax. Exigir vivir lo bien que viven ellos. Nadie hace nada. Nos estiraron la jornada de trabajo, y nadie dice nada. Tú has sido testigo, Horace, me negué y me mandaron a callar. Son unos cagones. Eso son todos. Tú no, Horace; Devin, tampoco. Devin, ¿tan callado? —dijo Marshall.

—Déjalo, al Devin se le afloja la lengua en el quinto vaso y vamos por el tercero, falta poco —dijo Horace y me llenó el vaso.

—Hay que volar los tanques.

—No seas idiota, Marshall. Si volamos los tanques, volamos todos. El agujero llegaría arriba y nos vamos a derretir como aceite. Hay que agarrar a un conector. El Leroy es estúpido. Ese salta rápido. Que nos abra la puerta, sino lo enterramos en un tarro del aseo. Eso digo.

—¿Y cómo vamos a pasar las siguientes compuertas?

—No sé, pero las ideas me llegan en el décimo vaso —dijo Horace y Marshall festejó con un nuevo brindis.

—¿Cuántas moléculas tienen? Voy a buscar los servicios de la Cleo. ¿Quién

no se siente ardido?

—Yo paso, tengo pronto una exclusión —dije.

—Dale otro vaso, Horace. Vas a ver, Devin, pronto se te pasa todo. ¿Y si compramos algo de pastita? La Cleo pide mucho para el culo caído que tiene —dijo Marshall.

—Y le faltan tetas —agregó Horace.

## AÑO 184 DD / JORNADA 40

El conector Leroy, casi al comienzo de la hora oscura y abriendo la puerta de nuestro módulo, nos informó que había sido aprobada la segunda exclusión y me extendió el papel. Mi madre había sido aceptada con los Garrett junto con el abuelo Ollie ya que mamá tendría que cuidarlo. El abuelo permaneció sentado con el mentón hacia el pecho, como tantas veces. “Estoy pensando”, nos decía cuando nos acercábamos creyendo que había muerto.

A la jornada siguiente, antes de salir a vaciar el tarro del aseo, apareció de nuevo el conector Leroy para guiar a mamá y al abuelo hasta el módulo de la exclusión. “Solo es acá enfrente”, dijo mamá. El conector Leroy no respondió. Evité mirarlo así como él también evitaba mirarme.

Frances ya no estaba convencida con la exclusión, me lo dijo cuando nos acostamos a la hora oscura.

—No lo sé, luego de ver al niño de Shiri, creo que eso de tener hijos es para sufrir.

—Eso no pasará de nuevo.

—No lo sabemos. No quiero ver a mi hijo morir. ¿Y si enferma y no hay cura? ¿Y si se afecta? ¿Y mira si pasa como con tu padre?

—No podemos saberlo.

—Y ahora qué te hizo cambiar de opinión —me dijo y me separé de ella para cobijarme en la oscuridad.

—¿Qué sucedería si no tuviéramos hijos? Si, por miedo, dejaríamos de tener hijos. En unos setenta años habremos desaparecido. ¿Qué es más egoísta, tenerlos para asegurar nuestro futuro o no tenerlos para no sufrir?

—Quizás debamos dejar que todo siga y esperar. No lo sé, Devin. No me gusta que te juntes con esos dos. No quiero que tu hijo te vea tomado o con la pastita.

Me giré para separarme de ella. No le respondí. Nadie se había quejado cuando llegaba de mis salidas con Horace y Marshall. Solía caer en la cama, sin cambiarme de ropa. Con ellos me sentía capaz de hablar sin ser señalado, de hacer lo que me viniera en gana. En el fondo, temía perderme y no volver. Tal vez, la exclusión era la respuesta: trabajar, tener hijos y aceptar que no sería elegido para el ascenso y hasta alegrarme, ya que quizás lo fuera mi hijo.



## AÑO 184 DD / JORNADA 50

Colonia Bórax nos permitió usar la sala Doscientos para planear los eventos atrasados del Día de la Salvación. Todos reconocimos lo dificultoso de organizar los espacios, y los conectores se mostraban abiertos a recibir nuestras opiniones durante nuestro trabajo o en el comedor.

Los primeros días, a pesar de habernos separado en una serie de diez familias por turno, nos fue imposible entrar a la Doscientos. Apretujados en la puerta, esperábamos a que alguien saliera. Luego, nos íbamos al terminar el turno, sin poder siquiera sentarnos un momento. Propusieron turnos más cortos, compartido con menos familias. Así fue que fuimos reagrupados y tuvimos el acceso junto a seis módulos, entre ellos los de Ivo, Arden y los Meyer. Aún así, entre los seis módulos sumábamos tantos que no entrábamos y debimos fraccionar el turno en dos turnos de menos tiempo.

El día de la celebración, lo dedicaríamos a colgar recuerdos de nuestras familias, uno por familia, para que quede allí para la generación siguiente. Ivo propuso que la próxima generación podría sumar algo nuevo a lo dejado por la generación anterior. De nuevo nos enfrentábamos al problema del espacio reducido. Fletcher opinó sortear por zonas qué familia dejaría recuerdos en la siguiente generación.

Frances y mamá me pidieron que hiciera algo mecánico como el artilugio que había llevado a aprendizaje. Ya no deseaba pensar en el afuera. La luz de las estrellas era una burla para quienes seguíamos abajo. Ni siquiera había vuelto a hablar con el Loco. Así fue como comencé a diseñar un pequeño humano de metal, movable, articulado. Hasta creí que así seríamos dentro de miles de generaciones: brillantes envoltorios de metal pegados a las paredes.

## AÑO 184 DD / JORNADAS 101-132

### I

Frances me llamó desde el aseo. Me dijo que iba a vomitar, que temía estar enferma. Mi madre se acercó. Salí, me dijo, cosas de mujeres. Le pregunté si estaba con la sangre y me dijo que no, pero que se sentía que se moría.

Golpeé el módulo del conector Leroy y le dije que Frances no se encontraba bien. Me dijo que permaneciera en el módulo en tanto avisaba a un médico. Rogué que Frances no tuviera nada contagioso. Quizás, nos encerrarían en cuarentena o en nuestro módulo.

Al rato, se llevaron a Frances mientras nos ordenaron no salir ni en la hora de luz. Luego del primer timbre, una muchacha de limpieza se llevó nuestro tarro y lo devolvió vacío. Desde la cocina, nos enviaron una vianda. No tenía hambre porque el estómago se me había endurecido. El abuelo comenzó con la historia de cuando murieron de una enfermedad desconocida los del módulo de allá enfrente. El allá era el allá de cuando él era niño. Señalaba hacia el aire mientras hablaba y nos miraba como si mi madre fuera su madre y yo fuera su hijo. “Mamá, no tengo hambre”, dijo al fin y apartó su plato. Mi madre lo cuidaba como a un hijo, lo vestía y le cortaba el cabello, le mantenía la barba siempre redonda y prolija.

Guardé el contenido de los platos en un recipiente porque no sabíamos cuánto duraría el encierro.

Mientras dibujaba al que sería el humano metálico, escuché a la puerta abrirse. Corrí la cortina y el conector Leroy sosteniendo a Frances que apenas sonreía en su rostro pálido y amarillo. “Felicidades”, nos dijo Leroy, “la exclusión fue positiva”. Nadie respondió. Ayudé a Frances a sentarse y nos contó que debía tomar más agua y recibiría dosis extra de los médicos. Más agua, dijo el abuelo, más agua.

Había imaginado esa situación de otra manera: alegría, quizás, pero no mutismo y, menos, esa sensación de que daba igual. Mi madre no había cambiado mucho su expresión. ¿Quién tiene hambre?, preguntó. Comimos en silencio tan solo por costumbre.



## II

Por el retraso de terminar la Doscientos, el día de la celebración fue pospuesto varias veces. No obstante, las reuniones se sucedieron, podíamos salir más seguido, visitar a nuestros vecinos lindantes para colaborar. La comida había mejorado, según todos decían, el aire se sentía más blanco. Frances ya no estaba tan pálida y hasta se entusiasmaba con el arribo de nuestro bebé. El humano metálico había crecido hasta ser casi un humano completo. El día de la celebración encajaría su cabeza para mostrar el mecanismo de la movilidad en base a una esfera metida en un agujero. Nadie dudaba de que mi hijo o hija fuera un chatarrero. Solían preguntarme cómo va el futuro chatarrero. Es más, la noticia fue festejada en nuestra zona de trabajo con dichos como una mano más para ayudarnos, los chatarreros somos fogosos, no hay hombres más potentes que los chatarreros.

A medida que mi hijo crecía, las paredes de los pasillos fueron llenándose de pancartas y de afiches, confeccionados en otras colonias, cuyos nombres podíamos leer en sus logos y sellos. Nuestros afiches también eran colgados en otra parte, como un signo de unión de todas las colonias. Los mensajes sobre el mismo tema de siempre. En el mercado los trueques se habían animado, los objetos fluían con más rapidez, casi se podría decir que no se enfriaban nunca.

Fue un Día del Trueque cuando caminamos por el mercado con Frances en búsqueda de objetos para nuestro hijo cuando observé al Loco que me miraba. Comencé a transpirar y me limpié, en la ropa, la piel de mis manos que brillaba de tan aceitosa. Frances continuaba de puesto en puesto, acercándose al del Loco que no dejaba de mirarme. Cuando supe que no podía escapar, me acerqué y le presenté a mi esposa.

—¿De dónde se conocen? —preguntó Frances.

—Es conocido de la familia. Ha comerciado con el abuelo y con mi padre. ¿Te acuerdas de que ya te hablé de él cuando tuvimos la exclusión?

—Así es. Si me permite, por el afecto hacia los Green, estas moléculas son para el bebé —dijo y, luego de buscar en unos estantes, extendió las moléculas a Frances.

—Gracias —dije y agarré las moléculas.

—¿Cómo está el abuelo? —preguntó el Loco. Estaba seguro que ya sabía la respuesta.

—Perdido en su vida pasada —dijo Frances—, y cree que Devin es Ron, o

que yo soy su madre, o que Sasa es su madre. Da pena verlo en ese estado.

—A veces el pasado es el mejor lugar —dijo el Loco.

—Yo creo que vivimos para el futuro —dijo Frances con tono seco en tanto comenzaba a tomarla del brazo para seguir camino.

—¿Qué es esta ceremonia sino la exaltación de nuestro pasado? —dijo el Loco.

—Es la esperanza para el futuro —respondió Frances con rapidez cortante.

—Ya tenemos que irnos. Gracias de nuevo, Loco —dije y tomé de la mano a Frances para guiarla lejos de allí.

—Un gusto haber charlado, señora Green. Espero que la visita sea más seguida.

Tras unos fallos en la Doscientos, se pospuso de nuevo la celebración. No nos molestaba, al contrario, decían que era la primera vez que las licencias por los preparativos duraban un año. El problema era la ventilación y, según decían, el empalme con los sistemas del CN33 y no con el CN34. El módulo estaba incrustado dentro del otro conjunto, pero con la entrada hacia nuestro lado, por lo que era necesario trabajar a la par en el pasillo intercolonial. A pesar de haber sido autorizado por la Colonia Bórax, sabíamos, por intermedio de Ivo, que en las reuniones se discutían los obstáculos que generaba disponer de los ingenieros de otra zona, de las múltiples quejas al enterarse que era para una “sala recreativa” y que el trabajo, a ellos, no le beneficiaría en nada.

Me alejé de la compañía de Horace y Marshall cuando comenzaron a armar jaleo por la dilación en la apertura oficial de la sala con la excusa de cuidar de mi familia ante el nacimiento de mi primer hijo, la cabeza de la siguiente generación Green. Me llamaron desde “cagón” hasta “toca pito de conector”, pero no deseaba que mi hijo creciera con un padre que bebía o chupaba pastita. Mi cuerpo comenzaba a mostrar signos de cansancio o de embotamiento producto de consumir demasiado.

## AÑO 184 DD / JORNADAS 311-320

### I

Apenas unas jornadas antes de la celebración del Día de la Salvación, a punto de salir hacia el comedor, Frances dijo: “Me oriné y no me di cuenta”. Mamá le dijo que no, que era el agua del parto y la sostuvo en tanto yo busqué al conector Leroy.

Intenté concentrarme en mi trabajo. El abuelo desde hacía varias jornadas había sido excluido de sus labores y permanecía en el módulo por lo cual en la mesa de los Green, en la chatarrera, trabajaba solo, junto al artilugio que el abuelo dejó a medio desarmar. Cada tanto, miraba su maquinaria; algo me empujaba a pensar que eso se quedaría ahí, que el abuelo no lo terminaría nunca. No podía sentirme alegre ante la el arribo de mi hijo, más bien culpable como si él no me bastase, como si el dolor por la caída del abuelo en ese hoyo me impidiera seguir.

Fue cuando casi era el fin de la hora laboral cuando el conector Leroy llegó con la noticia que todos aplaudieron. No solo los chatarreros tendrían un nuevo chatarrero, sino dos. Soporté los golpes en la espalda. Sin el abuelo, con dos bebés, ¿cómo haríamos para juntar la cantidad mínima de agua y de luz? Al salir de la chatarrera, seguían felicitándome. La noticia corrió por otras zonas laborales.

Al entrar al módulo, el abuelo estaba de pie, se había quitado la ropa ya que quería asearse. Mi madre llegó cuando ya le había puesto la ropa de nuevo. Como cabeza de generación, les di la noticia. El abuelo dijo que era una desgracia, que él mañana mismo volvía a la chatarrera. Mamá lo tranquilizó y dijo que nos arreglaremos. Era mi deber organizar el módulo, así que quité la cortina y acomodé el lugar para el bebé extra. Había armado, con una plancha de metal, un espacio pequeño para el bebé. Mamá había rellenado un colchón con unos retazos de tela suave que había canjeado por muchas moléculas de luz. Decidimos que los dos bebés dormirían juntos, apretujados, ante la falta de espacio. Incluso, cuando crecieran, podrían dormir en la cama y yo dormiría en el suelo, si fuera necesario.

Frances llegó al otro día acompañada por el médico y el conector Leroy. El médico nos brindó las indicaciones mientras mamá y Frances acostaban a los

mellizos. Cuando los observé, pálidos y frágiles, como crema batida de cono, como dos órganos extraídos y vacíos de sangre, tuve miedo. Ahora dependían de mí. No podía morirme ni podía enfermarme.

No me acerqué a ellos porque temía que se me cayeran, apretarlos de más o contagiarlos con mi aliento. Lloraban a toda hora. El módulo se inundó de un olor extraño, dulce por momentos; otros, demasiado asqueroso. Frances permaneció en el módulo durante una semana para cuidar de los mellizos y del abuelo, mientras mamá y yo concurríamos a las zonas laborales.

## II

Cuando fue el Día de la Salvación, mamá acudió en nombre de Frances y de la Zona de Aprendizaje, yo apenas me acerqué a dejar al hombrecito metálico. Supe que me esperaron durante un largo rato. Por la demora, me excusé con el cuidado de los mellizos, pero nadie se ofuscó. Es lógico, me decían, con dos bebés. De repente, todos se habían tornado amables con nosotros. Me cedían el paso en la fila del comedor, me preguntaban si había dormido bien.

En las paredes de la Doscientos ya habían colocado algunas memorias: un dibujo de los niños para los niños del futuro, un xilofón construido por los ingenieros, un cuaderno cocido y escrito por información donde se habían registrado los sucesos más importantes de los años anteriores, el mobiliario había sido canjeado por uno mucho más cómodo y bonito donado por los conectores, unas cortinas de nailon colorido se ajustaban en la puerta de entrada, una pequeña biblioteca envío de Colonia Bórax que consistía en manuales para los oficios, entre otros.

En la pared, en el sitio destinado a mi hombrecito, habían escrito rayando el metal: familia Green. Mostré el hombre articulado, le encajé la cabeza y el conector Leroy lo colocó en su lugar. Había preparado una especie de discurso que corregí muchas veces para no sonar a conector, pero en ese momento solo deseaba estar con mi familia, por lo tanto, resumí en unas pocas palabras sobre la importancia de los chatarreros para las colonias y del legado que dejábamos, en custodia, en la Doscientos.

El abuelo no quiso salir para la ceremonia que se celebraría en el comedor. Frances, el abuelo y yo escuchamos los mismos discursos de siempre desde la puerta abierta de nuestro módulo. Nos felicitábamos con quienes cruzaban por el pasillo y aprovechaban para mirar de lejos a los mellizos: Tomé y Hana.

Cuando todo terminó, mamá nos contó los detalles mientras tomábamos café.

El abuelo estaba más animado, Frances tenía a Tomé y mamá acariciaba a Hana. Recuerdo ese momento de una felicidad extraña: la paz de cuando nada malo sucede.

## AÑO 185 DD / JORNADA 3

### I

Luego de la celebración del año 185, fui citado por el conector Tylor. Quizás fuera por el incidente con ingeniería, o habían descubierto mis asuntos con la planta, o el Loco me había entregado a cambio de información. Volví a pensar en la planta, en la esfera con sus semillas que permanecía oculta debajo de mi cama. Cuando me vinieron a buscar, Frances preguntó por qué asunto, pero ellos dijeron que lo desconocían.

Al salir, doblamos por el área del mercado, sabía por lo que me había contando el abuelo cuando dibujamos el conjunto CN34 que más allá del mercado se abría la Zona de los Conectores y la Zona de Detención con salas vacías, lugar de trabajo de los conectores. Allí me llevaban.

Me condujeron a una habitación con una mesa y unas sillas. Recordé el mismo decorado donde tiempo atrás me interrogaron tras los incidentes. ¿Habrían reconsiderado mi culpabilidad? Temí por mis hijos. Si me exiliaban, ¿cómo harían Frances y Sasa con el abuelo? Eran tres cuerpos que cuidar y que no generaban ingresos de moléculas. Nunca había hablado con Frances sobre el tema. Debí haberle dicho que solicite un matrimonio, que ofrezca formar una familia con un hombre fuerte, un chatarrero, quizás. Nunca hablamos de nuestra posible muerte, nuestra segura muerte. ¿Nos creíamos demasiado jóvenes para una desgracia semejante?

Al fin, el conector Blech entró con otro hombre que se presentó como el conector Wallace recién llegado, el nuevo conector de la Zona de Ingeniería. Pensé en Tom Pellesen. Quizás hayan considerado mi actitud y ahora me exiliaban. Quizás no volvería a ver a mis hijos. Era posible. A veces, la persona no regresaba porque era conducida hacia la salida del CN34 y, desde allí, a alguna intercolonial, a ser el transportador de bultos entre zonas, a ir y venir por pasillos durante el resto de su vida. La sien comenzaba a comprimirme con un latido punzante. Los conectores charlaban entre ellos, estiraban mi agonía.

—¿Qué suerte la tuya, Blech! —dijo el conector Leroy.

—Me iré un tiempo para contactarme con viejos conocidos. Después veré que me depara la vida —respondió Blech.

—Bueno, ya quisiera yo irme un tiempo de descanso fuera de este lugar —dijo Tylor.

—¿No aceptaron el traslado a la Colonia Geo, Tylor? —preguntó Wallace.

—No. Me respondieron que estaban conformes con mi desempeño aquí y que era “imprescindible”.

—Debieras hacer peor las cosas así te permiten ir —dijo el conector Leroy.

—¿Qué insinúas, “Troloy”? ¿He hecho mal las cosas? —dijo el conector Blech.

—No, no. Lo tuyo es un premio a tu buena labor —dijo el conector Leroy y lo miraron en silencio, quizás, intentando adivinar si lo decía con seriedad o no.

—Tengo mucho que hacer para ponerme al día —dijo Wallace y me miró—. Ahora veamos sobre este joven. ¿Está en mi zona?

—No. Su padre era de la Zona 3 —informó el conector Blech.

—Aquí está —dijo en tanto sacó unos papeles de una carpeta—, aquí está la recomendación. Bueno, señor Green, tengo que felicitarlo.

—¿Felicitarme? —dije y pensé que hablaba del nacimiento de mis hijos.

—Sí, se ha aceptado su solicitud de traslado a ingeniería.

—Yo no solicité nada. No llené ninguna planilla. Debe ser un error —dije y el conector Wallace pasó el papel al conector Blech.

—Fue una recomendación. Hemos notado que tiene potencial y lo está desperdiciando en chatarrería. Al fin, fue una decisión de su abuelo que se mostraba afectado cuando solicitó el traspaso de zona, eso de ser chatarrero. Tiene la posibilidad de volver a ingeniería. Eso sí, estará bajo la supervisión del conector Wallace. Tenemos unos proyectos importantes para las colonias y necesitamos a los mejores. Además, su abuelo ya no produce, está en las últimas —dijo Blech.

—¿Cómo puede hablar así de mi familia? ¿Cree que el abuelo no es importante para nosotros? Si viviera sin trabajar cien años más yo lo sostendría —dije casi gritando y en contraste con el tono medido de los conectores.

—Serían sus hijos quienes tendrían que cargar con la decisión. De acá a cien años usted estará muerto —dijo Blech.

—No sabemos cuándo el señor Ollie Green dejará la colonia, pensemos en su futuro, señor Green —dijo el conector Leroy—. Podrá tener un mejor módulo, tener acceso a ciertos privilegios. ¿No quiere eso para su familia?

—Lo tengo que pensar —dije intentando tener unos minutos para concentrarme en la situación, visualizar las posibilidades. No me sentía feliz con la idea, pero tampoco me desagradaba. Un módulo era el mismo módulo,

siempre abajo. No compartiría más el espacio con Ivo ni con Arden; no vería más a Shiri. Yo era un chatarrero. ¿Estaría bien decidir por mis hijos?

—No hay tiempo. El conector Blech llevará los papeles personalmente a Colonia Bórax luego de esta reunión. No queremos obligarlo —dijo el conector Wallace.

—Sí o no —dijo el conector Tylor mientras yo recibía un aluvión de imágenes del pasado y del futuro, la comparación de una vida en la chatarrera y de una vida en ingeniería.

—Necesito consultarlo con mi esposa —dije y el conector Blech y Tylor soltaron una risotada.

—Una cabeza de familia no necesita apoyarse en nadie y menos en una mujer —dijo el conector Tylor.

—Al menos que sea una cabeza de familia con pocos cojones —dijo el conector Blech mientras comenzaba a sentir el golpe de la sangre en mi cabeza.

—Sí o no —repitió el conector Tylor—. El silencio será considerado como un “no”.

—No —dije mientras sentía que era como escupirles en la cara.

—¿No? —dijo el conector Leroy—. Deberías aceptar, Devin. Es una oportunidad única.

—No me interesa —dije y recordé la pelea con Tom Pellesen, las veces que con Arden nos burlábamos de los de ingeniería, las mangueras cortadas y la muerte de mi padre. No quería volver a ese lugar, hundirme en el pasado.

—Bueno, una pena, entonces. Blech, deberás llevar la negativa. ¿Por qué no le interesa?

—No me interesa —respondí.

—Tengo que poner los motivos del rechazo —dijo el conector Wallace.

—Porque soy chatarrero —dije y luego que el conector Wallace mirase al conector Blech, escribió en la hoja y la guardó en la carpeta.

—Acompañen al señor Green al lugar de pertenencia, a la Zona 1, con los chatarreros —dijo el conector Blech en tanto se levantaba.

El conector Leroy me acompañó hasta el módulo. Durante el trayecto, evalué que si decía la verdad, volverían los días en que mamá me empujaba a solicitar mi ingreso a ingeniería. Desconocía si Frances estaba de acuerdo con mi decisión.

En la puerta del módulo, sentí la mano de Leroy sujetando mi brazo para evitar que abriese la puerta.



—Aún está a tiempo, puedo correr hasta Blech y modificar su solicitud. Piense en sus hijos. Incluso, hasta podría pedir el traslado a Colonia Bórax, si demuestra inteligencia. Los mejores son llevados allí, hasta podría ser conector. Diga ahora, en breve Blech cruzará la intercolonial, por favor, Devin, no sea testarudo.

—No me interesa —dije henchido de orgullo hacia la chatarrera, como si al aceptar la propuesta de los conectores estuviera rechazando al abuelo, apartándome de la línea que él había trazado para alejarnos del sufrimiento de mi padre.

Al entrar al módulo, mi madre y Frances cambiaban a los mellizos. Los habían aseado y estaban desnudos sobre la mesa. Leroy no entró, se fue antes de esperar a que abriese la puerta.

—¿Qué pasó? —preguntó Frances.

—Nada. Era sobre mi declaración sobre el día que volcamos los tarros en el pasillo.

—¿Luego de tanto tiempo? —dijo mi madre.

—Fue mi idea, querían llenar algunos vacíos —dije en tanto me metí en el aseo para cambiarme la ropa que apestaba.

—Pensé que ese tema estaba ya olvidado. Al menos eso decían los conectores —dijo mamá gritando como si no la pudiera escuchar desde adentro del aseo.

—Me dijeron que daban por cerrado el asunto. Sería por eso —dije mientras me quitaba la ropa. Hubiera querido quitarme la piel hasta ser otro.

—Es raro. Creí que no seguirían con el asunto luego de la celebración —continuó mi madre.

—¡Ya dejémoslo atrás! —Mi puñetazo sobre la mesa de la palangana vibró en todo el módulo y los tarros de los estantes colgados de la pared chocaron entre sí—. Voy a recostarme un rato —dije al salir y me tiré sobre la cama en tanto escuchaba los consejos de mamá para hacer dormir a los bebés.

## II

Fue ese mismo día, aún en la hora de luz, en tanto ayudaba a mamá con la preparación de la cena, cuando el abuelo se levantó para dirigirse hacia el aseo, pero se derrumbó. Él abría la boca para dejar entrar el aire, se arqueaba de dolor. Intenté subirlo a la cama, pero apoyó la mano en mi boca y me miró. Un brillo de amianto permaneció estático en sus ojos e intentó decirme algo

justo antes de una respiración ronca. Su pecho se inmovilizó. Frances comenzó a llorar en tanto mamá decía que eso había sido todo, que no había sufrido.

Corrí por los pasillos, golpeé la puerta del conector Leroy. Sin respetar la norma, continué mi carrera por el pasillo principal mientras los de ingeniería, que disfrutaban de su tiempo libre, abrían paso al invasor afectado. Llegué a la Zona Médica. Al golpear la puerta observé al conector Tylor:

—¿Qué hace fuera de su zona!

—Es mi abuelo.

—Doc, es el viejo Green —gritó fuerte y desde una puerta apareció un médico que nunca había visto.

—Era esperable. En cuanto nos desocupemos, enviaremos a alguien por el cuerpo —me dijo el médico.

—Tienen que ir ahora, sino puede ser muy tarde —les dije.

—No nos diga qué hacer. Vuelva a su módulo y espere allí.

—¡Le digo que se está muriendo! —dije acercándome al conector Tylor mientras el médico permanecía en la puerta.

—Es viejo. ¡Qué esperaba!

Agarré al médico de un brazo y comencé a arrastrarlo, pero Tylor me sujetó del cuello y llamó a un vigía que apareció desde la misma puerta donde había salido el médico. Entre los dos me apretaron contra el piso. Yo sólo veía el rostro de mi abuelo, el gesto de su boca abierta, sin aire. No podía morirse. No ahora. Nunca. No puede morirse, me repetía en tanto me levantaban y me arrastraban hacia el pasillo del mercado. Era inútil forcejear. Les dije que me soltaran, que volvía al módulo, pero continuaron llevándome hacia el mercado. Al cruzar, supe que me dirigían hacia los módulos de los conectores. Alcancé a ver la figura del Loco asomándose de su módulo.

No había pisado nunca el área de detenciones, pero la conocía gracias al abuelo. Me encerraron en una habitación pequeña y oscura. Al rato, aparecieron los contornos. Golpeé la puerta hasta que no soporté el dolor en el hombro. Debía volver al módulo, intentar salvar al abuelo o al menos estar con él. Me sentí un idiota. Quizás tenían razón y era una mala cabeza de familia. ¿Qué debía haber hecho? ¿Haber dicho está bien y volverme a mirar al abuelo cómo moría? ¿Qué el abuelo no hizo lo mismo cuando murió mi padre? ¿No intentó salvarlo? ¿No intentó derribar una de las compuertas tan solo con sus manos?

No supe cuánto tiempo había pasado, si ya era la hora oscura o si la Zona 1 y la Zona 2 estarían en el comedor, cuando escuché que abrían la puerta. Dos hombres a quienes no conocía, pero que llevaban el logo de vigías estampados en la ropa, me llevaron hasta una sala pequeña con apenas dos sillas. Entró el conector Wallace y los despidió.

—Devin Green, nos vemos de nuevo.

—¿Cómo está el abuelo?

—No lo sé. Usted permanecerá en aislamiento un tiempo.

—No puede ser. ¿No tengo derecho a salvar a mi familia?

—No lo entiendo. Juro que no lo entiendo. Pudo estar en ingeniería y desea estar en la Zona 1, la peor zona para vivir. Su abuelo hizo lo mismo. Renunció a su bienestar y al de su familia. Tiene dos hijos recién nacidos. Piensa solo en usted cuando toma decisiones.

—Pienso en mi familia. En lo mejor para ellos.

—Su abuelo pasó el tiempo de morir hace mucho. Fue un hombre longevo. Un caso fuera de lo común.

—¿Fue? ¿Ha muerto? —dije poniéndome de pie.

—Tome asiento. Usted sabe la respuesta. Lo supo desde que salió del módulo. A su abuelo le llegó la hora y tiene que aceptarlo —dijo en tanto me senté y bajé la cabeza para sostenérmela y pensar, una y otra vez, en el vacío del abuelo, en el abuelo muerto sobre el piso metálico y frío del módulo.

—Déjeme salir. —Levanté la cabeza y lo miré—. Se lo estoy suplicando. Necesito estar en la despedida del abuelo. Yo debo llevar el cuerpo.

—Lo siento. No podrá salir. Debe nombrar a alguien que lo haga.

—¿Está afectado! —grité y él me miró sin responderme—. No entiende. Tengo que estar —dije fingiendo un tono sereno.

—Si no nombra a nadie, nosotros nombraremos a un vigía para el transporte de su abuelo hasta la superficie. ¿Qué decide?

—Ivo.

—¿Qué Ivo? Soy nuevo y esa no es mi zona.

—Ivo Chapman.

—¿El representante de la Zona 1?

—Sí. Él. ¿Por qué me mintió?

—Quería que no se alterara. No era mi idea ocultarle la verdad. Vine a eso. A comunicarle que lo han aislado y ha preguntarle por su reemplazo en la ceremonia de despedida de su abuelo.

—No puedo creer que esté muerto y ya no esté. ¿Qué será de mi familia?

¿Cuánto tiempo estaré aquí?

—No tengo la información.

—No la tiene o no quiere decirme.

—No la tengo. Supongo que dependerá de usted. Le aconsejo que se calme. Las normas hay que respetarlas. Entiendo el malestar, pero piense que su abuelo fue un privilegiado que llegó a anciano y vio nacer a sus nietos. La mayoría no llegaremos a esa edad.

—No deseo hablar del abuelo.

—Demos por cerrada la entrevista —dijo y nos pusimos de pie.

### III

No se escuchaba nada. Era una cápsula de silencio. Era peor que estar en el módulo. Al menos allí, estaba mi familia, mi mesa de trabajo con objetos para distraerme. Allí, no había nada. Un agujero para mear y eso era todo. Traían un poco de agua, lo mínimo por lo cual casi no orinaba. Me tendía un rato de espalda y cuando se calentaba la chapa, me movía. Intentaba escuchar si algo sucedía más allá, algo que me distrajera de mis pensamientos que siempre volvían con el rostro de mi abuelo antes de su muerte, los gritos de mi madre, mis hijos solos y al cuidado de dos mujeres. Confiaba en que Ivo estaría para ellos. Había comenzado a desconfiar de mí mismo, de todas las decisiones que había tomado: volcar agua en una planta que luego estaría muerta, no aceptar el puesto en ingeniería, pegarle una trompada a Pellesen, no haberle dicho a tiempo a Shiri que la amaba. Mi vida era una cadena. Allí, en un cubículo diminuto, estaba anudando un nuevo eslabón. ¿Cuántos más formarían toda mi vida? ¿Por qué no me alegraba? ¿Por qué todo compartía el mismo aire sucio del abajo? ¿Por qué pensaba que el arriba era mejor? ¿Estarían aún los cuerpos de los millones de muertos sobre el piso del afuera?

Intenté durante mucho tiempo concentrarme en algo que no fuera sufrir. Sabía del paso del tiempo por la llegada de la comida o por las ganas de mear. Luego, era todo idéntico, mi pensamiento repetido infinidad de veces hasta ser un solo pensamiento triste. Después, comencé a pensar como si estuviera en mi módulo. Me imaginaba en el aseo, en camino por el pasillo hasta la chatarrera, junto a algún aparato viejo y roto. Luego, ya no tenía que repetir mi rutina, podía pensar en otra. Fue así que decidí que sería cocinero. Imaginaba las tareas con lujos de detalle: acomodar la comida en un plato, llamar a los de la

fila en la hora de la comida, lavar los platos, hablar con los Lowe.

Deseaba dormir, pero no podía. Incluso, había implorado a quien me traía la comida un poco de jarabe D o algo que me permitiera dormir. No me hablaban. Pasaban la comida por una rendija y cerraban rápido. Gritaba cada tanto ya que creía que alguien debía pasar por el pasillo de afuera aunque no escuchara pasos.

Lo peor fue cuando comencé a caminar para evitar el dolor de piernas. Por el espacio reducido, iba de un lado a otro, casi rebotando contra las paredes. Golpeé la puerta varias veces, les grité todo lo que me venía a la mente. Hasta lloré hecho una rosca contra la puerta. Deseaba salir. Salir. Salir. Salir. La misma idea que crecía hasta aniquilar cualquier pensamiento. Romper la puerta. Salir. Salir. Salir.

No sé si fueron muchas jornadas. Perdí la cuenta. Pero era una desesperación tan enorme que me aventaba contra las paredes hasta caer de agotamiento, sin poder dormir, con una mente que se alejaba de mí y me traía el pasado. Ya no era mi mente, era como un otro que me hablaba y yo no deseaba escuchar. Quería ser viejo para morirme y estar con el abuelo, muy arriba, hasta convertirnos en dos puntos de luz y dibujar en el cielo negro palabras luminosas.

Cuando me trajeron la comida, aferré la mano con fuerza por el rectángulo abierto por donde también me pasaban el agua. No sabía quién era, no podía verlo. “Quiero salir, voy a aceptar lo que me digan, si me quieren enviar a la intercolonial, aceptaré lo que sea, pero que me dejen salir”. El brazo se aflojó, lo jalé hacia mí con más fuerza. Me agaché para ver por la rendija, pero estaba oscuro. “Tiene que soltarme. Déjeme. Estamos con una epidemia”, me dijo y de la sorpresa solté el brazo que desapareció con rapidez.

Me quedé solo, de nuevo. Una epidemia. No estaba ya encerrado por lo que había hecho sino que era una cuarentena. ¿Y si todos morían? ¿Quién me abriría la puerta? ¿Y si me retenían porque mi familia había muerto? ¿Si mis hijos también habían muerto?

Lloré desde la hora de comer hasta la nueva hora de comer. Quien me pasaba la comida la arrojaba empujándola y no alcanzaba a saludar. Estaban todos muertos, me repetía. Si estaban todos muertos, podría salir. Cruzaría las compuertas, caminaría de colonia en colonia hasta llegar a la Colonia Bórax. Desde allí, me movería hasta Colonia Geo y subiría por la misma ruta que

ellos, como nos contaban. Pero si todos estaban muertos, nadie me abriría la puerta.

Mi barba se espesaba. Me aseaba con un trapo que a veces me arrojaba desde afuera de la puerta. La ropa sucia se acumulaba en un rincón. Mi cuerpo era una costra de mugre y grasa y ya palpaba mis huesos. Hasta podría comérmelos cuando tuviera hambre, comerme un pedazo de mi cuerpo. Un brazo para alimentar un brazo. Un dedo para alimentar un dedo. ¿Hasta dónde podía llegar a comerme y seguir viviendo? Quedaría en el suelo tan solo una cabeza con un tronco, el pecho abierto desde abajo, comido a dentelladas. Debía saber si estaban todos muertos para matarme. ¿Qué sentido tenía salir para ser obligado a casarme de nuevo y engendrar hijos que se los lleva una peste? En eso pensaba. En matarme dejando de tomar agua y de comer. Con lo mínimo que ingería, mi cuerpo no se desintegraba. Y hasta dormía cada tanto en un sueño de plasta, un hundimiento más abajo del piso metálico. No era una voladura: era un sumergimiento. Pero cuando llegaba el agua o la comida, mi cuerpo me traicionaba y se abalanzaba hasta lamer el suelo. Y volvía a pensar que la próxima vez, que la próxima vez, sí que no abría la boca para devorar. Pero mi cuerpo se separaba de mí y yo solo era un pensamiento abstracto, colgado de la oscuridad.

#### IV

Cuando se abrió la puerta, permanecí acostado. No podía moverme. Había imaginado que, al abrirse, correría por los pasillos. Pero no, solo giré la cabeza y observé unos zapatos desde el otro lado de la puerta. “Arriba”, dijo. Hacía tanto que no hablaba que había perdido los deseos. Además, la voz me resultaba chillona y perforante. Más zapatos y luego sentí que me arrastraban. Alguien dijo que estaba hediondo. Ya no tenía con qué limpiarme cuando defecaba. Mi cuerpo era un jirón asqueroso de carne.

Al despertar, sentí la suavidad y el calor de una cama. Sería la Zona Médica por el olor a desinfectante. Mi cuerpo era otro, uno más pesado. Una mujer entró y quise preguntarle por la epidemia, pero mi garganta no producía sonidos. Caí desde una altura inusual para despertar luego en el mismo sitio. Ya no estaba la mujer, estaba el conector Leroy.

—Al fin se despertó. Estábamos preocupados —dijo y quizás esperaba una respuesta, pero siguió hablando—. Creo que ya sabe que hubo una epidemia. Por suerte, todo controlado. Su familia está bien.

—¿Bien? —dije y la sequedad raspó mi garganta.

—Así es y no pudimos sacarlo porque teníamos órdenes de aislar a todos en dónde estaban. Mala suerte, Devin, justo estaba en aislamiento, así que decidimos que seguiría allí. Pensamos que era una epidemia complicada, pero resultó que Colonia Bórax actuó con rapidez y pudimos contenerla. Casi no hubo muertes. Algunos de la Zona de Ingeniería. Nada valioso, por suerte. Unos pobres viejos. Nunca se sabe con esto cómo va a salir. Le voy a decir algo aprovechando que estamos solos. Usted iba a ser enviado a la intercolonial. Han evaluado que no es una persona confiable y que ha provocado varios problemas —dijo y me giré para mirarlo—. Pero alguien pagó por usted.

—¿Pagó?

—No puedo decir más, pero siéntase afortunado. Otro habría sido enviado sin intermediarios.

—No entiendo.

—No necesita entender más nada. Alguien está pagando para que le den este tratamiento y para que se reponga. Concéntrese en estar bien y en volver a su vida. No todos tienen tampoco la misma posibilidad. No es la primera vez que le salvan el cogote.

—¿No?

—Es la segunda.

## AÑO 185 DD / JORNADA 100

### I

Cuando me acompañaron de vuelta al módulo, leí el nombre del abuelo grabado en la pared. Quería volver para ver a mis hijos, pero no deseaba hablar de lo sucedido. Les había fallado y era, tal cual me habían dicho los conectores, una mala cabeza de generación.

Ni bien abrieron la puerta, Frances se levantó. Mi madre estaba más atrás, de pie, al costado de su cama. Entré y el conector Leroy se despidió. No supe qué decir. Y me avergoncé de llorar como un niño sobre la mesa en tanto Frances me acariciaba el cabello. Miré hacia la izquierda y observé que la cama del abuelo ahora era de mis hijos. Me levanté para acercarme. Habían crecido mucho. Estaban más pálidos y gordos. Frances me dijo que Ivo los había cuidado, que los vecinos donaron moléculas, ropa y comida. Quizás, había acertado en no aceptar el puesto en ingeniería. Allí estaban mis amigos, en quienes confiaba. Y también sentí que yo era insignificante, que incluso, habían estado mejor sin mí.

Durante mi ausencia, mi madre supo de la oferta que me hicieron en ingeniería. El dato se le había escapado al conector Leroy en una de sus visitas para informar sobre mi estado. Entonces, ella decidió no hablarme, moverse de lugar si yo me acercaba, dejar el plato sobre la mesa en lugar de esperar a que yo lo agarrase. Intenté hablar con ella, pero se metía en el aseo o se tapaba en su cama hasta la cabeza. No había espacio para alejarse. Frances se movía para ofrecernos la mínima intimidad, con la cabeza me indicaba el momento de hablar con ella, pero mamá se vaciaba, permanecía lo más lejos que pudiera. Luego, dejé de intentarlo y asumí que para ella yo era un traidor, una vergüenza o una desilusión. O las tres cosas.

Fue durante la hora oscura, cuando los niños dormían luego de unas horas de llanto y ya nos habíamos acostado, cuando Frances me susurró por qué no había aceptado el traspaso a ingeniería. En el fondo, ni yo sabía por completo sobre mi negativa. Había sido escupirles en la cara, tomar una decisión por mí mismo, elegir la opción no elegible. Quizás, por el temor a cruzarme con el hijo de Tom Pelleesen, de perder a Ivo, a Arden. Incluso, no volver a ver a Shiri en el comedor, en la Zona de Limpieza. Esta era mi vida. Le dije a Frances que en la Zona 1 estaba mi familia, los Chapman, los Benson, los Meyer, que los amigos eran lo más importante y lo habían demostrado mientras



estuve en reclusión. Ella permaneció en silencio y luego dijo: “Tal vez”. El llanto de Hana me salvó de volver a pensar en mi decisión. Me levanté y, por primera vez, la sostuve entre mis brazos. Su piel era suave y tibia. Caminé por el módulo en tanto la sacudía como había visto que hacían las mujeres. Pareció gustarle ya que se calmó. Me apretó con fuerza un dedo de mi mano. En este momento quise no ser padre para no tener que enfrentarme a un dolor semejante al que tuvo el abuelo al perder a Ron.

## II

En la chatarrera, habían dejado sobre un banco la maquinaria que desarmaba el abuelo. Nadie se animaba a continuar. De tanto en tanto, alguien se acercaba con la excusa de buscar una herramienta y me palmeaba la espalda. Trabajaba solo y tomaría años a que uno de mis hijos me ayudase. Incluso, me entristecía pensar que podría ser el último chatarrero si los dos se convertían en educadores.

Ivo me ordenó hacerme cargo de un motor incompleto. Entre varios lo trasladamos sobre mi mesa. Sería un motor de un artefacto doméstico. Había sido vaciado de ciertas piezas, pero otras podían usarse. Como era una pieza grande, Ivo me ayudó a evaluarla.

—Creo que lo mejor será desarmarlo. Esta parte podría ser útil en ingeniería. No se ven muchos materiales como estos —me dijo Ivo.

—Creo que será lo mejor —dije en tanto comenzábamos con el trabajo—. No te agradecí lo que hiciste por mí y por mi familia.

—No es necesario. Tú habrías hecho lo mismo por mí. Quiero que sepas que yo te habría elegido para que cuidaras de mi familia.

—Shiri no me habla aún. Ya no sé cómo acercarme.

—A mí casi no me habla tampoco desde esa vez que... —dijo y continuó forzando un tornillo que no aflojaba mientras su rostro enrojecía.

—Tanto tiempo deseando algo distinto y cuando sucede, es una desgracia.

—Sí, al menos tendremos algo en qué pensar. Pero, no voy a cometer el mismo error que mi padre cuando fue representante. Yo tomaré la decisión sin usar a la gente de la zona.

—Nosotros quisimos participar, Ivo.

—¿Había alternativa? Mira, Devin. Nosotros jamás podremos ganar nada.

—Ganamos la Doscientos.

—¿Vas alguna vez? Luego del furor, ya casi nadie va. Cuando entro, me

acuerdo de mi hijo y no me dan ganas de quedarme. Me acuerdo de que hace casi doscientos años que estamos acá. Todos esos recuerdos en las paredes para el futuro me hacen sentirme viejo, un casi muerto. Es un lugar que no sé, prefiero el comedor o mi módulo. Incluso prefiero la chatarrera.

—Para nuestros hijos será distinto. Ellos no lo verán de la misma manera —dije en tanto rotábamos al motor para acceder al otro costado.

—Ha costado demasiado. Nos ha costado mucho. No estoy seguro que fuera la única manera de conseguirlo. Mi padre lo tomó como un desafío personal.

—¿Por qué no te habla Shiri?

—Porque no paré a mi padre. Si supieras lo que fue el módulo en ese tiempo. Mi padre hablando de que quería retirarse con algo grande. Sandor revolviendo todo el módulo, Shiri diciéndome que yo tenía que impedir que cometiéramos la tontería de volcar los tarros y que los de ingeniería se vengarían y serían años de conflictos que la pagarían los niños. Tenía razón. Ya sabes que mi padre no es fácil de enfrentar. Jamás acepta que le digamos qué hacer.

—No fue tu culpa. Fue mi idea.

—Sí que fue mi culpa. Yo soy la cabeza de la generación. Gracias a la Colonia Bórax que solicitó la renuncia de papá, no tuve que enfrentarlo.

—Creí que él había renunciado por su cuenta.

—Él quería continuar con la pelea, incluso, tomar el pasillo para la Zona 1. Ahora Colonia Bórax ha considerado que solo las cabezas de la generación sean elegibles como representantes para evitar este tipo de conflictos. Mínimo se tiene que haber cumplido veinte años para ser elegido.

—Si uno se convierte a los 14 años.

—Sí, pero desde los 14 a los 20 será una etapa probatoria o algo así. Me enteré hace poco. Aún no lo anuncian de manera oficial. Los representantes ya firmamos el acuerdo. Ya nadie de cierta edad puede ser representante.

—Los viejos sobran —dije e Ivo dejó de una pieza metálica sobre la mesa y me miró.

—Lamento lo de Ollie.

—¿Cómo fue?

—Como debía ser. Lo llevamos hasta la despedida. Estuvimos con él hasta que se lo llevaron para ascenderlo.

—Ahora estará arriba. ¿Cuántos cuerpos habrá arriba?

—Lo que quedó de la humanidad. Trato de no pensar en eso. No pienses en eso, Devin. Eso ya pasó.

—No puedo evitarlo. Siempre está el arriba sobre nuestras cabezas.

—Mira a los costados. Estamos nosotros. Como ahora —dijo Ivo, me sonrió y me apretó el hombro.

—Lo sé, pero yo siento que algún día vamos a salir. Pero no seremos nosotros.

—Devin, si te sientes afectado quiero que antes hables conmigo. Ahora soy el representante, puedo hablar y reunirme aunque sea en la Doscientos. Estuviste en reclusión. Es lógico que no puedas dejar de pensar en lo mismo. Trata de pensar en otra cosa.

—¿En qué?

—Quizás debieras reconsiderar cambiar de sitio.

—¿Aceptar ingeniería?

—Tendrías la cabeza en algo nuevo, en aprender un nuevo oficio.

—¿Tú también crees que me equivoqué en rechazar la oferta? —dijo tomándolo del brazo para obligarlo a que me mirase.

—Si me hubieran ofrecido cambiar, hubiera aceptado por mi hijo —dijo y sentí una punzada en el estómago.

## AÑO 185 DD / JORNADA 107

La charla con Ivo más que tranquilizarme me generó un nuevo nerviosismo. Creí que él seguiría en nuestra zona, hasta con cierto orgullo de pertenencia. Para Ivo no existía la posibilidad de influir en alguien gracias al ocultamiento de la información o la construcción de una mentira. La existencia era una, la que observaba y la que sentía. Como representante se había ganado la lealtad de nuestra zona, pero confrontaba en cada reunión a los conectores con la única forma posible de existir demarcada por las normas y por un sentido de bondad que a veces lo llevaban a la inercia. Él nunca mentía. Lo supe ya desde niño. Si él me hubiera señalado el peligro de un escape de gas tóxico, comenzaría a sentirme descompuesto.

Acepté el consejo de Ivo y, luego de asearme en tanto Frances y mamá cambiaban de ropa a Tomé y a Hana, concurrí a la Doscientos. Ivo charlaba con Stella y Arden; más allá, los Meyer y los Garret se reunían en torno a una mesa. No estaba Shiri. Los saludé y me devolvieron el saludo. Cuando Ivo me observó, yo aún permanecía, indeciso, junto a la puerta. Él me hizo señas para que me sienta a su lado. Arden me puso el pie y trastabillé hasta casi caer sobre Stella.

—¡Arden! Menos mal que Devin es flaquito, pero con esa altura —dijo Stella en tanto se cubría con los brazos mientras frenaba mi caída sosteniéndome contra el respaldo de la silla.

—Que no te confunda, es pesado y macizo —dijo Arden y sentí que me palmeaba la espalda.

—Veamos cuánto pesa Arden —dije y lo agarré del cuello y luego lo levanté como un bulto cargándolo sobre los hombros mientras su cabeza colgaba sobre mi espalda.

—¿Cuánto pesa? —dijo Stella.

—Diría que como una chatarra oxidada y vieja —dije y volví a bajarlo. Arden cayó sobre la silla y comenzó a reírse.

—No me separaban del suelo desde que mi padre me arrojaba por los aires cuando usaba pañales —dijo Arden acomodándose la ropa que se le había salido del pantalón.

—No exageres —dijo Stella.

—Hace un rato estuvimos mirando al hombre de los doscientos años.

—¿Qué? —dije acercando una silla para sentarme junto a ellos.

—El hombrecito de chatarra —dijo Ivo y con el dedo señaló al hombre

metálico que construí para el Día de la Salvación.

—Eso. ¿Qué sucede?

—Pasa que es muy bueno. Los niños me preguntaron si les hacías uno para jugar.

—Eso es si nuestro representante acepta ceder láminas de aluminio. Tendría que pensar en hacerle otro terminado para que no se corten.

—Eso de las láminas podremos resolverlo. Algunas se pueden canjear en el mercado. Tú dime qué necesitas e iré buscando los materiales, si estás de acuerdo.

—No había pensando en hacer algunos para los niños.

—No hablaron de otra cosa que de tener uno. Lo bautizaron el “Hombrecito Doscientos”.

—Veré de ponerme con ello, tengo materiales en el módulo que podría reutilizar.

—Yo te alcanzaré los que te falten.

—No. Déjame hacerlo como agradecimiento por lo que has hecho por mi familia —dije e Ivo movió afirmativamente la cabeza y me sonrió.

—¿Cómo va eso? —dijo Stella.

—¿Mi familia?

—Eso, lo del abuelo.

—Hay días que creo que va a volver como si estuviera ahora exiliado en la intercolonial. A veces, hasta escucho sus pasos, arrastrar sus pies hasta el aseo, y creo que él volvió y está de nuevo con nosotros. Es raro eso de no encontrarlo más en ninguna parte. Aún tenemos su ropa, sus objetos, porque no quise intercambiarlos —dije y pensé que había creído que el nacimiento de un hijo transformaría el vacío, pero nada suplía la falta del abuelo ni lograba unir los vestigios de su existencia.

—Cuando murieron los Adams y se mudaron los Foster al N21F, decían que escuchaban como si los Adams aún movieran sus cosas. Incluso, a veces, se oían susurros desde la oscuridad —dijo Arden mientras sus ojos se metalizaban.

—Por eso nadie quería ir ahí y los Foster pidieron el cambio de módulo —agregó Stella.

—Pero los Foster aún viven allí —dije mirando a Ivo.

—Sí, nunca aceptaron el cambio y nadie quería vivir ahí.

—¿Y aún se escuchan cosas? —pregunté.

—Dicen que sí, se escuchan cosas como que mueven muebles, suspiros,

susurros por las noches. Se quejan de que no pueden dormir, pero no pueden salir corriendo. Imagina que se te aparece la luz de un muerto, ahí mismito, con la boca abierta, pero sin poder gritar. Yo me pegaría contra las paredes, me metería en el aseo. No puedo pensar qué haría del susto. Pensarlo ya me da miedo —dijo Arden.

—Supe que se contaban historias del traslado, de los gritos cuando pedían los Adams que no los mudasen, pero no que se escucharan susurros. Deben ser los metales cediendo —dije.

—¡Habló el chatarrero! —gritó Arden y los Garret se giraron para mirarnos.

—No grites, Arden —dijo Ivo.

—En ese módulo de los Adams la voz rebota más. Quizás sea el sonido de la Zona Médica. Ese módulo está pegado a esa zona y al final de la Zona 2. Quizás sea un efecto por las tuberías de aire —dije.

—En frente está la L2. Deben de sentirse los sonidos de los de ingeniería con los tanques de reciclado —dijo Ivo.

—Los chatarreros emocionándose con el crujir de los metales. Eso, por mi parte, me aburre —dijo Arden.

—Y a los de información les encantan los chismes —dije mientras nos mirábamos con Ivo.

—Nos gustan los datos y las buenas historias. Esta es una buena historia, la de los Adams y su final trágico, desde su vida en ingeniería hasta clavarse de cara a la Zona Médica.

—Lo sé por el abuelo. Los Green presenciamos cuándo se los llevaron del módulo arrastrándolos por los pasillos.

—Eso pasa cuando uno se queda solo y viejo. Y no seas así, Arden, tan frío —dijo Stella.

—¿No sería más creíble que se escucharan los sonidos de los Adams en el N24B, el de la Zona 3? Si pudieran volver no creo que quisieran quedarse en el N21F. Permanecerían en el módulo que tanto habían querido —dije.

—Ya sabemos cómo son los de ingeniería, no van a soltar dato. Si lo escuchan, no lo sabremos nunca. Me alegro que tu abuelo haya pedido el traslado a la chatarrera —me dijo Arden.

—A veces creo que fue lo mejor y otras que no fue buena idea.

—Esos son tan rígidos. Pocas veces me crucé con ellos, pero me acuerdo cómo eran en la escuela. ¿Te acuerdas cómo nos decían, Devin?

—“Los junta mugre”.

—Sí, como si ellos no cagaran —dijo Arden.

—¡Arden! ¡Qué asco! —dijo Stella tapándose la boca.

—Cómo si vos no cagaras, Stella —dijo Arden con una carcajada mientras la cara de Stella se tornaba rojiza comenzando por las orejas.

—Arden, no digas eso.

—Cuando Stella se mete en el aseo, nos metemos bajo las cobijas por un buen rato —continuó Arden.

—¡Cállate! Arden, no seas asqueroso. ¿Ves, Ivo, lo que es soportarlo?

—Arden, pobre Stella.

—Me voy —dijo Stella y se marchó sin mirarnos.

—Arden, no maduras nunca —dijo Ivo.

—Acá se hace la pobrecita. Si la vieras lo que tengo que aguantarme de ella.

—Esta semana se trató el pedido de tu familia —dijo Ivo.

—Me encanta que mi mejor amigo sea representante, noticias fresquitas.

—No te abuses, Arden. No voy a darte información que no sea la de tu familia. ¿Estás seguro que será lo mejor para Stella?

—Es lo que ella quiere. No quiere irse a otra colonia, prefiere pasar del matrimonio. Ya le dijo al viejo ese, pero él insiste en casarse con ella.

—Un día creo que vamos a tener que convertir este módulo en habitacional —dije moviéndome a la silla que dejó libre Stella para estar más cerca de ellos.

—No lo había pensado —dijo Ivo.

—¿Bromeas? —dijo Arden.

—Prefieres que la gente emigre a otra colonia que perder este lugar —dije mientras Arden desarmaba su rostro alegre.

—No. Pero esto es de todos, no es solo de una familia. Por eso nos peleamos con ingeniería.

—No nos peleamos —dijo Ivo.

—¿No? ¿Y por qué el Pellesen perdió los dientes? —dijo Arden.

—Eso fue otra cosa. Fue algo del pasado —dije.

—¿Y no vas a contarnos?

—No, Arden. Es algo privado, de mi familia.

—Creí que éramos amigos —me dijo Arden.

—Lo somos, pero este es un secreto que no es mío.

—¿Es secreto? ¿Qué es? —Arden se enderezó con el rostro encendido.

—Ya empezó —dijo Ivo y se movió en la silla.

—Lo que fuera se lo llevó el abuelo y mi padre. Era de cuando estaban en ingeniería.

—Voy entendiendo. Por eso tu abuelo pidió el traslado.

—Lo siento, Arden, no quiero hablar de ello.

—No confías en mí.

—Eres un bocotas —dijo Ivo.

—Eres un chismoso —dije y Arden se levantó.

—Bueno, me voy, no estoy de humor para aguantarlos.

—No seas así, Arden. Hay cosas que es mejor dejar atrás. Ya sabes que Devin estuvo en reclusión. Dale aire.

—Soy curioso. No puedo evitarlo. Pero me voy. Tengo cosas que hacer —dijo y saludó a los Garret y a los Meyer mientras lo veíamos desaparecer por el pasillo.

—Ya se le pasará —me dijo Ivo y arrimó la silla para mirarme de frente.

—Las cosas se complican cuando mezclamos el pasado.

—Bienvenido a los miembros de cabeza de generación —dijo Ivo y me sonrió.

—Y cuando era joven me quejaba de lo complicado que era asistir a aprendizaje.

—Nos quejábamos. Siempre me acuerdo de nuestras escapadas durante la hora oscura. Pronto lo hará Sandor y se enojará conmigo. Lo tendré que retar, pero le contaré que yo también lo hacía.

—Tomé y Hana aún ni caminan.

—Te revolverán el módulo. Y cuando corran, sonarán las planchas metálicas.

—¿Te arrepientes de haber sido padre?

—Nunca. Ni cuando mi hijo casi se muere. Tuve miedo, pero él tiene una vida gracias a nosotros. La que podemos darle.

—Creo que tienes razón, pero no estoy seguro cuando veo a mis hijos.

—Es una duda compartida. Mi papá, mi mamá, mi abuela decían lo mismo. Y ahora que nos quedamos los dos puedo decirte que me alegra que vinieras por la Doscientos. ¿Me buscabas para algo o solo querías charlar?

—Te buscaba por una duda que tengo. Cuando estuve en la Zona Médica, el conector Leroy me dijo que alguien había pagado por mí, que querían enviarme a la intercolonial. ¿No sabes algo de las reuniones?

—¿Intercolonial? Los conectores no hablan en la reunión sobre esas cosas. Son decisiones que toman ellos en conjunto con la Colonia Bórax. Solo nos



informan en caso de haber tomado una decisión. No tenemos influencia sobre ellos.

—¿No dijeron nada cuando estuve en reclusión?

—Nos informaron que estabas en el C2 y que me habías elegido para encabezar el rito de Ollie. Pregunté el motivo de tu detención y dijeron que era confidencial. Arden supo que armaste jaleo en la Zona Médica y luego dedujimos lo que pasó. Después fue lo de la cuarentena. No sabía que alguien estaba pagando.

—¿No fuiste tú?

—Si tuviera los medios, pagaría para liberarte, Devin. Pero no los tenemos. Apenas si nos alcanzan las moléculas. Salvar a alguien del exilio a la intercolonial serán muchas moléculas, muchísimo.

—¿Quién? ¿Por qué?

—Ahora estoy como Arden.

—Yo igual. ¿Será alguien de ingeniería? Son los únicos que tienen los medios.

—¿Pellesen? —preguntó Ivo.

—¿Después de perder su dentadura? No, no lo creo. Quizás un antiguo compañero de mi padre y del abuelo. Quizás fue alguna promesa que hicieron de cuidar a los Green.

—Debe ser eso.

—¿Por qué el abuelo no me lo contó?

—Tendría sus motivos.

—¿Crees que podrías averiguar algo?

—La persona indicada es Arden. En las reuniones es imposible preguntar este tipo de cosas. Es algo muy delicado, Devin. Es algo irregular. Pagar para evitar el exilio...

—¿Será por la esfera?

—Mira, tómallo como un regalo y sigue. Deja el pasado afuera y piensa en lo que es hoy y lo que será.

—No puedo dejar de pensar en eso. Me siento observado. Debe ser Pellesen, lo hará por algo, para tenerme cerca para una venganza.

—Inténtalo, al menos. ¿Te gustaría tomar algo fuerte?

—¿Hay mercado de sombras?

—No. Los Lowe donaron unas botellas que escondemos acá debajo.

Ivo se levantó mientras yo miré al otro grupo que hablaba en susurros en el otro lado del módulo.

—¿Dentro del baúl con las mantas del recuerdo?

—Sí. Fue idea de los Lowe.

—¿Y lo aceptaste?

—Ven, agarra los vasos. Vamos a ofrecerles a mis suegros y a los Garrett — dijo Ivo en tanto abría una botella y volcaba el líquido fermentado que llevé a los del otro grupo. Luego, volvimos a sentarnos con nuestros vasos llenos.

—No sabía que habían aceptado guardar esto aquí.

—Este lugar es nuestro, es para charlar, romper la rutina. Una regla dice que no más de un vaso por vez.

—¿Cierro la puerta?

—No es correcto cerrarla.

—¿Y si nos ve el conector Leroy?

—Se tomará su vaso del día. Ese es el acuerdo.

—Me acabo de enterar.

—Nunca vienes por este sitio —dijo y permanecemos bebiendo en tanto continuamos hablando sobre el trabajo de la chatarrera y sobre nuestros hijos.

## AÑO 185 DD / JORNADA 120

### I

Mientras catalogaba piezas sueltas para empaquetarlas, el conector Leroy ingresó a la chatarrera. Ivo se acercó y habló con él; luego, me miraron: otra vez solicitaban mi presencia. Cada vez que intentaba continuar con lo mío, alejándome del pasado, volvían a jalarme para romper la rutina. Al acercarme al conector Leroy, me dijo que lo siguiera, pero no respondió a mis preguntas sobre el motivo de mi salida. Ivo se interpuso y dijo que como representante debía enterarse, a lo que el conector Leroy le respondió que no estaban en una reunión y que no tenía que explicar a nadie las razones del hacer de los conectores. Está bien, dije, miré a Ivo y le solicité que cuide de mi familia. El conector Leroy sonrió, y nos fuimos.

De nuevo, caminar por el pasillo principal, cruzar la Zona de Información, la de aprendizaje donde mi esposa y mi madre estarían allí en sus tareas. Dejamos la entrada del comedor a nuestra izquierda y avanzamos. Fue al doblar hacia el mercado cuando comenzaron a fallarme las piernas como si se hubieran ablandado por el calor. A pesar de ello, me impulsaba el deseo de correr, de huir, pero no tenía hacia dónde ya que siempre chocaría con la compuerta final. Temía una nueva reclusión, miedo de que quien había pagado por salvarme ahora hubiera pagado para deshacerse de mí. Si me mataban los conectores, podrían informar a mi familia que estaba encerrado. ¿Quién iba a saberlo? Además, podrían decir que me enviaban al exilio. ¿Quién sabría, incluso, que mi cuerpo había sido arrojado al afuera?

No hablé e intenté caminar con seguridad. Observé la nuca del conector Leroy con su cabello raleado, la calva que relucía reflejando las lámparas de los pasillos. Un golpe seco en la nuca o en la cabeza lo desplomaría, cuando no hubiera nadie cerca, pero sabrían que yo estaba con el conector. En tanto pensaba en varias posibilidades, doblamos hacia la izquierda al ingresar al costado de mercado. La Zona de Conectores con el área de reclusión estaba hacia la derecha, al final de ese enorme pasillo abierto por un costado para alojar a la plaza principal del mercado. ¿Me mataría el conector Leroy tras de algún puesto vacío? “Pellesen” estalló en mi cabeza. Pellesen había pagado por la posibilidad de matarme él mismo. El conector Leroy me entregaba y habría recibido su buena dosis extra de moléculas. Apreté los puños. Me

defendería. No sabía cuánto sería capaz de golpear ni si mi fuerza me alcanzaría para luchar contra dos hombres o más, pero lucharía. No aflojaría la garganta para que me la vacíen de un tajo. Menos con llanto. Deseé haber matado a Pellesen. ¿Y si luego iba por mis hijos para borrar a los Green del futuro, negarles la posibilidad de subir el día que nos tocase retornar al arriba? Si me mataba, morían los recuerdos de nuestra familia, mis hijos no conocerían el recuerdo que el abuelo Ollie había depositado en mí. Si en ese momento golpeaba al conector Leroy en la cabeza, viviría, pero en la intercolonial, y de todas maneras no podría pasar las memorias.

Me detuve justo cuando el conector Leroy dijo llegamos. Observé que era el puesto del Loco. Aún tenía los puños cerrados. Mis brazos esperaban la orden. Pase, me dijo el conector Leroy. Me matarían dentro del módulo del Loco, en ese espacio invisible a lo demás, a dos pasos del centro del mercado. Estaba cerca la Zona Médica para arrojarme afuera, quizás, hasta depositen mi cuerpo al costado del abuelo, como esas veces que dormíamos con nuestras cabezas juntas.

Corrí las cortinas. Unas tras otra esas cortinas tan pesadas como paredes por la suciedad acumulada; cortinas que separaban el afuera casi de manera impermeable. Me costaba respirar. Adelante, Devin, me invitó a entrar desde el otro lado de la última cortina. Retrocedí y choqué con el cuerpo del conector Leroy. Entre de una vez, me gritó. Ahora. Mi puño no se alzaba. Devin, me llamaron desde adentro. Lucharía, me dije, y corrí de golpe la cortina.

El Loco estaba sentado y me observó dejando el vaso sobre la mesa. Creo que adivinó mi miedo.

—¿Qué sucede?

—Lo mismo le pregunto —dije aún mientras sentía el roce de la cortina en mi espalda.

—Pasa. No te quedarás ahí, de pie —dijo y miró mis manos.

—Prefiero quedarme aquí.

—Te mandé a llamar, Devin.

—Señor Green.

—Disculpe, señor Green. Creí que habría cierta confianza, es todo.

—No confío en nadie. —Me costaba dominar mi respiración.

—Y hace bien, pero alguna vez tenemos que confiar en alguien. Como cuando vino por información y negociamos.

—No quiero pensar en ello. Ahora tengo otras responsabilidades.

—Lo sé. Lo felicito por los mellizos. No son habituales los nacimientos dobles. Algunos creen que es indicio de que esta generación, la de Tomé y Hana, será la elegida para la ascensión.

—¿Por eso me mandó a buscar? ¿Para felicitarme?

—Solo le cuento lo que se dice. ¿Por qué no se sienta?

—Estoy en mi horario laboral. Diga lo que tenga que decir y me voy. Si es que me llamó para decirme algo.

—¿Por qué habría de haberlo llamado?

—Es lo que estoy preguntando.

—Señor Green, entiendo que luego de la reclusión esté más precavido, pero no tiene que temer. Por favor, si vamos a negociar, tome asiento. ¿Un vaso de algo refrescante?

—No tengo nada que negociar ni información para intercambiarle. No me interesa saber sobre lo que me perdí por estar en el C2 ni sobre la epidemia.

—¿No le interesaría saber qué fue de Ollie?

—¿El abuelo? ¿Qué pasó con el abuelo?

—Tome asiento —dijo en tanto me señaló la silla, pero lo ignoré.

—Le pido que me diga si me van a matar. Es la información que podría comprarle. Necesito saber para salvar a mi familia.

—¿Por qué piensa que van a matarlo?

—¿Usted va a venderme a los Pellesen? —dije y comencé a sentir que mi mente perdía sentido, que los pensamientos me golpeaban desde adentro y que mi lengua se movía antes que yo pudiera ordenarle que se callase.

—¿Cómo? ¿Usted cree que vendo personas? —dijo el Loco abriendo los ojos huidizos y apoyando, con un golpe, el vaso sobre la mesa.

—No lo sé. ¿Qué hago aquí?

—Negociar. Escuche, no vendo personas. Sé que creará que el señor Pellesen tiene sus motivos para querer perjudicarlo. Conozco lo que sucedió entre él y su padre y que perdió los dientes a raíz de varios puñetazos.

—¿Entonces?

—Entonces usted está confundido. Le voy a hacer un regalo. El señor Pellesen no busca venganza. Se siente culpable por la muerte de su padre. Él también cree que usted podría matarlo.

—¿Yo? ¿Es una broma?

—La vida de un padre es un motivo más feroz para matar a alguien que un par de dientes ya podridos.

Jamás había considerado que él me tuviera miedo. El Loco era muy

inteligente y yo era un estúpido. Aflojé las manos y, ante un nuevo gesto del Loco, accedí a sentarme.

—Creí que me iban a matar. O quizás usted quiera matarme.

—¿Por qué habría de matar a quien salvé? —dijo y su rostro se prendió del mío evaluando posiblemente mi reacción.

—¿Salvar?

—Sí. Cómo escuchó.

—¿Usted pagó por mí?

—¿Cómo lo supo?

—¿Usted pagó por mí o no?

—Fui yo, pero ¿cómo lo supo?

—El conector Leroy me lo dijo cuando estuve en la Zona Médica, luego de la reclusión.

—¿Leroy! —gritó mirando al techo—. No es mal hombre, pero se le caen los pensamientos por el agujero de la boca. Luego hablaré con él.

—No le diga que yo se lo dije.

—No hará nada. ¿No creerá que él vaya a querer matarlo también?

—No lo sé. Quizás.

—Tiene miedo y es porque percibe que algo no está del todo expuesto.

—Estoy confundido. Es todo.

—Confundido porque las cosas no son transparentes como debieran ser.

Permanecimos en silencio unos momentos. En tanto bebía, observé el cuadro del afuera. Me gustaban los colores. ¿Cómo sería vivir entre el azul y el amarillo?

—Dijo que sabía algo de mi abuelo.

—No lo sé, es lo que quiero averiguar. Más allá de todo esto hay siempre una pared. Quiero conocer lo que hay detrás de la pared.

—Quiere salir.

—No llego a tanto, ya estoy viejo. Pero tengo ciertos datos que quiero confirmar. Si puedo confirmarlo, usted sabrá más sobre su abuelo.

—Mire, yo tengo mi pensamiento como un espejo roto. Me esfuerzo por volver todo a su lugar. No quiero saber nada. Quiero borrar esta confusión. Hace unos instantes creía que estaría muerto, ahora usted me dice que algo pasa con el abuelo, que Pellesen me ha perdonado. ¿Entiende?

—Usted ahora cree que la confusión se lava olvidando y borrando la verdad. Yo creo que la confusión se enmienda llegando a la verdad. Pero, señor Green, creo que nos parecemos, ambos deseamos conocer y si es así,

jamás podrá conseguir un olvido tal que le borre esa puntada en el cráneo que lo impulsa a preguntarse qué está pasando.

—Usted está solo. Yo tengo a mi familia. Soy responsable de mi familia —dije en tanto él me volvía a llenar mi vaso.

—Por eso, es responsable de aquello que le dará a sus hijos, si una enorme mentira o una verdad a secas.

—No voy a ponerlos en peligro.

—¿Ve? Algo dentro le dice que hay peligro. Ha bebido del miedo. Y el miedo viene de algún lado. Nadie siente miedo por nada. El miedo es un mecanismo humano, nos dice que algo está por llegar y nos impulsa a actuar. Nos dice que algo no va bien. En última instancia, el miedo nos salva.

—Por eso actuaré para que mi familia no sufra.

—Nadie puede evitar eso. Su padre y su madre querían lo mismo, pero ¿usted no sufre? —Esperó mi respuesta, pero no respondí y se levantó. Buscó otra botella.

—No tiene nada que perder —dije.

—En eso tiene razón y no la tiene. Yo también tengo una familia.

—¿La tiene?

—Fuera de esta colonia, pero no es un asunto que quiera discutir.

—Ya veo. Usted chismorrea en la vida de los demás, pero no le gustan que chismorreen en la suya.

—Señor Green —dijo en tanto levantó el vaso para alcanzármelo—, me hace reír. Vamos, choquemos los vasos por un buen negocio.

—Chocaré su vaso porque ahora estoy vivo y usted no quería matarme.

—Cada uno que choque su vaso por lo que guste —dijo y luego de chocar los vasos, bebimos—. No soy un chismoso. Los chismosos se preocupan por si aquel se acostó con alguna o si el otro toma demasiado en las horas oscuras. Yo persigo algo más grande. Yo busco la verdad, señor Green. Usted la tuvo entre sus manos cuando cuidó de sus esferas y pudo saber que eso que le decía, desde adentro, que era algo maravilloso y nunca visto, era real, era así. Lo supo, confió en sus instintos y no paró hasta confirmarlo. Yo soy igual. Si usted acepta, hay algo que quiero que haga por mí, cierta información que quiero que recolecte.

—Sobre el abuelo.

—Sobre la Zona Médica.

—¿Me salvó para ponerme en una situación de deuda con usted?

—Pagué porque usted es parecido a mí. El miedo se transformará en

fortaleza. El miedo lo hará más fuerte, más grande. El miedo, al final, lo salvará. ¿Dígame si no siente ese impulso por abrir la puerta? Ese impulso por caminar hasta el fin. Por atravesar las paredes de metal. Ese impulso nace del miedo. De mirarle la cara al miedo. No nace de una debilidad, sino del coraje. Por eso usted cruzó el pasillo el día que Ollie se moría. Quiso arrastrar al médico, llevarlo hasta su abuelo. Los demás hubieran dicho: “Está bien, señor médico”, “Está bien, señor conector”. Con la cabeza baja se hubieran vuelto a sus módulos para ver cómo su ser querido se moría mientras los demás repetían que es viejito, ya no aporta. Usted no lo hizo porque cree que un viejo es tan salvable como un niño. Dígame si se le han caído las lágrimas ante el discurso rancio en la inauguración de la sala Doscientos —dijo y a medida que el Loco hablaba mi pensamiento se aquietaba—. Yo responderé por usted: sintió asco, sintió que era una burla. Festejar que hace casi doscientos años fuimos los privilegiados de seguir viviendo luego de todo lo que hemos hecho. La misma palabra repetida infinidad de veces, el mismo pedido de sacrificio como si no lo supiéramos. Celebrar el entierro. ¿No es ridículo?

—¿Usted escuchó el discurso?

—Cómo si fuera posible no escuchar esa voz que sale del altoparlante y que retumba de tal manera que se mete tan adentro que golpea como si fuera tu propia sangre.

—No sé qué decirle. Me siento mareado. Quizás fue la bebida.

—Aclare su cabeza. Acomode sus pensamientos. No ande preguntando por allí qué tiene que hacer.

—Usted me lo está diciendo.

—No lo obligo. Usted decide, señor Green. Solo le muestro que hay más pasillos de los que usted cree. Ahora, por cuál camina es decisión suya. La propuesta estará pendiente un tiempo. Si usted se niega a negociar conmigo, tendré que pensar en otra persona.

—¿Tiene otra persona? —Me dolió que él mostrara a otro el mismo interés y que le dijera las mismas palabras.

—Siempre hay alguien en vista.

—¿También le ha dicho que el miedo lo salvará y que lo que mueve es el coraje y todo este discurso?

—No. Pero siempre hay alguien que en lugar de información quiere otra cosa. También puedo ofrecerle eso. Tal vez unas moléculas si es lo que quiere —dijo y buscó una manta que colocó sobre sus hombros.

—Podría pedir las dos cosas.



—¿Módulos de agua y de luz? —dijo él girándose para mirarme de nuevo.

—Información y moléculas.

—¡Vaya! Veo que somos más parecidos de lo que creíamos. Resultó ser un negociador nato.

—No se burle.

—No es burla. Es sorpresa. No lo puedo entretener más. El conector Leroy se enfurecerá si lo saco de su trabajo por más tiempo. Piense en mi propuesta y luego dígame qué quiere a cambio. Tengo un límite y está dado por mis recursos que no son infinitos. ¿Entiende?

—Sí —dije y permanecí sentado.

—Bueno, en unas jornadas volveré a buscarlo. Quizás pueda pasar en el trueque si lo ha decidido antes.

—Lo pensaré —dije levantándome con lentitud.

Ya afuera del módulo, observé al conector Leroy alejado, pero atento a mi salida. Las piernas me pesaban, me dolía la espalda y mis párpados se desplomaban como cortinas; deseaba recostarme en la oscuridad de mi módulo, pero aún me restaba mucho trabajo en la chatarrera. El conector Leroy no preguntó sobre mi reunión con el Loco. Comprendí que él le vendía información sobre los acontecimientos de la Zona 1, su zona. ¿De qué lado estaba el conector Leroy? Antes lo había visto enfrentarse con el conector Tylor, quien parecía muy amigo del conector Blech. ¿Podría confiar en él? Leroy me había contado que alguien pagaba para evitar mi exilio. La primera vez, estaba casi seguro, había sido por mi idea de arrojar los tarros del aseo ya que demostraba que era incapaz de quedarme con la cabeza gacha, como dijo el Loco; la segunda, a raíz de haber agredido al médico cuando murió el abuelo. Entonces, haría lo que me indicó el Loco, pensaría en todos los pasillos posibles.

## II

Retornaba la voz del Loco con su oferta. ¿Qué más sabría sobre el afuera? ¿Cuántos secretos entraban en su memoria? Si aceptaba su negocio, retornaría el miedo y no quería volver al encierro en el C2. Cada tanto, en la Doscientos, encontraba a Horace, Marshall y Arden, charlaba sobre la chatarrera, me enteraba de algún rumor de los conectores, de eso que se cuenta como que el conector Leroy y el conector Wallace son amantes secretos, como que el

conector Blech fue exiliado del conjunto CN34 luego de su humillación el día que reclamamos por la Doscientos. En esas horas, no tenía miedo ni pensaba en el futuro de mis hijos ni en el abuello Ollie derritiéndose bajo un cielo de sulfuro. Era uno más pasándola bien con amigos. A veces, se sumaban Ivo y Fletcher, pero ellos no soportaban el carácter explosivo de Horace, ni siquiera Arden intentando limar las asperezas con algún chiste.

Luego del trabajo, me acerqué a la Doscientos para beber el único vaso permitido del día.

—¿Se han enterado? El conector Blech solicitó el pase porque no soportaba pasar por el pasillo donde le tiraron mierda en la cara —dijo Horace dando un manotazo en su pierna y tirando la cabeza hacia atrás para reírse.

—Pedazo de bruto ese Blech. Lo tenía merecido. Deberíamos hacer lo mismo con el Tylor —dijo Marshall.

—Dejemos ese día, no quiero hablar de ello —dijo Ivo y guardó la botella.

—Ya salió el representante culo fruncido. Era mejor tu padre. Trae para acá y sirve otro —dijo Horace.

—El trato es un vaso y te has llenado el tuyo ya como tres veces —dijo Ivo.

—¿Los cuentas? —dijo Marsall.

—La botella no es tuya. Se comparte. Tuya es tu mujer. Esa sí no se comparte —dijo Arden y le pateó la pierna para ganar la atención de Horace.

—Yo a la mía no la comparto, la regalo. Me la enchufaron cuando era un púber. Uno debería poder devolverla como una chatarra inservible, pero por suerte tengo a la Cleo que la jala lindo —dijo Horace y volvió a reírse.

—Ya ves cómo te pone el alcohol. Si pasa el conector Leroy y te ve en este estado... —dijo Ivo.

—¡Bla, bla, bla! —dijo Horace y se levantó para buscar la botella, se sirvió otro vaso y la volvió a guardar—. Escucha, Ivo, te lo digo con la confianza de chatarrero a chatarrero, te estás volviendo un chupaculo de los conectores.

—Será mejor que te vuelvas al módulo antes que te tengamos que arrastrar de borracho. —Ivo se puso de pie y se paró frente a Horace. Arden y yo hicimos lo mismo.

—Dejemos acá la discusión —dije y miré a mi alrededor, hacia los Garrett que nos observaban. Horace se percató y se giró para gritarles que se metan en sus asuntos.

—Me voy. Tengo cosas que hacer —dijo Ivo y se despidió seguido de Arden.

—Claro, el señor representante es ahora un hombre ocupado. Mejor por él. Lo mejor es tener la cabeza siempre ocupada o mareada —dijo Horace y se golpeó la sien.

—¿Sabes quién sería un buen representante? —dijo Marshall.

—¿Quién? —dijo Horace.

—El Devin.

—¿Yo? No lo creo.

—Fue tu idea de darle por el culo a los estirados de ingeniería. En las reuniones no serías tan mansito como el Ivo. Necesitamos más como tú. Así, altaneros.

—Horace sería un buen representante —dije sonriendo y pensé en Ivo, en que debería haberme ido con él, pero deseaba reírme con Horace, beber como lo había hecho en el módulo de él en tanto observaba a Horace y a Cleo hacerlo sobre la mesa.

—¡Ya lo creo! Yo les daría tantas trompadas a ese Tylor hasta volarle los dientes como se los volaste a ese engreído ingeniero. ¿Cómo se llamaba?

—El Pelleesen —dijo Marshall.

—Ese mismo. Los sacaría de ingeniería y los metería en estos módulos y los mejores módulos serían para nosotros, los chatarreros. Luego, los haría trabajar en la Zona de Limpieza. Y nosotros seríamos los ingenieros que mandaríamos a los chatarreros a reparar mientras miramos. Eso sí que sería justicia. Ese conector Wallace parece inteligente.

—Es el nuevo de ingeniería —dije mientras dejaba el vaso sobre una mesa y volví a sentarme con las piernas levantada sobre otra silla y con la cabeza colgando sobre el respaldo.

—Sí, vino por el Blech. Parece más razonador. Igual no me gusta nada. Lo mandan a espiarnos o algo. Si no trabajamos bien, seguro que lo registran todo en esos papelitos y lo mandan para el Bórax —dijo Marshall.

—¿Españarnos? —dije.

—¿No es casualidad que viniera luego de que les demostramos a los de la colonia que éramos capaces de enfrentarnos a todos? —dijo Marshall.

—Vino porque el Blech salió rajando de vergüenza, por eso —dijo Horace y se levantó a llenar su vaso.

—Ya te pasas, Horace —dijo Marshall.

—No me jodas. Para eso tengo a mi mujer y a mis dos hijas sangrándome las pelotas. Ahora son mis horas libres y hago lo que tengo ganas. Así debiera ser la vida del ser humano —dijo y volvió a sentarse. Cerró los ojos

saboreando la bebida—. Y este calorcito es bueno, es como el calor de una lámpara interior o cuando te la toca la Cleo.

—También lo sentiría si el Ivo no me hubiera cortado el chorro —dijo Marshall.

—Eso te pasa por hacerle caso. Anda, sírvete otra y llénale la copa al Devin —dijo Horace y Marshall me alcanzó un vaso lleno.

Permanecemos en silencio. Horace roncaba con la cabeza de lado dejando caer un hilo de baba; más allá, los Garrett charlaban con la señora Brock. Ella decía que extrañaba a su hija que no vería más y que sería buena idea proponer que al menos una vez en la vida, los familiares pudieran visitarse entre colonias. Los Garrett le respondieron que era una buena idea y que lo comentarían con Ivo.

Cerré los ojos. El calor discurría por mi cuerpo y lo tornaba liviano. Todo se alejaba y yo me hacía pequeño: una mansedumbre luminosa en una cápsula metálica. Mis pensamientos se tornaron más claros. Dejaría pasar el tiempo, compartiría mi vida con mis amigos, enseñaría a mis hijos el oficio de chatarrero y me dedicaría a lo que siempre había deseado: inventar maquinarias. Tenía varias ideas y podría comenzar a juntar materiales; serían buenas piezas de trueque.

Cuando llegaron las familias del turno siguiente, Horace continuaba dormido. Golpearon la puerta abierta varias veces, cada vez con más estruendo y todos salieron, menos nosotros. Poco a poco, me incorporé. Me pesaba el cuerpo como si fuera parte de la silla. Marshall se sentó y pateó a Horace, pero no se despertaba. Afuera, nos miraban con seriedad ya que habíamos ocupado parte de su tiempo en la Doscientos. Me levanté, le solicité ayuda a Marshall y cargamos a Horace por los pasillos. Al llegar a su módulo, pateé la puerta para no apoyar a Horace en el suelo. Su esposa abrió y lo llevamos hasta la cama, esquivando objetos rotos, ropa sucia. Ella no nos habló sino que volvió a sentarse y continuó jugando con una pelotita a arrojarla a unos tarros. Una de sus hijas se tapaba con unas mantas, en el suelo, y la otra hija hacía ejercicios levantando la pierna sobre la mesa para estirarse. Dejamos caer el cuerpo de Horace sobre una de las camas y salimos.

Enseguida, me dirigí a mi módulo. Al entrar, observé el espacio diminuto que mi esposa y mi madre mantenían ordenado al extremo de juntar objetos

por forma o por función o por colores. Cada semana, era un tema diferente. Esa semana era por brillo. Yo solo debía pedir algo, y ellas me lo alcanzaban. Como todo cambiaba de lugar, me era imposible encontrar algo.

## AÑO 185 DD / JORNADA 135

### I

Esa semana trabajamos mucho más tiempo por el arribo de maquinaria que se acumulaba de tal manera que debimos mover algunas mesas de trabajo. Horace se quejó y presionó a Ivo para que llevaran algo de chatarra a ingeniería. Ivo, en cambio, dijo que debíamos trabajar más horas para desarmar y organizar los materiales. Apeló a incentivarnos con que había logrado un acuerdo en la última sesión con los conectores para recibir más moléculas. De última, fue por las moléculas que todos accedimos al nuevo horario laboral. Recibimos, además, una vianda extra que los Lowe enviaban para que comiéramos en la misma mesa de trabajo. Al salir de la chatarrera, cuando llegaba al módulo, solo me aseaba, tomaba un café con el jarabe y me acostaba. La jornada siguiente se repetía; incluso, hablábamos los mismos temas, remachábamos lo dicho en jornadas anteriores.

Ingeniería planeaba una reestructuración de ciertas zonas y la renovación de paneles que, según informaban, su desgaste era peligroso. Se rumoreaba que ellos ampliaban, en secreto, y que construían espacios solo para ellos y por eso necesitaban gran cantidad de materiales. Ivo negaba los rumores, dejaba en claro que era imposible ampliar un módulo sin achicar al adyacente. Ivo temía que, bajo su representación, sucediera un nuevo enfrentamiento entre las zonas y que hubieran muertos. Se creía responsable por todo. Si alguien dejaba caer una herramienta, él giraba la cabeza y preguntaba si estaba bien. Si alguien decía que su hijo no se encontraba bien, él llenaba planillas y solicitaba al conector Leroy que un médico lo observara. Estaba atento a los acontecimientos, a las charlas, a los sucesos familiares, al cumplimiento de los horarios, a limar las asperezas e intervenir en discusiones personales. Evitaba no cometer los errores de su padre, deseaba que viviésemos mejor, se preocupaba por el bienestar de los niños. Esa semana, trabajó más que nadie. Los primeros dos días bromeábamos con el trabajo doble, con el vigor de los chatarreros, pero en la quinta jornada, nos quejábamos de los dolores. Me dolían las manos y las piernas, el brillo de las cosas se tornó espuma, la chatarra crecía a diario y nos llegó la noticia, de boca del conector Leroy, de otra semana más de trabajo. Pronto arribaría una carga igual o mayor y mantendríamos el ritmo del trabajo por el bien de los módulos. Estábamos tan cansados que no dijimos nada. Tan solo nos quedamos de pie, algunos

apoyados en la mesa; otros, sentándose.

Ivo salió con el conector Leroy, supuse que estaría solicitando más moléculas y así fue, como me dijera, pero se habían negado. Evaluaban alguna manera de compensar nuestro trabajo. Horace dijo que mejor era que nos pusieran unas camas y dormir en la chatarrera, que al final era lo mismo.

Cuando le conté a Frances, se quejó porque al llegar al módulo mis hijos ya dormían. Cuando salía para la chatarrera, recién se despertaban. Temía que no me reconocieran, pero no me podía negar si era para el bien de la colonia. Era cierto que ciertos paneles estaban desgastados. Había escuchado crujidos, había visto saltar los tornillos, algunas piezas desprenderse del techo, y a los ingenieros remendarlas una y otra vez. Ivo escuchó en una reunión que las estructuras debían ser reparadas para que duren, si fuese necesario, doscientos años más.

“Doscientos años más”, pensé cuando el conector Leroy nos informó sobre la importancia de nuestra tarea. Eso significaba que mis hijos morirán sin ascender, igual que mis nietos. ¿Cuántas generaciones más estaremos enterradas? Pensé en el abuelo, en mi padre. El afuera me ataba a ellos. Era pensar en el afuera y eran sus rostros que aparecían junto a sus recuerdos. Durante días, repasé de nuevo las memorias contándomelas en silencio, en tanto movía la maquinaria, cortaba placas de metal. Ellos estaban adentro de mi pecho; a veces, eran sombras aceitosas que resbalaban y desaparecían.

La segunda semana, solo se escuchaba el ruido del metal, los golpes contra maquinarias, la fuerza para despejar una pieza. Casi no hablábamos por el cansancio y ahorrábamos toda nuestra energía para la faena de la chatarrera. Cometíamos errores, como el muchacho de los Foster que dejó caer sobre su pie un pedazo pesado de chatarra. Mis manos se engrosaron aún más, la piel se me desprendía, tenía cortes en los dedos, raspones en los brazos. Nadie se quejaba con Ivo porque lo veíamos trabajar sin descanso. Me había dicho que los representantes debían dar siempre el mejor ejemplo, que no era necesario hablar, sino actuar.

Ivo trabajaba solo en su mesa. Su padre no podía seguir el ritmo y sólo cumplía con las horas fijas. Igual decisión habían tomado otros ancianos que permanecían en la chatarrera tan solo para no perder sus moléculas. Ellos nos acercaban comida, nos limpiaban el rostro, nos untaban los cortes con desinfectante. Se encargaban de pequeñas tareas como clasificar tornillos. Levantamos una mesa en un costado tan solo para ellos. Hasta algunos solicitaron dormir en la chatarrera como había propuesto Horace. Levantamos

dos aseos más, solicitamos bancos para sentarnos en tanto el trabajo nos permitía. El conector Leroy nos trajo más lámparas, arrancó láminas viejas, frotó algunas con aceite para que el metal brille con la luz.

Hay que trabajar más rápido, nos ordenó el conector Leroy. Horace le respondió que eso hacíamos, que se fuera a cagar. Cuando Marshall le ordenó al conector llevarse los tarros del aseo, Leroy huyó casi corriendo. Luego, pasaba cada tanto y solo miraba desde la puerta.

Meábamos en varios tarros compartidos que cada tanto alguien de limpieza se llevaba; nos traían la comida en platos que dejaban sobre la mesa, ya lista para ser devorada para no perder tiempo en ir a buscarla a otra mesa y servirla desde las viandas a los platos. No me detenía a pensar en la maquinaria que había llegado. Antes, uno de mis entretenimientos, que compartía con Ivo y hasta con el abuelo, era inventar funciones, ponerle un nombre, imaginar a la gente del pasado usando la maquinaria. Dedicábamos un rato para evaluar el mejor lugar para comenzar a desarmar en tanto charlábamos de otra cosa. Solía memorizar hasta esa lista nombres inventados.

De la Zona Médica llegaron latas con polvo antiséptico para cubrir los cortes, y no perder tiempo en caminar hasta esa zona, gracias a quejarnos de que teníamos que usar nuestra propia pomada de reserva que disponíamos en nuestro módulo.

## II

El grito de Ivo nos paralizó. Él se apoyó en su mesa en tanto se sostenía el brazo. Un chorro de sangre salía como una manguera pinchada. Ivo cayó al suelo. Le apreté la herida en tanto el resto de los chatarreros nos rodearon. La sangre se escurría por mi brazo y ya formaba un charco sobre el metal oleoso. Busca un médico, grité. Varios golpearon la puerta cerrada de la chatarrera. El conector Leroy había dicho que cerraría para darnos más privacidad y evitar interrupciones. Varias jornadas atrás, la esposa de Marshall entró en la chatarrera para quejarse del trabajo de su marido. Ante sus gritos, se sumaron de otros módulos en una protesta frente a nuestra zona de trabajo. Leroy nos solicitó que hablemos con ellos, que no querían otra “jornada del tarro”. Les dijimos que trabajábamos porque era para el mantenimiento y que nadie estaba obligado.

La puerta de la chatarrera no cedía ni ante los golpes de varios chatarreros.



Escuché que Horace ordenó desarmarla. Bajo el cuerpo de Ivo brillaba el charco de sangre. Estarás bien, le dije, aunque él se aflojaba. Al retirar mi mano para ponerle el polvo antiséptico, que uno de los abuelos me alcanzó, la sangre resurgía con tanta fuerza que volví a apretar la herida dejando de lado el antiséptico. “Deja que salga la sangre”, me dijo alguien acercándose, “sino le explota adentro por la presión”.

Desarmen la puerta, gritaron, córtenla. Ivo se destensaba como la espuma de cono, se ablandaba tras el cuerpo vacío de sangre. Ivo, le decía, mírame; Ivo, acá, mírame. Ordené a varios chatarreros que golpeen las paredes metálicas. Ivo me susurró: “Cuida de Shiri, que no le falte nada, a mis hijos, te lo pido, por favor, que no les pase nada. Como mi hermano...”. Apretaba el corte con más fuerza para retenerle la sangre, a pesar de que algunos me decían que no debía hacerlo, pero él estaba tan delgado que podía haberle quebrado un hueso.

La puerta no se abría, era del mismo grosor que las compuertas de bloqueo, lo sabíamos, pero continuaban con sus intentos de rajarla. Ivo se durmió, tan solo cerró los ojos. Yo permanecí apretando la herida mientras Steph le sostenía la cabeza y le acariciaba el cabello.

La puerta se abrió de golpe. Sentí los gritos, a Horace gritando cabrones, cosas que rodaban y chocaban contra el suelo. Alguien gritó que necesitamos un médico. Ya no sentía el pulso de Ivo ni a la sangre golpeando para salir. Estaba dormido como si soñara sobre un momento de placidez. Un médico me dijo que me moviese, observó a Ivo. Habían dejado de pelear y miraban cómo el médico lo revisó con rapidez, se giró y le dijo al conector Leroy que no había nada más que hacer. Horace agarró una vara de hierro y quiso pegarle al conector Leroy, pero entre varios lo sostuvieron. Fue un accidente, decían unos; otros, que si la puerta hubiera estado abierta, se habría salvado.

Permanecí sentado en el suelo. A mi alrededor, Horace agarró al médico del cuello en tanto Marshall intentó golpear al conector Leroy con una palanca. Apareció el conector Tylor con dos vigías. Luego, solo observé piernas como si danzaran, latas que rodaban por el piso; empujé a varios cuando casi pisaron a Ivo. Más allá, dos ancianos chatarreros se encerraron en el aseo. No es cierto, me decía, no se puede morir.

Escuché el golpe seco de las compuertas cerrándose. Solo habían aislado los pasillos de los módulos para evitar desmanes, dijeron. Atrás de la compuerta estaría Shiri, en su módulo, sin saber que su esposo y amigo había muerto. La sirena chillaba anunciando la clausura. Los vigías dieron la orden

de trasladar a los heridos a la Zona Médica. Se habían llevado a la rastra a Horace, a Marshall, junto a unos cinco chatarreros más.

No podía pararme. Quería permanecer tirado allí para no levantar la pesada maquinaria en que se había convertido mi corazón. Comencé a llorar como un niño a quien se le rompe un juguete. Se había roto Ivo, mi mejor amigo, rajado con tanta facilidad. Me ayudaron a levantarme y casi me llevaron a la rastra. Seguí llorando, dejando escapar el agua. Yo también me había roto. Pensé en el Loco. No sabía el motivo, pero deseaba verlo. Quizás él podía pagar para que me reparasen de nuevo. No me importó cuando un chatarrero me dijo que me guardara para mi módulo, porque llorar era síntoma de estar afectado, y nadie quería mostrar ningún síntoma. Era preferible fingir. El dolor por la muerte de Ivo era más fuerte que mi mejor intento de simulacro.

Cuando abrí los ojos, observé a un médico. Mi cuerpo era otro, uno más pesado. A mi lado, varios chatarreros sentados en el suelo permanecían con la cabeza gacha o con los ojos cerrados. Entró el conector Leroy.

—Vamos a levantar la clausura. Iré a dar la noticia a la señora Chapman.

—Iré yo. Yo le daré la noticia a Shiri. Es lo que me solicitó Ivo. Yo me haré cargo —le dije y me levanté.

—¿Está seguro? No se ve bien.

—Mi mejor amigo acaba de morir.

—Lo siento, de verdad —dijo Leroy terminando la frase casi en un susurro.

—¿A veces lo siente de mentira?

—¿Cómo?

—Sí, dijo que lo siente y de verdad.

—Es solo una expresión. De los nervios —dijo girando la cabeza para un costado hacia donde estaban aún algunos chatarreros.

—Entonces, no lo siente si tiene que decir expresiones.

—Está bien. Me duele que un hombre joven con un futuro por delante muera. Soy humano. ¿Qué piensa que los conectores no sentimos?

—¿Un futuro? Sí, ahora será una mano menos para la chatarrera y sus encargos de trabajo continuo. Ese futuro es el que le duele.

—Mire, no vine a discutir.

—¿El Loco le dijo que viniera? —dije y Leroy me apretó el brazo y me guió a un pasillo interno de la Zona Médica.

—De eso no voy a hablar. Por favor, no mencione eso aquí. Nunca lo mencione.

—Lléveme al módulo de Ivo. Dejémonos de protocolos. Sabe que Ivo murió

por el cansancio. Ustedes lo mataron. Créame, los chatarreros no vamos a olvidar jamás este día. Le contaremos a nuestros hijos, y éstos a sus hijos sobre cómo nos encerraron hasta matarnos.

—Yo tampoco estoy de acuerdo, pero son órdenes. Obedece aquello que no acuerda, yo también sufro lo mismo.

—Me importa un carajo su sufrimiento. No tiene ni idea lo que padecemos ni el cansancio que arrastramos.

—Lo entiendo, no crea que no. En breve levantaremos la clausura. Veré qué puedo hacer, pero no es fácil con Wallace y los ojos de Bórax. Volvamos a la sala general.

—Ya no puede hacer nada. Es tarde.

La sirena anunció el fin de la clausura y luego percibí, a pesar de la lejanía, la vibración de las compuertas levantándose. Imaginé la escena de la gente en los pasillos preguntándose qué había sucedido, caminar hacia el pasillo general. De inmediato, la voz del conector Wallace informó, por el altoparlante, que no había peligro y que la Zona 1 y la Zona 2 debían permanecer dentro del módulo, que era la hora de salida de la Zona 4. Quienes habían permanecido en el módulo no sabrían de la muerte de Ivo hasta la jornada siguiente, hasta la llegada al comedor. La Zona 4, quizás, se enteraría en unos instantes y lo comentarían como un aditamento a las tortitas de catán.

El conector Leroy me llamó y lo seguí hasta el módulo de Ivo. En los pasillos, al salir, los de ingeniería se congregaban en pequeños grupos para enterarse del motivo de la sirena. Ya se había corrido la noticia que había sido un accidente en la chatarrera.

El conector Leroy se alejó unos pasos mientras permanecí en la puerta del módulo de Ivo. De nuevo, la garganta me apretaba por el llanto. Debía ser fuerte, no afectarme por la familia de Ivo y por la mía. Cuando golpeé, Shiri abrió la puerta y me observó. “¿Qué paso?”, y adivinó que no traía buenas noticias. Entré y Leroy me hizo una seña dándome a entender que él permanecería afuera.

El padre de Ivo, de pie junto a la mesa con los platos a medio comer. A un costado, Sandor se aferraba a la mano de su abuela. Le dije a Shiri que mejor hablábamos afuera. Me siguió ella y el padre de Ivo; la último que observé de la madre de Ivo fue cómo ella se tapaba la boca y se agachaba para abrazar a Sandor.

—Lo siento, no tengo palabras para lo que tengo que decir.

—¿Qué pasó? —preguntó el padre de Ivo.

—Ivo se cortó una arteria. Perdió mucha sangre, pero no pudo. Lo siento, no pudo. Yo lo intenté, pero no supe —dije y yo tampoco pude evitar llorar a pesar de mis esfuerzos. Shiri se tapó la cara para ahogar el grito, el padre de Ivo dio un puñetazo contra la pared del módulo y permaneció con la cabeza apoyada en el metal.

—¿Se murió? ¿Se murió? —repetía Shiri, mirándome. No podía responderle hasta que le dije que sí y la abracé.

—Ivo me pidió que cuide de su familia. Shiri, no te faltará nada. Voy a cumplir la promesa. —Ella se separó de mí y se abrazó al padre de Ivo. Permanecieron un rato consolándose en tanto no sabía cómo proceder. Leroy se había alejado un poco más. Al fin, el padre de Ivo se giró, aún abrazando a Shiri, me dijo:

—Te agradezco que nos hayas dado tú la noticia. Nunca pensé que algo así podría haber pasado. Si no me hubiese retirado, quizás...

—No podríamos saberlo. Entremos —dijo Shiri y se metieron en el módulo.

El conector Leroy se acercó y me dijo que me acompañaría a mi módulo. Le pedí de detenernos en el módulo de Arden para darle la noticia, era el módulo contiguo, pero él se negó, dijo que hablaría el conector Wallace dando la noticia por el altoparlante, tal vez, ya que como Ivo era el representante evaluaban aún qué hacer.

Me detuve antes de doblar por el pasillo. No puedo, le dije a Leroy. No puedo, una y otra vez. Me apoyé contra el frío de la pared.

—Sea hombre. No puede doblarse así, como una niña; es la cabeza de generación, debe ser fuerte.

—Necesito un tiempo a solas. No puedo volver a dar la misma noticia. Ya no puedo. Quiero estar solo. —Me doblé apretándome el estómago. No me dolía, era el aire que me faltaba.

—Se la daré yo a su familia.

—No. Necesito pensar. Por favor, déjeme un rato.

—Acá no se puede. Nos ven los de ingeniería. Venga —me dijo y lo seguí. Abrió la puerta de la Zona de Información y me dijo que me sentase que ya volvía, pero que no me matase ni nada.

Enseguida, Leroy retornó con una lámpara, una botella de fermento.

—No tengo sed. No siento ni el cuerpo.

—Lo dejaré un rato solo. No se afecte. Me juego mi vida rompiendo las

reglas. Si me ve el Wallace, se imagina.

—Me quedaré un rato sentado. No quiero beber. Prometí no hacerlo.

—Vendré en un rato. Luego, derecho a su módulo.

Acerqué la lámpara a mi rostro. La luz se transformaba en calor sobre mi piel, pero no barría el cansancio ni llenaba la oquedad de mi cuerpo también vacío. Sin que nadie me viera, pude llorar sin culpa. Me juré que eran las últimas, que no volvería a ser tan de espuma.

El rostro de Ivo retornaba sin cesar, sus últimas palabras, su gesto final, los juegos que compartíamos de niños, la vez que no lo defendí ante Marshall y Horace, la discusión que tuvimos por la esfera. Debí haberlo frenado, haber ideado otra “jornada del tarro” antes que haber aceptado con tanta docilidad el trabajo extra, la eterna jornada en que se habían transformado las jornadas laborales, ahora sin día de trueque, sin cenar con mi familia. Debí haber previsto que algo sucedería. Si el abuelo viviera, pensé. La muerte de Ivo se anudó a la muerte del abuelo. Luego, fue la muerte de mi padre.

La luz de la lámpara, por fin, entró en mi mente, y fue la calma. Supe que los días siguientes frenaría el trabajo extra de la chatarrera como fuera posible. Lo lograría, me consolaba con esa certeza. Acompañaría al dolor de los Chapman, ahora era también su cabeza de familia en tanto se decidiera quién continuará con la labor de Ivo. Sandor era pequeño, el padre de Ivo ya estaba retirado, solo restaba Shiri y ella era la única que aportaba en la familia con su trabajo. Ivo, en su labor de representante, recibía moléculas de más. Ahora la mitad de mis moléculas serían para los Chapman.

Leroy abrió la puerta despacio. Asomó primero la cabeza.

—Estoy vivo —dije.

—Menos mal. Temí que hiciera una locura por la afectación —dijo ya adentro.

—Gracias por la lámpara y por esto —dije en tanto me levantaba y le alcanzaba la lámpara.

—Nos tenemos que ir ahora. Wallace se ha retirado con Tylor. Si me buscan no debería estar aún transportándolo.

Cuando entré al módulo, Frances y mi madre estaban con mis hijos en sus brazos. Leroy se despidió y me senté para darles la noticia, pero se adelantó el conector Wallace desde el altoparlante: “Lamento tener que comunicar una noticia triste. En esta jornada, se prepara para ascender nuestro representante,

Ivo Chapman. Ha sido un ejemplo para todos con su labor y con su energía y lo recordaremos de esa manera. Ha sufrido un accidente como parte de su labor para ofrecer a nuestra colonia un mejor futuro. Ivo, chatarrero como su padre y como la generación de los Chapman, siempre ha estado dispuesto a negociar y a dialogar. Ofrezcamos nuestra memoria, honrémosle con nuestra labor cotidiana y con nuestro esfuerzo para que la humanidad pueda volver a brillar algún día. Acompañaremos a la familia y a sus hijos. Mañana se celebrará la despedida junto a la familia Green, en el horario de la comida, por lo tanto solicitamos no usar el pasillo principal para reunirse ni pasear. Que nuestro pensamiento y nuestra luz sea hoy para los Chapman, para acompañarlos en su dolor. Les habló el conector Wallace”.

Frances lloraba y mi madre repetía que no podía creerlo. Acosté a Hana. Luego, abracé a Frances hasta que se tranquilizó.

Me encerré en el aseo y me quité la ropa que me habían ofrecido en la Zona Médica a cambio de la mía que estaba ensangrentada. Me lavé el rostro varias veces a pesar que ya no tenía la sangre de Ivo pegada a mi cuerpo. Me dejé caer sobre la cama. Frances se acercó y se sentó a mi lado mientras me acariciaba el cabello.

—¿Qué sucedió, Devin?

—Se cortó una arteria.

—Si él era tan experimentado y cuidadoso.

—Fue el cansancio. Mañana voy a proponer, luego de la despedida del cuerpo de Ivo, la vuelta a nuestro horario habitual.

—¿Es lo que querría Ivo?

—Es lo que le costó la vida a Ivo. Además, escribiré una nota para Colonia Bórax, para que no vuelvan a cerrar la puerta.

—Por la culpa de la esposa de Marshall armando jaleo. Esa gente siempre es igual —dijo Sasa desde la mesa.

—No tenemos representante para hacerle llegar la nota a los conectores —dijo Frances.

—Ya veré la forma. Debo escribir la nota.

—Déjalo para mañana, Devin. ¿Y si nos tomamos un café con jarabe y nos acostamos?

—Tienes razón.

—¿Y ahora qué pasará? —me preguntó Frances.

—¿Sobre qué?

—Sobre los Chapman.

—Le prometí a Ivo que los cuidaría.  
—Shiri debe casarse.  
—No puedo creer que digas eso, mamá, cuando Ivo ni aún ha ascendido.  
—Sasa, mejor de eso no hablamos —dijo Frances y fue una de las pocas veces que se opuso a mamá y que mamá lo aceptó.

### III

Al día siguiente, nos liberaron de nuestros trabajos para cumplir con la despedida del cuerpo. Mi madre permanecería en el módulo para cuidar a los mellizos. Sin apetito, decidí no asistir al comedor. Pensé en una nota con mis peticiones como me había propuesto la jornada anterior. Desconocía la manera de hacerla llegar a los conectores de Colonia Bórax, pero confiaba en que, una vez que tuviera la nota, surgiría alguna idea.

Frances retornó con rapidez. En el comedor solo se hablaba de la desgracia de los Chapman. Algunos decían que no era un accidente, sino una posible epidemia: miedos de siempre.

Me sobresalté al escuchar golpes en la puerta: el conector Leroy nos dijo que era la hora. Él nos guió hasta el módulo de Ivo. Allí, el padre de Ivo recibió del conector un punzón para tallar el nombre de su hijo al costado de la puerta, debajo de los anteriores habitantes del módulo. Sandor se cobijaba en los brazos de Shiri. Solo escuchábamos sonidos lejanos tapados por el raspado con ahínco del metal contra el metal.

Arden se acercó, pero el conector Leroy le dijo que espere en el comedor el paso del cortejo. Arden lo ignoró y abrazó a Shiri. Luego, me abrazó y me dijo que no podía aún creerlo. Dejamos pasar a Olson Lowe que traía una ración para los Chapman mientras ofrecía sus condolencias.

Luego, caminamos por el pasillo principal hacia la Zona Médica. A la cabeza del cortejo, el padre de Ivo portaba una lámpara encendida. Atrás, Shiri, la madre de Ivo y Sandor caminaban casi pegados al padre de Ivo. Atrás, caminábamos Frances y yo; al final, el conector Leroy, por ser el conector de la zona. Si hubiera representante, caminaría junto al conector.

Al cruzar por el pasillo del comedor, observamos que nos aguardaban para brindarnos las palabras de apoyo: “Ánimo”, “Ivo está en nuestros corazones”, “Adiós, representante”, “Que seas una luz que nos ilumines el ascenso”. Frances me tomaba de la mano. Shiri se apoyaba en el padre de Ivo, o era al

revés.

En la Zona Médica nos condujeron a la sala de despedida de los cuerpos. Ahí estaba Ivo, tapado con una manta blanca y suave. El padre de Ivo apoyó la lámpara al costado de la cabeza de su hijo. Nos sentamos mientras un médico nos entregaba una bebida. La pared metálica y pintada de blanca, el techo y el piso también pintados de blanco, nos hundían en la crema de un cono. Ya no deseaba llorar sino permanecer flotando en el color blanco luminoso, con un pensamiento tan blanco hasta fundirme y desaparecer.

Los conectores Wallace y Leroy entraron para que firmemos las planillas. Me acerqué a Shiri para preguntarle si estaba de acuerdo con el pedido de Ivo. Me dijo que sí y apretó mi mano. En el recuadro de familia a cargo, firmé con mi nombre, Shiri lo hizo en función de aceptación. Oficialmente, ya era el sostén de esa familia.

Estaríamos con Ivo durante un rato largo, sentados a su alrededor. Shiri quiso saber cuáles fueron las últimas palabras de Ivo y si había sufrido. Le dije que no, que no había sufrido y que me hizo prometerle que a su familia no le faltaría nada y que yo los cuidaría. El padre de Ivo tenía la cabeza baja, con la pera pegando contra el pecho. Me recordó al abuelo. Pensé en el día que Ivo estaría sentado en mi lugar, solo que en la cama fúnebre se recostaría el abuelo en tanto yo lo hacía en el suelo del C2. Ahora era mi turno de hacer por Ivo lo que él había ofrecido a mi familia.

Silencio sobre el fondo blanco, sobre la manta blanca que cubría el cuerpo de Ivo. Silencio sobre una mente jamás blanca. Era la primera vez que acompañaba en un rito funerario, pero lo conocía por lo que el abuelo contaba y lo aprendido en aprendizaje. El muerto no ascendía si demostrábamos mucha pena, lo aferrábamos al abajo y, el muerto debía ascender para ser feliz. Los muertos eran del arriba, se convertían en luces; retornaban, por fin, al origen, a nuestro hogar. El cuerpo recorría el mismo camino que el primer ser humano en su colonia primera: de pasillo en pasillo, de pasillo intercolonial a intercolonial, hasta Bórax, para que lo dejen afuera, arriba; los muertos eran los primeros en ascender. Cuando saliéramos, estarían esperándonos. De niño, temía hallarme pilas de muertos, ropas depositadas para el lavado, uno sobre otro, con los muertos convertidos en aceite, negros o blancos, hinchados o secos. Desconocía el proceso de transformación. Arden había sospechado que le sucedía lo que a la tortilla de catán abandonada por días en un estante. Luego, creí que los muertos se transparentaban en un rayo de luz que laceraba la oscuridad. El arriba era el combate de millares de rayos perforando una



cortina negra.

Nos anunciaron que era el momento de la despedida. Nos levantamos y rodeamos a Ivo. El padre sostuvo de nuevo la lámpara y se paró frente a la cabeza. El resto nos acomodamos a los pies. Más allá, el conector Leroy y alguien de la Zona Médica nos observaban. “Ivo Chapman, hijo de Saturno y Amelia Chapman, hijo de Horacio y Esther, de Robert e Hilda, de Tristán y Ofelia, de Iván y Carlota, los primeros Chapman, que te guíen, hijo, y espéranos en el día de nuestra ascensión. Viviremos por ti. Te ofreceremos nuestro trabajo y nuestra supervivencia”.

El padre de Ivo se agachó y besó la frente. Su madre hizo lo mismo, luego Shiri. Al finalizar, el médico destrabó las ruedas de la cama y se llevó a Ivo. Permanecimos en silencio hasta que el conector Leroy nos dijo que nos acompañaría a nuestro módulo.

Al salir, el comedor ya estaba vacío. Los sonidos llegaban de las zonas de trabajo. Quizás esa misma noche oscura Ivo llegase a Bórax y durmiera de cara al cielo. Al fin, el conocería el afuera. En unos años, Shiri, Sandor, mis hijos, todos estaríamos junto a él. Solo es cuestión de esperar, me dije en el momento de entrar a mi módulo.

## AÑO 185 DD / JORNADA 136

### I

La chatarrera permaneció cerrada durante una jornada para su limpieza. Shiri fue excluida de su tarea de lavar la sangre de Ivo y estuvo en su módulo durante el duelo.

A la jornada siguiente, no deseaba entrar en la chatarrera, ni siquiera salir de mi cama, pero debía trabajar para dos familias. No asistí al comedor porque continuaba sin apetito. Aproveché ese tiempo libre para asearme con lentitud y sentarme en soledad. Mamá y Frances salieron al comedor con los mellizos que luego llevarían a la sala maternal, en aprendizaje. Me preparé un café con unos tubitos de narí tan solo para conseguir fuerzas para soportar la jornada.

Al entrar en la chatarrera, saludé a mis compañeros y observé la plancha metálica donde Ivo había muerto, ya sin un vestigio del accidente. A medida que entraban, nos saludábamos en silencio, con la mirada, con un movimiento de cabeza. El padre de Ivo entró acompañado de Wallace que anunció que Saturno Chapman había sido readmitido como era su deseo, pero lo recibimos sin golpes contra la chatarra ni aplausos. Le pedí al padre de Ivo que se sume a mi mesa. Él accedió. Ni bien el conector se retiró, el padre de Ivo dijo que trabajaríamos sin esfuerzo y descansaríamos cuando quisiéramos, si la chatarra nos tapaba, que la pusieran en el pasillo.

No hablamos durante toda la jornada laboral todavía extendida por sus horas extras, con más y más chatarra para desarmar. El silencio solo era interrumpido por golpes metálicos, la caída de una maza, el rallado sobre la mesa. Trabajábamos con una lentitud contagiosa. Frenamos para comer algo que los de cocina nos enviaron y continuamos hasta la hora de salida.

Al final, la nota que había escrito para solicitar la disminución del horario reposaba sobre mi mesa; la había terminado y las ideas de cómo hacerla llegar a Bórax eran nulas. Lo que en un comienzo me resultó posible, luego me pareció una estupidez.

Pensé en lo fácil que era morir. En lo ridículo de vivir tan solo para dejar hijos para el mañana. Ivo había cumplido su labor, había engendrado hijos y ahora solo era un nombre tallado en una placa de metal. Todos esos nombres brillando a la luz de las lámparas eran nuestro único cielo.

Al terminar la jornada laboral, firmé mis horas en la planilla del conector

Leroy para recibir las moléculas extra que me correspondían y me dirigí directamente al módulo. Evité a Frances con sus preguntas y me acosté. Hana jugaba con mi mano, en mi cama, sobre mi pecho. Solo me levanté a beber un café con jarabe D y volví a la cama para dormir.

Fue un susurro durante un sueño, quizás, mi mente que fermentó una idea, cuando supe que la nota fue un acto desesperado y que debía arrojarla al tarro del reciclaje. Si la dejaba sobre la mesa, me recordaría la muerte de Ivo.

## II

Al entrar de nuevo en la chatarrera, solicité hablar y dije que llamaría a los conectores para exponer nuestro cansancio, que no podíamos sostener el ritmo durante mucho tiempo, incluso, pediría la presencia de alguien de la Zona Médica. Algunos dijeron que mejor seguíamos, que sucedería otro incidente y que Horace, Marshall y tres chatarreros más seguían en el C2 por los desmanes. Les pedí que confiaran en mí. No teníamos representante, le respondí a una chatarrera. El padre de Ivo dijo que el representante de la Zona 2 era nuestro representante.

Busqué a Leroy en su módulo. Cuando me observó en la puerta, gritó:

—Ya basta del jaleo, ¿y ahora qué pasó?

—Los chatarreros solicitamos una reunión urgente con los conectores y un médico.

—Devin, las cosas están jodidas.

—Por eso, estoy evitando una desgracia como lo que sucedió con Ivo. Nos merecemos, al menos, que los conectores den la cara y no que nos hablen por el altoparlante.

—Ya tenemos mucho con el desparramo que Horace está haciendo en el C2. Me culpan porque la chatarrera está en mi zona. Yo no puedo controlar lo que hacen las personas. Solo superviso.

—La chatarrera está del otro lado del pasillo principal, eso ya sería la Zona 3 —dije y Leroy permaneció serio.

—¡Me han jodido bien jodido! Esa mierda de Blech. Espere, no es así, porque fue estipulado por Bórax.

—Como fuere. Le prometo que solo será hablar.

—¿Qué sucede si los conectores no acordamos?

—Tengo una nota. La haré llegar a Bórax, está dirigida a un conector

conocido de allí.

—¿Quién?

—Es confidencial.

—Me está tomando el pelo. Voy a hablar con Wallace, pero si hay jaleo de nuevo, usted irá al C2 y nadie lo va a salvar esta vez, “nadie”, ¿entiende a lo que me refiero?

—Entiendo —dije y volví a la chatarrera.

Trabajamos media jornada hasta que observamos la entrada de Wallace, Tylor, Leroy, dos vigías y un médico.

—Aquí estamos. Será un diálogo en paz. Ante el menor conflicto, procederemos como creamos oportuno. Hemos accedido porque aún no hay representante —dijo Wallace.

—Le agradecemos que accedieran. Hablaré de parte de los chatarreros —dije adelantándome—. Hemos trabajado más de lo que nuestro cuerpo puede aguantar. Todos sufrimos algún accidente, nos cortamos en cada jornada y nos exponemos a infecciones. Llegamos al límite. Accedimos por el bien de la colonia y por las moléculas, no vamos a mentirles. Nos ha costado la vida de un compañero y un amigo. Estamos tan agotados que comenzamos a cometer errores. En un tiempo, se quedarán sin chatarreros. Dos de nosotros están en la Zona Médica. No es una queja, tenemos una organización alternativa —dije y alcancé un papel a Wallace.

—¿Una rotación? —dijo y pasó el papel a Tylor.

—Sí, con el padre de Ivo y con el resto de los chatarreros evaluamos la situación. Si pudiéramos rotar entre nosotros, descansaríamos y no cometeríamos tantos errores.

—No recibirían tantas moléculas —dijo Tylor.

—Mantendríamos las mismas moléculas y...

—¡Por no trabajar! Qué vivos —dijo Tylor.

—Que la aptitud de diálogo sea una virtud también de parte de los conectores —dijo el padre de Ivo al conector Tylor.

—Mantengamos el tono —ordenó Wallace y Tylor apretó los labios.

—El trabajo se haría de la misma manera. No vemos la necesidad de que nos rebajen las moléculas.

—No entiendo, señor Green, si apenas llegan con los plazos, cómo lo harán con la mitad de los chatarreros algunas jornadas.

—Es eso o un día más de trueque —dijo una chatarrera.

—No es lo que se dice en esta nota —dijo Wallace sacudiendo el papel.

—Eso es la alternativa, pero preferimos rotarnos —aclaré.

—Sigo sin entender —dijo Wallace.

—Los plazos son imposibles de ser cumplidos aún con el trabajo extra. Observe la cantidad de maquinaria a evaluar. Hemos trabajado de jornada a jornada, dormido en la chatarrera, sin frenar nuestra labor, hasta el agotamiento y aun así, no terminamos. Nosotros tampoco entendemos la organización de los conectores que derivan más maquinaria de lo que somos capaces de procesar. Al fin hablamos de un mal manejo de la capacidad de los trabajadores. Y esa no es nuestra responsabilidad. Solo pedimos rotarnos y que no nos aplasten con todo esto —dije y señalé el caos en que se había transformado la chatarrera. Wallace miró al médico y luego a Leroy.

—Revisaremos el pedido. Necesitamos con urgencia los materiales para asegurar que no se nos desarme la colonia. Tendremos en cuenta todo lo que nos han dicho y esta propuesta de rotación. En breve nos acercaremos a charlar. Aprovechamos para informarles que en tanto no dispongan de representante, lo será el de la Zona 2. Cualquier otro pedido, hacerlo llegar por los vías estipuladas. Buena jornada —dijo Wallace y se retiraron. Permanecimos debatiendo en tanto trabajábamos sobre el futuro de la chatarrera, sobre la cara de Tylor, sobre Wallace y su relación posible con Bórax.

Recién a la jornada siguiente, Leroy y Wallace nos informaron, en persona, que se sumarían nuevos chatarreros, algunos liberados de otros puestos y reubicados donde más se los necesitaba. Se había evaluado como positiva a la rotación. Leroy registraría la cantidad de maquinaria procesada por jornada y la cantidad de chatarreros que demandaba, de esa manera podrían reorganizar la distribución de trabajo.

No obstante la alegría por haber conseguido nuestro acuerdo, las siguientes jornadas fueron idénticas en el mismo silencio y el arrastre de todas las cosas que discurrían junto a mis pies, hasta donde yo estaba, hasta la zona oscura de los zócalos, entre las juntas de las placas metálicas. Todo se había vuelto oscuro y denso; me aplastaba el peso de mi propio cráneo.



## AÑO 185 DD / JORNADA 150

### I

Se sucedieron una serie de discusiones con los conectores. El representante de la Zona 2 había cedido el puesto a su reemplazante por motivo de una enfermedad que leíamos como su renuncia por el hartazgo de mediar en los conflictos de la chatarrera que se sumaba a las tareas habituales de su cargo.

La propuesta final de los conectores había sido incorporar a hijos de chatarreros y a aquellos que desearan el oficio y tuvieran entre trece y diez años. Total, como nos dijera Tylor, serán chatarreros en pocos años. Nos negamos a sumar a los niños a nuestra tarea agotadora. Debió de intervenir un enviado de Bórax, especialista en “reorganización de planta laboral”, como se presentara en la chatarrera, para arribar a un acuerdo.

Al final, aceptaron el sistema de rotación a tres jornadas de trabajo intenso para cada chatarrero. Reorganizaron la labor de los ancianos para que pudieran colaborar en tareas pequeñas, sin resultar una carga para los más jóvenes, formaron a tres chatarreros en organización para que se resolvieran los conflictos futuros. Entre ellos, fui elegido por mis compañeros. Se rechazó cortar el aprendizaje de los niños y la chatarrera funcionaría a modo de prueba por dos meses.

Cuando salí de la chatarrera, me acerqué al conector Leroy que doblaba la nueva planilla de registro laboral para llevársela.

—Conector Leroy, ¿podría llevar un mensaje al Loco?

—¿Qué? ¿De qué habla?

—Necesito verlo.

—No sé de qué habla. Siga camino que no es hora de estar en los pasillos —me respondió en tanto me hacía un gesto para que siguiera caminando, y se fue.

Creí que me llevaría inmediatamente, pero su actitud me desconcertó como si todo hubiera sido un sueño o si alguien hubiera cambiado las reglas de juego y yo me guiaba por reglas caducas. Un conector no responde a un chatarrero, eso lo sabía de sobra. Quizás me precipité por no disponer de otra manera de llegar hasta el Loco, salvo esperar al trueque. Temí haber perdido la oferta que el Loco me hiciera a cambio de moléculas y hasta de

información.

## II

A la jornada siguiente, mientras acomodaba mi mesa de trabajo, el conector Leroy me llamó desde la puerta de la chatarrera. Cuando me acerqué, me dijo que lo siguiera. Esa vez supe que no me llevaba al C2, así que lo seguí de cerca, caminando rápido.

Como esperaba, el mercado estaba a oscuras y vacío. En la puerta del módulo del Loco, Leroy me dijo que volvería en un rato. Al entrar, observé al Loco de pie y de espalda a la puerta. Se giró al verme, pero sin sonreír como siempre lo hacía.

—Adelante, señor Green. ¿Desea sentarse?

—Sí, pero si usted se sienta.

—Sentémonos —dijo y luego se acomodó en un sillón cuya tela estaba rota y sucia en tanto yo me sentaba en el otro sillón. Durante un tiempo, él permaneció observándome mientras yo volví a mirar los objetos y muebles de su módulo, la cama grande que parecía cómoda, los baúles de hierro, repisas con lámparas y objetos varios.

—Me alegra que haya venido y lamento lo de su amigo.

—Fue un accidente. Todos estamos demasiado cansados.

—Pronto cesará el trabajo extra cuando terminen con la remodelación. Volverán a su horario habitual.

—¿Cómo lo sabe? ¿Está seguro?

—Siempre digo lo que sé con seguridad. Lo demás, lo averiguo o me callo. Llegarán cinco lotes más de Colonia Geo. Los están transportando por las intercoloniales. Luego, se retomará al horario habitual.

—No sé si alegrarme o no. Sin el trabajo extra me será difícil hacerme cargo de la familia de Ivo.

—¿Por eso vino?

—Sí, quiero aceptar la oferta si usted me provee de moléculas así como de otras cosas para mi familia y la de Ivo. No quiero que les falte nada.

—El trabajo es urgente. No hay demasiado tiempo. Mañana llega el médico de reemplazo de la Zona Médica, según mi fuente, así que lo que quiero es que observe algo.

—¿Observar? ¿Eso es el trabajo?



—Es algo más delicado. ¿Un vaso de fermento?

—No. Estoy en horario laboral y tengo que volver pronto.

—Bien. No puedo decirle nada sin su palabra de que acepta seguir mis órdenes paso a paso. Tiene que estar seguro.

—Lo estoy. ¿Usted podrá cumplir con su parte?

—Lo haré. Serán unas moléculas de agua y de luz extra por semana.

—¿Cuántas?

—¿Quince?

—¿De cada una?

—Así es. ¿Qué objetos necesita?

—No lo sé. Será algo que necesite de improviso. No puedo saberlo ahora.

—Está bien. Confío en que no me pedirá algo imposible y que será justo.

—¿Hay trato?

—Hay trato. Bien, comencemos. Tengo una información que necesito confirmar. Para ello tiene que entrar en la Zona Médica.

—¿Entrar? ¿Cómo?

—Una mujer de allí lo dejará entrar y le dirá dónde deberá quedarse. Tiene que ser justo antes de que el médico comience la labor para preparar a los cuerpos.

—¿Qué cuerpos?

—Los que han muerto.

—¿Quién ha muerto?

—Un anciano. El médico ha pedido licencia para ausentarse y el nuevo no ha llegado. Luego de la muerte, se suele proceder rápido. Hubo una discusión en la Zona Médica sobre los cuerpos. Murió el anciano Shaun, ayer, es de la Zona de Ingeniería. Quizás sea él. Necesito saber qué sucede en esa sala. Según mi informante me ha dicho, solo entra el personal médico.

—¿Enfermeros?

—No. Solo los médicos.

—¿Qué sala es?

—No tiene designación. La informante me dijo que le dicen solo “la sala” como “prepare la sala”. Ella cree que allí preparan los cuerpos para trasladarlos afuera. Yo recibí otra información que es la que quiero corroborar.

—¿Qué información?

—Ya le dije que no digo aquello que no sé, que no estoy seguro. Usted entra, mira y sale.

—Está bien. Entonces, entro allí, me quedo allí, observo y luego vengo y le digo.

—Sí. Estará escondido. Mi informante dijo que ella encontró la manera de esconderse sin ser visto. Se quedará allí.

—¿Cuánto tiempo?

—Lo hacen en la hora oscura. Tendrá que estar ese tiempo. Luego, ella lo escoltará hasta afuera y allí el conector Leroy lo llevará a su módulo.

—¿Qué diré a mi familia y a los chatarreros?

—Que ha sido requerido en la Zona Médica por un tratamiento.

—No puedo mentirle a mi esposa.

—Ese es otro tema. Su esposa no puede saber nada de esto. Esto es entre usted y yo. Tiene que dejarla afuera.

—¿Me pide que mienta?

—Le pido que la deje afuera de nuestro acuerdo.

—No estoy seguro.

—Cuántas más personas sepan de esto, más difícil será trabajar. Habrá más riesgos. Usted aceptó, pero ella, no. No podemos arriesgarnos. Esto no es un juego de niños de aprendizaje. Nos metemos en una zona riesgosa —dijo y respiré hondo. A mis pies se abría un nuevo camino, lo veía dibujarse brillante y caótico, un enjambre de cables al rojo vivo.

—Está bien.

—Bien. Repasemos de nuevo paso a paso.

Al volver a mi trabajo, el padre de Ivo me miró y me dijo que me veía muy transpirado, me preguntó si no tenía fiebre. Le dije que no y seguimos trabajando. Horace, ya fuera del C2, se acercó para preguntarme si sabía del nuevo representante. El padre de Ivo arrojó la pinza al suelo y tuve que sostenerlo del brazo ya que parecía que iba a saltarle encima. Horace también leyó lo mismo y retrocedió unos pasos. Al fin, el padre de Ivo dijo en voz alta que el representante de la Zona 2 estará recibiendo los pedidos en tanto la Zona 1 elige un nuevo representante y que solo quienes son cabeza de generación son elegibles. Luego, recogió la llave y volvió a trabajar. Nadie preguntó ni cuándo sería eso ni si el conector Leroy ya estaba organizando el asunto.



## AÑO 185 DD / JORNADA 152

### I

En las dos jornadas siguientes apenas si pude dormir. ¿Qué deseaba que viera el Loco? ¿Por qué no terminaba de confiarme lo que él sabía? Frances descubrió mi nerviosismo, pero lo atribuyó a los cambios en la chatarrera, a la muerte de Ivo; su recuerdo me escarbaba hasta convertirme en una cápsula vacía.

Trabajar con el padre de Ivo era más doloroso aún. A veces le temblaban las manos y a mí, la voz. Entonces, él dejaba lo que estaba haciendo y se sentaba con la misma postura del abuelo. Yo continuaba con mi tarea tratando de no mirarlo.

Durante la hora en que ingeniería usaba el comedor y los pasillos, el conector Leroy apareció en la chatarrera. Al limpiarme las manos con un trapo, el padre de Ivo me preguntó por mis salidas y le respondí que me estaban tratando en la Zona Médica. Lo dije fuerte para que todos escuchasen en tanto me dirigía hacia la puerta.

Seguí al conector Leroy hasta la Zona Médica. En la puerta de la sala me aguardaba la enfermera. El conector Leroy se retiró sin hablar. Atravesamos una puerta lateral que abría a un pasillo. Temía que el sonido de mi corazón delatara nuestra presencia. Ese espacio parecía deshabitado. Luego, giramos hacia otro pasillo. En mi mente se ampliaba el plano que había dibujado con ayuda del abuelo. En mi dibujo, más allá de la puerta que dejamos atrás, no había más que un vacío blanco. A medida que recorríamos, agregaba nuevos espacios: un pasillo del largo de dos pasillos comunes que desemboca en un tramo que se abre en dos ramas, ambos con puertas en sus extremos.

Nos detuvimos frente a la puerta del pasillo derecho. La enfermera extrajo una llave de uno de sus bolsillos y la abrió. Atravesamos la oscuridad. Permanecí estático hasta que observé ciertas manchas más claras. Luego, ella prendió la lámpara pequeña de una de las mesas metálicas. Sobre las otros muebles acomodados junto a las paredes se mezclaban sierras y otros instrumentos como los de la chatarrera; en otro costado, observé un cubo metálico con el logo de la Zona de Tanques.

Por ahí, me dijo, y me señaló hacia arriba.

—¿El techo?

—Súbete a la mesa del centro. Espera —dijo y giró buscando algo hasta dar con un banco que acomodó sobre la mesa central.

—¿Me subo al banco?

—Eres alto, así que seguro llegas bien arriba. Las placas del techo se han caído varias veces. Verás que dan a una recámara de ventilación. Rápido. Sube y te quedas allí. Cuando los médicos dejen la sala, vengo a buscarte. No salgas para nada. Toma, aquí tienes agua y otras cosas.

—¿Qué hago con esto? —dije sacando el recipiente que estaba dentro de una bolsa.

—Para orinar. Ahí tienes también una ración de comida. A lo mucho, serán veinticuatro horas.

—¿Veinticuatro horas? Creí que como mucho serían dos horas.

—Tengo que estar segura de que los médicos se retiran a su zona y que solo quede el del turno, pero ese no es problema. Cuando hace guardia, toma demasiado y se duerme. Vamos, apúrate que pueden venir en cualquier momento.

Con la bolsa colgada del brazo, me paré sobre la mesa. Luego, con lentitud, me subí al banco. Mi cabeza casi tocaba el techo así que no fue difícil mover la rejilla que estaba en mal estado. Pensé en que quizás el techo no resistiría mi peso. Me colgué, pero no tenía fuerza para levantar todo el cuerpo hasta el agujero. Luego de varios intentos, le dije a la enfermera que no podía y que necesitaba usar una de las mesas más altas. Ella acomodó las herramientas en el suelo y movió con esfuerzo la mesa hasta alcanzármela. De esa manera, pude meterme en el agujero. No había calculado que debía acostarme de manera que mi rostro quedase sobre o cerca de la rejilla. En mi primer intento, las rodillas quedaron sobre el agujero. Me bajé y volví a meterme para acomodarme de otra manera. Necesité volver al procedimiento unas cinco veces, en tanto la enfermera repetía que me apurase. Al fin, cuando dejé justo la cabeza en la zona del agujero, la enfermera se subió a la mesa y me alcanzó la rejilla que trabé con un mecanismo a presión. Me giré de costado, tiré de la bolsa hasta que salió de abajo de mi cuerpo y apoyé, del otro lado del agujero de ventilación, a las moléculas de agua, la comida y el recipiente para orinar. ¿Cómo haría para orinar si apenas podía moverme? Decidí que no me adelantaría. Luego, acomodé los brazos sobre la rejilla y descansé la cabeza sobre ellos dejando la cara libre para observar. Enseguida me sumergí en la oscuridad.

Como mi respiración era demasiado ruidosa, me concentré en serenarme.

Aún me costaba creer que estaba metido dentro del techo. Si era como el Loco había dicho, en la sala se prepararían los cuerpos para la ascensión. Quizás, eran lavados, vestidos con otra ropa, con el símbolo de la colonia de pertenencia del muerto. Nuestro signo era un destello de neón blanco dentro de un círculo.

En la pared de mi izquierda, al entrar, había visto una puerta sin rótulo la cual, guiándome por mi dibujo de los módulos, abriría hacia la Zona de Tanques. Hacia la dirección donde apuntaban mis pies, comenzaba la zona de armado de moléculas en ingeniería. Luego, aún más allá, la zona que conocí gracias a Steve. A mi derecha, quizás, era la nada oscura, la pared del agujero donde vivíamos.

Al irse la enfermera, supe que no podía bajarme por más que quisiera, que ya era tarde para rechazar la oferta del Loco y creí que no aguantaría mucho en la postura, pero al final me tranquilicé. Me acordé como de niño me quedaba en la misma posición, debajo de la cama, cada vez que el abuelo y mamá discutían en tanto contemplaba sus zapatos. Desde lo bajo, observaba sus pies y me imaginaba cómo gesticularía el abuelo cuando le decía a mamá que lo asfixiaba, que Devin no sería ingeniero, a mamá gritarle que era un viejo egoísta. A veces, me imaginaba que los gritos provenían de otro módulo, que esos pies eran de otras personas, que conmigo vivía un hombre llamado Nate y una mujer llamada Morgan, que yo era su hijo. Nate, mi padre, era chatarrero como mi madre, el mismo oficio elegirían todos sus hijos. Había deseado un hermano y hasta hablé con mamá sobre el tema, pero ella me dijo que no se volvería a unir en matrimonio. Allí fue cuando el abuelo Ollie le dijo que la egoísta era ella por negarle una familia más grande a Devin y que yo me quedaría solo si algo llegaba a pasarles. Volvía el miedo de un accidente que podría matar al abuelo y a mamá. ¿Qué sucedería conmigo? Creía que si había una explosión, la cama obraría de barrera invencible porque las explosiones eran arriba, jamás arrasaban con el suelo. También lo había intuido al observar cómo nos tiramos al piso en dos ocasiones ante ruidos estridentes: durante aprendizaje escuchamos una explosión que resultó ser un error de ingeniería en la Zona de Tanques, amplificado por las paredes metálicas, y al desplomarse una estantería de nuestro módulo.

Ahora no me recostaba debajo de la cama, sino sobre el techo, en el arriba del techo, dentro del tubo de ventilación. ¿Y más arriba? Tras un esfuerzo para liberar un brazo, con los nudillos golpeé el techo y el suelo del tubo de ventilación: ambos sonaban iguales. El techo de la ventilación era el suelo de

un espacio hueco. ¿Estaría el afuera? ¿Estaría casi afuera? No podía ser. El abuelo me había contado que las colonias estaban muy hundidas.

Volví a mi posición inicial. No quería dormirme, pero comencé a cansarme. Me picaba el pie, me molestaba el pantalón, la pierna, la uña. Me decía que no te muevas y más me movía. Entonces, cerré los ojos y me volví tan inmóvil como esa oscuridad.

Escuché un ruido y abrí los ojos. Aún estaba oscuro. Comencé a respirar fuerte, pero enseguida me concentré en mi respiración temiendo que delatara mi presencia. La sala se iluminó.

—Vamos, es tarde —dijo un hombre e hizo seña hacia el pasillo y otro hombre entró junto a dos más.

—Un idiota este tipo, le dije que trajera el primer cuerpo. ¿Dónde está? —dijo y se giró para mirar a quien se había sentado en el banquito.

—¡Y yo qué sé! Como si fuera su madre.

—Anda y dile que traiga el primer cuerpo.

—¿Cuál de todos? ¿No hay cinco?

—Déjame ver —dijo y buscó en su bolsillo un papel—: “Malcom Shaun”, trae al viejo primero.

—Yo no lo voy a traer.

—Anda, dile al inútil. Esto nos va a llevar mucho tiempo. Ese hijo de puta, se rajó y nos dejó cinco muertitos. Siempre hace lo mismo. Los acumula y se raja —dijo al tercer hombre que comenzó a acomodar las herramientas, pero se detuvo y miró al primero que había entrado.

—Encima nos deja todo desordenado, tirado por el piso.

—Ya viste. Te dije que era un vivo. Con lo que me gusta lidiar con los muertos.

—Mi padre decía que los muertos son mejor que los vivos.

—Los muertos pesan más.

—¿Qué tiene que ver?

—Pesan más, pero no joden. Dejémosle de regalo uno para él. Pongámosle un moño rojo. Ya quisiera verle la jeta cuando lo vea.

—No digas idioteces. ¿No leíste la circular de Bórax?

—¿Cuál de todas? Estoy inflado de leer tantos papelititos. Creo que algunos lo hacen porque se aburren.

—La circular que dice que no se puede usar tanta electricidad en el

mantenimiento de los cuerpos.

—Sí, ni me acordaba. Yo las leo por arriba.

—Con razón se pidió unas jornadas de traslado. Ya te dije que era un vivo.

—Sabes que siempre hace lo mismo. Cada vez que tomo la suplencia, me encuentro con la cuarentena a explotar o con montañas de cuerpos. Yo voy a hacer igual.

—Nosotros estamos de relleno. Ese come con los altos de Bórax. Y no nos quejemos que son cinco. ¿Sabes que Flannery tuvo que ir al desastre de Colonia Axa?

—Menos mal que no me designaron allí.

—Le calculan que serán unos cien muertos.

—¿En total?

—Sí, con los que estiren la pata en cuarentena.

—¿Para qué los ponen en cuarentena?

—Ya les dije cuando estuve allí que mucho esfuerzo por los viejos es perder recursos, pero no entienden.

—El consejero David es un blando.

—Es un idiota como este que no viene.

—¿Qué hacemos?

—Ve a buscarlo.

—Yo tengo que ir a buscar al que se fue a buscar. Esto es un chiste.

—Esto es por trabajar con inútiles —dijo y, cuando el otro salió, acercó el cubo metálico con el logo de la Zona de Tanques hasta la mesa central y prendió dos lámparas más. La puerta se abrió de golpe.

—Cuidado, viene el muertito —dijo quien había salido primero e ingresaba de espaldas porque tiraba de una mesa con ruedas que, desde el otro extremo, empujaba otro de los hombres. Observé un bulto sobre la mesa y supuse sería el anciano muerto.

—¿El vejestorio? —dijo quien había permanecido en el módulo.

—No. Da lo mismo.

—Dije que trajeran al viejo Shaun.

—Dijiste que trajera al más viejo y creí que era quien había muerto antes.

—Bueno, los tenemos que procesar a los cinco. Vamos a comenzar. ¿Quién es?

—Déjame ver —dijo en tanto retiró un papel pegado sobre el bulto—: “Ivo Chapman. CN34 N1D L1”.

—¿“L1”?



—Chatarrera.

—¿Qué le pasó?

—“Accidente en su trabajo”, “Arteria”.

Tuve suerte de que se me cortara el aliento. Ivo no era luz junto a mi padre. Jamás había salido de la Zona Médica. ¿Esto era lo que intuía el Loco, que tardaban mucho en ascender a los cuerpos? ¿Irían a lavarlo? ¿Lo vestirían? ¿Para qué necesitaban tantos médicos para eso?

—Listo. Dejémosle sobre la mesa.

Quitaron la tela que cubría el cuerpo de Ivo. Él aún parecía dormido. Su color de piel era irreal, como una manta fina volcada sobre su cabeza. Su piel se veía tirante.

—Por suerte no pesa tanto. El viejo es gordo. Con ese estamos cagados. — Entre tres dejaron caer a Ivo sobre la mesa de metal.

—Comencemos a procesarlo.

Me mordí la manga para ahogar el grito y sofocar la respiración jadeante. Cerré los ojos al descubrir que el procesamiento era cortar a Ivo en pedazos. Traté de convencerme que quizás dejaban la cabeza en un lugar; la pierna, en otro. Tal vez, era necesario cortarlo para sacarlo a la superficie. Pero escuchaba el ruido del cuerpo desarmándose, perdiendo su contorno. ¿Qué parte de su cuerpo se llevaría el nombre de Ivo? Una pierna solo es una pierna. La cabeza será siempre de Ivo.

Poco a poco, los pedazos del cuerpo caían en el tarro enorme con el símbolo de la Zona de Tanques. ¿Por qué los tanques? ¿Por qué en pedazos?

—Listo, uno menos.

—¿Lo llevamos ahora?

—No, procesemos a los cinco y llevamos todo junto. Necesitamos dos de estos recipientes más.

—¿Alcanzarán para cinco? Te dije que uno era gordo.

—Sí, vamos bien. Anda y de paso, dile a ese nuevo que vaya donde los tanques y corrobore que todo está en orden para meterlos. Avisa que son cinco y que certifiquen que no quede nada afuera. No sea cosa que se olviden de algo y lo descubran por el olor a podrido. Este nuevo es medio tonto.

—Pero es amigo del Maxwell, por eso lo trajeron.

—Menos parloteo, así terminamos. Voy por el viejo.

—Yo limpio y seguimos.

Permanecí con los ojos cerrados en tanto ellos continuaban con los otros cuerpos, culpándome por ser tan cobarde. Debí haber bajado, caerles sobre

sus cabezas, golpeado, evitar que cortaran a Ivo. En cambio, cerré los ojos mientras me tragaba el llanto como un niño. No supe sostener la mirada para mi amigo, la giré de espanto, de horror. Me tranquilizaba con la idea de que mi parálisis se debió a la sorpresa. Pero luego volvía a ser el mismo cobarde.

La cabeza me pesaba, sentía dos manos invisibles apretujándome las sienes. Quería salir, irme. ¿Cómo continuaría sabiendo esto? ¿Cómo viviría con la imagen de Ivo cortado sobre la mesa desarmando todos los recuerdos felices de nuestro tiempo juntos?

Se llevaron los restos de los cuerpos en cuatro recipientes a través de la puerta de mi izquierda. No me había equivocado, esa puerta limitaba entre la Zona de Tanques y la Zona Médica. Luego, escuché que acomodaban el cuarto. Aún podía bajar y caerles encima, agarrar la sierra y cortarlos en pedazos; evaluaba qué hacer y lo desechaba por otra idea mejor hasta que se apagó la luz.

De repente, el aire era demasiado, como si me lo soplaran directo a mi boca; exhalaba fuerte, me dolía el pecho de tan inflado de aire. Quizás hasta reventaría mi piel para terminar en esa mesa.

Estiré el brazo y busqué el agua. Casi me tuve que poner de costado para llevarme el agua a la boca. Como un golpe que llega desde tu espalda y te sorprende fue saber que ahí mismo habían despedazado al abuelo y a mi padre, incluso, hasta con las mismas herramientas y echados en los mismos tanques.

Permanecí de costado. No podía escuchar más que algunos ruidos que llegaban desde los paneles de metal y que quizás fueran acciones lejanas que se repicaban a la distancia con sus pasos diminutos. Me obligué a dormir, pero no pude por la cantidad de imágenes que pasaban por mi mente, dibujo tras dibujo, escenas de dolor y sufrimiento, enfermedades, muertos, Dispositivo Inferno, caras derretidas, cuerpos cortados. Quería salir al pasillo, estar en mi módulo, ver a mis hijos. Quizás había sido un error confiar en el Loco. Quizás era mejor no saber. Traté de pensar, más allá de mi afecto, en el bienestar de la humanidad. Era ridículo desperdiciar la energía de un cuerpo, el agua retenida, los huesos. Al fin se trata de sobrevivir. Siempre sobrevivir. ¿Qué más seríamos capaces de soportar?

El sonido del timbre del inicio de la hora oscura me sobresaltó. Tal vez era la hora oscura de la jornada siguiente. ¿Qué diría el conector Leroy para

justificar mi ausencia? Agradecí a la enfermera el recipiente para orinar. Una vez casi lleno intenté acomodarlo y lo volqué. Sentí el líquido desparramarse bajo mi cuerpo y, por el sonido, calculé que caía por la rejilla. Inmóvil, solo me quedaba mi pensamiento. Por la oscuridad, el límite de mi cuerpo se tornó enorme, más grande que el tubo que me contenía, más allá de las paredes, corría por afuera, veía un espacio sin muertos, cúmulos de chatarra esperando ser enterrada en la colonia. Más allá, el mar, la planicie de agua: allí deseaba llegar. Hubiera dado casi toda mi vida por pisar unos minutos ese paisaje del ayer.

Si la enfermera no abría la puerta cerrada con llave, me moriría de sed y de hambre. Comencé a impacientarme. Decidí que esperaría hasta agotar la comida. Dejé apenas un mordisco para luego. Si nadie llegaba, aporrearía la puerta hasta que alguien me escuchase. Ya pensaría qué decir. Quizás el Loco pagase por sacarme del C2 o por salvarme de la intercolonial.

## II

Me despertó la luz y un chistido. Aún permanecía de costado. Si estaban por procesar otro cuerpo quería decir que ya era la hora de luz de la otra jornada, en tanto los demás trabajaban en sus zona. Otra vez escuché un chistido.

—Shhh, ¿está ahí? Soy yo. Ya puedes bajar. No pude venir antes. ¿Hola? ¿Estás ahí?

—Sí —dije y comencé a moverme hasta desatascar la rejilla y bajarla para que la enfermera la sostenga.

—¡Qué susto! Si te habías ido eso sí sería malo —dijo en tanto yo bajaba.

—¿Por dónde podría salir si está cerrado?

—No lo sé.

—Quiero irme. Cuidado, se me volcó el recipiente.

—Hay que limpiarlo todo. Quizás hoy usen la sala de nuevo. Mierda, tengo que prender la lámpara. No quería para que no vieran luz en caso de que pasen por el pasillo.

Ella buscó un trapo mientras yo me senté para refregarme las piernas.

—Párate de a poco, estira las piernas antes de andar.

—Dame el trapo, yo lo limpio.

—Yo lo hago. Estoy acostumbrada. He limpiado cosas peores —dijo mientras limpiaba el charco de orín sobre la mesa metálica y el suelo.

—¿Debo de ir a la chatarrera o a mi módulo?

—Pasó ya la comida en su módulo. Ya es la hora oscura. El conector Leroy vino unas cuatro veces.

—Mi esposa estará preocupada.

—¿Qué pasó aquí dentro? —me dijo cuando ya estábamos por salir junto a la puerta.

—¿Qué no lo sabes?

—No soy tonta. Me imagino por más que mantengan esto cerrado para los médicos. ¿Haz podido verlo?

—¿Qué cosa?

—Para qué usan estas cosas —dijo señalando las herramientas.

—Pregúntale al Loco.

—Deberías confiar en mí. No te preocupes, hablo con el Loco.

—¿De dónde sacaste la llave?

—Se la saqué al médico suplente. Él la guarda en el despacho cuando se marea con la bebida. El otro médico la lleva siempre encima. Y no soy tonta —dijo y apagó la lámpara luego de esconder el trapo sucio detrás de un mueble.

La seguí por el mismo pasillo desde donde había entrado. Atravesamos la oscuridad de la sala de espera en dirección a la salida, pero nos frenamos al escuchar la apertura de la puerta del consultorio.

—¿Qué sucede? —le preguntó uno de los vigías a la enfermera.

—Nada. Despido a este paciente.

—¿A oscuras?

—Hay que ahorrar, nueva circular de Bórax.

—Y por favor, no te olvides de cerrar la puerta. El medicucho este acaba de acostarse luego de empinarse unos vasos. Duerme como una plancha. No queremos que se despierte y nos joda la noche.

—No te preocupes. Yo me encargo de todo y anda a dormir. Hoy hay noche tranquila —dijo la enfermera, abrió la puerta y apoyó su mano en mi espalda para casi empujarme afuera.

Al salir, me choqué con el conector Leroy. Su rostro estaba tenebroso, surcado por arrugas en la frente.

—No voy a llevarlo del Loco —dijo en un susurro—. Esto se tardó demasiado. Veremos después cuándo podremos llevarlo. Ni una palabra. Su esposa cree que fue a un control por el tema del trabajo de más y el cansancio. Espere. Si se ve fatal —dijo y nos frenamos.

—Estoy asqueroso.

—No puede volver así. Parece salido del C2 y no de la Zona Médica.

—Mi esposa no me creerá.

—Hable más bajo. Apure, si me ve el Wallace o el Tylor, estoy sonado. Espere, espere —decía mientras caminaba rápido y miraba hacia atrás—. Vamos a la chatarrera. Allí no hay nadie.

Cuando llegamos, me dijo que él volvería. A los pocos minutos, me aseé con un trapo mojado y me cambié de ropa. Leroy me dijo que conservara la ropa y que la sucia la metiera en la bolsa donde él había traído la ropa limpia. El pantalón era muy holgado y me resultaba corto.

Cuando entré al módulo, mi madre jugaba con Hana. Le dije que los médicos se habían tardado en atenderme y que estaba todo bien. Frances salió del aseo y me miró, preguntándome si quería comer algo. Ellas ya lo habían hecho. Esperé sentado junto a la mesa mientras calentaba la comida. Temí que me pudieran leer el pensamiento, que vieran las imágenes que aún colgaban de mi cráneo sobre los cuerpos cortados en pedazos. Intenté cenar, contar un chiste, moverme con soltura, pero en cambio eran gestos fingidos. Por la forma en que mi madre me miró, supe que ella descubrió mi mentira.

## AÑO 185 DD / JORNADA 153

El Día del Trueque le dije a Frances y a mi madre que me quedaría en el módulo y cuidaría de los mellizos. Pero, aunque les sorprendió mi propuesta, dijeron que pasarían el trueque en el mercado.

Hana era la más despierta de los mellizos. Sus ojos no se despegaban de mis movimientos. ¿Me podría ver? ¿Se daría cuenta de lo sucedido? Ya permanecía sentada al igual que Tomé. Le armábamos un espacio en el suelo, los apretujábamos entre la ropa, por temor a que se cayeran de la cama. A Hana le gustaba ocultarse debajo de las mantas y salir de golpe. Caminé hacia un lado y se giró para mirarme. Me coloqué un tarro en la cabeza y comencé a girar. Su risa era contagiosa. Había entendido que estaba haciendo el tonto para ella.

Me senté a su lado. Tomé siempre fue el más tímido de los dos y el más dócil. Hana lo supo de alguna manera y le jalaba los cabellos, le chupaba el brazo, lo pateaba hasta sacarlo de la manta. Hana me recordaba al carácter de mi madre. Tomé se parecía demasiado a mí.

El conector Leroy no apareció en toda esa jornada. Confiaba en que me buscaría entre el caos del trueque para llevarme hasta el Loco. Quizás, en tanto cuidaba a los mellizos, él me esperaba en el mercado. No iría a su encuentro, me escondería, al igual que mi hija, debajo de las mantas porque me costaba retomar el trato con los demás por un sentimiento que interpretaba como traición. ¿Qué debía hacer? ¿Callarme? ¿Subirme sobre una de las mesas del comedor y contar lo que había visto? ¿Qué le diría al Loco? No estaba seguro de querer seguir. Antes de aceptar el encargo del Loco, me sentía hasta más brillante con la esperanza de descubrir algo diferente, de ser el elegido para que él depositara en mí todos sus secretos. Luego, lo sucedido en la Zona Médica me separaba del resto. No deseaba ser un relegado, no era el Loco. ¿Eso que había visto me pertenecía? ¿No era la verdad de los muertos, de todos los muertos que cada uno de nosotros había llorado y despedido? ¿Por qué ocultarlo?

Cambié de idea varias veces. Decía que ahora hablo con Arden y le cuento la verdad; luego, mejor callarse porque alguien de Colonia Bórax ordenó que era beneficioso informar que los muertos volvían a la superficie. Quizás ni siquiera fue Colonia Bórax. Quizás solo fue una mentira que contó uno de los primeros en descender, mentira que los demás quisieron creer como cierta y la llevaron a la práctica.

Recién varias noches después, antes de acostarme y en tanto mecía a mi hijo para que se durmiera, pude comprender. Frances había encendido una lámpara sobre la mesa, cerca de Tomé, porque creíamos que el calor de la luz lo fortalecería. Cuando moví la lámpara lo más cerca de mi hijo y la luz me golpeó en la cara, pensé: “Esta luz es Ivo, es el abuelo que brilla, es mi padre encendido y juntos evaporan la oscuridad. Yo seré la luz con la que Tomé espantará el mal sueño. No lo sabrá. Nunca sabrá que las moléculas de luz son los muertos que viajan de colonia en colonia. Y nadie lo sabe, pero están. Se han convertido en luz, no allá arriba. Se han convertido en luz aquí, junto a nosotros”.

## AÑO 185 DD / JORNADA 160

### I

A los pocos días, solicité permiso para cenar en el módulo de Shiri y llevarle moléculas. Frances me dijo que no era necesario que yo fuera, pero yo quería ir, asegurarme. Discutimos ya que se negó a que le diera la mitad de nuestras moléculas. Mi madre permanecía en la cama aquejada de dolores en las piernas y en los brazos, como si le estuviesen comiendo desde adentro, según se quejaba. Ya casi no participaba de ninguna conversación.

En tanto completaba la planilla con mi solicitud, Frances se quejó achacándome que terminaría por arruinar el futuro de mis hijos. Yo sabía que siempre podía ir con el Loco y reclamarle lo que me debía por el trabajo en la Zona Médica. Además, deseaba pasar tiempo con Shiri.

Al final, me concedieron el permiso para asistir a la casa de los Chapman durante la cena. Mientras me aseaba, comencé a sentir dolor en el estómago. Hablaríamos de Ivo, quizás, en tanto no podría evitar las imágenes de su cuerpo despedazado. ¿Debería decirle a Shiri la verdad? Se merecía saber el destino de sus antepasados, pero ¿no le causaría un dolor inútil? Quizás era mejor no saberlo. ¿Para qué llorar a nuestros muertos cada vez que encendemos una lámpara? ¿Podremos vivir sabiendo que esa luz es la emanación de un cadáver? Cocinamos con ese gas, comemos a la luz de la lámpara, vivimos de los muertos. Incluso, vivimos de los muertos de la superficie, de sus maquinarias, de sus construcciones, de sus adornos; deshilamos la ropa de los muertos, la volvemos a tejer, desarmamos sus muebles, ovillamos su cabello, convertimos en gas a sus huesos, al aire de sus pulmones, a las imágenes aún detenidas en sus ojos; nos bebemos sus líquidos reciclados, nos lavamos con la misma gota de agua bebida, orinada, purificada y vuelta a beber. Yo soy mi padre, llevo a mi padre, llevo adentro al primer Green, a Dan. Soy una caja metálica que encierra otra caja metálica, un artilugio dentro de otro artilugio, dentro de otro. Pensé en fabricar un recipiente sin fin, contenido dentro de otro. Eso somos. Nada jamás está vacío. Sería un alivio poder vaciarse. Por eso es mejor no guardar la verdad de todo esto. Es demasiado doloroso.

Cuando salí del aseo, Frances se giró para darme la espalda. Seguía sin



aceptar que ayudase a los Chapman. Me acomodé la ropa y deposité unas moléculas en una bolsa. Aún Shiri no me había solicitado la lista completa de lo que necesitaba. Comería con ellos y me enteraría de las novedades. Durante un tiempo, yo sería responsable de lo que hicieran los Chapman. Si Shiri se volvía a casar, yo sería liberado; de lo contrario, debería esperar a que Sandor cumpliera catorce años y sea mayor de edad. Al Ivo solicitar que cuide de su familia, liberó a Shiri de ser la cabeza de la generación. Quizás, era un tema que ya había discutido con ella, como buen previsor que él era.

A medida que me acercaba al módulo de los Chapman, mi corazón se aceleraba con cada paso. Una parte de mí deseaba volver a la seguridad de mi espacio, cenar y acostarme.

La madre de Ivo me abrió la puerta. Por la penumbra, tardé un instante en distinguir a cada uno. Shiri acomodaba la mesa y me saludó al pasar a mi lado. Ver al padre de Ivo me recordó al abuelo, sentado en un rincón con la mano tapándose los ojos, intentando dormir o desterrar el presente para solo habitar en su pasado. No obstante, el padre de Ivo intentaba trabajar, continuar siendo útil, pero apenas si podía extraer un tornillo.

Ofrecí a la madre de Ivo la bolsa. Ella miró su contenido y me agradeció. Fue como si me hubiese convertido en un extraño. No sabía qué decir ni si sentarme o permanecer de pie. Sandor y su hermano pequeño jugaban detrás de una manta improvisada como cortina, hablaban en voz baja.

Shiri encendió la lámpara de la mesa y me invitó a sentarme. Llamó a todos a comer. El padre de Ivo fue el último en acomodarse. Comimos en silencio.

Cuando Shiri acostó a los niños y los padres de Ivo se acostaron también, me acerqué a ella y le pregunté si necesitaba algo urgente; me dijo que todo estaba bien. Es lo que Ivo deseaba, le respondí, no sé por qué repetía que era mi responsabilidad y el deseo de Ivo, como si ella no terminara de enterarse.

## II

La segunda visita no fue tan diferente. Recién varias jornadas después pude hablar con ella con confianza.

—¿Hay algo que necesites? —le dije mientras continuamos sentados junto a la mesa; los demás permanecían en sus camas.

—Recibí una propuesta matrimonial.

—¿Matrimonio? ¿De quién? —dije intentando que ella no notase el temblor

en mi voz.

—Del hijo de los Olson.

—¿Vas a aceptar? No es necesario. Yo puedo hacerme cargo.

—No es justo, Devin, tienes dos hijos. Tu madre se está por retirar. Creo que sería lo mejor para las dos familias.

—No es necesario que te cases. Yo tengo recursos suficientes.

—Ese es otro tema. ¿En qué estás metido? Ivo me contó que estabas viendo al Loco. No me gusta ese hombre, ya te lo dije.

—No es como hablan de él. Es inteligente y sabe manejarse.

—Sabe “manejar”. Por eso no me gusta. Es demasiado inteligente. Hay algo que no me agrada. No me cierra cómo sin ser conector tenga los mismos privilegios que ellos. ¿Cómo hace?

—Era conector —dijo el padre de Ivo. Al girarme, observé que él miraba hacia la pared, recostado en su cama.

—¿Estás seguro? —le pregunté.

—Es todo lo que sé. Quizás aún sea conector y trabaja para Bórax —respondió el padre de Ivo.

—Menos me gusta. ¿Se ha presentado en las reuniones de representantes? —preguntó Shiri.

—Nunca, pero el conector Leroy dejó entrever que era un conector e inmediatamente el conector Blech y el conector Tylor lo miraron para que se callara. Ahí Leroy dijo algo como para tapar que había abierto la boca de más, como siempre.

—¿Y qué dijeron los representantes? —continuó Shiri.

—Nada. Nos hicimos como que no escuchamos nada. Es mejor no entrometerse con los conectores si quieres continuar siendo representante. Bueno, eso lo aprendí cuando me obligaron a renunciar. Ivo hubiera sido un buen representante. Era muy inteligente, más que yo, mejor que yo hasta como persona.

Nos callamos ante esa primera vez que sonaba el nombre de Ivo luego de su muerte. Al fin, le pregunté al padre de Ivo:

—¿Volverás a ser nuestro representante?

—¿Yo? Ya estoy viejo. No soy la cabeza de generación. Quizás Sandor, un día. Los conectores llamarán a votación pronto. El representante de la Zona 2 debe estar deseando liberarse de tanto problema.

—Sería lo mejor —dije.

—Todo continúa como si nada hubiera pasado —dijo Shiri y se recostó

sobre el respaldo de la silla.

—Hay que seguir —le dije apretándole la mano, gesto que ella devolvió en tanto me sonreía con amargura. Deseaba abrazarla, pero el padre de Ivo, ya girado hacia nosotros, nos miraba.

—No quiero presionarte —me dijo Shiri aún apretando mi mano.

—Nunca. Dime.

—Sandor está un poco débil. Creo que una dosis extra de agua le vendría bien. —Recordé las veces que hablamos de Sandor con Ivo, de sus temores y la sobreprotección de Shiri hacia su hijo.

—Y hay dos bocas de más que alimentar —dijo el padre de Ivo y se giró de nuevo hacia la pared.

—No digas eso, abuelo —lo retó Shiri.

—Voy a dormir. Ya ni puedo con la chatarrera, mejor no ser la carga de nadie —dijo en tanto se tapaba con una colcha raída.

—Mañana te enviaré las moléculas para Sandor —le dije a Shiri.

—Es quien me preocupa. Con Ivo estábamos siempre pendiente de él. A veces se apaga y duerme mucho, como si se fuera de aquí.

—Quizás pueda hablar con el representante de la Zona 2 para que reciba atención médica.

—Ya está pedido, pero nada. Llené tres veces la planilla en una semana. No entiendo. El hijo de los Garrett ha recibido un tratamiento enseguida y sin ningún rechazo, pero nos niegan el tratamiento de Sandor. ¿Por qué? Ivo incluso sacaba el tema en cada reunión. Yo le decía que se oponga, que diga que no se movería hasta que recibiera su hijo el mismo trato. Era el hijo del representante. Pero no. Le decían que tocarían el tema en la próxima reunión. Era un hombre bueno. Muy bueno, Devin. No merecía morir.

Acerqué la silla y la abracé.

—Sandor tendrá su tratamiento, lo prometo, por Ivo. Haré lo que sea, Shiri.

—Gracias, Devin. Siempre fuiste como mi familia, como un hermano —me dijo y hubiera llorado con ella porque me dijo “hermano”. Ella nunca supo que iba a solicitarla como esposa cuando Ivo se adelantó. Quizás yo sería el muerto en tanto Ivo la abrazaría para consolarla.

—No es necesario que te cases si no lo deseas. Yo me ocuparé de todo, Shiri.

—Aún no puedo planear nada. Voy a esperar a que me duela menos la muerte de Ivo. No quiero mudarme de módulo ni llamar a otro como mi marido. Aún no puedo.



## AÑO 185 DD / JORNADAS 164-167

### I

A los pocos días, el conector Leroy pasó para acompañarme hasta la Zona Médica, según dijo, pero sabía que no me escoltaría hacia allí.

Ni bien crucé las cortinas, el Loco me dijo:

—Lo esperaba ansioso. Steven me aconsejó que aguarde unos días antes de mandarlo a buscar.

—¿Steven?

—Perdón, Leroy.

—¿Se llama Steven?

—Steven Leroy, sí —me respondió mientras me hizo una seña para que me sentase—. Bien. Vamos a lo nuestro. Por suerte hemos tenido éxito, según me ha contado mi contacto, todo bien limpio, entrada y salida, nadie vio nada. Tiene talento.

—¿Para mentir? —dije desentonando con la alegría que transmitía la voz y el rostro del Loco.

—No hay otra manera. Si se le ocurre alguna idea, puede compartirla.

Permanecimos un rato en silencio. Miré la lámina del mar aunque ya me la sabía de memoria. Escuchaba al Loco suspirar fuerte. Al fin golpeó la mesa para atraer mi atención:

—¿Podría contarme lo que ha visto?

—Me metí en el tubo como me indicó su contacto. Luego, entraron unos hombres, uno era el médico.

—¿Cómo lo sabe?

—Así se llamaron. Uno era el médico de reemplazo enviado desde Colonia Bórax y se quejaba de que el otro médico pedía licencia luego de varios muertos.

—¿Qué más? Espere —dijo y se levantó a buscar una botella y dos recipientes—. Bebamos algo para celebrar que todo ha salido bien y hemos podido cumplir todos lo proyectado.

—Hablaron de llevar los cuerpos a la superficie —dije en tanto él se frenó en su gesto de alcanzarme el vaso.

—¿“Superficie”? ¿Dijeron “superficie”?

—Sí, eso dijeron.

—¿Está seguro?

—Lo estoy. Esa sala sirve para charla. Como la Doscientos.

—No puede ser. Mi informante me ha dicho que tienen prohibido pasar por ese pasillo y esa puerta siempre está cerrada.

—Será un lugar de reunión.

—¿Un lugar de reunión? Poco probable —dijo y comenzó a mirarme entornando los ojos—. ¿No se habrán dado cuenta de su presencia y fingieron?

—¿Fingieron? ¿Qué se supone que fingieron?

—No le entiendo —dijo el Loco en tanto dejaba el vaso lleno en mi mano.

—Uno finge para ocultar algo. ¿Cómo sabe que ocultaban algo y eso no era una sala de reunión?

—¿Por qué tiembla, señor Green?

—No estoy temblando —dije tratando de frenar el movimiento del líquido en el vaso producto del temblor de mi mano. Dejé el vaso y apoyé las manos sobre mis muslos.

—Tenemos un trato, Devin. Ahí, en esa caja está lo que me pidió.

—Estuve encerrado en un tubo oscuro para ver qué pasaba en el cuarto. Ya tiene lo que sucedió.

—Entiendo —dijo tapándose la pierna con una manta que cogió del respaldo de su silla.

—Si no hay nada más, me retiro —dije y me levanté sin atreverme a abrir la caja que me había señalado.

—Ha aumentado el precio.

—¿Qué precio?

—El de su información.

—No. Me llevo lo prometido.

—Para los Chapman. Pide por los Chapman.

—Eso no está a la venta —dije en tanto él permanecía inmutable, observándome sorprendido, aunque con un brillo nuevo en sus ojos.

—Todo se vende y se compra. Está cometiendo un error. Lo tomaré como alguien que aún está aprendiendo. La información que me has dado no vale ni dos moléculas de agua. Le daré la mitad de lo acordado.

—El acuerdo fue que yo averiguaría espionando en ese módulo. Lo hice. Incluso, soporté más tiempo de lo pautado.

—Algo me dice que oculta la verdad y no entiendo el motivo de su mentira. Salvo que lo que sucedió fuera tan horrible como para asustarlo hasta hacerle comer su propia lengua.

El loco despegó su espalda del respaldo de la silla y apoyó sus brazos

sobre la mesa. Permanecí callado, de pie, fingiendo no estar afectado, pero sin éxito. Él sonrió y me invitó a sentarme, pero permanecí de pie.

—¿Era una prueba? ¿Probaba mi resistencia? Porque me da la sensación que ya conocía la función de ese módulo.

—¿Qué función? —dijo fingiendo que era un estúpido.

—No me gusta su juego. Juega con mi mente. Me retiro y me llevo la mitad.

—Espere. Siéntese. Lo que diga no saldrá de aquí. No hay peligro. Quiero confirmar un rumor que me llegó sobre lo que sucede con los cuerpos. Eso es todo. Tengo confianza en la persona que me lo dijo, pero uno siempre debe confirmar lo que escucha.

—¿Usted fue conector? —dije y observé el rostro del Loco transformado su sonrisa en perplejidad.

—Quién diría que el señor Green será mi competencia.

—Me dijo alguien que quizás lo fue, pero...

—¿Pero?

—No es importante.

—¿No? ¿Por qué pregunta? Un golpe devuelto con otro golpe. Admiro su coraje, pero es demasiado impulsivo, señor Green. Tiene que cuidarse más. Una palabra no puede borrarse. Las palabras pueden transitar el metal, como la electricidad de los focos del pasillo.

—¿Es una amenaza?

—Es solo un consejo. Siéntese y terminemos con nuestro asunto.

Me volví a sentar sintiéndome un idiota, pero necesitaba el total de las moléculas.

—No estoy seguro de confiar en usted. ¿Qué hace con la información? Si usted es conector.

—No soy conector.

—No estoy seguro.

—Tenemos un grave problema. Yo he confiado en usted y usted tiene una información. Yo podría pensar lo mismo. ¿Qué hará usted con la información, señor Green? ¿A quién se la venderá?

—¿Venderla? A nadie.

—Entonces, hay otra información que se guarda. Lo sabía. Eso confirma parcialmente lo que creía que pasaba en ese lugar.

—No venderé a nadie. No soy como usted.

—Pero usted ha aceptado un encargo por un precio, eso lo hace tan culpable como yo.

—Yo lo hice por las moléculas, para ayudar a la familia de mi amigo muerto.

—Todos tenemos distintas necesidades. Yo lo hago para vivir, para alcanzar la verdad. Usted, señor Green, lo hace también para llegar a la verdad, aunque le duela. No se conforma con esto —dijo y señaló a nuestro alrededor.

—No estoy seguro que meter todo esto en la cabeza sea una buena idea.

—Entonces, vaya, tome la mitad de lo que hay en esa caja, tome su jarabe D, siga desarmando chatarra, desecando su cuerpo con las pocas moléculas que le dan y contemple a su familia y a la de los Chapman hundirse más y más abajo, en este sitio miserable, en este hoyo. Algunos piensan que aquí es mejor, que este es nuestro refugio hermoso. ¿Qué piensa usted de esto?

—No lo sé.

—Lo sabe. No se conforma. Se repite que esto no puede ser, que es estúpido. ¿No desearía salir para morirse, al menos, unos segundos afuera? ¿No siente ese deseo de escarbar las paredes hasta salir? ¿Salir por unos instantes antes que morir durante años? ¿Salir para dejar de vivir como una termita? —dijo levantando tanto su voz que parecía que rebotaba en los paneles metálicos impulsada por una energía que envidiaba.

—¿Termita?

—Unos animales que ya no existen. Vivían bajo tierra. Eran más pequeños que un catán. Y eran miles. Cavaban galerías debajo de la tierra. Salían para buscar comida y volvían debajo de la tierra. Temían el afuera. Abajo, en la oscuridad, estaban seguras.

—“Termitas” —repetí la nueva palabra para no olvidarla.

—Si le dijera que se puede salir, intentarlo, aunque sea para morir de cara a ese cielo que quizás sea tan celeste como el de mi dibujo, ¿accedería?

—Pensaría en mis hijos.

—Se terminó la charla. Llévase la mitad de lo que hay en la caja y retírese. Nuestros tratos terminan aquí. Eso significa que no volveré a confiar en usted. Ha traicionado mi confianza. Lo cual implica que no le venderé ninguna información. Tendrá que buscar los medios de ayudar a su familia y a la de los Chapman como pueda. Creí que usted sería distinto. Más parecido a mí, tal vez.

—No soy como usted —dije y abrí la caja. Conté el contenido, humillándome, separé la mitad de moléculas de luz y de agua. Había otras cosas que saqué y me giré para mostrarle al Loco.

—Era un regalo. Aún lo es. Son ceras, mejores que las barras de grafito.



Estuve pensando en sus dibujos de la planta. Le iba a proponer que dibuje lo que vea, lo que se imagine. Quería comprarle algunos de sus dibujos. Ahora no podrá ser.

—Entonces, no puedo aceptar este regalo. Será mejor que se lo ofrezca a quien quiera hacer tratos con usted.

Salí del módulo arrepintiéndome de no haber agarrado las ceras de colores. Nunca había visto unas tan buenas, pero algo me impulsó a tirárselas en la cara.

## II

Durante los días siguientes, volvía la mirada triste del Loco. Lo perdí, me repetía como si él hubiera sido un amigo y no un puestero del mercado. Le había prometido a Shiri que me encargaría de su familia y ahora no podía cumplir mi palabra. Decidí solicitar permiso para hablar con el representante de la Zona 2. Así fue que el Día del Trueque me dirigí a su módulo. Pero debí esperar ante la vista del conector Tylor que controlaba al gentío acumulado en el pasillo. Calculé que tardaría un rato largo hasta poder ingresar.

Al entrar, el representante estaba secándose la frente con un trapo. Sobre la mesa se apilaban unas planillas. El olor del módulo me frenó. Parecía la Zona de Limpieza, un tufo a rancio y a material fecal, un vapor asfixiante.

—Sea rápido —me dijo y tomó una barra de grafito.

—Tengo una petición por un niño. El hijo de los Chapman, Sandor, necesita atención médica por...

—¡Otra vez lo mismo! Lamento la muerte de Ivo, pero sabía que no le darían tratamiento. A Ivo le dijeron lo mismo en la reunión. Tema resuelto. ¿Quién sigue? —dijo y entró una mujer que se frenó en la puerta.

—Yo no terminé. Llene la planilla. No puede negármelo.

—El padre de Ivo, Saturno, presentó la misma solicitud hace unas jornadas. Antes, abusando de su puesto de representante, Ivo la presentó unas cinco veces. Se les dijo que no y volvieron una y otra vez. Y encima la madre pasó ya unas tres veces. Tema concluido. Pase, señora. —La mujer no se movió.

—Usted tiene que cumplir con su trabajo y llenar la planilla. Usted no es quién decide. ¿Esto es una reunión de representantes? —grité y entró el conector Tylor.

—Espere afuera, señora. Dos adentro no, son las normas.

—Pero el representante me dijo que pase.

—Yo le digo que salga y soy el conector.

La mujer miró al representante y salió mientras llegaba un murmullo desde afuera.

—¿Qué pasa? —preguntó el conector Tylor arrimándose a la mesa y sacando un trapo de su bolsillo para taparse la nariz.

—El señor Green quiere volver a presentar un pedido que fue presentado como cien veces y fue denegado.

—¿Cuándo terminarán los arreglos de la cocina! No se puede respirar aquí dentro. Le dijo que no, es no, retírese y deje pasar a los demás.

—¿Por qué el señor representante toma decisiones que deberían tratarse en una sesión y no en un módulo? ¿Acaso puede un representante tomar decisiones sobre los conectores?

—¿Qué? Yo no hice eso... —dijo el representante y miró a Tylor.

—Nadie puede decidir por arriba de un conector. Que le quede claro. ¿Qué pide el señor Green? —le preguntó Tylor al representante que volvió a secarse las gotas de sudor que le caían por el cuello.

—Tratamiento para el chico Chapman.

—¿Otra vez? —dijo el conector mirándome.

—El niño está mal.

—Ya lo sabemos y ya le respondimos muchas veces a su padre. Lo que pasa con estos chatarreros es que son medio sordos. Hay que repetirles varias veces las cosas. Igual con la negativa de la Doscientos. ¿Cuántas veces la presentaron? Ah, usted, representante fue uno de ellos. Estaba con el señor Chapman en cada reunión con lo mismo.

—Era distinto.

—Y lo era. Acá hablamos de la vida de un niño —dije mirando al conector Tylor.

—Anótalo y listo. Quiero terminar con esto que me estoy ahogando —dijo el conector y se dirigió al pasillo.

—Ya le digo que es inútil, pero si el conector manda...

Apenas dos jornadas después, el conector Leroy se acercó a mi módulo para informarme que mi pedido había sido rechazado. Le pregunté que no entendía la negación de ayudar a un niño como si fuera una venganza contra los Chapman. El conector Leroy me dijo que no era venganza de nadie, que habría

otros motivos. No quiso decirme más, y se fue. Pensé en el Loco, en que quizás él podría averiguar las razones. Sin conocer el motivo del rechazo, no podía hallar una solución. Pero al menos sabía qué debía preguntar. Lo que no sabía era a quién.

## AÑO 185 DD / JORNADA 180

### I

En tanto separaba lo que le llevaría a Shiri en mi visita, Frances me arrebató la bolsa.

—Esto es de mis hijos —dijo y comenzó a vaciar la bolsa colocando todo en su lugar.

—Eso es de Shiri —dije señalando una molécula de agua que ella estaba guardando en un recipiente con las otras dos que teníamos.

—Shiri, Shiri. Estoy harta de escuchar el nombre de Shiri.

—Se lo prometí a Ivo. No quiero volver sobre lo mismo.

—Voy a presentar una queja ante el representante.

—¿Qué?

—Por abandono de tus hijos. Como cabeza de generación, nos estás abandonando.

—¿Estás afectada? Jamás los he abandonado.

—Llegas, te lavas, te vas a comer con Shiri, vuelves a dormir. Cuando estás, te quedas en la mesa con tu chatarra. Ya ni hablas y cuando estás, es como si no estuvieras.

—No puedes decir que no estoy. Hago todo por ellos. ¿Para qué seguir si no es por ellos? ¿Qué sentido tiene seguir viviendo?

—Cuando Ivo venía al menos estaba acá, no era como tú, que te sientas, pero no nos miras. Estás como el abuelo Ollie, en tu mundo. Ahí no entramos. Solo entra Shiri, Arden, la planta, tus amigos.

—Suenas como mi madre. Te dejaste llenar por el odio de ella.

—Al menos ella está conmigo.

—No griten que están los niños —dijo mi madre levantándose de la cama y sentándose en la cama de mis hijos.

—No te metas —le dije.

—No te vas a llevar nada de esto —dijo Frances guardando la última molécula en el estante—. Sasa me contó que deseabas casarte con ella, pero que Ivo te ganó de mano.

—Crees que tengo algo con Shiri. Eso fue cuando era un crío.

—No soy idiota. Me doy cuenta cómo la miras a ella. Ándate con ella.

—¡No puedo!

Frances me miró con los ojos tan abiertos como para caérseles y se encerró

en el aseo. No había sido mi intención decir eso, solo lo pensé, pero no pude frenarlo. Salí hacia el módulo de los Chapman sin mirar a nadie.

Mientras cenaba con los Chapman, tuve que avisar que habían negado la ayuda a Sandor. Volvimos a discutir los motivos del rechazo. No era contra los niños de la Zona 1 porque otros niños habían recibido tratamiento por la afectación. No quedaba más alternativa que una venganza contra los Chapman, pero esta vez supe callarme.

Apenas si probé la comida. Decidí que no comería para no usar los recursos de los Chapman. Había llegado con las manos vacías. Al abrirme la puerta, Shiri bajó la vista y la subió con rapidez, corroboró que no traía la bolsa, pero no lo mencionó nunca.

Luego de comer, Shiri llevó comida a Sandor que permaneció en cama. La ayudé sentando al niño, pero él se doblaba. Recordé el tacto de la planta de las esferas en sus momentos en que no podía ofrecerle agua. Shiri intentaba, con cuidado para no derramar líquido, que Sandor tome el jarabe D diluido en jugo. El niño se quejaba y apretaba la boca. Vamos, le decía ella, un poquito. La cabeza de Sandor, que fingía soportar un sueño pesado, se caía hacia atrás.

Shiri dejó el vaso sobre la mesa y volvió con Sandor. Lo abrazó y lo acunó mientras le acariciaba la cabeza. Siempre tan delicado, mi niño, decía, mamá no te va a dejar.

Me levanté para dejarle espacio a Shiri. Los abuelos se habían sentado en su cama y miraban el piso. Yo era la cabeza de esa familia. Pensé en la ayuda de Ivo cuando estuve en el C2. Él murió con la confianza de que yo sería un buen sostén de familia. Pero le fallaba. Hubiera corrido hacia la Zona Médica y arrastrado a un médico hasta el módulo. Ya conocía esos resultados. Si volvía al C2, ¿quién se haría cargo de los Chapman y de los Green? No podía ni morirme. Ya sin la ayuda del Loco, estaba seguro, sería enviado a la intercolonial sin pisar siquiera el C2. Debía contenerme, pensar mil veces antes de hablar, antes de actuar.

## II

La jornada siguiente, en tanto trabajaba en mi mesa de la chatarrera, pensaba en la forma de ayudar a Sandor. Quizás si hablara con el conector

Leroy, suplicándole que intercediera. Y lo hice cuando el conector entró a pegar unos nuevos carteles en la chatarrera, carteles enviados desde la Colonia Bórax según indicaba el símbolo colonial. Me acerqué y le dije que quería hablar con él de algo serio. Me dijo que hablase con el representante de la Zona 2, pero le respondí que ya lo había hecho y que era urgente. Quizás pensó que era algo relativo al Loco y me invitó a salir hasta el pasillo.

—No está bien que charlemos aquí. ¿Qué es el asunto?

—El hijo de Shiri...

—¡No! Otra vez con lo mismo. Miré. Esto está pasando los niveles normales. Una vez más que el tema se toque en la reunión pedirán la intervención de Colonia Bórax. Nos han enviado un pedido para que llenemos un informe ya que en las actas aparece el tema infinidad de veces. ¿Sabe? Peligra nuestro puesto. No se puede presentar el mismo pedido tantas veces.

—Es por un niño.

—Recibimos órdenes. No hacemos lo que queremos.

—¿De quién?

—De Colonia Bórax. Eso ya lo sabe.

—¿Puedo escribir una nota para Colonia Bórax?

—¡Esta afectado! Muchacho, usted está cruzando muchos límites. Se está arriesgando demasiado. Vuelva a trabajar.

—Por favor, le pido que haga algo por la vida de un niño.

—No me manipule. Hago lo que puedo. No tomo decisiones. Yo solo observo que se cumplan las que se toman fuera de aquí. Es todo. Es un tema perdido. No hay manera de ayudar a ese niño.

—Yo lo voy a ayudar.

—No es mi asunto, pero no hay mucho que pueda hacer sin poner en riesgo a su familia y al resto de los Chapman. Entiéndalo y resígnese. Aquí abajo se han hecho muchos sacrificios y seguirán haciéndose. No hay privilegiados.

—Los hay. Y usted es uno de ellos —dije empujándolo en el pecho y volví a mi mesa de trabajo.

## AÑO 185 DD / JORNADA 200-205

### I

Todos los pasillos apuntaban a uno solo: mi error. Mi familia consumía casi la mitad para compartir el resto con los Chapman. Mi madre casi había dejado de beber, por el dolor y porque decía que lo de ella se lo dejaba a sus nietos. Frances, por las noches, tomaba tres dosis de jarabe D porque se quejaba que era lo único que evitaba sus pesadillas. Era imposible despertarla. Durante las noches, me levantaba varias veces para cuidar a los mellizos, los limpiaba, les ofrecía la mamadera con la dosis que recomendaba el preparado especial enviado por Bórax, era una especie de refuerzo a la leche materna. Luego, antes de acostarme de nuevo, me acercaba a la cama de mi madre.

Ella se había vuelto tan liviana como Sandor, en la cama casi ni se hundía. Arrimé una silla para sentarme junto a ella y agarrarle la mano. Ella se giró y supe que me miraba, a pesar de la oscuridad. Su respiración era pesada. Escuchaba el esfuerzo del aire entrando y saliendo de su cuerpo.

—No me siento bien. Algo de mí es como si se hubiera ido arriba. Ahora comencé a pensar en eso. Será porque pronto estaré allí, junto a tu padre. Hasta pienso en mis padres, en cómo eran y qué serán ahora.

—Por favor, no hables así.

—Quiero que me prometas algo —dijo y bajo tanto la voz que me arrimé hasta dejar mi rostro muy cerca del suyo—. Lo tuyo con Shiri ya pasó. Shiri tiene que unirse en matrimonio. Es aún joven. Tus hijos dependen de ti. No cometas el error de tu padre que terminó muerto. Si no hubiera estado con ese hombre, estaría vivo. Fíjate, un acto de egoísmo la desgracia que trajo para toda la familia. Cada cosa que hacemos siempre afecta a otros. La mejor manera de ayudar a Shiri es que se una en un buen matrimonio. Es egoísmo que quieras seguir siendo responsable por los Chapman. Te mueve el deseo de estar junto a ella. Lo sabes, hijo. No está bien. Es a costa de sacrificar a tu familia. Tenemos dos entradas de moléculas menos porque ya no está Ollie y yo ya me he retirado. No podrás hacerte cargo por más que quieras. Sumirás a Shiri a la misma carestía. Prométeme que no serás tan egoísta —dijo y me apretó la mano. Supe que ella tenía razón a pesar de que me dolía ceder esa nueva manera de estar con Shiri, de sentirme, por momentos, su esposo.

—Hablaré con ella para darle mi parecer, pero hasta que el matrimonio se concrete seguiré estando. Me preocupa Sandor. Cada día está tan débil. No

entiendo la negativa de la Zona Médica.

—Hijo, Sandor es como los ancianos. No vale la pena gastar recursos en quien no va a vivir mucho —dijo y me acarició la mejilla.

—No puedes decir eso.

—No hay daño en decirlo. Solo digo lo que sé.

—Es solo un niño.

—Un niño afectado.

—Por eso, si recibe tratamiento...

—No hay seguridad de que sobreviva. Los dos sabemos que será difícil. Shiri lo sabe. En aprendizaje, lo sabemos. Es lo que enseñamos, que la humanidad vale el sacrificio de unos pocos. Recuerda a quienes no alcanzaron a entrar.

—No puede ser eso. Es cruel.

—A veces hay que ser cruel para sobrevivir. Solo unos pocos podremos volver a nuestro hogar. Y a veces la muerte es necesaria, como la mía. No me odies, Devin. No me quiero ir de esta manera.

—Nunca te odié. Yo te quiero.

—Pronto estaré arriba con tu padre. —Ella me apretó la mano aún con más fuerza.

—El abuelo contaba sobre esas lucecitas. Cada uno es parte de una de miles y miles de luces que perforan la oscuridad.

## II

Mi madre murió unos días después. Nos dimos cuenta durante la mañana, cuando la toqué para despertarla, pero su piel estaba fría.

Elegí a los Garrett para que nos acompañaran en el cortejo. Tallé el nombre de mi madre debajo del abuelo Ollie. Más arriba, brillaban los nombres de otras familias. Cada uno escribía el nombre lo más cerca a sus parientes, de manera que era posible adivinar la cantidad de familias distintas contando los grupos. En esa pared, los Green éramos un grupo de dos. En la pared correspondiente a nuestro módulo brillaban cincuenta y cinco nombres.

Durante el traslado hacia la Zona Médica, nos detuvimos frente a aprendizaje. Los educadores, sus alumnos, salieron al pasillo para compartir unas últimas palabras para mi madre. Recordé que la cortarían en pedazos y la meterían en un tanque. Quizás ella habría dicho, al saberlo, que era necesario para sobrevivir. Yo intentaba verlo de la misma manera, pero me era



imposible.

Luego de la ceremonia, nuestros hijos dormirían en camas separadas porque la cama de mi madre sería de Hana. El módulo nos parecía más grande. Le dije a Frances que mediaría para que Shiri pudiera casarse. No me contestó. Ni siquiera me miró cuando le hablé.

Los padres de Ivo aceptaron el matrimonio gracias a que el hijo de los Olson pasó a ser parte de los Chapman. En realidad, fue una cuestión práctica porque en el módulo de Olson no había espacio para recibir a Shiri y a sus hijos. Prometí que llenaría una planilla para ella, en nombre de los Chapman, como cabeza de familia. Era un caso poco común, ya que el hijo de los Olson se transformaría en la cabeza de la familia de los Chapman en tanto Sandor cumpliera catorce años. Hasta que fuera aceptado el pedido, celebrada la boda, yo era la cabeza de familia. Calculé que duraría un mes, aproximadamente hasta mediados del mes nueve.

## AÑO 185 DD / JORNADAS 212-216

### I

Cuando estaba por recostarme, escuché golpes en la puerta del módulo. Al abrir, el conector Leroy me dijo que era requerido en el módulo de los Chapman por un asunto que demandaba la presencia de la cabeza de generación. No quiso anticiparme el asunto en tanto lo seguí.

Al entrar, Shiri tenía en su regazo a Sandor. La madre de Ivo abrazaba a su marido. Sandor no se movía, pero respiraba. Miré al conector Leroy que permanecía en el pasillo. Me acerqué a él y me miró intrigado.

—No cometas el error de volver a arrastrar un médico hasta el módulo — me dijo Leroy.

—Llévame del Loco.

—¿Qué? No te va a recibir. Olvídalo.

—Es por el niño. Si no me guías hasta allí, iré de todas formas. Te golpearé hasta volarte los dientes.

—Está bien. Deje de amenazarme, chatarrero, o terminará revolviendo la mierda—. Esa vez fue él quien me empujó de tal manera que me frenó la pared del pasillo.

De inmediato, Leroy le dijo a los Chapman que volveríamos y me dijo que lo siguiera. No recuerdo el sonido de los pasos ni si alguien nos observó llegar al mercado. Solo me acuerdo que esperé afuera en tanto Leroy hablaba con el Loco.

No quiere verlo, me dijo Leroy al salir. Entré por la fuerza.

—Haré lo que me pida. Le diré lo que sé. Haré cualquier cosa con tal que mi familia y la familia de Shiri estén bien. Solo pido eso —dije mientras el conector Leroy me sostenía del brazo.

—Está bien, Steven, que se quede —dijo el Loco levantándose de la cama.

—Hay algo urgente ahora.

—El trato será que me dirá lo que sepa, que no volverá a desconfiar. No suelo dar segundas oportunidades porque quien falla una vez, falla dos.

—Acepto.

—Siéntese. Ya voy yo también a sentarme.

—Es urgente —dije y permanecí de pie.

—Está bien. ¿Qué es?

—Sandor Chapman necesita atención médica. Se está muriendo.

—El hijo de Ivo. Sé que está complicado y que le han negado la atención. No es tan fácil.

El Loco se envolvió con una manta y caminó despacio hasta la mesa.

—¿Por qué?

—El tema fue evaluado. El niño padece de una dolencia. No recuerdo bien qué era. Las probabilidades de que llegue a la edad de engendrar un hijo son nulas. Ese es el motivo por el cual ha sido rechazado el pedido. Los recursos se destinan a quienes están en mejores condiciones de sobrevivir.

—Mi madre tenía razón.

—Lamento la muerte de su madre.

—Demasiadas muertes.

—Se vuelve peor a medida que se envejece. Se llega al punto en que ya uno despidió a todos a quienes quería. Mi padre me decía que lo mejor era morirse primero; lo peor era morirse último.

—¿Podrá ayudarme?

—Salga un momento, espéreme afuera y que entre Steven.

Permanecí en la oscuridad del mercado. Leroy me dijo que me agachase para no ser visto si llegaba a pasar otro conector. Me senté sobre un panel en el piso congelado. El frío me recordó a la piel de mi madre. Mi corazón bombeaba sangre a mi cabeza, a mis brazos, un golpeteo tibio a un ritmo rápido, mientras pensaba en otras opciones en caso de que el Loco se negase. No tenía ninguna o no se me ocurría ninguna. Solo esperaba que Sandor resistiese más tiempo. Pensé en Ivo. Observé las mesas del mercado desde lo bajo. Recordé esa escapada cuando permanecimos ocultos debajo de una de las mesas. ¿Cuál era? Si le hubiera dicho a Shiri, en ese momento, que me gustaba o si le hubiera dado un beso, a Ivo estaría helándose el trasero y yo iluminaría un foco. Le sonreí como si él estuviera sentado a mi lado. ¿Estaba comenzando a afectarme?

El conector Leroy salió y me dijo que me escoltaría hasta el módulo.

—¿El Loco aceptó?

—Sí. Es mejor dejar la charla para otro momento. No quiero que nadie nos vea. Ya no sé qué más excusas inventarme.

—Tengo que avisarle a Shiri.

—Yo lo haré. Se queda en su módulo y no interfiere. Para serle franco, con el Loco tememos que se le caiga un tornillo.

—Estaré bien. Leroy... —dije frenándolo del brazo y él saltó como si fuera a pegarle.

- ¡Qué quiere!
- Gracias. En nombre de los Chapman.
- Agradezca al Loco. Y a mí déjeme de joder.

Al día siguiente, en el comedor, Shiri me dijo que Sandor estaba en la Zona Médica recibiendo tratamiento. Sonrió y me dijo que gracias, que no sabía que había hecho, pero que lo había logrado. Tuve miedo al escuchar “Zona Médica”. Shiri no sabía que para la colonia era mejor que Sandor estuviera muerto y no consumiera recursos. No dije nada. Decidí esperar.

## II

Durante el trueque siguiente a la internación de Sandor, golpeé la chatarra acumulada sobre la mesa del Loco. Él se asomó y me hizo un gesto para que entrara. Esa vez le conté lo que había visto cuando estuve encerrado en la Zona Médica.

- Era lo que creía —dijo el Loco.
- Mi madre diría que es necesario.
- Viéndolo así, es cierto. Pero no creo que siempre haya sido así. Esos tanques eran para la materia fecal y otros desperdicios. Luego, comenzó a ser usado para todo residuo orgánico. Se confeccionaron más grandes. Algún ingeniero de la Colonia Bórax habrá ideado utilizar los cuerpos para no desperdiciar nada. Pudo haber sido una idea compartida en esos momentos de carestía o de desesperación. Es cuando nacen los mejores inventos.
- Cortar los cuerpos como catanes no pueden ser una buena idea.
- Para permitir la vida de los vivos, es una buena idea. Un acto difícil, pero inteligente. ¿Sabía que los catanes se comen entre ellos? Se comen a los enfermos y a los muertos para que los más fuertes sobrevivan.
- ¿Quiere decirme que..?
- ¿Qué? ¡No! ¿Cómo se le ocurre? —dijo el Loco en tanto se tapaba la boca para frenar la risa.
- Usted siempre usa comparaciones para decir la verdad.
- Jamás quiera que lleguemos a eso. No lo digamos en voz alta. Sería una idea brutal. Espero que Colonia Bórax nunca lo piense.
- ¿Usted fue conector?

—Sí.

—¿De dónde?

—Bórax.

—¿Bórax? ¿Trabaja para Bórax?

—Ya no. No soy conector. No tengo ese “rol”, por llamarlo de alguna manera.

—¿Cómo no sabía lo de los tanques? Los conectores de Bórax lo saben todo.

—No se crea. Para las otras colonias, menos Geo y Bórax, los conectores son todos iguales, pero no es así. Hay jerarquías entre conectores. Algunos tienen amigos mejores ubicados y pueden elegir las colonias de destino, asisten a reuniones que los demás no pueden. Otros, como es mi caso, tuve suerte. Me encontraron muy diplomático y de joven ayudé a manejar una situación complicada. Me vieron potencial y me ofrecieron el puesto. Aproveché para observar y enterarme de cosas. Pero cometí un error muy grave y me enviaron a la intercolonial.

—¿Qué error?

—Hay temas que me son difíciles de contar. Tuve la suerte de tener buenos amigos. Es necesario tener varios amigos, sobre todo, en las colonias indicadas o de familias con mucha influencia. Así terminé en este lugar en vez de la intercolonial. Moriré aquí. Mi esposa y mi hijo están bien, pero no puedo verlos. Ella se casó de nuevo y ahora tiene otro marido, dos hijos. Yo soy un mal momento de su pasado.

—¿Esta es una mala colonia para elegir?

—No es de las mejores.

—¿Por qué?

—Hay colonias más amplias, abocadas a otras producciones. Esas son mejores para vivir.

—Como aquí la Zona de Ingeniería.

—Así es.

—¿La mejor de toda es Bórax?

—Es la mejor de todas.

—Quiero preguntarle algo.

—No más de mi vida privada.

—¿Matarán a Sandor?

—¿En la Zona Médica? No lo matarán. Le darán el tratamiento. Lo demás no podemos saberlo. El niño está mejor aunque lo más probable es que no

llegue a viejo. Su salud es muy delicada. Pero se pondrá mejor. Habrá que cuidarlo mucho más que a otro niño.

—Me alivia oír eso. Tengo muchas cosas en mi cabeza.

—Ese es otro tema. Le daré unos papeles. Aún guardo las ceras de colores —dijo y se levantó para revolver la caja y extrajo varios objetos que apoyó sobre la mesa.

—No sé qué hacer con esto.

—Dibuje lo que ve, lo que piensa, lo que siente. Es muy bueno dibujando. Quiero esos dibujos.

—No podría dibujar algo tan hermoso como eso —dije y señalé la lámina amarilla y celeste.

—Podría dibujar otras cosas, lo que sea. Me gustaría que completara ese dibujo de la colonia que me contó que tenía. Ese de todos los espacios, con las puertas como si se viera de arriba.

—Agregué los pasillos que descubrí al entrar en la Zona Médica, cuando fui a esa sala...

—Esperemos que pueda seguir ampliando el dibujo. ¿Quién sabe? Quizás algún día podría dibujar hasta el arriba —dijo y me sonrió moviendo la cabeza.

—¿Y estas moléculas?

—Son la mitad que dejó.

—Se las dejo, por lo de Sandor.

—No. Esto forma parte del acuerdo anterior. Me dijo la verdad y es lo justo.

—No puedo ahora pagarle por el tratamiento de Sandor.

—Vaya y no se preocupe. Habrá oportunidad para eso.

## AÑO 185 DD / JORNADA 228

### I

Luego de mi jornada laboral, me senté en el suelo del módulo para jugar con Tomé y con Hana. Habíamos conseguido unos muñecos bastante suaves. Hana acaparó los dos muñecos. Tomé frunció los labios en un intento por llorar, pero solo temblaba en tanto sus ojos comenzaron a brillar de lágrimas. Era como mirarme en el espejo. ¿Cómo era posible que siendo tan pequeño refleje mi carácter? Intenté quitarle un muñeco a Hana, pero ella se aferró a él con un gruñido extraño en tanto los tiraba para llevárselos a la boca. Intenté abrirle la mano, pero apretaba los dedos con más fuerza. Tomé continuaba con el mismo gesto, solo que ahora las lágrimas caían hasta el cuello. Sentí pena por él. Tiré con más fuerza de un muñeco. Como Hana no se desprendía, le grité. Frances, que limpiaba el módulo, me dijo:

—No le levantes la voz a tu hija.

—Es egoísta. Acapara los dos muñecos. No se lo puedo quitar. ¿O quieres que le quiebre los dedos?

Frances agarró un tarro y se acercó a Hana. Sacudió el tarro que tendría tuercas o piezas sueltas y ni bien Hana escuchó el sonido, se giró. Frances le alargó el tarro para que ella lo agarre y Hana gritó de alegría, pero volvió a la seriedad y miró sus manos: para agarrar el tarro debía soltar un muñeco. Miró a cada muñeco. No se decidía. Frances volvió a sacudir el tarro en tanto sonreía de manera exagerada y le decía que mira qué hermoso tarrito y cómo suena, tin, tin, tin. Cada vez que sonaba, Hana gritaba de alegría. Al fin largó un muñeco y, en tanto ella se apoderaba del tarro que Frances apoyó junto a ella porque era pesado, agarré el muñeco que se lo ofrecí a Tomé, pero ahora Tomé también quería el tarro. Frances buscó otro tarro y se lo ofreció a Tomé.

—No sé cómo lo haces —dije a Frances.

—¿Qué cosa? ¿No desear quebrarle los dedos a tu hija?

—No seas así. Nunca le haría daño. Me refiero a entenderlos.

—Entiendes de chatarra, yo de niños. Soy educadora.

Me levanté para ayudar a Frances a cambiar la chatarra de lugar, a subir aquella que podría lastimar a los niños que ya deambulaban tocándolo todo, llevándose lo que hallaban a la boca. Debimos tapar la entrada del aseo porque temíamos que volcaran el tarro o que tiraran el agua para asearnos. El mover trastos ensució el aire del módulo y comenzamos a estornudar. Quizás

deberíamos haberlo hecho de a poco, ni bien nacieron nuestros hijos, pero no habíamos pensando en el peligro que puede resultar un módulo repleto de puntas de metal, filos de chapas, objetos amontonados aguantando el equilibrio. Frances, al ver a alguno de nuestros hijos correr hacia una punta metálica, repetía que si se lastimasen, podrían morir de una infección.

Al ver a nuestros hijos tan sanos, habíamos discutido el motivo de la negativa a darle tratamiento a Sandor. Ella desconocía el papel del Loco. Otra vez había obrado por el vértigo del instante, sin pensar que quizás esa ayuda para Sandor era la última que podría obtener del Loco y se la negaba a uno de mis hijos, pero trataba de quitarme la culpa por algo que aún no había ocurrido y que, tal vez, no ocurriera nunca.

Nos quedábamos sin espacio. ¿Cómo era posible que antes viviéramos cuatro adultos y que ahora el módulo pareciera aún más pequeño? Recordé que Ivo se quejaba cuando nacieron sus hijos, una de las quejas favoritas de los padres: con cada hijo el módulo se encoje.

En un rincón, acomodé algunos objetos inservibles que quería usar para reutilizar en mis hombrecitos de metal, pero decidí que ya no tenía tiempo para fabricarlos ni tampoco tenía tiempo para usar las ceras de colores del Loco. Ahora que mi madre no estaba, apenas si disponía de un momento libre.

Frances colaboró separando frascos, restos de telas trenzadas, ropa que ya no usábamos. Hicimos una nueva lista con las cosas a conseguir en el mercado: dos mantas nuevas, ropa pequeña, calzados de niño, algún juguete, una bacinilla de niño. El Día del Trueque comerciaríamos, poco a poco, para ir llenando el módulo con nuevos objetos que nos serían de utilidad. Esta tarea nos demandó bastante tiempo. Mientras tanto, el Loco no volvió a contactarse y agradecí que no lo hiciera ya que necesitaba pensar en lo sucedido. Continuaba sintiéndome extraño por conocer el destino de los cuerpos, pero me repetía que era necesario y que, en ciertas circunstancias, hay que dejar de lado los sentimentalismos y hacer lo que hay que hacer, sin temblores ni dudas, tan solo para vivir. Pero en la luz aparecía el rostro del abuelo, los cientos de rostros que poblaron la colonia, los rostros desconocidos de quienes habitaban otras colonias y que jamás llegaría a conocer. Las dudas volvían y se hacían más nítidas; bastaba que emergiera una para que comenzaran a salir de la oscuridad tantas preguntas hasta que me estallaban en la cabeza, infladas como masa en el agua, reventando su incertidumbre desde adentro. Estaba seguro que el Loco padecía del mismo dolor. Quizás era la razón por la cual pensaba en él a diario, en todo lo que ocultaba y yo desconocía.



## II

Uno de los sucesos más importantes para una zona, además de la celebración del Día de la Salvación, era la elección del representante. Luego de la muerte de Ivo, salvo Horace, nadie insistía con la elección ya que, en mi caso, creía que aún era el puesto de Ivo. Solicitar un nuevo representante avivaría los momentos caóticos que sufrimos por el alargue de la jornada laboral. Los conectores, hasta esa jornada, no habían mencionado el asunto. Ante cualquier pedido, nos enviaban con el conector de la Zona 2. Sabíamos que en cualquier momento abrirían las elecciones.

El conector Leroy pasó por la chatarrera y nos informó que comenzaban las postulaciones para la elección de representante y pegó un cartel. Al salir el conector Leroy, nos apiñamos contra la pared para leer el anuncio.

“Se informa que a partir de la fecha se abren las postulaciones para la elección de representante de la Zona 1 de CN34, elección que se dará a conocer el día 231. Se recuerda que, según las normativas vigentes, solo son postulantes elegibles las cabezas de generación. Cada habitante de la Zona 1, que haya cumplido catorce años y haya sido aceptado en la zona de trabajo, está obligado a elegir un representante entre los postulantes. Quien sea cabeza de generación puede postularse a sí mismo o postular a otro. Además, recordarnos que un buen representante debe poseer cualidades que permitan resolver conflictos con justicia, ser paciente a la hora de escuchar a sus vecinos y velar por los intereses de toda la colonia. Ser representante no es sinónimo de privilegio, sino de servicio. Un representante es nuestro ejemplo de lo que debemos ser. Buena jornada. Firma: Conectores de CN34”.

Comenzaba el momento de reemplazar a Ivo. Cuando transitábamos por la chatarrera, rodeábamos el lugar donde había muerto como si él estuviera allí tirado. Pisar ese lugar era como pisotear el cuerpo aún vivo. Uno podía adivinar el giro repentino de quien caminaba, sin prestar atención, como si estuviera saltando un obstáculo, bordeando las mesas para no pisar la zona. Había considerado dibujar en el suelo un círculo para delimitar el espacio o colocar una mesa arriba, pero no me atreví a proponerlo.

En tanto trabajábamos, discutimos sobre quién sería un buen representante. Arden era muy sociable, pero no estaba seguro de que se tomaría las cosas en

serio o que dejara su manía de coleccionar chismes. Su hermana, Stella, era la preferida para elaborar las actas de las reuniones y si su hermano estaba allí como representante comenzarían con las bromas entre ellos o las peleas habituales. Según Frances, el hermano de Shiri sería una buena elección ya que hacía tiempo que los de limpieza no tenían representante y podía ser beneficioso, pero yo no confiaba en Timothy ya que me resultó siempre muy inseguro. Lo había corroborado luego de la muerte de Ivo.

### III

El día de la votación, los conectores dispusieron un recipiente custodiado por el conector Leroy a un costado de la sala principal del comedor. Mientras esperábamos por nuestro plato de comida, nos llamaban de a uno para dejar nuestro voto. Junto a Leroy, el conector Wallace ayudaba con el marcado de una planilla de manera que, al terminar nuestra comida y antes de dirigirnos a la zona laboral, conociéramos los resultados. Este sistema era diferente años atrás. Antes, el recuento sucedía en la intimidad de la Zona de Conectores y se anunciaba el resultado por altoparlante. Algunos sospechaban que los conectores elegían al representante entre sus favoritos, quienes defenderían los intereses de ellos antes que los de los vecinos. Luego del escándalo y de la representación fugaz de Rainer, se decidió que la elección sería pública ante los vecinos de la zona.

Cuando el conector Leroy me llamó, no sabía a quién elegir. Permanecí unos instantes sosteniendo el tubo de grafito mientras el conector aguardaba el papel que, doblado, dejaría en el recipiente; luego, el conector Wallace lo abriría para dejarlo en otro recipiente, con los ya contados, para volcar el resultado en una planilla que tapaba ni bien alguien se acercaba a la mesa.

Voté a Arden porque no podía decirme y no era posible entregar un papel en blanco. El favorito era Fletcher Garrett. Sería una buena elección ya que había demostrado ser serio, no haberse metido en ningún conflicto y hacía tiempo que la cocina no habían ofrecido un representante.

El comedor era un caos. Todos se movían porque deseaban comentar con otro sobre los posibles resultados, secretar a quién habían elegido, quién sería un horrible representante, quién sería mejor que el otro. Escuché decir que esperaban que no sean los Brock. Otro se quejó de que no se metiera con los Brock. El conector Wallace debió pedir silencio varias veces y el conector

Leroy informarnos que no era posible expresar quién sería representante, que para eso se votaba. Frances, ansiosa, se comió la mitad de mi comida que yo no pude terminar. Si era elegido Brock estaríamos jodidos. Ni hablar de Horace. Esperaba que nadie lo votase ya que dudaba que lo soportaran mucho tiempo, aunque alguien tan busca pleitos podía ser beneficioso ya que por insoportable podía lograr lo que quisiera. Estaba al tanto de las estrategias de Horace: repartija de botellas de fermento, arreglo gratis de lámparas y calentadores, lisonjas a las ancianas sobre lo hermosas que se veían. Incluso, algunos rumoreaban que Horace había ofrecido favores sexuales a las viudas y solteras.

Al acercarse la hora de la finalización de la comida, nadie caminó por los pasillos ni cumplió con los ejercicios matutinos. Todos aguardábamos en las sillas, mirábamos hacia la mesa de los conectores en tanto recontaban los nombres por segunda vez, pasando los papeles de un recipiente a otro.

Al fin, de pie, nos solicitaron silencio y el conector Leroy nos habló:

—Ya tenemos la lista con los resultados. Este año se ha decidido que no será publicada para no generar roces. Anunciaremos los dos primeros puestos. Si dentro del próximo año el representante es removido de su cargo, asumirá el segundo y así. Si el segundo es removido, sigue el tercero.

Horace se levantó:

—¿Y esas reglas desde cuándo existen? No figuran en los carteles. Qué se andan inventando ahora —dijo acercándose a los conectores.

—Señor Tolly, le pido que se siente —dijo Leroy levantando las manos hacia el techo con un gesto exagerado que causó que varios se rieran por lo bajo.

—Estas normas han sido consideradas pensando que de esta manera la zona no quedará sin representante en tanto se designa uno nuevo —aclaró el conector Wallace.

—A mí me parece que nos están timando. ¿Desde cuándo hay dos representantes? —gritó acercándose aún más al conector Leroy.

—No hay dos. Solo hay uno.

—Dijo que había dos. ¿O ahora se ha cagado?

—Señor Tolly, solo hay un representante. El segundo asume en caso de que el primero no pueda. Se sienta así podemos continuar —dijo Wallace parándose y mirándolo con el seño fruncido. Durante unos instante se miraron de tal manera que parecían la misma persona frente al espejo.

—Yo quiero saber en qué lugar estoy. Quiero ver la lista —dijo Horace en

tanto crecía un murmullo pidiéndole que se sienta.

—La lista será puesta en consideración en la reunión con los representantes que se celebrará como siempre. Ha sido una medida de Colonia Bórax para evitar que quien quedase sin votos se sintiera dolido como ha sucedido en otras oportunidades ya que genera roces con los vecinos.

—¡No tengo votos! ¿Nadie me votó? ¿Por qué nadie me votó? ¿Quién no me votó? —dijo y se giró para mirarnos mientras el murmullo se convertía en silencio.

—Los votos son privados. Ahora si no se sienta está obstaculizando la elección de un representante. Si fue votado o no debería ser suficiente respuesta la actitud egocéntrica y agresiva que está manifestando ahora mismo y que perjudica a sus compañeros de la Zona 1 —dijo el conector Wallace levantando la voz hasta sonar como una sirena de alarma, a lo cual Horace enmudeció, sospecho más que por no entender si lo que le dijo el conector había sido un insulto. Cuando Horace se sentó, previo golpe de puño sobre la mesa, el conector Wallace le dijo a Leroy que continúe.

—En segundo lugar ha sido elegido Fletcher Garrett. El representante de la Zona 1, quien tomará función, previa certificación en Colonia Bórax para integrar la reunión general, es Devin Green.

Mi nombre en la boca del conector fue como un puñetazo en el estómago que me arrebató el aire. Arden saltó de la silla y me palmeó la espalda. Marshall gritaba que otro chatarrero, es que los chatarreros tenemos cojones, y se arrimó a felicitarme. No podía moverme. Un aluvión de imágenes cayeron sobre mi cabeza, como una pila de estaño derrumbándose y tapándome. Ya no dispondría de tiempo libre para mi familia. ¿Podría seguir visitando al Loco? ¿Me la pasaría escuchando los problemas de todos? ¿Por qué creerían que sería un buen representante? ¿Por respeto al abuelo Ollie?

Me levanté en tanto me aplaudían. Frances me miraba tan sorprendida como yo. Me besó la mejilla y me empujó para que me acercase a la mesa de votación. Le ofrecí la mano a los conectores. ¿Podía decir que no? Shiri se acercó y me dijo que tenía ya un pedido en tanto los demás comenzaron a gritar que acá representante, quiero un cambio de módulo. Era la misma broma que todos hacían hasta que el representante tomaba las funciones de manera oficial. Fletcher me felicitó. Casi estuve por decirle que era mejor que él fuera representante y que yo quedase en segundo lugar, pero los rostros de mis compañeros de zona, sus felicitaciones, me empujó a sonreír y a agradecer. Mi discurso fue apenas un haré lo mejor que pueda. Alguien mencionó el nombre

de Ollie, un hombre intachable. Fui empujado a superar al abuelo para no decepcionar a nadie. Con apenas unos minutos de haber sido elegido representante, ya me pesaba como una viga.

No hubo más tiempo para celebraciones y nos movilizamos hacia la zona de trabajo. Me demoré en firmar los papeles que los conectores armaron en el momento, en la misma mesa de la votación.

Al entrar en la chatarrera, un aluvión de golpes de metales me recibieron. Marshall, con una varilla, golpeaba contra la maquinaria; otros, habían improvisado unos tambores como los infantiles de latas.

Durante esa jornada, cada tanto, me miraban y me sonreían. Estaban felices por tener un representante entre ellos. Pensé que los chatarreros éramos los más privilegiados de la Zona 1 y de la Zona 2, así como los ingenieros lo eran de la Zona 3 y de la Zona 4.

Algunos, discutían que si un chatarrero era invitado a sumarse a los ingenieros, siempre ayudaría a nuestra zona. Otros, más fantasiosos, hasta pensaban que si era invitado a la Colonia Bórax, como había sucedido en muy pocos casos, su influencia podría beneficiarnos con mejoras en la zona. El lema era que jamás te olvides de tu hermano chatarrero. Frances decía que ellos pensaban lo mismo de los educadores y, según el abuelo, lo mismo resultaba en ingeniería.

## AÑO 185 DD / JORNADA 233

El día de mi nombramiento oficial me levanté más temprano. Frances había conseguido remendar mi ropa con parches dignos. Me había rapado el cabello que empezaba a encresparse. Me repetía que estaba orgullosa y que en aprendizaje ya la llamaban señora del representante, y hasta le regalaron unos adornos para decorar su salón de clase. Comencé a sentir ese privilegio cuando me preparaba para asistir a la reunión. Luego de la comida principal, en lugar de dirigirme a la chatarrera, iría al L3, lugar donde se reunían los pocos miembros de información, donde trabajaba Arden, para celebrar la reunión entre representantes. No conocía más que de nombre a los representantes de Ingeniería. Sabía por el abuelo Ollie que los únicos presentes, por fuera de la reunión, serían dos trabajadores de la Zona de Información, por lo general, designaban a la hermana de Arden ya que escribía a gran velocidad.

No deseaba entrar al comedor. Los días anteriores me habían atosigado a preguntas, pidiéndome consejo, adelantándome sus pedidos. Respondía con una sonrisa de adorno y escuchaba. Mi espacio se achicaba más y más. Mi madre estaría contenta con mi designación, también mi abuelo y mi padre. Algo me impedía sentirme feliz. Algo ensuciaba esa pared donde se rayaba mi vida y no brillaba ni con la lámpara más poderosa. ¿Por qué todo me resultaba de la misma chatura que una baldosa de aluminio? ¿Por qué el techo siempre amenazaba con aplastarme? La falta de aire era la falta de espacio para estar en soledad, para escapar de las miradas. Ser representante lo empeoraba, pero debía intentar encontrar el lado benigno: recibiría dosis extra de moléculas por mi labor, mis hijos no sufrirían carestías, podría reconsiderar solicitar mi pase a ingeniería.

Golpeé la puerta del L3. El conector Wallace me abrió y me indicó mi silla. Stella me felicitó mientras acomodaba la mesa. Llegó, al poco tiempo, el representante de la Zona 2, Leroy y el conector Roshan y, por último, el conector Tylor y Nils Pellesen. ¿Qué hace aquí?, pensé.

Ni bien todos se sentaron, el conector Wallace comenzó a hablar.

—Asunto primero. Fue aprobada de Colonia Bórax la designación del señor Devin Green como representante de la Zona 1. Lo presento, formalmente, ante el representante de la Zona 4 que es el señor Norman Denton; el señor Nils

Pellesen, el representante de la Zona 3, en reemplazo permanente del anterior representante —dijo y luego permaneció en silencio en tanto Nils me observaba con fijeza. Lo miré de la misma manera, sin digerir que él y yo estaríamos frente a frente, en la misma reunión, cada lunes.

—Representante Green, en primer lugar haremos una lista de asuntos urgentes; luego, los menos urgentes. Usted, por ser su primer día, aún no tiene ningún pedido. Aquí tiene las planillas para las diferentes solicitudes. No las derroche. El material con que están hechas es muy escaso. Primero, deberá intentar resolver los pedidos y problemas por su cuenta, razonar con los solicitantes sobre el costo de cada pedido. Luego, lo que no ha podido resolver, llegará a esta reunión. ¿Está de acuerdo? —me preguntó el conector Wallace.

—Acuerdo.

—Entonces, pasemos a su juramento. Le pedimos que se ponga en pie. Ahora, ¿jura realizar su trabajo sin privilegiar a sus amistades, siendo justo con todos, respetuoso y abierto a solucionar las disputas?

—Sí.

—“Sí, lo juro”, debe decir.

—Sí, lo juro.

—¿Jura respetar los acuerdos que se logren en estas reuniones por arriba de sus deseos, apoyando la palabra de los conectores?

—Sí, lo juro.

—¿Jura ser un ejemplo de las normas, el orden, como cabeza de generación y como representante?

—Sí, lo juro.

—Jura no hablar más allá de estas paredes sobre el nombre de conectores, representantes, sucesos, zonas, conflictos. En caso de hacerlo, será removido del cargo. Queda notificado.

—Sí, lo juro.

—De ahora en más, es oficialmente el representante de la Zona 1, elegido por los habitantes de dicha zona en un acto llevado por los conectores Roshan, Tylor, quien habla, Wallace y Leroy. Adjunte, señorita Benson, la planilla de la votación. Antes quiero que todos la vean.

Cuando llegé a mis manos, pude observar que resulté casi empatado con Fletcher. Muy por debajo estaban los demás, quedando sin votos tanto Horace como el hijo de los Brocks. No retuve demasiado la lista porque me resultaba incómodo y pasé la planilla a Ernest Gale, el nuevo representante de la Zona

2, sentado a mi derecha. En tanto, Stella registraba con rapidez lo que hablábamos. No podía evadir la mirada de Nills porque estaba sentado del otro lado de la mesa, justo frente a mi cara.

La reunión me resultó entretenida y corta. Me enteré de los futuros matrimonios, de algunos conflictos, de ciertos pedidos de Colonia Bórax y de otras colonias. Trataba de acaparar toda la información, hasta la más inútil. ¿Qué pensaría el Loco de mi nueva actividad? ¿Ya estaría enterado? Por mis manos discurrían planillas, órdenes de informes, relatos de acontecimientos. Nils no dijo más que lo justo. Esperaba que me mirase de manera hiriente o que hiciera algún comentario, pero sólo habló cuando se le preguntó o cuando debió informar sobre algún suceso de la Zona 3.

Al salir de la reunión, al contrario de cómo me sentía antes, las ideas fluían sin agolparse. Me saludaban con un “buenas, representante”, “Señor representante” y, poco a poco, me gustó ese nuevo nombre.

Frances, más animada y sin mencionar nuestra última pelea, llegaba del mercado, sonriente, cargada de paquetes tras conseguir mejores trueques. A veces, me mostraba los zapatos que pronto usarían los mellizos, la ropa que había intercambiado por una lámpara inservible. Hasta pensaba decorar el módulo con unas láminas de la Zona de Aprendizaje. Dos de ellas eran muy bonitas y, según me explicaba, con colores fuertes para que los mellizos las vieran a diario. Luego, podría enviarlas a reciclaje, que no hacía mal con retenerlas un poco más. Agregó: “Si el representante no se opone”. Le dije que no, que me parecía bien.

Cuando ella mencionó colores, recordé que no había usado las ceras para dibujar. Esa noche, permanecí con la luz encendida luego que Frances y los mellizos se durmieron.

Me llevé el café con jarabe D a la mesa. Lo tomaría justo un rato antes de acostarme. Vacíé el lugar muy despacio para no hacer ruido. Abajo de la cama, en el escondrijo, permanecía el cuaderno que el abuelo me había regalado, pero que nunca saqué porque no había podido estar solo. Cuando Frances se aseaba, si los mellizos me observaban meterme debajo de la cama, estaba seguro que me imitarían y descubrirían el escondite de las semillas que aún guardaba allí también. Si Hana se encaprichaba con levantar el panel metálico, ni un tarro de bulones la disuadiría.

Separé una de las hojas toscas. Dentro de una cajita metálica se ordenaban las ceras coloridas, unos tubos similares a los de grafitos. Las observé bajo la luz. Los colores eran brillantes y limpios como recién lavados. ¿Qué



dibujaría? Permanecí ante la hoja limpia. No quería desperdiciar las ceras ni quedarme sin hojas. Dibujaría solo algo importante. Observé de nuevo el papel y pasé la mano sobre su superficie. Su olor no me recordaba a nada, no disparaba ninguna memoria. Al rato, llegó la imagen de Ivo, el agua roja que se formaba junto a su cuerpo, espesa y pegajosa, hasta convertirse en la masa de catán, una masa de cono. No deseaba dibujar a Ivo, mucho menos su muerte. ¿El módulo? Tampoco. Luego, apareció la imagen de la colonia, una caja dentro de una caja. Si dibujaba, podría ordenar en mi mente todo el espacio. Primero, dibujé una caja conectada a otra caja y a otra. Las cajas eran las colonias y la conexión, los pasillos intercoloniales. Hacia los costados, no sabía, pero por arriba estaba el antes. Afuera, las ciudades destruidas laceraban un cielo oscuro, pestilente y venenoso. Dibujé cajas como colonias apiladas hacia arriba, hacia ese cielo que el abuelo me contó que antes tenía luces, lámparas desde donde caía agua blanca. Algo me impedía dibujar el antes. Me faltaban detalles. No podía rellenarlos. ¿Cómo bajaban y subía de la zona más alta a la zona más baja? Las escaleras que usaban los ingenieros para reparar las luces y el techo, que había visto en algún pasillo, eran incómodas para subir grandes espacios. Además, si alguien subía, nadie podía bajar. De todas maneras, dibujé una escalera que atravesaba desde el módulo más bajo hasta el décimo.

Al costado de la pila de módulos, arriba, dibujé una especie de esfera gigante con patas, el resto de un Aparato Inferno casi abierto para vomitar las armas letales, derramarse hasta convertir el aire en veneno, un fuego invisible que quema hasta el centro de todas las cosas y las convierte en una masa negra y retorcida. Lo recordaba de haberlo visto durante mi aprendizaje cuando nos contaron de la guerra. Agregué las supuestas masas calcinadas alrededor del aparato. El dibujo se tornaba negro sobre negro, gris, sin nada de colores. Debería haber algo de cielo celeste luego de tantos años, tal cual en la lámina del Loco. O quizás no. Quizás el afuera sea tan oscuro como un pozo lo cual sería lo mismo que vivir aquí abajo. Vivir enterrado bajo tierra era similar a vivir enterrado sobre el cielo. En la oscuridad total no existe el arriba ni el abajo, pero siempre habrá un arriba del arriba, ese lugar luminoso y colorido, limpio, de agua blanca, refulgente. Un arriba del antes, inalcanzable.

Me dormí sobre la mesa con la pesadez de la desolación. Dibujar limpió mis pensamientos, pero me había borrado la esperanza.

Como expresamos con anterioridad, ante la falta de luz así como la ruptura de los ciclos circadianos, hemos observado en las primeras generaciones un aumento en la mortalidad y en los estados que afectan derivando en cambios de comportamientos y alteración de las relaciones sociales. Las primeras intervenciones de los especialistas en salud han sido decisivas para aliviar los padecimientos en las colonias.

A pesar de las recomendaciones y protocolos de intervención, no se logró superar el problema. Me pregunto si es un problema. Quizás debemos cambiar de óptica y evaluarlo como un nuevo desafío al que debe someterse nuestra especie. Algunos han demostrado un sentido auditivo mucho más refinado. Incluso, hay quienes dicen "escuchar" con la piel mediante las vibraciones que transmiten las paredes, pisos y techos metálicos. Antes que creer que nos sumergimos en un pozo sin fondo, debemos pensar que todos los signos demuestran que nuestro sistema biológico está adaptándose a los nuevos estímulos y formas de vida, tales como escenarios reducidos, cambios en la dieta y en la ingesta de líquidos.

El ser humano, al estar sometido a nuevas estimulaciones luminicas, es obligado a una adaptación rápida a su nuevo entorno. Desconocemos el alcance de la misma. Quizás, uno de los cambios fundamentales suceda a nivel visual. Nuestros antepasados adquirieron una visión estereoscópica al vivir en un ambiente abierto, casi infinito. En cambio, la vida en las colonias, en un ambiente restringido y con ahorros en energías luminicas, nos sumerge en la penumbra. Además, se ha probado la relación entre la ausencia de luz y los estados nostálgicos y las crisis de tristeza.

Cada conquista del ser humano, acaso, no ha comenzado como un desafío?

JACK

AYER NICK ME GUSO  
LO DE LOS GOLPES. TE  
LO ESCRIBO DETRAS DE  
ESTA PLANILLA PARA  
QUE LO MEMORICES. DICE  
NICK QUE DESTO ES ROMRAS  
ESTO ~~Y~~ LO METAS EN EL  
TARRO DE RECICLAJE.  
NUNCA NADA A NADIE.  
NO ES DIFICIL. PRIMERO BA  
LA PARTE DE LA ISQUIERDA  
QUE ES LA 1.

NO TE OLVIDES DE PONERLO  
TE QUIERE MEL

			2					
		1	2	3	4	5	6	
1	1	A	B	C	D	E	F	1
	2	G	H	I	L	M	N	2
	3	O	P	Q	R	S	T	
	4	U	V	W	X	Y	Z	

## PARTE II

## AÑO 197 DD / JORNADA 170

### I

En la chatarrera, Tomé se acercó a mi mesa de trabajo acompañado por el conector Leroy y cinco muchachos de la Zona de Aprendizaje. Había solicitado observar la labor de los chatarreros para decidirse si seguir mi oficio o el de Frances. Hana, siempre tan decidida, había descartado ser una educadora porque demandaba paciencia. En el último punto de la planilla, ella sola escribió que estar en contacto con los artefactos que llegaban del afuera era más divertido que cuidar infantes. Habíamos hablado varias veces de lo agotador que era ser chatarrero, pero ella me veía desarmar algunas piezas en el módulo, hacer algunos dibujos, y creía que eso era todo. Estaba tan segura que, a pesar de los consejos de Frances, no había concurrido a la chatarrera ya que ni bien cumpliera catorce años se incorporaría a mi mesa, sin dudarlo. En cambio, Tomé no mostraba interés por ayudarme en los arreglos de lámparas ni otros artilugios; en realidad, no mostraba interés en casi nada más que en sus amigos, a pesar de que esas reuniones furtivas, las charlas en el pasillo antes del ingreso a clase, se acabarían al ingresar a la zona de trabajo; incluso, la mayoría de sus amigos, acomodados en otras zonas, se enlazarán con trabajadores de la misma área. Me preocupaba la falta de responsabilidad de Tomé, la poca atención que volcaba en sus actividades que realizaba tan solo por obligación y, por lo general, bastante mal. En cambio, Hana, con tan solo trece años, ya se encargaba del trueque, mantenía organizada mi mesa de trabajo, me ayudaba con las planillas de pedidos para las reuniones, preguntaba sobre el rol de representante, hasta aportó ideas sobre cómo enseñar a los nuevos chatarreros mediante dispositivos modelos que podrían exhibirse en la Zona de Aprendizaje para ser consultados por los aspirantes. Se entusiasmaba con las celebraciones, decoraba una vez por semana el módulo moviendo los objetos de lugar, armando guirnaldas con la ropa. En parte, me recordaba a mi madre cuando se encerraba en el aseo a contar piezas. Hana inventaba nuevas formas de entretenerse. En cambio, Tomé no se entretenía con casi nada y se pegaba a su hermana para seguir las actividades que ella inventaba, aunque con desgano y tras afirmar que no tenía nada más que hacer. Desde el fondo de su voz, sonaba un hombre ya derrotado. Me asustaba su quebradura, su estado casi morbosos escarbando siempre las catástrofes del pasado, insuflando temor ante el posible tapado del conducto

de aire o el aislamiento ante la destrucción del pasillo intercolonial. Él creía que los módulos flotaban en un aire visible, negro, y que ese aire se metería por los conductos y nos asfixiaría a todos. En su mente, armaba pequeñas catástrofes: la muerte de toda la colonia, el fin de la humanidad. Solía acosar a Frances con detalles de los Dispositivo Inferno. Las veces que había tomado mis hojas para dibujar, a mis espaldas, eran sus miedos. Pero sus miedos no le aterraban, sino que le producían un estado de embeleso, como si la muerte pudiera poner fin a su encierro o aportarle una vida distinta. Cuando creía conocer a mi hijo, él decía o hacía algo que me desconcertaba y volvía a sentirme un extraño ante su presencia. Compartíamos el don de la observación, de ese espacio interior poblado con nuestras dudas y la visión particular de nuestro entorno. Pero yo intentaba crear una rajadura de luz hacia un futuro mejor; en cambio, Tomé poblaba su interior de tragedias masivas donde no quedaba nadie para habitar nuestro futuro; de un manotazo, borraba la salvación, el afuera, el mañana, incluso, borraba su hoy. Lamentaba que mi hijo viviera inmerso en todas esas tragedias, pero comprendí que el encierro, a cada uno, lo construye de manera diferente.

En los últimos dos años, Frances y yo discutimos sobre el destino de los Green si Hana contraía matrimonio en otro conjunto habitacional y si Tomé resultase la cabeza de la generación siguiente, él quedaría solo en el módulo. Había sido nuestro deseo engendrar dos hijos más para asegurarles ayuda cuando nosotros estuviéramos muertos. A pesar de varios pedidos de exclusión, nunca pudimos tener más hijos y dejamos de intentarlo.

Durante la visita de los jóvenes de educación, el conector Leroy acercó a los muchachos a mi mesa de trabajo y, como representante, debí mostrarles el lugar y hacerme cargo de que ninguno abandone la chatarrera durante la jornada. Tomé se sentó en mi banqueta y se puso a jugar con un martillo. El hijo menor de Horace saludó desde lejos a su padre y me preguntó qué hacía en ese momento. Aproveché para contarles de mi trabajo, de la rutina. Evitaba indicarles que era una actividad tediosa y pesada, ya que necesitábamos una generación más numerosa de chatarreros porque en los últimos años el trabajo se había duplicado debido al mantenimiento de diversas colonias, sobre todo por la búsqueda de elementos más difíciles de conseguir por ser componentes raros, como el caso del cobre. Cuando llegaba una bobina, nos abocábamos a ello para recuperar hasta el último trocito que era despachado inmediatamente. Además, desde Colonia Bórax habían ordenado que se llevase un registro de quién encontraba esos materiales, ya que quien aportase más sería

recompensado. Con este propósito, cuando llegaba nueva chatarra, organicé numerar cada pieza, extraer números al azar para asignar a cada mesa de trabajo su chatarra y así evitar conflictos. Algunos poseían un buen ojo para descubrir la chatarra que podría encerrar componentes interesantes y peleaban por acapararlas. Luego, ante la poca suerte que tenían otros y las múltiples quejas, decidí que, si bien Colonia Bórax podía seguir llevando su conteo, lo que se ganaba de manera extra se repartiría, siguiendo un orden en una lista, de manera igualitaria. Cuando cada uno obtuviera su paga en moléculas, se volvería al primero de la lista. Al comienzo, resultó una buena idea, pero se complicó cuando alguien cedía el lugar a un vecino por requerir moléculas para un familiar, y solicitaba ser subido en la lista. Quien era desplazado, a veces, se quejaba dando lugar a nuevos conflictos. De todas maneras, decidimos que, hasta hallar otra forma más justa, seguiríamos con el método para repartir los recursos extra.

Uno de los muchachos de aprendizaje era el más alto y se lo notaba bastante seguro. Retó a otro a levantar una maquinaria. Era una destreza bien celebrada ya que algunas pesaban tanto que eran necesarios varios chatarreros para moverlas desde la compuerta de entrada de nuestro conjunto hasta el centro de nuestra zona de trabajo. Como no podíamos valernos de un carro como en la intercolonial, la arrastrábamos con telas trenzadas de nailon u otro material reforzado, cada vez más difícil de conseguir.

El hijo de Frank Temple se acercó a un fragmento de un motor a medio desarmar que había llegado unas jornadas antes y miró a su padre. Tomé se levantó aún con el martillo para observar la proeza del muchacho. El hijo de Temple se agachó, enderezó la espalda como su padre le habría enseñado y asió el artilugio para medir el peso y probar por dónde levantarlo. Su padre le indicaba la forma de acomodar su cuerpo para no dañar la espalda. Los imaginé en su módulo levantando chatarra como ejercicio y contándole que él era el más fuerte de toda la chatarrera. Y lo era. En cada ocasión, solía desnudar su torso para mostrarnos sus músculos y hasta demostrarnos que él podía levantar el mismo peso que tres hombres juntos.

El rostro del hijo de Temple comenzó a transformarse en una mueca arrugada y rojiza a la par que emitía un gruñido. El artefacto era más pesado de lo calculado, pero como toda la chatarrera y su padre estaban observándolo: fallar era una humillación. Temí que se lastimara y estuve a punto de frenarlo aunque Frank se enfadaría ya que, tal vez, había enseñado a su hijo desde pequeño tan solo para que nos demuestre, en ese instante, la

fortaleza de los Temple. Poco a poco, la chatarra se levantó del suelo a la par que el rostro del muchacho se volvía más y más rojo. Tomé se había acercado todavía más para mirar de cerca. Él jamás llegaría a levantar ni una lata llena de tuercas. Su hermana le decía el “sin músculos” porque era alto, delgado y, además, levantar cualquier objeto ya constituía un acto tan laborioso que ni siquiera lo intentaba.

La maquinaria se despegó del suelo, hasta la altura de las rodillas, y los brazos del hijo de Frank comenzaron a temblar. Su padre se había adelantado unos pasos para decirle que tenga cuidado con los pies. Si dejaba caer la chatarra sobre su pie, lo más probable es que se lo fracturase en varias partes. Entonces, luego de gemir más y más fuerte, con un grito que retumbó en toda la chatarrera, dejó caer la pieza metálica que emitió un sonido tan fuerte que hizo vibrar el módulo; muchos nos agachamos instintivamente como si se nos cayera la chatarrera en el cabeza. El muchacho bajó la vista. Frank se acercó y le dijo que ni dos personas pudieron levantar eso, que se necesitaron tres, incluido el mismo Frank. El hijo de los Harlan, que había aceptado el reto, se acercó mientras su padre, André, le decía que si se había puesto ropa interior, chiste que relajó los ánimos. A pesar de los intentos y los gritos del muchacho para avivar sus fuerzas, la pieza no se despegó del suelo. Aplaudimos al hijo de Temple que se levantó la ropa para mostrarnos los músculos. La hija de Steph Bryon se rió y él le arrojó un beso. Pensé que ya tenía seguro el primer pedido matrimonial de la nueva generación de nuestra zona. Tomé se acercó a la chatarra y dejó el martillo en el suelo. Intentó levantarlo y dijo solo “auuu” y se frotó las manos que se le habían tornado rojas. Devin, tu hijo necesita más pulpa de catán, me gritaron. Tomé respondió que no le gustaba, y era cierto. No había manera de que se comiera nada que fuese fabricado con catán luego que observó en la Zona de Aprendizaje una lámina con la anatomía de esos animales.

Como habíamos preparado una breve comida para las visitas, dejamos de trabajar y nos acercamos al rincón de descanso. Cada uno de los visitantes hablaría con sus familiares y, casi en un año, al completar la planilla, serían arrojados por el resto de sus vidas a una de las zonas de trabajo. En nuestro caso, las mejores ofertas consistía en educación e información. Diferente era el caso para aquellos que nacieron en ingeniería. En ese caso, aspiraban a dirigir el armado de las moléculas, planificar los turnos y controlar los materielas, como me dijo el abuelo Ollie. La elección del oficio era una de las decisiones más complejas que uno debía enfrentar, ya que no se solían aceptar



cambios por arrepentimiento para evitar una avalancha de pedidos de traslado. Además, si nadie en la familia conocía el oficio, ¿quién se haría cargo de enseñarles?

## II

Luego de la jornada laboral, los conectores solicitaron una nueva reunión con los representantes ante los temas pendientes por resolver, como la celebración de un nuevo aniversario del Día de la Salvación y varios conflictos entre cabezas de generación que habían originado rupturas de ciertas reglas. Suspendí mi visita a lo del Loco para la jornada siguiente.

La reunión solo consistió en una formalidad: los conectores ya habían decidido. Desde hacía varios años, los representantes éramos los mismos. Con Ernest Gale nos reuníamos a diario en el comedor para aunar los pedidos entre nuestras zonas y acordar nuestras decisiones. Cuando Nils Pelleesen se oponía era, en general, cuando significaba una pérdida de privilegio de la Zona 3 que representaba; de lo contrario, aceptaba en silencio. Igual actitud demostraba quien ahora era la representante de la Zona 4, Virginia Madison.

Al terminar la reunión, agotado, necesitaba cerrar los ojos y desconectar la vista de las placas metálicas idénticas y de los rostros. Nunca había pensando que ser representante fuera tan asfixiante. El trato continuo, las consultas de búsqueda de soluciones rápidas ante nimiedades cotidianas, los pedidos más estúpidos, por no mencionar los conflictos por idioteces como un trueque que fue un intento de dar muerte debido a un corte con una lata mal pulida, temas por el estilo que mantenían entretenido a los vecinos y le brindaban horas de charla, a mí resultaban un fastidio.

Al salir de información, me crucé con familias de la Zona 4 en su tiempo libre y algunos en su turno de usar la Doscientos. Cuando entré al módulo, Hana me asaltó con preguntas, como era su costumbre.

—¿Alguna novedad? —me dijo interponiéndose en mi camino al aseo, dejándome con la espalda apoyada en la puerta del módulo que acababa de cerrar.

—Ninguna —le respondí.

—¿Algo?

—Nada. Déjame pasar, Hana, estoy agotado.

—Deja pasar a tu padre, vamos, ayúdame con esto —le ordenó Frances.

—Que lo haga Tomé. Yo siempre tengo que hacer todo. ¡Tomé!

—No acepto órdenes tuyas, no eres mi madre —gritó Tomé desde su cama mientras yo me metía en el aseo para lavarme y cambiarme de ropa.

—No es justo, mamá. ¿Por qué él está tirado y yo tengo que trabajar?

—Porque seré la cabeza de la generación y seré el nuevo chatarrero Green —dijo con voz segura a lo que tuvo de respuesta las risotadas de Hana.

—No puedo creerlo. Si no levantas ni un plato.

—Yo no seré levantador, para eso está Temple. Vieras cómo levantó un pedazo de *ferro*.

—Fragmento de motor —le grité desde el aseo.

—Da igual.

—Ves, papá, no sabe diferenciar una lámpara de un reciclador de comida.

—Sí que sé, pero a mí me da igual. Y te decía, no me interrumpas cuando hablo...

—¡Uf!, ya comenzó —dijo Hana y la imaginé dándole la espalda como cada vez que desea dejar de escuchar a quien hablaba.

—Que no seré la fuerza bruta, sino la inteligencia —dijo en tanto se escuchaban más risotadas de Hana—. Yo diseñaré nuevos artilugios e inventaré nuevas lámparas más potentes, un mejor uso de los calentadores y cosas por el estilo. Imaginen que los tubos de aire ya no dan aire. Podría inventar un aparato que jale el aire con fuerza y lo tire para el módulo, con aspas giratorias. ¿No es cierto, papá?

—Si le pones empeño —dije mientras mojaba mis cabellos con el agua turbia que, con seguridad, ya habían usado varias veces.

—Lo pondré. Tengo casi un año para ponerme. Es más, esta hora oscura me voy a poner, papá, y voy a trabajar en tus diseños.

—Hoy no. Estoy cansado. Luego de comer, me acuesto.

—Pero si necesito aprender.

—Tienes un año.

—Ya deja a tu padre respirar un poco que recién llega de una reunión—. Frances volvió a salvarme.

—Un día, papá, yo seré representante como el abuelo Ollie y como tú.

—Yo seré representante —dijo Hana a lo que Tomé, imitándola, se rió.

—No se puede. Sólo pueden las cabezas de generación —dijo Tomé.

—Aún no está decidido. Aún puedo ser yo. ¿No es cierto, papá?

—Lo hablamos luego.

Me senté para cenar en tanto continuaban las discusiones. Observé la luz de la lámpara. ¿El Loco cenaría en soledad?

## AÑO 197 DD / JORNADA 195

Como todos los Días del Trueque, me acerqué al módulo del Loco. Aún le llevaba mis dibujos, aunque no con la misma frecuencia que antes, ya que él no había podido conseguir más materiales y en el mercado solo aparecían de manera esporádica.

Durante casi un mes, el Loco había estado en la Zona Médica por una enfermedad. A pesar de solicitar un permiso de visita en la reunión de representantes, no me permitieron el acceso. Extrañaba mis encuentros con él, temía que pudiese morir y ni siquiera enterarme del suceso. Él tendría la edad del abuelo Ollie cuando murió, aunque el Loco jamás mencionaba su edad exacta.

Golpeé el marco de la puerta abierta. Al descorrer la cortina, él me esperaba para comer con la mesa reubicada bajo la lámina del antes que nos gustaba, una botella de jugo y un plato repleto de comida. Algunas veces, apoyaba junto a mi plato un informe para discutir sobre algún asunto de su interés o, como supe luego, era la manera de entretenerse. Después, él agregaba información extra a esas hojas: “Dibujos de los niños de aprendizaje”, “Fragmento escrito en un papel deteriorado y anónimo hallado en un recoveco del módulo N24A”, “Año 177 DD / jornada 22 copia del acta de reunión entre los representantes y los conectores en la Zona de Información (L3)”, “Año 0 / Día 0 testimonio recuperado”, “Carta con el logo de Colonia Bórax de la Administración Colonial”. Luego, los guardaba en algunos de los baúles, pero jamás me había invitado a abrirlos, y yo no se lo había pedido. El módulo del Loco era un competidor a la altura de la Zona de Información.

Cuando me senté, él observó que no traía dibujos.

—¿Nada?

—Nada. No pude en estos días está todo muy movido. Estoy todo el tiempo cansado.

—¿Ahora se reúnen más seguido? —El Loco me sirvió un vaso de jugo y comenzó a llenar mi plato.

—Cada tres o cuatro días.

—La cosa está complicada. Ya le dije a Steven que se fue de control. No soy de aquellos que les gustan demasiado tantas normas, pero hay que limitar los nacimientos. Más y más amontonamientos y la colonia no es una masa de catán que se estira.

—Uno de los conectores habló de una posible expansión. Parece que los de

ingeniería quieren intentar anexar algún nuevo espacio achicando el pasillo que conecta con la intercolonial.

—Allí hay varias compuertas. ¿Quién mencionó lo de la expansión? —dijo en tanto se levantó y trajo mi dibujo del Conjunto Habitacional 34. Junto con el Loco habíamos agregado el pasillo intercolonial y las cuatro compuertas.

—Fue Leroy.

—Ya te digo que si fue Steven, entonces, será un rumor que da por hecho. Le aconsejé que cierre la boca, pero como no posee tanta influencia, no tiene información interesante y dilata lo que escucha por ahí. Quizás alguien de ingeniería dijo que estaban pensando en eso, tan solo un deseo, y ahí fue Steven a soltar la lata. Está alterado por la llegada del nuevo conector. Creyó que él podría ascender, pero resulta que al conector nuevo lo enviaron ya para que se coloque arriba de él. Mala suerte, mi amigo. Algunos nacen para estar siempre debajo —terminó de decir sentándose mientras yo corría los vasos y la botella para desenrollar el dibujo y observamos el pasillo de salida al conjunto.

—¿Cuatro compuertas? Será difícil pasar un bloqueo —dije.

—Imposible. Cada compuerta se abre y se cierra con un mecanismo ubicado en distintas regiones. Se necesitan cuatro personas para que el pasillo quede completamente abierto.

—¿Así son todos?

—No. El de Colonia Bórax tiene más de diez compuertas. Las fui contando el día que me desterraron. Pero una sola de esas compuertas alcanza y sobra para aislar un conjunto habitacional de una colonia. Nosotros somos el 34, por lo tanto la Colonia Neón tendrá treinta y cuatro como mínimo. Si hubiera una epidemia, bien podrían cerrar una compuerta y cortar el aire.

—O envenenarlo.

—Así es. ¿Quién lo sabría?

—Eso hicieron con mi padre. Cerraron la cocina, el comedor, y cortaron el aire para apagar el fuego.

—Claro. Mira acá. Cada pasillo de sector remata con una compuerta. Cierro esta compuerta y los módulos de la Zona 1 quedan aislados. Así de fácil.

—Habrá llevado años planificar todo esto con tanta perfección —dije y comencé a contar la cantidad de compuertas de nuestro conjunto habitacional.

—Pensaron en todo. Al fin, según dicen, una revuelta o una epidemia podrían acabar fácilmente con los humanos.

—Un artilugio perfecto, una maquinaria con engranajes que encajan y uno mueve al otro, como esas piezas antiguas de música. ¿Sabes que nos llegó una casi intacta? Estuvimos un rato hasta descubrir cómo hacerla andar. Nos quedamos estupefactos al oír ese sonido metálico.

—¿Quién la tiene?

—La escondimos en la chatarrera. Fue un momento raro, como si cada uno sintiera la emoción de los demás, una gran emoción construida entre todos. Solo se escuchaba el sonido de los golpecitos metálicos y las respiraciones. Los sonidos del antes. Estábamos escuchando sonidos del antes. Hasta Horace se emocionó.

—Horace el Bruto emocionado. Yo también estaría emocionado. ¿Podría verlo?

—Podría traerla la próxima vez, a escondidas, pero no puedo dejártela.

—Está bien. Me conformo con escuchar.

—No puedo describirlo. No tengo palabras. No fue la única vez que la escuchamos. Cada tanto, comenzamos a mirarnos y ahí sabemos que es el momento de hacerlo. Entonces, alguien se queda pegado a la puerta y dejamos de trabajar para girar una manija y escuchar la música metálica. Dibujé el mecanismo. Quizás pueda confeccionar algunas.

—¿Sería maravilloso! ¿Podrías hacerme una? No te preocupes por los materiales. —Sabía que él me lo pediría y su entusiasmo brillaría durante muchas jornadas.

—Aún no me puse a diseñarla, pero pensaré en los materiales. Volvamos a eso de la ampliación —dije luego de que nos quedamos callados pensando en el rodillo de la música.

—¿Dónde querrán ampliar? ¿Desde la segunda compuerta? Debe ser desde la primera, pegada a la entrada para no restar espacio del pasillo—dije señalando la posible zona que era ahora una mancha negra en la hoja.

—No lo sé. ¿Cómo habrán construido esto? —dijo señalando la Doscientos y la Zona de Limpieza.

—Tiene vigas potentes. Habrá llevado años de construcción. Dudo que se pueda conseguir tantos materiales para una expansión y además construirlo es una tarea agotadora. ¿No creerán que lo haremos los chatarreros luego de nuestro trabajo? Si van a construir, quien construya sólo deberá dedicarse a esto.

—No serán los ingenieros, seguro. Creo que esto de la ampliación será como ese mercado extra que querían abrir en el comedor hace unos años. Al

final, fue un entretenimiento, pero todos sabíamos que era imposible. Eso sí, aseguró discusiones en el horario de la comida, aporte de ideas de cómo rotarse para construir y peleas, muchas peleas sobre quién usaría el nuevo mercado que querían que fuera exclusivo para la Zona 4. En ese mercado ofrecerían los mejores productos previa selección de todo lo disponible. Hasta le habían puesto un nombre —dijo el Loco riéndose mientras se tiraba hacia atrás en la silla—, sería llamado el Mercado de Selecciones.

—Tengo la garganta tapada de tantas ideas idiotas que debo escuchar a diario.

—No tendrás tiempo de aburrirte.

—Para nada, pero me gustaría dejarme un par de días libres cada tanto para no escuchar a nadie.

—Si eres mis oídos, Devin.

—Y tú mi lengua. ¿Hay novedades sobre este asunto nuevo? —dije en tanto volví a llenar los vasos con agua.

—Aún no diré nada. No quiero arruinar el momento. Es algo grande y debo disponer de más información, pensar en todo. No puedo dar un mal paso. Es...

—Peligroso.

—Sí. No es espiar o revolver archivos en la Zona de Conectores, como la otra vez —dijo con tal emoción que temí que divagara.

—Mejor. Espero no tener que inventarme nada urgente tan solo para poder entrar en la oficina de Howie.

—Es duro ese Howie. Nunca pensé que extrañaría a Wallace.

—Y a Blech.

—Ese, te dije que está bien ubicado en Bórax. Por supuesto no iba a volver a enterrarse en esta colonia. La hizo muy bien. Se fue fingiendo ser una víctima para salir de aquí —dijo y buscó un papel en una caja y me lo pasó. Leí la lista de los conectores de los últimos años con sus reemplazos.

—Y el pobre de Wallace que vino creyendo que era temporal —dije al releer la lista.

—Y se murió acá.

—Hoy nos estará brillando desde esta lámpara.

—¡Devin! Qué cosas se te ocurren decir.

—Aún me pregunto si hicimos bien en no decirlo. Quizás le diga a mi hijo la verdad.

—¿A Tomé? ¿Es de fiar el muchacho? ¿No era poco responsable?

—No lo sé. A Hana la conozco, es predecible. Tomé me sorprende. Ahora

dice que será chatarrero, pero inventor.

—¿Tiene talento? —dijo mientras se reclinaba de nuevo en la silla para apoyar la cabeza en el respaldo y entrecerrar los ojos.

—No lo sé. No aporta mucho más y busca siempre que su hermana le resuelva los problemas. Sus ideas son catastróficas. Solo piensa en epidemias, en la guerra de antes.

—No quiero ofenderte, mi amigo, pero me acuerdo de nuestras primeras charlas.

—Sé que se parece a mí.

—Dale tiempo a que cambie. Aún es un niño de aprendizaje. En poco tiempo será un chatarrero y deberá dejar atrás todo eso.

—Lo veo tan frágil. Es como si estuviese siempre cansando.

—¿No solicitaste terapia para él? Si será la cabeza de generación quizás lo consideren y más si lo pide el representante.

—Es buena idea. Llenaré las planillas.

—Si demuestra talento, le conseguiré unas hojas extra. Al fin es tu hijo, debe de haber salido con tu buena mano para dibujar.

—Dibujaba bien hasta que le prohibí tocar las hojas. Las necesito y él hacía solo garabatos. Luego, pasó a dibujar muertos, el techo aplastando personas, las bombas, la gente asfixiada. Pero si será chatarrero tendré que cederle parte de mi mesa del módulo. Lo peor será que seremos tres en la misma mesa y no hay espacio para colocar una extra.

—¿Hana?

—Supongo que solicitará una unión matrimonial. La extrañaré. Ella es la energía que mueve el módulo. No sé qué haremos cuando nos deje.

—¿Has pensando en la propuesta de los Peyton?

—Sí. Lo hablé con Hana, pero ella no está segura. Dijo que lo dejará para cuando sea mayor de edad. De acá a un año podemos volver a charlar y está de acuerdo en conocer mejor al muchacho, pero cuando cumpla los catorce.

—Un Green en la Zona de Cocina.

—No. Ella ya no será un Green, será una Peyton chatarrera.

—Bueno, la verás a diario.

—Es extraño que se llame Hana Peyton. Es como si me quitaran a mi hija.

—Es más simple, todos quienes habitan un módulo llevan el mismo apellido. Tu esposa ahora se llama Green. ¿Cuál era su apellido?

—No lo recuerdo.





# AÑO 197 DD / JORNADA 201

## I

Me retiré un rato antes del fin de mi hora laboral y crucé la Zona de Limpieza para sentarme en un rincón de la Doscientos. Desde allí contemplé a mi hombrecito metálico, una manta de nailon tejida con diseños geométricos colgada en la pared como si fuera una lámina, unos tarros decorados por algunas mujeres de la Zona 3, dibujos de niños en pizarras magnéticas que se renovaban todos los años. Ese año se había seleccionado como tema principal el fin de la guerra, tema que más atraía a los de aprendizaje, incluso, era mi tema predilecto.

Sobre una pared, inauguramos un sector de anuncios confeccionando en una pizarra magnética gigante. Además, los conectores utilizaban esa zona para colgar láminas o información enviada desde Bórax o escritas por ellos. Una de las últimas novedades era el próximo censo. En la fecha aún no anunciada, se sometería a revisión cada espacio del CN34. Si había algún objeto prohibido, éste sería retirado. La mayoría pensaba que era una manera de evitar el amontonamiento que podría originar una epidemia, incluso, que cualquiera podía ser reasignado a otra colonia. Se creía que el traslado era peor que un encierro momentáneo en el C2. Para que el módulo se percibiera despejado y más grande, se ofrecían en el mercado los objetos que sobraban. En la hora de la comida se escuchaban consejos para evitar ser seleccionados, como montar una cama extra para demostrar que se disponía de un espacio vacío. Durante el censo, se esperaba el arribo de conectores temporarios desde Bórax.

El censo colapsó mi trabajo como representante. A diario me consultaban sobre cuántos entran en un módulo pequeño, si se podían tener bacinillas, calentadores extra, una taza decorada. Además, quienes padecían de sobrepoblación habían decidido casar a los solteros con miembros de las familias de la misma zona así evitaban que pudieran ser reubicados en otras colonias y se aseguraban el contacto con los nietos, estar disponibles en las exclusiones, ayudarse entre ellos o comer juntos en el comedor, al menos, una vez por jornada.

Cerca de la puerta de la Doscientos, Shiri me saludó levantado la mano sobre unas cabezas que se amontonaban para hablar con el representante. Me hubiera gustado que me acompañase Tomé así cambiaba de opinión sobre ser representante; de inmediato, pensé que era injusto ya que el puesto le

aseguraría ciertos privilegios a sus hijos y quizás, hasta él lo disfrutase.

Luego que ingresó a la Doscientos quien estaba junto a la puerta, escuché la voz del conector Leroy solicitando que formen una fila. Él dejó solo a diez personas en la hilera y obligó al resto a volver más tarde. Después, me dijo que me apurase, que no podía atender a toda la Zona 1.

A continuación, ingresó la esposa de Chip Len.

—Señor representante, quiero llenar una queja contra limpieza. Me perdieron dos camisetas reforzadas en el lavado y se niegan a reponérmelas —me dijo señalando a Shiri y a otra mujer de limpieza que esperaban en la fila.

—¿La dejó en su box correspondiente? —dije luego de suspirar y estirar las piernas.

—Claro, si sé leer. Decía bien marcado: N4E. Lo puse ahí. Cuando fui, no estaba. Estaba lo demás, pero no eso. Se ve que era muy bueno. Nos costó mucho conseguirlo. Seguro que lo vieron muy bueno y se lo metieron a otro.

—Acusar sin pruebas no es correcto. No sabemos qué pasó.

—No soy estúpida.

—Mire, señora Len, si alguien tomó la ropa lo sabríamos si la usa.

—¿Y si la canjeó? Hay que revisar el próximo trueque. Quien la tenga es quien la robó. Hay que mirar hasta en el mercado. Yo voy a mirar, no se preocupe.

—¿Todo lo ofrecido? Es imposible. Hablaré con los de limpieza y si se ha mezclado podremos ver si conseguimos una prenda.

—¿Mientras qué les pongo a mis hijos?

—Pasaré luego por el módulo si tengo la respuesta o una prenda extra de limpieza.

—¡No quiero cualquier ropa! —dijo y pegó una patada a la silla a lo cual el conector Leroy le ordenó que saliera. La mujer se fue y antes dijo que espero una buena respuesta, representante, mi voto cuenta. Sabía que contaba cada voto pero, en esos momentos era cuando deseaba perder mi cargo.

Luego fue el turno de Shiri que se sentó sin demostrar demasiada confianza para que no dijeran que el representante tenía favoritos:

—Shiri, antes que nada tengo que preguntarte por las prendas de la señora Len.

—Vino hace dos días y continuó quejándose. No es la primera vez. La otra vez consiguió un pantalón. Elba dice que en su caja no había dejado ningún pantalón, que recuerda bien lo que había dentro porque le llamó la atención tan

poca ropa para limpieza. Cuando vino, ella montó un escándalo diciéndonos que le habíamos robado. Le conseguí un pantalón. Ahora dice que son dos suéteres reforzados y casi nuevos. Nos amenazó si no se los devolvíamos. Luego de lo de Elba, yo quedé en controlar su caja y presté atención en lo que dejaba para limpieza.

—¿Quieres decir que miente para conseguir ropa extra?

—Digo que no dejé nada allí en ninguna de las dos oportunidades.

—Si le doy dos prendas seguirá con lo mismo. Quizás estén pasando carestía.

—Lo dudo. Tienen cuatro adultos en zonas de trabajo y un niño.

—Averiguaré cómo está la situación en el módulo y luego pensaré qué hacer. Ya ideamos dejarlos en cajas metálicas con la identificación del módulo. No podemos registrar cada cosa que dejan en limpieza. Es un desgaste de tiempo y de recursos.

—Y nosotros no podemos hacer este trabajo de registro. Apenas si podemos con todo. Es más, necesitamos más manos en limpieza. Al haber más población, entre separar las cosas para los tanques...

—En eso estoy pensando. Tengo una idea, pero dudo que sea aceptada. ¿Vienes por eso de las manos extra? —dije acercándome a Shiri.

—No. Vengo por Sandor.

—¿Qué sucedió?

—Está de nuevo en cama. La otra vez le hizo tan bien el tratamiento que quisiera pedir uno nuevo.

—Shiri, lo haré, pero está difícil. Si fuera por mí daría tratamiento a cada niño.

—No es justo solo por ser de la Zona 1.

—Lo presentaré en la próxima reunión —dije registrando su pedido en la planilla.

—Gracias. Si Sandor está vivo es por tu ayuda. Nunca olvido eso.

—Hago lo que puedo, Shiri.

—Tengo otro asunto. Es sobre el ruido del nuevo aparato ambiental. Es demasiado ruidoso todo el tiempo. Quizás lo puedan mover a otro lado.

—Lo hablaré en la reunión a ver si pueden corroborar los de ingeniería que no tenga un desperfecto, pero de moverlo lo veo difícil porque es necesario para mantener las condiciones aquí abajo.

—Me voy, ya el conector me hace señas. Por favor, mi pedido es importante. Más importante que las prendas de la señora Len.

—Lo sé. Sandor también es importante para mí.

Los siguientes pedidos fueron solicitudes de exclusión, de matrimonio, una queja por insultos durante la comida, tres pedidos de tratamiento a ancianos que sabía serían denegados como el pedido de Shiri. Había decidido pasar por el módulo de la señora Len, pero deseaba llegar a mi módulo, acostarme o distraerme con el rodillo de música. Cada tanto, me abstraía por completo con su mecanismo y la manera de fabricarlos tan solo con los elementos que disponíamos.

Al terminar el horario de consulta, el conector Leroy despidió a quienes aún esperaban y se marcharon con la queja de la postergación de sus pedidos urgentes, que el sistema no funcionaba. Al salir, le dije al conector que quizás había que pensar en dos representantes por zonas. Él dijo que también en dos conectores. Me frené en el pasillo principal: visitaría el módulo de Chip Len en otro momento.

## II

Al entrar a mi módulo, se repetía siempre la misma escena de Hana asaltándome con preguntas sobre las novedades, Frances quitándomela de encima y obligándola a hacer algo, Tomé entrometiéndose con palabras burlonas o nefastas sobre nuestros comentarios.

Comimos más de lo habitual. Abrimos los obsequios de vecinos para agradecer mis intervenciones, pronto a caducar. Una parte la donaríamos a la cocina para que la ofrecieran a las familias numerosas.

Me llevé el café a la mesa de trabajo. La charla con el Loco había avivado mi interés por el rodillo de música que desde hacía tres jornadas estaba en mi módulo, previo permiso de los chatarreros con el objetivo de estudiar el mecanismo para crear uno nuevo. Varios se ofrecieron a ayudar en los ratos libres.

Hana había quedado con sus amigas a encontrarse fuera del módulo. Lo supe cuando me insistió a cada rato para que me acostase porque me veía muy cansado. Le respondí que si iba a salir, lo hiciera. Se quedó dura como columna de hierro.

—¡Cómo lo supiste! ¿Puedes leer mi pensamiento? —dijo de pie junto a la puerta del aseo y mirando hacia la mesa de trabajo.

—Tengo ese don. Sé que ahora estás asustada por todas las cosas que has

pensado sobre los chicos.

—Jaaa, asquerosa —gritó Tomé desde su cama que era la que estaba frente al aseo, donde había dormido el abuelo Ollie.

—No es cierto. No pienso eso —dijo en tanto su rostro se acaloraba.

—Ahora estás tratando de quitar de tu mente al muchacho que te gusta y no puedes. Lo estoy viendo. Van a hablar con tus amigas de eso —dije en tanto trataba de no sonreír.

—¡Cómo puede ser! Mamá, papá me lee la mente.

—“Dell”, así se llama, papá.

—¡Cállate! “Beau”. Se llama “Beau”.

—¿Dell? ¿El hijo de Knox? —dije dejando de lado mis papeles y mirándola con temor a la respuesta.

—Sí —respondió Tomé.

—¿Los de depósito? ¿Qué pasó con Peyton?

—A ese no lo conozco bien —dijo Tomé en tanto Hana se tapaba la cara con la cortina del aseo.

—¿“Beau”, la de limpieza? —le pregunté a Tomé.

—Esa misma, “la muertita”, le decimos, que se ve tan blanquita como muerta —dijo Hana quitándose la cortina de golpe.

—Te dije que si le decís “muertita”, la muertita serás tú —gritó Tomé saliendo de la cama en tanto me levanté para frenar una posible pelea.

—Hana, adiós, en un rato te quiero de vuelta. Tomé, a la cama.

—¿Por qué ella puede salir y yo me tengo que comer un castigo en la cama?

—¿Qué castigo? —pregunté en tanto Hana salía luego de darle un beso a Frances.

—¿Por qué me mandas a la cama? ¿Qué hice?

—Nada. Si estabas en la cama.

—No quiero estar en la cama —dijo cruzando los brazos y mirándome desafiante.

—¿Dónde quieres ir?

—Quiero ir al comedor.

—No seas niño. Pronto serás mayor de edad. Espero no aguantar más berrinches como los que tenías de crío.

—No soy un niño.

—Demuéstralo.

—Quiero trabajar ahí en tu diseño.

—¿El rodillo de música?

—Ese. ¿Podemos escucharlo una última vez? —dijo en tanto se acercaba a la mesa.

—Si se rompe me desarmen en la chatarrera. Ya te dije que es un secreto.

—Yo guardando secretos soy un muy bueno. Tengo muchos.

—¿Sí?

—No preguntes, no te los voy a contar —dijo apoyando la mano en mi pecho que agarré de la muñeca y comenzamos a forcejear. Solíamos hacerlo seguido como ejercicio. Él intentaba zafarse y yo intentaba voltearlo. Tomé aún no eran tan alto, pero era orgulloso y se retorció como un hilo atado a la rejilla de la ventilación. Lo trabé con el pie y cayó sobre la cama a lo que Frances grito y dijo que casi la aplastábamos.

Luego, nos sentamos junto a la mesa de la chatarra. Giré la manivela del rodillo y escuchamos el sonido metálico repiqueteando con un sonido similar al que usábamos pegando en las paredes para comunicarnos con quienes estaban del otro lado. En la casi oscuridad del módulo, los golpecitos metálicos se hicieron más grandes, esa belleza de espectro cantando con voz de lata. Es como el canto del hombrecito de metal, dijo Tomé. Quizás, respondí, si pudiéramos darle forma de hombrecito y no de caja. Comencé a dibujar con su ayuda.

—Un rodillo es como una hoja extendida —le expliqué a Tomé.

—¿Y lo de adentro?

—Adentro no tiene nada. Mira —dije mientras enrollé la hoja y la extendí.

—Ahora entiendo.

—Si cada muesca metálica del rodillo es un punto en la hoja, tendremos la melodía para luego copiar.

—Podríamos inventar nuevas. Poniendo puntos por todos lados.

—Es una buena idea —le respondí observando la hoja desplegada e imaginando la cantidad de puntos y la distribución.

—Cada hombrecito podría tener una canción distinta. Si los puntos están cerca sonarán pam, pam, pam, todo rápido. Si están más lejos, así, paaaamm, paaaamm.

—Más que un “pam” es un...

—“Tilín”.

—Algo así —dije y callamos mirando el rodillo que brillaba debajo de la lámpara.

—¿Y si queremos que uno haga “tilín” y otro “paamm”? Un punto solo hace un sonido —dijo y volvimos al silencio. Luego, elegí una hoja y tracé un

rectángulo calculando el largo del cilindro para hacerlo a escala.

—“Tilín” hace si es un punto relleno. Si fuera una raya, quizás hiciera otro sonido. ¿Podríamos intentarlo? —dijo Tomé.

—Podríamos.

—¿Cómo hacemos los puntos?

—Con un punzón desde la parte trasera de la placa metálica.

—¿Y hay que tener fuerza o se rompe fácil?

—Hay que hacer fuerza.

—Le podemos pedir al Temple. De un manotazo te hace un terrible agujero.

—No vale fuerza en esto. Es mejor ponerle maña. Si hace mucha fuerza, puede romper todo.

—Sí, el Temple es medio bruto.

Demoramos demasiado en acomodar los puntos en la hoja de manera exacta. A pesar del sueño, debatíamos sobre más ideas de rodillos metálicos y hasta de un enorme rodillo para hacer sonar en el Día de la Supervivencia. No sabíamos si sería aprobado. Tomé proponía algo enorme para la Doscientos. Contesté que mejor era no hacerlo muy grande y que no lo supieran todos por el tema de la emoción y del sonido de antes.

—Mira, papá, los puntos se pueden leer —dijo y a medida que movía un lápiz imitando el avance del rodillo él decía “tilín” en cada punto, aunque dificultándose cuando había dos juntos.

—Espera, giremos el rodillo y miremos si es así —dijimos en tanto él miraba el rodillo y la hoja, yo movía el lápiz.

—¡Inventamos como escribir las canciones! —gritó tan fuerte revoleando la hoja que Frances pegó un salto en la cama.

—Casi muero del susto. ¿Siguen con lo mismo?

—Mamá, escribimos música en la hoja —dijo y Frances se levantó para escuchar y observar con fascinación el descubrimiento de Tomé, que arruiné diciendo que eso había sido descubierto, al fin era un artilugio inventado antes de las bombas. Mientras mirábamos los detalles de esa caja, Frances me agarró de la mano y me preguntó:

—¿Hana?

—Me olvidé. Ya se pasó el tiempo y aún no volvió —dije levantándome para ir a buscarla.

—Eso no puede ser, Devin. Prometió volver y no ha vuelto.

—Castigada. Así de fácil —dijo Tomé aún mirando la hoja.

—No eres el padre, Tomé. A la cama —dijo Frances quitándole la hoja y



empujándolo a la cama.

—¿Qué castigo le darán? Rompió una regla, señor representante —me dijo Tomé.

—¿Dónde estará? —preguntó Frances.

—El tonto de Dell tiene una copia de la llave del depósito. Se la iba a quitar a su padre. Estamos predestinados a enterrarnos en los depósitos mugrientos —respondió Tomé ya metiéndose en su cama.

—¿Estará el muchacho allí? —dije mirando a Frances apenas iluminada de espalda por la lámpara que provenía de la mesa de trabajo.

—Sí, por eso se puso alterada con esa broma de que leías la mente. ¿No la lees, no? Sino sabrías dónde ella estaría ahora. ¿Puedes leer a distancia entre los módulos? —me dijo ya metido en la cama.

—Si no la encuentro tendré que dar aviso a Leroy. Un problema si la llevo a ver con el muchacho Dell a solas —dije y salí.

Caminé con el menor ruido posible. Me acordé de mi escapada y el momento en que nos cobijamos debajo de la mesa con Shiri. ¿Cómo se habría puesto mi padre si hubiera vivido? ¿Acaso él no había actuado de la misma manera cuando se escapaba para encontrarse con Pellesen? Trataba de calmarme, pero ninguno de mis recuerdos atemperaba mi furia.

Al doblar por el pasillo hacia la puerta de los depósitos, aminoré mis pasos. Apoyé la oreja en la puerta. Si resultaba embarazada, sería la condena de toda la colonia hacia mi familia y, encima, la hija del representante.

Empujé la puerta: la primera sección de los depósitos estaba oscura. Nunca había estado allí, por lo cual tanteaba para no golpearme. Me adentraba más y más en la oscuridad. ¿Y si Tomé me había mentado? No era posible. Él deseaba disfrutar con el castigo a su hermana para luego interceder e implorar su perdón, como hacía siempre.

A lo lejos, una rendija de luz partió la sombra. ¿Y si era un conector? ¿Qué diría del representante metido en los depósitos de la Zona 2 y fuera del horario permitido? Ya junto a la puerta, decidí abrirla de golpe.

La luz me cegó unos instantes y observé a Hana acostada junto al hijo de Knox Dell. Al verme, Hana gritó y rodó para enrollarse en la manta y cubrirse en tanto el muchacho se levantaba. Sostuve la puerta sin saber qué hacer. Luego, les pedí que me siguieran y los esperé en la oscuridad.

Me pareció que Hana tardaba demasiado y entré de nuevo. Ella se apoyaba de cara a la pared como si quisiera atravesarla para meterse en la cocina. Volví a repetir que debíamos irnos, que no teníamos autorización para estar

allí.

Salimos de la Zona 2 en silencio. Cuando doblé por el pasillo, el muchacho me dijo que él iba solo hasta su módulo. Yo no le hice caso y golpeé el N6D. Knox abrió con rapidez la puerta, lo que me indicó que estaba levantado. Al verme, abrió la boca y se llevó las manos a la cabeza. El muchacho entró y le dije a Knox que debíamos hablar de lo sucedido, que pasaría en la jornada siguiente. Se giró, miró a su hijo que se ocultó en la sombra y me pidió disculpas por lo que su hijo había hecho. No dije nada y me fui. Hana caminaba pegada a la pared y había comenzado a llorar.

Al abrir nuestro módulo, observé a Frances y a Tomé sentados en la mesa junto a unas tazas. Al ver a Hana, Frances la abrazó y le preguntó sobre lo sucedido. Hana, sin responder, se metió en su cama y se tapó hasta la cabeza. Ni siquiera se sacó los zapatos. Frances me miró, pero no tuvo que preguntarme ya que sospecho que por mi expresión supo que algo grave había sucedido. Tomé preguntaba sin cesar, pero lo envié a dormir. Protestó y quiso destapar a la hermana, le grité. Todos me miraron, incluso Hana sacó la cabeza de las mantas.

Me metí en el aseo y me mojé la cara. Frances entró al rato y me acarició la espalda. Me puse la ropa de dormir. Ya en la cama, Frances me susurró por una respuesta. Tomé, despierto, se había acostado a los pies así podía escuchar mejor al estar más cerca de nuestra cama. Lo hacía de niño cuando quería dormir con nosotros y estiraba su mano por fuera de la cama para estar lo más cerca posible.

—Gírate y tápate los oídos. Tengo que hablar con tu madre.

—Estoy cómodo de este lado.

—Tomé, por favor, no hagas todo más difícil —le dijo Frances suavizando mi tono a lo que Tomé se giró y se tapó la cabeza con las mantas, antes diciendo que si se ahogaba esperaba que su nombre fuera rayado arriba del abuelo Ollie.

—¿Qué pasó? —me susurró Frances en el oído y me giré para estar cara a cara con ella. Luego, me levanté y apagué la lámpara de la mesa.

—Desperdiciamos muchas moléculas con estas lámparas. Mañana vamos a ahorrar acostándonos más temprano.

—Está bien. —Frances me atrajo hacia ella ni bien me acosté de nuevo.

—Creo que deberemos solicitar el pedido de matrimonio con los Dell —susurré.

—¿Los Dell? ¿Te lo pidió Hana?

—Quiero que hables con ella. ¿Sabe cómo se hacen los bebés?

—¿Qué? —La voz de Frances retumbó en el módulo.

—Habla bajo. Estaba con el muchacho...

—¿Estaban? ¿Eso? Por favor, Devin, sin tantas vueltas.

—Creo que pasó.

—¡Serás abuelo! —gritó Tomé a lo que escuchamos un grito de Hana. Me levanté en la oscuridad tropezándome con la mesa de noche y llegué a la cama de Tomé, lo arrastré fuera de su cama mientras él llamaba a su madre. Me giré y lo metí, calculando dónde estaba la puerta, dentro del aseo y le dije que se quedara allí hasta que yo dijera. Frances prendió la lámpara y se acercó para tranquilizarme.

Caminé de punta a punta del módulo, apenas unas zancadas. Quería abrir la puerta y correr por los pasillos. Lo hice. Jamás lo había hecho. Corrí descalzo por el pasillo principal. Doblé hacia el mercado, ya que era uno de los pasillos más anchos. Volví por el pasillo principal y giré de nuevo hacia el mercado. No tenía aire, las piernas me temblaban. Me acosté boca arriba con las piernas estiradas al igual que los brazos y la boca abierta en la zona vacía del mercado. Me dolía la garganta. El aire se hacía escaso como si hubieran cerrado la ventilación. Observé unos pies acercándose, me giré y levanté la cabeza: era el Loco. Más allá, llegaba Leroy. El Loco le dijo al conector que él se ocupaba.

—¿Qué sucedió? Devin. ¿Un desastre?

—Sí, mi hija.

—¿Tú niña? Es un espanto, mi amigo...

—Está viva —dije ya levantado y doblándome en tanto él me agarraba del brazo y me golpeaba la espalda como si me hubiese ahogado.

—Vamos a mi lugar. Escuché temblores y justo te vi cuando diste una vuelta corriendo como sirena de pasillo —dijo el Loco en tanto me guiaba hacia su módulo.

—Está bien. Entremos.

—¿Qué pasó? —me preguntó ya sentados en tanto me ofrecía un vaso con agua.

—Hasta vergüenza me da decirlo.

—¿Es sobre tu hija?

—Hana. Con el muchacho Dell en el depósito.

—¿Solos?

—Solos. Sobre una manta —dije y bebí el agua de golpe.

—Es algo común, Devin. Luego se casarán tan jóvenes que exploran un poco.

—¿Exploran? ¿Y si está embarazada?

—¿Estás seguro?

—El muchacho estaba como un palo.

—Se habrá puesto más duro cuando te vio. Digo, por el susto —dijo y se tapó la boca para reírse.

—No es broma. Es grave, Loco.

—Es algo común que se soluciona en la Zona Médica sin que nadie sepa. Está bien que le dejes en claro que no fue una buena idea, pero en dos años estará casada y deberá soportar al mismo hombre por el resto de su vida.

—¿Zona Médica?

—Sí, allí ponen fin a los embarazos no deseados. No es gratis.

—¿Con menores?

—Con abuelas. Con conectoras. Con quien sea. Conozco a quien podría hacerlo. Eso tiene solución.

—Abuelo a mi edad. Aún me siento joven a mis treinta y siete años.

—Por lo que sé, me contaba mi abuelo, antes se casaban incluso a los cincuenta —dijo el Loco y me ofreció un vaso de agua.

—¿Antes? ¿Cuándo?

—Cuando vivíamos arriba.

—¿Tan viejos?

—Es que la gente había extendido su vida hasta los ciento veinte años, incluso más.

—¿Ciento veinte? Una barbaridad.

—Nosotros ahora morimos a los cuarenta, como mucho sesenta. Alguien con mi edad es una proeza. Setenta años serían como ciento treinta de antes o más.

—¿Tienes setenta?

—Un secreto. ¿No le dirás a nadie?

—No —dije y me refregué la cabeza porque me apretaban las sienes.

—Ya tengo nietos de nietos.

—¿Nunca los viste?

—No, pero recibo la información por un antiguo amigo que es conector. Solo conozco sus nombres. Vendrá para el censo y me acercará noticias nuevas —dijo el Loco sonriendo.

—¿Qué habrá sentido el abuelo cuando descubrió lo de mi padre?

—Estaba desesperado.

—Algo hice mal con ella, pero es tan impulsiva y energética. Va años adelante de su edad.

—Devin, están vivos, se sienten vivos, poderosos, felices, impulsados por una energía que luego no tendrán. Se volverán tristes, rutinarios, apagados, viejos, demasiado pronto. Se acordarán de ese momento vivido con intensidad y será su recuerdo feliz. La mayoría de estos jóvenes no pasarán los cuarenta. Apenas unos pocos llegarán a los sesenta.

—No puedo pensar que mi hija no llegará a los cuarenta. Si es así, me quedan solo tres años de vida. .

—Lo siento. Quise levantarte el ánimo y te hundí más. Soy un necio para estas cosas —dijo y se levantó para sentarse más cerca. Nunca me había abrazado. Él y me sostuvo fuerte. Recordé al abuelo. Qué distinto sería si él estuviera aún vivo. La ira desapareció y una flojedad me deshilaba los músculos, uno a uno, hasta tornarme crema de catán, blando y desteñido, sobre la silla.

—Hay días que no doy más. La gente con todos sus problemas. Deseo un poco de paz y hasta pienso en la muerte como algo benigno. Será que es la manera en que la vida te prepara para que aceptes morirte.

—No hables así. Tuviste un mal día en un mal lugar. Esto nos afecta cada tanto a todos —dijo mientras se levantó, dirigiéndose hasta la lámina—. Quiero que esto sea tuyo. Quiero que te lo lleves.

—No puedo, es muy valioso.

—Por eso quiero que lo tengas y lo mires cuando te sientas de esta manera. Este encierro acabará y caminaremos por este lugar —dijo acariciando la lámina—. Aún muertos, Devin. Estaremos aquí. Estoy seguro de ello. La muerte no es todo. Siempre hay algo luego de otra cosa. Nada es lo final, no es lo último. Si crees en esto con fuerza, lo repites cada jornada, nada podrá doblegarte —dijo quitando la lámina de la pared y la dejó sobre la mesa.

—¿Qué verás cuando lo necesites?

—La tengo acá adentro —dijo señalándose la cabeza—. Y es hora de volver al módulo. Habla con Hana. Quizás no haya pasado nada y quizás ni esté esperando un bebé. Este día llega a todos los padres, ¿sabes? Lloras porque te estás haciendo viejo.



## AÑO 197 DD / JORNADA 202

Frances habló con Hana y nos envió, a Tomé y a mí, al mercado para que las dejáramos a solas. Al regresar, me confirmó que Hana solo había charlado con el muchacho Dell.

Tomé, luego de la noche de salida de Hana, no mencionó el incidente y se pegaba a ella, cediéndole la silla, tapándola cuando ella dejaba caer su manta por las noches. Como castigo, Hana pasaría en la cama su tiempo libre durante unas jornadas.

—La culpa es de los padres, no saben explicar nada a sus hijos —dijo Hana en tono quejoso desde la cama en tanto Frances zurría junto a la mesa de la comida. Tomé se aseaba y yo reparaba una lámpara.

—Hana, hacemos lo que podemos. Ya hablamos —dijo Frances.

—No se preocupan por sus hijos. En aprendizaje ni nos hablan del tema. En un año estaré quizás casada. Yo hablaré mejor con mis hijos.

—¿Por qué no preguntaste a mamá y le fuiste a preguntar al Dell? —gritó Tomé desde el aseo.

—Cállate, no hablo contigo.

—Has dicho “sus hijos”, me has incluido, por eso hablo.

—Ahora te acabo de decir que ya no hablo contigo.

—Hana, si hablas así, todos escuchamos y todos participamos —dije y apareció el rostro de mi madre quejándose de mis secretos con el abuelo.

—Está bien. Tengo una propuesta para el representante. Quiero que cambien las láminas de aprendizaje. Necesitamos con urgencia unas nuevas. Y como puedo preguntar a la familia, por consejo de mi hermano, el futuro cabeza de generación, pregunto si los testículos son verdes —dijo Hana y Tomé comenzó a reírse a carcajadas.

—¿Qué tiene que ver con el tema? ¿Cómo van a ser verdes? Nadie tiene piel verde —dije desconcertado.

—Lo dice por la lámina de aprendizaje. Repusimos la que se nos rompió dibujándola, como solo teníamos color negro de grafito y una cerita verde, pintamos la piel verde. —Tomé continuó riéndose.

—La mayoría de las láminas son un mamarracho —dijo Tomé.

—Algunas las hemos dibujado varias veces porque se van rompiendo. Ni me acuerdo cómo eran las que habían enviado de Bórax —dijo Frances.

—Si les interesan los hijos, es hora de pedir a Bórax láminas reales y no estas porquerías pintadas de verde cerita.

—Lo que pasa es que Hana quiere láminas nuevas para ver testículos reales —dijo Tomé y continuó riéndose.

—Es una acusación grave, futuro representante Tomé Green —dijo Hana.

—Ya basta. Veré qué puedo hacer —dije levantando el tono para dar por finalizada la conversación que me molestaba.

—Promesa de representante —dijo Hana antes de desaparecer bajo las cobijas. Aún podía verla jugar en el suelo con las mantas, ocultándose, saliendo de golpe con una morisqueta. Siempre nos hacía reír. Dell sería afortunado si se casaba con ella.



## AÑO 197 DD / JORNADA 206

Esperé varias jornadas para citarme con Knox Dell. Solicité al conector Leroy hablar en privado. El conector nos ofreció la Zona de Información en el momento en que estuviera vacía. Creí que él no estaría presente, pero dijo que no eran bien vistas las reuniones que fomentaban el secretismo. Acepté porque sabía que el conector Leroy no hablaría. Él jamás había mencionado mis tratos con el Loco.

El señor Dell llegó escoltado por Leroy. Estaba más pálido de lo habitual y se retorció las manos. Cuando lo invité a sentarse junto a la mesa de las reuniones, él no levantó la vista del suelo. Ya sentado, miraba la tabla de la mesa. En una esquina, se había sentado el conector Leroy con unos papeles que fingía ojear.

—Creo que sabes el motivo de nuestra charla —le pregunté al cuero cabelludo de Knox Dell.

—Sí, representante.

—Debemos hablar como responsables de nuestros hijos.

—Sí, representante.

—Escuche, hoy estoy como Devin Green, por mi hija, no como un representante —dije y él miró a Leroy.

—Estoy presente porque estas reuniones secretas no son bien vistas así que estoy mediando un conflicto. Lo que digan queda aquí dentro —dijo y volvió a sus papeles.

—Está bien, Green.

—Devin, mejor dígame Devin.

—Yo le saqué la verdad a patadas a mi hijo porque no quería decirme qué hacía con su hija. Me contestó que le habían enseñado en aprendizaje que los varones no deben hablar de sus encuentros con las chicas, que era una falta de respeto, que había que ser cuidadoso en la forma de hablar de las mujeres. Yo debí de haber hablado con él hace tiempo, pero qué rápido crecen los niños. Mi esposa me recriminó que no lo hice antes. Me da pudor hablar a mi hijo de esos temas. Parece que quiere a su hija de verdad. Me juró que no iba en broma y que esto era serio para él y que como se unirán en matrimonio, me dijo, no era nada malo conocerse mejor antes. Para no arrepentirse.

—¿Matrimonio? —dije y miré al conector Leroy que levantó la cabeza de los papeles ya que se acababa de enterar del tópico de la reunión.

—Su hija le dijo a mi hijo Daniel que ella aceptaría.

—¿Y los Peyton? —dije pensando en voz alta.

—¿Peyton? ¿Ella también quiere al muchacho Peyton?

—¿Qué insinúa!

—Nada, representante, por favor. No diría nada malo de su hija.

—No debí decirlo. Pensé en voz alta. Los Peyton hablaron sobre una posible unión.

—No lo sabía. Lo hubiera ubicado a mi hijo de una trompada. Ahora ponernos en contra a los Peyton. Ese muchacho solo me da dolores de cabeza. Ya sabe cómo es, usted tiene un hijo varón. Daniel será la cabeza de generación. Estoy tratando de que sea un buen hombre.

—Está bien. Mi hija tiene prohibidas las salidas.

—Les recuerdo que las salidas por fuera del horario ya están prohibidas —dijo Leroy sin levantar la vista de las hojas.

—Durante este tiempo —proseguí— continuaremos charlando y fomentaremos unas reuniones en la Doscientos entre las dos familias con nuestros hijos y veremos qué hacer. Hay algo que quiero que me asegure.

—Lo que sea —dijo ya mirándome.

—Que su hijo jure que no se propasó. Ya sabe, “eso”.

—Él ya me juró que nada de “eso” —dijimos como si tuviéramos un código secreto.

—Bien. Sabemos que “eso” puede dar origen...

—Sí, pero nada de “eso” —dijo en tanto Leroy nos observaba con una sonrisa torcida de goce como diciendo qué buena suerte la mía lo entretenido que a veces es ser conector.

—Bien. No tengo más nada que decir.

—Yo tampoco, Devin. Entonces, todo acordado.

## AÑO 197 DD / JORNADA 223

### I

Mis visitas a lo del Loco se habían vuelto más habituales. Gracias a mi cargo de representante podía moverme con más libertad y el conector Leroy ya no se entrometía.

Durante varias jornadas, con Tomé intentamos fabricar un rollo de música, pero no pudimos porque nos faltaban tanto instrumentos como materiales. Quizás en ingeniería hubiera dispuesto de herramientas de mayor precisión.

El Loco sonrió al verme llegar con una bolsa cerrada con un nudo.

—¿Está allí? —me preguntó.

—Aquí está. Traje algunos dibujos que hicimos junto a mi hijo Tomé —dije mientras abría la bolsa y acomodaba el aparato sobre la mesa vacía.

—¿Esto es todo? ¿Tan chiquito?

—Esto es todo. Mira, giro primero la manivela, así. Luego, abro la tapa y hace que se destrabe el mecanismo del cilindro.

El Loco acercó el rostro a la caja para espiar hacia adentro. El sonido metálico se expandió con el golpe de sus pequeñas manos invisibles. Él abrió un poco la boca, sus ojos brillaban de tan acuosos. El sonido tan agradable nos conmovía, pegaba dentro de mí con la tibieza de un corazón de luz que purgaba todo lo triste. De a poco, los sonidos se distanciaron, la caja nos cantaba desde lo bajo, desde otro subsuelo, hasta apagarse en un sonido melancólico y suave. Nos miramos con el Loco, sonreímos. Volví a accionar el mecanismo y, de nuevo, el sonido vigoroso se expandió, en tanto nos dejábamos arrastrar por el repiqueteo tan similar a nuestro lenguaje secreto. Luego de la quinta vez, cerré la caja y el Loco la acarició.

—Y esto es la música de antes —me dijo.

—Es algo fuera de lo común que sobreviviera tanto tiempo y en tan buen estado.

—Esta gente de Geo consigue cosas maravillosas —continuó diciendo el Loco en tanto no apartaba los dedos de la caja.

—Sospecho que ha sido un error. No nos llegan de estas cosas sino partes de maquinarias para dismantelar, objetos rotos, pero no algo así.

—Alguien no hizo bien su trabajo. Los de Colonia Geo separan en detalle y lo derivan a cada colonia según la función de cada una. Lo mejor va a Colonia Bórax. Allí, según cuentan, porque nunca pude entrar, hay salas y salas con

objetos de estos, así, de antes y tan bien conservados. Dicen que los resguardan para cuando ascendamos y tengamos que volver a vivir arriba, así llevamos lo mejor del pasado.

—Lo que sobrevivió, en realidad. No creo que todo lo mejor haya podido resistir a los Dispositivos Inferno. Mi hijo me volvió a mis antiguas reflexiones sobre el desastre. Él es bastante trágico, pero cuando nos ponemos en nuestra mesa es como si estuviera hablando con el abuelo Ollie o conmigo mismo. Lo observo y no puedo creer que de Frances y de mí haya podido vivir ese joven que casi es un adulto.

—Me alegra saber que al final tu hijo ha demostrado interés por algo.

—Estuvo concentrado en el rollo de música por varias jornadas, creído de leer la música. Acá traje la cinta que dibujamos.

Le expliqué con detalle cómo Tomé había ideado pasar los puntos del cilindro a un papel y que, según afirmaba, podía leer la música.

—¿No será posible hacer muchas de estas cajas? —preguntó el Loco en tanto estiraba el papel con los puntos dibujados.

—Estamos en eso, pero para hacer algo tan fino son necesarios instrumentos que no tenemos. Y este material es uno de los escasos. Es madera y se paga muy bien, junto con el cobre y el vidrio ahora es lo más solicitado.

—Hazme una lista con lo necesario. Veré si puedo ayudar. ¿Quién más sabe de esto?

—La chatarrera.

—¿Todos?

—Sí. Todos.

—Devin, no creo que permitan intercambiar el rollo de música en el mercado. Creo que será prohibido ni bien se enteren los conectores. Te lo pedirán para enviarlo a Bórax. ¿Cómo fue que lo descubrieron?

—Fue casualidad. Justo estaba Harlan separándolo y halló el mecanismo y, sin querer, sonó la música. Nos endurecimos al instante, conmocionados.

—Por eso, pensado mejor el tema, no creo que lo permitan. Igual, quizás puedas fabricar dos o tres, pero que nadie se entere.

—Les prometí a los chatarreros que intentaría fabricar copias para todos.

—Primero, veamos si es posible. Luego, lo acordamos. Es imposible construir tantos de estos por los materiales. Dirán que desperdiciamos recursos.

—¿Por qué no nos permitirían conservarlo? No veo nada malo en esto si los recursos los obtenemos con nuestro trabajo, podemos hacer con ello lo que

deseamos.

—Nos despierta la nostalgia por todo lo que perdimos.

## II

Luego de la última comida, Tomé se acercó a la mesa de trabajo. Sacó el rodillo de música y observó el mecanismo, en tanto yo intentaba desarmar la lámpara rota para que Hana me ayude y aprenda las reparaciones básicas. Me apoyé contra la pared, pegado a la mesa. Hana se sentó en la misma silla que Tomé, pero se quejaba por el reducido espacio. Era imposible que trabajásemos tres en el mismo lugar que apenas si era cómodo para una persona. Llevé la lámpara a la mesa pequeña donde comíamos y era el lugar de trabajo de Frances

—Tenemos que usar esta mesa para trabajar, Frances. Compartirla. Acá puede trabajar Hana, Tomé en la mía y yo un poco en cada una —dije en tanto Hana se sentaba.

—Hana se unirá con los Dell en menos de un año y no estará acá, papá —dijo Tomé desde la mesa sin que pudiéramos verlo. Permanecimos en silencio hasta que Hana habló.

—No lo había pensando así. Creí que Daniel podía venir con nosotros.

—Imposible, es la cabeza de generación de los Dell. No puede venir acá —dije.

—Siempre es así, Hana —la consoló Frances.

—Sí, supongo que sí. Igual nos seguiremos viendo.

—Agradezcan que no los cambian de colonia y estaremos todos en la zona, comeremos juntos antes de trabajar y trabajarás con tu padre y tu hermano.

—Si te cambian de colonia, no nos verás nunca. No sabrás si morimos o no. Hasta te olvidarías que existimos —dijo Tomé.

—Eso no va a pasar, se quedará cerca —dijo Frances.

—Cuando tenga hijos quizás sean chatarreros, mamá.

—O cuidadores de depósitos, como los Dell —dijo Tomé.

—Los tuyos estarán en limpieza —le respondió Hana.

—Limpieza no es malo —dije pensando en Shiri—. No es vergonzoso.

—Nadie quiere ir ahí —me respondió Hana.

—A mí no me importa —dijo Tomé.

—Sí te importa. Por eso ya no quieres más a Beau.

—¿Es cierto? —pregunté.

—Sí, ya no me gusta, pero no es porque sea de limpieza. Me cansa soportarle siempre todas las bromas. El otro día me imaginé a Beau aquí, en este módulo todo el tiempo. Porque ella sí debería venir a vivir acá. ¿No es cierto? —dijo Tomé a lo que Frances y yo nos miramos. No habíamos pensando en ese detalle, en que pronto habría un extraño e incluso, quizás, nacerían niños.

Durante un rato intenté que Hana se concentrara en la lámpara, pero estaba distraída y cabizbaja. Observaba cómo su madre reparaba un calzado dejándolo como nuevo. Tomé hablaba solo. Se preguntaba y se respondía. Podía escuchar que intentaba descifrar al rodillo de música. Poco a poco, se había apoderado de mi mesa, dibujaba el artilugio, hacía tiras con la supuesta música.

—¿Lo tengo! —gritó y se acercó a la mesa donde estábamos con Frances, en tanto ondeaba una tira de papel.

—¿Y eso? —pregunté.

—Es un lenguaje secreto. Lo he descifrado. No creo que sea de antes. Tiene que ser un aparato secreto de los de Geo —dijo en tanto los ojos adquirían un color más brillante y todos sentimos la misma emoción. Hana levantó la lámpara y pidió que apoyase la tira de papel sobre la mesa.

—Un punto es un golpe como en el lenguaje secreto. Espera. Voy a ver si Sandor me escucha —dijo y se arrodilló en su cama, vuelto hacia la pared que era compartida por el módulo de los Chapman. Sandor dormía pegado a esa pared o incluso pasaba jornadas acostado reponiéndose de su enfermedad. Tomé solía hablar con él por medio del sistema de golpes. Cuando golpeó, escuchamos los golpecitos de respuesta. Frances preguntó qué decían y pude descifrar: “Hola, estoy bien”.

Luego, Tomé colocó el rodillo sobre la mesa y lo puso a funcionar.

—Como recién, esto podría ser un *diposito* de los Geo. Si escuchan el sonido, son los golpes. Tin, tin, tin.

—“Dispositivo”. ¿Por dónde comienza? Si es un rodillo, entonces no tiene inicio —dije.

—No importa, cualquier lado. Luego unimos todo.

—No es lo mismo contar dos golpes de cualquier lado. Dos golpes unidos pueden ser dos golpes desunidos de los extremos —le expliqué.

—¿Qué dice? —preguntó Frances—. Nunca fui buena con eso de los repiqueteos.

—Es fácil, mamá. Hay que memorizar el orden de las letras. Se ordenan todas en una rejilla de cinco por cada lado. El primer golpe es una columna y el segundo es la otra. Así sabemos qué letra es.

—Ya me lo explicó tu padre.

—¿Por qué es secreto? —preguntó Hana.

—No se puede usar —dije.

—Pero lo usamos.

—Solo para hablar con quienes están del otro lado. Nada importante. No se puede usar para hablar de otras cosas.

—Está prohibido porque podrían pensar que están hablando de ciertas cosas que no se deben —dijo Frances.

—Como planear entrar en la Zona de Conectores —dijo Tomé— o robar algo.

—Cuando Shiri necesita algo lo ha pedido golpeando la pared —dije.

—Es para saber que no estamos solos. Si estamos encerramos durante una clausura, sabríamos que alguien está vivo en algún módulo de afuera —dijo Tomé.

—Sí. Así es. Solo para eso.

—¿Cómo me comunico con quién está en más lejos? —preguntó Hana.

—Eso no se puede. No sabríamos de dónde sale el repiqueteo —respondí.

—Podemos poner nombres, papá. “Acá Hana Green mensaje para Daniel, te amo, Daniel” —dijo Tomé y nos reímos.

—No se usan nombres para que los conectores no sepan de dónde salió el sonido —dije.

—Me aburre aprenderme esa rejilla de memoria. Mejor hablo con quien quiera en la hora de comida. ¿Y qué nos ibas a mostrar, Tomé? —dijo Hana.

—Te ayudo —le dije en tanto poníamos a funcionar el rodillo y Tomé y yo escribíamos en la tira de papel. Cada golpecito podía ser un punto. Así, llenamos la tira. Luego, repasamos entre los dos y colocamos las letras.

—*D, i, c, f, d, h, d, f, r, s...*

—No dice nada —dijo Hana.

—Sucede porque la música repite los golpes. Va y viene con esos mismos. Por eso casi todas son letras “c”, “s” —aclaré mientras estiraba el papel y observaba la sucesión de letras remarcando las repeticiones.

—Pensé que podía decir algo —dijo Tomé abollando la hoja y arrojándola al cubo de reciclaje.

—No la tires. Al menos ahora sabemos que es de antes, que no es un

mensaje de nadie —dije y volví a estirar el papel.

—Bueno, entonces los puntos no tienen sentido. Es el sonido de todos los muertos.

—Los puntos sirven para mover las varitas —dije y Tomé volvió a iluminarse. Se levantó y, a su paso, tiró el calzado que Frances había estado remendando. Fue hasta la mesa y comenzó a gritar.

—Una vara, necesito una vara, una vara, una varita plana.

—¿Una varita plana?

—Sí, como una hoja, pero de metal. Una varita. ¿Dónde hay?

Él seguía revolviéndolo todo y desordenando en tanto Frances le señalaba en la estantería. Tiraba objetos al suelo que rebotaban con un sonido molesto. Se escuchó desde la pared unos golpecitos que nos preguntaban qué sucedía. Respondí a Sandor, sentado en la cama de Tomé: “limpiamos”. Frances levantaba lo que tiraba Tomé al suelo. Hana le ayudaba a mover cajas metálicas repletas de objetos inservibles que debía arreglar para el trueque o vender como chatarra. Cuando Tomé consiguió varias varillas, las dejó sobre la mesa.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Hana, pero yo supe que quería armar un sistema como el rodillo.

—Si no son los puntos, son las varitas. ¿No es así? —nos preguntó Tomé.

—Son un sistema de varitas, sí —le dije.

—Entonces... —dijo y apoyó un extremo de la varita sobre el borde de la mesa, dejó la mayor parte de la cinta de metal en el aire y la movió con delicadeza. Apenas un pequeño sonido. Luego lo hizo más fuerte y escuchamos un sonido metalizado y vibrante. Yo sostuve otra de las varitas; Frances y Hana hicieron lo mismo mientras Tomé golpeaba una a una, alternándolas. Podíamos escuchar algo semejante a la música del rodillo.

—El sonido sale de las varillas —dijo Hana.

—Sí, es parecido al xilofón o los tambores de latas.

—Bah, solo es un xilofón gigante —dijo Hana y se encerró en el aseo.

Durante los días siguientes, Tomé revolvió los estantes, las cajas metálicas apiladas, separó varillas, cintas metálicas, láminas para construir un rodillo gigante que haría en la chatarrera al cumplir catorce años. Se instaló en mi mesa, colgó sus propios dibujos y diseños. Le cedí mi lugar. Me observaba en ese mismo espacio, junto a la esfera. Tomé ahora ya no permanecía tanto en la



cama, ya no se quejaba todo el tiempo; hablaba de su rodillo gigante, de que haría música, de que podíamos hacer música para todos y transmitirla por los altoparlantes. Había entusiasmado a Sandor, a Beau y a Daniel, con quienes charlaba en la hora de la comida antes de ir a la Zona de Aprendizaje. Había encontrado su esfera. Al fin, Tomé demostró que tenía razón, que estaba destinado a ser chatarrero, pero no solo alguien para desarmar maquinarias pesadas y objetos en minúsculas piezas, sino quien las volvería a armar. No tardaría mucho en ser invitado a ingeniería. Si ellos le ofrecerían materiales y lugar para expandir sus ideas, estaba seguro que él aceptaría cambiar de oficio y mudarse a otra zona. Ya no sería representante de la Zona 1, quizás lo fuera de la Zona 4. Todo se repetía. Los Green estaban destinados a moverse de zona en zona. Una generación era ingeniera y otra, chatarrera. Luego, volver al mismo punto. ¿Importaba? Comencé a sentirme tan hueco y frío como el recipiente inservible de una lámpara. Pronto Tomé me diría dónde dormir, qué hacer en caso de conflictos, que no me meta con su esposa, que le ceda el espacio en la mesa. Era demasiado pronto para hacerme viejo, pero me repetía que me quedaban sólo tres años de vida.

## AÑO 197 DD / JORNADA 230

### I

El Día del Trueque visité al Loco. Había pensado en que Tomé me acompañase, pero no estaba seguro de abrirle esa puerta. No faltaba mucho para que él fuese adulto. Por otro lado, cada vez que salía del módulo del Loco, temía que fuera nuestro último encuentro porque le costaba levantarse de la silla, en el cuerpo se le remarcaban sus huesos, cuando caminaba se sostenía de los muebles. Por otro lado, me conformaba pensar que era el hombre más anciano del CN34.

Le mostré al Loco los dibujos de Tomé; le hablé del descubrimiento de las varillas, de su idea de hacer un rodillo gigante.

—Tu hijo tiene talento, Devin. Y no tiene miedo, además.

—No es como yo.

—El miedo es bueno. Nos hace prudentes.

—O nos paraliza.

—Tengo que hablarte de algo importante. ¿Te acuerdas que te había comentado de ese asunto que estaba planeando?

—Me acuerdo.

—Espero que tengas tiempo. Quiero adelantarte algo. No confío en muchas personas para esto. Es lo más importante que he planeado, por eso tengo que tener paciencia y esperar, pero hay veces que creo que ese será mi último momento de pie. Si algo me pasara...

—Yo te cuidaría.

—Lo sé. Confío en ti, Devin, como si fueras mi familia. Escucha —dijo en tanto se acercó apoyando los codos sobre la mesa y yo lo imité, de manera que quedamos muy cerca—, hay una información que compré a un precio elevado. Lo vale tan solo para saber si es cierta o no es cierta. Viene de un conector que fue deportado donde mi amigo también es conector; él es quien me mantiene al tanto sobre mi familia. Cuando me detuvieron, yo le pedí que fuera el encargado de cuidar de mi esposa. Este hombre, el deportado, estuvo encerrado en reclusión un tiempo muy corto. Luego, desapareció. Mi amigo no pudo averiguar, pero dicen que fue muerto.

—¿Murió por el encierro?

—No. Se rumorea que lo hicieron morir porque estaba afectado, pero yo

creo que fue por algo más, algo que dijo.

—¿Qué decía? —pregunté en un susurro acercándome todavía más.

—Devin, esto no sale de este módulo. Confío en ti, pero necesito oírlo.

—No sale de acá.

—Está bien. Él dijo que afuera ya era habitable —me dijo apretándome la mano. Lo miré a los ojos durante unos instantes como si pudiera ver la imagen del afuera grabada en esos puntos negros. El pecho me golpeó con una vara de metal y mis costillas vibraron. Tuve que forzar el aire para que llenara de nuevo los pulmones. Me recosté en la silla y tiré mi cabello hacia atrás, en tanto apoyé mis manos sobre la frente.

—¿Será posible?

—No lo sé.

—Esto es confuso. ¿Cómo es posible que Colonia Geo no lo sepa?

—Quizás sí lo saben —dijo el Loco.

—Quizás van a ir avisando colonia por colonia. Deberíamos esperar. Si todos queremos salir de golpe, no sé, sería un caos, la gente se apretujaría en los pasillos, habría heridos. El ascenso tiene que ser lento, acostumbrarse de nuevo. Entonces, ¿seremos nosotros los privilegiados? —dije tapándome la boca.

Un temblor me sacudía el brazo, el cuerpo. Me paré y el Loco se paró con dificultad, apoyó su mano en mi hombro y me apretó con fuerza como si quisiera evitar que me elevara hasta el arriba.

—Siéntate, Devin. Hay algo en todo esto que no cierra. Hay una sola manera de averiguarlo.

—¿Comprado información a la gente de Geo?

—No. No es una información que se pueda verificar una vez comprada. Digamos que ya tengo la información. ¿Vale la pena continuar comprando esta información de muchas bocas? ¿Eso lo haría real?

—Lo haría más real si muchos lo dicen.

—Muchos dicen tantas cosas que no resultaron ciertas. Se las creen porque conviene o nos hace la vida más cómoda o menos dolorosa. ¿Sabes que algunos me piden información falsa?

—No entiendo.

—Solo desean escuchar algo bonito. Yo les digo lo que quieren escuchar y se van contentos.

—Entonces, esto es nada más que algo bonito para escuchar.

—Por eso solo se puede saber si es verdad de una sola manera:

ascendiendo.

—¿Ascendiendo? —dijo aún más confuso. Quizás, pensé, el Loco estaba ya afectado como el abuelo.

—Ascendiendo, Devin.

—Hacerse pasar por un muerto no es una manera de hacerlo ya que no nos “ascienden” como creíamos. Pedir un traslado a Geo lo veo imposible. De allí debería asegurarse ser elegido para las salidas y siendo mi hijo ya casi cabeza de generación, debería ser él. Además, no podría hacerte llegar la información...

—Espera, espera un momento. Tengo casi todo preparado. No es ni pasar por muerto ni el traslado a Geo. Aún me faltan algunos detalles. Necesito unas dos jornadas. Te mandaré a llamar para presentarte a quien te ayudará.

—¿Ayudarme?

—A subir —dijo el Loco y enfatizó el gesto señalando hacia arriba con el dedo en tanto sonreía.

—¿Subir?

—Es posible. Hoy sé que es posible.

—¿Quieres que muera? Si están aún los Dispositivos Inferno, el aire envenenado. Tengo que pensar en mi familia.

—Lo sé. No te enviaría a morir. Con esta persona estuvimos planeando algo. Tenemos tiempo. Piensa en esto que hablamos. Si es verdad, Devin, si han descubierto que ya es habitable. ¿No vale la pena?

—Y si es habitable, ¿qué haremos? Sería un caos si todos los saben. Sería un desastre. Loco, la persona deportada sería un afectado. No es la primera vez que esto sucede. Cada tanto, alguien lanza que pronto saldremos, que será al llegar a los doscientos años. Algunos creen que la sala Doscientos es un anuncio, pero se olvidaron cómo la conseguimos. Eso puede afectar, si te aferras a esa idea y luego es real, entonces, te afectarás de tal manera que vivir será insoportable. Y ese estado pasa de unos a otros. Es demasiado peligroso.

—Por eso es necesario comprobarlo —dijo y nos volvimos a sentar como antes.

—¿No puedes comprar una información a los de Geo?

—Lo intenté. Ellos son un grupo que depende de Bórax. Ni siquiera hay muchos datos de esa colonia en Bórax. No que yo sepa. Si pudiera conseguir la información, ya la habría conseguido.

—¿Cómo lo haces? Nunca quise preguntarte.

—Me ayuda tener aún contactos en Bórax, mis antiguos amigos. Aquí, en estas colonias periféricas, decir que uno tiene contactos en Bórax es motivo de no meterse. A los conectores les vendo información que consigo en Bórax. Vendo, incluso, información de esta colonia. Jamás arriesgando a nadie, pero ellos se mantienen al tanto y les ahorra trabajo. Si esta información es cierta, Devin, todo cambiará para siempre.

—Y si no es cierta, también.

Cuando salí del módulo del Loco me sentía mareado y me dolía la cabeza. El olor a conos de crema del mercado me provocó náuseas. Al ingresar al pasillo principal, me detuvieron con consultas sobre el censo. ¿Había vida afuera? Dos pasos y volvían a detenerme. La hija de alguien estaba enferma. ¿La planta era parte de la vida del afuera? No era normal que una planta viviera tanto tiempo dentro de una chatarra. Alguien me detuvo quejándose de la calidad de la comida para los de la Zona 1. Le dije que presentaría la queja tan solo para continuar mi marcha. Al doblar en el pasillo de mi módulo, observé que Frances estaba en la puerta hablando con los Garrett y con los Knox; con un poco de suerte, ella podría comerciar toda la basura que nos sobraba. Saludé con rapidez para acostarme.

La cama parecía crema y el mundo cambiaba de repente. Vida afuera, arriba nuestro. Plantas y catanes. Quizás otros parecidos a catanes. Me giré y observé la lámina que el Loco me había obsequiado. Tal vez pronto caminaría sobre esa superficie amarilla. Tenía miedo de que no fuera cierto.

Ni las peleas de Tomé y Hana ni el acoso de Tomé para que lo lleve a la chatarrera me distrajeron de la última conversación con el Loco. Extrañé al abuelo. Si él viviera, pensaba, ahora podría hablar con alguien. Arden había dejado de verme luego de la muerte de Ivo. Ya no nos sentábamos juntos y pasamos a ubicarnos cada uno con nuestras familias. Nos saludábamos con cordialidad, y eso era todo. Shiri se había unido en matrimonio con un hombre que llegó de otra colonia y trabajaba con ella en limpieza. Tomé, Hana y sus amigos se sentaban en el comedor, en una mesa aislada. En ellos veía a Ivo, a Shiri, a Arden, las charlas sobre la planta o sobre nuestras familias, a nuestros quince años debatiendo sobre nuestros posibles matrimonios, nuestros futuros hijos. Era cierto lo que el Loco me había dicho: me sentía triste por estar

viejo. Si me quedaban pocos años de vida, deseaba recuperar esa sensación de energía ígnea que te levanta de la cama, te despeja el aire y renueva la luz sobre cada objeto; en definitiva, recuperar un propósito mayor a desarmar basura del pasado.

## II

Leroy pasó por la chatarrera para anunciarme que era requerido por los conectores. Me limpié las manos con un trapo y me sequé la cara. Me sentía sucio, pegajoso, luego de lidiar con un artefacto muy oxidado que no se dejaba separar con facilidad.

Ya en la puerta del Loco, Leroy me dijo que pasaría luego y se retiró. Al entrar, el Loco me recibió con un abrazo. Después, me señaló la mesa para que nos sentemos a comer, como siempre hacíamos. Le dije que sobraba un vaso y me explicó que estaba esperando al otro hombre. Me preguntó si había pensado en lo charlado. Le conté que me era imposible no volver sobre el mismo tema, hasta sufría de dolores de cabeza ni bien me levantaba de la cama. Sirvió los vasos con agua y bebimos. Charlamos sobre los nuevos chatarreros tan solo para llenar el vacío hasta que llegara la visita: no fue durante mucho tiempo.

Escuché un golpe y giré la cabeza en tanto el Loco decía que pase. Me levanté con brusquedad.

—¿Nils? ¿Qué hace él aquí? —dije mirando primero a Nils y, luego, al Loco.

—Tranquilo, Devin. Te había hablado de alguien que nos ayudaba.

—¿Nils? —volví a repetir observando al Loco que me pareció que me gastaba una broma.

—Sí, con él estuve hablando algunas cuestiones. Vamos todos a sentarnos.

—No creo que sea buena idea —dije aún de pie en tanto Nils se sentó sin siquiera mirarme.

—Vamos, Devin —me invitaba el Loco acercándome la silla.

—No es muy distinto a cuando nos sentamos en las reuniones —dijo Nils, pero sin mirarme.

—Lo es. Yo no confío en él —dije señalándolo.

—Dejemos el pasado atrás —dijo Nils con tanta tranquilidad que me parecía una mofa.

—Es de confianza, Devin. Puedes creerme.

Me senté intentando no demostrar temor, pero tenía ganas de salir para no tener que ver a Nils. ¿Cómo el Loco confiaba en él? ¿Con quién más hablaba? ¿Vendía nuestras conversaciones?

—Nils ha estado averiguando el tema de las conexiones de aire.

—Sí, tengo diagramada la Zona 3, al menos la mayor parte. Estuve pensando que desde allí será posible. Mi abuelo reparó, hace mucho, unas conexiones. Él decía que, por la manera en que llegaba el aire y cómo trabajaba el dispositivo atmosférico, pudo saber que no eran demasiado largas. Al menos no escuchaba un difusor ni nada parecido. Estuvo entretenido durante bastante en reconstruir el sistema de ventilación.

—¿Están planeando meter a alguien allí?

—Sí, ya hemos apelado a eso y ha salido bien. ¿Recuerdas, Devin?

—Como olvidarlo.

—Nils ha preparado algo que podría ayudarte en caso de que el aire sea venenoso. Podrías asomarte, corroborar el rumor y volver con rapidez.

—Es un dispositivo que colocado en tu cara, te enviará aire. No podrás usarlo más que unos pocos minutos, pero suficientes para asomarte y mirar. Es similar a los usados por Geo.

—No me gusta esto. Me retiro —dije y me levanté volcando la silla.

—No confías en mí, es eso —dijo Nils.

—No. Jamás confíe en tu puta familia.

—Yo tampoco —dijo y se paró para mirarme, pero debió levantar la cabeza y pararse de puntas para alcanzar mi rostro.

—No te creo. Eres tan mentiroso como tu padre. Solo que cumples un papel de representante educado y digno. Tu padre te ha enseñado bien a mentir.

—Yo también odio a mi padre por lo que ha hecho. No te culpo de volarle los dientes. Con su egoísmo destruyó a mi familia. Mi madre nunca le perdonó que se viera con tu padre. Siempre hemos tenido esa vergüenza encima. Tuve que casarme con una mujer de otra colonia porque nadie de ingeniería quería unirse conmigo.

—¡Tu padre mató a mi padre!

Tomé a Nils del cuello y lo empujé contra una pared. Se volcaron algunos objetos con un estruendo que vibró en todo el módulo. El Loco, en vano, intentaba separarnos jalándome de la ropa.

—No soy mi padre, Devin. Ahora él está muerto. ¿Qué vas a hacer? Vuélame los dientes si quieres. Vamos. Te crees mejor que yo. Demuestra que

no eres mejor que mi padre —dijo y lo solté mientras el Loco me empujó hasta la silla y apretó mis hombros para evitar que me levantase.

—Tu padre es culpable del accidente. Todos han callado eso. Tú has callado.

—Tu familia también para ahorrarse el escándalo. Si escarbamos saldrán muchas cosas que afectarán a todas las generaciones siguientes de Pelleesen y de Green. Debemos respetar los acuerdos que se hicieron.

—Eres un cobarde, Nils. Tu padre siempre te trató como una marioneta. Eres un inservible.

—Qué sabes de mi padre. Nunca estuviste ahí.

—Dejemos el pasado atrás. Tenemos algo para el futuro. Devin, Nils es de confianza —dijo el Loco en tanto Nils se acercaba a la mesa, luego de jalarse la ropa para taparse la barriga.

—Siento lo de tu padre, Devin. Si pudiera hacer algo, lo haría. Siento haber sido un idiota de joven, pero ahora somos adultos, hemos cambiado. Si mi padre estuviera vivo te lo daría para que hicieras con él lo que quisieras. Estamos mejor sin él —dijo y, tras sentarse, bajó la cabeza.

—Bueno, bueno. Nils, ¿será posible conocer el mecanismo de apertura de la puerta? —preguntó el Loco.

—¿Qué puerta? —grité enojado porque para el Loco era más importante una puerta que lo sucedido a mi padre.

—Bebamos y vamos a serenarnos. Por favor, discutamos sobre el tema que nos ha unido. Todos estamos aquí abajo —dijo el Loco y volvió a llenar nuestros vasos de agua.

Luego de unos instantes, me dije que estaba actuando como un afectado, que debía serenarme. Tanto Nils como yo éramos los representantes y debíamos pensar en el futuro, no en el pasado. Nils lo llevaba mejor que yo. Eso me impulsó a meterme en la conversación, además de mi curiosidad por saber más del arriba. Nils retomó la charla luego de vaciar su vaso.

—Sobre la puerta que clausura el afuera, la puerta del descenso, creo que podré verla, pero me llevará un tiempo. En breve concurrirá un grupo de ingenieros a reparar la que está en el Conjunto Habitacional N33.

—¿La que separa el arriba? —dije evitando mirar a Nils.

—Esa misma. Es algo que el conector Howie ha hablado conmigo por ser el representante. Me pidió que diera mi opinión sobre un fallo en la compuerta. Le dije que lo estudiaría. Pero quieren que me traslade a colonia Bórax. Hay muchos acuerdos de confidencialidad.



—¿Bórax? ¿Te ofrecen un traslado? —dije de tal manera que me arrepentí de demostrar mi envidia.

—Y he aceptado.

—¿Aceptado?

—Nils, es algo grande —dijo el Loco apoyando su mano en la de Nils mientras yo discurría entre golpear a Nils por lo de mi padre o pensar en la puerta del ascenso.

—Lo sé. No me olvidaré de ayudarte desde allí, Loco.

—Eso espero.

—¿Cuándo te trasladan? —pregunté con cierto alivio, al fin no tendría que volver a verlo y se llevaría a su familia.

—Pronto, por eso creo que debemos apurarnos si vamos a hacer lo del ascenso. En caso de no tener tiempo, enviaré la información de alguna manera.

—Habrá tiempo. Tenemos que apurarnos. Pongamos una fecha. ¿Estás de acuerdo, Devin?

—¿Seré yo? —pregunté sabiendo la respuesta.

—Sí. No confío en nadie para que haga ese movimiento. Estoy seguro que eres la persona correcta.

—Estamos todos afectados —dije antes de retirarme sin siquiera saludar.

### III

Luego de retirarme de nuestro primer encuentro, dispuesto a no aceptar el trato si Nils participaba, las preguntas me perforaron la cabeza. No podía dormir de noche, me despertaba transpirado, sin aire, sediento, como si hubiera caminado mil pasillos. Las pocas veces que recordaba el sueño era una variación del horror de observar, desde lo alto, el proceso de desmembrar a Ivo. ¿Debía ascender? Era la duda falsa de una peluca de nailon o unos labios rojos de colorante. Hasta mis sueños ratificaban mi decisión: ascendería para morir con la seguridad que arriba no había nada, ni los cuerpos de quienes murieron en las colonias. ¿Era cierto que no quedaba nada? Podía sobrevivir con esta duda, pero no podía vivir con la certeza de la devastación.

Un par de veces, continuamos reuniéndonos con el Loco y con Nils. No podíamos decidir algunos aspectos y no hallábamos la forma de solucionarlos sin incluir a más personas.

—Digo que ir a ciegas por la ventilación es un riesgo —dije señalando los conductos que Nils había agregado a mi dibujo de CN34 y, además, había corregido detalles de la Zona 3.

—Volvamos a repasar las opciones —dijo el Loco—. Por el pasillo es imposible ya que se necesitan a cuatro personas que abran las compuertas y, ni bien se abren, se entera toda la colonia por el ruido.

—¿Si aprovechamos el momento de entrada de lo que llega de la intercolonial? —dije.

—Nadie puede pasar ya que hay varios guardias controlando incluso lo que sale y entra. No he visto a la gente de la intercolonial en la compuerta cercana a la entrada de nuestro conjunto, entonces, deben de dejarlo en la compuerta anterior y los mismos guardias deben de acercarlo. Solo cuando es muy pesado apelan a ser ayudados por los pasantes de la intercolonial —dijo Nils señalando el pasillo y los puntos.

—¿No hay nadie que puedas comprar, Loco? —pregunté.

—No. Son muchos a sumar. Debería convencer a todos quienes trabajan en el pasillo.

—¿Si usamos una caja recicladora? ¿Podría salir metido allí dentro?

—Y serías arrojado a una trituradora y fin del asunto—dijo Nils.

—Tiene que haber alguien para abrir la tapa, hacerte pasar por todo un trayecto. Volvemos de nuevo al tema de cómo pasar por los pasillos y las compuertas —aclaró el Loco.

—Estamos en el mismo punto —agregué mientras me levanté a llenar los vasos con el agua que Nils había traído.

—En el mismo punto no estamos, ya descartamos la caja recicladora, el pasillo y hacerte pasar por conector —dijo el Loco.

—Los cadáveres y la Zona Médica —agregó Nils.

—Sigo pensando en la Zona Médica —dije moviendo el dibujo para observar los pasillos y los módulos de esa zona.

—No lo sé, Devin, depender de Susan no me gusta. Menos meterte en aislamiento. Si algo sale mal, cómo podemos explicar tu estadía allí, caerían varios —me dijo el Loco.

—Nos queda otro tema por resolver: cómo explicar mi ausencia siendo representante.

—Estuve pensando en Steven. Quizás podrías fingir un conflicto y él podría decir a los de Zona 1 que estás siendo interrogado.

—Creo como Devin, siendo él representante no hay manera de fingir un alejamiento salvo apelando a la Zona Médica.

—Tampoco la Zona Médica, Nils. Han ampliado el personal y no los conozco. Solo tenemos a Susan.

—¿Qué diremos cuando sea el momento de presentarme a una de las reuniones? ¿Digo que estoy en el módulo enfermo y que me cubra el conector Leroy? ¿Y a mi familia qué les digo? ¿Qué soy interrogado? ¿Qué sucederá cuando Frances se entere que no estoy porque estoy enfermo en el módulo? No quiero que mi familia sepa de esto. No quiero ponerlos en riesgo.

—Entonces hay que pensar en otras alternativas —dijo el Loco—, tiene que haber alguna. Dejemos la reunión por hoy. Mañana nos reuniremos de nuevo y tenemos ya que resolver qué haremos y cuándo. No podemos dilatar más esto siendo que Nils se irá a Bórax luego del arreglo de la compuerta.

Me dolía la cabeza de tanto pensar una manera de desaparecer por una jornada o un poco más. Era imposible perder a un ser humano en la colonia. Había pensando en renunciar como representante, pero temía arruinar el futuro de mi familia si permaneceríamos varias generaciones donde estábamos. Si arriba era habitable, no importaba nada más que cómo salir. Sólo había aceptado para ver el arriba, para ver los Dispositivos Inferno en persona, lo que quedara del cielo y de la tierra. Quería verlo por mí mismo. Ya había escuchado lo que Geo había dicho: el afuera era venenoso, oscuro y solo se podía salir por poco tiempo y con equipos especializados que habían sido utilizados y reparados por generaciones. Quería morirme, al menos, sacar unos segundos la cabeza hacia el afuera. Cada uno de los tres que planeábamos el ascenso lo hacía por motivos diferentes.

Debía pensar en que quizás no volvería, en que algo podía salir mal. Si era así, pronto Tomé sería la cabeza de los Green y era mi responsabilidad transmitirles nuestras memorias. Rompería la costumbre y pasaría mis memorias a mis dos hijos y no solamente a la cabeza futura de generación. Lo haría esa misma noche.

Luego de comer, por la noche, solicité hablar con mi familia porque tenía algo importante que decirles. La luz de la lámpara que estaba en el centro de la mesa redonda nos tocaba a todos por igual. La piel nos relucía contra el

trasfondo oscuro del módulo. Siempre había imaginado a los muertos viviendo en la oscuridad; los vivos, en la luz, en dos mundos paralelos, dos formas distintas de existir. En la invisibilidad de lo negro, ellos eran partícipes de nuestras conversaciones. Allí la voz era apagada en el borde de lo luminoso, tan cerca nuestro. Los muertos y los vivos, codo a codo, rayando las paredes metálicas, inscribiendo nuestra memoria a costa de raspar contra las cosas.

En ese momento, con los cuatro junto a la mesa, me sentí observado por los muertos que se apresuraban a escuchar las memorias, a revivir su vida de nuevo, desde mi garganta hasta mi corazón, hacia mi hijo y mi hija, un hilo extenso y sedoso, una luz tendida como un pasillo sin compuerta, hacia abajo y hacia arriba, hasta afuera.

Les conté en orden las memorias del primer Green, del agua blanca, del cielo agujereado por luces. Agregué mi memoria. Les hablé de la planta de las esferas, de que existían unas plantas que se guardaban en una esfera con púas. También, les mostré unos dibujos que había escondido dentro de un frasco. Frances me observaba con terror. Tomé podría repetir el mismo gesto de criar una planta. Sabía que él iría más lejos. ¿Era preferible el secreto? ¿Y si moría, era preferible que debajo de la cama permanecieran las semillas para siempre, abajo de nosotros, sin ver la luz? ¿Me moriría llevándome el secreto?

Hablamos del abuelo Ollie, de mamá. Frances contó lo poco que recordaba de cuando era niña. La oscuridad avanzaba y nos rodeaba, nos entristecía a medida que la lámpara se agotaba.

—¿Se sabe cuántos muertos hay en nuestra colonia? —pregunto Tomé.

—Hablemos de otra cosa. No quiero saber nada de esas memorias. Ya no están. No me importan —dijo Hana en tanto comenzaba a llorar como ella lo hacía, dejando caer las lágrimas sin ruido.

—Es posible —se respondió Tomé—, si contamos los nombres rayados en las paredes de los pasillos. Me imagino que afuera ya no habrá lugar con tantos cuerpos. No quisiera ni salir para verlos. Si subimos imagino que los quitarán, ¿no?

—No creo que ya estén. Los cuerpos se desarman como la ropa —dijo Frances.

—Será horrible tocar los jirones de muerto. Los pellejos peludos. Imaginen que quieren que luego nos hagamos ropa con los pelos de los muertos —decía Tomé mientras inventaba en voz alta.

—Que se calle, mamá.

—Para el frío podría ser bueno usar pelo de muerto, así no se tira.

—Eso sería demasiado drástico —dije ya sin ánimo de continuar con la charla.

—Es hora de que nos acostemos —dijo Frances.

—Papá, gracias por las memorias. Las repetiré siempre para no olvidarlas. Voy a recordar los nombres de los Green muertos. De todos. ¿Quién estuvo afuera antes que Dan Green? —me dijo ya quitándose la ropa junto a su cama, antes de acostarse.

—Tadeo era el padre de Dan.

—¿Y antes?

—No sabemos.

—¿Qué importa! Importa los que estamos acá y los que vendremos —dijo Hana metiéndose en el aseo.

—A mí me importa. Me importan los pobres muertos. ¿No te vas a acordar de papá y mamá cuando mueran?

—No quiero hablar de eso —gritó Hana.

—Hora de dormir. Apago la lámpara. Mañana tendremos otra charla, señores Green —dijo Frances.

—Frances, ¿cómo era tu apellido? —le dije.

—“Dunn”.

—¿Dónde están tus memorias completas, mamá? —preguntó Tomé.

—No llegaron a pasármelas.

—Parece que las memorias también se mueren —dijo Tomé desde la oscuridad.

No pude dormir. No hallaba la manera de justificar mi ausencia y no deseaba dejar a mi familia. ¿Quién cuidaría de ellos? Debía hablar con Shiri para solicitarle que cuiden de los Green en caso de que el ascenso saliera mal. Cuando pensaba en el plan, aparecían aspectos sin resolver. Además, se necesitaba más tiempo, pero chocaba con la urgencia del Loco nacida en que se sentía cada día más cerca de su muerte. ¿A quién dejaría el Loco sus memorias? ¿Tendría algunas de sus antepasados?

## AÑO 197 DD / JORNADA 237

El Día del Trueque me acerqué al módulo del Loco. Nils ya estaba con él.

—Te estábamos esperando —me dijo el Loco y apoyó su mano en mi antebrazo.

—Lo siento, me detuvieron por los pasillos para preguntarme algunas cosas sobre el censo.

—El censo. No tuvimos en cuenta el censo —dijo el Loco.

—No podemos hacerlo durante el censo —dijo Nils.

—No. Tampoco me permitirán renunciar justo durante el censo —dije.

—¿Renunciar? ¿De representante? —preguntó Nils.

—Había pensado que sería más fácil si ya no lo soy. Tomé podrá serlo si más adelante se postula y hace bien las cosas.

—Es una medida un poco drástica, pero quizás no tengamos más alternativas. Steven se ha abierto. No quiere participar porque tiene miedo.

—¿No dirá nada? —preguntó Nils.

—No dirá nada. Nos ha deseado suerte y que quiere saber qué hemos averiguado, pero no participará.

—Una posición cómoda —dijo Nils.

—No esperaba demasiado más de él.

—En dos jornadas me vendrán a buscar por el arreglo de la compuerta. Luego pedí dos más para acomodar mi módulo. Después me mudaré a Colonia Bórax. Dicen que necesitan soldadores. Cuando vuelva, traeré la información sobre la puerta y completaré el diagrama con las rejillas de ventilación hasta la zona de la compuerta.

—¿Debo salir del CN34?

—No hay alternativa. Es la única vía que encontramos.

—Sólo resta mi ausencia.

—Hay tiempo. Aún falta pasar el censo —dijo Nils.

## AÑO 197 DD / JORNADA 242

### I

Las jornadas anteriores al censo no pude acercarme al módulo del Loco. Calculé que Nils habría vuelto del arreglo de la compuerta. En tanto, participaría en el censo como representante de la Zona 1 y como testigo sobre la veracidad de los dichos de cada familia, cuestión que me demandaría varias jornadas de trabajo extra.

Comencé a impacientarme ante la demora en la fila del comedor, ante el aseo ocupado. Temí al impacto de una pared invisible surgida de la nada, del techo desplomándose; me sacudía el ruido de una lata contra el piso, mis piernas se tensaban como si fuera a correr por los pasillos. Bebí más agua de la habitual ya que sentía la boca siempre seca. Me transpiraban las manos, mi respiración se agitaba y las gotas de sudor explotaban desde el cuero cabelludo, incluso si permanecía inmóvil. Creí que eran síntomas de una enfermedad inminente, el origen de una epidemia. Luego, supe que era el miedo. Un miedo nuevo, explosivo, que te construye como un imán que te jala hacia las paredes, que te pateas hasta el techo. Un miedo que te impide claudicar y te impide seguir, un miedo que te clava en el suelo y después te grita para que corras, y no puedes.

A veces, cuando el terror me impedía respirar, pensaba en negarme como el conector Leroy. Pero supe que no había posibilidades de volver a la tranquilidad de las jornadas de trabajo con el abuelo, al momento anterior del hallazgo de la esfera. Deseaba terminar con la infinidad de imágenes que se rayaban adentro de mi cráneo. Nils parecía llevarlo mejor que yo.

Llegué a la reunión demasiado temprano. Stella me invitó a esperar en el L3. Se acomodaron más lugares que los habituales: tres registradores de la Zona de Información escribirían las actas de la reunión y participarían varios conectores recién llegados de Bórax.

Aproveché para observar el sitio. A pesar que año a año se sumaban más registros, las cajas archivadoras eran las mismas. Quizás enviaban a los módulos de los conectores los registros más antiguos o la L3 poseía algún espacio extra que solo conocían algunas personas.

Al fin, cuatro conectores de Bórax, vestidos de manera similar, ingresaron guiados por Howie. Ni bien entró Nils, nos saludamos con formalidad y

distancia. Tratábamos de no mirarnos, sin resultado, y evadíamos la mirada como si los demás pudieran saber de nuestras reuniones secretas.

Cuando fue mi turno de exponer, volví a presentar la solicitud por Sandor que permanecía en cama.

—Vamos a ordenar de nuevo —dijo uno de los conectores de Bórax—, el asunto del censo se deberá tratar con urgencia y focalizarnos en las cabezas de generación. Si dicen que ese tema fue decidido, ya tenemos la respuesta; pasemos al siguiente.

—Es un tema importante. Solicito un nuevo tratamiento para Sandor Chapman.

—¿No me entendió? —dijo y miró a Howie.

—Es un tema recurrente en la Zona 1 y en la Zona 2 de reiterar los pedidos —dijo Howie al conector visitante.

—Se reiteran porque no se solucionan —dije acercándole la planilla a Leroy.

—¿Por qué no se solucionan? —preguntó el otro conector sentando junto a Leroy.

—Se solucionan ya que se da una respuesta, pero no se acata. Por favor, busque en las copias de las actas las veces que el señor representante de la Zona 1 solicitó tratamiento para el mismo muchacho —dijo Howie a Stella. Ella se dirigió hacia las pilas de cajas ordenadas en los estantes.

—Eso va a llevar horas —dijo el conector Leroy.

—Entonces, me podrían resumir cuál ha sido la respuesta y dejemos la confirmación de las actas pasadas para luego —preguntó el conector que estaba junto a Howie, con quien parecía compartir algo más que su forma de mirar oscura y penetrante.

—El muchacho ha sido revisado en la Zona Médica y diagnosticado con una enfermedad que no tiene cura, por lo tanto, sin esperanza de vida a largo plazo. No podemos malgastar los recursos en quien tiene tan pocas posibilidades. Lo siento, señor representante, por este motivo el muchacho fue retirado como cabeza de generación y su hermano ha ocupado el puesto —dijo Howie en tanto yo apretaba el puño sobre mi muslo para mantenerme en mi sitio.

—Ya veo. Lamento la situación, pero, si es así, es una decisión que venimos tomando desde hace tiempo —dijo uno de los conectores de Bórax.

—La estupidez del pasado no justifica la estupidez del presente. Si antes fuimos capaces de dejar morir, no veo el motivo de sostener esa conducta tan



inhumana —dije y sentí un golpe en la pierna que provendría de Nils.

—Todos hemos realizado sacrificios —dijo Howie.

—Algunos siempre más que otros —dije y me pareció oír la voz del abuelo.

—Señor Green. Usted ha sido elegido representante para ser portavoz. Lo hemos escuchado y le agradecemos. Ahora lleve la decisión a la familia Chapman de lo sucedido y continúe con su labor —dijo el conector Howie mientras el conector mellizo movía la cabeza afirmando cada una de las palabras.

—Bien. Le diré a una madre que su hijo no tiene esperanza de vida, que para la colonia ya está muerto y, como ya está muerto, no recibirá tratamiento. Es más. Podríamos ahorrarnos unas cuantas moléculas si agarramos la cabeza del muchacho y la estrellamos contra la pared y le hacemos saltar los sesos. ¿Cómo no se les ocurrió? Podemos seleccionar a los más sanos y fuertes y deshacernos de todos los demás. Propongo eso. Quizás hasta me feliciten de Colonia Bórax —dije y volví a sentir el golpe en mi pierna. Observé el gesto agrio de Nils.

—Representante, si sigue hablando de esa manera tendremos que pensar que está afectado —dijo el conector Howie.

—No puedo decirle a una madre que la colonia le niega tratamiento. No puedo. Me niego a llevar ese mensaje. Me niego a pensar que en la Zona Médica hay remedios para aliviar el dolor de ese muchacho y se le niegan.

—Será el conector Leroy el que lleve la noticia —dijo Howie.

—¿Qué? ¿Por qué yo?

—Porque eres el conector de la Zona 1, Leroy, por eso.

—No es mi función dar esas noticias.

—Es parte de la función y que conste en actas que en conector Leroy se niega —señaló Howie a Stella.

—Para eso está el representante, para informar sobre las respuestas. Pero está bien. Iré. Le diré la noticia que ya sabe. ¿Por qué volvemos sobre lo mismo? —dijo Leroy mirando a Howie.

—Porque hay que cerrar el tema.

—Un tema que se abre siempre. Digo que ni lo traigamos a la mesa.

—¿Los conectores pueden romper los pedidos de los representantes? —dijo Nils mirando a Howie.

—No. Y Leroy, terminemos esto. Hay temas más importantes que tratar.

—¿Más importante que la vida de alguien? —dije aún sin dejar de pensar que la vida de Sandor dependía de ese instante.

—Apoyo el pedido del señor Green. Los de la Zona 2 también hemos tenido que ver morir a niños que quedaron excluidos de los cuidados médicos. Que conste en actas que yo, el representante Ernest Gale de la Zona 2 estoy en desacuerdo con la forma en cómo se ha resuelto el caso de los niños que padecen el encierro, una decisión de la cual ellos no son responsables.

—Yo también adhiero al pedido —dijo Nils.

—Bueno. Ya veo que esto durará demasiado. Por favor, que nos traigan algo que beber —solicitó Howie a quien estaba escribiendo junto a Stella—. El día del descenso, afuera, quedaron muchos porque la humanidad es más importante que unas pocas personas —dijo Howie levantando la voz de manera progresiva.

—Ahórrese el discurso de ceremonia del Día de la Salvación. Solo algunos hacen sacrificios. Su hijo, por ejemplo, el que no puede caminar. Lo he visto dos veces salir de la Zona Médica. Si no puede caminar, no es útil. Deberíamos ahorrarnos los tratamientos que se le ofrecen a su hijo —dije y observé las caras rígidas de sorpresa. El conector Howie miró a su alrededor y me respondió:

—¿Cómo es capaz de llamar inservible a mi hijo?

—¿Cómo es capaz de decir que el hijo de otro tiene las jornadas contadas y no vale la pena?

—Resolvamos esto ahora mismo. Les recuerdo que en estas reuniones se escuchan los pedidos de las familias, los conectores deciden y los representantes llevan las noticias. No estamos acá para ser juzgados. Si no están de acuerdo pueden resignar su cargo. No tienen poder para juzgar a un conector ni para pedir explicaciones. Esto no es un tribunal de acción. Dejemos eso en claro. Si no hay acuerdo por algo, presenten la planilla que corresponde con el pedido que se llevará ante Colonia Bórax y recibirán la respuesta. Si son varias familias o una zona, de la misma manera —dijo el otro conector calvo, sentado junto a Leroy.

—¿Mientras? ¿Qué sucede con la vida de quienes mueren mientras se deciden, y van y vienen las planillas? —dije.

—Debemos esperar. No podemos prever el avance de una enfermedad. No tenemos esa potestad.

—¿Cuánto vale? ¿Cuántas moléculas? —pregunté.

—¿De qué habla?

—Del tratamiento para Sandor Chapman. Donaré las moléculas.

—No le alcanzarían. Se le ha dicho que es una enfermedad de la cual no

tenemos cura. Lo siento. Realmente lo siento, pero hay veces que no podemos salvar a los demás. No tenemos los medios.

—Es una buena opción para quienes sí tienen cura y no se ofrecen tratamientos porque sus posibilidades de sobrevivir son bajas. Podríamos pagar entre todos. Estoy seguro que la gente de la Zona 1 donaría para salvar a un niño.

Los conectores se comunicaron con las miradas. Traté de no mirar a Nils luego de hablar, pero me fue difícil ya su asiento estaba enfrentado al mío. Al fin, Howie habló por todos:

—Giraremos la propuesta del señor Green y que conste en actas. Además, más adelante, deberá detallar cómo la Zona 1 costeará los tratamientos.

—Los chatarreros somos valiosos. Solicitamos que nuestra labor sea tan bien recompensada como la de ingeniería —dijo y el conector Howie se agarró la cabeza—. Que conste también que solicito un alejamiento temporal del cargo por motivos personales. El segundo elegido aún vive, gracias a su “buena salud”. Está de acuerdo en reemplazarme. Es cierto que quizás he estado demasiado tiempo como representante. Según la normativa, tengo dos licencias al cargo mientras esté en él. Tomaré mi licencia, si nadie se opone, luego del censo.

—Me parece bien, que conste en el acta —dijo el conector Howie, que pegó un manotazo en la mesa. Miré a Nils que pareció estar de acuerdo.

Cuando fue el turno de Nils, luego de sus pedidos de la Zona 3, con frialdad y sin pestañar, solicitó los planos de las cañerías de ventilación.

—¿Está seguro de querer dirigir nuestros recursos hacia las cañerías? —preguntó el conector Howie.

—Creo que una revisión podía anticipar problemas a futuro. Hace rato que no se revisan. Hablé con el maquinista Octavio Sanders y él está de acuerdo. Acá están los pedidos de tres familias de mi zona que aseguran que han escuchado crujidos o ruidos extraños en los tubos de aire—respondió Nils con firmeza.

—¿Qué piensa la Zona 4? —preguntó Howie al representante de esa zona.

—No teníamos planeado el tema, pero creo que una revisión, si no entorpece el asunto, no viene mal.

—Octavio Sanders es nuestro mejor experto en el tema. Dirigió el mantenimiento de todo el conjunto en el año 185. Él reparó en varias oportunidades estas cañerías. Creo que una revisión por su parte tranquilizaría a las familias. Además, ahorra problemas a futuro. En estos momentos, no hay

nada urgente que reclame la atención del señor Sanders. Me pidió que le acerque los planos para organizar la tarea —dijo Nils.

—¿Todas las cañerías? ¿Tiene que mirar una por una? —dijo Howie.

—Creo que deberíamos dejar los detalles al experto y no preocuparnos por algo que no entendemos del todo. No podría responder por él. No conozco en profundidad el tema —dijo Nils a lo que nos callamos y se acordó ceder un plano con la ubicación de las cañerías. Nils me miró de reojo y pasó la planilla al conector Howie que la hizo circular para anexar las firmas al acta, y ser enviado a Colonia Bórax por algún pasante de la intercolonial.

Admiré la forma en que Nils manejó la situación. Jamás se alteraba, ni se imponía elevando la voz; tampoco dejaba entrever sus emociones. ¿Cómo era posible que a Nils no le afectasen nuestros planes? ¿De dónde provenía su serenidad?

Durante los días siguientes a la reunión, cada vez que caminaba hacia el comedor o hacia mi zona de trabajo, en el pasillo de entrada al mercado, no podía dejar de contar las rejillas. Memorizaba la cantidad de cada una de ellas por zonas. Eso me ayudaría a no perderme y a calcular el tramo posible de tubos de ventilación por fuera de la zona conocida. Esperaba que el espacio fuera suficiente para transitar sin sentir un aplastamiento. Ya había estado metido dentro de un tubo de aire en la Zona Médica, pero desconocía si en todos lados los tubos tenían la misma medida. Registraba mentalmente todas las preguntas para que me respondiera Octavio antes de meterme allí dentro. ¿No tamaré el aire con mi cuerpo y se asfixiarán algunas familias? ¿No estarán las cañerías muy frías o muy calientes? ¿Hay alguna sustancia tóxica pegada en las paredes? ¿Estará tan oscuro que me impedirá ver? Eran demasiadas preguntas. O era demasiado miedo.

### III

El día del censo, luego de concurrir a nuestras zonas de trabajo, se procedió con el operativo. El conector Leroy me buscó cuando salía de la chatarrera y me presentó al conector Fort. Era el hombre calvo que se había sentado junto a él en la reunión última. Me tranquilicé y supuse que el conector mellizo de

Howie censaría la Zona 4.

Iniciamos el censo por el primer módulo. Caminamos hasta el final del pasillo lindante al inicio del conjunto CN34. A nuestra derecha, ocho puertas indicaban la cantidad de módulos; a nuestra izquierda, una pared sin escritura ni láminas indicaba el límite del conjunto.

Golpeé la puerta del primer módulo, el NA1, sitio de vivienda de la familia Lambert. Leighton, la cabeza de generación, abrió el módulo según se reglaba. Quienes permanecían junto a la mesa, visible desde la entrada, se levantaron al unísono. Sus cabellos húmedos se pegaban al cuero cabelludo acomodados con mucho empeño. Hasta la ropa parecía nueva.

—Leighton Lambert, la cabeza de la generación. El conector censador le hará unas preguntas.

—Sí, representante —gritó aún tieso.

—¿Cuántos viven en el módulo? —dijo Fort asomándose desde la puerta.

—Los que ve.

—¿Cuántos?

—Seis.

—¿Este es uno de los módulos pequeños? —le dijo Fort a Leroy.

—Los de la Zona 1 son los más pequeños, incluso, más que los de la Zona 2.

—¿Cuántas camas tienen? ¿Podemos pasar?

—Pasen, por favor

El resto de los Lambert se movieron juntos hacia un costado de la mesa en un manojo atado con un lazo invisible. Pudimos observar siete camas apiñadas, cruzadas en medio del paso. Incluso, acomodaron los objetos como aconsejaban durante la comida y se comentaba en las zonas de trabajo. Una de las tácticas era colocar una cama de más, donde fuera, para demostrar que estaban holgados, como si eso fuera posible.

—Siete camas. ¿Quién duerme en esta pequeña? —preguntó el conector Fort.

—Mi hija, esa de ahí —señaló a una niña de unos siete años que se adelantó, saludó con la mano y volvió al grupo.

—¿Me presenta el resto de su familia? —solicitó Fort.

—Sí, claro. Esa de ahí es Helen, mi madre. Mi esposa es esa de ahí, se llama Clara. Luego, el alto, es mi hijo más grande, Sandro.

—¿Cabeza de generación próxima?

—Sí, el mismo. Luego, mi hermana, Samantha. No se ha unido en

matrimonio.

—¿Por qué?

—No puede tener hijos.

—Una lástima.

—Sí, lo es. Colabora con la crianza de mis hijos.

—¿Trabaja?

—¡Por supuesto! Todos los días. Trabaja en limpieza.

—¿Me muestra el aseo? —dijo el conector Fort y observamos que Leighton volvía a su estado de rigidez del inicio. Luego, giró la cabeza para mirar a la familia.

—¿El aseo?

—Sí.

—Pero si es el aseo —dijo Leighton.

—Tengo que registrar todos los espacios.

—Está sucio, mi hermana acaba de ir —gritó Sandro con la cara vuelta hacia el padre. Escuché la risa camuflada en una tos del conector Leroy.

—Yo puedo registrar como representante. Hay confianza con la familia. No lo tome a mal, pero es una situación un tanto incómoda —le dije al conector Fort.

—No puedo permitirle, señor Green, es mi deber —dijo mientras observé a Leighton empalidecer.

—¡Voy a ir a cagar de nuevo! —gritó la niña y corrió hasta el aseo en tanto permanecemos en silencio sin saber cómo resolver la situación.

Luego de unos instantes, ante la desaparición de la niña, la madre entró en el aseo. Luego, la siguió Leighton ya que no salían.

—Vaciamos los tarros al levantarnos, antes de la comida general en el comedor. A esta hora los aseos no están limpios. Ya los usamos —dijo la madre de Leighton.

—No lo están y no estará ninguno limpio en toda la Zona 1 ni la Zona 2 —dijo el conector Leroy—. Ya sabemos lo que nos espera.

—¿No tienen tapa hermética? —preguntó Fort.

—Se nos rompió y no hemos podido conseguir otra —dijo Leighton saliendo de atrás de la cortina del aseo.

—Habrá que conseguir una —dijo Fort.

—¿Para qué? —preguntó Sandro—. Nunca tenemos visitas.

—Por la higiene —dijo Fort.

—Me ofrezco a entrar al aseo. Le iré respondiendo desde adentro lo que

vea. Nunca recibimos visitas en nuestros módulos y que un extraño entre en el aseo es un poco incómodo para las familias.

—Está bien, representante. Tenemos muchos módulos que censar.

Me acerqué a Leighton. Él entró de nuevo al aseo para salir con la hija y su esposa. Cuando corrió la cortina, ingresé al aseo y observé que habían apilado objetos, ropa, bolsas de nailon repletas, con el objetivo de que el módulo se viera más vacío. Apenas si podía entrar. El tarro del aseo había sido reemplazado por un uno diminuto lleno de orín y excrementos. Sin espacio donde higienizarse, supuse que habrían usado la mesa unos momentos antes de iniciarse el censo.

—¿Cuenta con los objetos básicos de insumo?

—Todos —respondí conociendo lo que era conveniente responder, sobre todo el tema de la higiene. Además, había explicado a los vecinos el control de Bórax para evitar epidemias. Y la hora oscura anterior había escuchado arrastres de muebles y sonidos de objetos estrellándose contra el suelo.

—¿Higiene correcta?

—Sí. Todo limpio salvo el tarro del aseo que lleva horas de uso.

—Bien. ¿Hay basura? ¿Restos de comida?

—No. No lo hay.

—Listo. Llenaré algunas cosas sobre el módulo y seguimos con el siguiente

Al salir del aseo, observé el rostro aún pálido, pero ya con una pequeña sonrisa ladeada en el rostro de Leighton. Leroy también sonreía y se rascaba la cabeza. No era idiota y conocía a los vecinos. A él también le convenía que todo resultase correcto: un error, y él sería amonestado desde Bórax. De todas maneras, era cierto que una mala higiene podía desembocar en una epidemia. Luego del censo, buscaría la manera de obligar a Leroy para que hable con ellos o me propuse hablar yo mismo.

Continuamos durante mucho tiempo, de módulo en módulo. El panorama era similar en todos ellos. El conector Fort, luego de entrar en el segundo módulo censado, me solicitó que por cuestión de pudor sea yo quien ingrese en tanto él se quedaría en el umbral de la puerta. La mitad de las familias habían optado por la misma estrategia que los Lambert. Incluso, apiñaron mantas y objetos para despejar el espacio y armaron otra cama. El conector Fort no era idiota, y preguntó:

—¿A qué se debe la cama extra? ¿Por qué no usan el espacio para otra cosa en lugar de otra cama? En la mayoría, más de la mitad, dicen tener una cama de más. ¿Es común eso?

—Quizás la usan para recostarse —dije.

—¿Para qué? Sería mejor armar una mesa extra —preguntó Fort.

—Es un asiento extra —dije a lo que el conector Fort aceptó como una buena idea o prefirió continuar para irse antes.

Algunas familias habían optado por limpiar y acomodar sin apiñar objetos en el aseo, con la ropa colgada de ganchos en las paredes, inventado nuevas estanterías en los rincones, para que el módulo se viera más grande. No obstante, el miedo dibujaba nuevos gestos en sus rostros. Se tomaban de la mano, se apoyaban contra la pared, los adultos sostenían a los niños de los hombros. Me miraban con temor, fingían ante mí o me hablaban como si fuera un conector de Bórax. A pesar que yo conocía que uno de sus hijos había tenido diarrea, mentían con que estaban bien de salud y me miraban suplicantes para que testificara sus mentiras, de lo contrario, su hijo terminaría en cuarentena. No sabía si mi silencio era por ellos o por mí. Quizás el niño estuviera incubado una de las epidemias, pero accedí a callarme.

Unas pocas familias abrieron la puerta y nos mostraron la vida de siempre, cómo era un módulo lleno de cosas en el cual uno pedía permiso para ir al aseo, donde quien estaba sentado debía subir la silla a la mesa para despejar el paso a un tercero. Había hablado con los Brock ya que solía recibir quejas de su falta de higiene. Incluso, tuve que presentarme en su módulo para solicitarles que mantuvieran una limpieza diaria. No obstante, aparecían con la ropa apestosa, con el cabello sin lavar y con la grasa pegada al cuero cabelludo. Cuando Roger Brock abrió la puerta de módulo, el conector Fort se tapó la nariz, y me miró. El olor que salía desde el módulo era corpóreo, palpable. El conector Leroy dijo que esperaba en el pasillo, y se alejó.

Al entrar, pisamos comida que habría sido tirada al suelo por estar en mal estado. Junto a cada cama, había un tarro del aseo, pero no había aseo.

—¿Dónde se asean? —preguntó Fort.

—En la mesa —dijo Roger.

—¿Adelante de todos?

—¡Qué más da! Necesitamos espacio y así lo ganamos.

—Tener aseo es obligación. ¿Ha hablado con ellos, señor Green?

—Quizás no fui claro. Hablaré luego de censar.

—¿Qué diferencia hay entre tener un tarro detrás de una cortina y tenerlo fuera. El aseo son dos paredes improvisadas y bajitas que no llegan al techo y con una cortinita de nailon.

—Hay que mantener la intimidad lo mejor posible. No somos catanes —



dijo Fort.

—¿Le parece? Yo creo que sí, que lo somos y esto es nuestro tanque de cría —dijo Roger a lo que los demás se sumaron en quejas.

—¿Cuántos son?

—Ahora nueve.

—Cuento cinco camas.

—No entran más. Y encima quiere que levantemos un aseo. Queremos un módulo grande como los de ingeniería.

—Esto es un censo. No estamos ante una reunión de representantes —dijo el conector en tanto comenzó a llenar la planilla.

—Si tuviéramos un módulo más grande podríamos tener más camas. Si ahí mismo se nos murió la abuela no hace tanto. La pobre vieja no tuvo ni una cama cómoda para morir. Todos trabajamos, pero no alcanza para nada. Dile, Devin. Hasta él, que está enfermo, trabaja en la limpieza.

—¿Qué padece? —dijo Fort levantando la cabeza de sus papeles.

—Le duele la espalda. La tiene chueca. Mire —dijo levantándole la ropa a su hermano y girándolo—, el pobre, nació así, chuequito.

—Esto es todo. Nos retiramos.

En el pasillo, Fort me dijo:

—Señor Green, vamos a tener que descomprimir ese módulo y le ruego que haga lo posible para que esa familia entre en razones, se higienice y arme el aseo como las normativas estipulan. La epidemia va a salir de ese módulo y afectará toda su zona que deberá ser puesta en cuarentena. Si no responde, le avisa al conector Leroy; enviaremos a la gente de la Zona Médica y, si es necesario, a los vigías. ¿Usted no lo vio, Leroy? Está pegado a su módulo.

—Lo he visto y lo he oído, como todos. Hacemos lo que podemos. No se preocupe. En un tiempo verá que los Brock andarán limpios y relucientes.

—Esto es serio, Steven. Si hay una epidemia, compromete toda la zona. No tiene idea lo que es para un conjunto colonial soportar el cierre de toda una zona por una epidemia. El resto de las zonas deberá mantenerlos a todos, y veo que la Zona 1 es una de las más pobladas. Incluso, quizás sea tarde y sea necesario aislar todo el conjunto CN34. Un desastre. Si la zona se apesta, te jodes, Steven. Te soy sincero como un amigo.

—Nos pondremos con ello junto al señor Green.

—Veremos cómo solucionarlo —dije en tanto sumaba un nuevo compromiso a mi larga lista.

La estrategia de los Brock fue arriesgada, pero no fueron los únicos.

Muchos creyeron que mostrando lo mal que vivían en su módulo atiborrado serían mudados a uno mejor.

## AÑO 197 DD / JORNADA 250

### I

En la siguiente reunión de representantes, luego del censo, me informaron que la Colonia Bórax había aprobado mi licencia. Aún desconocía que excusa brindar que justificara mi ausencia durante mi intento de llegar a la compuerta.

Por momentos, dudaba de la propuesta del Loco que me parecía más un viejo afectado que una persona que obraba con inteligencia. Cuando concurrí a su módulo guiado por Leroy, me enteré que Nils había sido trasladado a la colonia Bórax. Lamenté no haberme despedido de él. Nils se había transformado, de una persona ruin y egoísta, en alguien a quien admiraba. Él no fue culpable de las decisiones de su padre, como yo no era del mío. Nils me dijo que, a pesar de la ansiedad por conocer el afuera, aceptaba que ahora la colonia era su lugar de vida. Aún con cierta apatía, aportó ideas importantes ya que era un buen planificador. Si el abuelo o yo hubiéramos aceptado el traslado a ingeniería, quizás habríamos sido amigos y compañeros de trabajo. Pero se agotó nuestro tiempo juntos: Nils se marchaba a Bórax porque era un excelente soldador y porque resolvía con rapidez situaciones en momentos de tensión. Yo dudaba de cada idea un millón de veces, en cambio Nils decidía con seguridad. Nuestras diferencias radicaban en que yo me guiaba por la emoción, esos fogonazos impulsivos cuyas acciones resultaban erróneas cuando las analizaba tiempo después. Él era más indicado para intentar el ascenso que yo, pero el Loco me había escogido y me sentía halagado. Además, cada jornada el afuera se acercaba y deseaba alcanzarlo, al menos por unos instantes.

Nils había dejado al Loco diagramas de la compuerta junto a un esquema que señalaba las rejillas de ventilación principales. Solo nos restaba elegir cuándo, pero le dije al Loco que no estaba listo. Le oculté que el miedo me paralizaba. Miedo de no volver a ver a mi familia, miedo de morir, miedo de sacar la cabeza y observar a los Dispositivos Inferno destruyendo el último resabio de vida. O miedo de una gran oscuridad sin la lámpara de ningún astro colgando del cielo, nuestro abandono perpetuo en el hoyo de metal, un artilugio inmenso de puertas y módulos, de pasillos y techos metálicos, dentro de una oscuridad impenetrable a cualquiera de nuestras luces conocidas. Una oscuridad que nos terminaría de devorar y arrastrar a ese olvido, a ese aceite

negro y frío que ya ni arde.

El Loco me rogó que lo hiciera cuanto antes, que él estaba ya más cerca de la muerte de lo que quería asumir. No podía morir sin saber la verdad. Le dije que aún no podía. Se mostró desilusionado y no confiaba en otra persona, me dijo. Le pedí un poco más de tiempo.

## II

A las pocas jornadas de esa charla con el Loco, entre sueños, escuché el golpeteo de pasos corriendo por el pasillo, un rodillo de música gigante que casi eran del tamaño de mi módulo. Tomé me sacudió entre gritos: “Algo le pasó a Sandor”. Alguien golpeaba contra nuestra pared: “Ayuda”, “Muerte”. Me había olvidado que ya no era representante y salí a buscar al conector Leroy, pero me frené a medio camino y cambié el rumbo hacia el módulo de Shiri. Al golpear, me abrió el hermano de Sandor, la futura cabeza de generación. Lloraba. El marido de Shiri, en la cama, abrazaba a su hijo más pequeño. Pregunté qué había pasado, pero no terminé de escuchar el relato. Corrí por el pasillo principal hasta la Zona Médica. Al entrar en la sala de espera, me choqué con el representante que me suplantaba en mis funciones: Fletcher Garrett. Shiri me abrazó y repetía que Sandor se había muerto. Sucedieron en mi mente las imágenes de Ivo cortado en trozos mientras los médicos charlaban de retiros y comida. Sandor solo era útil para los tanques, para la luz; había vivido tan solo para ese instante: para comenzar a brillar.

Fletcher Garrett, de pie, apretaba su abrigo como si pudiera sostenerse a sí mismo en el aire. Tan solo en unas jornadas como representante, debió enfrentarse a la puerta cerrada de la Zona Médica. Intentaba no llorar, se refregaba la nariz, se limpiaba los ojos. A pesar de lo inútil del gesto, golpeó la puerta varias veces y solicitó ser atendido. Luego, se giró para excusarse con que no había llegado a tiempo, que Sandor ya estaba muerto. Estaría pensando en sus muertos, con la culpa arrugándole el estómago. Al menos, él no sabía que Sandor sería pesado como un catán para evaluar la cantidad de luz que es capaz de desprender un cuerpo muerto. Había intentado calcularlo al observar la lámpara que encendía gracias a Ivo: un muerto alcanzaba para unos cuantos instantes de luz.

Me prometí allí mismo que cruzaría la compuerta del CN33 guiado por la lámpara de nuestros muertos en esa noche en que habíamos convertido al

afuera, esa muerte que pendía aún en un sol de grafito. Descorrería esa oscuridad para mirar la cara a la muerte o a la vida. Si no tenía valor para hacerlo por mí, lo haría por quienes habían muerto. Lo haría también por mi padre, por Sandor, por el abuelo.

Shiri solicitó al representante que mi familia acompañe la ceremonia de despedida del cuerpo. Frances y yo concurrimos con Tomé. Hana decidió no asistir y se quedó con los Dell. Nadie habló. El único sonido durante el trayecto fue el de los pasos sobre el metal. Cedimos ropa para vestir a Sandor por última vez. Quizás enviarían la ropa que él vestía en el momento de ingresar a la Zona Médica a otra colonia para que nadie descubriera que era depositado en los tanques. Ivo se había ahorrado el dolor de ver morir a su hijo. En cambio, Shiri debería asistir a la zona de trabajo como si nada le hubiera sucedido. Los de limpieza no tenían días de duelo porque faltaba gente para esa labor. Ella metería nuestros excrementos en unos contenedores y serían arrojados al tanque junto a los pedazos del cuerpo de su hijo. Ese horror me arrancaba los ojos, me despedazaba la lengua, me agujereaba el pecho con un cincel.

### III

A la jornada siguiente de la ceremonia de despedida de Sandor, asistí a lo del Loco gracias a que Leroy aceptó ayudarme. Mientras me guiaba por los pasillos, me dijo que estaba triste y que era injusto lo que había pasado con el hijo de Ivo. No le respondí aunque deseaba mandarlo a la mierda por haberse callado y recordé las palabras del Loco diciéndome que cada uno puede caminar hasta donde la tira le alcanza.

El Loco estaba al tanto de mis conflictos en las reuniones por el hijo de Shiri. En dos ocasiones fue gracias a él que fue atendido, pero debido al recambio periódico de personal perdió los pocos contactos que le quedaban en la Zona Médica. Cuando entré, me dijo que lo sentía mucho, que era triste saber de la muerte de un joven.

—Voy a hacerlo —le dije parado aún en la puerta.

—Pasa. No hables allí.

—Hagámoslo —le dije ya sentando.

—Bien. No hay marcha atrás. ¿Estás seguro?

—Sí.

—En este tiempo terminé de afinar algunas cosas. Acabemos de ponernos

de acuerdo en los detalles mínimos. Son esos detalles, que parecen menores, los que hacen fracasar cualquier proyecto. Mira, Devin, una vez que cruces la puerta, piensa que por este pasillo no se vuelve.

Repasamos paso a paso hasta cómo orinaría, qué haría en caso de que las compuertas se cerrasen, en caso de un escape de gas o clausura de toda una zona en tanto transitaba las tuberías. Narramos, una y otra vez, cada uno de los posibles obstáculos. Inventábamos problemas nuevos. Al comienzo de cada narración, me parecía una estupidez toda la idea; luego, no sonaba tan descabellada. Casi podíamos sentir la emoción de abrir la última compuerta.

Mientras cortaba chatarra, volcaba tornillos en contenedores, repasaba, sin cesar, los pasos que me llevarían hasta el arriba, el mismo mecanismo de repetición idéntico al de la memorización de los recuerdos.

La jornada de trabajo anterior al momento fijado para mi ascenso por la compuerta del CN33, no pude prestar atención a mi trabajo. Me parecía que los demás escuchan los pensamientos, mis planes. El sonido de un martillo contra el suelo me hizo saltar como un niño. Mi corazón bombeaba con rapidez ante cualquier palabra, como si se hubiera enterado del fracaso del ascenso.

En mi módulo, escondí la bolsa con lo necesario para el ascenso. Luego de cenar, antes de tomar el jarabe D, el conector Leroy pasaría para llevarme a una reunión con todos los representantes, incluso aquellos que estaban de licencia, con la excusa de un asunto urgente. Si todo salía bien, en una jornada, como mucho, cenaría en mi módulo de nuevo.

## AÑO 197 DD / JORNADA 255

Mientras cenábamos en nuestro módulo, la alarma nos indicó el cierre de emergencia. No alcanzamos ni a levantarnos cuando, desde todos los rincones, vibró el estruendo de las puertas cerrándose con violencia. Vimos a nuestra puerta abrirse para luego cerrarse mediante varios chasquidos. Hana, del susto, volcó el café. Sostuve de la mano a Tomé y a Hana en tanto miraba a Frances. Quizás el Loco había muerto y hallaron sus objetos, sus papeles; quizás el conector Leroy, para recibir un ascenso, habló de nuestros planes traicionando la amistad que tenía con el Loco.

La sirena, con un chillido entrecortado, anunciaba un accidente. El sonido parecía ingresar por la rejilla del aire. Frances apagó la lámpara. No sabía si estaríamos un instante o un mes. Debíamos ahorrar lo más posible. Escuché las gotas del café vertido golpear contra el suelo. Frances le dijo a Hana que coloque la taza debajo para juntar el líquido. Tanteando, en la oscuridad, Hana logró el cometido: la gota ahora caía dentro de un recipiente de lata.

Tomé se levantó y sentimos el golpeteo contra la pared. Desde la muerte de Sandor, se había aferrado a quien sería la cabeza de la generación de los Chapman, a Tadeo. Solían comunicarse durante la hora oscura ahora que Tadeo dormía pegado a la cama de Tomé, del otro lado de la placa de metal. Se sentían menos solos repiqueteándose palabras hasta quedarse dormidos. Me alegraba que Tomé se hubiera unido al hijo de Ivo.

“Qué pasa”, golpeó mi hijo. “No sé”, fue la respuesta. Escuchamos un repiqueteo provenir desde una zona cercana a la mesa. Eran los Carter. Tomé había entusiasmado a todos con el lenguaje secreto. Me contó que organizaron competencias de repiqueteo con celeridad en desafíos para descubrir palabras. Él era el campeón. Practicaba pegando contra la mesa o se sentaba en el suelo y se dedicaba por horas a esa práctica usando una lata.

Ninguno de nuestros vecinos lindantes conocía el motivo de la clausura. No había mucho que hacer sin luz. Tadeo y Tomé continuaron con los repiqueteos. Yo me senté en el piso para ejercitarme. Desde que había recibido la noticia del Loco, fortalecía los músculos de mis piernas. Nils me dijo que, en ciertos tramos, subiría mediante el apoyo de mi espalda en uno de los costados del tubo de ventilación para impulsarme con las piernas, apoyando las plantas en el costado opuesto. Mis brazos eran fuertes por mi ejercicio continuo moviendo las maquinarias, pero mis piernas eran delgadas y flácidas, apenas con unos pocos músculos que se me acalambaban con regularidad.

Hana bebió un café con jarabe para dormirse. Frances se acostó también. Cuando Tomé se despidió de Tadeo, me buscó en la oscuridad. Había terminado mis ejercicios y permanecía en el suelo apoyando la espalda en la cama de Tomé. Solo esperaba.

—¿Qué crees que ha pasado? —me preguntó Tomé.

—No lo sé. Por las sirenas parece ser un accidente. Tal vez uno grave.

—Si fuera gas estaríamos muertos. Quizás están clausurando una zona. Pobre gente. No saben que van a morir.

—Tomé —gritó Frances desde la cama.

—Es cierto. Dicen que ha sucedido antes. ¿No fue así como hicieron con el abuelo?

—¿Ollie?

—El abuelo Ron.

—¿Quién te dijo?

—Se cuenta por ahí. Que cerraron la compuerta y así no salió el gas, pero murieron muchos. Quizás ahora están haciendo eso.

—No pienses así.

—Si somos nosotros, quiero despedirme.

—Tomé, por favor —dijo Frances.

—Es mi último deseo. El deseo de un muerto.

—Tomé, no nos pasará nada. Trata de pensar en otra cosa y deja ya con lo mismo —dije.

—En la oscuridad, con la sirena cada tanto. ¿Quién puede?

—Yo puedo. Pienso en la jornada cuando me case con Daniel, tenga hijos, en mi módulo y en mis rutinas —dijo Hana.

—No tengo a nadie —dijo Tomé.

—¿No hay nadie? —le pregunté intrigado.

—Nadie. Quizás me quede solo.

—Tendrás que solicitar una esposa de otra colonia. Así conocí a tu madre.

—Es cierto. Te fue bien.

—Así es —dijo Frances —me fue bien a mí también.

—Creo que me gusta Jude —dijo Tomé.

—¿Jude?

—¡Jude Brock! —gritó Hana y comenzó a reírse.

—La otra Jude. La Brock huele horrible. Jude Bryon.

—La hija de Steph —dije.

—¿La conoces?



—Steph es chatarrero.

—Y todo queda entre chatarreros. En unas generaciones Colonia Neón será Colonia Chatarra —dijo Hana.

—¿Podrías averiguar si Jude ya está comprometida?

—Hablaré con Steph.

—Si salimos de esta y no resultamos todos muertos —dijo Tomé.

Cuando me desperté, aún no había sonado la sirena que anunciaba que destrababan las puertas del módulo. Sería la jornada elegida con el Loco para ascender. ¿Y si la clausura era para evitarlo? ¿Y si Leroy había hablado? Intenté tranquilizarme. Si fuera así, si Leroy había hablado, ya estaría en el C2. Si descubrieron al Loco, en lugar de la clausura en mi módulo, debería estar encerrado en reclusión.

Me levanté y, a tientas, llegué al aseo. Moví el pie para localizar el tarro y apunté con cuidado al orinar. Si no levantaban la clausura, no vaciaríamos el aseo durante bastante tiempo.

Una pequeña luz ingresó desde abajo de la cortina. A salir, observé los platos sobre la mesa. Hana descolgaba del techo un tarro de aseo que conservábamos para las emergencias. Teníamos cinco colgados en total. Si se tardaban varias jornadas, deberíamos buscar lugar para acomodar los tarros cerrados de manera hermética.

Nadie hablaba. Estábamos preocupados. Tomé, la hija de los Carter y Tadeo renovaban la misma noticia por medio de la pared: “No sabemos”.

Luego de comer, Frances limpió la mesa y apagó la lámpara. Tomé protestó ya que iba a dibujar, pero deberíamos ahorrar lo más posible. Nos sentamos en la cama de mi hijo, apoyados contra la pared, comenzamos un juego.

—Palabra que comience por “m” y termine con “a” —dijo Hana.

—“Mamá” —gritó Tomé—. Era demasiado fácil.

Luego jugamos a adivina qué estoy golpeando, adivina en qué estoy pensando, cómo sería el módulo de tus sueños para terminar con el que no nos aburría: inventar información sobre nuestros vecinos. En esto Hana era la campeona.

—La señora Garrett se afeita el sobaco con el mismo cuchillo de untar la crema de catán —dijo Hana.

—También se afeita las piernas —dijo Tomé.

—Usa pantaletas de nailon —dije.

—A la señora Garrett le suda el trasero —dijo Hana y nos reímos como tontos.

—Era mi turno —protestó Frances.

—Bueno, sigue mamá.

—El señor Brock guarda unos bocadillos dentro de su media.

—La que se para sola de tan tiesa porque ni la lava —dijo Hana.

—La abuelita se murió en la cama de los Brock de hambre —dijo Tomé.

—No se vale. Tienen que ser cosas graciosas —dijo Hana.

—De hambre porque no quiso comer al ver la media donde guardaban la comida —acotó Tomé.

—De hambre porque solo quedaba el bocadillo de la media —dijo Hana.

—No vale. La regla dice que no se puede repetir —dijo Tomé y continuamos reescribiendo la reglas y analizando si cambiar dos palabras formaba una oración nueva, en tanto nos reíamos para espantar la imagen de la puerta cerrada.

## II

Al día siguiente, no teníamos ánimo de entretenernos con juegos. Sólo discutíamos sobre las causas de la clausura. Cada tanto, llegaba el timbre que nos orientaba en el momento de la jornada, como si prender o apagar la lámpara dirigiera el tiempo. Luego, solo decíamos ahí comienza mi hora laboral, pero nadie se levantaba.

Prendí la lámpara y los llamé.

—Vamos a colocar sobre la mesa las moléculas que tenemos y la comida. Vamos a dividirla en pequeñas raciones y veremos cuántas jornadas nos alcanzan.

—No quiero saberlo —dijo Hana.

—Debemos saberlo. Si hay menos de lo que creíamos, debemos comenzar ahora mismo dosificando el agua.

—Ya ni orino de tan poco que tomo —dijo Tomé.

—Debemos aguantar hasta que abran la puerta.

—¿Y si no la abren nunca? —dijo Tomé

—La van a abrir.

—¿Y si la cerraron por una epidemia? ¿Toda la Zona 1? —volvió a preguntarme.

—Ya van a abrir. No van a dejarnos morir acá dentro —dije y todos me miraron. Disimulé mi miedo con una imitación mala de Nils. No podíamos

entrar en pánico. Ya lo había visto con mi madre rasguñando las paredes metálicas y a mi abuelo disuadiéndola mientras yo me escondía debajo de la cama. No podíamos afectarnos de semejante manera porque perderíamos la orientación del tiempo, nos arriesgaríamos a lastimarnos, a una infección. Debía demostrar tranquilidad y valor para afrontar las emergencias.

Frances contó las moléculas de agua; Hana y Tomé, la comida; yo, las moléculas de luz. Solo disponíamos agua para tres jornadas. La luz nos alcanzaría para dos jornadas si prendíamos la lámpara tan solo para preparar la comida y comer. El alimento racionalizado nos duraría cinco jornadas. Podíamos vivir a oscuras, pero no sin agua ni comida. El agua era lo que más nos preocupaba. Frances y Hana aprovecharon la luz de la lámpara para asegurarse de la higiene. Cerré los dos tarros llenos de manera hermética y los apilé junto a la puerta. Bajé los tres tarros del techo, dos los acomodé junto a la cama de Hana y uno dentro del aseo. Si no teníamos luz, podíamos usarlos allí mismo sin tener que mover los dos tarros llenos del aseo. Recordé la practicidad de los Brock quejándose que una cortina no era una pared y no servía de nada. Pero nuestras medidas eran transitorias.

Tomé se sentó en su cama y comenzó a repiquetear en la pared para aconsejar a los Chapman que racionalicen la comida. “No hay agua”, fue la respuesta. Enmudecimos: no había manera de ayudarlos. “Ya pasará”, le respondió Tomé y me miró. Discutimos sobre la manera de hacerles llegar ayuda. Tomé comenzó con sus ideas inservibles.

—Hay que agujerear la pared, papá.

—Tomé, es imposible.

—No lo es. Somos chatarreros. Yo casi. Podrías romperla como si fuera una maquinaria. Si quisieras, podrías.

—No tengo herramientas para abrir un agujero. Si pudiera, lo haría. Me tratas como si no quisiera hacerlo.

—No te veo pensando alternativas.

—No las hay, Tomé. Pero si quieres, adelante. Dime de qué otra manera.

—Rompiendo la puerta.

—Y luego nos espera la compuerta de fin de pasillo que es más pesada que cinco de estas puertas de módulo.

—Hay otra puerta en la entrada del pasillo de los Chapman. Serían dos compuertas —agregó Hana.

—Haría una mezcla explosiva —agregó Tomé.

—¡Pum! Morimos todos. Gracias, Tomé, mi vida fue corta, pero intensa —

dijo Hana.

—No hay materiales para fabricar un explosivo —dije sentándome en el suelo.

—Lo hay. Pensé que si los tanques de biogás fabrican gas de la mierda y del orín, acá tenemos dos tanques llenos de gas.

—Es un asco —dijo Hana—. Yo no voy a meter la mano ahí.

—Estos no son tanques, son tarros. No se fabrica así el gas. No se puede.

—Podemos gritar, gritar muy fuerte hasta que Leroy nos escuche y les lleve agua a los Chapman.

En la oscuridad, escuché a Tomé pasar a mi lado y alejarse. Luego, nos dijo que nos acostemos en el suelo, con la boca hacia el canto inferior de la puerta. Comenzó a gritar. Nos turnamos para llamar a Leroy. Sabía que era inútil. Leroy estaría en la Zona de Conectores, quizás, junto al mercado. Desde afuera, se sumaron otros gritos. Durante un rato los gritos repiquetearon como golpes.

Gritar nos dejó la garganta seca y dolorida. Debimos beber el doble. Tomé se acostó, triste, porque dijo que había empeorado la situación. Además, los Chapman se sumaron a nuestros gritos y ellos no tenían agua.

### III

Apagamos la lámpara luego de comer lo poco que habíamos seleccionado para el día. No hablamos durante mucho tiempo. Nadie se quejaba. Seguía pensando en el motivo de la clausura, quizás algo relativo al censo. En la oscuridad se sentía el aire entrar y chocar contra las rejillas. Frances nos obligó a beber el doble de jarabe D. Luego de tomarlo, nos adentrábamos en un sueño manso, perdíamos la noción de nuestro cuerpo. Cuando despertábamos, era un golpe contra la pared de aire, el olor a sudor y a orines, la sensación de estar respirando dentro de un lata pequeña.

Al volver del sueño, el vacío de alarmas no nos indicó si debíamos comer o no. Impulsados por la sed, votamos beber la ración de agua de una jornada para lo cual Frances prendió la lámpara. Tomé, luego de beber, se levantó y repiqueteó hacia los Chapman que respondieron: “Bien”. Tomé nos dijo que, si no tenían agua, casi estarían muertos, pero que no querían preocuparnos. Luego, él fue hacia la puerta e intentó abrirla.

—Está cerrada, no transpires ni gastes energía, Tomé —dije.

—¿Quién la cierra?

—Los conectores. Las compuertas también están cerradas.

—Estamos aislados —dijo Hana.

—Quizás sea algo que sucede en el pasillo principal y cerraron las vías de los módulos —acotó Frances.

—No podemos saberlo. Quizás sea solo la Zona 1 —dije tomando el agua de a pequeños sorbos.

—Ayúdame, papá, quizás la podamos abrir —insistió Tomé.

—Es imposible abrir las puertas —dije acercándome para explicarle el mecanismo de cerrado—. Aquí entran varillas dentro de la pared. Las varillas están dentro de las puertas, cuando activan el mecanismo, las varillas se meten dentro de la pared.

—Deben de consumir muchas moléculas de luz —dijo Tomé.

—Sí. Todas las puertas cerradas son muchas moléculas de luz para alimentar los generadores que envían energía a las puertas.

—¿Y si forzamos de este costado? Quizás rompamos la varilla.

—Imposible, Tomé. No podemos romper las varillas. Hay que esperar a que las vuelvan a meter dentro de la puerta.

—De la compuerta —me corrigió Tomé.

—De la puerta, de esta puerta.

—No es una puerta. Esto es una compuerta —dijo y pateó con fuerza contra ella.

Él tenía razón. Todas eran compuertas que mantenían cerrados los espacios de manera que, si no se abrían de otro lado, esos espacios no volverían a estar comunicados. Quizás cada zona se cerraba por mecanismos distintos. El conector Leroy podría cerrar su zona correspondiente. Ese sería el motivo por el que cada zona tenía su propio conector. ¿Y si el conector moría encerrado en su módulo? Salvo que cada módulo de conector tuviera su propio pasillo de salida por fuera del módulo, ya que el pasillo de su zona estaría clausurado. ¿Cómo irían a Colonia Bórax? ¿Cómo recibirían las órdenes? En mi mente redibujé el diagrama que le había vendido al Loco. Rehice cada zona de los conectores. En la Zona 1 se ocultaba el conector Leroy con su módulo al final del pasillo, llamado el C3. Desde allí, por atrás, debía partir un pasillo privado, lejos del tránsito de las intercoloniales. Lo mismo con la enorme Zona de Conectores del otro lado de la Zona 3 y de la Zona 4 con los módulos de detenciones. La Zona Médica podría ser de los conectores. De allí, se abriría otro pasillo para uso exclusivo tanto del personal médico como

compuerta que conecta con la intercolonial. Era imposible no ver, en algún momento, ingresar a alguien nuevo. Debían de entrar y salir por otros pasillos. Toda la zona periférica del conjunto CN34 serían pasillos y zonas de conectores. Nosotros estábamos adentro, aislados por completo por las compuertas. Ya no flotaba un aire negro ni una sombra. Ya no nos tapaba la oscuridad detrás de las paredes. Ahora nos acogotaban pasillos de pasillos. Y quizás del otro lado del pasillo, para ahorrar espacio, esté el conjunto CN33 o CN35, también con pasillos por fuera para uso de conectores. Uno de estos pasillos conecta con otros pasillos vedados que se unen hasta la Colonia Bórax. Así llegaban y partían los conectores y las noticias.

#### IV

Escuchamos el timbre indicándonos que era el momento que correspondía asistir al comedor antes de la jornada laboral. Prendimos la lámpara y comimos lo poco que nos quedaba. Hana comenzó a llorar y a decirnos que no daba más. Le sostuvimos los brazos porque comenzó a rasguñarse. Pataleaba y gritaba. La alcé para apoyar su cara en la rejilla del aire. Cuando era niña y lloraba, se tranquilizaba de esa manera. Sentía el aire más fresco pegando en su cara; tras respirar hondo, se calmaba.

Cuando dejó de gritar, Frances le obligó a tomar un poco de jarabe D. Al rato, se durmió. Tomé permaneció apoyado en la puerta. Frances me miró, hizo el gesto de apagar la lámpara, pero alejó la mano. La luz permitía vernos la cara y no sentirnos tan solos.

Cuando Tomé iba a hacernos un comentario, nos sobresaltaron los golpes provenientes del módulo lindante a la pared de mi cama. Eran golpes fuertes. Los Keefe, dije y apoyé la oreja en la chapa metálica: el sonido retumbó en mi cabeza. Están como Hana, dijo Tomé y comenzó a repiquetear. Se habían quedado sin agua y sin comida desde la jornada anterior. Los golpes se sucedieron en otros módulos. Parecían que algunos ahora intentaban de derribar las puertas. Tomé se acercó a la pared de los Chapman y repiqueteó si estaban bien. “No”, respondieron. No sabíamos qué hacer. Frances trataba de disimular su nerviosismo apartándose, con insistencia, el cabello de la cara. Tomé colocó una barra de metal en la puerta e intentó forzarla. Sabía que era inútil, pero le ayudé. La barra se dobló y se partió. La lámpara comenzaba a apagarse. Había que utilizar nuestra última molécula de luz.

—Si la usamos, estaremos a oscuras para comer y para todo.

—Los demás se han quedado sin nada. Van a morir del otro lado como pasó con Sandor. Estábamos acá y él allí, del otro lado de la pared, muriendo —dijo Tomé, pateó la puerta hasta que, rengueando, se sentó y apoyó la cabeza sobre la mesa.

—Serás la cabeza de la generación, Tomé. Será pronto. No hay que desesperarse. Van a abrir. Steven no nos dejaría morir —dije y solo fue un deseo en voz alta.

—¿Steven? ¿Quién es Steven? —preguntó Frances y Tomé levantó la cabeza y me miró.

—Es el conector Leroy —dije intentando no darle importancia al tema.

—¿Cómo sabes su nombre? —dijo Tomé.

—Por las reuniones —dije y me senté.

—¿Cómo sabes que no nos dejaría morir?

—No lo sé, tengo un presentimiento de que será así. Pronto abrirán o nos traerán moléculas si tenemos que seguir encerrados. Nos necesitan. La colonia no puede prescindir de los chatarreros ni de los de limpieza. No podemos morirnos todos.

Perdimos la cuenta de la hora oscura y la hora de luz. Llegaban gritos, repiqueteos que ya ni leíamos, golpes o pedidos de ayuda. Solo esperábamos dentro de la oscuridad, sin hablar para acaparar el agua hasta de la saliva. De nuevo pensé en la planta de las esferas, en su existencia tan solo en mi recuerdo.

Fue luego de haber anunciado con el timbre el comienzo de la hora oscura cuando escuchamos la sirena que anunciaba el fin del encierro. Nos abrazamos en la oscuridad. Tardaron en soltar las varillas de nuestra puerta. Cuando abrieron, Tomé corrió hasta ella y la abrió. La luz del pasillo brillaba muy fuerte y coloreó el interior del módulo con un tono rojizo.

Los habitantes de los módulos lindantes salimos al mismo tiempo. Caminé hasta el módulo de los Keefe, pero la puerta permanecía cerrada. La abrimos con Fletcher Garrett y Paden Carter. Tras de ella, la negrura densa apenas se iluminó con el oled del pasillo. El conector Leroy gritó que podíamos ir al comedor, que el peligro había pasado. Al girarme, pude observar cómo algunos se pegaban a Leroy para preguntarle qué había sucedido. Todo está bien, decía él una y otra vez con los brazos en alto. Tenía miedo. Solía hacer ese gesto cuando Tylor o Howie lo acorralaban. Abría las manos, levantaba

los brazos y decía que bueno, está bien, yo hice lo que pude.

Sin escuchar los pedidos de Leroy, entramos al módulo. Fletcher volcó un objeto metálico que rodó hasta mis pies. Tanteé las paredes, unas telas. Luego, fue un cuerpo congelado en la cama. Acá, dijo Paden, hay alguien ya tieso. Fletcher gritó desde la puerta para llamar a Leroy. Los vecinos comenzaron a amontonarse. Le grité a Frances que lleve a los niños a los módulos. Tomé se negó y me dijo que se quedaba. Entró y desde la oscuridad me dijo que el cuerpo estaba frío, con la piel tirante. Leroy nos dijo que saliéramos. No salimos. Él levantó los brazos desde el pasillo y dijo: “Voy a la Zona Médica, despejen el módulo, tapan el aire. Representante, es su responsabilidad cuidar que no pase nada”. “Ya ha pasado”, gritó alguien de la muchedumbre.

Esperamos en el pasillo en tanto Fletcher Garrett preguntaba si había algún enfermo o herido.

A los pocos minutos, llegaron vigías con algunos médicos y encendieron lámparas portátiles de emergencia. Los cuerpos se amontonaban sobre la cama grande. Sobre la mesa, observé tres frascos de jarabe D vacíos junto a otros frascos. Cargaron los cuerpos sobre tablas con ruedas. Nadie se movía. Mirábamos el operativo de traslado de los cuerpos. Nos olvidamos del hambre, la sed. Nos veíamos, tal vez, reflejados en esos cuerpos. Al pasar a mi lado sobre una de las camillas, el pie de Sheridan se salió de la manta. Aún recuerdo esos pies rígidos, uno sobre otro como si hubiera muerto intentando calentarse. La imagen vuelve cada tanto. No todo el módulo, solo esos pies tan blancos. Tomé se apoyó en mi cuerpo y le pasé el brazo por el hombro.

En orden, sin hablar, nos dirigimos al comedor. En el camino, ayudamos a salir de los módulos a quienes estaban débiles o mareados. Tadeo, gritó Tomé y corrió por el pasillo principal hacia el primer pasillo. Cuando nos adentrábamos en el pasillo de su módulo, lo vimos con Shiri. Los ayudamos a llegar al comedor.

Vigías y personal médico nos acercaban la comida. Los trabajadores de cocina se sentaban con nosotros porque habían sido clausuradas la Zona 1 y la Zona 2. No nos explicaban los motivos. Dejamos de preguntar.

Teníamos sed, los labios se nos caían a jirones. Hana se había despellejado y tenía los labios carnosos y en carne viva. Pedíamos más agua. Creíamos que la negarían, pero nos llenaban los vasos sin parar. Es agua de regalo, me dijo la señora Garrett.

Luego, nos dijeron que saliéramos a los pasillos de la Zona 3, de la Zona 4, al mercado para dejar libre el comedor. Ya repuestos, nos juntamos en



grupos para debatir el motivo de la clausura. Me acerqué a un vigía y me dijo que no había peligro, que deambule y deje trabajar a los expertos.

En cuanto pude, me excusé con Frances y con mis hijos diciéndoles que tenía que hablar de algo como representante y que tuvieran cuidado.

Golpeé en la puerta del Loco. No respondió. Insistí varias veces y abrí. Él era un bulto tapado en la cama. Temía que hubiera muerto y me acerqué despacio. Abrió los ojos.

—¿Devin! Por fin —dijo y me solicitó ayuda para sentarse en la cama.

—Pensé que...

—¿Qué había muerto? Aún no.

—¿Qué sucedió?

—No lo sé.

—¿Algo que el Loco no sabe?

—No te burles. Es la vejez. Estoy perdiendo contactos, no tengo energía de estar relacionándome como antes. Ahora solo me importa una cosa.

—Tenemos que aplazar el ascenso.

—Lo sé. ¿Cómo están todos?

—Teníamos más moléculas que los demás. No la pasamos tan mal. Los Keefe han muerto.

—¿Todos los Keefe?

—Sí.

—Toda una familia. Eso es muy malo, Devin. No habrá más Keefe.

—Está Belinda, ella se unió en matrimonio con los Kilian.

—Ya no es más Keefe, es Kilian.

—Es cierto. No habrá más Keefe.

—Es terrible. ¿Qué se dice? —preguntó el Loco, se levantó y caminó hacia la mesa, mientras yo le servía algo para beber.

—Que no hay más peligro.

—¿Qué peligro?

—No lo dicen.

—Cuando averigüe te mando a llamar si es que Steven no tiene un ataque. Está más viejo y más cobarde —dijo bebiendo todo el vaso de golpe y sirviéndose más agua; con un ademán me invitó a beber, pero lo rechacé diciéndole que nos habían dado para agua en el comedor.

—Debo irme, Loco. No quiero dejar a mi familia. ¿Necesitas algo?

—Estoy bien. Acá tengo buena reserva. Pero vuelve pronto. Ya de viejo tolero menos esta soledad. Debemos ajustar de nuevo la jornada para el ascenso.

—Lo haré cuando me reponga. Ahora estoy un poco débil.

—Trataré de conseguir aire de la Zona Médica. Ve. Te llamaré cuando tenga novedades.

## AÑO 197 DD / JORNADA 261

### I

Recién a la jornada siguiente, durante nuestra estadía en la zona laboral, escuchamos por altoparlante la causa de la clausura: “Un peligro”. De inmediato, volvieron las discusiones: una fuga, una falla en los generadores de las compuertas, las explosiones del afuera. Está última fue la más debatida. Algunos dijeron que escucharon golpes caer desde el techo, que de seguro se trataba de los Dispositivos Inferno o lo que restara de ellos. ¿Hay guerra aún?, nos preguntábamos. Casi todos aseguraban que, cada tanto, vibraban las paredes o el suelo, signo de que arriba las cosas seguían mal.

Pospuse el ascenso por el malestar luego de la clausura. Algunos enfermaron y debieron permanecer en el módulo a pesar de la negativa a volver a encerrarse. Fletcher Garrett me dijo que debía estar preparado ya que, según debatieron en la última reunión, quizás solicitarían mi reincorporación ante la crisis. La Zona 2 también gozaría de un representante extra. Los conectores recibieron órdenes de Bórax de controlar una posible revuelta y les ofrecieron libertades para alterar provisoriamente las reglas y la organización del conjunto colonial.

Todos deseábamos salir, caminar, hablar con los vecinos. Para evitar el terror de la puerta cerrada, la dejábamos abierta como si fuera la jornada del trueque. El conector Leroy y Fletcher golpeaban las puertas para solicitarnos que la cerrásemos. Lo hacíamos, pero al rato, de nuevo abiertas, nos tranquilizábamos con saber que podíamos salir.

Propusimos permanecer más tiempo en las zonas de trabajo, más tiempo en el comedor, en los pasillos. La epidemia era el miedo, terminar como los Keefe, morir dentro la oscuridad. Algunos permanecíamos en la zona de trabajo hasta la hora de la cena, en tanto observábamos el pasillo principal desde la puerta abierta.

Los conectores cerraron de manera provisoria la Doscientos hasta que retomásemos a nuestra normalidad. Indicaron a uno de los Brock mudarse al módulo vacío de los Keefe, pero no aceptaron, nadie quería ni pisar cerca de la puerta. Tomé decía que de noche escuchaba aún los golpecitos de los Keefe pidiendo “agua”. Le dije que eran los crujidos de siempre, pero él continuaba descifrando el lenguaje de los muertos, como decía, que aún golpeaban las

paredes.

Pronto se celebraría el Día de los Oficios. No era conveniente ausentarme justo en esa fecha. Marqué en el calendario dos fechas alternativas que acordaría con el Loco. Esperaba que él viviese lo suficiente para aguardarme en mi descenso y conocer la verdad.

## II

Como siempre, el conector Leroy me buscó con alguna excusa para guiarme hasta lo del Loco. Él se quejaba de la situación de su trabajo, de lo cansado que estaba como si su labor fuera más dura que la del resto. Dijo sentirse cada día más solo, desesperado por las posibilidades nulas de un ascenso. Cada tanto, él me miraba para observar cómo movía la cabeza para comunicarle que estaba de acuerdo. Lo sentía por él, pero sus problemas sumados a los míos era mucho más de lo que podía sostener.

Cuando entré al módulo, el Loco acomodaba una pila de papeles. Algunos eran mis dibujos.

—Estos dibujos me acompañaron durante el encierro. Decidí acomodarlos en un baúl, de paso, acomodé mis cosas.

—¿Puedo ver mis dibujos?

—Este es mi favorito. El de la planta de las esferas debajo de la campana. Llévecelos a la mesa.

—Recuerdo cuando lo dibujé. El abuelo estaba vivo.

—Tu hijo dibuja bien —dijo separando un dibujo de Tomé y pasándomelo.

—Lástima que dibuja muerte. Aquí dibujó a los Dispositivos Inferno. Fue luego del Día de la Salvación. Lo que más le llamó la atención de toda la ceremonia fue que unas máquinas pudieron matar a casi toda la humanidad y obligarnos a estar aquí debajo. Así era como se las imaginaba, como globos que se partían al medio. Por eso les dibujó una boca.

—Máquinas creadas por humanos y manejadas por humanos. El mismo peligro. Aún tenemos máquinas —dijo y colgó el dibujo de Tomé en el clavo vacío, donde antes colgaba la lámina del antes que me regaló.

—¿Averiguaste qué sucedió en la clausura? —Revolví el resto de los dibujos.

—Me costó que Steven suelte la lengua. Teme que peligre su retiro.

—¿Se va?

—Aún no, pero pronto se retirará de su servicio. Llegará uno nuevo desde Colonia Bórax a tomar su reemplazo permanente. Está demasiado viejo y cansado. Quiere ver a su familia.

—¿Por qué no trajo a su familia como Howie?

—La familia de Howie no está aquí. Sólo vienen cada tanto de visita. El cargo de Steven no le permite trasladarse tanto ni recibir a nadie. No los ve desde hace años, pero sabe sobre ellos porque recibe noticias.

—¿Por qué no deja el cargo?

—No es tan simple. Podrían rechazar el pedido para convertirse en el conector cobarde. Creo que trata de probar su valía. Además, deberá buscar un oficio. ¿Te lo imaginas en la limpieza? Por lo general, a los conectores inservibles los mandan a morir a la intercolonial o los encierran en una Zona de Limpieza. No duran mucho.

El Loco se alejó para contemplar el dibujo.

—He dicho algo que estoy arrepentido. Fue contra el hijo de Howie. Nunca antes lo mencioné, pero siempre me acuerdo y me molesta —dije y el Loco se sentó junto a la mesa y se tapó las piernas con una manta.

—¿El mayor?

—El que no puede caminar.

—Nació con la columna abierta. Eso me dijo Steven hace tiempo.

—Lo vi saliendo de la Zona Médica. Le eché eso en cara al conector Howie.

—No te culpo por tu enojo. Si fuera un niño de la Zona 1 lo dejarían morir. Todos lo saben y Howie también.

—Sí, ya pasó mucho tiempo. Mejor hablemos sobre lo que has averiguado sobre la clausura.

—Lo que sucedió no debiera alejarnos de nuestro trato. Quiero que coloques tus energías en eso.

—Necesito saberlo, Loco, para concentrarme en una sola cosa por vez y dejar estas dudas atrás.

El Loco se recostó y cerró los ojos que parecieron hundirse dentro de su cráneo y desaparecer para solo dejar dos bolsas negras y vacías.

—Luego del censo, los conectores recibieron la orden de un simulacro en las Zona 1 y la Zona 2 para evaluar los riesgos y prever situaciones a futuro. Desde Bórax esperaban instrucciones y nadie quiso desafiar levantando por su cuenta el cierre. Resultó más largo de lo que ellos creían.

—¿Simulacro? ¿Qué significa?

—Querían realizar una prueba de desastre. Digamos que no había ningún peligro.

—¿Fue mentira? Costó vidas, varios internados, atrasos en el trabajo. El abuelo siempre me decía que nunca la clausura duraba mucho para no paralizar la colonia. No me lo creo.

—Yo tampoco. Estuve pensando bastante en el tema. Para mí, deben de haber necesitado tener despejada la zona de entrada y el pasillo de ingreso al conjunto. Quizás llevaron algo a la Zona Médica.

—Steven es el conector de más bajo rango. ¿Crees que te ha mentido?

—Su miedo era real. Steven no sabe fingir. Se le nota. Ahora no me interesa saber sobre este asunto. —Se levantó para guardar los dibujos en el baúl, y me acerqué para ayudarlo.

—Han muerto los Keefe y uno de los Quinton. Loco, eso no es mentira.

—No podemos hacer nada. Ya está hecho. No voy a agotar mis recursos para eso. Lo siento, pero no lo haré. No tiene sentido.

—Está bien. —Volvimos a sentarnos.

—¿Cuándo crees que podrás ascender? —Él me miró con un nuevo destello en sus ojos.

—En dos jornadas o después del Día del Oficio.

—Que sea en dos jornadas. Avisaré a Octavio para que cumpla su parte. Ya le he pagado.

—Tengo algunas preguntas sobre las cañerías.

—Octavio te esperará en la zona de trabajo de ingeniería. Le preguntas a él, pero trata de no demorarte allí. Si algo pasara, los ingenieros serían requeridos en esa zona. Esas cuestiones no podemos planearlas. Ya ves lo que pasó con la última clausura.

—Tengo que dibujar algo en mi plano. Creo que hay pasillos desde la zona de los conectores.

Busqué el plano y agregué de manera más suave los supuestos pasillos. El Loco me confirmó que Steven le dijo que él tenía una salida, pero jamás había querido agregar nada.

—No vamos a cambiar la idea. Ya está todo preparado —insistió el Loco.

—Quizás salir por esos pasillos sea menos riesgoso.

—De todas maneras tendrás que atravesar una zona transitada. Es preferible hacerlo en una zona donde nadie te vea. No pasarías por los controles de las compuertas intercoloniales. Es lo mismo que ya discutimos.

Volvimos a repasar paso a paso cada momento del ascenso hasta que dije:

—Te veré a mi vuelta. Ya no nos veremos, sino luego de mi descenso.

Respiré con dificultad porque una maquinaria me apretaba el pecho y se hundía, quebrando mis costillas para ensartarlas en mis pulmones. El miedo, de nuevo. Siempre el miedo, me dije.

—Nos veremos a tu vuelta, Devin, con tus noticias. Esperaré ansioso y te deseo toda la suerte. Confío en que todo irá bien. Ya sabes. Si te encuentran, finges estar afectado. Susan estará atenta. Sabes qué tienes que hacer y qué decir. No hay cables sueltos, ya hemos atado todo. Confiamos que saldrá bien —dijo y me abrazó con fuerza. Aflojé mi cuerpo para sentir su abrazo, me reconfortaba y me producía un efecto de felicidad.

—Tengo algo que pedirte. Si no vuelvo, si no recibes noticias, cuida de mi familia. Por favor, que no les pase nada.

## AÑO 197 / JORNADA 262

### REGISTRO PERSONAL SOBRE LA ASCENSIÓN

*No hay norte y sur, donde solo hay arriba y abajo, costados y adelante. Las estrellas vacías de sus rumbos son luces de neón sobre el techo. El viento corre por un tubo metálico, se contagia de la mugre depositada en las paredes de esa garganta fría. Devin avanza como un gusano entre los tubos que me recuerdan a las cañerías de un pulmón artificial. Imagino esa garganta toda de aire exhalando el último vestigio material, una partícula nacida para vivir afuera de la sombra. La penumbra de mi refugio, mi espacio final, me oculta la necesidad o la cobardía. ¿Debí haber callado? ¿Acaso los seres humanos no eligieron la mentira recargada con palabras bonitas a la verdad de un planeta que nos expulsó al peor espacio en el cual vivir? Ya es tarde para desenrollar las palabras. Siento nostalgia por lo que no fui.*

*Te espero, Devin. Si al menos ya no podré ver el afuera, tú lo harás. Y ese es mi regalo. Te has convertido en la mejor parte de mí.*



## AÑO 197 DD / JORNADA 263

### I

El conector Leroy golpeó la puerta del módulo durante la hora oscura. Frances sabía de mi supuesta ausencia para tratar una emergencia derivada de la clausura, ante la posibilidad de que la Zona 1 cuente con dos representantes. Le dije que serían unas horas. Hana me interrogó sobre la salida en pleno sueño. Tomé también dijo que debían esperar, que le resultaba muy raro. El conector Leroy respondió por mí, con agresividad, que no debían interferir si se requería al representante, tardara lo que tardara. Cuando me colgué la bolsa, Frances me preguntó para qué era. Algo que me pidió el conector Howie, dije sin mirarla. Tampoco pude mirar a Tomé y a Hana. Me pesaba mentirles y temía no volver a verlos. Deseaba eliminar esos pensamientos, colgar la cabeza fuera de las colonias, en un aire nuevo.

Me marché a pesar de mis deseos de abrazarlos. Leroy me guió hasta ingeniería. Allí me esperaba Octavio Sanders, un maquinista amigo del Loco.

Octavio era la única persona en la zona de máquinas, lugar de armado de las moléculas de luz. Él me preguntó si había juntado lo necesario y le señalé el atado que colgaba por mi espalda. Me lo desató y me dijo que mejor era llevarlo contra el pecho, pero flojo, ya que en ciertos tramos de tubos avanzaría arrastrándome boca abajo. Me dijo que él tuvo que reparar varias veces las cañerías de ventilación y que algunos segmentos eran muy estrechos, pero que como yo era delgado, pasaría. Pregunté algunas dudas que había memorizado, pero solo escuché lo más importante: “No será todo oscuro”, “No tapparás el aire”.

Lo seguí hasta la rejilla de ingreso. Octavio aflojó la tapa con lentitud. Busqué la pequeña linterna de oled, pero él me aconsejó que ahorre para los tramos con bifurcaciones o para revisar el plano que él y Nils confeccionaron. No podía asegurarme que, en ciertos tramos, la oscuridad no fuera total.

Antes de entrar, volví a preguntar:

—¿Tienes una manera de evitar el corte de aire si hay un accidente mientras esté adentro de los tubos?

—No la hay. No lo manejamos nosotros. Lo hacen los conectores de ingeniería en conjunto. Verás que cada tanto los tubos tienen ranuras, como si pasases por una puerta. De ahí salen las compuertas redondas que cierran un tramo idéntico a como funcionan las compuertas del pasillo. Ahí están los

cierres del aire. Contemos que nada malo suceda en tanto estés metido ahí.

—Eso espero. Si pasara algo y cerraran el aire...

—También moriríamos aquí. —Sacó algo del bolsillo y me dijo que lo guarde en la bolsa—. Esto es solo para una emergencia muy grave.

—¿Qué es? —dije mirando la pastilla brillante dentro de un envoltorio metalizado.

—“Envión”. Es lo que hace. Envía una energía capaz de levantar a un muerto. No te va a doler nada. Te quita el cansancio. Pero luego terminarás reventado. Por eso, guárdalo para una emergencia.

—Jamás lo había escuchado. ¿Está permitido?

—Es nuevo. Parece que lo llevan los de Geo al salir por si algo va mal. Me la ha pasado Howie cuando me metí para reparar los tubos. Me dijo lo que te acabo de decir.

—No las has probado.

—No. Pero si hubieran sellado la tubería por una emergencia en tanto estaba ahí dentro, lo hubiera hecho.

Había memorizado el plano a pesar de que los alrededores de CN34 eran espacios vacíos, como aquellos que salían por fuera de ingeniería. Nils había agregado nuevas zonas al dibujo gracias a su visita al CN33, pero no eran suficientes para completar todo el contexto.

Octavio me ayudó a meterme adentro de la cañería. Era como estar debajo de la cama, solo que ahora no podía ver más que hacia adelante. Ni bien metí la cabeza, el aire cambió. Era más frío e intenso.

Comencé a arrastrarme. Cada tanto, una rejilla me permitiría ver hacia abajo, aunque solo en caso de estar iluminado el módulo. Crucé el tramo sobre el sector de tanques y me adentré en la Zona Médica. Al comienzo, conté como si fueran pasos, pero luego me perdí y ya no pude volver hacia atrás. El miedo, de nuevo, golpeando mi corazón con fuerza, estrangulándome. Cometí el primer error: arrastrándome no podía contar por pasos, todo el trabajo de medida, de rejilla a rejilla, del largo de un pasillo a otro, había sido inútil. Entonces, pensé en el largo de mi cuerpo. Acostado, ocupaba casi la tercera parte del largo del módulo. Imaginé que podía recorrer el módulo en diez pasos, quince como mucho. Después, dejé de contar y continué con el arrastre.

Dejé atrás varias rejillas en sombras. Al fin, una parte del tubo se curvaba. Continué hasta la luz lo más silencioso que podía luego de quitarme el botón del pantalón para deshacerme de todo lo metálico que raspaba contra el tubo. Descalzo, me aferraba mejor, sobre todo en la zona que Nils me señaló con los

tramos verticales y que Octavio confirmó antes de meterme en el tubo. Me mostró una táctica para subir y que ensayaría en el mismo momento de ascender. Agradecí mi voluntad por haber fortalecido las piernas elevando latas rellenas de chatarra.

Al llegar a la luz, observé por la rejilla: era una de las salas de cuarentena que intuí por la cantidad de camas alineadas. Supuse que eran dos miembros del personal médico que dormían allí porque no parecían enfermos, y creí ver su atuendo blanco. Para no cortar el pasaje de aire, enganchar la ropa en la rejilla o dejar caer un pelo, me coloqué de costado y me empujé con los pies. Frené el arrastre varias veces debido a mi temblor. Mi pensamiento corría por los tubos a una velocidad inhumana, en tanto mi cuerpo quedaba detrás. De una idea a otra, avanzaba desde considerar mi ascenso como un error hasta el deseo de volver, desde la certeza de mi muerte hasta mi familia en la ceremonia luego del rayado de mi nombre, desde la duda por si Tomé estaba preparado para dirigir la familia hasta el aire venenoso que me mataría si rompía la máscara, desde la emoción por observar el cielo hasta lo doloroso de un techo que nos tapaná con su mancha negra.

Luego de un tramo recto, llegué a una bifurcación. Recordaba el plano: debía ingresar al caño de la izquierda para atravesar la Zona Comedor.

Por mi estatura no fue fácil doblarme hasta entrar en el otro trayecto del tubo. ¿Y si terminaba en una posición imposible de moverme? ¿Tendría que quebrarme para salir? Cometí el error de pasar una pierna hacia el caño de la derecha. Me costó volver a mi posición inicial. Luego de tomar aire varias veces y de descansar sin mover un músculo, puede acomodarme y llegar al tubo de la izquierda arrastrándome de costado. Había contado las rejillas del comedor unas jornadas antes: eran cuatro. Después de pasar por allí, entré en los depósitos con sus cuatro zonas de ventilación, según Octavio. A continuación, entraría a los módulos finales de cada pasillo, todos a oscuras. Cada rejilla correspondía a un módulo y cada dos de ellas, una se abría al pasillo; la novena ya pertenecía al C3, el módulo de Leroy, con sus dos entradas de aire porque ocupaba el mismo espacio que dos de los módulos habitacionales. Al frenarme justo en la primera de estas entradas de aire, puede observar la cinta de color atada a la rejilla, como me dijo el Loco. Leroy bebía mientras ojeaba unos papeles. Él levantó la cabeza. Le susurré que todo iba bien. Movié la mano en un saludo y siguió leyendo, aunque cada tanto levantaba la mirada. Le pregunté si podía verme desde allí y me dijo que no, pero que había escuchado el ruido de mi arrastre. Debía moverme más

despacio ya que, al desear salir de los tubos, los últimos tramos los había traspasado demasiado rápido.

Al rebasar el módulo del conector Leroy, decidí tomar un poco de agua. Mi garganta, de tan reseca, me raspaba. Me resultó difícil no hacer ruido. Al frente, me iluminaba la rejilla del pasillo. Debía seleccionar los mejores lugares para beber, comer y orinar. No había pensado en caso de vomitar. Tuve miedo de descomponerme. Me tranquilicé que era poco probable, que podría aguantar. De inmediato, me repetí que este era mi segundo error.

Continué despacio, agotado, deteniéndome en las zonas entre las rejillas. Pronto, en una bifurcación, de nuevo doblaría hacia la izquierda hasta pasar la sala de la Doscientos. Luego, solo era volver a doblar a la derecha hacia el pasillo de la intercolonial.

Había contado cuatro rejillas en el pasillo último, el que bordeaba el conjunto habitacional. A mi izquierda, se acomodan los primeros módulos de la Zona 1, entre ellos, el de los Chapman. A mi derecha, en el tramo final, aparecería la bifurcación con el tubo que cruzaba la Doscientos.

Observé de nuevo una luz al llegar a la rejilla de las Doscientos. Debería haber descansado antes, me dije, cuando estuve en el último pasillo desierto ya que si me dormía y roncaba nadie me escucharía.

Luego de ese pasillo, el plano comenzaba a hacerse menos real y más suposición. Habría tubos de ventilación, pero no estaban marcadas las rejillas ni las bifurcaciones. Según Nils, la única guía era espiar hacia el pasillo. No era posible retroceder, salvo en la zona de bifurcaciones. Allí podría intentar girar con mucho esfuerzo, aunque no estaba seguro de poder hacerlo.

Casi sobre la Doscientos, el tubo se iluminaba con una luz tenue que traspasaba la rejilla junto con unos sonidos de alguien quejándose. Me asomé con cuidado para ver la puerta y la mitad del módulo: sobre una mesa, una mujer recostada debajo del cuerpo del conector Howie. Cerré los ojos y me deslicé hacia atrás. Temía pasar por la rejilla y que me vieran. Leroy me había dicho que no se veía hacia adentro del caño, pero si yo me deslizaba sobre la rejilla y justo miraban hacia allí, tal vez verían la tela negra de mi pantalón.

El desgraciado de Howie continuaba sobre la mesa donde nos reuníamos y hasta tomábamos el café e intercambiábamos bocadillos. La mujer intentaba no gritar y mordía un trapo. Al costado, observé una bata con el signo de la Zona Médica. Su hijo tenía privilegios por su rango y por los servicios prestados a la médica. No podía distraerme. Comencé a sentir calor y trataba de no mirar, pero hacía mucho que no me masturbaba. No habíamos tenido una exclusión

con Frances desde hacía tantos años. A veces, nos tocábamos por las noches, pero desde que Tomé y Hana habían crecido tanto, temíamos que nos vieran. No podía masturbarme allí. ¿Qué me sucedía? Tenía que controlarme. Más lo pensaba y más me excitaba. Crucé la zona de costado. Tenía que alejarme de ese módulo.

Doblé hacia la derecha y encontré la rejilla del pasillo de la intercolonial. Ahora debería prestar más atención por el personal de guardia alojado en cada compuerta, según me alertaron Nils y el Loco.

En la última rejilla, observé a dos hombres subir bultos a una tabla con ruedas. Era la primera vez que observaba un pasante intercolonial. Los temores no eran errados. Uno de los hombres se quejó del peso, se ató una tira que cruzó en su espalda y comenzó a arrastrar los bultos en tanto gruñía del esfuerzo. Me recordó al hijo de Temple en el desafío de levantar una maquinaria.

Decidí descansar en esa zona porque con el movimiento de los pasantes las posibilidades de ser oído eran menores. Me dolían las piernas y los brazos, la espalda comenzaba a molestarme. Tendido boca abajo, apoyé la frente sobre mis brazos.

Un ruido me despertó. Me asomé a la rejilla y observé que alguien había volcado un bulto. Al mirar mejor, distinguí una chatarra que sería llevada hacia el CN34. Alguien hablaba del cansancio y de que su reemplazo no llegaba. Te sonaron, dijo otro en respuesta. Por primera vez, mi cuerpo había salido de mi conjunto habitacional, pero no afuera de la Colonia Neón.

Continué despacio e ingresé en lo que Nils había marcado como la Zona 4 del CN33 que poseía la misma cantidad de zonas, pero la disposición era distinta. En mi trayecto atravesaría primero la Zona 4 y luego la Zona 3.

En algunos espacios la luz brillaba con vigor adentrándose demasiado en el tubo junto al bullicio de la jornada laboral. Decidí descansar en los tramos oscuros, entre rejilla y rejilla. ¿Cómo haría para ascender por el tramo vertical del tubo arrastrando semejante agotamiento? No sabía si temblaba de cansancio o de miedo.

Mientras permanecí con los ojos cerrados a la espera de que mis piernas dejaran de temblar, me concentré en las voces. Discutían sobre un asunto pendiente, se quejaban del trabajo igual que en la chatarrera.

La siguiente parada fue en lo que supuse era el sector de armado de moléculas de luz. Me sorprendió observar una distribución idéntica a la del CN34.

En la Zona 3 no había zonas de trabajo, al menos no por el espacio donde transitaba. Algunos módulos tenían dos rejillas porque eran los más grandes, igual que los de nuestra zona. Fue en una de estas rejillas cuando observé una cinta roja atada en ella. Sería un contacto del Loco. Ya me había anunciado que, apenas unos pocos de mucha confianza, estarían dispuestos a darme unas moléculas de agua o comida o vaciar el tarro donde orinaba. Había dejado de tomar agua para no detenerme a orinar. Al mirar con más atención, observé a un hombre de edad semejante a la del Loco, a una mujer acomodando las camas y a un joven. Quizás pensé que necesitaría ayuda en mi retorno.

Continué a pesar de que el plano mental se me borraba. Doblé a la izquierda. Supuse que al costado de la Zona 3 estaría la Zona 2 o la Zona 1, con los módulos idénticos a los nuestros, cada uno con una rejilla. Nils había preguntado si eran cuatro zonas y le dijeron que sí. No tenían una Doscientos, por lo que sabíamos, y el comedor se ubicaba en la Zona 1, no en la 2, ya que Nils lo descubrió al comer allí con los ingenieros.

Me detuve y pensé en Nils, en los cambios. De niño odiaba a Nils porque era de ingeniería y lo había declarado mi enemigo, no porque supiera sobre la relación secreta de mi padre, sino porque Nils me molestaba. Él era lo que yo deseaba ser en secreto: su estatura baja, su seguridad, la forma de hablar. Él me rechazaba y se burlaba durante las clases, a pesar de mis intentos por ser su amigo o un compañero especial de estudio en algún proyecto escolar. En ese entonces, no supe entender que él me odiaba por ser el hijo del hombre que había destruido a su familia, él descubrió el secreto muchos años antes que yo. Por entonces, ni sospechaba que terminaría metido en un tubo por indicación de Nils. Un fogonazo se disparó en mi cerebro, el corazón me pateó las costillas. Dejé de avanzar y miré el agujero sin término que se abría delante de mi cabeza, cribado por la luz. Quizás no había compuerta. Quizás todo era una venganza de Nils. Quizás cuando saliera del caño, me esperaban para matarme. Quizás, en el tramo final, Nils cerraría la compuerta del tubo para dejarme morir peor que a un catán. Quizás mi traslado final era un miserable tubo de aire. Aquello que creí como el privilegio del primer Green en ascender resultó ser el primer idiota al que hicieron morir. Nils la había jugado bien. Había sido astuto. Por algo él ahora ocupaba un puesto en Bórax. Era eso. En la Colonia Bórax demostraba que era uno de los mejores

denunciando un ascenso prohibido. Todo comenzó con el Loco y con ese hombre, ya muerto, que había gritado que afuera era habitable

Retrocedería o bajaría en una rejilla. La ascensión era mi muerte. Desgraciado de Nils. Era el aliado del Loco. ¿El Loco había sido engañado? Pobre Loco, también crédulo, un idiota. Tomé sentiría vergüenza al enterarse del padre engañado, del representante que no servía para nada. Volvería para dejar a Nils en la espera de años. En la siguiente bifurcación, retomaría al tramo hacia el CN34. Incluso, no era necesario bajar en el pasillo de mi módulo: la Doscientos era una buena posibilidad.

Furioso, respiraba entrecortado, me arrastraba con más fuerza. Me detuve a serenarme. Tengo que ser más inteligente que Nils, me dije una y otra vez hasta contagiarme del aplomo de él.

Ya respuesta mi respiración, la idea de ser un cobarde reemplazó mi furia. Si el Loco había sido engañado por Nils, al menos yo no le fallaría. El gasto de casi todos sus recursos era un indicio de que él no era aliado de Nils. ¿Qué le diría? “Loco, me volví porque tenía miedo de morir”. “Loco, me volví porque soy un cobarde”.

Cerré los ojos. El cansancio, mis miedos de niño, el odio de mis padres se volvía hacia mí como una tela raída. Nunca hablé con Nils más allá de la hora escolar o durante las obligaciones de representante o para tramar el ascenso. No lo conocía lo suficiente para confiar en él. Jamás nos medimos en esas situaciones desesperadas donde uno puede observar cómo se actúa.

Por momentos, me parecía oír a Tomé diciendo que si cierran las compuertas y quitan el aire de las cañerías, me moriría allí dentro; que si hay una fuga de gas, lo extraerían por las cañerías y moriría allí dentro; que si el aire del afuera, además de venenoso, aún derrite, quedaría como una mancha de aceite sobre el suelo.

Como en las bifurcaciones, solo existían dos trayectos, uno, hacia el afuera o hacia la venganza de Nils; el otro, hacia mi cobardía. De igual manera como continué hasta la certeza de las semillas dentro de una esfera, continuaría hasta donde me llevarsen los tubos.

Concluí que mis dudas y temores eran efecto del cansancio y de la sed. Comí uno de los bocadillos preparados por Octavio. Luego, tomé agua y oriné. No fue tan difícil ya que mi cuerpo se habituaba a moverse dentro de una cañería. Si el espacio que me restaba hasta la compuerta era enorme, lo reduciría concentrándome solo en pequeñas metas. Pero estaba seguro de que hasta mi vuelta estaría ausente unas dos jornadas. De este tema me preocuparía

en el instante de entrar a mi módulo.

Continué arrastrándome luego de dormir. Traté de mirar por la rejilla para entrever si era aún la jornada laboral para calcular el tiempo que había malgastado durmiendo. Quizás era preferible avanzar durante la hora oscura.

Desde la rejilla solo observaba oscuridad. Podría ser que durmieran en los módulos o que eran las áreas de trabajo. A lo lejos, en tanto avanzaba, el tubo dejaba de ser un círculo negro. Poco a poco, se agrandaban los sonidos de voces y golpes contra metales. La iluminación provenía de la Zona de Cocina donde procesaban alimentos. Entonces, estaba sobre la Zona 1; ya había pasado la Zona 3. De nuevo, el plano se iluminaba en mi cabeza. Pronto alcanzaría el tubo vertical.

## II

La cañería se abrió en dos ramas: una horizontal por la que transitaba y otra hacia arriba. Podía pararme con cuidado si lograba meter el cuerpo dentro del sector vertical.

Me apoyé por los mareos y el temblor de mis piernas; me dolían las rodillas de tanto frotarlas contra el piso de los tubos. Abrí una molécula de agua y bebí. Comí un bocadillo aplastado, baboso y con olor a rancio.

La oscuridad que caía desde el caño era la sombra de una lámpara caduca. Desde el tubo horizontal llegaba una luz débil junto con sonidos de golpes que se amplificaban, voces, risotadas. Mis pies pisaban parte del techo del depósito. Para comenzar con la ascensión esperaba a que la luz se apagase.

Me senté gracias a que dejé el torso en el caño que ascendía y las piernas encogidas en el tramo horizontal. Estoy sobre las cabezas, pensé. Era la planta de las esferas atrapada contra una estructura que no le permitía moverse.

Dormí un rato con la cabeza apoyada en el caño. Luego, tensé los músculos de mis piernas entumecidas para que se preparasen para subir.

Recién me incorporé cuando la luz desapareció. Apoyé la espalda sobre la cañería vertical y la planta de un pie sobre la pared que tenía enfrente; me afirmé y subí el otro pie. Permanecí sentado en el aire. Bajé las piernas. Intenté adivinar la distancia a subir. Arriba solo me esperaba una sombra sin fisuras, la boca abierta de la hora oscura.

A pesar de dudar sobre la resistencia de mis piernas, volví a la misma



posición. Recordé los consejos de Octavio. Mis brazos eran mucho más fuertes. No pensé en el abajo ni en el arriba; me concentré en el siguiente tramo. Cada tanto, el caño tenía una saliente que me permitía apoyarme.

Luego de un trecho, que no sabía si eran dos alturas de módulo, comenzaron a temblarme las piernas. Era tarde para arrepentirme. Tenía que seguir y buscar una manera de descansar.

La fuerza parecía provenir de mi cabeza, a punto de estallarme la sien. Cada movimiento era un golpe de martillo. No veía el abajo. Me tranquilicé pensando que solo sería el tramo de altura de dos módulos, quizás menos.

En un tramo descubrí una rajadura mayor donde pude apoyar la palma y aflojar la presión de los pies sobre la pared del tubo. Quizás era una de las compuertas internas. El aire había cambiado. Era un aire distinto, con un olor extraño. Desde arriba, se desplomaba un zumbido como el del módulo de los tanques de cría. Me confié demasiado del mínimo espacio para apoyar las manos. Se me zafó una mano y resbalé.

Caí en la misma sombra, de pie tras sentir un dolor que recorrió desde mi pierna hasta la nuca. Amortigué el golpe raspando con mis manos las paredes de la cañería. Me ardía el muslo y no podía verme. Se iluminó el caño horizontal. Me deslicé para sentarme como antes. Me toqué donde me ardía, mis dedos se pegotearon y los lamí. Me había cortado con una de las salientes metálicas. No podía subir. No podía volver. Intenté escuchar a quienes hablaban debajo, pero eran sonidos entrecortados. Si buscaban a alguien de ingeniería para revisar la ventilación, me encontrarían en un rato largo. Escuché unos golpecitos. Creí que era un repiqueteo, pero estaba demasiado dolorido para descifrarlo.

La oscuridad volvió con mayor densidad. Era tan fácil cerrar los ojos y perderse allí mismo, en ese lugar donde se ocultaban los muertos. Era cuestión de estirar la mano para saludarlos. Me jalarían a otro lugar. Pocas veces hablábamos de nuestro destino luego de la muerte, pero sabíamos que éramos depositados arriba para que el alma subiera como una pelusa de luz. ¿Cómo haría para subir si moría adentro de un tubo de metal? Luego, recordé que terminábamos en un tanque de gas y que la única luz que nos alumbraba era la de una lámpara, brillo que rebotaba contra las paredes y se apagaba en la sombra de un rincón. Entonces, los muertos también estaban abajo. El dolor de la pierna me partía la espalda y el dolor por comprender que los muertos continuaban encerrados en los módulos me partía el pecho. No podía subir. No podía volver. Nada había arriba. ¿Qué era lo que estaba haciendo?

Me dormí sentado con la cabeza apoyada en el tramo vertical del tubo luego de ablandarme por el llanto. La sed me quemaba la boca. La bolsa había caído un poco más adelante. Conté las moléculas de agua: solo me quedaban dos. Comí dos bocadillos tibios y derretidos. Guardé el último para la vuelta. El ardor en la pierna había cedido a un dolor latiente. Debía decidir si volver o continuar. Tan cerca, no podía darme por vencido en el primer obstáculo. Volví a la misma mecánica, pero traté de prestar más atención y no confiarme en aflojar mucho los brazos en el lugar donde había descansado. Pensé en el abuelo, en mi padre. Me aventaba con la idea de pisar el mismo sitio del primer Green.

Subí muy poco. No podía apoyar la pierna lastimada. La herida comenzaba a sangrar. Recordé la pastilla de Envión. Era una emergencia.

Me senté de nuevo y tragué la pastilla. Durante unos instantes, el dolor permaneció latiéndome en todo el cuerpo. Primero fue un calor que, desde el centro de mi pecho, diluyó el límite de la piel y el dolor se volatilizó como caldo sobre un calentador ardiente. Moví la pierna. No me dolía. El corazón bombeaba vigoroso, con fuerza. Desconocía si el efecto duraba lo mismo que la pasta blanca o el fermento. Volví a subir para aprovechar el efecto del Envión.

Al rato, una leve vibración comenzó a bajar de la cañería a la par que el aire ya no era aire, era mejor que el aire. Respiré hondo. Olía al fresco del agua en la vasija del aseo. No podía reconocer el olor hasta que el zumbido se hizo más y más potente y pude vislumbrar una pequeña grieta en la oscuridad. Sería una rejilla. La luz aclaró el tramo final de la tubería y el inicio de un ramal horizontal.

Allí estaba el origen del zumbido, maquinarias como las de los tanques de cría arrojaban aire hacia el ramal vertical del caño. Me arrastré hasta salir del tubo.

Terminé en un módulo con pequeñas luces oled en las paredes y una puerta con un rótulo “NC33 Descontaminación”; a la derecha, una escalera alta desembocaba en una rejilla enorme.

Busqué el papel de Nils. Al acercarme a una luz, observé que el corte en mi pierna era una cremallera abierta de la que brotaba sangre. Me quité la camiseta y la até sobre la herida. Ya no temblaba ni me dolía ni un hueso.

Subí la escalera y observé la rejilla: era la compuerta. Nills tenía razón, era una compuerta en el techo. En una pared, unos botones permitían la apertura, como él informó al Loco. Nils había visto la forma en que abrían la puerta con

el rótulo “CN33 Descontaminación” gracias a la ayuda de tres botoneras, una junto a la puerta y las otras dos en otras zonas que Nils desconocía. También había observado que, desde el módulo donde estaba, solicitaban la apertura por medio de un micrófono de radio.

Volví a revisar el dibujo. Con el Loco desconocíamos cómo Nils pudo obtener el orden de los botones para abrir el mecanismo. Él tan solo reparó parte de la estructura. Había comentado que lo obligaban a salir unos momentos al CN33, entrar, salir, varias veces, pero la compuerta permanecía cerrada ante su vista. Si Nils mentía, el orden de los botones era incorrecto, lo sabría en unos momentos.

# AÑO 197 DD / JORNADA INCIERTA

## I

“0-3-8-4-1-9-4-1-6-7-9”. Escuché un chasquido similar al momento en que destrababan las puertas de los módulos luego de una clausura. Me acerqué a la puerta del CN33. Apoyé la cabeza: silencio. Nadie del otro lado accionaba la apertura.

Volví a la compuerta de salida. Según Nils, luego de liberar las trabas de seguridad la compuerta se abriría de manera manual, con el mismo procedimiento que con las puertas del módulo. El sistema era idéntico. Se diferenciaba en que esta compuerta estaba protegida tras la puerta del CN33 cuya apertura dependía de tres personas, por el tamaño de la compuerta y porque se ubicaba en el techo. Al fin, la compuerta cedería como la tapa a presión de una botella de fermento.

Permanecí sentado en la escalera. Respiraba más y más fuerte. El Envión me había despejado la mente, pero me sentía acelerado, nervioso. Repasé una vez más los tramos finales. Casi me olvidé de la protección para el afuera. Abrí la bolsa y busqué la máscara que usaban en Geo. Era apenas como un rostro de goma con un vidrio en la zona de los ojos y una bombona de aire que me alcanzaría para unas pocas respiraciones. Quizás vería a los Dispositivos Inferno arrojando veneno y bombas decapantes en un espacio derretido. Quizás había cuerpos, los que murieron cerrando las compuertas. Me esperarían los cúmulos de huesos con sus cabellos descoloridos. Entonces, bajaría con la certeza de que mi módulo era el mejor lugar para vivir, que fuimos afortunados y que debemos sobrevivir hasta volver a la superficie. Con esa seguridad de enfrentarme al horror de una destrucción completa, moví la compuerta y escuché el resoplido de la apertura.

Las luces de infinidad lámparas me cegaron con un chorro de aceite hirviendo quemándome los ojos. Tapé el vidrio de la máscara y apreté los ojos que me dolían como perforados por agujas. Fue como si me hiciera tan pequeño como para entrar en el resplandor de una lámpara encendida a su máximo esplendor. Comencé a sacudirme del terror por estar muerto y que mi cuerpo era desarmado en partículas luminosas, brillando de tan muerto. Era cierto que nos convertíamos en luz, arriba, bajo el cielo tan blanco que lastimaba. Creí escuchar a mi abuelo llamarme, a mi padre. Creí escuchar risas. La piel de mi torso desnudo también estaría brillando en la luz. Sentía el

calor que llegaba a mí y yo lo reflejaba como una superficie pulida. He muerto, me repetía y no quería abrir los ojos para ver lo que era la muerte. Pero si era la muerte, era agradable.

Persistí unos instantes con la cabeza caída, tapando el vidrio de la máscara con las manos. Comenzaba a percibir una señal tenue de dolor en la pierna. ¿Los muertos sentían dolor?

El aire, me dije, no tendría ya mucho. Al abrir los ojos para ver el afuera la luz volvió a cegarme, pero luego se convirtió en azul, verde. Muy arriba, el techo azul, idéntico a la lámina del Loco, se extendía sobre un piso no amarillo, sino verde. La luz habitaba todos los espacios. Yo estaba adentro de la luz. A lo lejos, se erguían, altísimas, las plantas de las esferas; más abajo, otras más pequeñas y apretujadas. Estiré la mano y pude sentir la suavidad caliente de esas plantas. Si las plantas vivían, el aire no era venenoso.

Un pitido me indicó que la bombona de aire se agotaba. Tenía que volver. Pero me quité la máscara y un torbellino de aire entró como estampida y me destapó el cráneo, me perforó los pulmones. Caí de rodillas y levanté los brazos para alcanzar el techo celeste, para dejarme flotar en la luz. Pero no moría. El aire era el mejor que había respirado en toda mi vida. También estaba dentro del aire. El aire me acariciaba el cabello, movía mi ropa. Mil manos de aire. Mil bocas soplando mi rostro y a las plantas de las esferas. Nada permanecía inmóvil dentro de ese aire, en esa luz.

Me levanté. Caminé unos pasos. Sin zapatos, mis pies se hundían en el piso blando de una cama mullida. Se me agotaron las palabras. ¿Qué era eso que flotaba? ¿Un jirón de tela? Algunas de las plantas de las esferas tenían orejas blancas, delicadas. Me agaché y las olí. Olían bien, suave. Olían agradable.

Mis ojos se acomodaron a la nueva luz. No quería pisar las plantas, pero era imposible no caminar sobre ellas. Todo el piso era de plantas arriba de un techo que era todo de aire. Me acosté boca arriba. Hacia un costado había una esfera de luz que no podía mirar. El techo no era el de las memorias de mis antepasados; no eran agujeritos luminosos sino un enorme agujero que se abría a otra zona que era donde nacía la luz. Era la primera vez que mi mirada no chocaba contra una pared. Se perdía hacia un espacio que no se cerraba nunca. Estaba tan feliz que podría haber reído por horas. Comencé a gritar y a saltar. El dolor de la pierna empezaba a latirme. Aún así corrí una distancia. El aire me pegaba con más fuerza en tanto corría. No era un golpe, era una bienvenida.

Me detuve con el rostro hacia la esfera luminosa de esa lámpara enorme. ¿Y

ahora qué haría con la verdad? ¿Qué diría Frances cuando le dijera que arriba ya se podía subir? ¿Por qué no nos dejaban subir? ¿Desde cuándo había desaparecido el peligro de la guerra? No veía ni un Dispositivo Inferno, ni un módulo, ni una persona. La altura de esas plantas de las esferas me decían que estaban desde hacía tiempo. ¿Por qué? ¿Qué peligros había afuera? Quizás era un veneno invisible y que mataba a largo plazo. Pero las plantas vivían y respiraban igual que yo. De nuevo esos jirones negros flotaron sobre mi cabeza. Eran como catanes enormes. Estaban tan vivos como yo. En aprendizaje, nos habían contado que la radiación era un veneno invisible que mataba poco a poco. No se podía oler, ni se veía. Solo conocíamos su presencia cuando era tarde. El pelo desprendido nos dejaba pelados, la piel se derretía en ampollas supurantes, la boca se tornaba en una masa de carne ardiente por la que ya no podíamos comer ni hablar. Pero las plantas estaban tan vivas que ese aire del afuera no debía ser venenoso. Quizás en unas jornadas supiera si era o no venenoso para los humanos.

Deseaba permanecer afuera, pero no podía abandonar a mi familia. Me imaginaba la cara de Shiri, la del Loco. Podríamos vivir afuera, dentro de esa luz, dentro de este lugar tan enorme. Me giré para contemplar ese espacio que me rodeaba y ese espacio me devolvió mi osadía de ser algo tan pequeño.

No quise vaciar el tarro del orín sobre las plantas, así que lo arrojé hacia adentro entreabriendo la compuerta. Orinaría también adentro. Alrededor de la compuerta se extendía una sustancia oscura. La toqué y fue como el sustrato usado para el tanque de la planta. Llené el tarro del orín con esa sustancia que llevaría al Loco como prueba de que ese hombre, que creían afectado, tenía razón. El resto, lo trasladaba en mi recuerdo.

Debía volver, pero me llevaba el afuera conmigo. Sobre mi cabeza no habitaría nunca más la oscuridad ni ningún módulo mortuorio.

### III

Cerré la compuerta. Me frené al observar el agujero negro que era el tubo por el cual había llegado. No calculé lo costoso que sería bajar. Además, la pierna me quemaba y el dolor me llegaba hasta la ingle. La sed me secaba la lengua y, a pesar de comer mi último bocadillo, el hambre me doblaba de un golpe en el estómago.

Observé la puerta hacia el CN33. ¿Y si la golpeaba? ¿El orden de los

botones sería el mismo que el de la compuerta? ¿Qué diría cuando me vieran? ¿Terminaría muerto como ese afectado que gritó que afuera era habitable?

Me senté con las piernas colgando hacia la cañería. Comencé a bajar como había subido. Era tan difícil como subir. Sentía dolor en todo el cuerpo. Nunca había estado tan agotado. Pero tampoco tan emocionado. Deseaba contarle a Tomé que no había guerra ni muertos, que arriba era hermoso como el cuadro del Loco. No había visto el piso de agua, pero ahora sabía que existía en algún lugar. “Quizás pueda verlo”, me daba ánimos para bajar.

Al fin, observé la cañería de abajo resplandecer con una luz que, a comparación con la de afuera, era miserable. No me importaba. Pronto ascendería con mi familia. Ya en el caño horizontal, me tumbé boca abajo y comencé el trayecto de vuelta.

Supuse que avanzaba unos centímetros por jornada. La boca se me agrietó de la sed y la garganta, tan seca, me asfixiaba. La cara me ardía. Por momentos, creí que la luz era como la de afuera y no había bajado. Otra vez fue la mano de alguien tocándome la pierna y jalándome hacia atrás. Creí que caía. Me aferré al caño, pero estaba boca abajo y era imposible caer. Tiritaba de calor y el agua se escapaba de mi cuerpo.

No supe cuándo me dormí. Los golpes de martillos contra una chatarra me despertaron. ¿Estaba en el conjunto 33 o 34? Sonaban a chatarreros desarmando una maquinaria. ¿Eran de CN33 o CN34? Escuché mi nombre provenir desde atrás. Era el abuelo. El abuelo vivía. Era cierto que arriba volvían a vivir. El abuelo me llamaba de nuevo. Le susurré que no lo veía, pero escuchaba su voz. Me apuré hasta la rejilla y observe el pasillo. Varias veces, susurré “abuelo Ollie”. El abuelo ahora estaba detrás de mí y me jaló de la pierna. Me puse de costado. No había nadie, al menos no cerca. El abuelo está en la luz, dije y quise tocarlo. Era una luz pálida, agónica. Continué hasta la siguiente rejilla. Seguía escuchando al abuelo. Cada tanto, me tocaba las piernas. ¿Está papá ahí, abuelo? Está Dan conmigo. ¿Quién más está ahí? Todos los Green, los has bajado. Bajamos contigo. Subimos contigo. Quiero que nos salves. Están los Keefe. No hay Keefe. Abuelo, ¿no lo sabes? ¿Cómo no lo sabes? ¿Dónde estabas? ¿Por qué te has callado? ¿Está papá contigo? No hay más Adams. Cierto que eso lo sabes. ¿Lo sabes? ¿Te acuerdas?

Fueron varias rejillas después cuando escuché pisaditas como de niños.

Miles de pisaditas. Repiqueteos. Intenté descifrar el lenguaje: “Dktfa”. No tenía sentido. Eran pisadas de miles de niños. A lo lejos, llegaron, después de las pisadas, las sombras de unas siluetas. Se movían como esos jirones que flotaban en el aire. Todos querían subir. Era el Día del Ascenso. Eran los doscientos años. Eran los afortunados. Catanes vivos se acercaban con velocidad. Ellos también deseaban ascender. Se habían escapado de los tanques. Se habían criado en los rincones y eran millones. Nunca contemplé millones de nada, abuelo. Nunca conté un millón de tuercas. ¿Puedes contar un millón de catanes? Sé cómo es un millón en una hoja. ¿Cómo es un millón de humanos?

Los catanes avanzaban con chillidos que me perforaban el oído. Comencé a retroceder cuando escuché que ellos decían que adelante hay un catán enorme y jugoso. Me alcanzaron. Se metieron por mi garganta, reventaron mis ojos, me escarbaron los oídos. Mi lengua cayó como una suela de calzado. Intenté quitármelos, pero ya estaban adentro mío. Ahora eran ellos quienes se alimentaban de mí. Me escarbaban la herida, me abrían la pierna en un enorme agujero y salían por mi obligo, arrastrando mis tripas. Anidaban dentro de mí. Escupía huevos de catanes. Cagaba huevos de catanes. Me explotaban y nacían catanes de mis oídos, del culo. El abuelo me llamaba desde el otro lado. Avanzar, me decía, avanzar. Mi papá estaba a mi lado, vamos, avanza, avanza.

Me toqué la frente acuosa y escaldada. Una luz apareció desde una rejilla que estaba cerca. Me asomé y observé a Leroy. Leroy, lo llamé sin voz. Leroy, volví ahora con más fuerza. Él me miró y se llevó la mano a la boca. Ayuda, por favor, Leroy, me quemo, me comieron los catanes, me vaciaron, me comieron. Pero los catanes habían desaparecido y no podía ver si dejaron de mí tan solo mi cabeza y el torso, o era mi cabeza y una pierna.

Me quité la bolsa que parecía que me cortaba el aire del pecho. Hubiera querido quitarme hasta la piel de trapo hervido que me cocinaba.

Sentí que me jalaban por el agujero de la rejilla. Luego, Leroy me sacudió mientras me decía que me llevaba a la Zona Médica y que diría que me encontró vagando así de afectado. Me preguntaba si entendía. Baja al abuelo, le dije, y a papá. Escuché la voz de Leroy: “No hay nadie, Devin. Te has afectado”.



# AÑO 197 DD / JORNADA INCIERTA

## I

No sabía el tiempo transcurrido desde que me había metido en el tubo de aire ayudado por Octavio. En un costado de la cama se leía C6A, quizás la zona de cuarentena. Estaba solo y anudado a unos tubos. Me toqué la pierna: vendada. Esperé, pero cada tanto volvía a dormirme.

Entró una mujer. Dijo desde lejos: “Despertó, ya vuelvo”. Retornó con un médico. Me preguntó si recordaba qué había pasado. Le dije que recordaba caminar en un pasillo largo y que me atacaban catanes, miles de catanes.

—Estuvo con mucha fiebre. ¿No recuerda antes de eso dónde estuvo? — dijo apretándome la muñeca.

—No. No me puedo acordar. Todo es como en una sombra.

—¿Qué es lo último que recuerda?

—Estaba en mi módulo con mi familia. Me iba a acostar. Los catanes. Eso es lo último. Me estaban comiendo. ¿Qué me pasó?

—Lo trajo el conector Leroy. Lo encontró por los pasillos delirando de fiebre porque está con una infección en la pierna. ¿Recuerda qué pasó con su pierna?

—Me corté al caer. Escapaba de los catanes por un tubo.

—¿Recuerda el pasillo?

—Me llamaba mi abuelo.

—¿Estaba con su abuelo?

—Mi abuelo Ollie.

—Tráigame la carpeta del paciente —le ordenó a la mujer que volvió enseguida.

—¿Con quién vive? —me preguntó mirando unos papeles.

—Mi esposa, Frances, y mis dos hijos.

—¿Su abuelo?

—Murió.

—Dijo que lo llamaba.

—Sí, era él, para que no me deje comer por los catanes. Y estaba mi papá con él. Después llegaron los Keefe y los Adams. Creía que estaban muertos. Los trajo la luz.

—Tranquilícese. Estará unos días más hasta que se recupere.

—Quiero ver a mis hijos.

—Permanecerá aislado como medida preventiva. No sabemos si no padece una enfermedad contagiosa. No podemos arriesgarnos.

—Quiero que le diga a mi familia que estoy bien.

—Ya lo saben. Han sido informados. Por todo lo demás, permanezca tranquilo.

—¿Quién se hace cargo de ellos? Espere. Tengo que designar a alguien.

—Según consta en su legajo, su hijo ha comenzado a trabajar en la chatarrera. No se preocupe. Su familia estará bien.

—Si aún no es adulto.

—Faltaba poco tiempo. Se ha hecho una excepción. Descanse.

No pude moverme por los tubos. Si mi hijo ya era chatarrero, ¿cuántos años habían pasado? ¿Había estado dentro de la lámina del Loco? No era posible. No podía ser posible. Recordaba haberme caído, el afuera, pero recordaba con la misma intensidad a los catanes devorándome y al abuelo llamarme en tanto me jalaba de las piernas. Apreté la herida y reapareció el dolor, aunque no tan fuerte.

Así era estar afectado, me dije. Eso es todo. Mi mente me engañó. Apreté las sábanas en mi mano. Eran reales. Recordaba haber llorado y volví a llorar: el llanto de los afectados. La desesperación de los afectados. Las ganas de morir de los afectados. Era el primer Green afectado.

## II

Permanecí postrado en la zona de cuarentena durante muchas jornadas. Al comienzo, dormía casi sin cambiar de posición. Luego, como si hubiera dormido por adelantado, imploraba por jarabe para atravesar los días con celeridad.

El mismo médico me visitaba seguido. Indicó que me quitaran las sondas y me ayudó a sentarme; después, a caminar unos pasos. Erguirme fue una proeza.

Al marcharse el médico y los enfermeros, hilaba los sucesos hasta llegar a esos agujeros oscuros en mi mente. Recordaba mi módulo, al conector Leroy guiarme hasta ingeniería, una reunión con representantes, el rostro de Nils, la sensación de arrastre contra el tubo, la tibieza de una luz enorme, la voz delicada del abuelo, los catanes devorándome. Quizás era mejor aceptar el diagnóstico médico: “Afectación ante la presión de ceder al hijo el puesto

como cabeza de generación y la imposibilidad de continuar en el rol de representante”. El médico me había tranquilizado. El segundo tránsito difícil en la vida era ceder el puesto a los hijos; el primero, dejar la Zona de Aprendizaje. ¿Y el tercero? El tercero era el retiro, no aportar nada a la familia, convertirse en una carga.

Me apoyé en mis evidencias: mi familia era real, el módulo donde dormía era real, el Loco era real; lo demás, una evasión creada por mi cerebro enfermo para escapar de la realidad.

Me aburría en la cama. Inventaba maneras de entretenerme para que mi mente no inventase un nuevo delirio. Repetí a diario los recuerdos de los Green, ejercité mi memoria repasando el momento en que entré por primera vez en la chatarrera, los momentos felices de la exclusión cuando estuve a solas con Frances, las caminatas por el mercado con mi abuelo para cambiar alguna lámpara que habíamos arreglado juntos. Cuando charlaba con el médico, le solicitaba que me leyera mi nombre, el nombre de mis hijos, de mi padre, en tanto él rebuscaba en la carpeta en cuya tapa se leía mi nombre completo.

—¿Más tranquilo? ¿Le parece si caminamos un poco? —dijo el médico que se llamaba Dan, igual que mi primer antepasado.

—¿Cómo está mi hijo? —dije mientras caminé por el pasillo delineado entre las camas.

—No tuvimos quejas.

—¿Le dijo que estoy afectado?

—Lo sabe solo su familia. Deje la culpa. Ya lo hablamos.

—¿Está seguro que las partes oscuras no van a volver a rellenarse?

—He visto muchos afectados. Hay que seguir y no abrir de nuevo la puerta. Al fin, aceptar que uno es humano y que esto sucede. No se martirice con lo mismo. Pronto volverá con su familia y con su trabajo. Permita que ellos le ayuden y agradezca que el conector lo encontró justo a tiempo.

## AÑO 197 DD / JORNADA 300

### I

Ya repuesto de la afectación, con más kilos en mi cuerpo, deseaba salir de la Zona Médica. El conector Leroy me esperaba para llevarme hasta el módulo. Disponía de toda esa jornada para adaptarme a la vida cotidiana y, a la siguiente, comenzaría a trabajar para enseñarle a mi hijo el oficio, aunque sospechaba que él ya había aprendido lo necesario bajo la guía de otro chatarrero. Me perdí el momento que planeamos juntos. Solo esperaba que no me lo reprochase. A pesar de volver al módulo, debía concurrir cada jornada a la Zona Médica hasta que los médicos evaluaran que mi afectación había sido curada del todo.

Al ver a Leroy ingresar en la sala médica donde esperaba, mi seguridad se desvaneció. Dudaba de regresar al módulo, de enfrentarme a mi familia, de las miradas de los chatarreros. El conector evitó mirarme y yo huí también de su contacto.

En silencio, caminamos durante un tramo, hasta que le pregunté si era el momento de la jornada de trabajo y me dijo que no, que pronto sería la hora oscura. Al cruzar por el pasillo del comedor, observé algunos grupos que serían de ingeniería.

Cuando nos frenamos junto a mi módulo, me enderecé para aparentar confianza. No sabía qué tipo de recibimiento me esperaba, aunque imaginé diversas situaciones: Frances me pedía la absolución del matrimonio, Tomé solicitaba la expulsión del módulo, me daban la bienvenida con un abrazo. De todas maneras, si sobrevivieron era muestra de que yo no era necesario.

Luego de que el conector Leroy golpeará con los tres golpes que anuncia la presencia de un conector, Tomé abrió la puerta y me miró sin hablar. Atrás, apareció la figura de Frances y, más atrás, Hana. Por sus rostros, parecían contentos de verme, pero quizás tomaban distancia por mi afectación. El conector me empujó por la espalda y entramos. Él observó a su alrededor hasta dar con la lámina que el Loco me había obsequiado.

—Será mejor que se deshaga de eso —dijo señalando al cuadro, pero con la mirada en Tomé.

—Es el afuera de antes. No está prohibido —dijo Tomé parándose frente al conector. Había crecido, pero aún no era tan alto como yo, aunque sí era más alto que Leroy.

—No está permitido y lo sabe. Se tiene que ir —insistió el conector ahora a Frances.

—¿Por qué? —dijo Tomé.

—Porque se sabe que esas cosas terminan afectándonos. Por eso no se permiten ni libros de antes ni nada que Colonia Bórax evalúe como negativo. Es lo mejor para todos —respondió mirándome para ejemplificar cómo terminan los afectados.

—Está bien. Lo reciclaremos —dijo Tomé.

—Volveré en una jornada y eso no puede seguir ahí colgado —dijo y se fue.

Tomé comenzó el gesto para acercarse, pero retrocedió cuando Frances me abrazó tan fuerte que temí que me cortase la respiración. Me invitó a sentarme junto a la mesa porque pronto cenaríamos. Por un instante, creí ser un extraño de otra colonia. Hana preparaba la mesa, en silencio.

—No puedo creerlo. Tanto tiempo sin saber nada. El conector Leroy dijo que desapareciste en un segundo cuando estabas por concurrir a una reunión —dijo Frances en un susurro como si nos pudieran escuchar.

—Solicité el trabajo en la chatarrera porque con el aporte solo de mamá... —dijo Tomé sentándose a mi izquierda.

—Estoy orgulloso, Tomé. Yo esperaba que fuera de otra manera, pero no pudo ser. No sé qué me sucedió. Hay cosas que aún están borrosas. —Frances me interrumpió.

—Dejemos eso. El médico vino hace unas jornadas y nos aconsejó que no hablemos del pasado. Ahora, a pensar en el futuro. ¿Sabías que tu hija se unirá en matrimonio?

—Sabía que habían aceptado, pero tan pronto...

—Papá, si voy a vivir en otra familia, cuanto antes mejor. Además, Tomé te está esperando por el tema de Jude —dijo Hana y apoyó un plato con bocaditos que, al observarlos, recordé los que me había ofrecido Octavio. Pronto supe que había sido un sueño.

—No quisiera que la familia se comprometa con otra persona. Me interesa Jude. En los últimos tiempos estuvimos hablando y creo que será una buena esposa. ¿Tú qué piensas, papá?

—Aún eres muy joven.

—Ya tengo catorce años.

—Aún hay tiempo. Vayamos con lentitud. Es mejor que estés bien seguro y que la conozcas un poco más. ¿Dónde solicitó Jude su trabajo?

—En la chatarrera. Queremos estar juntos.

—¿Pero a ella le gusta? Tomé, hará eso el resto de su vida.

—Bueno, dejemos eso para luego. Comamos y charlemos de otra cosa. Por ejemplo, cuéntale Tomé cómo estuvo la chatarrera —dijo Frances mirándome con una sonrisa que resultó ser una súplica.

## II

A mi pesar, asistí al comedor a la jornada siguiente. Debía enfrentarme al rostro de espanto de mis vecinos. Un afectado curado siempre era un afectado que podría decir y hacer idioteces en cualquier momento, como gritar que nos moriremos enterrados o correr desnudo por los pasillos. En cualquier segundo, alguien que en el comedor puede afectarse por completo, pedir un vaso de jugo y, al instante, reventar el vaso contra la cabeza de cualquiera que estuviera a su lado o morderle la cara o pegarse la cabeza contra la pared. Un grito fuera de lugar, una patada que hace volar una silla o permanecer días sin hablar, eran posibles signos de caer en el hoyo. Las señales podrían ser, incluso, imperceptibles: no poder dormir, tener miedo a la oscuridad y dejar una lámpara encendida de manera constante, escuchar pasos o susurros, sufrir de dolores de cabeza frecuentes, eran signos de estar por afectarse. Los Keefe, afectados, se dejaron morir. Estar afectado era peligroso para los demás por eso nadie quería a un afectado cerca. El miedo y la desesperación se contagiaban. Bastaba que alguien dijera que no había aire, que estaba seguro de que el paso estaba bloqueado, para que comenzáramos a sentir la asfixia. El padre de Nils, quizás, era el ejemplo de un afectado. Tal vez él no creyó producir la fuga de gas. Mientras estuve aislado en cuarentena, comencé a creer que yo era un afectado al que se le había desdibujado la barrera entre lo que era real y lo que era sueño.

Debía demostrar que era el Devin de siempre y comportarme con normalidad. No pude negarme a comer con todos, podrían creer que el encierro era signo de una nueva afectación.

Luego de la comida, Hana me cuidaría en mi módulo. Por un tiempo, no podía quedarme solo. Tampoco podía ejercer como representante. Si solicitaba mi reingreso, Fletcher dejaría de serlo y se abrirían las postulaciones entre las nuevas cabeza de generación.

Frances, Tomé y Hana me acompañaron al comedor, pero sin separarse de mí. Cuando entré, me miraron y me saludaron aún llamándome representante.

Me observaban cómo, de pie y en la fila, esperaba mi plato, cómo cogía el plato con la crema de catán, una porción de lo que llamábamos pan y unos bocadillos un poco desarmados. Luego, cogí el vaso con jugo que esta vez era amarillo y esperé a que mi familia hiciera lo mismo. Tomé nos guió hasta otra mesa, la mesa donde comían también los Bryon. Él se sentó junto a Jude. Del otro lado, comían los Dell. Durante mi ausencia, Tomé habría tomando la iniciativa, como nueva cabeza de familia, armó su lugar con las familias que se unirían a la nuestra. Traté de dominar el malestar y miré hacia Shiri que me saludó levantando la mano. Devolví el saludo, luego la imitaron Arden y Stella. Algunos me saludaron con la cabeza.

Comí con apetito mientras escuchaba cómo mis hijos hablaban de la ceremonia. El padre de Daniel Dell me observaba. Supongo que no querían verse obligados a preguntar por mi situación ya que era dar a entender que había estado afectado. Frances dialogó con la madre de Jude que era de limpieza. Entendí que Tomé, quizás, empujó a Jude a solicitar el oficio de chatarrera para que su esposa no fuera alguien de limpieza. Siempre se mantenía alejado de quienes trabajaban allí, como si el contacto con los excrementos y desperdicios pudieran pegársele.

Luego de comer, Frances me besó y me dijo que me vería luego. Tomé me palmeó la espalda. Mientras todos se dirigían a las zonas de trabajo o aprendizaje, Hana y yo nos regresamos al módulo.

Ya en el módulo, miré la lámina del Loco: me había olvidado de quitarla de la pared. La escondí debajo del colchón. Hana me miró moviendo la cabeza con desaprobación. Le dije que luego pensaría qué hacer. En el mercado un trueque justo equivaldría a muchas moléculas, pero nadie, salvo el Loco, cedería recursos por una lámina.

Después, me senté junto a mi mesa que ya era de Tomé. Él había colocado sus objetos, dibujos y varias piezas de lámparas que reparaba. Me puse con eso para no convertirme en un estorbo y una carga, como se quejaba el abuelo Ollie. Le dije a Hana: “No voy a retirarme nunca. Trabajaré hasta cuando me muera”. Ella intentó quitarme las piezas de una lámpara y me dijo que me acueste, que hablaba mucho de la muerte. Perder mi lugar como cabeza de generación y, quizás, ser pronto abuelo me acercaba a mi muerte. Me sentía joven. Mis años de cabeza de generación transcurrieron demasiado rápido. Aprendí a llenar planillas, a tratar temas complicados, a limar conflictos vecinales para evitar agresiones. No quería morir aún. ¿Ya no era la cabeza de la generación? ¿Ya no podía tomar decisiones? Mi tristeza me quitó las ganas

de reparar la lámpara, pero lo hice para no pensar. Hana seguía evitándome y se metió en el aseo para limpiar y acomodar con el mismo gesto de mi madre.



## AÑO 197 DD / JORNADA 302

### I

Me fue extraño dirigirme con Tomé a la chatarrera. Ya no volvería a estar solo en mi mesa de trabajo, la que no era mi mesa sino la de Tomé. En el comedor, otra vez se repitió el mismo momento que el de la jornada anterior: miradas de costado, saludos con la cabeza y sensación de ser el centro de atención. Tomé saludó a quien sería su suegro y me mostró en lo que estaba trabajando: una pieza simple de un antiguo motor con mucho óxido. Le indiqué la mejor manera de iniciar un desarmado. Ya sé, me respondió. Luego, al aconsejarle sobre la manera de quitar el óxido me respondió de nuevo que ya sabía. Nos miramos unos segundos. Él me dijo que ahora era la cabeza de la generación. Yo le dije que yo era chatarrero desde hacía muchos años y que sabía lo que estaba haciendo, en cambio, él improvisaba. Debieron de habernos escuchado discutir porque la chatarrera se tornó en silencio. Tuve miedo de que los demás creyeran que seguía afectado y volví a la pieza de motor. Trabajamos sin hablarnos. Alguien había cambiado a mi hijo, me decía. Ya no era ese niño quejoso. Ahora era un engreído que me desechaba como a un tarro de aseo pinchado.

Recién cuando estuvimos en el módulo decidí hablar con él. Nos sentamos en su cama luego de asearnos. Hana y Frances disimulaban no escuchar, sentadas apenas dos pasos más allá.

—Tomé, quiero que sepas que valoro lo que has hecho, pero no se aprende un oficio en dos meses.

—Lo aprendí. El señor Bryon me enseñó.

—¿Cómo es posible que no supieras quitar el óxido?

—Tengo otro método...

—¿Qué sucede? Sé sincero —le dije cortando lo que iba a decir para ir directo a la charla sin rodeos, ya que no tenía energías para discutir en vano.

—No sé qué preguntas —dijo levantándose y sentándose en la mesa de la chatarra.

—No terminé de hablar. No me des la espalda —grité y observé que Frances y Hana dejaron de trabajar en la ropa y me miraron.

—No me grites. Soy la cabeza de la generación —me dijo poniéndose de pie.

—Y yo soy tu padre. Eres la cabeza de generación aunque no deberías

serlo. Aún eres un crío de aprendizaje.

—Ya no soy de aprendizaje. Soy chatarrero. Y es tu culpa que lo sea —me respondió con un grito.

—Tú has elegido ser chatarrero. Podrías haber solicitado aprendizaje, como tu madre.

—No es eso. Yo no tuve más opción que hacerme cargo porque nos abandonaste.

—¿Los abandoné? No fue mi intención, estuve perdido.

—Tu padre estuvo afectado. No podemos hablar de ello, Tomé —dijo Frances desde la mesa.

—No es mi culpa. Se afecta justo cuando tenía que interceder en mi matrimonio con Jude. Se supone que yo debería enlazarme antes y no Hana.

—¿Yo qué tengo que ver? No me metan en sus asuntos.

—Es eso. Estás enojado porque no he hablado con Steph.

—El señor Bryon ha estado hablando con los Ward. Si no nos apuramos, Jude llenará otra planilla —dijo Tomé.

—Quiere decir, papá, que no se atrevió a hablar con Jude porque tiene miedo que lo rechace.

—¿Me llamas cobarde? Te recuerdo que yo soy quien manda —dijo saliendo del sector de la mesa para mirar a su hermana.

—Si es así, habla con Jude.

—Hay que respetar las normas. Los padres tienen que interceder —le replicó Tomé.

—Es cierto, lo haré mañana mismo —dije a Tomé y le hice un gesto para que sentara.

—¿Lo estás prometiendo? —me preguntó Tomé.

—Sí, adelante de tu madre y de tu hermana. Mañana mismo cumplo la promesa y te diré la respuesta.

—Quizás con tu afectación nos rechacen —dijo y no supe qué responderle.

## II

Como había prometido, me acerqué a Steph y le dije que solicitaba hablar con él en la Doscientos y que si estaba de acuerdo haría el pedido al conector Leroy. Me dijo que él también esperaba hablar conmigo.

Al salir de la chatarrera pudimos sentarnos en la Doscientos. En la otra

punta del módulo, un grupo de vecinos charlaban y se servían café e intercambiaban bocadillos.

—Espero que estés... —dijo Steph y se frenó.

—Gracias. Ya eso está superado. Quiero hablar sobre mi hijo.

—Sé lo que vas a decir. Jude me habló de él. Le tiene mucho cariño y se llevan bien.

—Mi hijo desea enlazarse en matrimonio con tu hija. No sé si has ofrecido la unión a otra familia.

—Aún no. Estamos pensando lo mejor para Jude. Tenemos cinco hijos, solo uno se quedará en nuestro módulo, pero con mi esposa queremos que todos tengan un matrimonio como el nuestro: largo y feliz. Jude estaría dispuesta a aceptar y, desde nuestro lado, dudamos si es lo mejor para ella.

—Lo entiendo, pero eso está en el pasado. Su hija no pasará malos días. Tenemos recursos para que puedan continuar —dije tratando de sonar convincente, pero era un discurso mecánico que ni yo creía.

—Tomé nos dijo que podría ir a ingeniería y es el problema. Si se mudasen a esa zona ya no veríamos a nuestra hija ni a nuestros nietos. Queremos que nuestros cuatro hijos se unan en matrimonio dentro de las zonas 1 y 2 así podríamos verlos en el comedor antes de la jornada laboral, nos ofreceríamos para ayudarlos en caso de ser necesario.

—Eso puede solucionarse si es un impedimento. Le diré a mi hijo cuáles son las condiciones. Luego él decidirá si acepta —dije acariciando la mesa y recordé cómo había visto en ella a Howie junto a otra mujer, y retiré la mano. Disimulé el asco y me limpié la palma en el pantalón.

—Esa es una buena solución. Hablaré con la familia y le daré la respuesta mañana en la chatarrera.

Cuando llegué al módulo, Tomé estaba de pie. Según Hana, él había caminado sin parar de una punta a la otra. Le informé de la charla con Steph y de que debía resignar un traslado. No le gustó la idea.

—Siempre creí que volvería a ingeniería. ¿Qué sentido tiene negarse a tener un mejor módulo? —dijo Tomé apoyado contra la pared.

—Si te escuchara mi madre estaría contenta.

—No entiendo.

—No desean perder de vista a su hija. Es lógico.

—Pero estaríamos mejor.

—Tienes que decidir.

—Jude no puede hacerme esto. Ya hablamos del asunto y ella quiere conocer ingeniería.

—Una cosa es conocer y otra es perder a su familia.

—Es lo mismo que conmigo —dijo Hana—, no quieren perderme.

—No te metas.

—Menos mal que pronto seré la esposa de una cabeza de generación diferente y tendré voz —dijo estrellando contra el estante dos platos de metal.

—Tendré que pensarlo —dijo Tomé y se sentó en su cama con la mirada perdida. Luego, se giró y repiqueteó contra la pared: “Hablar mañana”. Lo observé y comprendí que mi hijo tenía miedo, pero era demasiado orgulloso para decirlo. Le respondió el hijo de Shiri, que aún estaba en aprendizaje: “Comedor”.

## AÑO 197 DD / JORNADA 303

### I

En la jornada siguiente, observé a mi hijo sentarse en otra mesa, junto a los Chapman. Cabeza a cabeza, él y Tadeo hablaban enfatizando con ademanes. Quizás discutían sobre los matrimonios futuros. Al rato, se acercó Tomé con su plato y se sentó donde siempre. Él miró a Jude y ella le sonrió, pero bajó la cabeza al descubrir que los estaba mirando.

Al finalizar la comida, los grupos se dispersaron hacia los pasillos. Steph, en cambio, hablaba con su esposa. Más allá, estaban sus hijos que imitaban al padre y charlaban entre ellos. Jude parecía una joven dócil que había cedido varias veces a los caprichos de Tomé, y hasta lo admiraba. Jude regaló uno de sus bocadillos a Tomé quitándole la crema de catán que a él no le gustaba; luego, se levantó para llenarle el vaso con jugo. Tomé alargaba la mano y ella adivinaba qué debía colocar en ella. Quizás ella conseguiría un matrimonio feliz y largo como sus padres. Tal vez, su madre le indicó la manera de conseguir el afecto de un muchacho o Jude imitaba lo que veía a diario con su madre. Tomé descubriría recién a la verdadera Jude cuando al habitar juntos en el módulo. Y Jude también descubriría al verdadero Tomé.

En la chatarrera, me acerqué a Steph y le solicité tomarnos un descanso para dialogar. Llené dos vasos y nos sentamos mientras él se lavaba las manos y la cara en un recipiente. Le pregunté si tenía novedades y me dijo que habían hablado y Jude estaba conforme con el enlace. Esa misma jornada, luego de salir de la chatarrera, solicitaría las planillas de pedido matrimonial.

Cuando me acerqué a Tomé le dije que había cumplido mi promesa y que habían aceptado. Sólo respondió con un gesto frío y seco. No seguí hablando allí para que no nos escuchasen.

En el módulo, le pregunté a Tomé qué le sucedía.

—Quiero ir a ingeniería. No soy buen chatarrero. Me cuesta mover la chatarra, es muy pesada, me duelen las manos, mira —me dijo y me extendió las palmas para mostrarme sus durezas y callos.

—Son callos de chatarrero. Todos los tenemos.

—Yo no quiero desarmar, quiero armar. Quiero ser como el abuelo.

—El abuelo Ollie era chatarrero.

—Ollie no es mi abuelo, papá. Ron es mi abuelo y él era ingeniero.

—Tienes razón. Siempre lo olvido. ¿Qué harás? Ya hablé con los Bryon, ahora no podemos echarnos atrás.

—Llenaré la planilla, pero no pondré lo del traslado.

—Eso no está bien.

—Le daré la planilla a Jude para que la mire su familia. Si aceptan mi propuesta, bien.

—¿Si no aceptan?

—Jude rogará de que así sea.

—¿Y si no aceptan?

—Se busca otra esposa y listo —dijo Hana desde el aseo.

—Por favor, Hana, esto es importante para mí.

—Te pasa que ahora no estás seguro.

—Tendrás que pensar que quizás los Bryon no acepten. Si es así, es mejor que evalúes otras posibilidades, como dice tu hermana.

—Entonces no me importará. Si no es Jude, me da lo mismo. Pediré una esposa de otra colonia así no tengo que aguantar una familia molesta de la misma zona.

—Como mamá —dijo Hana.

—No quise decir eso —se disculpó Tomé caminando hacia Frances que separaba unos objetos para el próximo trueque, la abrazó por la espalda y apoyó su pera en la cabeza de su madre ya que era mucho más alto que ella.

—Está bien. Tomate tu tiempo para pensarlo —dijo Frances.

—No sé qué hacer. Lo que decida será para siempre. No estoy seguro.

—Entonces tiene razón tu madre, no te apresures —dije quitándome la ropa sucia y quedándome en ropa interior esperando mi turno para el aseo.

—Si espero mucho, otro pedirá a Jude y la perderé.

—Entonces acepta a Jude. Ya verás si algún día te aceptan el pedido de traslado. Quizás nunca lo acepten.

—¡Papá! —dijo soltándose de su madre para mirarme.

—Es cierto. No siempre aceptan.

—Somos los Green. Tienen que aceptar.

—No necesariamente. Decides por cosas que no sabes si sucederán. Qué sucede si por desear el traslado a ingeniería llega de otra colonia una mujer que detestas. Tendrás que vivir siempre con ella, verle a diario la cara, no podrás escapar de su presencia. Ingeniería no va a compensar eso, Tomé.

—Jude quizás tampoco compense mi trabajo en la chatarrera.

—Es tu decisión. Ahora eres la cabeza de los Green.

—No quiero ser la cabeza.

—Dámela y diremos que naciste hace diez años atrás y no catorce. Así tendrás cuatro años de nuevo.

—¡Papá! ¿Es una broma? —me dijo Tomé mirándome serio y con la boca un poco abierta y mostrando sus dientes grandes.

—Es la manera en que papá bromea. En lugar de reír te dan ganas de llorar —dijo Hana aún desde el aseo.

—Vamos, Hana, necesito el aseo.

—Se está poniendo bonita para el bruto del Dell.

—No es bruto, es callado —dijo y salió con el cabello cambiado. Se lo había cortado ella sola con un flequillo corto que le llegaba hasta la mitad de la cabeza y le dejaba las orejas afuera.

—¿Y eso? Parece que te pusiste una gorra —dijo Tomé riéndose de su hermana.

—Es original. Me gusta porque me marca mi cara alargada y se me ven mis ojos preciosos. A Dell le va a gustar. Quiero estar bonita para el enlace.

—Estás preciosa, Hana —dijo Frances y se acercó para acomodarle el cabello.

¿Cómo es posible ser feliz y creer que algo hermoso podría brotar de unas paredes metálicas?, pensé.

## AÑO 197 DD / JORNADA 305

### I

Los Bryon aceptaron las nuevas condiciones de Tomé. No había demasiadas opciones de matrimonio y evitaban que su hija termine con un traslado fuera del CN34. En la siguiente reunión de representantes, se evaluaría el asunto.

Tomé comenzó a hacer planes y nos solicitó cambiarse a nuestra cama grande porque quería dormir en ella junto a Jude. Le negamos la cama y solo se la cederíamos cuando llegase Jude. Hana se rió e hizo gestos obscenos. No podía aceptar que pronto mi hijo viviría con su esposa porque para mí aún era un niño.

No descansamos durante las jornadas siguientes: buscamos ropa en el mercado, preparamos la ceremonia de fin de aprendizaje. Frances debía ayudar a varios jóvenes con sus discursos, enseñarles cómo caminar, qué hacer y no hacer. Hana comenzó a organizar su matrimonio con entusiasmo, pero, a medida que avanzaba la organización, comentaba que extrañaría comer con nosotros antes de la hora oscura, su cama, que no sabía si el señor Dell roncaba, que le daría vergüenza usar un aseo rodeada de extraños. Frances le decía que era normal y que le llevaría un tiempo acomodarse, que estaríamos cerca y que era lo mejor para ella, formar su familia.

### II

El día de la ceremonia, quienes teníamos hijos que se convertían en adultos fuimos beneficiados con una licencia. En nuestro caso, Tomé participaría también de la ceremonia. Él planificó durante días su discurso, quejándose porque no era bueno para las palabras. Se sentía presionado porque ya era cabeza de generación y debía demostrar que lo estaba haciendo bien.

Por falta de tiempo, decidimos asearnos en el mismo momento: Tomé y yo en la mesa de la entrada, Frances y Hana en el aseo. Bromeé diciendo que parecíamos los Brock y esta vez Hana dijo que era un buen chiste. Al salir, Frances y Hana tomaron la delantera hasta el comedor, aún querían terminar de organizar ciertos detalles.

Usar el comedor fue complicado porque algunos se movían de un sitio a



otro, empujaban para hablar con otras familias. Algunos esperaban a la ceremonia de adultez para comenzar a tramitar el enlace matrimonial; era cuando socializaban y presentaban a sus hijos ataviados con la mejor ropa que habían podido conseguir en el mercado, quizás, ahorrando moléculas de luz y agua durante meses. Valía la pena si era, sobre todo, por la cabeza de la generación o si deseaban unirse en matrimonio con una familia considerada como mejor opción. Cada zona tenía apellidos que resonaban de otra manera. Los Green éramos uno de ellos tan solo porque nuestra familia aportó varios representantes y porque vivimos en ingeniería. Así como algunos eran vistos con mejores ojos, otros eran rechazados, como el caso de los Brock y los ya desaparecidos Keefe.

Cuando el timbre vibró filtrándose por los pasillos, nos dirigimos a aprendizaje. Tomé me palmeó la espalda varias veces. Era nuestro saludo. Yo hice lo mismo dándole ánimos. Movía la boca repasando el discurso que debía decir de memoria, pero cada tanto hacía un gesto tirando la cabeza hacia atrás al olvidarse alguna palabra.

En la Zona de Aprendizaje recordé a mi madre. La había comenzado a extrañar de una manera distinta. Ya no la recordaba presionándome a ser lo que ella deseaba, sino como la mujer que ayudó a crecer a varios niños, quien soportó que mi padre estuviera con un hombre a sus espaldas, la mujer que me cuidó durante mi niñez y quería lo mejor para mí.

El módulo principal de aprendizaje había sido reacomodado. En el fondo, se colocaron sillas en fila para las familias. Los participantes de la ceremonia se dirigieron a nuestra izquierda. De frente, los trabajadores de aprendizaje ordenaban el desarrollo de la ceremonia. En unas mesas se exhibían los regalos enviados desde Colonia Bórax para los jóvenes. En cada ceremonia, el instante más emotivo era abrir las cajas metálicas.

Ya sentados, esperamos el ingreso de los conectores que charlaban en la puerta de entrada. Frances se acercó para hablar con ellos. A instante, los conectores entraron. Aplaudimos como si ellos fuesen los celebrados. A continuación, una de las educadoras anunció el inicio de la ceremonia. Observé el rostro sonriente de Hana; ella se acomodaba el cabello, quizás arrepentida de cortárselo tan corto. Luego, miré a Tomé que sobresalía por su altura; serio, no dejaba de observar a los conectores. Una trabajadora de aprendizaje habló: “Este año, estos niños se convertirán en adultos ni bien

traspasen esa puerta. Este espacio se cerrará para ellos, pero se abrirán otros. Algunos se unirán a ingeniería; otros, a los cocineros, a cada uno de los oficios que hacen que esta colonia siga viva. Estos niños serán madres y padres de las nuevas cabezas de la siguiente generación. Queremos decirles que estamos felices que hayan llegado hasta este momento y que sean quienes continúen”.

Mientras escuchaba el discurso copiado de tantos otros, observé las láminas de la pared con el sello de Colonia Bórax. Eran de unas cápsulas que vomitaban fuego. Tenían patas como las mesas y una especie de cabeza brillante. Se leía: “Dispositivos Inferno”. ¿Dónde había sucedido eso? ¿Arriba de nuestras cabezas? Comprendí el terror de mi hijo cuando dibujaba gente derretida. Esas láminas eran nuevas. La imagen del afuera reapareció como ese sueño que a veces palpitaba con todo el sostén de una realidad completa.

Hacía años que no estaba dentro de ese módulo de aprendizaje. En un costado, colgaban dibujos de los niños de aprendizaje que serían del curso superior: “Mamá con su lámpara”, “Los muertos de la Última Guerra”, “La despedida de la abuela”, “Mi cama en el módulo”. ¿Dónde estaba la esperanza que proclamaban en los discursos? Recordaba que antes evitaban hablar demasiado de la muerte, pero ahora yo no era el único afectado. Ni uno de los dibujos hablaba de la vida de antes o de la que recuperaríamos al ascender. Hablaba de nuestra vida miserable y de nuestro miedo, de lo perdido; el miedo arrastrado hasta la oquedad que habitábamos. ¿Y si habitaba dentro de un sueño y el azul inmenso del arriba era lo único real? Pensar en todo eso era lo que me convertía de nuevo en un afectado. Traté de seguir el hilo de la ceremonia.

Sabía que no sería Leroy quien guiase el discurso de los conectores. Howie se acercó al centro del módulo desalojando a los educadores para capturar el espacio. Su discurso fue lo mismo de siempre: supervivencia, orgullo, generación. Estaba tan harto de escuchar esas palabras. Pero ¿qué más podíamos decir?

Se renovaron los aplausos tras lo cual cada joven expondría en un discurso breve sobre lo que deseaba aportar a la humanidad. Siempre también era lo mismo: hijos, amor, una gran familia, el esfuerzo de mi trabajo, alegría y paz. Volví a concentrarme solo cuando fue el turno de Hana. Ella repitió de memoria y con la vista en Daniel Dell que también estaba en el grupo de futuros adultos. Dijo lo que la mayoría de las mujeres: ser la luz de la nueva familia y llevar amor al nuevo hogar. De inmediato, fue el momento de Tomé.

Frances me hizo un gesto con la cabeza desde donde estaba. Se veía tenso, tan erguido, con los brazos al costado del cuerpo: “Voy a cambiar el discurso porque me olvidé lo que iba a decir”, dijo y el módulo se estremeció con las risas. Sabía que no era un chiste para aflojar la tensión: se había olvidado y estaba sufriendo. “Todos queremos lo mismo cuando terminamos el aprendizaje. Queremos ser los privilegiados para subir”, dijo y los conectores me miraron. “Es mi deseo que podamos salir pronto y no tengamos que pasar por lo que pasamos cuando fuimos encerrados y escuchamos cómo morían nuestros vecinos a través de las paredes, sin poder hacer nada”. Ya no me importaba que me mirasen, solo lo miraba a él, a quien era capaz de decir lo que sentía adelante de tantos. Se calló detenido, quizás, en algún pensamiento triste. Luego, continuó: “Me uní a los chatarreros como mi padre y mi abuelo porque quiero aportar mejores lámparas, mejores recicladores de comida para que esta vida sea menos pesada. No deberíamos conformarnos con esto. No deberían existir las puertas ni separarnos en zonas”. Abrió la boca para decir algo, pero tiro la cabeza hacia atrás, con enojo, y agregó: “Es todo”. Volvió a su sitio. Los aplausos se detuvieron un momento en el aire. Mi hijo había dado un discurso que no era conveniente. Frances me miró desde un costado con cara de preocupación, pero disimuló con una sonrisa falsa.

La ceremonia concluía con la entrega del regalo de Colonia Bórax. En las tapas de las cajas inscribían, con el mismo gesto de rallar el metal como hacíamos en las paredes con nuestros muertos. El conector Leroy llamó a Hana que sonrió y revoleó los ojos. Abrió la caja y sacó un vaso de vidrio decorado que levantó para mostrarlo. Tomé permanecía serio. Algo le sucedía. Quizás continuaba preocupado por haberse olvidado del discurso o por la resignación a trabajar en ingeniería. Tomó la caja de manos del conector Leroy y la abrió. Miró hacia adentro. Todos alargamos el cuello como si pudiéramos ver. Tomé me miró, pero desde mi lugar no podía distinguir de qué se trataba. “Una lámpara portable de oled”, gritó el conector Leroy.

Cada familia se acercó al lugar donde aguardaban los recién convertidos en adultos. Me aproximé a Hana y la abracé; luego, a Tomé. Mis hijos ya no eran niños. Pensé en Sandor que sería un niño para siempre.

El conector Howie me felicitó, como lo hacía con todas las familias, y me dijo: “Tu hijo es todo un Green”. Entendí que aludía al discurso. Solo agradecí con cortesía.

Luego, continuamos la celebración en el comedor. Los conectores habían donado una comida especial. Hana usó su nuevo vaso y lo compartió con

Daniel Dell. Tomé se sentó a mi lado y Jude le preguntó si necesitaba algo, pero Tomé le dijo que no, aún conservando el mismo gesto adusto.

En tanto comíamos, intercambiamos noticias sobre quién se enlazaría con qué familia y cómo cambiarían las distribuciones en la zona. En otra mesa, comían los de ingeniería. Esta era una de las pocas ocasiones en que compartíamos el comedor con ellos, pero en realidad, no era más que una ilusión porque se sentaban lo más lejos posible. Los conectores comían en otra mesa y cada tanto se giraban para observarnos. Algo comentaban sobre nosotros ya que nos señalaban sin disimulo. Fue entretenido reconstruir sus conversaciones a partir de sus gestos: “Ese pronto terminará en el tanque”, “Estoy harto de decir lo mismo una y otra vez”, “Leroy ve y tráeme un poco más de agua”, “Quiero vivir en Bórax e irme de esta colonia apestosa”, “Devin Green está afectado como su padre”, “Mira qué buenas delanteras tiene esa”.

## AÑO 197 DD / JORNADA 322

### I

Recuerdo ese período de ceremonia en ceremonia. Imaginé, durante años, el momento del fin de aprendizaje de mis hijos, sus matrimonios. La afectación me había vaciado hasta llenarme con una rutina de jornadas del mismo color, una línea dibujaba en una cinta sin término. Cumplía mis roles, desarmaba los recuerdos que llegaban del mundo de las plantas y del arriba, no pisaba el mercado para no acercarme al Loco.

Pensé en posponer el matrimonio de Hana durante dos o tres años tan solo para no perderla. Yo la críe, la eduqué, la alimenté. No era justo que otros disfrutaran de la compañía de esa joven tan alegre y dinámica. No obstante mi desacuerdo, permanecí en silencio, fui un observador alejado de la sucesión de los acontecimientos.

Como siempre, la unión se celebraba en el mercado vacío que la familia del novio arreglaba. Acudirían para el evento solo las dos familias y una familia testigo escogida por la familia del novio. Dos conectores leerían los votos del enlace, se llenaría un papel para luego ser enviado a Colonia Bórax en el registro de la nueva unión y el cambio de integrantes en los módulos. Hana, borrada de los Green y del N2D, sería inscrita como Hana Dell en el N6D. La mujer, por lo general, desde la misma ceremonia, partía al módulo de su marido despidiéndose allí mismo de su familia. Quizás era una estrategia para evitar los sentimentalismos al despedirse en el módulo.

Mientras se sucedía la ceremonia, observé la puerta del Loco. La cortina se movió y el Loco sonrió con calidez. En su cuerpo tan delgado, sus ojos parecían dos manchones negros hundidos. Pronto, volvió a desaparecer detrás de la cortina. Me sentí miserable por haberlo abandonado en su vejez y quizás en su muerte, pero el Loco era sinónimo de afectación. Fuimos dos afectados compartiendo la misma desesperación por salir del hoyo. Él había perdido a su familia; yo aún conservaba la mía.

La imagen del rostro del Loco no me permitió ver a mi hija enlazándose. Fragmentos de mi conversación última con él, los planes para mi ascenso, silenciaban los votos matrimoniales y el discurso de los conectores.

Al fin, nos abrazamos los cuatro Green y despedimos a Hana. Un segundo después, solo éramos tres Green. Daniel se la llevó de la mano hacia el pasillo principal. Frances apoyó su cabeza en mi pecho para que no la vieran

llorar. Tomé metió las manos en los bolsillos y se miraba la punta de los zapatos nuevos.

## II

Un rato antes de la hora oscura, cenamos cabizbajos, en silencio. Cada tanto giraba la cabeza para observar la cama de Hana a la que habíamos quitado las mantas. Frances, cada tanto, ocultaba el rostro en la oscuridad de algún rincón. Tomé comió sin hablar. Había aceptado a Jude y pronto ella pasaría por lo mismo que Hana.

No sabía si Hana estaba bien. Deseaba salir hasta su nuevo módulo y preguntarle. Deberíamos confiar en los Dell y en Daniel que ahora era cabeza de la generación. Ellos no eran la mejor familia para enlazar a tu hija, pero era el deseo de Hana. Quizás los padres de Jude pensaron lo mismo de los Green, sobre todo luego de mi afectación. Al fin, me conformé pensando que algo podemos elegir, que aún disponíamos de ese mínimo espacio de decisión aunque, a veces, como dijera Tomé, hubiera querido no decidir y que sea ordenado por Colonia Bórax. Así me rogó que decidiera por él si unirse en matrimonio o no con Jude. Frances lo convenció de elegir a Jude y dejar de dar vueltas. Tomé, irritado y malhumorado por su indecisión, se desquitaba en la chatarrera golpeando las maquinarias. Había dejado en un rincón la caja que recibiera en la ceremonia de fin de aprendizaje. Ya no le importaban los rodillos gigantes ni las lámparas que dieran más luz a base de un metal que amplificara el brillo. Había pasado de ser un niño apático, con un breve tránsito de entusiasmo, a ser un adulto amargado e insufrible.

Cuando ya estábamos en la cama, me giré para abrazar a Frances. Cuando apoyó la cabeza en mi pecho y la rodeé con mis brazos, su cuerpo se ablandó y todo el llanto que había guardado salió con la misma fuerza de un escupitajo. Tomé se sentó en la cama y estiró la mano para acariciarle el brazo. Lo jalé hacia nosotros con fuerza. De la sorpresa, se cayó arriba nuestro. Dormimos los tres apretados y con riesgo de romper la cama.

Al despertarnos, Tomé nos dijo que había creído que subiríamos los Green todos juntos, que era triste saber que no era así, que no éramos nosotros. Extrañaba a Hana. Ella se llevó la alegría, las ocurrencias jocosas. Le conté

que también la extrañaba, que había confiado en el abuelo Ollie y que deseaba que él hiciera lo mismo conmigo. Entonces, él me confesó que pensaba en mudarse a ingeniería, que no le gustaba la chatarrera, que todo era hacer lo mismo una y otra vez, separar piezas, meterlas en contenedores y reparar objetos de nuestros vecinos. Intenté convencerlo que era mejor quedarse donde estaba pero, si yo tenía pocos años por delante, Tomé era quien debía decidir ya por los Green. Quedamos que él se esforzaría en demostrar sus aptitudes para luego solicitar un traslado. Quizás él estaba en lo cierto. Cada uno había tratado de seguir de distinta manera. En mi caso, me ayudó trabajar con el Loco y ser representante. No había sido justo con el Loco. Le debía una visita al menos para contarle sobre mi afectación.

## AÑO 197 DD / JORNADA 328

### I

Le había solicitado a Leroy, a la salida de la jornada laboral, que intercediera para un encuentro con el Loco. Giró la cabeza y me ignoró. Debía esperar hasta el Día del Trueque como había procedido años atrás.

Con una lámpara rota, me acerqué al puesto del Loco y golpeé sobre la chatarra que tenía en la mesa, afuera de la puerta. La cortina se corrió.

Entré despacio, pero me detuve ni bien di unos pasos. El Loco se dirigía hacia su cama. Se recostó sobre unos almohadones. Me hizo seña para que me sienta junto a él. Permanecemos un rato en silencio.

—¿Bien? —me preguntó.

—Estoy bien.

—Estoy ansioso porque me cuentes que ha sucedido, pero supongo que fue algo que te estremeció tanto que te has enfermado.

—Estuve en cuarentena.

—Susan me mantuvo al tanto. Steven también aunque tuve que apelar a nuestra amistad de tantos años para que largue la información. Devin, me verás que ya no estoy tan bien como antes. La espera me puso más débil. Tardaste demasiado y creí que te habías muerto dentro de algún tubo. Ya estaba negociando con Octavio la manera de averiguar dónde estabas para recuperar tu cuerpo. No es fácil esconder un cuerpo.

—Estoy vivo.

—Lo sé —dijo tapándose hasta la garganta con una manta que parecía muy suave—. Quizás te forcé demasiado, pero hubiera ido contigo de ser más joven. Además, no puedo salir de este módulo.

—¿Por qué?

—No puedo. Es un acuerdo.

—No confías en mí.

—Confío, pero ahora no es el momento de hablar de mí. Quisiera que me dijeras lo que has visto y espero que sean buenas noticias —dijo y me moví para sentarme más cómodo, con los codos apoyados sobre mis piernas. Me dolía muchísimo la espalda como si no soportase la presión de mi cuerpo que apretaba la cuerda nerviosa de mi columna. Al verlo allí, postrado, dudé de las palabras que comenzaban a llegar a mi memoria.



—Estuve afectado, Loco. No deberías escucharme.

—Deja eso para los médicos. Ya tengo edad suficiente para manejar estas situaciones. He pasado por cosas peores. Solo dime qué recuerdas, qué pasó. Lo demás, ya decidiré. No te preocupes por mí.

—Recuerdo la subida. Lo que me costó llegar. Recuerdo el olor a cañería, el viento cada vez más fresco. El corte en la pierna porque me caí desde un tubo vertical. Nunca pensé que sería tan difícil subir. Luego recuerdo abrir la compuerta y ver la muerte. Un agujero oscuro que nunca acaba. La oscuridad más completa que uno puede imaginar.

—¿Oscuridad? —dijo el Loco sentándose más derecho.

—Sí. Eso fue. Cuando me quedé sin aire me hundí de nuevo y allí me afecté

—Quizás no sea un estado de afectado.

—No me digas lo que fue, no eres médico. Ví cosas que no son reales. Ví catanes.

—Fue la fiebre. Tenías más de cuarenta cuando llegaste y estabas deshidratado. ¿Estás seguro que afuera era solo oscuridad?

—¿Me tomas por mentiroso? —dije poniéndome de pie.

—No. Devin, por favor, no te vayas aún. No quiero estar solo. Pero oscuridad. ¿Sería la hora oscura?

—No había nada, Loco. Olvídate del afuera. No había nada de nada.

—Está bien. Quisiera que me visitaras seguido.

—Leroy me ignora. No puedo salir del módulo como antes. No soy representante y no soy cabeza de generación. Ahora mi hijo es quien manda.

—Steven es un cobarde. Cuando te vio casi se cagó encima. Vino temblando y juntos elaboramos la mentira de que estabas caminando por los pasillos.

—Estuve por los pasillos. Caminé durante días.

—No fue así. Eso fue la fiebre, te hizo ver cosas que no eran. Y los médicos, además, suelen ser muy persuasivos si uno deja que te escarben la cabeza. Steven te encontró sobre su módulo. Fue quien te sacó del agujero de la cañería. Vino diciendo que estabas casi muerto y te llevó a la Zona Médica. Nosotros inventamos que estabas afectado. ¿Te acuerdas de nuestro trato por si algo salía mal? Te harías pasar por afectado.

—No sé qué pensar. Las cosas giran en mi cabeza. No sé qué es real y qué sueño.

—Quiero que me relates como fue paso a paso. No tienes que protegerme, Devin. No temas por mí. Te lo ruego, no soy un hombre de rogar. Regálame eso. Tu recuerdo del arriba. No puedo morirme sin verlo.

Me senté. Él era mi amigo. Le dije que arriba se podía respirar. Volví a contarle la subida, con más detalles. Las imágenes discurrían por mi mente, cada vez más nítidas, brillantes. Llegaban junto a los olores, los sonidos. Cuando le conté que había visto a Howie con una mujer, le causó gracia y nos reímos un buen rato. Quiso saber cómo gemía la mujer, lo que le hacía Howie.

Me interrumpí cuando golpearon la chatarra. El Loco se levantó y salió del módulo, al entrar de nuevo me dijo que era la hora de cierre del mercado y que debía irme. Intentaría buscarme luego con Leroy así podía terminar mi relato.

## II

Leroy apareció jornadas después por la chatarrera, con mala cara, para acompañarme al control en la Zona Médica. Luego de un examen rápido de rutina, me llevó a lo del Loco.

Durante el trayecto, me dijo que era la última vez que accedía, que ahora que yo era un afectado, lo presionaban más por controlarme y que sentía que todos lo miraban.

Cuando Leroy se marchó, me acerqué a la cama del Loco. Acostado, más pálido y triste, se hundía en la cama. Las arrugas de su rostro parecían las de una tela vieja. Una sombra negra se depositaba entre sus pliegues.

—Trae un poco de agua. Ahí en la mesa de allí hay unas moléculas —me dijo y serví dos vasos. Luego, me pidió que le hablara de Tomé.

—No sé qué decir de él. Siempre fue poco predecible. Cuando creí que era capaz de entusiasmarse por algo, cambia y ya no se entusiasma y pasa horas ensimismado. Cuando creí que estaba enamorado de Jude, dice que se ha arrepentido. Primero estaba orgulloso de ser la cabeza de la generación y ahora dice que compartiremos la cabeza y espera que decida por él.

—Es lógico. Es demasiado joven. Apenas catorce años y comprende que la vida se le acaba. Se casará, tendrá hijos y en catorce años más será desechado. Sin ofender.

—Yo siento lo mismo.

—Será por eso que estira su matrimonio. No es tonto el muchacho. Si tiene su primer hijo a los treinta, será desechado a los cuarenta y cuatro.

—Al final es más inteligente que yo.

—Déjalo si no quiere enlazarse con Jude.

—Es tarde. Ya aceptamos.

—¿Cómo no lo supe?

—Te vendo la información —dije y nos reímos durante un rato. Paramos de reírnos y comenzamos. Hacía tanto que no me reía que el calor de la risa me entibió el cuerpo. El Loco se agarraba la barriga y se hundía más en los almohadones.

—Devin, te he extrañado como si fueras un hijo. —Le sonreí. Yo también lo había extrañado. Cuando estaba con él ya no dudaba, comenzaba a sentir de nuevo curiosidad. En ese lugar recibía tanta energía que me duraba para varias jornadas.

—Tengo que decirte lo que he visto afuera. Será mi regalo por todo lo has hecho por mí —dije en tanto le apreté su mano frágil y él se enderezó para escucharme más de cerca.

—Esperé ansioso este momento desde hace tanto.

—Siento haberme callado luego de mi descenso. Tengo miedo de decirlo, de pensarlo por lo que sucederá luego. Creo que es el miedo. Es eso. Es miedo.

—Sentimos miedo porque nos aferramos a vivir. Lo malo es cuando no lo sentimos.

—Puede ser. —Tomé aire y continué con la vista hacia la pared concentrándome en lo que había visto—. Cuando abrí la compuerta, observé la luz de una lámpara, de mil lámparas juntas. Afuera había un círculo que no se dejaba ver de cerca, pero que era tan potente que su luz caía sobre todas las cosas. Era mejor que la lámina que me regalaste, más hermoso. El calor entibiaba mi piel como si bebiera de esa luz. Caminé sobre las plantas de las esferas, era un piso denso de un verde brillante. Me saqué la máscara. Respiré. No había señales de los Dispositivos Inferno ni de la guerra. Había plantas de las esferas crecidas en toda esa luz y tan altas que me pasaban muchas cabezas. Y el olor era tan blanco que uno podía bañarse en él. Un olor nuevo. Era todo nuevo. Miraba eso que nunca había visto. Los ojos me saltaban como si estuvieran siendo hervidos. No poseía las palabras para nombrar a cada cosa.

—Es habitable. Ese hombre tenía razón. Y sol... —dijo.

—¿Sol?

—Esa esfera de luz es el sol. Las plantas es el pasto. El olor sería la humedad.

—¿Cómo lo sabes?

—Compro información, ¿lo olvidas?

—Es cierto. Nunca me hablaste del sol. ¿Por qué no nos cuentan todas las cosas de antes en la Zona de Aprendizaje?

—No querían llenarte la cabeza con lo que no podrías conocer. Ahora es distinto: lo has visto.

—Pero hablamos del manto de agua, del techo azul, una de las primeras veces que estuve en tu módulo.

—Del mar, del cielo. ¿Aún tienes el cuadro?

—Sí, pero Leroy me hizo esconderlo.

—Eso está bien. Si alguien más lo viera tendrías problemas. A veces no hay manera de ocultar las cosas para que los demás estén seguros. ¿Dónde lo has puesto?

—Debajo de nuestra cama. No creo que alguien mire allí. ¿Crees que debo ocultar lo que he visto? Y si es cosa de mi mente afectada.

—Es real.

—Si algo así era el antes, ¿cómo nos hemos olvidado?

—Quizás olvidaron para no extrañar sabiendo que ellos no volverían a ver el arriba. Se seleccionó información para compartir en memorias y lo demás se eliminó. Si no conozco, no extraño. Si no sé, eso es invisible, es lo nunca visto, no lo deseo. Ahora tú lo has visto y nada acá abajo será igual.

—Pero si fuera mi afectación y yo lo dijera a los demás y ellos creen que es real. ¿Qué sucedería? Comenzarían a correr hacia los pasillos intercoloniales. ¿Luego?

—Escucha. Hay que pensar bien qué hacer. Si todos los supieran porque lo gritarías en la hora de la comida, en el comedor, te tomarían por afectado, te encerrarían y te matarían como a ese hombre. Si convences a unos pocos, podrías poner en peligro a esas familias. Hay que pensarlo bien. Devin, ojalá tuviera muchos años más para ayudarte, pero me temo que tendrás que aprender a ser como yo.

—¿Cómo tú?

—Tendrás que planear y comprar información. No tengo tiempo. Puedo morir en cualquier momento. Mi corazón ya no anda bien y lo siento golpear a destiempo. A veces, es un pum fuera de lugar y se acomoda; otras, parece que no se acomodará más. Promete que no te rendirás, que tocarás de nuevo la luz brillante de ese sol. Tiene que haber una manera. Siempre la hay. No nacimos para vivir en el subsuelo como termitas. Nacimos para el aire. Somos hijos de

la luz, Devin. ¿Entiendes? Hijos de la luz. Nacimos para brillar. Ahora lo sé. Es preferible morir arriba, mirando ese cielo celeste. Yo moriré aquí, bajo un techo gris de metal. Vale la pena vivir unos minutos tan solo para morir donde pertenecemos —me dijo y me apretó la mano. No supe qué responderle. ¿Yo sería el nuevo Loco? No era tan inteligente como él ni poseía su coraje.

### III

Me desperté durante la hora oscura. El pecho se sentía apretado, el aire cada vez estaba más sucio. Me senté en la oscuridad apoyado en la puerta de salida del módulo. Si el afuera era lo que creía haber visto y mi afectación solo un delirio de la fiebre, entonces, qué sentido tenía continuar aquí debajo. Mis hijos podrían estar afuera, tener otra vida. ¿Qué vida se puede tener en un mundo que no conocemos más que por unas palabras sueltas? Desconocía el nombre de esas plantas, el mechón oscuro que pasó flotando, el nombre de la luz del sol; tampoco sabíamos si todo lo que quedaba era eso. ¿Qué tan lejos estaban las ciudades destruidas desde donde provenía la chatarra para mantener a las colonias? ¿Por qué no se veían a lo lejos? ¿Qué tan lejos estaba Colonia Geo de la Colonia Neón? Me mareaba desconocer el sitio exacto de cada cosa, el nombre completo, las distancias. Era como si mi pensamiento estuviera encerrado aún en una lata y alguien me sacudía. Llegaba un sonido que era el sonido distorsionado en cada golpe. ¿Cuál era el sonido real?

Luego, sopesé la posibilidad de contar que arriba no había indicios de la guerra y se podía vivir. Yo no había muerto y eso era señal de ausencia de radiación y que el aire no era venenoso. ¿Cómo lo haría? Debía comenzar con mi familia. Tenía que hablar con Tomé y con Frances. Quizás, Tomé lo convirtiera en un nuevo desciframiento del rodillo de música, pero Frances era miedosa, era incapaz de oponerse a una regla. Ella hacía siempre lo que se debía. Cuando supiera que había estado dentro de un tubo de aire, se enojaría conmigo. Temía que no fuese capaz de callarse. ¿Cómo llegar a los demás sin hablar con Frances? No podía usar a mi hijo como escudo y que fuera él quien hablase con ella. Debía obligarla a que entienda que era lo mejor para todos. ¿Estaba también seguro de que eso era lo mejor? ¿Qué sucedería si no alcanzaba a hablar y el Loco también moría? ¿Y si me sucedía como al abuelo que quiso hablar antes de morir, pero se le habían apagado las palabras?



## AÑO 197 DD / JORNADA 332

### I

Leroy me buscó a la salida de la chatarrera. Estaba acompañado por otra persona. Creí que se trataba de uno de los exámenes habituales luego de la afectación. Cuando llegué a la Zona Médica, me obligaron a pasar a otro módulo. Observé al conector Tylor junto a alguien, quizás un médico nuevo. Me senté y supe que no era un examen de rutina.

—Señor Green. Tenemos unas preguntas sobre cuando estuvo afectado — dijo Tylor.

—Está bien —dije pensando en mi charla con el Loco y cómo habían ideado que Leroy dijera que me encontró por los pasillos en estado de afectación. La fiebre había ayudado a hacerlo más real.

—Dijo usted no acordarse de nada, salvo que fue hallado por el conector Leroy —preguntó Tylor, y miré a Leroy que estaba rígido y movía la boca en una mueca extraña como si la apretase tan fuerte para evitar que se le cayera la verdad.

—No recuerdo más que pasillos.

—¿Pasillos?

—El pasillo principal y algunos pasillos de la Zona 1.

—No es posible que nadie estuviera caminando por los pasillos sin ser visto.

—El conector Leroy me ha visto —dije señalando a Leroy.

—Sí, pero fue luego de varias jornadas.

—Tenemos acá la presentación de Leroy. Seré sincero. Esto no me cierra — dijo Tylor revolviendo unas hojas desparramadas sobre la mesa.

—Tengo retazos de estar caminando por pasillos y de estar metido dentro de algo.

—¿Metido?

—Como caído dentro de una lata.

—¿Y cuándo lo recordó?

—No lo sé. Vino de golpe. —Era más fácil mirar a Tylor que a Leroy. Me concentré sólo en él.

—Es normal la pérdida de orientación y de fragmentos completos que se eliden. Quizás pudo haber perdido la conciencia en algún rincón —dijo quien sería médico.

—No hay rincones en esta colonia. No hay lugares donde alguien pueda no ser visto —dijo Tylor.

—Cerremos esto ahora mismo. El señor Green estuvo afectado y delirando. Sufrió de un estrés por el encierro y quizás se enroscó en una caja del depósito. Apareció y aquí está —dijo el médico.

—Así es, cayó con fiebre y se afectó —agregó el conector Leroy.

—Eso ya lo sabemos. Ahora hay que llenar lo que falta y girarlo con urgencia a Colonia Bórax. ¿Dónde estuvo todo el tiempo? —dijo Tylor perdiendo la paciencia y sacudiendo las planillas.

—Inconsciente en algún rincón donde nadie lo ha visto —respondió Leroy con rapidez.

—Ahí es donde fallamos nosotros. ¿Cómo es posible, Leroy, que no supieras dónde estaba el trabajador de tu zona?

—¿Yo? —dijo Leroy mirando a Tylor que le preguntaba sin quitarle la vista.

—¿Acaso hay otro conector para esa zona?

—Cuando me di cuenta salí a buscarlo.

—Saliste a buscarlo, pero no informaste que estaba desaparecido como dice el protocolo. ¿Por qué?

—¿Porque sabía que me ibas romper las pelotas! —gritó Leroy dando un puñetazo en la mesa a lo cual Tylor se sorprendió tanto que se calló. Leroy también estaba sorprendido de su osadía y creo haber leído en su expresión el temor a que lo acusasen de afectado. Leroy miró al médico y trató de relajar su rostro.

—Tomemos la declaración del señor Green. Que sea Bórax la que juzgue si la información es insuficiente y lo demás será discutido entre conectores y no delante de un trabajador —dijo al fin el médico, llenó la planilla y me hizo firmar que había caído inconsciente y que cuando recuperé la conciencia no recordaba más que había deambulado por los pasillos sin recordar dónde estaba mi módulo. Firmé y me dijeron que esperase afuera. Escuché como discutían. Ahora Tylor gritaba. Cuando Leroy salió de la sala, transpiraba y las venas infladas de su rostro quemaban su piel hasta tornarla rojiza. Sus ojos parecían acuosos. En silencio, dejé que me guiara hasta el módulo.

## II

Tardé varias jornadas hasta que me atreví a hablar con mi familia. Había



elegido hacerlo luego del aseo, al término de la jornada laboral. Tomé me interrumpía a cada rato para conocer el tema. ¿Cómo resumirlo en dos palabras? Le dije que esperase. Lo escuchaba dar vueltas, mover cosas. Luego del sonido de arrastre de las sillas, Frances le contó que aprendizaje contaba con nuevos alumnos y que esa jornada hablaron de la división del planeta en regiones en el final de la Última Guerra.

Cuando salí del aseo, me esperaban ya en la mesa. Me senté dejando caer el cuerpo y sentí las patas de la silla sacudirse. Aún podía inventar algo: reacomodar el módulo, cambio en el turno del uso de la Doscientos, la decisión de Tomé respecto a Jude. Una vez que les dijera la verdad, el tiempo se quebraría en dos, sin punto de retorno. En unos instantes sabrían de las mentiras. ¿Volverían a confiar en mi palabra?

—Quiero hablar sobre el tiempo que estuve perdido.

—Es mejor no hablar de eso. Nos dijeron antes que volvieras de cuarentena que mejor no forzarte —dijo Frances.

—Es de cuando salí del módulo hacia la reunión.

—¿Qué pasó? —preguntó Tomé y movió la lámpara para que me alumbrase el rostro.

—No fui a una reunión, pero no podía hablar hasta estar seguro para no arriesgarlos. Era un tema que debía saber. No solo para mí. Pero al final todo se complicó.

—¿Qué era? —volvió a preguntar Tomé apoyando los codos sobre la mesa.

—Quieres decir que nos mentiste —dijo Frances.

—Necesitaba saberlo antes. No quería contarles algo que no sabía si era cierto.

—¿Decir el qué? ¡Papá!

—Estoy seguro que no fue un sueño de afectado, aunque hay partes que podrían serlo. Sigo confuso. Pero es real el corte en mi pierna y recuerdo el momento que sucedió. La confusión fue culpa de la fiebre. No estaba confuso hasta la infección. Todo lo anterior es real. Luego, no lo sé —dije y me detuve ante el brillo de la lámpara.

—No entiendo, Devin, ni una palabra. Es normal en una afectación —dijo Frances con el mismo tono con que hablaba a los niños de aprendizaje.

—Yo tampoco entiendo, papá.

—Logré llegar a la compuerta del arriba —dije y Tomé se paró disparado por un resorte. Frances, en cambio, se tiró hacia atrás.

—¿La compuerta del afuera? ¿La del descenso? —dijo Tomé

—La misma.

—¿La viste? —me preguntó Tomé.

—Sí.

—¿Escuchaste a los dispositivos explotar? ¿Estaban todos los muertos? ¿El abuelo? ¿Todos?

—No había ni muertos ni explosiones.

—¡Basta! Devin, estás afectado. Los médicos nos dijeron que era posible que dijeras cosas que no eran reales como que te comían los catanes.

—Estuve afuera.

—¿Afuera? —dijo Tomé y su rostro, con los ojos enormes, se congeló.

—Sí, afuera. Arriba.

—¿Había catanes afuera? ¿Esos eran peligrosos? —dijo Tomé.

—No. Arriba era como en la lámina del Loco.

Busqué el cuadro y lo acerqué a la mesa. Frances y Tomé lo volvieron a mirar y en tanto les contaba del afuera. Tomé se apretaba la cabeza con las manos como si temiese que esa información se la reventara. Frances meneaba la cabeza y me miraba con enojo, quizás, su pensamiento solo se concentraba en que le había mentado.

—Devin, eso lo ha inventado tu mente por tener el cuadro en casa. Por algo está prohibido. Nos llena la cabeza con todas estas cosas del antes, un mundo que ya no existe y no dejamos ir. El trauma pasa de generación en generación, ese sentimiento horrible por haber perdido la vida allí arriba. Lo mejor es aceptar esto que tenemos y no mirar lo que perdimos. ¿Ves? Lo que cuentas es igual al cuadro solo que abajo, acá, en lo amarillo, está lo verde. Tu pensamiento unió el cuadro del Loco con las plantas esas que encontraste. Armó todo y te devolvió lo que quieres ver. Pero es imposible, Devin.

—Esto es real.

—Esto es un cuadro. Un dibujo, Devin. —Observé el rostro de Tomé pasar de la alegría a la tristeza.

—Mamá tiene razón, papá. Estás afectado por el cuadro y crees que es real. Lo has mirado tantas veces, tanto tiempo con la vista ahí que se te grabó en la mente. No es real. Así es estar afectado.

—Por las estupideces que te dice ese hombre, el Loco. Nunca debiste visitarlo.

—De él obtuvimos muchos beneficios. Sandor recibió tratamientos gracias a la ayuda del Loco. No pueden ser tan desagradecidos.

—Esto es cosa de él, ¿no? —me preguntó Frances.

—¿Qué cosa?

—Esto que dices de la compuerta del arriba. ¿Fue idea de él?

Dudé por unos momentos si decirles la verdad. No había pensando en que el Loco también sería motivo de discusión, de todos los años que mantuvimos nuestra amistad, a escondidas. Me pesaban ya tantos secretos y dije:

—Y de Nils Pelleesen.

—¿Pelleesen! ¿Cómo pudiste confiar en él luego de lo que la familia nos hizo pasar?

—¿Qué pasó? ¿Es por los dientes que papá le voló? —preguntó Tomé.

—Sí —dije—, pero no es cómo crees, Frances. Hay muchos más. Esto ha sido planeado por gente de Colonia Bórax, incluso.

—No quiero escuchar esto. No quiero que tu hijo escuche esto. Vas a matarnos a todos. Vas a hacer que nos encierren. Si sigues hablando voy a pedir mi traslado con Hana.

—Eso no es posible, mamá.

—Lo es. Soy la madre de los dos.

—Eres una Green. No te dejarán allá con ellos, no hay espacio por el módulo superpoblado —le dije.

—Entonces, se callan. No quiero escucharlos más.

—No puedo callar algo así. No me pertenece. No te pertenece, Frances. Es la verdad de todos. Es algo mucho más grande que mi vida y que la tuya.

—¿Qué la vida de tu hijo?

—Tenemos que pensar qué haremos para que todos sepan la verdad y nadie salga herido.

—Debe ser producto de la afectación. Es imposible, Devin. Tardaron mucho en crear las colonias y en trasladar a la gente. No pretenderás que en una jornada esto quede atrás.

—Lo sé, por eso tenemos que pensar qué hacer. Quería que lo supieran por si me pasa algo.

—¿Qué te pasaría? ¿Estás enfermo? —dijo Tomé.

—Estoy bien, solo es que nadie sabe cuándo se muere. Si me muriese me llevaría la verdad de que afuera se puede vivir.

—Quiero ir allí, papá. ¿Podrías llevarme?

—No lo sé.

—Mira, mamá, si voy y veo lo mismo que papá, entonces es verdad. No está afectado.

—Nadie va a ningún lugar —dijo Frances y se levantó aunque permaneció

de pie junto a la puerta del aseo.

—¿Por qué no nos dicen la verdad? —me dijo Tomé dejando de mirar a su madre.

—No lo sé. Por ahora iremos con lentitud.

—Yo también quiero participar, papá.

—Ves lo que has logrado. Ves lo que siempre logras. Fue igual hace años con tu madre reventando tu tanque de cría. Ahora has afectado a tu hijo —dijo Frances.

—Soy la cabeza de la generación y he decidido que los Green participarán —dijo y Frances se ocultó en el aseo mientras Tomé y yo nos mirábamos buscando apoyo uno en el otro.

### III

Al día siguiente, mientras trabajaba en la chatarrera, el conector Leroy pasó de nuevo acompañado por personal médico. Miré a Tomé que dejó la pinza sobre la mesa. Le dije que pase lo que pase, si no volvía, que visitara al Loco y que solo confíe en él y en Leroy. Lo abracé en tanto los otros chatarreros me miraban, a pesar de que el médico ordenó que siguieran trabajando.

Cuando llegué a la Zona Médica, me recostaron en una camilla, me revisaron el cuerpo de la misma manera que siempre: comenzaban por los ojos y terminaban con golpes en mis rodillas para medir mis reflejos. Luego, seguían las preguntas: cómo me sentía, si había visto cosas raras de nuevo. “Me siento bien”. “No he visto nada raro”.

Escuché la voz de Tomé desde afuera del módulo médico. Hablaba fuerte y discutía con alguien.

—¿Qué pasa con mi hijo? —dije intentando levantarme mientras el médico me empujaba para que permaneciera recostado.

—Acuéstese.

—¿Qué pasa con mi hijo?

—Por favor, señor Green, acuéstese.

—Quiero ver a mi hijo. ¿Por qué está aquí?

—Si no se tranquiliza, pensaremos que está de nuevo afectado. —Bastaron esas palabras para acordarme de lo que el Loco me había aconsejado, pero también era posible mostrarse no afectado.

—Lo siento. Temí que mi hijo haya tenido un accidente como mi amigo Ivo que murió en la chatarrera —dije apoyando la cabeza en la almohada.

—No sabía lo del accidente. Soy nuevo por aquí.

—¿Mi hijo está bien?

—Sí, solo vino a responder unas preguntas sobre cómo estuvo usted estos días.

—¿Mi esposa no viene?

—Su esposa pasó hoy temprano. Está preocupada por usted.

Sospeché qué había pasado. Ahora tendría que confiar en que Tomé no coincidiera con su madre. No los culpaba por haber perdido la confianza en mí por todas las decisiones tomadas y las veces que me había callado.

Pasé toda la jornada en la Zona Médica para ser revisado, responder una y otra vez las mismas preguntas para distintas caras. Al otro día, me dejaron ir al comedor para incorporarme a mi jornada laboral. Permanecí en la puerta hasta ver a Tomé que aguardaba en la cola para recibir la comida. Al verme, se acercó. Frances, ya en la mesa, me miró sin levantarse. Tomé me dijo que hablaríamos en la chatarrera. Me pareció que había crecido de golpe, que ahora él era mi padre.

Ya en la chatarrera, en tanto limpiábamos nuestra mesa, me contó que informó a los médicos que no me notaba afectado. Además, había discutido con Frances por el asunto. Como Tomé era la cabeza de la familia, quedé bajo su responsabilidad. Me dijo que creía en mí y que juntos resolveríamos el problema.

Cada jornada, repasaba los mismos sucesos, desde que entraba al tubo de ventilación hasta que me despertaba en cuarentena. Agregaba nuevos detalles como la bolsa con bocadillos y el recipiente con sustrato que dejé en el tubo antes de que Leroy me bajara.

A la salida de la zona laboral, le pedí a Tomé que le dijera a Frances que concurriría a una cita médica. Golpeé la puerta de módulo de Leroy. Ni bien abrió intentó cerrar la puerta, pero la empujé hasta entrar. Él estaba solo. Otra vez no había pensando antes de actuar en todas las alternativas. Si hubiera estado Tylor hubiera tenido que inventar una urgencia para que no sospechara de mis tratos con Leroy.

—¡Sal ya mismo!

—Espera, Leroy, necesito algo. Quiero saber si fue todo real o no.

—¿De qué estás hablando?

—De mi ascensión.

—Ese tema siempre me pareció mal. Tuve un enfrentamiento con Tylor por

tu culpa.

—Necesito quitar la rejilla de la cañería de ventilación.

—No te lo voy a permitir. Nunca debí escuchar al Loco. Está bien que lo proteja porque es mi amigo, pero le fallé, debí detenerlo en todas esas estupideces. Otro afectado que me comió la cabeza durante años.

—Voy a subir. —Pasé por al costado de Leroy y me subí sobre la mesa para alcanzar la rejilla.

—Mira, baja. Es cierto. Yo te bajé del caño.

—Tengo algo ahí que es mío. Lo quiero recuperar.

—¿No irás de nuevo hasta la compuerta? Si no te bajas, salgo y llamo a la guardia médica y terminarás en la intercolonial.

—No iré a la compuerta. Dejé una bolsa aquí nomás.

—No tengo nada que ver.

Observé cómo Leroy levantaba las manos en tanto retrocedía. Se apoyó en la puerta y me miró cómo aflojaba la rejilla, liberándola de los precintos. Metí la mano en el hueco y hallé la bolsa. La dejé sobre la mesa. Volví a colocar la rejilla.

—Aprieta bien eso, qué no se me caiga en la cabeza —dijo Leroy.

—Está bien cerrada. Soy chatarrero.

—Sí, sí. Cierto que ahora también abres compuertas.

Enseguida, Leroy me acompañó hasta mi módulo. Cuando entré, Frances yacía sobre la cama. Tomé, en un susurro, dijo que había peleado con ella y la mandó a acostarse. Lo miré incrédulo. Ahora mi hijo enviaba a su madre a la cama. Estaba muy nerviosa, me respondió y señaló la botella de jarabe D junto a un vaso vacío sobre la mesa. Me acerqué a Frances. Le acaricié el cabello y comprobé que dormía con placidez.

Abrí la bolsa y busqué el tarro de los bocadillos. Me senté y Tomé quitó la bolsa de la mesa para dejarla en el suelo. Cuando abrí el tarro, toqué ese cúmulo oscuro que se rompió entre mis dedos. Tomé estiró la mano para que le pasara el tarro. Me imitó y puso el sustrato en la mano y lo apretó hasta desarmarlo. Luego, arrimó el tarro a su rostro para mirar de cerca.

Me levanté y me metí debajo de mi cama. No quería que Frances se despertase. Tomé se agachó a mi lado. Le susurré que ahora ese escondrijo era de él, que antes había sido del abuelo. Le enseñé cómo abrir con una varilla en punta la lámina del suelo. Saqué los papeles aún sin usar que me diera el abuelo, la lata con las semillas de las esferas, el dibujo viejo de un plano de lo que sabía por entonces de este conjunto, una ruedita que giraba aventada

con una varilla con la que jugaba de niño.

En la mesa, otra vez, le pasé la lata de las semillas. Le conté cómo las había encontrado, los tratos con el Loco. Papá, me dijo, eres increíble. Sus ojos habían cambiado: ahora estaban vivos, me pareció ver al joven entusiasmado con el rodillo de música.

A la jornada siguiente, desperté a Frances para que se aseara. Había tomado jarabe D de más y le costaba mantener los ojos abiertos. Tomé me miraba, cada tanto, y me sonreía. Luego, guardó la lámina del afuera debajo de su colchón. Me palmeó la espalda, al pasar. Me acomodó el cuello del suéter. Casi era tan alto como yo. ¿Qué habría sido de él si yo era el marido que Frances deseaba? ¿Él me habría palmeado la espalda? ¿Habría aceptado a Jude con rapidez? ¿Qué parte de las dudas de mi hijo eran mis dudas?

Frances me interrumpió al salir del aseo. Nos dijo que pensáramos lo que íbamos a hacer, ya que si no nos habían comunicado aún que el arriba era habitable, quizás en ese momento planeaban la ascensión de manera organizada y que confiáramos en la protección como en la Última Guerra. No respondí y solo meneé la cabeza para indicarle que la había escuchado. Tomé me imitó.

## AÑO 197 DD / JORNADA 338

### I

Durante la jornada laboral, el conector Leroy entró casi corriendo en la chatarrera. Si me llamaban de nuevo quizás era porque habían descubierto mis planes con el Loco y me enviaban a la intercolonial. Si era así, ¿qué haría Tomé con la verdad? ¿No había puesto en manos de Tomé una situación que él no había elegido? Le repetí a Tomé que tuviera cuidado, que acudiera al Loco, que cuidara de Frances, por si no volvía.

Seguí a Leroy quien caminaba con rapidez. Cuando le pregunté qué pasaba me dijo que espero que no nos crucemos con Tylor ni con Howie. Al llegar al mercado, supe que nos dirigíamos del Loco. En la puerta, Leroy me empujó hacia el interior y me dijo que él pasaría varias veces, que el Loco no estaba bien y no quería ver a un médico.

Ya adentro, observé que el módulo estaba apenas iluminado por una lámpara que provenía de la mesa pegada a la cama. Allí, con la boca entreabierta y mirando hacia el techo, el Loco respiraba con dificultad. Sus pulmones emitían un ruido como si estuvieran tapados. Me senté en la cama y le toqué el hombro. Abrió los ojos e intentó sonreír esbozando una mueca ladeada. Respiró dos o tres veces hondo y habló:

—Devin, pronto ya no estaré. Acordé con Steven. No tengo tiempo. Aún hay tantas cosas que quería contarte, pero las sabrás, estoy seguro. Será cuando salgas. Sabes, estoy tranquilo. No podía morirme sin que supieras cómo es arriba.

—Lo sé. Trata de dormir —dije y él tosió luego de intentar reírse y volvió a respirar emitiendo unos ronquidos.

—Tendré mucho tiempo de dormir. ¿Qué harás con nuestro secreto?

—Hablé con Tomé. Veremos la manera de que todos se enteren.

—No podrás. Tendrás que ser silencioso. Si todos se enteran, será una masacre. Créeme, Devin. Cerrarán las compuertas y matarán a todos obturando el aire. Prométeme que tendrás cuidado. Lamento tanto morirme. Hubiera querido estar para ti. Escucha, Devin, no podrán salir todos. No hay manera. Ya lo pensé y no la hay. Debes salir tú solo, con tu familia. Dejar todo esto atrás. Planear durante el tiempo que sea, pensar bien cada situación posible. Adelantarte.



—Ya veré qué hacer.

—Debes atar todos los hilos. Te enseñé cómo repasar paso a paso antes de actuar. Tienes que adelantarte a cada conflicto que pueda aparecer. Prométemelo.

—Lo prometo. Prometo actuar solo si estoy seguro. Y pensar bien antes de actuar.

—Bien. Quiero estar tranquilo. Y ahora cuéntame sobre el arriba —dijo y cerró los ojos.

—Era como estar dentro de la luz. Los colores eran brillantes, limpios. El aire era como agua transparente que te pega en el rostro. El aire salía de todos lados, estaba en todos lados; era palpable, lo sentía tocarme. Fue como si tuviera manos que me acariciaban. Todos esos colores nuevos, las plantas susurrando por el aire, moviéndose juntas...

Me detuve al escuchar un soplido. El Loco había dejado escapar todo el aire que no volvió a entrar. Todo en él se detuvo.

Respiré hondo y me jalé el cabello hacia atrás. Tenía que dejar de temblar. Ya no lo volvería a ver. Ya no tendríamos las charlas. Ya nadie me ayudaría. Estaría solo. Él también estaría solo. Pensé en la luz, en los tanques. ¿Cuántas lámparas alumbrarán gracias al Loco?

Escuché un sonido y observé que Leroy había entrado.

—Ha muerto —le dije y él bajó la cabeza y escuché que lloraba mientras decía que era mi amigo, era como mi familia. También era como mi familia, le dije.

A pesar de mi deseo de permanecer con el Loco, enseguida debí volver a la chatarrera. Casi era el fin de la hora laboral. Al entrar, Tomé se acercó para recibirme. Leroy ni entró y me despidió del pasillo, pero antes le dije que quería estar en la ceremonia de despedida del Loco. No me contestó porque había comenzado a caminar por el pasillo general en dirección al comedor.

Ya en el módulo, Tomé me preguntó varias veces. No deseaba hablar. La garganta me apretaba. Fue cuando nos sentamos a tomar el jarabe D y a comer cuando él volvió sobre el tema.

—Si es algo importante, papá, quiero saberlo. No puedo quedarme afuera.

—El Loco, mi amigo, hoy ha muerto.

—Era un hombre ya anciano. Tuvo suerte de llegar a vivir muchos años —dijo Frances.

—¿Cómo murió? —preguntó Tomé dejando el jarabe de lado.

—Dejó de respirar, perdió todo el aire. Fue como si se vaciara.

—Murió tranquilo, al menos —dijo Frances y la miré porque su voz era distinta, como si estuviera contenta.

—Sí, murió tranquilo, dijo todo lo que tenía que decir. Se fue en paz.

—Algún día espero morirme así —dijo Tomé.

—Cambiemos de tema. No hablemos de la muerte. Ya murió, ya está —dijo Frances.

—¿Ya está? ¿Cómo es posible que digas que ya está? Era mi amigo. Estoy de duelo. Tengo permiso para hablar de él durante tres días.

—Ahora quieres hablar de él luego de haberte callado tantos años —dijo Frances y se levantó a guardar los vasos, dándome la espalda.

—Quiero hablar del Loco. Frances, estos años no hemos pensando en las moléculas de luz ni de agua. ¿Sabes por qué? Porque el Loco nos proveía de moléculas extra. Fue gracias a él. No puedo ahora olvidarme lo que ha hecho por nosotros. Tú tampoco deberías.

—Estoy agradecida, pero no quiero hablar de muerte.

—Hablemos del afuera —dijo Tomé.

—Tampoco quiero hablar del afuera —dijo Frances.

—¿De qué quieres hablar, mamá? ¿Del bocadillo? ¿De la ropa que hay que arreglar? ¿No podemos mencionar a los Keefe, tampoco? ¿Crees que no hablando, la muerte no vuelve?

—Hay que pensar en lo bueno que tenemos.

—Yo no veo muchas cosas buenas. Ahora si quiero salir al comedor, no puedo.

—Puedes salir porque la puerta está abierta. No debes salir, que no es lo mismo —le dije.

—Es cierto. No debo salir. ¿Por qué no?

—Ahora es el turno de ingeniería. Ellos están en el comedor, en el pasillo y en la Doscientos —le explicó Frances.

—Ellos están más tiempo fuera. ¿Por qué?

—Es un tema largo, Tomé. Eso se discute desde hace mucho. El abuelo Ollie ya me decía que cuando yo fuera representante solicitara igualar los privilegios con las otras zonas, pero no se ha logrado. Dudo que se logre.

—¿Por qué? —insistió Tomé.

—No lo sé. Es así como esto funciona.

—¿Quién lo decide?

—Colonia Bórax.

—¿Por qué no nos dicen la verdad?

—No lo sé, pero vamos a averiguarlo. Lo prometí al Loco —ni bien lo dije, Frances se metió en la cama llevándose otra taza con jarabe D.

—¿Por qué hay tantas cosas que no sabes? —me dijo Tomé y pensé que sabía mucho más que antes.

## II

Luego de la muerte del Loco, dudaba cómo continuar con el asunto de la ascensión. Además, solo confiaba en Leroy y él se negaba a hablar del tema.

Afuera de la Doscientos, debí hacer fila para hablar con el representante. El cambio en el rostro de Fletcher me indicaba que le solicitaban un imposible. ¿Podría confiar en él para contarle de mi ascensión? Se veía ojeroso. Su espalda se había arqueado más. Siempre fue un hombre de estatura baja, pero se doblaba con mucha facilidad. Cada vez parecía más pegado al suelo, como si caminara buscando algo. Sus brazos, por contraste, parecían cada día más largos. Su familia poseía esa manera de andar, bajando la cabeza. Supuse que le dolería bastante el cuello. Las arrugas le rajaban la frente como dos signos de igualdad. Me entretuve con un juego de palabras: “Ese hombre es igual a la derrota. Igual a una caída anticipada. Igual a varias lámparas de luz”. Volví al tema de la muerte. Cada pasillo me conducía al mismo lugar. Deseo, me repetí, que me lleven arriba, al afuera. Antes creía que abajo era la vida, el lugar de nuestra protección. Pero el mundo había cambiado de lugar, se había invertido. Abajo era el sitio de la muerte. Me lo decía ese hombre que se doblaba. Quizás el Loco tenía razón, era preferible vivir poco tiempo afuera. ¿Cómo haríamos para llegar todos allí sin ser vistos? ¿Cómo haríamos para permanecer afuera? ¿Qué haríamos con los arrepentidos?

Alguien me empujó. Perdí la noción de que era la hora de entrar. Me senté y Fletcher me preguntó si la consulta era por el tema de volver a tomar el puesto de representante. Pocas veces lo había visitado. Era cierto que la ayuda del Loco hizo que no sea necesario contar con el representante como otros hacían para apelar a conseguir moléculas extras o ciertos privilegios.

—Estoy porque quiero que presentes mi solicitud ante los representantes. Quiero ser quien acompañe al Loco en la ceremonia de despedida.

—Lamento lo que sucedió, pero no habrá ceremonia —lo dijo estirando el cuello para levantar la cabeza a pesar de su joroba.

—¿Cómo? —dije bajando la cabeza para mirarlo ya que creí que había

escuchado mal.

—No habrá. De eso se habló en una reunión. El representante de la Zona 4 dijo que si el Loco estaba en su zona entonces era necesario escoger una familia ya que el Loco no tenía a nadie.

—¿Y?

—Los conectores dijeron que el Loco no era de ninguna zona y que ellos decidían qué hacer.

—No es posible. Todos son de una zona.

—Eso mismo le dijimos porque todos nos sorprendimos. Hasta pensé que el Loco era un conector.

—¿Conector? No era conector.

—Es extraño. Hasta los conectores tienen zonas. Las zonas “C”. Bueno, tú sabrás, has sido, eres, representante —dijo corrigiéndose y trabándose en las últimas palabras que sonaron entrecortadas.

—Ya no lo soy. No volveré a serlo.

—Nunca quise quitarte el lugar.

—Yo pedí una licencia al cargo. No es tu culpa lo que siguió. Además, te mereces el puesto.

—Lamento la muerte de ese hombre. Para ser un afectado, vivió mucho.

—No es posible que el Loco no tenga su ceremonia como debe ser.

—Los conectores dijeron que el tema estaba decidido.

—¿Dónde está el cuerpo?

—No lo sé. No puedo saberlo. Tengo que despedirte, hay muchos que quieren hablar conmigo y con esto no puedo hacer nada.

—Debe ser un malentendido —dije aún sin levantarme a pesar que él me había tomado del brazo para que me fuera.

—No hay error. Es un tema de conectores. Será una normativa que no conocemos. Ya está decidido y salió la notificación para Colonia Bórax.

Me fui ya que confiaba en las palabras de Fletcher. Cumplía su rol a la perfección y solo llevaba y traída la información que debía. Jamás había discutido con un conector o, al menos, no lo había visto.

Al salir, observé al conector Leroy apoyado en la pared del pasillo, alejado, controlando que todos entren a la Doscientos sin generar ningún caos. Me acerqué y le pregunté como era eso que el Loco no tenía ceremonia. Me dijo: “Cállate, que nos miran. Te iré a buscar en la hora oscura. Hay algo importante. Y ahora, muévete”.

### III

Escuché los golpecitos en la puerta del módulo. Tomé se sentó en la cama y le dije que era para mí, que era Leroy. ¿Es por el afuera?, me dijo y le ordené que no hable así ni siquiera en el módulo. Comenzaba a sentir pánico ante una presencia mortuoria que nos miraba desde los rincones oscuros.

Leroy me llevó hasta su módulo. Me senté donde él me indicó.

—La cuestión es complicada. No quiero seguir participando en esto, pero tengo algo pendiente que mi amigo me solicitó y no puedo fallarle —dijo refregándose las manos en los pantalones como si las tuviera sucias.

—¿Por qué no habrá ceremonia?

—Norman...

—¿Norman?

—El Loco. Se llama Norman. Norman Mason. ¿No creías que se llamaba “Loco”?

—Claro que no. Nunca dijo su nombre.

—No quería que lo llamaran por su nombre. Yo no quería llamarlo así, pero él me obligaba. En fin, Norman no era de esta colonia por eso se ha decidido que no tendrá ceremonia.

—Era de la Zona 4.

—En realidad ese módulo era un pequeño depósito que se transformó en módulo de detención cuando llegó él.

—¿Detención? —La cabeza me había comenzado a doler y las palabras se diluían.

—Él fue condenado en otro lugar y terminó aquí.

—Algo me dijo, que tenía familia.

—Tiene familia, pero no podía contactarse con nadie. Formaba parte del aislamiento. Él no es un habitante de la colonia, por eso no tiene zona. Mejor dicho, es como si fuera de la zona C2. No se puede nombrar a una familia para la despedida.

—Si es de la C2, es la zona de conectores, puede proponerse.

—Ya quisiera. Le juro que iría. Él me ayudó a soportar todo esto de ser conector. Cosas mías —dijo y se irguió en la silla.

—Irá derecho a los tanques de reciclado —dije mirándolo para leer lo que decían sus gestos.

—Ya lo sabe. ¿No?

—Lo sé.

—De él no quedará nada.

—No. Como todos.

—¿Los conectores también van a los tanques? —dije y él levantó la cara para mirare con los ojos muy abiertos.

—Es un tema de conectores.

—Tomaré eso por un no, pero se alumbran con esa lámpara que son nuestros muertos —dije y él se giró para mirar a la lámpara. Deseaba que de ahora en más no viera luz, sino muertos.

—No tengo la culpa. No puedo cambiar lo que es. Tú tampoco puedes.

—Tú amigo no pensaba igual.

—Mi amigo —dijo moviendo la cabeza y sonriendo —, al final era un loco. Siempre fue un loco. Como cuando estaba en Bórax. Hay que estar afectado para ir contra Bórax y creer que uno va a salir limpito.

—¿Dónde está el cuerpo?

—Ya fue metido en los tanques. Hay algo que él me solicitó y será lo último. Luego, volveremos a ser conector y chatarrero.

Leroy se levantó y me entregó una caja metálica con un candado grande y agregó:

—También me dijo que lo llevara al módulo para que revise sus baúles. No puedes llevarte nada, al menos nada muy grande. El módulo del Loco será, quizás, un espacio de detención, no lo sabemos aún, no hemos decidido qué hacer y Colonia Bórax no ha dado ninguna orden al respecto. Seguramente, será anexada a los conectores. Por ahora, solicité limpiarlo. No puedes estar demasiado allí, ¿entiendes? Puedo llevarte como ayuda, pero tenemos que tener cuidado. Solicitaré tu presencia porque eres chatarrero. Sino querrán enchufarme a alguien de limpieza. Los demás me dejaron el tema a mí para tener menos trabajo.

—Está bien. La caja está cerrada.

—Cierto. Acá me dejó una llave. No quiero ni saber qué hay dentro.

Ni bien tomé la llave, escuchamos golpes en la puerta. Leroy saltó y quedó de pie, mirándome.

—¿Quién es? —gritó Leroy.

—Yo, Leroy, abrí que tengo que hablar de algo urgente.

—¿Quién es “yo”?

—Taylor, idiota.

Leroy me miró, inmóvil. Su rostro se tornó muy pálido. Me levanté sin soltar la caja. No había un solo lugar que sirviera de escondite. Observé la rejilla del tubo de aire y le hice una señal.

—¡Estoy desnudo! —gritó Leroy.

—Ponte algo.

—Ya abro, espera —dijo mientras hacía ruido como abriendo un cajón de su mueble en tanto yo, parado sobre la mesa, destrababa la rejilla. Luego, puse una silla sobre la mesa y subí. Leroy transpiraba y hasta le temblaban las manos.

—¡Abre, ya, hombre! No me voy a asustar.

—Dame un segundo, Tylor. —Leroy me ayudó a volver a trabar la rejilla.

—Leroy, qué te pasa —preguntó Tylor ya adentro, estudiando la expresión de Leroy.

—Nada, nada.

—¿No me digas que te la estabas jalando? —dijo Tylor riéndose.

—¿De qué hablas?

—Vamos, no hay que ponerse así. Míralo al Howie. Viejo y todavía le anda. —Tylor le palmeó la espalda con tanta fuerza que Leroy se tambaleó.

—Sí, era eso, por eso me tardé.

—Llegué en mal momento. Deberías poner afuera un cartel que diga: “No molestar, viejo jalándose la goma” —dijo y siguió riéndose—. Te vamos a buscar una señorita. Estoy seguro que alguna de las de limpieza, con tal de una molécula, hasta te la chupa.

—¿Qué dices! Dejemos el chisme. ¿Qué querías? —dijo Leroy y se giró para mirar hacia arriba. Moví la cabeza de la rejilla.

—Cierto que eres tan vergonzoso. ¿Será por eso que no te has conseguido una amante? Te puedo ayudar.

—¿A qué has venido?

—Mira, Leroy, te conozco desde hace muchos años. Estamos cansados de decirte que en las reuniones no se cuenta nada de nuestra labor, pero siempre tienes que dar detalles. Ellos son representantes, nada más. Nos dicen lo que nos tienen que decir, les comunicamos nuestras resoluciones y punto. Son un enlace y nada más. Dejemos que crean que son importantes. No deciden.

—Hablemos otro día...

—No. Hablemos ahora —dijo Tylor en tanto se sentó aunque Leroy permanecía de pie junto a la puerta—. En la última reunión nos hiciste quedar como el culo. ¿Qué tenías que estar discutiendo con ellos sobre el cadáver de

Mason? Creemos con Howie y con Roshan que lo mejor es que desde ahora no hables.

—No estoy de humor para tratar esto ahora mismo. Iré a tu módulo.

—¿No tendrás una señorita escondida debajo de la cama, no?

Tylor se levantó para agacharse y mirar debajo de la cama. Luego, movió unos muebles. Cada tanto se giraba hacia Leroy y retomaba su búsqueda.

—Te dije que no, Tylor. No toques mis cosas.

—Era un chiste. Si tienes una señorita de limpieza, querido, te aplaudo. En fin, Leroy, haz el favor de dejar que Howie y yo llevemos adelante las reuniones. Te hacemos un favor, solo estarás ahí sin preocuparte de nada, dirás que sí esto y sí aquello y déjanos a nosotros discutir con esos idiotas. Para que veas que soy tu amigo, te estoy protegiendo. Te has montado en un huevo de Howie y quería pedir tu traslado.

—¿Traslado?

—A un puesto de la intercolonial. Ya sabes que no hay mucho peor que eso.

—¿Intercolonial?

—¿Qué esperabas? ¿A Bórax? Si continuas obstaculizando nuestras reuniones terminarás allí, te lo digo como amigo. Nos conocemos de tantos años.

—Está bien. Informa a Howie que estaré callado de ahora en más. Estaré para poner mi firma solamente.

—No es necesario ponernos tan trágicos. Deja de transpirar. Será más cómodo. No tendrás que pensar tanto. No tendrás que hacerte cargo de nada. Te pagarán solo para quedarte sentado. Y así te ahorras tus energías para ponérselas a tu “señorita” o a jalarte la goma. Me voy, amigo.

Tylor se acercó a Leroy y le apretó los brazos en un gesto de abrazarlo, pero no lo abrazó, solo lo sostuvo.

Cuando Tylor desapareció, permanecí en la cañería. Observé el rostro triste de Leroy entre el cuadrículado de la rejilla. Me hubiera arrastrado hasta mi módulo, pero destrabé la rejilla que apenas estaba encajada, y bajé. Leroy me dijo que mejor me llevaba de vuelta al módulo. Pensé en Frances, en que comenzaría a quejarse por la caja que me había dejado el Loco como si todo lo de él debiera permanecer en cuarentena.

Antes de salir al pasillo, le dije a Leroy que no diría nada, que no se preocupe y que Tylor era un sorete de mierda. Sonrió y me dijo que la peor mierda era Howie y que tenía una botella de fermento reservada para brindar cuando él reventara.



## IV

Ni bien entré a mi módulo, apoyé la caja sobre la mesa. Tomé se acercó y prendió una lámpara. Aún era la hora oscura. Frances me preguntó qué pasaba.

—Es algo que me dejó el Loco.

—Otra vez el Loco. No quiero saber nada de ese hombre afectado —dijo y se volvió a acostar.

—¿Lo abrirás ahora? —me preguntó Tomé.

—Quiero saber de qué se trata.

Abrí la caja. Adentro solo había papeles. Tomé se sentó. En un primer papel figuraba mi nombre. Era una carta. Tomé me pidió que la lea fuerte, pero le dije que no se ofendiera, que quería leer los papeles primero y luego se los pasaría. Se quejó con que lo dejaba de lado. Pero no sabía qué contenían los papeles. No se movió de la silla. Se cruzó de brazos y me dijo:

—Voy a esperar a que termines. Cuando leas algo, me lo pasas y es mi última palabra. Vas a tener que confiar en mí. ¿No confías?

—Confío, pero no quiero meterte en esto y que luego algo salga mal.

—Es tarde. Ya estoy adentro.

Comencé a leer el papel que el Loco me había escrito mientras Tomé esperaba.

*Devin, si lees esta nota es que he muerto y Steven ha cumplido su palabra. Puedes confiar en él. No puedes confiar en el resto de los conectores de la CN34. Puedes confiar en Nils y en quien Nils diga que es confiable.*

*Hubiera querido haber hablado contigo, pero siempre me faltó tiempo para explicarte con detalle sobre mi vida y que no creyeras que era el Loco que todos decían. Luego que leas esta nota, rómpela en pedacitos y arrójala al tanque del aseo. Es más seguro para ti y tu familia.*

*No nací en esta colonia. Fui trasladado desde Bórax en función de detenido. Me conocen como Norman Mason. Norman Mason fue un hombre acusado por robo y por alterar unos papeles para perjudicar a Colonia Bórax. Fue declarado culpable y detenido en una colonia; luego, en otra. En uno de esos pasajes de colonia en colonia que forma el sistema legal, ocupé el lugar de Norman Mason dejando mi lugar al cadáver de Mason. Luego, se olvidaron de mí, aquí, bajo la custodia de un conector que murió, luego bajo otro conector que también murió. Y olvidé quién había sido.*

*Nunca salí de este módulo más que unas pocas veces al mercado o al pasillo general. Obtuve algunos favores de antiguos conocidos que saben que estoy aquí, todos de confianza. Me hice pasar por afectado para que nadie se acercase. Así obtuve mi nuevo nombre: Loco. Lo acepté con agrado. Cuando llegaban nuevos conectores, preguntaban y Leroy o los otros que me ayudaban decían que yo era un Loco con conocidos en Bórax. Eso me bastó para que no me molesten y yo no me metía con ellos. Además, los mantenía al tanto, les ayudaba a resolver ciertos conflictos para que Bórax no se metan con ellos. He tenido suerte. Pude mantenerme con el rótulo del Loco durante el resto de mi vida. Supongo que seré incinerado como Norman Mason.*

*No ha sido fácil, pero traficar con información puede ser emocionante, lo más emocionante de vivir encerrado. Voy a dejarte unos papeles. Quiero que los leas, los memorices y los destruyas o los escondas. También esto puede ser peligroso. Yo estaba solo así que era mi vida la única que podía perderse.*

*Te estarás preguntando quién era. Era un hombre que trabajaba en Bórax. No me conformé con mi vida. Siempre quise ir más allá y más allá. Ascendí con rapidez por mi agilidad para organizar y por mi eficiencia. Llega un momento en que hay que decidir dónde se quiere estar. No quería continuar. Eres muy observador y has dado en el clavo: las colonias son maquinarias, funcionan de maravilla. Una persona no vale nada. No valí para una despedida. Me opuse y me degradaron hasta ser un detenido a perpetuidad.*

*No tengas lástima por mí, por no haber podido ver el afuera. Ya lo he visto. Ya estuve allí. No me odies.*

*Esto no es todo, Devin. Hay un mundo más allá. Maneja la información que te daré con cuidado. Piensa antes de hablar. Evalúa a las personas. Toma distancia. Hay que adelantarse a lo que los demás dirán o harán. Hay que ir unos pasos más adelante.*

*Has sido mi hijo, el que existe en Bórax, pero que no pude ver crecer. Espero que lo que te dejo como herencia te sirva para hallar el camino hacia la superficie como tanto has deseado.*

*Siempre te iluminaré. El Loco.*

Las últimas palabras se destiñeron en la hoja. ¿Él había estado afuera? ¿Por qué no me lo había dicho? Tendría miedo como yo temía exponer a mi familia a una clausura o a un destierro. ¿Era justo que lo odiase por mentirme?

Tomé me miraba con fijeza. No podía negarme a que leyera la nota. Se la extendí y esperé a ver su reacción. “No puedo creerlo”, decía. “Esto es mucho”. “Era una persona importante y no lo sabíamos”.

Abrí el resto de los papeles: información de las redes de contactos que iban desde Leroy, Susan y conectores que desconocía, hasta lista de personal de las otras colonias. Me había incluido junto a Nils. También había listas de quienes no había que confiar nunca: “Tylor, engreído y cruel, aspira a ser líder, es capaz de traicionar a su madre. Blech, amigo de altos líderes en Colonia Bórax, peligroso, sospecho que es enviado de colonia en colonia para llevar cierta información. Doctor Madison, cuidado, no es médico, es un estadista que recolecta información y se dice que ha dado la orden para sacrificar a muchos termiteros”. ¿Termiteros? No entendía esa palabra. Cuando Tomé lo leyó me preguntó lo mismo. Estaba seguro de haberla escuchado antes.

Los otros papeles eran notas del Loco, de conectores y otras cuyos nombres desconocía. Le dije a Tomé:

—Vamos a meterlo en el escondite debajo de la cama.

—No va entrar la caja, es grande y además mamá está durmiendo —dijo Tomé.

—Estoy despierta. Sé del escondite. No pensarán que soy idiota —dijo y se metió en el aseo y la escuché orinar.

En tanto metíamos los papeles, escuchamos el timbre del fin de la hora oscura.

Salimos de inmediato hacia el comedor. No percibía a los demás ya que mi pensamiento se concentraba en la cantidad de información que el Loco me había dejado.

En el comedor, comimos junto a los Dell. Los Bryon se habían movido a otra mesa, quizás ofendidos por la dilación de Tomé en el pedido de matrimonio. Tomé le había dicho a Jude que quería esperar un poco y le avisaría cuándo estuviera listo. Luego, me dijo que esto del afuera había trastocado sus planes matrimoniales, que dudaba que enlazarse con Jude fuera una buena idea. Yo creía lo mismo. Cada palabra que decíamos, cada acción, era como manipular una lámpara a punto de estallar.

En la chatarrera ya no hablábamos con Tomé del Loco y lo que habíamos leído porque Hana, luego de la exclusión del matrimonio, trabajaba en nuestra mesa. En su primera jornada, entusiasmada, leía desde los carteles y observaba la maquinaria, pero ahora se quejaba que ser chatarrero era una porquería. No había muchas mujeres en la chatarrera y se cortaba o se raspaba

con mucha facilidad. Tomé era más calmo y paciente hasta con un tornillo. Me parecía que ella volcaba su odio hacia la chatarra que pasaba a ser el desafío de demostrar su valía.

Durante varias jornadas, pensamos con Tomé cómo abordar el asunto. Concluimos que teníamos que confiar en la lista del Loco. De todos los nombrados, podríamos acceder tan solo a Leroy. Desconocíamos la manera de llegar hasta Nils.

## AÑO 160 DD

Escrito bajo la soledad de una lámpara

*La ropa, el cabello, las uñas crujen; cruje el párpado que cae de pesado; la lámina de metal bajo el cuero del pie, cruje. Y cae una pelusa reseca, tela de muerto que se pega en la piel aceitosa. Nuestra piel cruje al contacto del polvillo que flota cuando movemos las manos. Nos atraganta el espanto de saberte muerto. Las cosas crujen, pero no se derrotan, palpitan su corazón ceniciento.*

*Te escucho crujir: has vuelto.*

## AÑO 197 DD / JORNADA 345

### I

Cuando entrábamos a la chatarrera, Leroy se presentó en búsqueda de dos chatarreros para ordenar, desarmar los muebles y las estanterías del módulo del Loco.

—Si solicitan a los Green, yo también voy —dijo Hana.

—No eres Green —dijo Leroy.

—Trabajo en la mesa de los Green. Soy una Green.

—Necesitamos chatarreros que puedan mover bultos —dijo Leroy y me miró.

—Tomé posee los músculos de una niña de aprendizaje. Si necesita alguien con músculos, mejor llevarse a los Temple.

—No vine a hablar con usted. Me llevo al señor Devin Green y al señor Tomé Green.

—Hana, por favor, vuelve a la mesa. Te quedas a cargo —dijo Tomé a Hana.

—No eres mi marido para darme órdenes. Puedes irte bien a la mierda, Tomé. Me tienes hasta el cogote.

—Yo soy conector y sí puedo darle una orden a usted y a su marido. Vuelva de inmediato a la mesa, sino deberá responder la cabeza de generación de los Dell.

—Su marido —dijo Tomé.

—Está bien. Si hay moléculas extra me corresponde una parte. Y vete de nuevo a la mierda, Tomé.

Hana gritó de tal manera que toda la chatarrera se silenció. Leroy comenzaba a transpirar.

Salimos con rapidez hacia el módulo del Loco.

Entrar al módulo y no ver al Loco sentado en la mesa fue triste. Tomé recorrió cada espacio revisando estantes, latas y aparatos.

—¿Qué harán con todo esto? —preguntó.

—Irá la mayoría al reciclaje. Lo que no sirve, lo desarman como las estanterías, la cama. Lo que sea personal, como papeles, va a reciclaje. Lo que se puede intercambiar porque es valioso, lo dejan aparte —nos ordenó Leroy.

—¿Para qué se desarma la cama? Quien lo habite podría necesitarla —dijo Tomé a Leroy.

—No será módulo de habitación por eso es necesario despejarlo.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —le pregunté.

—Unas jornadas.

—¿Qué ganamos con el trabajo extra que haremos? —preguntó Tomé a Leroy.

—¿Cómo?

—No pretenderá que trabajemos por nada —agregó Tomé.

—Veo que no has hablado con tu hijo —me dijo Leroy sin mirar a Tomé, pero él se acercó a Leroy para obligarlo a que lo mire.

—Tomé, estamos aquí para leer la información que pudiera haber dejado el Loco. Esto lo hacemos para poder estar acá.

—A mí me parece que es un abuso —dijo Tomé.

—Se ponen de acuerdo. Si no quieren, los llevo al módulo. Hay otros que podrían hacer lo mismo —dijo Leroy ofendido.

—Si hay algo de valor, será para nosotros —dijo Tomé.

—Si hay algo de valor, yo decidiré qué es para vosotros —dijo Leroy estirándose para parecer más alto, pero apenas llegaba al hombro de Tomé.

—Está bien —al fin dijo Tomé dirigiéndose hacia la estantería luego que Leroy se fuera.

—No nos olvidemos que estamos para acceder a esos baúles. Te pido que no vuelvas a desafiar a Leroy. Está de nuestra parte. Es nuestro único contacto confiable, no podemos perderlo con niñerías.

—Estoy defendiendo los intereses de nuestra familia. Ellos se quedarán con todo esto porque el Loco no tenía a nadie. Este módulo es mucho más grande que el nuestro —dijo Tomé parándose en medio de la habitación—, y sería un lugar genial para vivir. Cerca del mercado, en la mejor zona.

—Nadie querría vivir en este lugar.

—¿Por qué?

—Es de un afectado. Creerán que está contaminado o algo por el estilo.

—¿Al final era un afectado? ¿Vamos a tocar las cosas de un afectado?

—No era afectado. Vamos a comenzar. Despeja esa estantería y yo revisaré los baúles.

—¿Por qué no al revés? —me dijo acercándose de la misma manera que lo había hecho con Leroy, sacando el pecho, tirando la cabeza hacia atrás, achicando los ojos.

—¿Qué te sucede? De pronto te has vuelto un cabrón —grité ya sin ocultar que me estaba sacando de quicio.

—Lo mismo digo. Así que es acá dónde estabas cuando te ibas del módulo. De visita de tu amigo. Veo que tu amigo vivía muy bien. No se privaba de nada.

—¿No leíste la nota? Estaba aquí detenido.

—Pobre hombre. No podía salir al pasillo. Vamos, si todos estamos detenidos en los módulos. Lo único que nosotros trabajamos como catanes. Del módulo al pasillo y al trabajo, del trabajo al pasillo y al módulo. Al menos él vivió mejor acá dentro. Este módulo es tres veces más grande que el nuestro. Y encima se quejaba.

—No seas ingrato. El Loco hizo mucho por nosotros. Nunca nos hemos quedado sin luz, sin comida, sin atención médica. Nos ha salvado muchas veces.

—Ya veo que tramaste todo esto —dijo y se acercó aún más hasta mirarme apenas a unos centímetros de distancia.

—¿Qué sucede? Dijimos que íbamos a confiar uno en el otro.

—De repente te agarró eso de la confianza. Tú has sido un mentiroso toda tu vida —me dijo y fue como si me hubiera golpeado expulsándome todo el aire—. Nunca confiaste en mí, ni aún ahora que soy cabeza de la generación. Todo lo decides tú. Yo no valgo nada.

—Es eso. Entonces, es eso.

—Es que eres un mentiroso. Un engreído —me dijo y me empujó con las manos pegándome en el pecho. Me contuve de darle un cachetazo aunque comenzaba a sentir ese calor previo a perder el control.

—Basta, Tomé.

—Mientras estabas mintiéndonos, yo tuve que hacerme cargo. Creíamos que estabas muerto o te habían llevado a la intercolonial. Eso pasa, ¿lo sabías? Desaparecen y listo. Pero estabas con este Loco. Me dejaste afuera porque no confías en mí —dijo volviéndome a empujar.

—Estoy confiando. ¿No estoy confiando ahora?

—No tienes más escapatoria. No podrías hacerlo sin mí. No me quieres. Sólo me necesitas. Me estás usando.

Tomé se abalanzó. Esta vez no fue forcejear como cuando él era niño. Intenté esquivar sus puñetazos, pero me pegó en la nariz, furioso, gritaba como un afectado. No pude sujetarlo, se escabullía con facilidad y con más fuerza de la que creía que él tendría. Luego, no supe qué sucedió conmigo, fue una fuerza



que me impulsó a pegarle. Cuando lo vi tomarse el rostro ensangrentado, caminé hacia atrás. Yo también sangraba. Quise acercarme y él me frenó con el brazo extendido. Nos sentamos en el suelo. Había gotas de sangre entre varios lados. El se sentó apoyando la espalda contra la estantería. Yo hice lo mismo sentándome frente de él de manera que nos miráramos, pero a la distancia.

—Haremos lo que yo diga —dijo apretándose la nariz.

—Tomaremos la decisión entre los dos. Tira la cabeza hacia atrás para frenar la sangre.

—Sabes, papá, el tema es que siempre dices que confías en mí, confías en este, confías en el Loco. Pero no te preguntas quién confía en ti —me dijo y otra vez me había dejado sin aire. Tomé se veía tan mayor. Tenía razones para desconfiar de mí. Le había mentado muchas veces.

—Lo hice por la familia, para asegurarnos un bienestar. Creí que era lo mejor. Quizás me desesperaba saber qué había afuera, conocerlo por mí mismo y cuando él me lo propuso, no me pude resistir. Estaba a unos pocos pasos de verlo con mis ojos. No podía decírtelo antes porque eras un niño. Ahora eres la cabeza de generación.

—Exacto. Soy la cabeza de generación. Yo tomo las decisiones. —Se quitó el suéter que usó como un trapo para limpiarse la sangre y luego me lo arrojó hacia el rostro—. Límpiame y vamos a trabajar.

¿Cuándo me había convertido en la sombra de mi hijo? Deseaba aún darle unas palmadas y enviarlo a la cama. ¿Yo había sido igual de engreído e insoportable para mi madre y mi abuelo? ¿Él no confiaba en mí? Eso me había dolido. ¿Yo confiaba en su juicio para resolver los problemas familiares?

Seguí sus indicaciones. Entre los dos vaciamos y desarmamos una de las estanterías y luego nos sentamos con el primer baúl. Tomé no esperó a que yo leyera primero. Nos repartimos los papeles para separar los importantes. “Solicitud de Leroy al conector Howie”, “Solicitud de averiguación del traslado de la familia Adams”, “Cantidad de moléculas conseguida durante el mes 3”, “Tramitación de fin de embarazo de los Garrett en la zona médica por intermedio de Susan”, “Pedido a la Zona Médica por el tratamiento de Sandor Chapman”.

Tomé me dijo que al final solo nos quedaríamos con aquello que nos sirviera para planificar la ascensión. Me pasó una hoja con un listado y un sello.

—¿Qué colonia es esta? ¿Altaria? —dijo Tomé.

—Son unos envíos a Altaria, eso parece.

—¿Y esta cantidad de moléculas? ¿Fertilizantes? ¿Piezas de repuesto? Son muchísimas.

—Es un pedido y está firmado como aceptado para ser trasladado con fecha del año 2345.

—Si estamos en el 197. Y hay otro error, papá. No dice colonia, dice “Ciudad de Altaria”.

—¿Altaria? Creo que antes escuché ese nombre. Quizás lo mencionó el Loco.

—Será de antes. Ya no hay ciudades. Nos quedamos con esto y lo guardamos —dijo Tomé.

—¿Cómo llevaremos los papeles?

—La doblaremos y nos la metemos en la ropa. Si es necesario, en la raja del culo.

—Espero que te hayas aseado. —Sonreí y me dolió el labio partido.

—Hasta mis partes, como decía de niño.

—¿Qué diremos a tu madre de nuestro estado?

—Diremos que nos hemos puesto de acuerdo, nada más.

—¿Tú madre confía en mí?

—Pregúntaselo a ella —me respondió levantándose para acomodar los restos de la estantería que habíamos desarmado.

Cuando volvió Leroy, nos preguntó qué había pasado y se giró para observar el resto del módulo.

—Nos hemos peleado, asuntos familiares resueltos—dijo Tomé.

—Soy responsable aquí. Les pido que si se matan, que no sea acá mientras estoy al mando. Lo hacen en su módulo.

—No hay problema. Nos mataremos en nuestro módulo como los Keefe y los Adams. Pero será en la Zona 1, al cabo también su zona —le respondió Tomé.

—Pon esas bolsas en el pasillo —me dijo Leroy.

—Tomé es quien manda ahora, Leroy —le dije señalándole a Tomé.

—Cierto. Eso va en el pasillo. ¿Es la ropa? —dijo Leroy.

—Sí. ¿Qué harán los conectores? —dijo Tomé.

—Será entregada en otra colonia.

## II

Al día siguiente, Leroy se volvió a presentarse en la chatarrera para acompañarnos hasta el módulo del Loco. Esta vez desarmamos la cama antes de revisar otro de los baúles.

—Solo nos queda hablar con Hana y ponerla al tanto de todo esto para que estemos todos los Green enterados —dijo Tomé en tanto destornillaba una de las patas de la cama.

—Mañana haremos como con el abuelo, moveremos una de las maquinarias pesadas en la mesa del fondo para que nadie escuche y le hablas. Pásame un destornillador que voy a comenzar con el respaldo de la cama.

—¿Qué crees que dirá Hana?

—Ya no lo sé. Desde que se ha casado no parece la misma.

—Me dijo que se arrepiente.

—¿Se arrepiente? —dije sorprendido.

—Parece que no le gusta el módulo ni como está todo acomodado, pero no la dejan cambiar las cosas de lugar.

—Recién se ha mudado. Le tomará un tiempo acostumbrarse.

—Me gustaría que volviera.

—A mí también. Supongo que les sucede a todos.

—Me pregunto si Jude no dirá lo mismo de nosotros. Lo mejor es esperar —dijo Tomé y se levantó para dejar la pata de la cama con la pila para el reciclaje—. ¿Crees que Leroy está de nuestro lado? Sería genial que participara en la ascensión. Ir con un conector puede ser de ayuda.

—Podemos confiar en él, pero no hará nada. Es miedoso. Pásame esa pinza. Esto está clavado —dije señalándole una tuerca.

—Pero es conector. Sabrá algo útil.

—Solo veo una salida. Hay que contactarse con Nils.

—¿No era que estaba en Bórax? —dijo Tomé y continuó destornillando otra de las patas de la cama.

—Exacto. Él desde allá podrá hacer algo.

—¿Por qué no salimos y punto? Si ya sabemos cómo salir.

—Imagina que salimos todos juntos en la hora oscura. Míralo como chatarrero. ¿Crees que los tubos de aire aguantarán el peso de cientos de personas?

—No lo creo. No los he visto, pero si es para que pase el aire no es para que pasen tantas personas.

—Entonces, así no podremos. Y si salimos tres familias durante una hora oscura, si pasa por el tubo de a una persona... —dije en tanto pensaba en voz alta.

—Nos buscarán y el resto no podrá salir.

—Tenemos que saber más, obtener más información para decidir. Si estás de acuerdo, claro —dije para que no se sintiera presionado.

—No veo cómo salir sin que cierren la compuerta. ¿Qué crees qué harían si todo el CN34 saliéramos hacia la intercolonial?

—No se puede pasar a la intercolonial. El abuelo me contó que una vez se habían afectado casi todos y fue un desastre. La compuerta no se abre de un solo lado.

—Entonces, podemos ir confiando en los demás. Yo podría hablar con Tadeo Chapman, confío en él. Solo hablar con la gente de confianza y solicitarle que lo comparta, a su vez, con quien sea de su confianza.

—Podría hablar con Shiri.

—Tadeo que hable con Shiri. Nosotros hablamos con Hana. El bruto de Dell es de confiar —dijo Tomé en tanto movió un baúl para comenzar a rebuscar en los papeles y yo terminaba de destrabar el respaldo de la cama.

—¿Estás seguro?

—Lo conozco desde niño, papá. Pensaré en quienes confío. No son muchos, no como para algo así.

—¿Jude?

—Ella también. Pero le pediré que no le diga nada a su padre.

—Espera, ya son demasiados. Será muy difícil mantener el secreto —le dije y le hice señas para que me ayudase a llevar el respaldo hasta la pila de hierros en que se había convertido la cama.

—Así tenemos que llegar a todos. Necesitamos organizarnos para ascender. Incluso a los Brock.

—No estoy seguro. —Apoyamos el respaldar en el suelo y le pasé un trapo mojado para que se limpie—. Mira, yo fui representante y los conozco bien, al menos a los de la Zona 1. Los Brock hay que dejarlos al margen, al menos por ahora.

—¿Cómo podremos ayudar a subir a todos si no lo saben todos?

—Hagamos una cosa —dije cerca de una repisa para evaluar el desarme—. Vamos paso a paso. Primero será Nils.

—¿Cómo llegamos a Nils?

—Hay que confiar en Leroy.

Ni bien Leroy entró al módulo del Loco, Tomé le solicitó llevar un mensaje a Nils, pero él nos dijo que no tenía manera de comunicarse con Bórax. Luego de negarse varias veces, le dije que lo hiciera por el Loco y prometió que lo pensaría. Tampoco nosotros sabíamos cómo llegar hasta Nils.

## AÑO 197 DD / JORNADA 349

### I

Hablábamos con Tomé a diario sobre lo mismo, suspendíamos la vista contra la pared en tanto nuestra mente barajaba posibilidades para la ascensión, incluso, las más ridículas.

En una de las visitas al módulo del Loco, Tomé me dijo que si los Green moríamos, por algún accidente, nadie conocería la verdad. Decidimos que le contaríamos a nuestros amigos más cercanos.

Comenzamos el Día del Trueque. Tomé partió con dos lámparas reparadas con la excusa de intercambiar con los Chapman. En el pasillo, permanecí junto a Frances a pesar de que ella aún se mostraba huraña, negándome la palabra.

Al observar a Tomé marcharse con las lámparas, recordé las veces que había fingido un intercambio para obtener información sobre las esferas.

No pensaba en el trueque ni en lo que necesitábamos para las próximas jornadas. Ya había comenzado a despedirme del abajo. No me interesaba la próxima elección de representante, la cantidad de moléculas de agua que nos restaban, si mi hijo se enlazaba con Jude o con otra muchacha. No me importaba el Día de la Salvación. Ya había sido salvado, pisado el arriba, respirado el aire limpio. ¿Para qué continuar desarmando la chatarra, reciclando, bebiendo jarabe D? Cada instante que pasaba abajo, era un instante perdido arriba.

Tomé volvió con la cara enrojecida y transpirado. Me hizo una seña con la cabeza: ya había hablado con Tadeo. Lo seguí hasta dentro del módulo y nos alejamos de la puerta abierta. Él me contó que Tadeo no podía creerlo, que casi se puso a llorar y que dijo que contemos con él para salir. Hablaría con Shiri y con el resto de su familia; además, Tadeo hablaría con los Athol. Luego, buscó un papel usado y escribió “Green”, dibujó una flecha que unió con “Chapman” y otra hacia “Leroy”. Luego unió a “Chapman” con “Khol”. Así, me dijo, registraremos uno a uno. Después de “Green” sacó una flecha que seguía hasta “Dell”. Le expliqué que era mejor frenar en los Dell y en los Chapman, al menos hasta hablar con Nils.

A los pocos días, la hoja incluía varios nombres de familias, todos de la

Zona 1 y de la Zona 2. Cuando le pregunté a Tomé me dijo que él les había dicho que no difundieran la noticia hasta nueva orden, pero Iris Khol contó el secreto a su mejor amiga, que le contó a su mejor amigo.

Tomé habló de nuevo con Tadeo Chapman para frenar el “secreto”. Por las miradas en el comedor, la sonrisa lejana suspendida ante nuestra proximidad, los saludos constantes, calculamos con Tomé que la mitad de la Zona 1 y parte de la Zona 2 ya estaban enteradas. Incluso, algunos se acercaban para decirnos: “Estamos con vosotros”, “No se olviden de los Eddie”.

La proximidad de la celebración del Día de la Salvación alentó la esperanza de subir, los signos del fin de las colonias; creían leer en un cartel un mensaje oculto de Bórax: “Sumando las letras de todas las palabras del cartel obtenemos el día de salida”, “Si seleccionamos las primeras letras de cada palabra coincidirán con la inicial de los apellidos que ascenderán primero”. Nos dispersábamos durante la comida, en el trabajo, en discutir asuntos semejantes, les indicábamos que eran idioteces, que no existían mensajes ocultos ni códigos a descifrar. Aunque, por momentos, observaba los carteles hasta dudando si no podía ser cierto. ¿Y si Nils, desde Bórax, y los antiguos conocidos del Loco se comunicaban con nosotros de esa manera?

## II

Tylor apareció en la puerta del módulo cuando ya estábamos por acostarnos.

—Les comunico que Fletcher Garrett ha fallecido. Hasta que se resuelva un nuevo representante, deberá hacerse cargo, señor Green.

—¿Qué sucedió? —pregunté.

—No tiene que preguntar. No es su familia.

—Pero es mi asunto, si debo volver a ocupar el sitio de representante.

—No fueron elegidos para la ceremonia de despedida del cuerpo. No puedo hablar del asunto.

—¿Un accidente? —pregunto Tomé.

—Dije que no puedo hablar —le respondió con voz fuerte y recordé lo que había registrado el loco de Tylor: “Cruel”.

—Está bien, pero hay un problema —dijo Tomé.

—No vine a discutir. Vine a informar —dijo Tylor y, cuando se giró para irse, Tomé le dijo:

—Yo debo ser el representante. Solo las cabezas lo son. Mi padre ya no es más la cabeza de los Green —dijo y Tylor se giró para mirarlo. Por su rostro

noté que estaba sorprendido.

—Es una emergencia. Se abrirá una votación pronto. Se puede postular, si lo desea.

—Va contra las reglas.

—Nosotros somos las reglas —dijo Tylor y se acercó a Tomé pareciendo que iba a golpearlo, pero se frenó.

—Veremos si el resto de la Zona 1 piensa que es buena idea no acogerse a las normas.

—¿Es una amenaza? —dijo Tylor entrando aún más al módulo hasta llegar hasta Tomé.

—No, señor conector, solo le estoy informando —dijo y Tylor salió empujando la mesa y tirando las tazas al suelo.

—Tomé, ¿cómo vas enfrentarte así con el conector Tylor? —le dijo Frances, en tanto Tomé continuaba apretando sus puños.

—Es un cabrón.

—Tomé, será mejor seguir la corriente. Pediré votaciones en la primera reunión —dije.

—Bueno, otra vez representante. ¿Qué se siente?

—Ojalá puedas saberlo pronto —le dije y busqué mi ropa de dormir.

—No es justo —protestó quitándose el pantalón.

—Ahora ser representante no me interesa. Tengo la mente en otra cosa. No puedo creer que de nuevo tenga que soportar esto.

—Ya que hablamos del tema, un niño hoy me preguntó cuándo ascendíamos. Le dije que la ceremonia del Día de la Salvación era pronto, pero insistió —dijo Frances y se sentó en la cama para mirarme de frente.

—¿Quién era? —preguntó Tomé.

—El niño Khol.

—¿Qué le dijiste? —dije sentándome junto a ella.

—Que no hable del asunto. No es el único que sabe. Si saben los niños, esto va a llegar en boca de uno de los conectores pronto. Tenemos que frenarlo.

—Ya no podemos —dijo Tomé.

—Ahora que eres representante, inventa que por el tema del Día de la Salvación la gente comenzó a ponerse ansiosa y rumorean con el afuera. Tienes que hablar con los Chapman y con el resto, decirles que fue una invención por un afectado o que fue una broma. Hay que frenar esto, Devin.



Al la jornada siguiente, en la hora de la comida, desde los altavoces se informó que de nuevo yo era representante por haber sido votado hace años. Después se anunció la muerte de Fletcher. Los Garrett no estaban en el comedor.

Cuando se acercaron para saludarme, les dije que Tomé era ahora la cabeza y que habría votaciones. Él estaba aún enojado y comía masticando con ruido, tiraba la cuchara sobre la mesa. Frances le tomaba el brazo para calmarlo, pero él lo quitaba. Tenía razón, no me correspondía el cargo, era una molestia ahora que debíamos resolver la forma de manejar a todo el CN34 para la ascensión.

En la chatarrera, sentados con Tomé y Hana en un descanso, se acercó Silvio.

—Representante, puedo sentarme un rato. Tengo algo que contarle, mejor a solas. —Tomé y Hana se movieron de sitio.

—Es sobre algo que me enteré de la muerte de Fletcher. Me dijo el Horacio que le dijo la madre de Fletcher a su esposa que Fletcher se murió de un paro cardíaco cuando se enteró que pronto subiríamos y que arriba ya se puede vivir. Casi me muero yo también. ¿Cree que será en esta ceremonia que nos darán la gran noticia? —dijo Silvio y de la sorpresa permanecí callado unos instantes—. ¿Se encuentra bien? No se nos va a morir también que nos quedamos sin representante.

—Estoy bien. Silvio, le voy a pedir que no hable de esto con nadie. ¿Entiende? Nadie.

—Chito. Cerradita la boca. No se preocupe. Estaré atento a la noticia. Estoy seguro que el próximo año lo festejamos arriba. El techo este ya nos pesa a todos. —Me palmeó el brazo y se alejó hacia su mesa de trabajo.

### III

Luego de la jornada laboral, se celebró una reunión de representantes de emergencia para oficializar que volvía a mi puesto. Al entrar a la Zona de Información, saludé a quienes ya conocía. Howie, desde la puerta, avisó que llegaría tarde porque se marchaba a recibir a un recién llegado de Bórax. Al escuchar Bórax, me sobresalté. Se enteraron, pensé. La reunión no es por la muerte de Fletcher, es porque se enteraron. Bajé las manos y las apoyé sobre las rodillas. No quería que notaran mi temblor.

Cuando volvió Howie, casi grité “Nils” y me puse de pie, pero me quedé callado en la misma postura.

—El señor Pellesen ha venido de parte de Bórax a recabar cierta información sobre CN34. Se ha ofrecido porque sabemos que le tenemos cariño por haber sido representante de la Zona 3 —dijo y todos nos paramos. Que alguien llegase de Bórax era una distinción, pero también un temor.

—Gracias, Howie. Sólo estoy por formalidades, pero me alegra ver a mis amigos y antiguos vecinos. Aprovecharé para charlar con algunos. Me quedaré hasta el próximo trueque —dijo sentándose, sin mirarme.

—Después hablaremos de qué asuntos te han traído y cuándo llegaste —dijo Tylor mirando a Nils y, luego, a Leroy que solo afirmó moviendo la cabeza.

—Me parece bien. Agradezco que me invitasen a la reunión. No tengo mucho que ofrecer.

—Tú presencia ya nos honra —dijo Howie.

Comenzamos por lo de siempre: enlaces, pedidos de exclusión, alguna familia que solicitaba ayuda o se quejaba. Cuando llegó mi turno expuse:

—Solicito que pronto se abran las votaciones para representante de la Zona 1. No quiero que piensen que abuso de algún privilegio ya que no debiera estar en el cargo por no ser más cabeza de generación.

—Es cierto. No lo habíamos contemplado —dijo Howie.

—Yo sí. No teníamos a nadie más —dijo Tylor.

—No es la primera vez que una zona queda momentáneamente sin representante —acotó Nils.

—Ya sucedió que el representante de la Zona 2 se hizo cargo de la Zona 1 en tanto se votaba —aclaró Leroy y, de inmediato, Tylor y Howie lo miraron; Leroy giró la cabeza y miró a Nils.

—¿Qué proponen? —dijo Nils y fue la primera vez que me miró. Supe que ahora sería una especie de conector importante ya que había hecho callar a Tylor y a Howie; además, por el trato que Howie le diera sospechaba que no era un mero trabajador de ingeniería.

—Larguemos las votaciones mañana mismo aprovechando que está el señor Pellesen para llevar la información a Bórax en persona —dijo Tylor y revoleó una hoja para que firmemos. Todos estuvieron de acuerdo.

Cuando llegué al módulo le conté a Tomé de que estaba Nils y de las votaciones. Las noticias lo pusieron en un estado eufórico. Repasó el papel

con los datos de las familias que ya sabían del afuera, se quedaba mirando a la pared durante largos ratos, había vuelto a dibujar.

Frances pidió hablar conmigo. Nos encerramos en el aseo. Me dijo que ella también había pensado en salir de la colonia, que a pesar del miedo algún día tendríamos que salir, pero me aconsejó que me detuviera. Estaba dispuesta a colaborar, pero no de esa manera. Había que ser más cautos, avanzar solo al estar seguros. Me pidió que le contase cómo era el afuera. Luego, permanecimos abrazados un rato. No recordaba cuándo habíamos hecho el amor por última vez. Fue un beso pequeño; otro beso en el cuello, un beso prolongado en la boca. Tomé gritó que se escuchaba y arrojó una media sucia por encima de la pared del aseo y casi cae sobre mi cabeza. Habíamos comenzado a sentirnos alegres gracias a la presencia de Nils.

#### IV

Durante la comida, los conectores habían dispuesto la votación de urgencia para elegir el representante de la Zona 1. Recordaron lo de siempre, con hincapié en que solo votasen a las cabezas de generación. Algunos nos miraban y continuaban con las señas. Incluso, algunos apuntaban al techo con el dedo. Sospechábamos con Tomé que la información seguía discurriendo y que nos votarían como señal de que estaban “con los Green”, como nos decían. Así fue, Tomé fue elegido representante y Tylor dijo que esta familia sí que ha tenido suerte. Nils se acercó para felicitarlo y le dijo algo por lo bajo.

Cuando entramos en la chatarrera, se produjo un aplauso y comenzaron a golpear las maquinarias con pinzas y martillos; festejaban que el nuevo representante era chatarrero. Hana también se había sumado a los golpes y le pegaba a un estante con una pinza. Tomé solicitó silencio levantando las manos y solo dijo que haría todo lo que pudiera porque vivamos cada día mejor. Tadeo me miró, Hana miró a Tomé. Seguí las miradas una a una. No podía ser que casi todos supiéramos leer el segundo mensaje: “Pronto viviremos arriba”.

## AÑO 197 DD / JORNADA 354

### I

Nils solicitó hablar con Tomé después que mi hijo retornara de la jornada laboral. Ahora era yo quien debía permanecer en el módulo comiéndome las uñas, de cara a la puerta, frenando el impulso de atravesar las paredes para participar de la reunión.

Tomé regresó, al poco rato, con la noticia que pasaría Leroy. Nils había concertado un encuentro entre nosotros y que lo había llamado por ser la cabeza de la generación. Le acaricié el cabello y lo abracé. Él se esforzaba por parecer adulto, por tomar cada una de las decisiones. Así como el abuelo Ollie me acompañó en el difícil pasaje tan abrupto de ser un niño a una cabeza de generación, me prometí que estaría para mi hijo. Cuando nos separamos, él me miró sorprendido y me sonrió.

Al entrar en el módulo de Leroy, observamos que Nils ya estaba sentado junto a la mesa con unos papeles. Nos acomodamos y Leroy se sentó cerca de la puerta para escuchar: aún temía que Tylor apareciese, nos dijo.

—Lamento lo del Loco. Me enteré al llegar —dijo Nils.

—¿No lo sabían en Bórax? —preguntó Tomé.

—Yo no tengo toda la información. Es imposible saberlo todo y están muy organizados. Algunos manejan una información y otros, otra —dijo acomodando las carpetas a un lado.

—¿Eres conector? —le pregunté.

—Algo así. Me han puesto en la cabeza de un área relativa a seguridad intercolonial.

—Ya sabes lo que pasó, ¿no es cierto? —le dije.

—¿Lo que pasó? —me dijo.

—Sí, eso.

—¿Qué pasó? —me preguntó.

—De la compuerta y mi salida.

—No lo sé. Solicité un traslado por el tema de la seguridad intercolonial como excusa. Ya no aguantaba más.

—Afuera se puede vivir —dijo Tomé casi vomitando las palabras. Nils abrió los ojos y se movió como si esquivara un vómito.

—No me jodan —dijo aún con la misma expresión.

—Es cierto, papá lo vio. Estuvo ahí.

Mientras le contaba con detalle, Nils meneaba la cabeza. Se paró en varias oportunidades, caminó, se volvió a sentar, se llevaba la mano a la boca, respiraba fuerte. También le contamos que habíamos estado informando a las otras familias. Fue cuando Leroy nos gritó:

—Afectados, eso es, todos unos afectados.

—Es peligroso —dijo Nils.

—Ya sabes cómo va a terminar esto —nos señaló Leroy y se sentó de nuevo.

—¿Cómo? —dijo Tomé.

—Con la compuerta cerrada y un pequeño adiós a todo el mundo —dijo Leroy.

—Calma. Hay que pensar bien qué hacer. Un mal paso y nos incineran —propuso Nils.

—Sí, a mí también —dijo Leroy.

—No es contra ti, eres un conector —dijo Tomé.

—Perdemos tiempo. Tenemos que pensar en todas las posibilidades —dije.

—Seré directo contigo, Devin. ¿Cómo sabemos que no fue una alucinación de la afectación? Me enteré recién que has estado afectado y en cuarentena. Me lo han contado los otros conectores.

—Tengo una prueba.

—La voy a buscar al módulo —dijo Tomé y Leroy se marchó con mi hijo. Nils aprovechó nuestra soledad para hablar conmigo.

—Antes que vuelvan, Devin, esto puede terminar de dos maneras para el CN34: bien y mal. Creo que como estamos no podrá terminar bien. Tengo que averiguar qué sucede en Bórax, pero esto llevará tiempo. Ha sido un error difundir la información.

—Compartimos la información porque teníamos miedo que si algo nos pasara, nadie sabría la verdad. No creas que no pensamos cada detalle con Tomé. Nos rompimos la cabeza hasta darnos cuenta de esto: si nos morimos, nos llevamos la verdad y no nos pertenece. Hablamos con nuestros amigos, todos de confianza. Pero esto es algo demasiado grande para guardarlo. Quizás también llegaron a la conclusión que es un secreto muy pesado para reservárselo. Fueron avisando a sus parientes, amigos y, después, perdimos la cuenta. No creíamos que te veríamos de nuevo. No tenemos cómo contactar contigo.

—El doctor Davis es un nuevo reemplazo. Irá a Bórax seguido. Será nuestro enlace, pero no le dirás nada, no le informarás de esto. Yo ya envié alguna información a conocidos y ha sido reservado. Dale un papel dentro de una lata que puedes sellar de manera hermética. Sabré si fue abierta o no. Tenemos que ponernos de acuerdo sobre qué diremos en cada situación. Aun la situación más improbable. No veo otra alternativa —dijo cuando entraron Leroy y Tomé. Tomé le ofreció la lata a Nils quien la volcó para dejar caer el sustrato sobre la mesa. Leroy se acercó para tocar la sustancia marrón.

—Es la tierra del afuera. Acá crecen las plantas —dijo Tomé y sacó del bolsillo uno de los dibujos que yo le había hecho al Loco sobre la planta de la esfera. A medida que contaba, Leroy me miraba con enojo. Se enteró que pasamos por encima de él todo ese tiempo.

Nils decidió confiar en que mi afectación fue producto de la fiebre después de haber pisado el arriba. Luego, Tomé sacó varias hojas que llevaba ocultas dentro del suéter y se las mostró a Nils: los papeles rescatados de los baúles del Loco. En uno de ellos, se listaban los contactos seguros del Loco en Bórax. Nils dijo que esa información era muy buena y que entablaría contacto con ellos ni bien regresara.

## II

En nuestra reunión siguiente, nos concentramos en las posibles maneras para ascender todo el CN34 junto a una mínima parte de Bórax. Nils deseaba hacer lo mismo con su familia.

Una de las primeras ideas que surgieron fue pasar por la intercolonial para llegar a la compuerta, pero la descartamos por imposible. Deberíamos usar los tubos de aire. También era imposible, dijo Nils, tapanían el aire y los tubos no resistirían tanto traqueteo, hablábamos de cientos de personas, niños. Debíamos pensar cómo podríamos arrastrarnos con los bebés. ¿Y los ancianos que apenas si podían caminar? Poco a poco nos quedábamos sin opciones. Si salíamos en tandas, apenas dos o tres familias, hablábamos de muchas tandas. Además, descubrirían a las personas faltantes y darían el aviso a los conectores ya desde la primera salida. Miramos a Leroy.

—¿Qué me miran? —dijo Leroy.

—Salvo que salgan familias de la Zona 1, primero, y Leroy no de parte de que no las ha visto —dijo Nils.

—¿Qué pasara cuándo los alcahuetes de la Zona 2 pataleen que los de la

Zona 1 ya ascendieron solitos? —dijo Leroy.

—No tienen que saberlo —dijo Tomé.

—Lo sabrán en las zonas de trabajo cuando observen que justo no asisten trabajadores de la Zona 1 —dije.

—¿Piensan que el Tylor va a ayudarlos? No se olviden que es el conector de la Zona 2 —dijo Leroy con una sonrisa de triunfo.

—No es posible. Tiene razón —dijo Nils y miramos de nuevo el plano del CN34 como si pudiera decirnos qué hacer.

—¿Y si fingimos una falsa cuarentena? En los papeles del Loco figura Susan, el doctor Murdox y tenemos a Davis —propuso Tomé señalando en el plano a la Zona Médica.

—No me gusta. No estoy de acuerdo y me disculpan por cagarles la alegría del ascenso, pero jamás podrá salir un conjunto entero. Ni tampoco toda una zona. A lo sumo podrá salir una familia o dos. Podemos hacer un sorteo entre las familias de la Zona 1 y ver quiénes son las dos afortunadas para salir, para ser justos con todos. No más de dos familias. Entonces, los que nos quedamos en el hoyo, a las pocas jornadas, pagaremos las consecuencias. Nadie se puede esfumar, así que investigarán hasta dar con un zapato perdido en los tubos de aire, un pedazo de ropa o un bocadillo podrido que se cayó mientras ascendían —dijo Leroy en tanto se acercaba a la mesa para mirarnos de cerca. Nils no levantaba la mirada del plano.

—Dos familias... —dije.

—Estamos perdiendo el tiempo. Saben que el Loco estuvo detenido y se salvó porque tenía muchos contactos importantes. Si alguno de nosotros es descubierto, terminaremos en los tanques —dijo Leroy.

—¿Qué tanques? —preguntó Tomé.

—Los de biogás.

—Es mentira que terminemos en los tanques, a lo sumo en la intercolonial —dijo Tomé y nos miramos con Nils y callamos.

—Quien comenzó con el rumor de que afuera era habitable habrá terminado en los tanques. Creo que Leroy tiene razón. No me gusta aceptarlo, pero tiene razón. Afuera entran y salen, según sabemos, solo los de Geo. Nos verían. Diez personas podrían ocultarse, pero cientos es imposible —dijo Nils.

—Se nos escapan detalles porque solo conocemos pedazos. Es como si tuviera que reparar un gran motor y solo viera unas piezas, pero faltan piezas que desconozco. En esto es igual. CN34 es un apenas un tornillo. Ni siquiera conocemos todo CN34. Hay pasillos que nunca vimos y es una parte de toda

una colonia que desconocemos. Luego, Nils, tú conoces una pequeña parte, otro tornillo. Yo conozco una pequeña parte de otra pieza enorme, el afuera, otro tornillo. Ni siquiera sabemos cómo vamos a sobrevivir. ¿De dónde sacaremos la comida? ¿Qué pasaría si los de Geo nos ven afuera de la colonia? ¿Qué partes de motor hay en Bórax y que son fundamentales para que esto funcione? Hace tiempo hablé con el Loco y le dije que la colonia era como un mecanismo muy diagramado. Cuatro compuertas que se cierran de lugares distintos para sellar el pasaje intercolonial. Y esto es solo un pequeño tornillo. Vamos a decidir cómo reparar una maquinaria conociendo apenas tres tornillos —expliqué mientras los demás me miraban y movían la cabeza siguiendo mi razonamiento.

—Estamos a oscuras —dijo Tomé.

—Ya saben cómo terminará esto. He sido conector siempre en las peores zonas y he visto cerrar compuertas para solucionar un conflicto. Si aquí no se ha apelado a eso es porque los conectores tratamos de resolverlo de otra manera, a pesar que crean que somos malos, pero si desde la intercolonial se enteran que aquí están queriendo romper las rutinas de exclusión o las horas oscuras, pueden tomar decisiones los de Bórax y no podré hacer nada. Es una locura. Si Howie se entera, lo conozco, no dudará en dar la orden. El Roshan es invisible, pero es peor que Howie —dijo Leroy.

—¿Tylor? —pregunté a Leroy.

—Un insensible sin cerebro.

—Si Howie da la orden de cerrar la compuerta él mismo quedaría encerrado —dijo Tomé.

—No. El estaría del otro lado de la última compuerta. No es idiota. Estaría con Roshan, su amigo del alma con quien comparte hasta la cama.

—¿La cama? —preguntó Tomé casi gritando por la sorpresa.

—Es un viejo vicioso. Me da asco, anda siempre puesto.

—¿Y Tylor?

—Del otro lado de la otra compuerta. Sobre mi persona, no creo que les importe. Yo no tengo un atrás seguro de compuerta. Yo me quedo acá en el hoyo de la Zona 1. Soy un conector de sector bajo. No somos importantes. Yo nací en CN4.

—¿Cómo es? —preguntó Nils.

—Igual que esto. Toda la colonia Neón es idéntica. Posee las mismas zonas, distribuidas casi igual.

—No toda. Algunas tienen compuertas. Al menos CN33 la tiene —dije.



—No sabemos cuántas, pero no creo que haya más de dos o tres compuertas por colonia. Eso significa que han descendido por allí y luego han ido pasando de conjunto habitacional a conjunto a medida que la población crecía. Igual, es una suposición que no sirve de nada para lo que estamos pensando —dijo Nils respirando hondo y poniéndose de pie para estirarse.

—No tenemos toda la jornada para reuniones. No llegamos a nada. ¿Se dan cuenta? —dijo Leroy.

—Tengo que averiguar un poco más en Bórax. Poco a poco estoy conociendo otros espacios. Es muy distinto a todo esto. Al comienzo, dudaban de mí, pero he logrado ascender bastante rápido con algunas propuestas para mejorar la seguridad.

—¡Ja! Seguridad. Y están intentando saltar la seguridad. ¿No es para la risa? —dijo Leroy.

—No, Leroy. Voy a utilizar todo lo que sé para salir con mi familia. Me causa de todo, menos risa.

—¿Cómo es Bórax? —pregunté a Nils.

—Los espacios son enormes. Desperdicios de moléculas de luz. Tienen un tanque abierto como los de cría, agua y agua discurriendo. Me daban ganas de lanzarme ahí dentro. Con mi esposa no podíamos creer lo que veíamos. Y eso que al comienzo estábamos confinados a un espacio como éste. Yo estoy en la Z1 de Bórax, en la peor zona. No me imagino lo que es el resto.

—Es como aquí. Colonia Bórax es como ingeniería. Las colonias son como las zonas 1 y 2. Ellos tienen privilegios por eso tienen mejores lugares —dije.

—Puede ser —dijo Nils.

—Y tienen el privilegio del afuera, del aire, del agua, por eso tienen tanta en tanques —dijo Tomé y todos lo miramos. Al unísono, como si fuéramos una gran cabeza entendimos que quizás colonia Bórax y Geo hacía tiempo que sabían que el afuera era habitable, pero solo ellos podían salir como parte de ese privilegio y desperdiciar todos esos recursos.

—Tomé, eso es brillante —dijo Nils y permaneció en silencio mirando hacia un rincón en tanto Tomé me sonreía.

—Entonces será como si la Zona 1 intenta invadir ingeniería para tener sus privilegios. ¿Qué sucedería? —preguntó Tomé.

—Cerrarían la compuerta de la Zona 1 y listo —dijo Leroy.

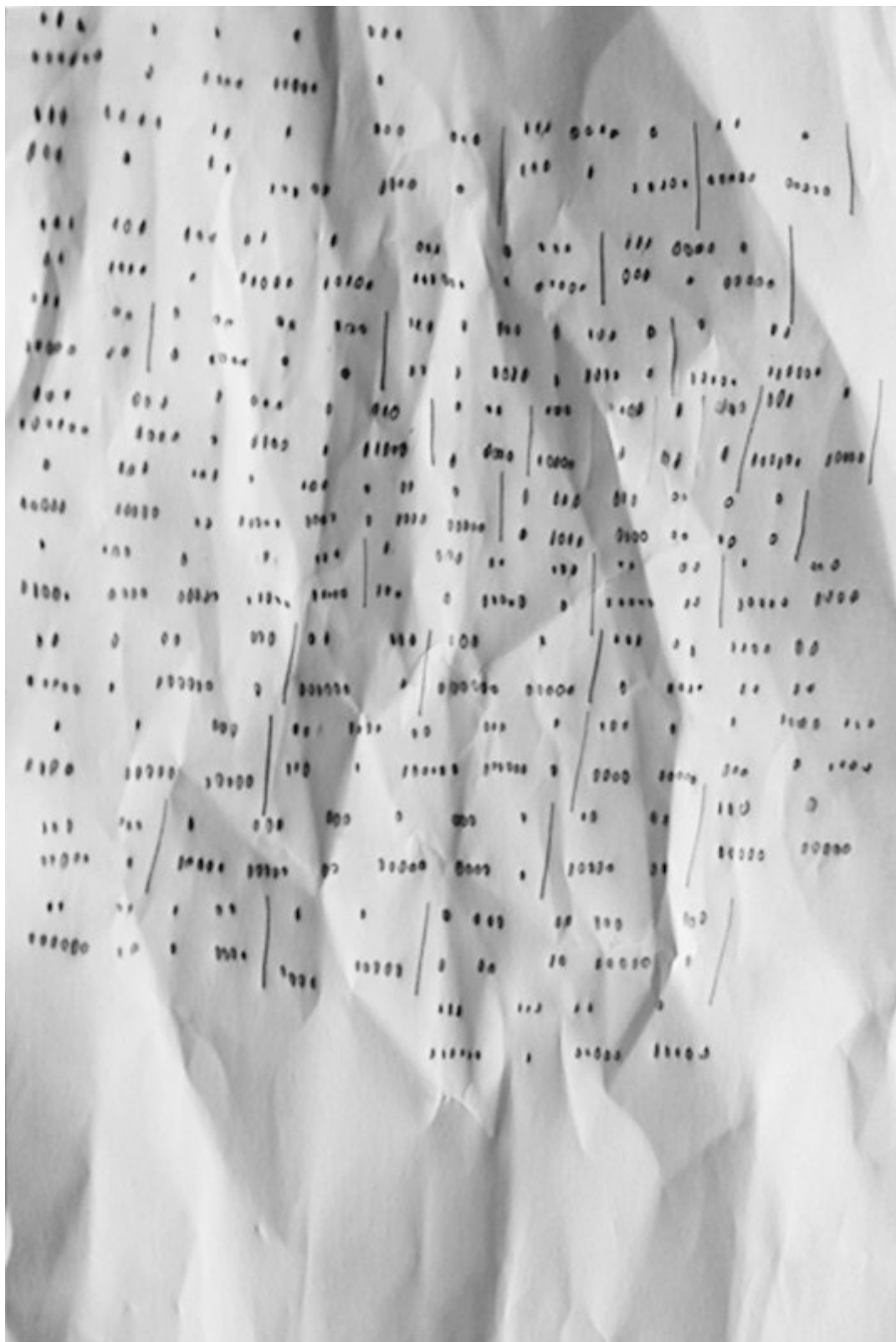
—¿Lo harías, Leroy? —le pregunté.

—Si me lo ordenan, sí. Ya lo he hecho y es lo que debo hacer. No se olviden cuando Devin tuvo la idea de vaciar los tarros de aseo en ingeniería.

Se cerraron las compuertas.

Sin más tiempo, terminamos la reunión sin alcanzar un acuerdo. Leroy insistió con que nos buscáramos la muerte dentro de un tanque. Tomé decía que era preferible intentar salir todos los que podamos y decidir afuera. Yo estaba convencido de que Nils tenía razón: solo unos pocos, a lo sumo dos familias. Me era imposible decidir quiénes. No podía dejar afuera a mi familia. No era justo pedirle a Nils que sacrifique a la suya. Entonces, solo seríamos los Green y los Pellesen. Pero llegaba la mirada de Ivo, y agregué a los Chapman. Mi hija era una Dell. Agregué a los Dell y a la familia de Jude porque mi hijo debería tener hijos arriba. Sopesar a mis nietos como meras crías me rasguñaba el corazón, pero debía ser práctico, pensar en cada detalle, como le prometí al Loco.

Nils debió partir a la jornada siguiente. Deseaba que permaneciera más tiempo porque su seguridad nos contagiaba. Tomé persistía en la misma idea de movilizar a todas las colonias, pasar la información por las altoparlantes, derribar la compuerta y continuar corriendo y derribando a quienes se interpusieran de camino hacia la compuerta de salida. Le conté del resultado de esa vez cuando quisimos tomar por la fuerza la Doscientos arrojando cubos de aseo sobre ingeniería. No podíamos caminar por los pasillos, nos faltaba el aire, las personas entraron en caos y hubo heridos. Al fin, le dije a Tomé que hasta un asunto mejor organizado podía fallar porque los seres humanos son impredecibles. Nos lo decía el nerviosismo general, la poca paciencia para soportar la fila en el comedor, las peleas en el trueque. Se despertaba la ansiedad por salir ya casi en el Día de la Salvación. ¿Qué pasaría cuando dijeran los conectores desde el altoparlante, en sus discursos de siempre, que el afuera era aún irrespirable? Habíamos cometido un error, Tomé se dejó llevar por la alegría de ascender, yo había cometido tantos errores sumido en la misma energía tan brillante. “¿Loco, me escuchas?”, “Loco, te necesito”, le hablaba a diario a la luz caliente y lacerante de la lámpara sin hallar respuestas, sin encontrar el pasillo para que pudiéramos ascender.



## AÑO 198 DD / JORNADA 37

### I

Tomé, en la Doscientos, se había reunido con las familias antes del Día de la Salvación para solicitarles paciencia y continuar con la celebración como siempre. Temiendo una afectación en grupo, le mentimos: el ascenso estaba planificado para cuando se cumpliera el año 200, Bórax lo organizaba en secreto para evitar el caos y las afectaciones. Compartimos la verdad con Tadeo Chapman, Shiri, Frances y Hana. Había sido idea de Frances. La dilación nos brindaba tiempo para que Nils permaneciera en Bórax en tanto pensábamos una manera de subir sin riesgos para nuestros vecinos.

A través de Davies, nos manteníamos comunicados con Nils: “Sin novedades, nuevo desplazo. Abrazos. Nils”, “Todo en calma, salvación en orden. Cariños. Devin”, “Oportunidades de conocer una nueva sección de Bórax. Abrazos. Nils”, “No podré viajar a verlos. Novedades. Abrazos. Nils”.

### II

Un golpeteo nos despertó. Tomé dijo que era Tadeo que repicaba contra la pared. Luego, oímos que provenía de la puerta. Pensé en Leroy y la abrí sin prender ninguna lámpara. Una figura oscura apenas manchaba la pared del pasillo. Su contorno no era el de Leroy. Devin, dijo, y entró. Cerré la puerta y escuché que Tomé buscaba la lámpara. Cuando la prendió el rostro barbudo de Nils había cambiado. Sus ojos estaban surcados por venitas rojas como si estuvieran casi por reventar. Respiraba rápido, se refregaba las manos.

—¿Qué sucedió? ¿Cómo estás aquí? —pregunté.

—Deja que me siente. ¿Tendrías un poco de agua? —dijo y Tomé buscó una molécula en tanto Frances se había sentado en la cama de Tomé.

—No sabes lo que he tenido que hacer para llegar hasta aquí. Todo ha sido tan rápido.

—¿Estás otra vez por eso de la intercolonial? —preguntó Tomé y se sentó. Yo permanecí de pie.

—Sí, pero con una orden falsa. Gracias a un conocido pude hacerme de una

de esas autorizaciones —dijo y bebió el agua de un solo trago.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

—Devin, hay que cambiar de planes. No sé si podré venir luego de esto. No podía escribirlo en un mensaje a través de Davis. Tenía que decirlo en persona. Trae un papel. ¿Tienes uno? —dijo y solicitó un poco más de agua. Cuando le traje el papel y un grafito, comenzó a explicar mientras dibujaba.

—Esto que está aquí es Colonia Neón. Acá está la CN34. Acá, CN33. La intercolonial continúa por toda Colonia Neón. Sigue por Colonia Geo. De Colonia Geo sigue a Colonia Bórax, pero también abre una rama para Colonia Axa. —Nils hablaba rápido, casi sin respirar.

—¿Axa?

—De donde provienen las moléculas de agua.

—Nosotros exportamos las de luz. Lo sabemos, Nils —dijo Tomé.

—Lo sé. Hay que pasar por Geo antes de llegar a Bórax.

—¿Para qué nos cuentas esto? ¿Nos vamos a Bórax? —preguntó Frances sentándose para observar de cerca lo que Nils dibujaba.

—No. Este es el camino que hice hasta llegar hasta acá. No sé más allá de esto. Es la sección que me han recomendado controlar, por la seguridad. Yo saldré por una compuerta de salida ubicada en Colonia Axa. Hemos estado reparando ciertas compuertas de cierre de zonas. Hay que pasar varias compuertas, pero eso ya lo tengo arreglado. Saldré e iré hacia acá —dijo marcando una línea que partía desde la compuerta y recorría hacia arriba de Colonia Bórax y seguía de largo.

—No entiendo. ¿Qué hay ahí? ¿Otra colonia? —pregunté acercando la lámpara al papel.

—No. Esto ya es arriba. Yo saldré y caminaré hacia la equis. En este lugar —dijo y marcó un rectángulo hacia el lado contrario de la equis —está Altaria. La ciudad de Altaria.

—El Loco tenía un papel sobre esa ciudad. De allí viene la chatarra —dije.

—No. Allí viven quienes nos han enterrado —dijo golpeando con el dedo en el rectángulo recién trazado. Un golpe de puño me atravesó desde el estómago hasta el cerebro.

—¿Cómo dices? No hay más ciudades—dije y ahora yo era quien estaba respirando fuerte.

—Todo lo que producimos, lo mayor parte sale de las colonias y termina en Altaria.

—No es posible. No entiendo —dijo Frances.

—Tampoco entiendo —dijo Tomé.

—La ciudad de Altaria recibe lo que producimos. Las maquinarias, las moléculas. Parte es para las colonias, pero la mayor parte va hacia Altaria.

—Nils, ¿qué sentido tiene enviar de nuevo lo que viene de ahí? —preguntó Tomé.

—No viene de ahí. Vienen de otras ciudades que son ya ruinas debido a la guerra.

—¿Hay guerra? —preguntó Frances en tanto Nils comenzó a resoplar con fastidio.

—No, no, no. No hay guerra. Hubo guerra. Esas ciudades abandonadas, destruidas, son las que proveen de materiales. La ciudad de Altaria está habitada.

—¿Cómo lo sabes si no estuviste allí? —pregunté dudando si no era ahora él un estaba afectado.

—Uno de los contactos que me has pasado de la lista del Loco. ¿Te acuerdas de esa lista? Él resultó ser un amigo que vivió con el Loco en Altaria.

—¿El Loco era de ese lugar? —dije soltando la mano a Frances.

—¿Nos mintió? —dijo Tomé.

—Tal vez. Tal vez tenía miedo de decir la verdad. Este director.

—¿Qué es un director? —preguntó Tomé.

—Es quien está por arriba de los conectores. Este director dijo que el Loco había sido condenado por oponerse a los termiteros.

—¿Qué termiteros? —dije intentando procesar lo nos contaba a pesar de la migraña que ya apretaba la mitad de mi rostro.

—Termiteros es como llaman a las colonias. Las termitas eran unas especies de animales pequeños, como catanes, que vivían bajo la tierra. Fabricaban sus módulos bajo tierra y solo salían para buscar lo mínimo. Tenían ventilaciones hacia fuera para evitar el calor excesivo y para la entrada de aire.

—Las cañerías de ventilación —dije recordando mi ascensión.

—Los termiteros estaban bien organizados como las colonias, con directores, director de director, conectores, trabajadores. Lo que se produce aquí se envía a Altaria.

—Nunca nos dejarán salir —dije pensando en voz alta.

—No. El Loco lo sabía. Jamás hubo una guerra total con una aniquilación.

—¿No hubo guerra? El abuelo contaba que su abuelo le había dicho que

hubo una guerra.

—Hubo, pero apenas si llegó a esta zona. Nunca fue inhabitable. Quedaron pocas zonas del afuera para vivir luego de la guerra, con recursos muy escasos para toda la población. Llevó muchos años construir todo esto.

—Una maquinaria perfecta —dije aún tratando de cambiar el dibujo del abajo y el afuera sumando una ciudad.

—Y los privilegios de ingeniería. Resulta que son de Altaria. Ni siquiera Bórax —dijo Tomé—. ¿Y los de Geo?

—Ellos traen maquinarias y cosas para desarmar de las zonas que quedaron. La mayor parte de lo que se desarma en todas las colonias es para ampliar estas colonias y para el mantenimiento de Altaria.

—¿Dices que los de Geo saben de Altaria? —dijo Tomé.

—¿Cómo no lo van a saber? Si ellos salen y entran. Ellos son parte de Altaria —gritó Nils perdiendo la paciencia.

—Disculpa por ser un idiota, no lo puedo creer, es todo —dijo Tomé y se tapó la boca.

—Perdón, soy yo quien debe disculparse. He pasado unas jornadas horribles. También siento que es demasiado. Jamás perdí el control como en este tiempo.

—Como es posible vivir a unos metros de la verdad, haber sido tan ciegos —dije en tanto me acerqué a Tomé para pasarle el brazo por los hombros y darle ánimos.

—¿Cómo es Altaria? ¿Podremos ir allí si salimos? —preguntó Frances limpiándose la cara con la manga.

—No la he visto. El director me ha dicho que es como una colonia sobre una colonia, apiladas hacia arriba, lata sobre lata, muy alto. Yo iré hacia este lado ni bien salga junto con mi familia —dijo volviendo a señalar la marca en el dibujo que acababa de hacer—, por lo tanto, no voy hacia Altaria, sino que me alejo de allí. Si nos vieran desde Altaria, estoy seguro que nos harán morir. Tenemos que alejarnos lo más posible.

—¿Qué hay ahí? —señaló Tomé en el dibujo siguiendo la línea.

—El director me ha dicho que allí están las zonas que quedaron destruidas por la guerra. Esas zonas se irán recuperando y serán lo que eran antes, pero en muchos años. Allí tendremos posibilidades de vivir. Geo ya no pisa por esa parte.

—¿Cómo vamos a vivir sin moléculas? —preguntó Frances.

—No lo sé. El director me aseguró que se podría sobrevivir. No será fácil,

las probabilidades son bajas, pero hemos decidido con mi familia que nos arriesgaremos.

—Pero están en Bórax. Allí es mejor que aquí, ¿no? No es preferible vivir allí que vivir sin nada en una zona que no conocen. Tampoco acá nos falta nada. Podemos vivir juntos y estar seguros —dijo Frances.

—No estaremos eternamente en Bórax. Se especula sobre la posibilidad de un traslado a Axa. Tal vez, seré un conector allí, como Leroy. Mi familia quiere ver el afuera. Yo también. Ahora que existe, no queremos vivir en el hoyo.

—No habrá más Pelleesen en las colonias —dijo Frances.

—No. Ascenderemos. Nos ha llegado la ascensión.

—Nosotros no lo haremos. Es preferible vivir aquí. ¿Qué pasará cuando sepan que no estamos? Nos buscarán —dijo Frances.

—No sabrán que salimos. Si lo sospechan, de todas maneras, no sucederá mucho. Quizás nos busquen o nos den por muertos. No gastarán recursos por tres personas —dijo Nils.

—¿Tres? ¿Cómo tres? Toda la Zona 1 son más de cien. Les hemos dicho que el año 200 es del ascenso para asegurarnos que nadie se afecte ni que hable de más —dijo a Nils.

—Devin, por eso vine: hay que cambiar de planes.

—¿Cómo cambiar? —dijo Tomé y me miró.

—No es posible que salgamos todos. Es imposible. No hay manera que ascienda una colonia completa.

—Hablamos de CN34, no es una colonia, es una pequeña parte —dijo Tomé.

—Es imposible. Lo pensé mil veces. Lo pensamos con el director. Me ha dicho que sería como la guerra. No alcanzaríamos ni a la compuerta. Lanzarían gas por la ventilación una vez que clausuraran el CN34 y ahí quedó todo. Y si alguien puede ascender, los esperarían afuera y los rematarían. No se tienen que enterar. O enterarse cuando estamos lejos y nos den por muertos.

—No lo harán. Necesitan de CN34. No nos van a matar —dijo Frances.

—Mil personas son prescindibles. Me ha dicho: “Sacrificables”.

—¿”Sacrificables””? —pregunté otra vez sin comprender del todo.

—Matables sin que sea importante.

—Pero ya sabe casi toda nuestra zona. No podemos cambiar de plan, papá, no estarás de acuerdo en cambiar. No puedo dejar a Tadeo ni a Jude. Son mis amigos. No podemos abandonarlos. Y tampoco a Hana, ella es mi hermana, mi



familia.

Me levanté para caminar de una punta de la otra del módulo. Mi cabeza se inflaba como una lámpara blanda repleta de gas. Me sujetaba la frente porque me reventaría en cualquier momento. Al fin, dije:

—Nils tiene razón. Una cosa es lo que queremos que suceda y otra es lo que sucederá. He estudiado el artilugio de CN34, cada compuerta, cada luz de pasillo, cada puerta de módulo, la forma en cómo se organizan las comidas, las zonas de trabajo. Es una maquinaria sin error.

—Tiene que fallar una pieza, papá. Con que falle una pieza...

—Y se reemplaza. Es una pieza “sacrificable”.

—Sacrificable —dijo Nils.

—No podemos hablar por ellos. No podemos pasar esta información a todos. Nils ha elegido ascender. Nosotros elegiremos. Veremos de compartirlo con unos pocos y que los demás elijan. No podemos salir en la misma jornada, pero podemos salir una familia cada muchos años. No lo sé. Ya no sé qué pensar —dije.

—Nuestra elección empujará a nuestros amigos a la muerte, Tomé. Debes pensar eso. Si me permiten darles un consejo: lo mejor es decirles que todo fue producto de la afectación de Devin —dijo Nils.

—Es lo mejor —dijo Frances —, volver a ser como era antes.

—Nada será como era antes. Sabemos que hay una ciudad que existe afuera gracias a nosotros. Somos sus catanes de cría. Yo no quiero seguir aquí. No tendré hijos. Antes me corto los huevos.

—¡Tomé! —gritó Frances.

—Es así, mamá. No tendré un hijo para que sea un catán. Si hubieras sabido que yo sería tan solo eso, ¿me habrías tenido igual? —preguntó Tomé y Frances giró la cabeza hacia la oscuridad.

—No sabemos qué hubiéramos hecho, Tomé, pero ahora sabemos qué es todo esto.

—Por eso, papá, no tendré hijos. Tampoco habrá más Green, mamá. Soy el último Green. No más Green en el hoyo.

—Tengo que irme. No puedo estar mucho. No puedo arriesgarme ahora que estamos tan cerca de ascender —dijo Nils levantándose.

—¿Qué dijo Leroy? ¿Lo sabe? —pregunté.

—Le conté de manera breve. Está furioso, pero tiene miedo.

—Es normal tener miedo —dijo Frances.

—Tengo que irme. No puedo arriesgar a mi familia. Si me demoro podrían

dudar y se sabría que mis papeles son falsos. Tengo que volver ya mismo a Bórax.

—¿Nos volveremos a ver? —dije mientras me acerqué a Nils.

—Iremos hacia esta zona —dijo marcando de nuevo con el dedo sobre el papel—. Si van hacia allá, nos encontraremos, quizás, en unas diez jornadas. Aún no lo sé. Supongo que en pocas jornadas más de caminar llegaremos a algún lugar seguro. Te dejaremos señales, marcas, en el suelo, unas “P”. Así llegarán a nosotros. “P” de Pellesen. Tú anota “G” de Green. Sabremos, si nos perdemos, por dónde han caminado.

—No iremos —dijo Frances.

—Yo iré. No voy a obligarte, mamá. Pero no puedes obligarme a vivir aquí.

Abracé a Nils con fuerza. Deseaba que ascendiéramos juntos, no quería perderlo. ¿Qué pensaría el abuelo Ollie de mi amistad con Nils, de todo lo descubierto? ¿Y mi padre? ¿Qué decisión hubiera tomado mi padre?

Antes de salir Nils nos dijo:

—Tienen que pensar bien lo que harán. Pensar la ropa que usarán, las moléculas de agua, comida, mantas; qué harán si algo sale mal, pensar alternativas. No sabemos qué nos espera afuera, si debemos correr o escondernos en algún lugar. Ni tampoco de dónde sacaremos la comida. —Se detuvo para mirarnos recuperando su aplomo—. Espero que nos volvamos a ver. Confío en que así será —dijo y se perdió en las sombras del pasillo.

Nos miramos sin hablar. Esa noche no apagamos la lámpara, tampoco nos acostamos.

Durante las jornadas siguientes no pensamos en nada más que en lo que nos relató Nils. Frances deseaba compartir la nueva información con Hana, pero Tomé y yo creímos que lo mejor era esperar unas jornadas más hasta estar seguros. Por el momento, habíamos decidido que fingiría estar aún afectado, retomando los consejos del Loco. Tomé contaría a las familias que la información provenía de mi mente alterada y que lamentaba haberse dejado guiar por mis fantasías y mi mal de encierro. Después, ya pensaríamos en el después cuando llegase el momento.

### III

En la hora oscura, Leroy se acercó para dialogar. Por el miedo, me dijo, le era imposible dormir sin pesadillas, era como si el pensamiento se hubiera

roto en pedacitos. No sabía qué hacer porque desconocía lo que era real o no. Compartíamos esa misma sensación de rotura y de pavor a contemplar como el mundo que habitábamos se transformaba en otro. Desde los carteles enviados por Bórax nos gritaban “Sobrevive, haz la esperanza real”, “Vivimos por el mañana”; nos gritaban contra el hambre, la sed, las horas de trabajo que se acumulaban hasta ocupar casi toda nuestra jornada, vestidos con harapos, reciclando una y otra vez la misma ropa, las trenzas de nailon, la mierda. La lámpara relucía su óxido caduco; las mantas eran jirones de muertos rasguñados en las paredes metálicas, el piso brillante de tan pulido por los pasos de ida y vuelta del módulo a la zona de trabajo, de la zona de trabajo al comedor y de nuevo al módulo. Y esa lámina del Loco: un papel triste y sucio. ¿Por qué me la mostró? ¿Por qué me ocultó la verdad? ¿Qué hubiera sucedido de negarme a ver al Loco en esa jornada que atravesé su puerta?

De camino a la chatarrera, los nombres de los muertos, rayados en las paredes, me dolían. “Esperanza” era una palabra nula o ese pequeño pedazo que podríamos pisar del afuera. Ese aire apenas respirado e inagotable. El Loco había nacido afuera, había vivido afuera. Nos dio esa esperanza. Me permitió verla por mí mismo.

#### IV

Apenas dos jornadas después de la despedida de Nils, Roger Brock me agarró del cuello en el pasillo, casi en la puerta de la chatarrera. Tomé y varios trabajadores nos rodearon.

—Pedazo de imbécil —dijo y me apretó el cuello—. Espero que esto haya sido una broma, afectado de mierda. No puedo sacarme lo que me dijeron de la cabeza. Tú y tu hijo idiota. Tarados, Green, siempre tarados. Pedazo de idiota.

—Cállate, Roger —gritó alguien.

—¿Quién es idiota! —dijo Tomé y le dije que se apartara. No podíamos terminar en el C2, justo en ese momento. Apareció Tylor y empujó a quienes nos rodeaban.

—¿Qué está pasando? ¿Dónde está Leroy? —preguntó con una mano en mi pecho y la otra en el pecho de Roger. Nadie respondió.

—¿Qué está pasando? —gritó el conector, pero nadie contestó. Observé cómo se le abrían las fosas nasales a Roger, cómo arrugaba la boca y le

temblaba el labio superior. Nadie informaba a Tylor y él terminó por empujar a Roger para que me quite las manos de encima.

—Es la lucha entre chatarreros y los de limpieza —dijo Tomé y algunos respondieron que era eso. Tylor nos miró y se detuvo en Roger que ahora apretaba los puños. En un instante, Roger corrió hacia la pared, con la cabeza hacia delante. El golpe de su cabeza resonó por el pasillo y sentimos la vibración en nuestros pies. La sangre brotaba entre el cabello de Roger, unos hilos rojos que se desplegaban cada vez más largos. No atiné a sujetarlo, nunca imaginé que fuera capaz de pegarse de esa manera. No se movía; Tylor, tampoco. Nadie se movía. Aún no comenzábamos con el plan de hacerme pasar por afectado. Debíamos acelerar y hacerlo cuanto antes.

Al fin, llegó Howie y envió a Tylor a buscar a un médico. A los demás nos envió a las zonas de trabajo.

Luego de discutir en tanto nos acomodábamos en nuestras mesas en la chatarrera, Tadeo Chapman se acercó con un frasco con tornillos.

—¿Algún tornillo para guardar? —preguntó Tadeo que ahora trabajaba solo en la mesa de los Chapman.

—Tengo algunos por aquí —dijo Tomé como excusa para dialogar.

—Hay novedades —dijo Tadeo casi sin mover la boca.

—¿Novedades?

—Habla bajo. La gente está lista, Tomé. No aguanta más. Quieren salir y verlo por ellos mismos. Lo de Roger, recién.

—No es tan simple, Tadeo. Iré a tu módulo esta noche —dijo y miré a Tomé sorprendido. Cuando Tadeo se marchó, le susurré a mi hijo:

—No lo hagas, Tomé.

—No lo voy a dejar. Le diré cómo salir, que él decida.

—No contarás lo que nos dijo Nils.

—No lo sé. Si nos pasa algo. Nadie lo sabrá. Creerán que aún hay guerra —dijo y miramos a nuestro alrededor. El ruido de la chatarrera nos aislaba.

—Papá tiene razón. Es lo mejor para todos —susurró Hana que ya sabía sobre Nils y la nueva información.

—Es tu amigo. ¿Cómo puedes traicionarlo? —le respondió Tomé.

Esa misma jornada, de vuelta a nuestro módulo, Tomé dibujó de nuevo la información de Nils que habíamos roto en pedacitos y arrojado al cubo de reciclado. Colocó nueva información. Aclaraba que las colonias eran termiteros, zonas de producción para Altaria, la ciudad de aquellos que nunca descendieron; además, anexó datos con la forma de salir, nuestro apellido, el

apellido de Nils. Después, sacó lo que guardábamos en el agujero debajo de la cama y puso el dibujo allí luego de envolverlo con un nailon. Esto será para la generación siguiente, para que alguien lo encuentre algún día, me dijo, y se sentó en el suelo.

Frances nos culpó por la afectación de Roger. Tomé debería asistir a la reunión de representantes. Él me dijo que deseaba renunciar al cargo. No le respondimos. Por mi parte, también habría hecho lo mismo. Nos dijo que los enlaces matrimoniales eran como juntar dos catanes, que una vez que nacían los pequeños catanes, los otros ya se podían comer.

Lugar de encuentro  
dejar  
señales  
en el camino

colonia bórax



?

colonia axa

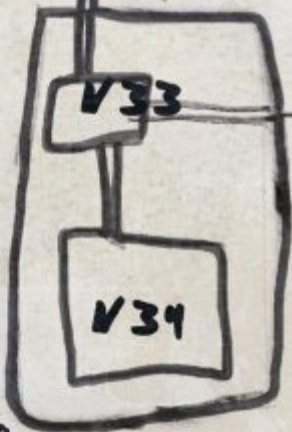


320

zona de salida

?

?



?

Junta

- polichias
- de agua
- tortilla
- de catán
- buen calzado
- crema de manix
- barra de ecol

compuerta  
de ascenso



altaria

?

## AÑO 198 DD / JORNADA 43

### I

Casi cuando apagábamos la lámpara para dirigirnos al comedor para iniciar la jornada, escuchamos gritos, golpes y al módulo crujir a nuestro alrededor. Abrí la puerta y me asomé. Sostuve a Frances para que no saliera al pasillo y Tomé me imitó. Pero los Garrett corrieron hacia el pasillo y gritaron como si se les quemaran los pies. Otros, saltaban y se unieron a quienes se dirigían hacia el pasillo general. El abuelo de los Gene se cayó, pero nadie se detuvo a levantarlo y hasta algunos pasaron por arriba de él. Lewin Carter nos gritó al vernos: “Vamos ha salir, vamos ha salir ahora, ascensión, ascensión”. Varios se sumaron al grito de “ascensión”. Tomé intentó salir y, justo cuando lo empujé hacia adentro del módulo, la sirena de anuncio de cierre de las compuertas se sumó a los gritos. Tiré el cuerpo hacia atrás y empujé con fuerza a Frances y a Tomé, ubicados a mi espalada. Observé a la puerta del módulo de los Garrett deslizarse tan rápido que aplastó la cabeza de Lydia que parecía tan sorprendida por los gritos de “ascensión” que no se percató ni de la sirena que anunciaba el cierre de las puertas. Frances no alcanzó a verla porque de mi empujón se había caído al suelo. Tomé se tapó la cara. De inmediato, les grité que agarrasen todas las moléculas de agua y lo que teníamos de comida. De fondo, a la sirena de cierre de la compuerta se le había sumado otra que desconocía.

En tanto los gritos golpeaban contra los metales, Tomé repiqueteó en la pared que separaba nuestro módulo con el de los Chapman. Le dije que no lo hiciera, que teníamos que salir. Frances corría por el módulo, agarraba una bolsa, la dejaba; luego, agarraba un tarro, lo arrojaba al suelo.

Guardé las moléculas de agua en una bolsa y también volqué allí mismo el tarro de los bocadillos. Tomé dijo que los Chapman permanecían en el módulo, no habían quedado atrapados en el pasillo y me dijo que conocía la subida por los tubos de aire. Él sacó la manta de la cama. Le dije que tire la manta y que me ayude con la rejilla. Hay gente que no alcanzó a entrar al módulo, dijo Frances con la cabeza sobre la puerta. Deja la puerta, le grité. Lydia Garrett quedó aplastada por la puerta, dijo Tomé. Frances comenzó a llorar y a golpear la puerta gritando “Hana”. Miré a Tomé. No teníamos manera de salir y buscarla. Confiábamos que hiciera lo mismo ya que le habíamos dicho que la salida más segura era por las cañerías del aire, pero su

módulo se ubicaba más lejos de la salida hacia el CN33.

Cuando sacamos la rejilla, Frances nos dijo que no quería meterse. Entré primero mientras Tomé agarró a la fuerza a Frances. Por favor, mamá, le decía mientras ella se sujetaba de la mesa y Tomé trataba de separarle los dedos. Golpéala si es necesario, le dije a Tomé, tenemos que irnos ya mismo, no hay tiempo. Tomé agarró a Frances por los cabellos y le dijo: “No me abandones”. Frances seguía aferrada a la mesa. Moriremos aquí, pensaba una y otra vez, no teníamos plan alternativo, ni plan primero, ni reservas de moléculas. Bajé de la cañería. Tomé continuaba suplicando a Frances. Yo la agarré por los hombros y la sacudí. Luego, le pegué un cachetazo, dos, y ella continuaba como si no me viera. Fue el cachetazo que le propinó Tomé el que la despertó. “Mamá, morirás aquí encerrada y sola. Luego volvemos por Hana”.

Volví a meterme en la cañería y jalé a Frances. Luego, entró Tomé. Deja la rejilla, le dije: él intentaba alcanzar la rejilla para cerrar la ventilación.

Comenzamos a arrastrarnos mientras escuchábamos los gritos. Me detuve. Si cerraban las compuertas de las cañerías deberíamos volver o quizás quedaríamos atrapados entre dos compuertas dentro de las cañerías y moriríamos de sed y de hambre. Nos mataríamos como los Keefe, pero luego recordé que podíamos bajar en alguna rejilla. Debí traer una pinza, algo, me repetía, una manta, un tarro, el tarro de la planta de las esferas, una lámpara. Aún veía en mi mente el plano. Tomé lo había memorizado hasta la salida de la compuerta. Entonces, solo era seguir el mismo trayecto, sin parar.

Cuando llegué a la rejilla del pasillo, observé cómo aporreaban la compuerta que los aislaban del pasillo principal. Allí permanecían quienes no habían entrado a sus módulos cuando la sirena avisó el cierre. Otros, desde el suelo, se amontonaban en pilas como ropa para lavar. No mires hacia la rejilla, le dije a Frances. Había ordenado que avanzáramos dejando un espacio entre uno y otro para no cargar mucho peso en cada segmento de la cañería para evitar que pudiera romperse. Una vez que cruzáramos al CN33 estaríamos seguros, eso me repetía en tanto el dibujo de Nils brillaba en mi mente, más cerca de él, más de cerca del afuera, con el punto hacia donde él se dirigía.

Tomé, atrás de Frances, muy lejos, me llamó y giré de costado para poder mirar hacia atrás. Leroy, dijo, viene Leroy. Sigamos, le dije. Si Leroy venía por la cañería, quizás también lo hiciera Hana y los Chapman. Pensé en Shiri, en su grito cuando levantó a su hijo la jornada que decidimos poner cara a los de ingeniería y arrojar los cubos del aseo. El aseo, pensé, no teníamos donde



orinar. Las imágenes, una a una, caminaban por mi cabeza en tanto continuaba arrastrándome. No tenían orden. Saltaba como si hubieran perdido el hilo que las ordenaban y aparecía el rostro de mi abuelo Ollie, sus pantuflas raídas, el llanto de Frances, el olor del afuera, mi primera exclusión, el rodillo de música, el cuadro del Loco, la barba de Nils.

Tomé le pedía a Frances que hiciera silencio. Ella lloraba y repetía “Hana”. Yo también pensaba en Hana, pero estaba seguro de que ella, siempre tan resuelta, estaría dentro de la ventilación y no muy lejos nuestro. Frances comenzó a sacudir una rejilla para descender hacia el pasillo. Tomé se adelantó para frenarla. No me moví porque tres en el mismo tramo era riesgoso. Me puse de costado y observé cómo Tomé agarraba a Frances de las piernas intentando sujetarle los brazos. Le dije bajito que si bajaba ahí, no saldría del pasillo y tampoco llegaría a Hana, que lo mejor era salir y entrar después, quizás Hana se deslizaba detrás de nosotros. Sino, le dije, podremos comunicarnos con Nils para que la rescate. Tomé sabría que estaba diciendo algo imposible, pero pareció surtir efecto porque Frances reanudó la marcha. “Abran, afuera ya se puede salir”, “Ascensión”, “Tiremos la puerta golpes”. El rostro de Nils volvía con su cara de terror diciéndonos que sería un desastre. ¿Había otra manera? Si existía, ya era tarde. Alguien había decidido por nosotros.

Llegué a la rejilla de la Doscientos. Un tramo más y salíamos del CN34. Un estruendo produjo que la cañería vibrara de tal manera que creí que terminaríamos cayendo al pasillo. Escuché el grito de Leroy: “Gas, gas, rápido”. Me arrastré con fuerza, pasé hacia el CN33. Sentí a Frances golpearme en los pies. Tomé, grité, y él me respondió que estaba cerca. Nos arriesgábamos a que la cañería cediese.

Un golpe volvió a sacudirnos. Cuando me giré dije que silencio. Ya estábamos en el CN33. Los sonidos del CN34 que traspasaban el metal ocultarían nuestra presencia, pero solo por unos tramos. Percibí más vibraciones y sonidos a través de todo mi cuerpo. Traté de doblarme para tocar a Frances. Escuché a Tomé decir que Leroy le dijo que el sonido fue por la cañería sellada. Hana no saldría. Mis ojos se llenaron de lágrimas. Shiri no saldría. Tadeo no saldría. Quería abrazar a Frances, a mi hijo, pero me era imposible. Vamos, le dije a Frances, tenemos que seguir en silencio. Ella no se movió; Tomé, tampoco. Podemos volver, veremos de volver, le dije a Frances, tenemos que salvarnos para volver.

Nos detuvimos a descansar. Frances me pedía detenernos porque le

temblaban los brazos y las piernas. Debo orinar, dijo al fin. Me puse de costado y le dije que debía orinar allí mismo. No puedo y no voy a mearme encima, Tomé va a ensuciarse, me susurró. Retrocedí un poco, tratando de encorvarme lo más que podía me acomodé de costado y le dije: “Lo que verás cuando abramos la compuerta compensará todo lo que estás pasando ahora. Hazlo y sigamos. Por favor, Frances, no podemos detenernos ahora. Ya no existe el atrás”.

No había pensando en el ascenso por el tubo de ventilación. La primera vez, me había costado a pesar de mis ejercicios para fortalecer las piernas. Además, el Envión me había ayudado, o mejor dicho, sin el Envión no hubiera podido hacerlo. En tanto continuaba, descartaba posibles formas de subir: jalar con una soga, pararse sobre los hombros de cada uno.

Al llegar al tramo vertical, le dije a Frances que debíamos subir. Le expliqué cómo poner las piernas. Tomé había estado levantando chatarra pesada que teníamos en el módulo entusiasmado con el ascenso. Frances se negó porque no iba a salir, se quedaría en el módulo porque, según ella, era una buena vida y teníamos lo necesario.

Le dije a Frances que le diga a Tomé que le explicase a Leroy cómo subir. Esperé en silencio. Escuchaba apenas un susurro, pero no podía saber qué decían. Abajo, en el CN33, la vida continuaba como si nada hubiera sucedido. Una pequeña zona de Colonia Neón había sido sellada con todos adentro. “Sacrificable” era la palabra que Nils nos había enseñado. Quitaba a Hana de mi pensamiento. No podía afectarme, tenía que ponerlos a salvo. Me conformaba con llorar luego a nuestros amigos. Quizás, podíamos volver. “Van a matar a sus amigos”, la voz de Nils llegaba también por la cañería.

## II

Hacia arriba, la oscuridad del caño parecía más densa que la última vez. Quizás la compuerta, al final de ese tubo, estuviese también sellada.

Frances me dijo que ya estaban listos. Me introduje en el caño vertical. Sobre uno de los costados, apoyé primero la espalda y, luego, subí los pies sobre el otro lado. Permanecí sentado en el aire. Si resbalaba, arrastraría a quienes estaban debajo. Frances intentó varias veces hacer lo mismo. No pudo sostenerse. Tomé me dijo que bajara. Volvimos a la misma posición. Frances repetía que prefería volver. Tomé me dijo que me saque el suéter. Se lo pasé a

través de Frances. También le pidió el suéter a Leroy. Voy a atatarlos a todo, me dijo. Yo debía meterme en el tubo vertical, Frances se deslizaría hasta quedar atrás de Tomé, así él la podría jalar mediante el uso de los suéteres como sogas. No podrás, le dije. Podré, papá, me respondió. Leroy dijo que permanecería en el tramo horizontal porque siendo tantos en el tubo podría no soportar nuestro peso. Luego, lo esperaríamos. ¿Y si no puedes?, le dijo Tomé. Me bajo en una rejilla en la CN33. Diré que escapé por ser conector. Además, agregó, si cae Devin nos arrastra a todos, por eso sería mejor hacerlos de a dos. Luego de unos momentos, acordamos seguir el plan de Tomé y Leroy permaneció en el tramo horizontal del tubo.

Subimos. Escuché los resoplidos de Tomé y las quejas de Frances que insistía con volver. Mi cuerpo derramaba el agua por la piel en tanto el aire se hacía más limpio. Me concentraba en no caer, apretaba con fuerza los pies en el otro extremo, la espalda me dolía. Nos encontrábamos en mitad del trayecto del tubo vertical.

—Me tiemblan mucho las piernas, papá. No sé si voy a poder llegar hasta arriba —dijo Tomé resoplando.

—Dejame, Tomé. Dejame volver —dijo Frances.

—No, mamá, no podemos volver.

—No te muevas, Tomé, voy a bajar un poco así me pasas los suéteres y jalo el resto que nos queda —dije pero dudaba de poder llegar hasta arriba ya que apenas si podía sostenerme.

—No te muevas, mamá.

—Voy a volver —dijo Frances y, enseguida, escuché el grito de Tomé.

—¿Qué pasó?, Tomé. ¿Qué pasó?

—Mamá se soltó. Ella se soltó —dijo y frenamos la subida. Todo había cambiado tan rápido que no podíamos conocer ese nuevo mundo. Era como pisar sobre algo desconocido que nos podía hundir o quemar. Un nuevo plan, retroceder hasta el módulo, subir.

—Subamos, nos recuperamos y bajamos de nuevo a buscarla —ordené a Tomé.

—Voy a bajar ahora —dijo Tomé—. Nos recuperamos abajo.

Bajar era tan duro como subir. No podía resbalar porque caería sobre ellos. Casi tocaba a Tomé que bajaba con rapidez. Poco a poco veía el cuerpo de Frances y escuché a Leroy:

—Esta muerta, lo siento. Ya no respira.

—Ella no quería venir —dijo Tomé y comenzó a llorar—. Es mi culpa que

esté muerta. No puede ser cierto. Tiene que respirar.

—Es la mía —dije a Tomé.

—Habría muerto con todo el CN34. Howie dio la orden de sellar el conjunto. Es un protocolo ante un caso extremo. La sirena, ese pitido intermitente, anuncia el cierre de la ventilación. Cerraron las compuertas de todas las zonas e iniciaron el protocolo en la Zonas 1 y en la Zona 2.

—Tenemos que seguir —le dije a Tomé que acariciaba la mano de Frances.

—¿Cómo puedes ser como un metal? Leroy está diciendo que todos están muertos. Hana, Tadeo. Todos, papá —me dijo Tomé.

—Lloraré cuando salga de aquí. Me culparé cuando salga. No podemos quedarnos. Tu madre quería que estuvieras a salvo.

—No podemos dejar a mamá.

—No podemos subirla, Tomé.

—Al menos deberíamos despedirnos del cuerpo —me dijo y acepté. Escuché mientras Tomé recitaba el nombre de nuestros ancestros como era costumbre en la ceremonia de despedida, para que la guien hasta afuera y sea luz. Pero ella no iría ni a un tanque; ella quedaría en el tubo hasta que alguien la encuentre, quizás en el momento de reparar la ventilación. No sabrían ni su nombre.

—Tomé Green, chatarrero; Hana —dijo y se calló disimulando sus lágrimas.

—Hana Green, chatarrera —dije y él continuó:

—Frances Green, educadora. Devin Green, hijo de Sasa y de Ron; Ron hijo de Ollie Green y de Helena, Sam Green y Cleo, Max y Greta Green, y Dan Green, el primer Green. Frances Green, te despedimos y que tu cuerpo guíe... —dijo y volvió a callarse.

—Que tu cuerpo guíe a todos los Green hacia el día que podamos volver a la superficie. Viviremos por ti. Te ofreceremos nuestro trabajo y nuestra supervivencia.

—No me dejen acá abajo —dijo Leroy interrumpiendo.

—Tú deberías estar muerto, Leroy. Apretaste el botón —dijo Tomé.

—No lo apreté. En esos protocolos son los conectores de ingeniería quienes lo hacen. No tengo la culpa. Si quieres culpar, mírate al espejo, pendejo bocafloja. Tú fuiste quien comenzó con la noticia. Yo les dije que esto pasaría.

—Ya basta. Dejemos esto para cuando estemos afuera. Tenemos que seguir subiendo. Lo haremos los tres juntos. ¿Podrás subir, Leroy? —le pregunté.

—No puedo apoyar bien las piernas. Me torcí al meterme en el caño.

—Te jalaré, aunque deberías morirte acá mismo —dijo Tomé.

—No. Tú irás arriba. Yo jalaré a Leroy. Si llegamos a caer, saldrás e irás hacia la marca de Nils. Quizás lo encuentres. Escucha. Si nos caemos, no vuelvas a bajar tú solo. Sería inútil porque no podrás subirnos a los dos.

—No me dejen acá abajo —dijo Leroy, pero seguí hablando.

—Cuando estemos mejor. Subiremos solos y te buscaremos. Si pasan varias jornadas, piensa en ti. Sigue hasta hallar a Nils y le cuentas lo sucedido.

—Esta bien —dijo Tomé.

—Promételo.

—Te lo prometo, papá.

Volvimos a subir hasta llegar al mismo agotamiento, hasta sentir a los músculos saltar por el esfuerzo. Me repetía que uno más, otro más, un poco más. Ya casi, decía. Ya casi, me repetía Tomé.

Cuando Tomé alcanzó a salir de la cañería vertical, se acostó boca abajo y metió la cabeza en el tubo, me asió de las manos. Leroy gemía y resoplaba, pero apoyaba el pie de todas maneras e intentaba no sumarme demasiado peso, ya que se había atado su suéter y yo lo subía.

Fuera del tubo, nos quedamos boca arriba. El ruido de los motores era tan fuerte que no podía escuchar mi respiración, pero la sentía. Tomé se dirigió a la compuerta. Él conocía de memoria el código. Antes, tomamos agua. Nos pusimos los suéteres y acordarnos seguir hacia la izquierda ya que a la derecha de nuestra salida se ubicaba Altaria.

Abrí la compuerta, afuera no iluminaba la luz de esa lámpara enorme que antes me había recibido. Un aire helado nos erizó la piel. Cientos de lámparas iluminaban el techo. Eran las lámparas de Dan Green, las de su recuerdo, el techo agujereado por el que se filtraba la luz. Una enorme luz, ahora blanca, redonda como un plato de crema de catán, fulguraba en medio de esas lámparas. Es el sol, les dije. La luz era distinta. El piso estaba oscurecido. Tomé se agachó y tocó la planta de las esferas. Leroy levantaba las manos en un intento de llegar al techo y tocar la lámpara. Los tres permanecemos con la cabeza hacia lo alto, respirando con fuerza.

Cerré la compuerta con ayuda de Tomé. Leroy abría la boca hacia arriba, estaba tragándose el afuera. Sacaba la lengua para lamer el aire. Caminaba con pasos cortitos, descalzo. Tomé se quitó los zapatos. Le imité. No queríamos matar a las plantas de las esferas. Tomé se agachó y pasó la lengua por la planta diciendo que tenían gotas de agua. Lamimos las plantas. Leroy dijo que se podían comer.

Caminamos durante bastante tiempo guiados por el dibujo de Nils, según la ubicación de la compuerta. Las plantas de las esferas se hacían más y más enormes. Luego, no sabíamos si era la izquierda o si volvíamos. Tomé dejó uno de los tarros para reconocerlo en caso de no caminar en línea recta hacia la izquierda de la salida del CN33.

Poco a poco, el techo se aclaraba. Apareció la otra lámpara, la que no podíamos mirar. No estábamos cansados, pero la tristeza nos jalaba hacia nuestro hoyo. No obstante, avanzábamos hacia esa pared que nunca llegábamos a tocar, ahora azul, más brillante. Leroy, cada tanto, levantaba las manos al techo, se giraba para que el viento no deje de acariciarle el rostro. Observé a mi hijo. Su cabello parecía distinto. Le acaricié el rostro. Sus ojos eran más claros, su piel tan fina y blanca relucía bajo el calor de esa lámpara enorme. Lo besé en la mejilla, en la frente, en los ojos. Lo agarré de la mano y continuamos la marcha. No sabía si viviríamos unos instantes más o muchos años. No sabíamos si podríamos vivir de las plantas de las esferas o de catanes. Desconocíamos el nombre de todas esas cosas: un sol blanco, un sol amarillo, piso verde, lámparas colgantes de un techo demasiado alto. Era nuestro año cero. Habíamos cumplido la promesa de la ascensión. Llevábamos a todos los Green y a cada una de nuestras memorias a donde pertenecíamos.

Nos detuvimos. Sobre un fragmento duro y blanco se inscribía una “P”: Nils también lo había logrado.

## AGRADECIMIENTOS

Agradezco a todos quienes aportaron para que pudiera escribir este libro. A todos esos escritores que uno leyó desde la infancia. A Julia, que siempre me lee y aporta ideas y correcciones importantes.

Como todo libro autoeditado, asumí desde la planificación hasta la edición, maquetación, diseño de portadas. Es un esfuerzo enorme, un aprendizaje continuo que otorga muchas satisfacciones, pero beneficios económicos casi nulos. Es mi sueño, algún día, vivir para escribir (ya escribo para vivir). Cada mención o cuando señalan sus impresiones de la lectura me ayudan a crecer y a llegar a más lectores. No me gusta invadir con autopromociones. Soy de mencionarme poco por las redes. Agradezco que, dejen la libertad de brindar sus opiniones sinceras, compartan su lectura en las redes o sumen una reseña en un Googreads o Amazon.

Espero que la historia les haya posibilitado pensar en el valor de aquello que poseemos y por lo luchamos, por la libertad del ser humano y por el espanto hacia esas personas que se apoderan de la vida de las demás. Parece un tema ya tratado muchas veces, pero, evidentemente, no hemos podido resolverlo como problema social.

Por último, dejen información para contacto. Muchas gracias.

Mail: [keren.verna@gmail.com](mailto:keren.verna@gmail.com)

Blog: <http://kervenverna.blogspot.com.ar/>

# Table of Contents

## SINOPSIS

### PARTE I

AÑO 171 DESPUÉS DEL DESCENSO (DD) / SEMANA 34

AÑO 182 DD / jornada 233

Año 182 DD / jornada 234

Año 182 DD / jornada 235

Año 182 DD / jornada 241

Año 182 DD / jornada 244

Año 182 DD / jornadas 250-255

Año 182 DD / jornadas 256-258

Año 182 DD / jornada 265

Año 182 DD / jornada 296

Año 182 DD / jornada 300

Año 182 DD / jornada 307

Año 182 DD / jornada 310

Año 174 DD / jornada 100

AÑO 174 DD / jornada 139

Año 175 DD / jornada 15

AÑO 161 DD / jornada INCIERTa

AÑO 182 DD / jornada 314

Año 182 DD / JORNADA 315

AÑO 177 DD / JORNADA 22

AÑO 182 DD / jornada 322

AÑO 182 DD / jornadas 340-350

AÑO 182 DD / jornadaS 359-360

AÑO 0 / jornada 0

AÑO 183 DD / jornadas 7-21

AÑO 183 DD / jornadas 35-36

AÑO 183 DD / jornada 42

AÑO 183 DD / JORNADAS 61-66

AÑO 183 DD / jornadas 70-78

AÑO 183 DD / JORNADA 83

AÑO 183 DD / JORNADA 87

AÑO 164 DD



[AÑO 183 DD / JORNADA 90](#)  
[AÑO 183 DD / jornadas 337-345](#)  
[AÑO 183 DD / jornada 350](#)  
[AÑO 183 DD / jornada 355](#)  
[AÑO 183 DD / jornada 359](#)  
[AÑO 184 DD / jornada 34](#)  
[AÑO 184 DD / jornada 40](#)  
[AÑO 184 DD / jornada 50](#)  
[AÑO 184 DD / jornadas 101-132](#)  
[AÑO 184 DD / jornadas 311-320](#)  
[AÑO 185 DD / jornada 3](#)  
[AÑO 185 DD / jornada 100](#)  
[AÑO 185 DD / jornada 107](#)  
[AÑO 185 DD / jornada 120](#)  
[AÑO 185 DD / jornada 135](#)  
[AÑO 185 DD / jornada 136](#)  
[AÑO 185 DD / jornada 150](#)  
[AÑO 185 DD / jornada 152](#)  
[Año 185 DD / jornada 153](#)  
[AÑO 185 DD / jornada 160](#)  
[AÑO 185 DD / jornadas 164-167](#)  
[AÑO 185 DD / jornada 180](#)  
[AÑO 185 DD / jornada 200-205](#)  
[AÑO 185 DD / jornadas 212-216](#)  
[AÑO 185 DD / jornada 228](#)  
[AÑO 185 DD / jornada 233](#)

## PARTE II

[AÑO 197 DD / jornada 170](#)  
[AÑO 197 DD / jornada 195](#)  
[AÑO 197 DD / jornada 201](#)  
[AÑO 197 DD / jornada 202](#)  
[AÑO 197 DD / jornada 206](#)  
[AÑO 197 DD / jornada 223](#)  
[AÑO 197 DD / jornada 230](#)  
[AÑO 197 DD / jornada 237](#)  
[AÑO 197 DD / JORNADA 242](#)  
[AÑO 197 DD / jornada 250](#)

[AÑO 197 DD / jornada 255](#)  
[AÑO 197 DD / jornada 261](#)  
[AÑO 197 / JORNADA 262](#)  
[AÑO 197 DD / jornada 263](#)  
[AÑO 197 DD / jornada incierta](#)  
[AÑO 197 DD / JORNADA INCIERTA](#)  
[AÑO 197 DD / jornada 300](#)  
[AÑO 197 DD / jornada 302](#)  
[AÑO 197 DD / jornada 303](#)  
[AÑO 197 DD / jornada 305](#)  
[AÑO 197 DD / jornada 322](#)  
[AÑO 197 DD / jornada 328](#)  
[AÑO 197 DD / jornada 332](#)  
[AÑO 197 DD / jornada 338](#)  
[año 160 dd](#)  
[AÑO 197 DD / jornada 345](#)  
[AÑO 197 DD / jornada 349](#)  
[AÑO 197 DD / jornada 354](#)  
[AÑO 198 DD / jornada 37](#)  
[AÑO 198 DD / jornada 43](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)